OBRAS ESPIRITUALES
DEL
PADRE MAESTRO

SAN JUAN DE ÁVILA

Predicador en la Andalucía

TOMO SEGUNDO

Segunda Edición

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-676-2
Depósito legal: M. 40.392-2007

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

EPISTOLARIO ESPIRITUAL

PARTE PRIMERA

1.—A UN PREDICADOR (1).

De la alteza a que los tales son levantados, y de cómo se han de haber con Dios y con las almas; de lo mucho que le han de costar, y del ánimo que para ello han de tener.

CHARISSIME:

1. Dos cartas de V. R. he recibido, en las cuales me hace saber el nuevo llamamiento con que Nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos a gloria suya: *Sit ipse benedictus in saecula,* que no se desprecia de tomar por instrumento de tan gloriosa cosa a una cosa tan baja, y hablar, siendo Dios, por una lengua de carne, y levantar al hombre a que sea órgano de la divina voz y oráculo del Espíritu Santo. Cristo Hombre fué el primero en quien este espíritu lleno, y vivificativo de los oyentes, se aposentó, engendrando por la palabra hijos de Dios, y muriendo por ellos, por lo cual mereció ser llamado (*Isai.,* 9) *Pater futuri saeculi.* Y porque de Él y de sus bienes hay comunicación con nosotros, así como nos hizo hijos siendo Él Hijo, y sacerdotes siendo Él Sacerdote, hízonos Él siendo gracioso, graciosos (2); Él, amado y bendito, semejables a Él; y siendo heredero del reino del Padre, somoslo nosotros también en Él y por Él, si estamos en gracia (*Rom.,* 8, 29); así, porque no quedase

(*) Es reproducción de la Primera Parte (primer tomo) del Epistolario de 1578.

(1) *Predicador* es para el Maestro lo mismo que misionero y Padre espiritual.

(2) *Graciosos:* gratos, agradables.

en el tesoro de su riqueza cosa de la cual no nos diese parte, teniendo Él espíritu para ganar los perdidos, compasión para ganar las ánimas enajenadas de su Criador, palabra viva y eficaz para dar vida a los que la oyeren, consoladora para los contritos de corazón, *linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lapsus est verbo* (*Isai.*, 50): quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos, para que, a gloria suya, puedan gozar del título de Padres del espiritual ser, como Él es llamado, según que San Pablo osadamente afirma (1 *Cor.*, 4, 15): *Per Evangelium ego vos genui.* Quiere el amado San Juan (1 *Jn.*, 3, 7) que veamos *qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus.* Razón es que con ella agradezcamos y seamos Padres de los hijos de Dios; y por la una y la otra sea conocido Dios en ser largo y bueno sobre los hijos de los hombres.

2. Debe, pues, V. R., para el oficio a que ha sido llamado, atender mucho que no se amortigüe en el espíritu de hijo para con Dios, Padre común; y en el espíritu de Padre para con los que Dios le diere por hijos. Por lo primero será reverenciadísima aquella altísima Majestad, adorándola con humildad muy profunda, no haciendo cuenta de su propio ser, metiéndolo en el inefable abismo del suyo, y serle fiel, buscando en todo y por todo la gloria de Él, renunciando y abjurando *ex toto corde* la propia, diciendo con José (*Gen.*, 39, 4): *Todas las cosas que mi Señor tiene, me dió en las manos, salvo a ti, que eres su mujer.* La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno (3); que si a otro la queremos dar, ¿qué cosa más mal casada ni mayor adulterio, que la gloria del Criador con la criatura? Esposa buscamos, no nos alcemos con ella, ánimas, en las cuales sea aposentado Cristo, y nosotros olvidados, porque más se acuerden de Él, salvo en cuanto Él ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen a Él Este deseo de la honra de Dios ha de mover al buen hijo para nunca cansarse, a, con palabras y obras, publicar la fama y renombre de este gran Padre, y no tener aquí otro descanso, sino cuando le hubiere hallado algún lugar, en el cual, como en templo, sea adorado, y reverenciado, y amado;

---

(3) *Son para en uno:* para esposo y esposa.

como el único y natural Hijo, que al cabo de esta jornada, notificó a lo que había sido enviado y lo que había hecho en toda su vida (*Jn.*, 17, 6): *Pater manifestavi nomen tuum hominibus.* Y *no dió sueño a sus ojos ni entró en el descanso, hasta que halló descanso para el Señor, y morada para el Dios de Jacob* (*Ps.*, 131, 3-5). Esta reverencia y celo de la honra del Padre, y esta obra hasta la muerte de cruz, no se aparte de la memoria del que es llamado para el oficio de publicar la gloria de Dios como fiel hijo.

3. Teniendo, pues, *el espíritu de su Hijo* para con Dios, *con el cual* (*Rom.*, 8) *clamamus: ¡Abba! (Pater)*; teniendo en nuestras entrañas reverencia, confianza y amor puro para con Dios, como un hijo fiel para con su padre; resta pedirle el espíritu de padre (4) para con sus hijos que hubiéremos de engendrar. Porque no basta para un buen padre engendrar él, y dar la carga de educación a otro; mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándolos de este lugar de peligro, como el padre suele tener gran cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada. Y este cuidado tan perseverante es una particular dádiva de Dios, y una expresa imagen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene. De arte, que yo no sé libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres, como este cuidadoso y fuerte amor que Él pone en un hijo suyo con otros hombres, por extraños que sean: y ¡qué digo extraños!; ámalos aunque sea desamado; búscales la vida, aunque ellos le busquen la muerte; y ámalos más fuertemente en el bien, que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal. Más fuerte es Dios que el pecado; y por eso mayor amor pone a los espirituales padres, que el pecado puede oner desamor a los hijos malos. Y de aquí es también que amamos más a los que por el Evangelio engendramos, que a los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne. Y también este cuidadoso amor

---

(4) *De padre:* así las ediciones de 1578, 1588, 1595, etcétera; LA LECTURA, *del* padre. La puntuación de LA LECTURA descoyunta horriblemente esta cláusula.

del bien de los otros pone muy gran confianza al que lo tiene, que Dios lo tiene de él mismo; porque viendo (5) él en su corazón, tan pequeño y miserable, y tan inclinado al propio provecho, arder un fuego vivísimo, y muy más fuerte que todas las aguas, aunque sean de la muerte, para con los otros, parécele que más arderá el fuego de amor en el corazón bueno de Dios, cuanto va de bondad a maldad, y de fuego a frialdad. Y muy necesario es que quien a este oficio se ciñe, que tenga este amor; porque así como los trabajos de criar los hijos, así chicos como cuando son grandes, no se podrían llevar como se deben (6), sino de corazón de padre o madre, así tampoco los sinsabores; peligros y cargas de esta crianza no se podrían llevar si este espíritu faltase.

Con atención y casi sonriéndome leí la palabra que V. R. en su carta dice: que le parece dulce cosa engendrar hijos y traer ánimas al conocimiento de su Criador; y respondí entre mí: *Dulce bellum inexpertis.* El engendrar no más confieso que no tiene mucho trabajo, aunque no carece de él; porque si bien hecho ha de ir este negocio, los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos de voz, cuanto hijos de lágrimas; porque si uno llora por las ánimas, y otro predicando las convierte, no dudaría yo de llamar padre de los así ganados al que con dolores y con gemidos de parto lo alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera. A llorar aprenda quien toma oficio de padre, para que le responda la palabra y respuesta divina, que fué dicha a la madre de San Agustín por boca de San Ambrosio: «Hijo de tantas lágrimas no se perderá.» A peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos a los que son verdaderos padres; y no una sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida a sus hijos, como suelen hacer los padres carnales.

Y si esta agonía se pasa en engendrar, ¿qué piensa, Padre, que se pasa en los criar? ¿Quién contará el callar que es menester para los niños, que de cada cosita se quejan, el mirar no nazca envidia por ver

(5) *Viendo;* LA LECTURA, *siendo.*
(6) *Como se deben:* así la edición de 1595; la de 1578, como se deben llevar.

ser otro más amado, o que parece serlo, que ellos? ¿El cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros angelicales, por descender a dar sopitas al niño? Es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa. Y está algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados, y tendría por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar, y si viene el hijito, ha de jugar con él y reír, como si ninguna otra cosa tuviese que hacer. Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos (7) de siniestros que toman, ¿quién los contará? ¡Qué vigilancia para estorbar no vengan a ellos! ¡qué sabiduría para saberlos sacar después de entrados! ¡paciencia para no cansarse de una y otra, y mil veces oírlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles a decir lo que ya se les dijo! ¡qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran! Porque si se mueren, créame, Padre, que no hay dolor que a éste se iguale; ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo, como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre (8). ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que si unos mueren, otros nacen; no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó; su nombre sea bendito* (*Job*, 1, 20). Porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima a Dios, y sea deshonra de Dios, y acrecentamiento del reino del pecado nuestro contrario bando, no hay quien a tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría si posible fuese. Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento, y bien de todos los otros.

---

(7) *Cuentos*: millones.

(8) Este corazón tenía el M. Avila para con sus hijos espirituales. (Véase la Carta 177.)

Por tanto, a quien quisiere ser padre, conviénele un corazón tierno, y muy de carne, para haber compasión de los hijos, lo cual es uy gran martirio; y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre, o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar, o pasar algunos días que no entienda sino en llorar; lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar; sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reír con otros, y no hacer como hizo Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él (*Lev.*, 10, 19): *¿Cómo podía yo agradar a Dios en las ceremonias con corazón lloroso?* Acá, Padre, mándannos siempre busquemos el agradamiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazón querría; porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros.

De arte, que si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza muy triste: y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo, y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pablo decía (1 *Tesal.*, 3, 8): *Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor.*

4. Razón es que diga a V. R. algunos avisos que debe guardar con ellos, los cuales no son sino sacados de la experiencia de yerros que yo he hecho; querría que bastase haber yo errado para que ninguno errase, y con esto daría yo por bien empleados mis yerros.

Sea el primero, que no se dé a ellos cuanto ellos quisieren, porque a cabo de poco tiempo hallará su ánima seca, como la madre que se le han secado los pechos con que amamantaba sus hijos. No los enseñe a estar del todo colgados de la boca del padre; mas si vinieren muchas veces, mándeles ir a hablar con Dios en la oración aquel tiempo que allí habían de estar. Y tenga por cierto que muchos de éstos que frecuentan la presencia de sus espirituales Padres,

no tienen más raíz en el bien de cuanto están allí oyendo; y más es un deleite humano que toman en estar con quien aman y oyen hablar, que en estar tomando cebo con que crezcan en la vida espiritual. Y de aquí es que no crecen más un día que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre hablando; y así hacen perder el aprovechamiento a su padre, y no crecen ellos cosa alguna. Tienen también esta condición: que en cualquier tribulación que les venga, luego corren a sus padres todos turbados, porque ninguna fuerza tienen en sí; y aunque el padre no deba faltar en tales tiempos mas decirles que vayan delante nuestro Señor, y se le representen con aquella pena, porque no pierdan tal tiempo de comunicación con Él, que es el mejor de los tiempos; y para que le oigan con atención les envía Dios la pena, no para que se vayan a consolar con los hombres, y pierdan las grandes lumbres y aprovechamientos que Dios suele dar al que acorre a Él en el tiempo de las tribulaciones. La suma de esto es, que les enseñe a andar poco a poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, mas tengan algún nervio de virtud; y no se dé él tanto a otros, que pierda su recogimiento y pesebre de Dios; porque más provecho hará con hablar un poco, si sale de corazón encendido, que con derramar palabras frías acá y acullá. El medio en esto pídalo a su conciencia, mirando que no se enfríe; y lo que mejor es, pídalo al soberano Maestro que se lo enseñe por el espíritu suyo.

Item, no se meta en remediar necesidades corporales, salvo ordenando en general como se remedie, así como ordenando esa cofradía o cosas semejantes, y con eso cumpla; y sépanlo así sus hijos, que no han de llegarse a él, ni esperen de él favor temporal alguno; porque si en esto no mira, le será grande estorbo para el camino que quiere caminar. Y esto está mandado en el Concilio Cartaginense IV (cap. 17), donde se dice: «El Obispo no haga por sí mismo los negocios de las viudas y huérfanos y peregrinos, sino por el Arcipreste o Arcediano»; y dijo abajo (cap. 20): «Que solamente entienda en la lección y oración, y palabra de predicación.» Ruegos de jueces o de personas a quien se debe algo, porque suelten o esperen, huya de ello; y si mucho le importunaren, cumpla con darles una breve carta en que lo

ruegue con toda modestia. Finalmente, de todo esto temporal huya, acordándose cómo el Señor daba en rostro, diciendo (*Jn.*, 6, 26): *Buscáisme, no por las señales que visteis, mas porque comisteis y os hartasteis.* Esta regla tiene excepción. Si supiere de alguna particular necesidad corporal, de la cual pende cosa del ánima, entonces puede entender en ella; lo cual acaece pocas veces en la verdad, aunque quien la padece diga que muchas.

No descubra a hijos secretos particulares de la comunicación de Dios consigo ni con otra persona; porque hallará por experiencia tan poco secreto en ellos, que no lo pudiera creer si no lo probara; si no fuere cosa particular de persona secreta que se le pueda fiar.

No les suelte la rienda a comulgar cuantas veces quisieren; que muchos comulgan más por liviandad, que no por profunda devoción y reverencia; y acaece a éstos venir a estado que ninguna mejoría ni sentimiento sacan de la Comunión, y esto es grande daño, y se debe evitar. Téngalos siempre debajo de una profunda reverencia a este misterio; y al que sin esta viere, repréndale, y quítele el pan hasta que mucho lo desee, y se conozca muy indigno de él. Al vulgo basta comulgar tres o cuatro veces en el año; a (9) los medianos nueve o diez veces; a las personas religiosas de quince a quince días y si son casadas se puede esperar a tres semanas o un mes; y a los que muy particularmente viere tocados de Dios y se conociere casi a los ojos el provecho, comulguen de ocho a ocho días, como aconsejó San Agustín. Y más frecuencia de esta no haya, si no se viese tan grande hambre y reverencia, o alguna extrema tentación o necesidad que otra cosa aconsejase; en lo cual se tenga miramiento de algunas personas cerca de esto (10). Y creo que hay muy pocos que les convenga frecuentar este misterio más que de ocho a ocho días. Y San Buenaventura dice que en todos los que él conoció, no halló quien más a menudo de aqueste término lo pudiese recibir. San Francisco de Paula, primero confesaba cuatro o cinco veces en el año; después de muy santo, cada domingo. Aprendan, en pago

(9) *a;* La Lectura, *a.*
(10) Ahora debemos atenernos al espíritu de la Iglesia sobre la comunión frecuente y aun diaria.

de aquella celestial comida, hacer algún servicio a nuestro Señor, o en ir quitando alguna pasión cada día, o en otra cosa alguna que corresponda a cada vez que comulgare; que allegarse a los pies del confesor y luego al altar, tornarse ha en tanta costumbre a algunos, que casi ninguna cosa hay más para aquello, que aquel ratico que están allí.

También me parece cerca de esto, que V. R. no curase de confesar ordinariamente, porque hay algunos peligros en ello, que quizá le turbarán; y porque será tan combatido, que no tendrá tiempo para entender en lección ni oración, lo cual conviene que nunca se deje, porque luego es todo casi perdido. Si alguna cosa quisieren de él, dígales que le digan aquello particularmente, y respóndales a ello. Y muchos hay que para contar sus necesidades corporales piden confesión, y no cae hombre en ello (11) hasta que ha perdido el tiempo; y dígolo así, porque por maravilla se saca provecho de los que así viven. Otros, para contar una cosa o escrúpulo, piden confesión; debe decir a éstos: «Mirad si alguna cosa particular me queréis decir que no la fiáis de otro, u os parece que yo la podré remediar, decídmela, que la confesión no faltará con quien se haga.» Y es buen proveimiento tener hablado a algunos confesores, y platicado con ellos el arte de confesar, para que entrambos sean a una, y enviar a aquéllos los que vinieren a pedir confesión, diciéndoles: «Yo os daré quien os confiese mejor que yo.» Y es bien tener tasa en el negociar (12), porque si a cada hora que vienen les ha de responder, no le dejarán rato de quietud. Señáleles a la mañana y tarde ciertas horas, y si en otras vinieren, avise al portero que les diga que vengan a sus horas.

Item, conviene mucho, a los hijos que de nuevo nacen encomendar el silencio; porque como sienten un poco de vino nuevo en el corazón, luego querrían hablar de lo que sienten, y quedan por esto vacíos; porque, como dijo San Bernardo: «El más apto instrumento para vaciar el corazón es la lengua.» Callen y obren, y disimulen todo lo posible el don que Nuestro Señor les ha dado, porque ya sabe el proverbio que

---

(11) *No cae hombre en ello:* no cae uno en la cuenta.
(12) *Negociar:* aquí es *tratar con los prójimos.*

dice: «Hablar como muchos, y sentir como pocos.» Y de no guardar este proverbio, se sigue, o que los otros persiguen al nuevo caballero de Jesucristo y derríbanlo por impaciencia, o alábanlo por santo y derríbanlo con mayor caída (13). Y, por tanto, mientras el árbol está en flor, bien es guardarlo de todo inconveniente. No se hagan luego maestros queriendo predicar a los otros. No piensen que los que no siguen lo que ellos, van perdidos; mas pongan los ojos sobre su salud solamente, y óbrenla como dice San Pablo (*Filip.*, 2, 12), *con temor y con temblor*, dejando el negocio ajeno al Señor, que sabe lo que cada uno tiene, y en qué parará. Finalmente, les haga vivir *in timore Domini*; y coman su pan en silencio; y si algún poquito de liviandad, de soberbia viere en ellos, repréndaselo gravemente, conforme al soberano Maestro, cuando a los discípulos que se gloriaban, dijo (*Lc.*, 10, 18): *Videbam Sathanam...*

5. Las recetas generales que se deben dar a los que quieren servir al Señor, demás de las dichas, son cuatro.

La primera, que frecuenten los Sacramentos de la Confesión y Comunión, como es dicho; y para bien se confesar, hanse de examinar cada noche lo que han pasado aquel día, y de allí tomar lo principal, y encomendarlo al papel por cifras, y principalmente a la memoria para brevemente confesar.

La segunda, que sean muy amigos de la lección; porque según la gente está durísima, esle muy provechoso leer libros de romance. Libros que son más acomodados para esto: PASSIO DUORUM (14), CONTEMPTUS MUNDI (15), LOS ABECEDARIOS ESPIRITUALES (16), la SEGUNDA PARTE y la QUINTA, que es de la oración. La

---

(13) Véase el Tratado del glorioso San José.

(14) PASSIO DUORUM: *Tratado de devotísimas y muy lamentables contemplaciones de la Pasión del Hijo de Dios y de la Compasión de la Virgen Santa María su Madre; por esta razón llamado Passio Duorum.* Obra anónima que Nicolás Antonio atribuye a Fr. Francisco Sánchez del Campo, franciscano. (Véase Catalina García. Tipografía Complutense n. 546.)

(15) CONTEMPTUS MUNDI: título con que era nombrado el libro DE LA IMITACIÓN DE CRISTO.

(16) ABECEDARIOS ESPIRITUALES, de Fr. Francisco de Osuna.

TERCERA PARTE no la dejen leer comunmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene a todos. *Los* CARTUJANOS (17) son muy buenos; *Opera Bernardi*, CONFESIONES de San Agustín.

La tercera cosa es la oración, en la cual es menester mucho tiento, porque no se torne (18) en daño lo que Nuestro Señor nos dejó para provecho nuestro. *In primis* (19), les ha de aconsejar se desocupen un poco por la mañana, y otro a la tarde o noche, y recen algunas oraciones vocales a las cinco Llagas, o algunas horas. Después de rezar, lean un poquito en cosa que sea conforme a lo que quieren meditar, así como si tienen los pasos de la Pasión repartidos para cada día de la semana, lo cual es buen orden. Y si quisieren hoy pensar en el Huerto, lean en aquel paso; y aunque no lo lean todo, no hace al caso, que otra semana pasarán a otro poco, y así a los otros pasos; que con leer, recógese el corazón y caliéntase algo, y hallan alguna puerta los principiantes para entrar en la meditación; que de otra manera pasan grave trabajo, si no hace el Señor merced particular. Y después de haber leído, mediten un poco por la mañana en un paso de la Pasión con todo sosiego de ánima, contentándose con aquella vista sencilla y humilde, acatando (20) a los pies del Señor, y esperando su limosna y misericordia. Y sobre esto, oigan Misa, pensando aquel paso que en casa pensaban. En la tarde o noche recen otro tanto, y lean, y después piensen en la hora de su muerte, y cómo han de ser presentados ante el juicio del Señor; y acúsense, y avergüéncense, y afréntense delante del acatamiento de Dios, sintiéndose como si estuviesen presentes; y pongan a una parte los bienes que han recibido y a la otra los males que ellos han hecho, y pidan al Señor sentimiento de su propia maldad. Y allí pueden pensar un poco en el infierno, y reprenderse de las faltas aquel día cometidas.

---

(17) LOS CARTUJANOS: véase el AUDI FILIA, c. 74.

(18) *Se torne:* así las ediciones de 1588 y 1595.

(19) Más cumplidamente se explica este punto en el AUDI FILIA, caps. 58 y siguientes.

(20) *Acatando:* mirando con los ojos bajos; reverenciando.

Todo se ha de hacer con el más sosiego que pudieren, para que si Dios los quisiere hablar, no los halle tan ocupados en hablarlo todo ellos, que calle Dios. *Intellige quae dico, dabit enim tibi Dominus in omnibus intellectum* (2 *Tim.*, 2, 7). Avísenles que guarden la cabeza, y que se contenten con estar un rato en la presencia del Señor, aunque otra limosna no reciban; y de aquel meditar, aunque sea seco, se saca algún bien. Algunos hay a quien Dios toma los corazones, y obra en ellos, que no es menester sino recogerse a Dios, y luego hallan tanta lluvia de pensamientos buenos y comunicación de Él, que no han menester sino seguir ta guía. Otros hay tan rudos, que no es menester imponerlos en más que rezar y leer. Entre día encomiende que piensen o en la presencia de Dios, o en aquel paso que pensaban por la mañana. Toda esta meditación se ha de hacer, no llevando la imaginación a partes lejos de sí, sino dentro de sí, o a par de sus pies, porque es cosa más descansada, y más provechosa, para arraigarse en el corazón.

La cuarta cosa es, que entiendan en obras de caridad, cada uno según pudiere; quien pudiere dar limosna, asa consejo, no deje nada por hacer, que aunque algún poco el ánima se distraiga, no cure de ello; ni todo se ha de gastar en recogimiento, ni todo en acción exterior. Alguna penitencia, especial si son mozos. La unción del Espíritu Santo le enseñará, etc.

6 En lo que me manda que le diga algo de los libros que ahora se usan, no tengo cosa que me parezca digna de se la enviar. De lo que yo me he aprovechado en esa parte es la *Summa de vitiis et virtutibus*, de Guillermo Parisién.

Esto es, carísimo, lo que se me ha ofrecido escribir, y sabe el Señor entre cuántas ocupaciones, tomando y dejando la pluma. Bien creo que el Señor le ha mostrado otras cosas mejores que éstas; sino yo atrevíme a decir los males en que yo he caído, para que haya compasión de mí, y ruegue al Señor perdone mis ignorancias que en este oficio he hecho. y dé a V. R. gracia que no caiga en ellas, como yo creo que no lo permitirá.

7. Olido he de su carta que el mundo le es contrario; no le pene ni poco ni mucho; tenga por averiguado que hallará a Dios tan favorable en este negocio, que no lo podrá creer sino quien lo prueba. Ne-

gocio es de Dios, y tan suyo, que no hay cosa en la tierra en la cual ponga Él sus sacratísimos ojos con tanto cuidado y favor, como en la vocación y justificación y guarda de sus escogidos. Quiera el mundo o no, los que Dios tiene determinado que, por instrumento del pobrecito predicador, se salven, no los podrá excusar, aunque se junte todo el infernal poderío a contradecirlo. Cobre, Padre, un ánimo grande para mandar de parte de Dios al cielo si es menester. Todas las cosas crió Dios por causa de los escogidos, y la salud de éstos nos encomendó Él en nuestras manos, para que los llamemos, esforcemos y ayudemos a colocarlos en el cielo. No se ha de pensar que olvidará Dios a éstos, que *ab aeterno* para sí escogió y amó. Ordene bien lo que ha de hacer, ejecute con toda osadía, y no haga cobarde un oficio y un lugar donde tantos tan osadamente han hablado, y aunque les haya costado la vida de acá, han salido con el bien de las ánimas y de la suya, que era la empresa que pretendían. Asiente en su corazón las palabras de Cristo (*Lc.*, 14, 4): *Dico autem vobis amicis meis ne terreamini ab his, qui occidunt corpus*, etc. Y sepa, que la diligencia que este Rey nuestro trae en el negocio de la salvación de nuestras almas, es tan grande cuanto no se puede hablar ni pensar.

Christo gloria et imperium in saecula saeculorum Amén.

2.—Al P. Fray Alonso de Vergara (1), predicador.

Consolándole en una persecución; enséñale la confianza en Dios, y los medios para entender la Escritura.

Charissime:

1. A quien desea saber qué cosa es el hombre cuando Dios le ayuda y regala, enseñaríale yo una carta de V. R. que los días pasados me envió; y a quien quisiese conocer la flaqueza del hombre cuando anda por sí, enseñaríale esta que ahora me envió. ¡Oh válgame Dios y cuán de verdad *es Dios*

---

(1) Así consta por una copia antigua que se halla en la biblioteca de El Escorial. Los impresos dicen: «Para un religioso predicador».

nuestra gloria, y el que levanta nuestra pesada *cabeza* (*Ps.*, 3, 4), y la salud de su pueblo, y la lumbre de nuestro rostro, y el báculo de nuestra vejez, y todo nuestro bien! ¡Y cuán grande abismo de miseria es el hombre, y cuán pocas (2) cosas lo derriban, y cuán presto se muda, como una flaca ceniza delante de un viento! La letra de sus cartas es una; la firma, un hombre suena; mas ¡oh poderoso Dios, y qué va del fulano de la una al fulano de la otra! ¿Quién dirá que es todo uno el hombre que en una no echa menos a nadie con el favor y regalo de Dios, y en otra le da el agua hasta la barba, y a peligro de se ahogar? Es en la una, llevado por la mano de Dios, y enseñado familiarmente de su santa voluntad; y en la otra parece que duda de lo que su misma conciencia y Dios le han enseñado, y anda como a tientaparedes aun en la luz del mediodía. ¿Que diré sino que el hombre con Dios es como Dios, y el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco?

2. Pregúntame V. R. si pienso que vive, o si le cuento por uno de los muertos (3), pues no le escribo Respóndole que no le olvido; mas guardaba mi carta para este tiempo, porque en el otro no era menester. San Antón se quejó de nuestro Señor porque en el tiempo de la batalla no veía a nuestro Señor; y respóndele que allí estaba; mas estaba mirando cómo peleaba para hacerle reinar. ¿Pensaba V. R. que no había de andar a solas sin carretilla, y sin que mano ajena le tuviese por la suya? ¿y cómo, Padre, había de aprender a andar? ¿Todo había de ser comer manjar de niños, papitas y leche? ¿Cómo había de ser perfecto varón? ¡Oh Padre mío! y si no fuese porque veo a V. R. penado, y ¡cuán de buena gana, oyéndole quejar y temblar, me reiría yo, como quien oye a un niño llorar y temblar, porque le han asombrado con un león de paja o con una máscara!

3. ¿Qué ha Padre? ¿que ha? ¡Así se le ha olvidado lo que dijo Moisés, siendo rogado que sacrificase al Señor en Egipto, y no se fuese al desierto, dejando a los gitanos! Quiéroselo acordar: *Abominationes Aegyptiorum immolabimus Deo nostro; quod si macta-*

---

(2) *Pocas:* pequeñas.

(3) *O si le cuento por uno de los muertos:* falta en La Lectura.

verimus ea quae colunt Aegyptii coram eis, lapidibus nos obruent (*Ex.*, 8). Pues si V. R., con la fuerza de Dios, ha muerto lo que los mundanos adoran, y esto delante de ellos mismos, ¿espántase que lo quieran apedrear? Ellos adoran honra, juicio propio, espíritu propio, duplicidad, tibieza, propio amor y propia fiucia (4), *et alia idola similia his, quae a Moyse abominationes vocantur, id est, a lege Dei. Tu autem homo Dei non idola vana, quae salvare non possunt, sed ipsum qui vere adorandus est, adorasti.* ¿Qué maravilla, que haya contienda donde tanta diversidad de pareceres y fines hay? Mas esta contienda levántanla los hijos de ella, y súfrenla los hijos de la paz; los unos mordiendo como canes, y los otros sufriendo y orando y amando como corderos; *sed Christo duce*, vencerán los corderos a los perros, y aun a los lobos; que para eso los envía Dios *tamquam agnos inter lupos* (*Mt.*, 10, 16).

4. Gran enojo tomaron los reyes comarcanos a Gabaón porque los de aquella ciudad se habían confederado con Josué, capitán del pueblo de Dios; y por el mismo hecho *se juntan cinco reyes* a pelear contra ellos; porque les parecía gran pérdida perder una ciudad tan grande y real, y que se acrecentase aquel favor y gente a Josué su enemigo (*Jos.*, 9). Y así han hecho los demonios y mundanos con V. R., viéndole darse a Jesucristo capitán enviado por el Padre para meter al pueblo de Dios en el cielo prometido; y lloran amargamente, y páranse a contar las calidades del que han perdido, como con ellas se le acrece mucha ganancia al partido de Jesucristo; huelen ya la fuerza que Dios le ha dado para herir corazones con (5) la palabra de Dios, y lloran llanto doblado (6) por lo que ellos pierden y Jesucristo gana. De aquí es la contradicción en todo y de todos; de aquí el combate de *los cinco que a una se juntan*, y con una voz dicen lo que dicen, y hacen lo que hacen. Mas si el combatido enviare mensajeros a su capitán, de devota, humilde y perseverante oración, como lo enviaron los otros a su Josué, vendrá a él Jesucristo, y hará que venza a sus contrarios, y que *les ponga el pie sobre la cabeza*, porque hará que desprecie lo que

---

(4) *Fiucia* la edición de 1595; la de 1578, *fucia*.
(5) *Con;* así la edición de 1595.
(6) *Llanto doblado:* LA LECTURA, *tanto doblado*.

ellos hablan; y *meterlos ha en la cueva con una piedra a la puerta,* para que viva sin miedo de ellos.

5. ¿Por ventura es V. R. el primer atribulado porque se pasó a Cristo? ¿o será el primer desamparado de los que padecen por Cristo? ¿No ve, Padre mío, que la causa por que somos perseguidos no es nuestra, sino de Dios? ¿No ve que le va a Él la honra en ella? Dígame, ¿por qué antes tenía tantos pacíficos, y ahora tantos contrarios? *Numquid quia Christo Domino adhaesisti?* ¿Pues qué rey habría, que no tomase por muy grande injuria, que por sólo haberse uno ofrecídosele por criado, y él recibídole, hubiese quien le despreciase y persiguiese? ¿Por ventura no es deshonra del rey perseguir a quien le quiere servir, sólo porque entró a vivir con él? ¿No toca esto al rey? ¿No es causa suya? Es, por cierto. Y por eso dijo David (*Ps.*, 73, 22): *Exurge, Deus, judica causam tuam memor esto improperiorum tuorum, quae ab insipiente sunt tota die.* Causa es de Dios, y deshonras son de Dios aquellas que al servidor de Dios se hacen; como es honra de Dios, y causa suya, cuando *a sus chiquitos* hacemos bien y los honramos (*Mt.*, 25, 40).

Acuérdese, pues, V. R. de la palabra de Dios, que fué hecha sobre el levita Jazihel, confortando al pueblo de Judá, que salía a la guerra; en el cual y por el cual manda Dios que no teman; y la causa es: *Quia «non est vestra pugna, sed Dei»; ideo «non eritis vos qui dimicabitis, sed tantummodo confidenter state, et videbitis auxilium Domini super vos»* (2 *Paral.*, 20). Y si los que persiguen piensan que no ofenden a Dios en ello, ¿qué se me quita a mí de mi confianza, pues expresamente están amonestados los servidores de Dios (*Jn.*, 16, 2), que han de ser perseguidos de gente [que] *credant se obsequium praestare Deo* en los perseguir? Ellos padecen por Dios, y porque se llegaron a Dios, y la persecución es contra Dios. Si los perseguidores otra cosa piensan, quizá disminuyen algo su culpa, mas no nuestra corona; y si ellos, engañados, piensan que sirven a Dios, nosotros, desengañados, perseveremos en servir a Dios.

6. ¿Qué se le da, Padre, de pareceres de hombres ciegos, pues está él certificado ser de Dios la doctrina que predica, y ser bueno el modo con que la predica, según por el fruto parece? *Noli esse humilis in sapientia tua, ait Scriptura* (*Eccli.*, 13, 11). Ose despre-

cial los vanos ídolos, con conocimiento y amor del verdadero Dios; y hállase tan rico con el tesoro abscondido que Dios le ha manifestado, que no tenga por daño perder cuanto tenía, por lo alcanzar. No estime a Dios en tan poco, que quiera dar poco por (7) Él, pues Dios le estimó a él en tanto, que no quiso dar menos que a Sí por él. Amado fué en cruz, ame en cruz; caro costó a Cristo, y con gemido le parió, y le ganó; no quiera él ofrecer a Dios *sacrificium gratuitum*, pues David no lo quiso hacer. ¡Qué mayor honra, Padre mío, que padecer por Cristo! ¡Verdadera gloria. *felix injuria (ait Augustinus) cui Deus est in causa!* Negocio es éste de amor, y *militiae species est amor*. No son admitidos aquí los cobardes, *immo, secundum praeceptum Domini, excludebantur a praelio.*

¿Qué se queja, Padre, de palabras y estimas de hombres, y juicios de ciegos? *Ecce in coelo est testis tuus, judex tuus qui te justificat; quis est qui te condemnet? Quia minimum est te ab omni humano die judicari, si tu pro minimo haberes a minimis judicari. Quia omnes, ut vestimentum veterascent, et tinea comedet eos; et ille vere commendatus erit, quem Deus commendat, etiam si omnes reprobent. Quare, Pater mi, tam parva movent te,* pues que *Magnus magna pertulit pro te, et magna tibi dabit, et hic et in futuro? Numquid usque ad sanguinem restitisti? Numquid sanctius es Apostolo* (8), *qui ait: Quotidie morior? Numquid narrare poteris persecutiones, contumelias, ictus lapidum, verbera, carceres, quae ille narrat pro Christo pertulisse? Quare, Pater, delicatum agis militem in praelio Domini, habens Dominum cujus faciem possuit Pater ut adamantem et silicem, ut nullis contumeliis, alapis, cedere noscat ab incepto opere? Deponamus ergo omne pondus, et circumstans nos peccatum, et curramus per patientiam ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem et consummatorem fidei, Jesum, qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem confusione contempta,* etc. (9).

7. Y acuérdese de su palabra, que *non est servus major Domino suo;* y así como le halla verdadero en

---

(7) *Por:* falta en LA LECTURA.

(8) *Santius es Apostolo:* así la edición de 1595, no citada por LA LECTURA.

(9) El autor arguye intercalando diversos pasajes bíblicos, que acomoda a su asunto.

las persecuciones que le profetiza, así le espere verdadero en los galardones que promete. Cruz le manda llevar, reino eterno le promete; y si es dura palabra *permanere cum illo in tentationibus,* dulcísima es *sedere ad mensam suam cum eo in regno ejus.* ¡Oh Padre!, ¿y por qué hemos de irnos a sentar a aquella mesa de perseguidos, deshonrados, *sectorum, tentatorum, et gladio occisorum,* no habiendo nosotros padecido nada? ¿Qué vergüenza sería parecer predicadores delicados delante aquellos que con tantas persecuciones y derramamiento de sangre lo fueron? Llevemos algo de que gloriarnos; traigamos alguna empresa de amor por nuestro verdadero Amador, para que no sea nuestro amor de sola palabra. Hollemos esta víbora de la tribulación; pasemos adelante aparejándonos a mayores cosas; que *a la medida de lo que padecemos, nos dará Dios los consuelos en el ánima nuestra* (*Ps.*, 93, 19), y el fruto en las ajenas. No se dejan tomar estas truchas sin que se moje el pescador, pues el Señor de todo, aun no quiso ser de esto exento.

8. Ofrezca, Padre, su vida y honra en las manos del Crucificado, y hágale donación de ella, que Él la pondrá en cobro, como ha hecho otras: *Scio cui credidi, ait Paulus,* etc. (2 *Tim.*, 1), y no le fué de ello mal. *Poco es y momentáneo* lo que se padece; y a quien grande parece, es porque él es chico en el amor, y tiene pesos falsos. *Cresce et manducabis; cibus enim est Christus grandium.* Y aunque se dilate su socorro, Él vendrá, y amansará la mar, y reñirá por la poca fe que en el tiempo de la tempestad tuvo su discípulo; que, pues estaba de ello avisado, no se había tanto de turbar; y pues había comido de la mesa del monte Tabor, había de tener esfuerzo para comer de la del monte Calvario; que para eso mantienen al jumento, para echarle la carga; y mientras mayor la refección, mayor carga espere.

9. *Sed dic, Pater mi:* ¿cuál quiere más, abrazos de Dios con añadidura de pedradas de hombres, o carecer de entrambas cosas? Hayamos vergüenza de quejarnos, pues hemos recibido de Dios de que tanto gozamos *in re et in spe.* Demostróle su amigo la luz, y luego encerróla en su mano; mas él la tornará a abrir, y la tornará a enseñar con tan grande alegría, que *lapides torrentis dulces tibi sint, et flagellatus gaudeas, quia dignus habitus est pro Jesu contumelias*

pati. Probarlo ha querido nuestro Señor, no dejarle: escondióse la madre tras del paño, y está oyendo llorar al niño, que no se halla sin ella; mas ella saldrá, que no se lo sufrirá el corazón, y tomará al niño en los brazos, y darle ha leche, y estará él tan contento, que olvide los trabajos pasados como si no hubieran pasado. Y muchos de los que ahora persiguen, seguirán, según la promesa de Dios: *Venient ad te qui detrahebant tibi* (*Is.*, 60). Y si el que a Dios conoce con amor, tornase atrás por la persecución de ellos, será acusado el día postrero; y ellos serán los que más gravemente le acusen, diciendo: «Si te perseguimos, no teníamos conocimiento; y tú, que lo tenías, fuera razón que no lo dejaras; que si nosotros conociéramos lo que tú, no lo dejáramos por persecución de quien no conocía. Dañaste a ti y a nos, porque a perseverar en la virtud, viniéramos en conocimiento de ella.» Y por eso, Padre mío, débese esforzar en el Señor, y creer de muy cierto que si persevera, *et per Christum abundat tribulatio tua, ita per ipsum abundabit consolatio tua* (2 *Cor.*, 1), y que le pagará el Señor con ganancia de ánimas lo que pierde en esotras cosas en los ojos de los mundanos.

10. Muy bien me parece la ida a alguna parte donde vacase a sí sólo algún día. Y en lo de la Escritura sagrada le digo, que la da nuestro Señor a trueco de buena vida y persecuciones (10): VOBIS, *inquit ipse, datum est nosse mysterium regni Dei, caeteris autem in parabolis. Sed qui sunt isti* VOBIS? VOBIS, *discipulis meis, diligentibus Deum, ut ait glossa, segregatis a mundo, tribulatis pro me, factis peripsema hujus mundi.* Parecíame a mí que en leyendo a San Juan y a San Pablo y a Isaías, que luego habían de saber la Escritura; y veo a muchos leerlos, y no saben nada de ella. Y así veo que, *si aperit ille qui habet clavem doctorum, nullo alio reserante, Scripturae pandentur, ut Hieronymus ait.* Yo no sé más que decirle sino que lea a éstos; y cuando no los entendiere, vea algún intérprete santo sobre ellos; y especialmente lea a San Agustín *Contra pelagianos*, y contra otros de aquella secta; y tome un crucifijo delante, y Aquél

---

(10) Por haber sido perseguido en la Inquisición dió el Señor al M. Avila aquel extraordinario conocimiento del misterio de Cristo. Así se lo oyó decir Fr. Luis de Granada. (Vida, Part. 2, párrafo VI.)

entienda en todo, porque él es el todo, y todo predica a éste: ore, medite y estudie.

Acuérdese V. R. del ciego que el Señor sanó *con lodo* (*Jn.*, 9, 6); que después, cuando decían si era él el que primero era ciego y mendigaba, y otros decían que no era él, respondió, no tomando la honra falsa, mas confesando su enfermedad y pobreza pasada, y dijo: *Yo era aquel pobre ciego, y ahora veo.* No habemos de haber por malo que nos digan quién fuimos; porque a gloria de Cristo pertenece esta confesión de nuestra enfermedad, y a grande provecho nuestro; porque ya aquí se celebra nuestro juicio, y así escapamos del de allá; y no se canse en tornar por sí, ni dar muchas disculpas de su inocencia: *Vos tacebitis, et Dominus pugnabit pro vobis* (*Ex.*, 14, 14).

3.—A un Predicador.

Qué frecuencia de comunión se debe aconsejar y cuál reprender (1).

Charissime:

1. La continua falta de mi salud me hace faltar a vuestra merced en escribirle, aunque me hace nuestro Señor merced de darme algún suspiro y oración, que por el bien de vuestra merced yo le presente (2), suplicándole cumpla Él sin mí y por mí lo que yo le debo y deseo.

En lo que vuestra merced pregunta de la frecuencia de comuniones que en esa ciudad hay, me parece que ninguno debe poner tasa absolutamente en la comida de este celestial Pan; pues mirándolo así, es bien, y gran bien, tomarlo cada día, si hay cada día aparejo para lo recibir. Todo el negocio ha de ser ver no haya engaño en el aparejo, pensando que lo hay donde no lo hay.

2. Y cierto, se engaña alguna gente de la devota, en ello, así como los que solamente son movidos a lo hacer porque su amigo o vecino o igual lo hace; y algunas de estas personas se afrentan por ser tenidas

---

(1) Ahora debemos aconsejar la frecuencia aconsejada por la Santa Iglesia.

(2) *Presente;* La Lectura, *presenté.*

por menos santas de los confesores, si ven que dan licencia a la compañera que comulgue, y a ella no. A éstos no los llama Dios a su mesa; su liviandad los lleva, y lo que habían de imitar para tener igual llamamiento divino, quererlo (3) imitar con igualdad de carne. Y claro es que, aunque una persona sea menos buena que otra, puede la menos buena tener alguna causa justa de comulgar alguna vez y más a menudo que la otra más buena, por haber mayor necesidad, o por estar alguna temporada con más aparejo, o por otras particulares causas que no concurren en la más buena. Así que, este error se debe mucho reprehender, que cierto, es dañoso y usado, ir al celestial convite sin llevar llamamiento del Señor de él.

Verdad es que aprovecha, y no poco, ver comulgar a otros, y uno de los provechos es gana de imitar tan santa obra; mas han de entender que han de imitar el aparejo, si quieren imitar la obra. Así como si uno se va a soledad, o vive vida en virginidad, o es predicador, o cosa semejante, no es bien, porque aquél lo hizo, hacerlo yo, sin mirar que llevó a aquél espíritu bueno, y me lleva a mí espíritu humano. Quísose Dios servir de aquél por allí, y no de mí; y así acá, quiere el Señor que uno llegue a su celestial mesa más veces que otro, y por esto no ha de ser regla lo que unos hacen para que lo hagan los otros.

3. Otros se engañan en pensar que es aparejo suficiente una gana tibia de hacerlo, más fundada en costumbre que tienen, que en otra cosa. Y si a esto se junta que echan alguna lagrimilla al tiempo del recibir al Señor, tienen por muy bien hecho su negocio. Y el engaño de éstos consiste en no mirar al provecho que reciben del comulgar, que es ninguno; o de no saber que la verdadera señal del bien comulgar es el aprovechamiento del ánima; y si éste hay, es bien frecuentarlo; y pues no lo tienen, no lo frecuenten. Vienen éstos a un mal grande, del cual había de temblar todo hombre que lo oyese, que es, recibir al Señor, y no sentir provecho de venida de Huésped tan bueno, y que ordena esta venida para bien de la posada; y cuando los remedios, y tan grande como éste lo es, no obran su operación, es cosa

(3) *Quererlo:* así la edición de 1595; la de 1578, *queriendo.*

muy peligrosa, y que mucho se debe huir; con condición que se mire que algunos, aunque no parece que crecen, sacan este bien de la comunión, que no tornan atrás, teniendo experiencia que si no lo frecuentan caen en cosas que no caen cuando lo frecuentan; a éstos bien les está hacerlo con frecuencia, pues se sigue provecho de evitar caídas con la frecuencia del comulgar.

Mas hay otros que ni van adelante ni evitan males, sino con una vida como de molde, no habiendo más ni menos, así como así. A éstos se les debe predicar cuán terrible cosa es meter el fuego divino en el seno, y no calentarse; el celestial panal, y no sentir su dulzura; y tan eficacísima medicina, y quedarse tan enfermos; y débeseles quitar el manjar, como a gente ociosa, para que lastimados con verse apartados de bien tan grande, aprendan a estimarlo en algo, y pasen algún trabajo para ir mejor aparejados, castigando con rigor las faltas en que caen, deseando con ardor el remedio de ellas, orando y haciendo el bien que pudieren, para que así vayan al Pan celestial con hambre interior; porque, como San Agustín dice: *Panis hic interioris hominis esuriem desiderat.*

4. Aunque algunos hay que tan mal se saben aprovechar de quitarles la comunión, que no por eso se aparejan mejor, sino paréceles que es aparejo el ir más de tarde en tarde que solían; lo cual no es aparejo, como San Jerónimo dice muy bien: que de esa manera, mientras más tarde fuesen, mejor aparejo llevarían; como lo dicen y hacen los que, por desamor y pereza y gana de estarse en sus pecados, dilatan la comunión para una vez en el año, pareciéndoles que, por ir tarde, van con más reverencia que si fueran más veces, aunque llevaran menos pecados y mejor aparejo. Llaman reverencia a un temblor de esclavos, y turbación que de la gran pesadumbre de pecados llevan, y aun gana de huir de la comunicación del Señor, si no fuera por miedo del mandamiento de la Iglesia. Quien dilata la comunión halo de hacer por algún día o días; para en aquéllos andar aparejándose con diligencia, y castigando sus caídas, y procurando todo bien, para que así vaya con alguna mejoría al Señor todo bueno; que el solo pasar el tiempo no mejora a nadie.

5. Viniendo a lo particular que vuestra merced es-

cribe, de la mucha gente del estado de casados que en esa ciudad comulga cada día, digo que me engendra sospecha no ser Dios agradado de ello, por decir que son muchos los que lo hacen. Porque como este negocio de comulgar cada día pida muy grande aparejo, y tanto, que los teólogos, como vuestra merced sabe, especialmente Santo Tomás y San Buenaventura, hablan de ello más como de cosa posible que de *in esse* (4), y esta dificultad de aparejo crece en el estado del matrimonio, así por los continuos cuidados que distraen el ánimo, como por el uso conyugal, que en gran manera le embota; no entiendo que en muchos haya tan grande santidad, que en tan grandes impedimentos haga aparejo cual quiere Dios, para que cada día le reciban. Tengo creído que éstos no sólo no saben qué es comulgar, mas ni aun qué es orar; porque el Apóstol *aconseja* que para orar se aparten los casados, teniendo por impedimento de ello el usar el conyugal ajuntamiento; y cuando teme que hay peligro de la parte de la carne, dice, que *revertantur in idipsum* (1 *Cor.*, 7, 5). Y conozco yo casados, que él y ella se dieron a la oración, y como fueron entrando en ella, entendieron que no venían bien uso de matrimonio, y familiar plática y comunicación con Dios; y movidos y enseñados con esta experiencia, apartaron la comunicación de la carne, por tenerla con el Señor, que es espíritu; y ya ha (5) tres años que viven así. Lo cual concuerda asaz bien con el dicho de San Pablo; porque el espíritu que le hizo a él hablar aquello, hizo a éstos hacer estotro. Pues si es doctrina de Dios no venir bien uso de carne con uso de oración, ¿cómo le parecerá bien que se junten en uno cuidados que impiden la oración y carne que impide la elevación del espíritu, y lo embota para recibir al Señor, que quiere ser recibido, con sentido que *dijudicet corpus Domini* (1 *Cor.*, 11), y lo discierna de todo lo que no es Él, y esté pronto para conocerle en la habla, como San Juan, y *en la fracción* (6) *del pan*, como los dos discípulos? (*Lc.*, 24.) Si me dijeran que algún casado o casada hacían esto cada día, aun me maravillara, mas no mucho; mas

---

(4) De *in esse;* así la edición de 1595.
(5) *Ha:* así la edición de 1595.
(6) *La fracción:* así la edición de 1595; la de 1578, *frangimiento*.

que muchas, no alcanza mi fe a creer que el Señor es de ello contento.

6. Ni me mueve para aprobarlo, lo que en la Iglesia primitiva se hacía, pues los casados de entonces eran tan sin cuidados temporales, tan devotos y llenos del Espíritu Santo que con mucha abundancia en ellos se derramó, que no tienen los de ahora, por la mayor parte, que defenderse con la sombra de aquéllos en el comulgar cada día, pues no los imitan en la vida. Y pues, de los Decretos que entonces se hacían, se ve que pedían mucha limpieza en la carne a los casados para comulgar, y el dicho de San Pablo, ya alegado, no era tenido en poco, alguna moderación debía de haber en el comulgar cada día, en lo que toca a los casados en general (7).

7. Ni me mueve autoridad de hombre devoto, que ahora aconseje a todos los que confiesa o van a él, que hagan lo mismo; porque pienso que dice de la feria como le va en ella, y no mira a muchas partes que en esto hay que mirar. Y aunque parezca esto temeridad, juzgar sin oír, no valga por juicio, sino por una vehemente sospecha y temor, causado, con mucha razón, de dichos de Escritura sagrada y de Santos, y de muchas experiencias que tengo. Incitar a que vivan de arte que merezcan comulgar cada día, esto sí, San Ambrosio lo aconseja; mas creer que haya muchos casados que hacen esto que es menester para cosa tan alta, yo no lo creo, y absténgome de no lo juzgar. De sólo San Apolonio se lee, entre los Padres de los monasterios del Yermo, que hacía comulgar cada día a sus monjes; mas habíalo con monjes, y tales como los había en aquel tiempo, y no con casados de éste; y creo yo sería el cuidado del buen abad tan ferviente por el aprovechamiento de sus monjes, que con su oración y diligencia les haría andar aparejados para la alteza de la obra que les aconsejaba. Ni hay ahora aquellos Padres, ni aquellos discípulos, ni aquel aparejo, ni aquella vida, que llama San Jerónimo «vida de ángeles», y que por oraciones de ellos el mundo se sustentaba. ¡Qué mucho que éstos comulgasen cada día!

8. Júntase a esto (8) lo que toca a terceros, que

(7) La Iglesia permite hoy a los casados la comunión frecuente, y aun diaria.

(8) *A esto;* LA LECTURA, *a estos.*

es la inquietud causada en los maridos por la tardanza continua de las mujeres en la Iglesia, y los males que acaecen en casa por la ausencia de la señora. Cosas claras son éstas no ser de espíritu bueno, pues contradicen a los mandamientos de Dios, dichos por boca de San Pablo (*Efes.*, 5), que en una parte manda que *obedezcan las mujeres a sus maridos como a Cristo, y les sean sujetas*; y en otra, que *sint domus curam habentes* (*Tit.*, 2); o como el original griego dice, *domus custodes*. Débeles vuestra merced predicar que cumplan con la obligación que a su estado tienen, y que lo que de aquí les sobrare den a su devoción. Y no harán poco si reciben al Señor bien de ocho a ocho días; y esto no todas; y algunas más a menudo, que, como he dicho, no hay una regla para todos.

9. En lo que toca a esa persona, que confiesa sentir provecho de la frecuencia de la comunión y daño de la haber pasado a ocho días, no se rinda vuestra merced luego; pruebe sí, con añadir cuidado, si le va bien con este modo de comulgar; que hay gente que el día que no comulgan no se saben tener en pie, ni hay más devoción ni aliento sino de haber comulgado. Bien lejos estaba esto de aquellos Padres pasados, ejemplo de verdadera santidad, que estaban días y meses sin comulgar, mas no por eso desaprovechados, porque la gran diligencia de aprovechar suplía el favor que de comulgar recibían. Y a este espejo es bien que miremos y hagamos a otros que miren, especialmente a mozas, que les va la vida en tratar sus negocios con Dios a solas sin medio de hombres (9); y si fuesen tales cuales Dios quiere, con pocas comuniones se pasarían, y no alegarían para su andar y hablar: «Siéntome mal sin comulgar cada día.» Niñerías son éstas de gente que pide alfeñique (10), y no son para comer pan de destetados. Trabajen y revienten por poderse pasar con poca plática de hombres; y si lo hacen así, verán, a cabo de poco tiempo, otro fruto en sus ánimas; mas si hay pereza y liviandad, no me aleguen que la falta de la comunión lo hace.

---

(9) Insiste el Beato en esta idea en AUDI FILIA, capítulo 8, y en otros pasajes.

(10) *Alfeñique*: pasta de azúcar.

10. Lo que me parece que se debe predicar es los grandes bienes que de la frecuencia se reciben; y que ninguno juzgue a otro por comulgar cada día, pues se puede bien hacer; antes se compunja y acuse de flojo e indevoto, pues él no es para hacer bien hecho lo que el otro hace. Y con esto, se avise a los que comulgan de los peligros que hay si bien no lo hacen; y que por no poderse dar una regla para todos, ni para uno en diversos tiempos, se remite el cuándo al juicio del confesor, con que sea prudente y devoto; y que parece ser término razonable para gente medianamente aprovechada comulgar de ocho a ocho días, salvo si no se ofrece algún caso particular en la semana; y que quien más que esto quisiere, que le hable a vuestra merced en particular y le dirá su parecer; y a quien viere claro que hay provecho de ello, concédalo; y esto a pocos; y a los otros quítelo, pidiendo primero lumbre a nuestro Señor para acertar. Y puede ser más largo en esto con personas no casadas que casadas, y con personas de edad que mozas, porque la madureza de seso y reverencia y peso es gran parte para fiarles la frecuencia de la comunión.

11. Ya sabe que San Francisco el de Asís no comulgaba cada día, ni San Francisco de Paula, aun después de viejo, sino de ocho a ocho días. Y con esto, entiendo que a los no tan santos es bien comulgar de ocho a ocho días, y también más a menudo; porque entiendo que la necesidad que la malicia de tiempos, y engaños del demonio, y propia flaqueza causan ahora, pide mayor recurso al remedio y mesa que contra todos los males acá Dios nos dejó; yendo a ello, no como tan santos como aquéllos, mas porque no lo somos; y como más necesitados, vamos al médico más veces para que nos cure.

Y así concluyo, que en púlpito se favorezca mucho la comunión, y se dé un poco de aviso para que no se yerre cuando comulgan muchas veces; de arte que queden los tardíos en ella confundidos, y los que la frecuentan favorecidos, aunque avisados. Y es muy bien tratar esto en particular con los confesores. Y Cristo lo trate con unos y otros por su gran bondad, para que cosa en que tanto va se use mucho, y bien usada.

Mi salud es tal cual he dicho, y parece que el Se-

ñor me la ha dado para hacer esto. Vuestra merced me encomiende a su misericordia, y haga a otros que me encomienden.

4.—A un Predicador.

Trata que es sobrehumanas fuerzas ser buen ministro de la palabra de Dios, y qué es lo que en ella se ha de buscar; y del miramiento que en no faltar a su aprovechamiento ha de tener; y de la frecuencia de comuniones, y el silencio que han de tener los siervos de Dios.

Charissime:

1. Las señas que vuestra merced me da para que de él me acuerde, no son menester; porque quiso nuestro Señor que tenga tanta memoria de vuestra merced, que después de una vez visto, no le olvidase más. Y cierto, digno es que yo, que soy un gusano, me acuerde de aquel de quien Dios se acuerda para le hacer misericordias, y del que de (1) Dios se acuerda para se las servir. Ruego a la misericordia del Salvador Cristo, que quiera acabar con próspero fin lo que ha comenzado en esa ánima con tan buen principio, para que no sea *sicut luna, quae semper mutatur,* mas *lux quae* (2) *crescit usque ad perfectum diem* (*Prov.*, 4, 18).

2. Piense, Padre, muchas veces en qué negocio le ha puesto nuestro Señor, y verá con cuánta vigilancia lo debe tratar. No tiene Dios negocio que más le importe, que el de las ánimas; y por ellas lo crió todo, y Él mismo se hizo hombre, para, en la carne que tomó, poder comunicarse con los hombres. Gran dignidad es traer oficio en que se ejercitó el mismo Dios, ser vicario de tal Predicador, al cual es razón de imitar en la vida como en la palabra. Sobre fuerzas humanas es ser buen ministro de Dios en la conversión de las ánimas; y por esto dice el Apóstol (2 *Cor.*, 2 y 3) *Quis idoneus?* Cierto, no de nosotros; mas *sufficientia nostra ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros novi Testamenti; non littera, sed spiritu.*

3. Trabajemos, Padre, por morir, antes que demos

(1) *De:* falta en La Lectura.
(2) Mas *lux quae;* La Lectura, *mas qu[e]*.

maculam in gloriam nostram. Y pidamos al Señor con cuidado que del todo y en todo obre Él y hable en nosotros; porque, nosotros hollados, Él sea el precioso en nuestros ojos y en los de todos. No miremos a otra parte sino a la gloria de Dios; y ésta busquemos, y de ésta seamos pregoneros; que quien mira a la propia es semejable al que fuese a decir a una doncella que la quería por mujer el hijo del rey, si ella quería dar consentimiento, y el tal mensajero granjease para si la que había de ganar para el hijo del rey. Enviados somos que quieran a Cristo, pues que Él las quiere; miremos no nos busquemos a nosotros, que sería extrema traición. Fidelísimo fué Cristo a su Padre, cuya gloria siempre predicó y buscó; en los milagros que hacía y palabras que predicaba, todo decía que le venía del Padre, y que alabasen al Padre; y así los predicadores de Cristo su gloria han de predicar, y a Él referir todo lo que bien obran y hablan, para que así sean coronados por Él, como Él lo fué por el Padre. Todas las cosas dijo Josef que le había dado su señor (*Gen.*, 39), mas no la mujer, aunque ella lo convidaba consigo. Y así piense el pregonero de Cristo que todo lo que quisiere le dará Él, salvo la honra y el amor de las ánimas; que esto, Padre, aunque se os ofrezca, no la habéis de tomar; mas holgaros con que amen a Cristo y le honren, y a nosotros que nos aborrezcan y huellen y nos escupan en la cara; para que así ganen ellos y ganemos nosotros; ellos con mirar a Cristo, nosotros con ser despreciados por Él.

4. Muchas veces, Padre, acaece en este oficio ser honrados, y ser despreciados; mas el siervo de Dios, tan sordo debe pasar a lo uno como a lo otro; aunque más se debe alegrar con el desprecio que con la honra, cuanto más le hacen conforme a Cristo, que por buscar la honra del Padre, fué Él deshonrado. Tengamos la conciencia pura y nuestros ojos puestos en Dios, y esperemos su reino; que todo lo que acá se puede ofrecer es ruido que presto se pasa, y ligeramente es vencido de quien vive bien y se esconde en las llagas de Cristo, pues para nuestro refugio están abiertas. Allí hallamos descanso para cuando somos de la prosperidad combatidos y de la adversidad; y ninguna cosa puede turbar a quien allí ha fijado su pensamiento.

5. Dícenme que vuestra merced trabaja mucho: querría que se templase, a lo menos en las confesiones; porque, cierto, somos de *carne*, la cual es *flaca, aunque el espíritu sea fuerte;* y no querría verle como yo estoy de indiscretos trabajos, que a cada sermón me da una calentura. Esto es en cuanto a lo del cuerpo; en lo cual encomiendo que ni sea regalado, ni demasiadamente lo trabaje. Y porque por carta no se puede esto especificar, baste esto.

6. Cuanto a lo del ánima, le encomiendo que de tal manera aproveche a otros, que nunca pierda su oración mental y recogimiento; y en esto mire muy mucho, porque he visto algunos que han dado cuanto tenían, y quedáronse pobres para sí y para otros. Suelen, Padre, decir que «de ello con de ello» (3); y en la limosna temporal dice San Pablo (2 *Cor.*, 8, 13): *Non ut aliis sit remissio, vobis autem tribulatio, sed ex aequalitate.* Más dura y más aprovecha lo que va más poco a poco; y más imprime una palabra después de haber estado en oración, que diez sin ella. No en mucho hablar, mas en devotamente orar y bien obrar está el aprovechamiento. Y por eso así hemos de mantener a los otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre, y nunca falte el fuego de Dios en nuestro altar. No sea, pues, muy continuo demasiadamente en darse a otros, mas tenga sus buenos ratos diputados para sí; y crea en esto a quien lo ha bien probado.

7. También le aviso que no se dé mucho a confesiones de mujeres, especialmente mozas, que es una muy peligrosa negociación, si no hay muy particular don de Dios que haga la carne como insensible. Y generalmente ponga más los ojos en aprovechamiento de hombres; porque si comienza a mirar a ellas, no le vagará [a] entender en otra cosa, según hacen gastar el tiempo en cosas de poco provecho. Su principal intento querría que fuese predicar, que mucho hará si bien lo hace; y el confesar ni tomarlo del todo, ni dejarlo del todo. Espero en Cristo que Él enseñará el cuándo, y cómo, y a quién.

8. Sabido he que se usa mucho la comunión por allá, y en algunas tierras más de lo que yo querría, aunque no hay cosa que a mí más alegría me dé que

---

(3) *De ello con de ello:* de lo uno y de lo otro.

este ejercicio cuando es como se debe hacer. Visto he algunos que, siendo flojos en el cuidado del aprovechar, piensan que con comulgar muchas veces, y con sentir un poco de devoción entonces, que dura poco y no deja fruto en el ánima de aprovechamiento, les parece que comulgan bien; y después vienen a perder aun aquella poca devoción, y quedan tales, que no sienten ya más de la comunión que si no comulgasen; lo cual se causó de la frecuentación de este sacrosanto misterio sin haber vida digna de ello. Por tanto, esté sobre aviso, que no todas veces abra la puerta de este sagrado y divino Pan; mas mirando la conciencia de cada uno, así dispensarlo. No querría que hubiese quien más frecuentemente lo tomase que de ocho a ocho días, como San Agustín lo aconseja, salvo si no hubiese alguna tan particular necesidad o particular hambre, que pareciese hacer injuria a tanto deseo quitarle su Deseado. Y a los demás, o de quince a quince días, o de mes a mes se les dé, avisándoles que si les deleita este convite, que les ha de costar algo en la enmienda de la vida; que si viven flojamente, no quieran recibir el Pan, que para los que sudan y trabajan en resistir a sus pasiones y en mortificar su voluntad se ordenó. Cierta sentencia es la de San Pablo (2 *Tesal.*, 3)—en el un pan y en el otro—, *que quien no trabaja no coma;* que de otra manera el pan come de balde; y este santísimo Pan, ¿quién sin trabajar y pelear lo tiene en su ánima?

9. Y no olvide, Padre, de encomendar a los que a Dios se allegaren, que obren y callen; no presuman enseñar a otros, antes tiemblen de nombrar al Señor en su boca; y piensen, aunque muy adelante les parezca que están, que no han comenzado. Nunca vi durar mucho en el bien a quien presto lo parla. No hagan caso de revelaciones, ni digan lo que en su corazón sienten, si no es a su confesor, y esto no sin necesidad, sino para pedirle consejo, por no ser del demonio engañados. Escondan las buenas obras lo más que pudieren; si no, acaecerles ha lo que a las florecitas del árbol, que un viento que viene se las lleva, por su ternura. De estas y otras cosas es menester avisar a los que comienzan a servir al Señor, porque no pierdan por imprudencia la merced que el Señor les ha hecho, y lloren después cuando se les haya ido la gracia, la cual no tornará tan presto como se va.

E. camíneles en leer buenos libros, y vuestra merced también lea, y ore y ruegue al Señor por mí.

5.—Al Maestro García Arias, Predicador.

Enséñale en qué se debe ejercitar el día y la noche y cómo se habrá consigo y con los prójimos (1).

Muy reverendo Padre mío:

1. Puesto que (2) he sabido que mi carta no ha parecido allá a todos muy bien, no dejara de obedecer la voluntad de vuestra merced, que quiere ser informado de lo que debe hacer, pues con tanta humildad lo demanda que parece que lo debo tomar por mandamiento de Dios; cuyo favor invocando, digo: que el ejercicio principal de vuestra merced, por ahora debe ser en quitar los ojos de la encomienda de la vida ajena, y ponerlos en la suya, y rogar a otros que le ayuden a ello.

2. Y la regla particular que para esto me pide parece que debe ser ésta. Recogerse ha cada noche en tocando a la oración del *Avemaría*, o un poquito antes; e hincando las rodillas, hecha la señal de la cruz, diga el *Confiteor Deo*, y el salmo de *Miserere*: e hiriendo sus pechos, confiese al Señor su propia indignidad y pecados, pidiéndole misericordia por el sacrificio de la Pasión de su Hijo, que amansó la ira que nuestros pecados merecían. Y luego se sosiegue de rodillas, si lo pudiere sufrir sin daño del cuerpo y sin vagueamiento del pensamiento—el cual suele acaecer cuando el cuerpo está penado—, o sentado en el suelo o en silla.

3. Piense con atención en el paso de su muerte lo más entrañablemente que pudiere, como si en ella estuviese, notando particularmente cómo estará en la cama, la candela en la mano, y todo lo demás que el Señor le diere. Y tras esto, cómo salida el ánima, quedará acá el cuerpo, y será llevado a enterrar; y haga cuenta que oye los cantos y lloros, y todo lo demás que se suele hacer; y cómo echado su cuerpo debajo

(1) Desarrolla esta Carta el mismo tema que la Carta número 8 y el Audi Filia, caps. 59-61.

(2) *Puesto que:* aunque.

de la tierra, será hollado, y quizá de los animales, y podrá ser que anden rodando los huesos y les den con los pies. Y pues esto ha de venir, haga cuenta que ha venido, y dése por muerto a este mundo, volviéndole de verdad las espaldas, y echando de su corazón toda criatura, y todo amor de honra, y todo temor de deshonra; y haga cuenta que ya está en el otro mundo, y viva acá como en una inmutabilidad entre las mudanzas, mirando cómo ya es todo pasado, y él y los que ve están ya olvidados, y todo se ha ya pasado, así como agua que corría con zurrido (3).

4. Y cumplido con el pensamiento del cuerpo, piense cómo su ánima ha de ser juzgada con verdadero juicio; y preséntese delante del tribunal de Cristo, ni más ni menos que se presenta un ladrón delante de un juez, las manos atadas, y los ojos bajos, y con vergüenza en el rostro, porque le tomaron con el hurto en las manos. Piense cómo allí será acusado de demonios y de su propia conciencia; y trabaje por *sentir* esto; que no el *pensar*, mas el *sentimiento* es el fin del pensar. Y entonces debe suplicar al Señor que le haga merced de le descubrir algo de los méritos de su proceso, y darle a entender quién ha sido en la vida pasada, y qué ha hecho contra Dios, y qué ha hecho Dios con él, comenzando desde que fué criado, y qué bienes ha recibido de Dios, y cuán mal le ha respondido a ellos. El cual pensamiento, cuando viene del espíritu humano solamente, hace entristecerse un poco; mas cuando viene del espíritu del Señor, es tan lúcido, que ve el hombre en sí tal indignidad, que le parece milagro sufrirlo la tierra, y tiene mucho que hacer en creer que tiene Dios tanta bondad que baste para le sufrir; y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por no ofender al Señor, pondría las manos en sí mismo, y desea que todas las criaturas vengasen la injuria de su Señor. Lo que aquí se siente cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano. Y no debe vuestra merced acordarse muy en particular de todos los pecados; basta acordarse de algunos más graves, que humillen mucho al hombre; y en lo demás, mirarse en general como una cosa

(3) *Zurrido:* ruido desapacible.

abominable, a lo menos después de haber algunos días examinádose particularmente. Tras esto debe pensar los infernales tormentos y los del purgatorio, y el día del juicio; y el fin de esto es el sentirlo.

5. Debe también examinar los defectos aquel día hechos, y sentirlos más que los pecados pasados, mirando muy atentamente sus inclinaciones, y pedir luz al Señor para escudriñar este abismo, que sólo Dios le escudriña, y el hombre cuanto Dios le da de lumbre para ver los rincones de él.

6. Esto es en lo que se debe de ocupar desde en anocheciendo hasta dos buenas horas, que sean las ocho u ocho y media; y luego coma un bocado de cosas livianas; porque así ha de ser la cena, que en ninguna manera dé pesadumbre al ánima para entender en la oración. Y querría que sobre la cena no hablase, mas que guardase silencio desde anocheciendo hasta haber dicho Misa otro día. Digo, pues, que después de haber tomado el bocado, debe rezar vocalmente alguna cosilla, y leer algo que más le incite a devoción que a sutileza de ingenio, y en esto serán ya casi las nueve y media; y entonces aparéjese un poquito para dormir, lo cual ha de ser como lo hacen los otros para morir. Y recogiendo un poco el ánima, y encomendándola en las manos del Señor, duerma pensando cómo le han de tender en la sepultura, o cómo el Señor fué sepultado.

7. Y comenzando a dormir a las diez, dormirá hasta las tres, y entonces levántese y rece Maitines; y éstos acabados, piense, hincadas las rodillas, un paso de la Pasión del Señor, tomando cada día un paso, porque no ande vagueando con el pensamiento, y puede ordenarlos así que el lunes piense la ida al huerto, y oración, y prendimiento; martes, desde allí hasta la columna inclusive; miércoles, la coronación y Ecce Homo; jueves, la sentencia y llevada de la cruz; viernes, la crucificación y muerte; sábado, la deposición de la cruz y sepultura; domingo, la resurrección, y gloria que tienen los del cielo, figurada en la resurrección de Cristo. En esto estará casi dos horas, y después recline un poquito la cabeza para tomar un poco de sueño, por causa de la cabeza, hasta las seis o seis y media. Y después rece Prima, Tercia y Sexta; y póngase en oración, aparejándose para la Misa, pensando en este profundísimo misterio. Y considerada su propia indignidad, irá a recibir a Aquel mismo cuya Pa-

sión pensó en la madrugada; porque pensando al Señor en la Misa de la forma que lo pensó en su oración, ayúdase mucho lo uno a lo otro. La Misa acabada, recójase media hora a dar gracias y holgarse con el que en sus entrañas tiene, y aprovéchese de Él, no de otra manera que como cuando acá vivía fué recibido de Zaqueo o de Mateo, o de otro que se lea; porque el más quieto tiempo de todos es aquel mientras el Señor está en nuestro pecho, el cual tiempo no se debe gastar en otra cosa, si extrema necesidad a otra cosa no nos constriñese.

8. Tras este ratico estudie hasta comer, que serán un par de horas; y el estudio será comenzar a pasar el Nuevo Testamento, y si fuese posible, querría que lo tomase de memoria. El estudiar será, alzando el corazón al Señor, leer el texto, sin otra glosa, si no fuere cuando algo dudare, que entonces puede mirar a Crisóstomo o a Nicolao (4), o a otro que le parezca que declara la letra no más: y no se meta sino en saber el sentido propio que el Señor quiso allí entender, que por ahora no es menester leer más.

9. Después de comer huelgue un poco el pensamiento; que aunque parece que cuando pican la piedra del molino no se hace nada, mas mucho se hace en aparejarla para más moler. Y si su cabeza ha menester un poco de sueño tómelo enhorabuena; y después rece Nona, y Vísperas y Completas, y gaste la tarde en provecho de sus prójimos de esta manera: que sepa qué enfermos hay peligrosos para morir, y váyalos a visitar y animar, y trabaje por hallarse a la muerte de ellos, porque ganará mucho él y aprovechará mucho a ellos; y otras vaya al hospital, y consuele a los enfermos; otra vez, si supiere que algunos están en discordia, que cree podrá aprovecharles, hábleles, y querría que ordinariamente leyese (5), habiendo algunos mancebos bien inclinados, cada tarde alguna cosa de buenas costumbres, así como Tulio (6), o *Eticas* de Aristóteles, o algo de Platón, o cosas semejantes. sin meterse en misterio de cosa de cristiandad, porque de aquéllos ha de tenerse aún por insuficiente aun para ser discípulo. Y en esto se pasará la tarde, y sucederá la orden ya dicha.

---

(4) Nicolás de Lira.
(5) *Leyese:* explicase, diese clase.
(6) *Tulio:* Marco Tulio Cicerón.

10. Resta avisarle de algunas cosas acerca de lo dicho: que cuando pensare la Pasión no se vaya el pensamiento muy lejos de sí a los lugares do acaeció lo que piensa; mas todo lo piense como si dentro de sí mismo o cerca de sí acaeciese. Y no trabaje por llorar ni sentir pena, sino lo más sosegadamente que pudiere. Imagine, no con demasiada fuerza, el paso que quiere, y párese a mirar *simplemente* lo que el Señor pasaba, como si presente estuviera. Digo *simplemente*, porque no ha de curar de razones, ni de mucho discurrir de pensamientos; mas con una vista sosegada, a modo de inteligencia, mire al Señor, y las más veces sus pies, y considerarlo cómo estaba, esperando lo que el Señor allí le diere; porque lo principal de este negocio es recibir los movimientos e influencias del Señor, y antes que éstas vengan *est vanum ante lucem surgere* (*Ps.*, 126), aunque se debe hacer lo que en nosotros es. Y lo que entonces le fuere dado, ahora sea compasión, ahora sea amor, o temor, o dolor de pecados, o edificación de costumbres, o lágrimas, tómelo sin desechar nada; y si ninguna cosa le dieren, no se altere; mas renunciándose en las manos del Señor, tenga por muy gran merced haber su Majestad consentido delante de su presencia un tan hediondo leproso como él es; y con esto se consuele.

Item, si pensando en algunas cosas de las dichas sintiere que el ánima se deleita de dejar aquello y pensar otro, debe seguir lo que el ánima quiere con libertad, con tal que no sea a cada viento, sino cuando sintiere que es llevada a otra cosa; que si no, estése quedo, aunque no sienta devoción en lo que piensa.

Item, trabaje de, las más veces que pudiere, recogerse dentro de su corazón todo el día, aunque ande en ocupaciones, y traiga a la memoria el paso de la Pasión que aquel día le cabe de pensar; porque los que esto no hacen, hállanse muy indevotos cuando después tornan a la oración. Y por esto decían los santos Padres del Yermo que debía el monje hacer algunas oraciones breves y frecuentes, porque no se apagase la oración.

11. *Item*, porque hay algunos que no pueden entrar en el pensamiento de la Pasión sino tarde y con mucha pena, es bien que sepa, si fuere uno de éstos, que es muy buen remedio comenzar primero a leer algún libro devoto de la Pasión, y leer aquel paso que enton-

ces quisiere pensar; y quédanse en la memoria las circunstancias de aquel paso, y queda la voluntad algo movida. Querría que vuestra merced lo hiciese, y de los libros que para esto me parecen mejor es *Passio duorum* (7), o la primera parte del *Abecedario espiritual;* probándolos verá cuál es mejor.

Item, se debe ejercitar en libros simples, que sean devotos y espirituales, así como *Vitas Patrum y Casianus de Collationibus Patrum, Summa de virtutibus et vitiis,* sin el cual no esté; y éstos bastan por ahora. Oiga sermones de persona que le pareciere que mora en ella Dios. y de buena doctrina, y comunique con los tales poco y como discípulo rudísimo, y mire bien lo que le fuere dicho, y óbrelo.

12. Suelen venir en la oración algunas cosas muy vivas para el entendimiento; y otras veces la misma persona que ora se pone allí para predicarlo o enseñarlo, o para saberlo no más. Todo lo cual ha de mortificar vuestra merced enderezando su intención a su propia edificación, y diciendo a su ánima que aquellos ratos los quiere para sí mismo; que no quiere allí aprender cosas para otros; que otro tiempo habrá para ello; y así, en toda simplicidad y humildad busque el provecho de su ánima, sin querer hacer escuela del entendimiento lo que es de la voluntad.

13. Lo que en su corazón pasa con Dios cállelo con grande aviso, como debe callar la mujer casada lo que con su marido pasa; y no diga palabra por la cual le puedan tener en algo; mas con toda disimulación y llaneza conversará con sus prójimos, para que no le sean estorbo para la comunicación del Señor. Isaías (24) dice: *Secretum meum michi;* y dice San Bernardo que lo ha de tener el siervo de Dios escrito en su celda o corazón. Esto está en la Epístola *ad Fratres de Monte Dei,* la cual lea, y si quiere también los *Cantares.* No descubrir su corazón es cosa que le ayudará para mucho sosiego.

14. Diga Misa cada día, aunque no sienta devoción, y confiese a más tardar de tres a tres días con profundo conocimiento de sus males y crédito que son muy más y mayores que él conoce, y con entera fe y devoción en este sacramento por la palabra del Señor: *Quorum remiseritis peccata* (*Jn.*, 20); y si Dios le da luz con que se conozca, y fe para esta palabra,

---

(7) Véase la Carta 1, núm. 5.

serle ha este santísimo sacramento grandísima dulcedumbre y consolación. Si alguna persona le importunare mucho que la confiese, hágalo con aquel aparejo como cuando va a decir Misa; y no querría que fuesen mujeres, ni que fuese a muchos, sino a alguna cosa particular que parezca mandarla Dios.

15. En el predicar debe pensar que no es para ello; y *secundum indulgentiam dico,* y no *secundum imperium* (1 *Cor.,* 7). Los Advientos y Cuaresmas predique de ocho a ocho días poco más o menos, estudiando primero el sermón tres o cuatro días sin congoja, y el día antes del sermón ocuparlo en gustar lo que ha de decir, y no predicar sin estudio, ni sin este día tener recogimiento particular.

16. La exterior conversación sea llana, sin que pueda notar de él devoción exterior, y sin juzgar a nadie, ni llorar las perdiciones de los otros; mas olvidado de las faltas ajenas, y mirando sus bienes, volver los ojos sobre sus propios males, y éstos llorar y remediar.

Esto es lo que se me ha ofrecido por ahora y de prisa; y lo que más se ofreciere escribiré a vuestra merced; y lo uno y lo otro examine vuestra merced para tomar lo que bien le pareciere, que yo con tal intento lo escribo.

6.—A un Sacerdote.

Enséñale cuál será el mejor aparejo y cuál consideración más provechosa para llegarse a celebrar.

Muy reverendo Padre mío:

1. Plega a nuestro Señor que la tardanza de mi respuesta sea recompensada con que sea verdadera, y provechosa a vuestra merced; porque según la pregunta es de mucha importancia también lo será la respuesta si fuese tal como he dicho.

Pregunta vuestra merced qué aparejo será el mejor, o qué consideración más provechosa para celebrar el Santo Sacramento del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, porque teme no le sea tornado en daño, por falta de aparejo, lo que de sí es tan provechoso.

2. Ya vuestra merced sabe ser diversas las complexiones de los cuerpos, y así ser diversas las inclina-

ciones de las ánimas; y también diversos los dones que reparte Dios; y a unos lleva por unos medios, y a otros por otros; y así no se puede dar regla cierta que a todos cuadre, de qué consideración le sea más provechosa para lo dicho. Esto es cierto; que aquello le será a uno mejor, que nuestro Señor le diere, y con que más le moviere. Y quien tiene noticia (como en estas cosas se puede tener, que ni son de fe, ni hay evidencia) (1) de que su aparejo o consideración es impulso de Dios, no hay que buscar otra, hasta que nuestro Señor la mude; y esto se ha de averiguar, dando cuenta a persona que tenga de ello experiencia y prudencia, y asentar en aquello.

Mas hay otros que no se sienten particularmente movidos a esta o a aquella consideración; y para éstos también es necesario que den parte de su disposición interior, para ver si han menester ser llevados por consideración de amor, o de temor, tristes, o alegres; y conforme a lo que hubieren menester, aplicarles el remedio.

3. Y porque creo, según la relación que de vuestra merced tengo, que la disposición de vuestra merced es de persona aprovechada en la virtud, y que le está mejor ejercitarse en consideración que le provoque a fervor de amor con reverencia, que a otras, digo que para este intento yo no sé otra mejor que aquella que nos da a entender, que aquel Señor con quien vamos (2) a tratar es Dios y hombre, y la causa por que al altar viene. Cierto, señor, eficacísimo golpe es para despertar a un hombre considerar de verdad: «¡A Dios voy a consagrar, y a tenerlo en mis manos, y a hablar con Él, y a recibirlo en mi pecho!» Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester, para, según nuestra flaqueza, hacer lo que en este oficio debemos. ¿Quién no se enciende en amor con pensar: «Al Bien infinito voy a recibir»? ¿Quién no tiembla de amorosa reverencia de Aquel de quien tiemblan los poderes del cielo, y no de ofenderle, sino de alabarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido a aquel Señor que presente tiene? ¿Quién

---

(1) La Lectura cierra el paréntesis diez palabras después.

(2) [Vamos]: el autor dijo *imos,* forma regular, arcaica del verbo *ir.*

no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza a hacer penitencia por el desierto, con tal viático? Y, finalmente, esta consideración, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí; ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos, causados de la consideración de su presencia; los cuales, aunque no se sigan necesariamente de la consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen.

4. Así que, señor, ejercítese vuestra merced en esta consideración; haga cuenta que oye aquella voz (*Mt.*, 25, 6): *¡Ecce sponsus venit! ¡Deus vester venit!*; y enciérrese dentro de su corazón, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir. Y pida al mismo Señor que, por aquella bondad misma que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo, reverenciarlo y amarlo como es razón. Importúnele que no permita Él que esté vuestra merced en presencia de tan alta Majestad, sin reverencia, temor y amor.

Acostúmbrese a sentir lo que debe de la presencia del Señor, aunque otra consideración no tenga. Mire a los que están delante los reyes, aunque no digan nada; aquella mesura, reverencia y amor con que están, si están como deben. Mas mejor es pensar cómo están en la corte del cielo aquellos tan grandes en presencia de la infinita Grandeza, temblando de su pequeñez, y ardiendo en fuego de amor, como abrasados en el horno de él. Haga cuenta que entra él entre aquellos grandes y tan bien vestidos, tan bien criados, tan diligentes en el servicio de su Señor; y puesto en tal compañía y en presencia de tal Rey, sienta lo que debe sentir, aunque, como digo, no tenga entonces otra consideración. Quiero decir, que una cosa es *saber hablar* al Rey, y otra *saber* (aunque callando) *estar delante* del Rey, para estar como debe estar. Y esta unión de su alma con nuestro Señor, es la que debe tener en la Misa, colgado de él, como cuando está en la celda en lo más íntimo de su corazón unido con Dios, y de tal manera, que las palabras que lee no le distraigan de esta unión, porque hallará en ella más fruto que en las palabras; aunque se ha de tener cuenta con ellas, mas hase de acostumbrar, teniendo el corazón unido y presente a Dios, tener la atención que conviene a lo que hace y dice.

5. ¡Oh, señor, y qué siente una ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora, elegida, enriquecida en celestiales gracias para tratar a Dios humanado; y coteja los brazos de ella, y sus manos y sus ojos, con los propios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para Aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir a ellas por las palabras de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazón, y le hacen desear, que, en acabando la Misa, se fuese el hombre a considerar aquella palabra del Señor (*Jn.*, 13, 12): *Scitis, quid fecerim vobis?* ¡Oh señor!: ¡Quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora!, ¡quién lo gustase con el paladar del ánima!, ¡quién tuviese balanzas no mentirosas para lo pesar!, ¡cuán bienaventurado sería en la tierra! ¡Y cómo, en acabando la Misa, le es gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus*, hasta otro día que tornase a decir Misa! Y si alguna vez diere Dios a vuestra merced esta luz, entonces conocerá cuánta confusión y dolor debe tener cuando se llega al altar sin ella; que quien nunca lo ha sentido no sabe la miseria que tiene cuando le falta.

6. Junte vuestra merced a esta consideración de *quién* es el que al altar *viene*, el *por qué viene*, y verá una semejanza del amor de la encarnación del Señor, del nacimiento, de su vida y de su muerte, que le renueve lo pasado (3). Y si entrare en lo íntimo del Corazón del Señor y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su ánima en tal consideración. Mucho se mueve el ánima considerando: «A Dios tengo aquí»; mas cuando considera que del grande amor que nos tiene—como desposado que no puede estar sin ver y hablar a su esposa ni un solo día—viene a nosotros, querría el hombre que lo siente tener mil corazones para responder a tal amor, y decir como San Agustín: *Do-*

(3) Esta idea fecundísima para la comunión, misa y todo el culto eucarístico, está maravillosamente desarrollada por el autor en los Tratados del Santísimo Sacramento.

minc, quid tibi sum, quia jubes me diligere te? Quid tibi sum, que tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que estando en el cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes a éste que sabe muy bien ofenderte, y muy mal servirte! ¡Que no te puedes hallar, Señor, sin mí! ¡Que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, que siendo quien eres, pusiste tu amor en un tal como yo! ¡Y que vengas aquí con tu Real Persona, y te pongas en mis manos, como quien dice: «Yo morí por ti una vez, y vengo a ti para que sepas que no estoy arrepentido de ello; mas si fuese menester, moriré por ti otra vez.»

¿Qué lanza quedará enhiesta
a tal recuesta de amor?

¿Quién, Señor, *se absconderá del calor* de tu Corazón, que calienta el nuestro con su presencia, y como de horno muy grande, saltan centellas a lo que está cerca? ¡Tal, padre mío, viene el Señor de los cielos a nuestras manos!, ¡y nosotros tales lo tratamos y recibimos!

7. Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al mismo Señor que nos hace una merced, que nos haga otra; pues dádivas suyas sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. *Immo*, como San Bernardo dice, que el ingrato *eo ipso péssimus, quo optimus*. Miremos todo el día cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos. Y traigamos todo el día este pensamiento: «Al Señor recibí, a su mesa me siento, y mañana estaré con Él»; y con esto huiremos todo mal, y esforcémonos al bien; que lo que se hace fuera del altar suele el Señor galardonarlo allí.

Y para concluir, digo que se acuerde vuestra merced que se quejó el Señor de Simón (4), porque entrando en su casa no le dió *agua para sus pies*, ni *beso en su faz*, para que sepamos que quiere de la casa do entra, que le den lágrimas por los pecados a los pies de Él, y amor que hace dar beso de paz. Esta dé a vuestra merced nuestro Señor con el mismo Señor y con sus prójimos, que nazca del perfecto amor; el cual aquí le atormente por las ofensas que él, y otros,

(4) Simón, leproso (Lc. 7, 44).

hacen al Señor, y en el cielo le haga gozar, teniendo el bien de Dios por propio y más que propio, amando a Él más que a sí mismo. Por cuyo amor pido a vuestra merced que si algo, o mucho, va en esta carta que haya menester enmienda, me la envíe, y por lo bueno de gracias a nuestro Señor; y se acuerde de mí, cuando en el altar estuviere.

7.—Para un mancebo

Que le pidió consejo si sería sacerdote. Trata algo de lo que se requiere para esta dignidad tan alta.

1. Recibí la carta de vuestra merced, y leí todas las señas que para su conocimiento me da. Bien parece que no conoce los corazones, pues piensa que le tengo olvidado; gracias a nuestro Señor que no lo ha permitido; mas hame hecho merced de darme particular memoria de vuestra religiosa persona, y cuidado entrañable de os aprovechar en lo que pudiese. Vi también la relación de vuestros ejercicios, y vuestros combates de ultramar y de esta parte del mar, sobre que toméis sacerdocio; y paréceme bien que estéis en ello dudoso, temiendo carga tan grande; y mejor me parecería que tan grande y tan santa os pareciese, que del todo huyésedes de ella. Porque en otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie si no era para ser Obispo o tener cura de ánimas, o alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos quedábanse en ser diáconos o subdiáconos, o de los otros grados más bajos. Y entonces tenían grados bajos y vida altísima; todo lo cual está ahora al revés, que los que tienen el grado supremo del sacerdocio no tienen vida para buenos lectores u hostiarios.

2. Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto a los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia, de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que teniéndolos subidos en lo más alto del templo, de allí los derribe. Que la enseñanza de Cristo no es ésta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la dignidad; y buscar más santa y segura humildad, aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto, adonde más y mayores vientos combaten. ¡Oh, si su-

piésedes, hermano, qué tal había de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua, y al llamado de ella, venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo, a semejanza de como lo fué nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz.

3. Hermano, ¿para qué os queréis meter en tan hondo peligro, y obligaros a cuenta estrecha para el día postrero, pues por bajo estado que tengáis, aun parecerá aquel día gran carga, cuanto más si os cargáis de carga que los hombros de los ángeles temblarían de ella? Buscad aquel modo de vivir, que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé en los ojos de los hombres: que al fin este consejo os ha de parecer bien algún día a vos y a cuantos el contrario os dijeren; los cuales, como no saben qué es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos del mundo a su hermano, primo, o pariente o amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso; y paréceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, hermano, éste averiguadamente de carne o malicia; y de aquí vienen muchos a tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quiere para servir a Dios. ¡Oh abusión tan grande, de evangelizar y sacrificar por comer, y ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase de esto Jesucristo nuestro Redentor, porque no le buscan por Él, sino por el vientre de ellos (*Jn.*, 6, 26); y castigarles ha como a hombres despreciadores de la Majestad divinal. Cierto, mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, o entrar a un hospital a servir a los enfermos, o hacerse esclavo de algún sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse a hollar el cielo para pasar a la tierra, estándonos mandado por nuestro Dios y Señor al contrario.

4. Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagáis, si queréis agradar a Dios y permanecer en su santo servicio. Y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querría más que reverenciásedes de le-

jos, que no abrazásedes desde cerca, y que quisiésedes más esta dignidad por señora que por esposa (1). Y si algo hubiéredes de hacer, sea tomar grado de Epístola, y después de dos o tres años, de Evangelio; y quedaos allí, si no hubiere unas grandes conjeturas del Espíritu Santo, que es Dios servido a levantaros al grado más alto; y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella.

Sabed conocer la dignidad de los enfermos a quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratáis, y haced cuenta que estáis en escuela de aprender paciencia, y humildad, y caridad, y saldréis más rico que con cuanto el Papa os puede dar.

Cristo sea vuestro amor y bienaventuranza. Amén.

8.—A UN SACERDOTE.

Enseñándole lo mucho que debe ser agradecido a Dios por haberle hecho sacerdote; y de la manera que debe tener en su vida para ser buen sacerdote.

1. Pues que, por la gracia de Jesucristo, es vuestra merced sacerdote, asaz tiene en que entender para dar buena cuenta de oficio tan alto y tremendo aun para hombros de ángeles. Estime mucho este misterio, agradezca esta merced, y esta consideración le sea bastante a recogerle cuando estuviere distraído, y a ponerle (1) espuelas cuando se viere flojo; y así se enseñoree de su corazón esta merced, que por ella se tenga por muy obligado a servir con gran diligencia al Señor; y le ponga gran cuidado para así ejercitar oficio tan soberano, que agrade a los ojos del que se lo dió.

2. Sea, pues, la primera regla de su vida ésta, que en recordando (2) de noche del sueño, le parezca que oye en sus orejas aquella voz (*Mt.*, 25, 6): *¡Ecce sponsus venit, exite obviam ei!* Y pues el haber de recibir a un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recibir, ¿cuán-

---

(1) Véase la Plática 1.ª a Sacerdotes.

(1) *Recogerle..., ponerle:* LA LECTURA, *recogerse..., ponerse.*

(2) *Recordando:* despertando.

to más razón es que del todo nos ocupe el corazón este Huésped que aquel día hemos de recibir, siendo tan alto, y tan a nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideración rece sus *Horas*, y después póngase de reposo y espacio, a lo menos por hora y media, a más profundamente considerar quién es el que ha de recibir, y espántese de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente a su Dios, y pregúntele: Señor, ¿quién te ha traído a manos de un tal pecador, y otra vez a destierro y portal y pesebre de Belén? Acuérdese de San Pedro (*Lc.*, 5, 8), que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor. El Centurión no le osa meter en su casa (*Mt.*, 8, 8), y otras semejantes consideraciones, por las cuales aprenda a temer hora y obra tan terrible, y a reverenciar a tan gran Majestad.

Piense que esto es un traslado de aquella obra, cuando el Padre Eterno envió a su Hijo al vientre virginal para que salvase el mundo, y de la vida y muerte del Señor; y así viene ahora a aplicarnos la medicina y riquezas que entonces nos ganó en la cruz, y aplicarnos aquella paga. Acuérdese de este misterio de la pasión y muerte del Señor y agradézcasela. Luego presente delante su Majestad los pecados que toda su vida ha hecho en general; y particularmente las pasiones y defectos que de presente tiene; y como enfermo que enseña sus llagas al médico, pídale conocimiento y salud para ellas.

Luego ofrezca al Eterno Padre este sacrificio, que es su Hijo, por las personas particulares que tiene obligación, y por la Iglesia católica, acordándose de cómo se ofreció el Señor en la cruz por todo el mundo, y pídale una poquita de aquella encendida caridad para que el ministro sea conforme con el Señor. Luego suplique a nuestra Señora, por el gozo que hubo en la Encarnación, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que Ella recibió en sus entrañas; y diga la oración: *Deus, qui de Beatae Mariae Virginis utero...* acordándose de la Encarnación. Y pida gracia al mismo Señor para lo mismo diciendo: *Deus, qui corda fidelium...* Y lea algo que hable de este Santísimo Sacramento, así como *Contemptus mundi* (3) en el cuarto libro, u otros si hallare. Mas

(3) De la Imitación de Cristo.

si con la oración estuviere muy recogido y devoto, no cure de leer.

La Misa se dirá el lunes por las ánimas del purgatorio; martes y miércoles por quien quisiere o fuere en cargo: jueves, viernes, sábado y domingo por la reformación de las costumbres de la Iglesia.

3. Acabada la Misa, recójase media hora, o una hora, y dé gracias al Señor por tan gran merced, de haber querido venir a establo tan indigno. Pídale perdón del ruin aparejo, y suplíquele le haga mercedes, pues suele dar *gracia por gracia*. Es buen ejercicio acordarse de algún paso del Evangelio donde el Señor hizo algún beneficio, así como cuando sanó al leproso, y libró a los discípulos de la tempestad del mar, comenzando un Evangelista desde el principio, y rumiar cada día después en un paso (4), y suplicar al Señor que está dentro de nos, que haga la misma merced en nuestras ánimas, pues hay la misma necesidad.

4. Desde aquel tiempo hasta comer puede leer algo y rezar las *Horas* que faltan. Después de comer y dormir (5) rezará sus *Horas* y luego leerá un poquito brevemente, y tendrá una poca de oración, acordándose de cómo el Señor ha sido aquel día su huésped. Y después haga algún ejercicio corporal, sin que se canse, porque no ahogue el espíritu de la devoción, o en algún huertecico, o escribiendo algo, o cosa semejante, hasta hora de Vísperas, y entonces dígalas, y después lea un rato; y si hubiere algún enfermo que visitar, o si fuere menester irse al campo, o visitar a alguien para provecho del ánima, entonces se haga.

5. A la noche ha de haber otro espacio de hora y media como el que se dijo, en que se entienda en rezar Completas y leer un poquito, especialmente si estuviere indevoto; y luego pensar en la hora de la muerte y en el juicio de Dios; y haciendo cuenta que estamos delante de Él, y que el cuerpo está echado en la sepultura, acusarnos general y particularmente de lo pasado lo uno, y de lo presente lo otro (6). Mirar lo que el Señor con nos ha hecho, y cuán mal se lo

---

(4) ¡Qué manera tan sencilla y tan sólida de dar gracias!

(5) *Dormir:* la siesta.

(6) Compárese este ejercicio con el que trae el autor en el AUDI FILIA, caps. 59-61, y la Carta núm. 5.

hemos servido, y examinarnos allí con verdadero examen, a intento de conocer cuán defectuosos somos, y conocer las raíces de nuestras pasiones muy de verdad; que sin este conocimiento no es cierto el edificio. Y aunque de esta consideración no se saque tanta devoción como de otras, no por eso es de menos valor, porque no por desabrido es peor (7). Puede el hombre pensar que es esclavo, y obligado a servir con diligencia a su señor, conforme a los de los talentos (*Mt.*, 25, 14); y como quien entra en capítulo, y examinarse bien como quien está en el artículo de la muerte, según se ha dicho; que grande mal es no pensar primero lo que cierto ha de pasar por nos. *Ante judicium interroga te ipsum, ait Sapiens* (*Eccli.*, 18, 20). También es buen pensamiento pensar en la muerte propia y de todos, mirar todas las cosas como acabadas ya, y los hombres como montones de tierra y huesos, y considerar que sólo Dios es el que ha de ser nuestro arrimo, y tener en poco todo lo visible.

6. Los libros en que ha de leer por ahora son éstos: la Glosa ordinaria, el Nuevo Testamento, y esto después de Vísperas: y en los otros ratos que he dicho de leer han de ser: *Contemptus mundi,* Casiano y a San Juan Clímaco, *Morales* de San Gregorio. Y este leer no hasta cansar, sino para levantar el corazón; *Meditationes Agustini et Bernardi.*

El pensar ha de ser sin cansarse la cabeza; y en sintiendo que se cansa, sosegarse. Y si puede estar de rodillas toda hora y media es mejor; y si no, esté hasta que se canse; y si puede estar dos horas en el dicho ejercicio, es mejor. Bueno es descansar el pensamiento con una sencilla atención a Dios, especialmente después que hubiere pensado el dicho rato; porque alguna vez suele el Señor darnos entonces más, que cuando hemos toda la noche trabajado nosotros con nuestro pensamiento.

Jueves y viernes es bien dormir en alguna tabla, por acompañar al Señor que padeció en aquellos días (8).

Propia voluntad nunca en sí la consienta en poco

---

(7) Más enérgicamente presenta este punto el AUDI FILIA, cap. 62.

(8) Véase el AUDI FILIA, cap. 72; y la VIDA del Beato, por el P. Granada, Part. 2, párrafo 1, donde se ve que el Beato no dormía el jueves y el viernes de cada semana.

ni en mucho; y sea Jesucristo crucificado su espejo y dechado, con el cual trabaje por ser conformar.

9.—A un Predicador.

Enséñale de qué espíritu se ha de guardar, y cómo debe seguir la inteligencia de los Santos en la Escritura santa.

1. Recibí la carta de vuestra merced; y a las nieblas que en esa ciudad me dice haber (1), le respondo en una palabra; que no tiene nuestro Señor tan olvidado su rebaño, que permita prevalecer mucho tiempo el engaño de la mala hierba por buena. La doctrina que no va conforme a la enseñanza de la Iglesia romana, la cual quiso Dios que fuese cabeza y maestra de todas, cierto perecerá con sus autores, aunque sean más que tiene la mar gotas de agua, y más altos que las estrellas del cielo; no es *planta de la mano de Dios* el sentido o palabras que a este crisol no está sujeto y a este dechado conforme, y por esto, *tandem eradicabitur* (*Mt.*, 15, 13). Verdad es que algunas veces quiere Dios que esto se saque a luz con trabajo de sus verdaderos ministros, y con lágrimas de sus verdaderas y simples ovejas; mas no debe cansar el trabajo del cual se espera cierto fruto, y tal fruto.

2. Dos cosas hay en que muchos han errado, y de errores irremediables: una cuando vienen a decir: «El espíritu de Dios me enseña, y él me satisface»; porque entonces le parece que sujetarse a parecer ajeno es creer más a hombre que a Dios, y huyen de su remedio, poniendo por título la honra de Dios, como en la verdad sea su propia soberbia. La otra cosa es alzarse con la palabra de Dios y con el entendimiento de ella. Estos suelen mucho ensalzar la honra de la divina palabra; y es tanto su yerro, que pensando que ellos se rigen por ella, son regidos por su propio sentido; porque quieren entender la palabra de Dios como a ellos parece, y no de otra manera; y, en fin, diciendo que la sola palabra de Cristo ha de reinar, vienen a querer que reine su propio sentido, pues ellos quieren ser los que den el sentido a la pa-

(1) Suponemos se refiere a las turbulencias que en Sevilla levantaron los protestantes mediado el siglo XVI. (Véase M. Pelayo: *Historia de los Heterodoxos españoles*, t. 3.)

labra de Dios, y la hacen que quiera decir esto o aquello. ¿Qué cosa habría más mudable e incierta, que la Iglesia cristiana, si a cada uno que dice que tiene el sentido de la palabra de Dios hubiésemos de creer? Aquello sería verdaderamente ser regida por pareceres de hombres, pues aunque haya palabra de Dios, el entendimiento (2) es de cada hombre. Por esto el Señor que nos dió su palabra, nos dió varones santos en quien Él moró, para que nos declarasen la Escritura con el mismo espíritu que fué escrita; para lo cual ni es bastante el ingenio sutil, ni juicio asentado, ni las muchas disciplinas, ni el continuo estudio, sino la verdadera lumbre del Señor, la cual, cierto, estamos más ciertos haber morado en los santos enseñadores pasados, que en los no santos de ahora. Y si los pasados en alguna cosa como hombres faltaron, para eso está la Iglesia romana, a la cual en su Pontífice es dado *poder de las llaves del reino de los cielos, y de apacentar la universal Iglesia:* y a quien esto está dado, también le está dada la lumbre para discernir y juzgar cuál o cuál es la verdadera doctrina y verdadero sentido de la Escritura; porque ¿cómo tiene llave, si no abre la verdad, por encerrada que esté? ¿Y cómo apacentará, si no me dice qué he de creer, pues el pasto es de doctrina?

4. Así que, en esto, señor, haga lo que hace, y busque oraciones que lo pidan al Señor; que Él tornará por su verdad, como lo ha hecho en otros mayores conflictos, y abajará toda ciencia, que con soberbia se ensalza, con la firmeza de la Piedra (3) cristiana.

10.—A un Sacerdote

Que estaba alegre por las mercedes que el Señor le hacía. Alégrase juntamente con él y exhórtalo a que sea agradecido y responda a la vocación de Dios, si quiere gozar de los tesoros que su Majestad suele comunicar a los que animosamente se dan a Él.

1. Si las flores de buenos principios que Dios en el ánima de vuestra merced ha producido por su mise-

---

(2) *El entendimiento:* el sentido que se le da. La edición de 1578 dice: *en el entendimiento*, errata que copia La Lectura.

(3) *La Piedra cristiana:* la cátedra de San Pedro.

ricordia, la consuelan y dan contentamiento, como por su carta dice, ¡qué sería si vuestra merced se atreviese a andar un poco más ligero por el camino de Dios, para que su misericordia tuviese ocasión de, como ha producido flores, producir frutos! Creo encontraría vuestra merced con tales cosas, que dejaría el cántaro, como la Samaritana, por mejor gozar del agua viva que Cristo da; *de la cual quien bebe, nunca más ha sed, porque se hace en el vientre una fuente de agua viva que da saltos hasta la vida eterna* (*Jn.*, 4, 14). Entonces, señor, se quitarían de gana los deseos de las prosperidades de esta vida, y antes serían aborrecidas que amadas, como cosa que estorba el gusto de las cosa divinales, y cuyos cuidados ahogan la palabra de Dios. Gran verdad dijo aquel santo Pontífice (1) que hablaba lo que sentía: *Gustata carne desipit spiritus, ita gustato spiritu desipit omnis caro*; y en otra parte: *Non habet in terra quod amet, qui donum Dei in veritate gustavit.*

2. Entonces vienen al hombre juntamente gozo y dolor. Porque aquel *nuevo vino* que Dios le da a beber, le embriaga con su dulcedumbre, y le hace despreciar todo lo visible; y considerando cuánto tiempo ha carecido de él, y bebido de los ríos de Babilonia y vanidad de este mundo, no puede dejar de decir y llorar con San Agustín: *Sero te cognovi, pulchritudo tam antiqua*; *sero te cognovi, pulchritudo tam nova! Vae caecitati illi, quando non te cognoscebam*; *vae tempori illi, quando non te amabam!* Y aunque él lloraba porque no había conocido a Dios por fe, andando envuelto en errores; mas si nosotros nos contentamos con conocer a Dios por fe, y no lo conocemos por la noticia experimental que del amor nace, y según las conjeturas humanas se puede tener, también tendremos por qué llorar como él, y decir: ¡Ay del tiempo cuando no te amaba!

Y este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal que Dios entra en el ánima; porque con la luz se ve en las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana. Job era gran siervo de Dios, aun cuando estaba en su prosperidad; y creció tanto en el ánima con la tribulación corporal, que dijo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus*

(1) San Gregorio el Grande.

meus videt te; idcirco ago poenitentiam in favilla et cinere (42, 5, 6). Muy gran diferencia va, señor, cuando Dios nos da lumbre del cielo para conocer (aunque a nuestro modo) quién es el Bien sumo al cual hemos ofendido o no servido como debíamos, a cuando lo miramos con la pequeña candelilla de nuestra propia lumbre; porque cuanto excede el cielo a la tierra, tanto va de la inspiración del Espíritu Santo, que nos alumbra y ayuda a hacer penitencia, a la que es de nuestra cosecha.

3. Y si vuestra merced quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios por el ánima; si quiere beber en la tierra una gotilla del vino del río del deleite de Dios; si quiere llegarse a ver *la visión* de como *Dios está en la zarza, y no se quema la zarza aunque arda,* no aguce tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para lo purificar. Más valen para esto amargos gemidos salidos del corazón, que sutiles razones ni libros. Arrójese a los pies del Señor Crucificado como hombre culpado, ignorante, y que no ha sabido darle contentamiento, aunque ha gozado de muchos bienes que la divina liberalidad le ha dado. Ensalce cuanto pudiere la divina Bondad, y cuente uno por uno los beneficios que le ha hecho en cuerpo y ánima desde que le crió; y cuente entre ellos, que, no siendo él digno de servirle de mozo de cocina, le dió en su casa tan honrado lugar de sacerdote suyo. Mire bien cómo ha respondido a estas y otras mercedes; y conjure a la divina misericordia que, por aquellas entrañas con que le ha hecho tantas mercedes, por las mismas dé el conocimiento y agradecimiento de ellas, y el servicio correspondiente a ellas. Quéjese vuestra merced mucho de su propia ingratitud, condene su tibieza en que ha vivido; arda en su corazón el celo de la honra de Dios, y vénguese de sí mismo por haber preciado poco al que le preció a él tanto, que se puso en una cruz por él. Y si estas cosas no le movieren el corazón, téngase no por hombre de carne, sino por corazón de piedra, y confúndase mucho, y gima a Cristo, porque teniendo Él su Corazón sacratísimo y limpísimo abierto con lanza, *y manó de él sangre y agua* en remisión de nuestros pecados, no se hiera y abra nuestro corazón con la lanza de su amor, y salga de nuestro corazón la podre y hedor de nuestras malas y vanas afecciones que en él están encerradas ¡Oh infelice de aquel que no es he-

rido con la lanza, clavos y espinas del Señor y se queda malsano y sobresano, y tiene lo de dentro podrido, según dijo el Señor al otro Obispo (*Apoc.*, 3): *Nomen habes quod vivas, et mortuus es!*

4. Despertemos, señor, despertemos, antes que nos tome la muerte durmiendo; y metamos la mano en lo más íntimo de nuestro corazón, y escudriñémoslo *con candelas,* porque el juicio de Dios desde allí ha de comenzar, como de lugar de su morada: *Incipite a sanctuario meo,* dijo Él a Ezequiel (2). Miremos a dónde mira nuestro corazón, y si no mira al norte, que es Dios, gimamos y temamos y pidamos (*Ps.*, 118, 37): *Averte oculos meos ne videant vanitatem.* Porque ¿qué cosa es todo lo que está debajo del sol, sino *vanidad?* ¿Y qué son los que estas cosas aman, sino vanos como las cosas que aman? *Et telas araneae texuerunt, quae non proderunt eis in vestimentum, nec operientur operibus suis* (*Is.*, 59, 5). ¡El corazón, señor, a Dios! *Oculi mei semper ad Dominum* (*Ps.*, 24, 15). Deje a los vanos seguir sus vanidades, que ellos y ellas perecerán; pásese a la región de la verdad, que ha de durar para siempre. Y acuérdese que cuando el Juez soberano se sentare en su silla y juzgare según la verdad, aprobará por mejor el lloro que la risa, y la penitencia más que el regalo, y las temporales necesidades con paciencia llevadas, que las consolaciones que tienen los ricos, a los cuales dijo (*Lc.*, 6, 24): *Vae vobis!* Y entonces se holgará uno de no haber tenido muchos a su cargo de quien le sea pedida cuenta, porque verá que tiene harto que hacer en darla de sí; y, en fin, parecerá más cuerdo quien emplea su vida y cuidado en purificar su ánima y ser amador de Dios, que el que se descuidó de esto y puso su mayor cuidado en otras cosas que se le antojaron.

5. Y pues nuestro Señor ha comenzado a abrir los ojos a vuestra merced, tiene por qué gozarse por la nueva merced; mas tiene por qué temer si no la sabe conocer y acrecentar. Pase adelante, señor, pase adelante, y sabrá qué es aquello que está escrito (*Prov.*, 4, 11): *Ducam te per semitas aequitatis; quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui, et currens non habebis offendiculum.* Y si quisiere correr por los hermosos caminos de Dios, no vaya muy cargado de tierra; que cuanto más dejare por Dios, tanto Él más le dará de su gracia; y cuanta más

gracia, más correrá; y mientras más corriere, más gana le dará de dejar más, por poder más correr. Porque si el que halla el tesoro escondido en el campo, *vende cuanto* tiene (*Mt.*, 13, 44) por lo comprar, ¿qué hará quien encuentra con el dulcísimo *maná escondido* de la dulcedumbre de Dios (*Apoc.*, 2, 18), sino, por comer de él con entrambos paladares, ayunar de todo lo demás de la tierra, y decir con sus entrañas (*Ps.*, 72, 25): *Quid mihi est in coelo? et a te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meum! Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum!* ¡Oh parte rica! ¡Oh parte que es todo, al cual, comparado todo, es como grano de mijo a la grandeza del cielo! ¿Y quién es aquel que contigo no se contenta, y que no desea estar desnudo, para que Tu seas su vestidura, pobre para que Tú seas su riqueza? Y si hicieren burla de él porque *vendió cuanto tenía por comprar aquel campo,* él llorará de compasión de los otros, y se gozará de haber hecho tal trueco, que dejó muchas cargas para mejor seguir a Dios, y compró *una perla,* que sola ella vale más que lo que dejó, y que todo el mundo.

6. Añada vuestra merced alguna poca de más penitencia a la que hacía, ore más, limosnas más, cuidado sobre su corazón, obras y lengua, y de ésta se guarde como del demonio, y téngala atada como a bestia fiera, dañosa, y no la suelte a hablar sino con grande acuerdo y encomendándose a Dios. Agradezca lo que le ha nuestro Señor dado, para que se haga capaz de más. Sea el altar su deseo, su gozo y descanso, como *el nido para el pájaro;* y el Señor, que es fiel, acabará lo comenzado, y le dará aumento de gracia; y cada día le sea más agradable, y su vida más meritoria, y a los prójimos más provechosa; y pare en ganar aquella vida, que sola es vida, y digna de perder mil vidas por la ganar.

El Señor Jesús, que con su muerte nos la ganó, dé a vuestra merced fuerzas para que, holladas todas las cosas, a Él sólo ame, y a todos por Él. Y por su amor le pido se acuerde de este su servidor en sus oraciones y santos sacrificios; que yo, según mi flaqueza, lo mismo hago por vuestra merced.

Algún día estoy ahora para predicar, gracias a Dios.

11.—A un Señor de este Reino, siendo Asistente de Sevilla.

Dale algunos avisos para ejercitar bien el oficio.

Muy ilustre señor:

Si no entendiera haber dado Dios a V. S. aquella caridad de la cual dice San Pablo (1 *Cor.*, 13, 4), que *patiens est,* mucha pena me diera la falta que he hecho en no haber respondido a la carta de V. S. Y si no temiese mi propio amor, que ciega a los hijos de Adán para excusar sus culpas en lugar de acusarlas, procurara de aliviar mi culpa con mis ocupaciones forzosas y continua enfermedad (1), que no me dejan cumplir con lo que deseo y debo. Y también he sospechado que, pues por la gran misericordia de Dios, la vida y gobernación de V. S. tiene por qué ser imitada más que avisada, se ha dilatado mi respuesta por no ser menester. Y con todo esto, me determino a obedecer a V. S., que manda que le dé algunos avisos, confiado en que por merecimiento de V. S. y por respeto del bien público, el Señor me dará algo de provecho que diga.

§ I.—*Dificultad de los cargos de gobierno, que no deben ambicionarse* (2).

El dechado que el Padre Eterno ha dado a todo género de personas para que acierten a servir a Dios según su contento, es su benditísimo Hijo Jesucristo nuestro Señor, cuya doctrina y vida ha de ser el nivel de la nuestra, y ha de ser la que nos ha de juzgar en el día postrero. Y así en el monte Tabor sonó la voz (*Mt.*, 17, 5): *Este es mi Hijo muy amado; a Él oíd.* Y el mismo Señor, dado por maestro en la doctrina, amonesta muchas veces a la imitación de su vida, así en obrar virtudes como en la mortificación

---

(1) Por esta frase parece que esta carta magistral debió de escribirse despues de 1551, en que empezaron las continuas enfermedades del autor.

(2) La división en párrafos no se halla en las ediciones primitivas. Nosotros la hemos hecho nuevamente.

de la cruz, aun hasta perder por su amor en ella la vida. Y como la grandeza de este Señor es muy grande, es dado por ejemplo a pequeños y grandes: a unos para que sepan vivir, teniendo cuenta consigo solos; a otros para que, no olvidando sus propias obligaciones, tengan cuidado de la gobernación y provecho de otros. Porque el ser bueno para sí solo, cosa imperfecta es; y el ser bueno para otros y no para sí, cosa es dañosa. Y *aquel será llamado grande en el reino de los cielos* (*Mt.*, 5, 19), que siendo él bueno, procure de hacer lo mismo a los otros, teniendo tanta vigilancia, que cumpla con entrambas obligaciones, sin que la obligación de mirar por sí le haga estrecho para contentarse con ellas, ni el cuidado de mirar por los otros le haga aflojar el cuidado de sí.

Et ad haec quis idoneus?, dice San Pablo (2 *Cor.*, 2, 16). Ninguno, por cierto, si mira sus fuerzas propias. Y por esto aun en lumbre natural halló Platón y otros filósofos, que el hombre cuerdo no debe buscar, ni pedir, ni desear oficio de regir a otros; y que por muchas partes buenas que para ello tenga, por solamente ingerirse al oficio, es hecho indigno de él, y por el mismo caso se le debe negar. Cosa recia es que, siendo tan dificultoso negocio alcanzar un hombre las virtudes que ha menester para sí solo, cual experimentan los que las quieren alcanzar, y lo tienen por fácil los que no ponen las manos en el arado para reformar su corazón, sea un hombre tan atrevido, que piense cumplir con lo uno y con lo otro, o sea tan malo, que por ganar a los otros, se pierda a sí mismo. Y si éstos se hubiesen hallado presentes a aquella cuenta estrecha que Dios tiene amenazado que ha de tomar a los que presiden a otros, como parece (*Sapientiae*, 6, 6) donde dice el Espíritu Santo: *Judicium durissimum his qui praesunt fiet,* creo que temerían y huirían de este *juicio durísimo,* y procurarían de evitar tan gran peligro; pues no hará poco quien en aquel día estuviere en pie, pues ha de ser estrecho y *duro juicio* aun para los que tienen cuidado de sí solos. Y esta misma sentencia de los filósofos naturales confirma el Espíritu Santo diciendo (*Eccli.*, 7, 6): *Noli ab homine* (3) *ducatum quaerere, neque a rege cathedram honoris.* Y el mismo dechado nuestro, Jesucristo nuestro Señor, *non*

(3) *Ab homine*: la *Vulgata* dice *a Domino.*

semetipsum clarificavit, ut Pontifex fieret (*Hebr.*, 5, 5); mas fuélo por la voluntad y obediencia del Eterno Padre, que acá le envió (4).

Y tanto más libremente digo estas cosas, cuanto con mayor certidumbre sé que V. S. ha estado muy lejos de meterse en ese oficio y peligro, y que está en él por pura obediencia de quien no es lícito decirle de no. Resta que, pues Dios ha hecho merced, que la entrada de V. S. no sea por bardales, sino por la puerta legítima (*Jn.*, 10, 7), que es Jesucristo nuestro Señor, pida a su misericordia, que Él, que ha guardado su entrada, ordene el proceso de ella, de manera que también guarde la salida de todo pecado y condenación. Y porque es menester con la oración hacer un hombre lo que es de su parte, debe V. S. poner sus ojos en el dechado, que es Jesucristo, y de Él aprenderá el buen uso de su oficio; de manera que no sólo evite condenación, mas alcance galardón en el cielo; y no cualquiera, sino el que el mismo Señor ha prometido a los que bien ejercitan los oficios públicos, y que dan a sus consiervos *la justa medida de trigo en el tiempo conveniente,* diciendo que el tal siervo es *bienaventurado et super omnia bona sua constituet eum* (*Lc.* 12, 43).

§ II.—*El gobernante ha de poner sobre todo la gloria de Dios y el bien público.*

Mire V. S. a este Señor, de dentro y de fuera, porque todo Él es digno de ser mirado e imitado; y principalmente mírele *su Corazón*. pues que *de allí*, según Él dijo (*Mt.*, 15, 18), *procede lo exterior*. Acuérdese muchas veces de aquellas palabras que con tanta razón se dicen de Él (*Ps.*, 68, 10): *Zelus domus tuae comedit me; et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me.* Considere cuánto más lastimado y espinado andaba aquel sacratísimo Corazón con ver a su Padre tan ofendido, que su sacratísima cabeza lo fué con la corona de espinas, que en el día de su pasión en su cabeza pusieron. Este celo fué tan grande, que se dice *haber comido al mismo Señor;* por que de tal manera se enseñoreó de Él, que le hizo

(4) Véase sobre este argumento el AUDI FILIA, cap. 4; Sermón 1.°, de la Asunción, *Introducción*.

poner su honra y su vida porque se efectuase el deseo del celo, que era que Dios no fuese ofendido, sino honrado, y las ánimas no condenadas, sino salvas. Lo cual no fué concedido a este Señor de balde, sino muy a su costa; pues *las deshonras de los que deshonraban a Dios vinieron sobre Él* (*l. c.*); porque pagó los pecados del mundo por pura caridad, sin tener culpa de uno, chico ni grande.

Este celo, muy ilustre señor, debe procurar V. S. que se encienda en su corazón, si quiere bien ejercitar su oficio; porque sin éste, un gobernador de república será un brasero sin ascuas, una apariencia sin existencia, cuerpo sin ánima, y altar de sacrificios sin tener fuego para ofrecerlos a Dios. Este celo *le ha de comer las entrañas;* porque así como uno que come una cosa la convierte en sí mismo, así este celo ha de tragar, comer y convertir en sí mismo al que tiene persona pública. De manera, que como Aristóteles le llama «ley animada», que quiere decir «ley viva», así ha de ser un «fuego vivo» que todo lo abrase. Este ha de hacer que, por el amor de la honra de Dios y el bien público, no se tenga cuenta con hacienda, salud, honra ni vida, cuando fuere menester ofrecerlo todo por la buena ejecución de su oficio.

No es pequeño negocio ser uno persona pública, si lo ha de ser de verdad, y henchir con las obras lo mucho que pide este nombre. Corazón real y divino ha de tener; porque si lo tiene particular, y encorvado hacia sí mismo, no tiene parte en este negocio, pues con particular corazón no se puede ejercitar oficio de persona pública. Profesión es de hacer bien a muchos, aun con pérdida propia; y quien no es rico en amor, vuélvase de esta guerra, que no es para él. Y he pasado del celo al amor, porque, a la verdad, el celo hijo es del amor; pues aquello procuramos (5) bien, y de aquello queremos quitar el mal, a lo cual verdaderamente amamos; y cual es el amor, tal es el celo; pues de causa flaca nace flaco efecto, y de padre enfermo hijo enfermo. Mas el amor que se requiere para engendrar el celo que es menester para cumplir la obligación de este oficio, no es de los de por ahí, como dicen, pues según leyes de filosofía moral y de cristiandad, llega esta obligación hasta poner la vida por el bien público. Y para esto requié-

(5) *Procuramos:* LA LECTURA, *procuraremos.*

rese un amor fuerte, cual está pintado en la Escritura (*Cant.*, 8, 6), que dice: *Fortis est ut mors dilectio; dura sicut infernus aemulatio.* No halló la Escritura divina cosas más fuertes que *muerte* y *sepultura*, o *muerte* e *infierno;* pues la una a todos vence, y la otra a todos recibe, y los tiene encerrados; y a la primera compara el (6) amor, y a la segunda el celo; para dar a entender que han de ser tan fuertes, que todo lo que les fuere contrario lo venzan, y por todo pasen, aunque sea por lanzas, por llegar a lo que desean (7), que es el bien del amado.

No es este pequeño negocio, que *las aguas muchas* de persecuciones que de fuera vengan, o de afecciones y de intereses (8) que dentro del corazón estén, *no puedan apagar este fuego del amor celoso* (*l. c.*), aunque sean aguas muchas, y que corran con torrente como río; porque todo esto se ha de poner debajo de los pies, por poner encima de nuestra cabeza el contentamiento de Dios y el bien público. Mire y remire el que gobierna república si tiene esta fortaleza de amor, que, como fuerte vino, le embriague y saque de sí y de sus intereses, y pase a ser padre de muchos con el amor, y esclavo de ellos con el trabajo. Y a todo aquello que a esto le contradijere, desconocerlo, por muy conocido y amado que sea, y decirle lo que el Señor dijo a su benditísima Madre (*Jn.*, 2, 4): *Mujer, ¿qué a mí contigo?* ¿Qué parentesco, qué conjunción puede haber más íntima, que la que el Hijo de Dios tenía con su benditísima Madre? Y cuando se ofreció que convenía a la honra del Padre que eternalmente lo engendró, que el milagro se hiciese, no cuando era pedido, desconoce tal Hijo a tal Madre; para darnos ejemplo de tener cuenta con lo que Dios quiere, sin tenerla, poco ni mucho con lo que a esto contradijere.

Desnudo fué puesto el Hijo de Dios en la cruz cuando ejercitó oficio público, ofreciéndose en ella por el bien público del género humano. Y el oficio público cruz es; y desnudo de todos los afectos propios, y vestido del amor de los muchos ha de estar el que en esta cruz hubiere de subir, para imitar al

---

(6) *El:* así la edición de 1595.
(7) *Desean:* La Lectura, desea.
(8) *Intereses:* así la edición de 1595.

Hijo de Dios, y que su cruz sea provechosa para sí y para los otros.

Dícese que el monje que tiene un cornado (9), no vale un cornado. Y también podemos decir lo mismo de la persona pública; porque ya que pueda tener y poseer honra, hacienda y cosas semejables, mas ninguna, chica ni grande, ha de tener, que no la tenga ofrecida al provecho común, como cosa menor a mayor. Y si un cornadito, una cosa poca, la tiene con amor propio, sin tenerla ofrecida en su corazón al bien común, como es dicho, aquélla le estorbará la ligereza de la corrida (10) que en el oficio ha de tener; y de aquello poquito vendrá a ser mayor el impedimiento; porque la hierba mala crece presto. Y lo que primero, por ser poco, le estorbaba la ligereza; después le atará los pies, para que no pueda dar paso con que cumpla su obligación.

Y porque el hombre no venga a tanto mal, que el oficio de hacer bien a muchos se le torne en daño propio, y daño de eterna condenación, avisa Dios con sus entrañas de misericordia al que tal oficio toma, que no se atreva a tomar carga sobre sí, sin que se examine primero si tiene fuerzas para llevarla. Cosa por cierto muy justa; pues uno que gana de comer a llevar cargas, hace lo mismo, tanteando una y otra vez si hay proporción entre la carga y las fuerzas; y si no la hay, no quiere aventurar el daño que le puede venir con caer debajo de la carga, por el interés que le ofrecieron por la llevar. Las palabras del Espíritu Santo con éstas (*Eccli.*, 7, 6): *Noli velle fieri judex, nisi virtute valeas irrumpere iniquitates; ne forte extimescas faciem potentis, et ponas scandalum in agilitate tua* (11). No puede tener fortaleza para castigar las maldades el que no ha vencido en su corazón con fortaleza las propias afecciones, que le pueden hacer temer la faz del poderoso, y ponerle tropiezo en la ligereza que pide su oficio, que es tanta cual el Señor significó a sus Apóstoles (*Lc.*, 10, 4) cuando los envió a entender en el provecho de otros; y como también lo avisó Elías a su discípulo Eliseo

---

(9) *Cornado* (de *coronado*) moneda de poco valor; llamábase en diminutivo *cornadillo.*

(10) *Corrida:* carrera.

(11) El texto está ligeramente alterado, tal vez porque el Maestro citaba de memoria.

cuando lo envió a dar vida al muerto, diciendo (4 *Reg.*, 4, 29): *A ninguno saludes en el camino; y si alguno te saludare, no le respondas;* porque el enviado al bien público ha de ir tan ligero a hacer este oficio, que ninguna cosa contraria le impida de él, ni le aparte de él; ni buscándola él, que eso es *saludar*, ni recibiéndola, aunque se la den, que eso es *ser saludado;* mas matar todo aquello, por el cumplimiento de la Ley de Dios, para ser uno de aquellos en cuya alabanza se dice (*Deut.*, 33, 9): *Dijo a su padre y a su madre: No os conozco; y a sus hermanos lo mismo, y a sus hijos lo mismo; éstos guardaron tu palabra, y tu concierto, y tus juicios y ley;* y así será participante en las bendiciones que se siguen: *Echa, Señor, tu bendición a la fortaleza de él, y recibe las obras de las manos de él.* Sentencia del Señor es, y muy justa, que a la fortaleza del que fuertemente busca el bien público le eche Dios su bendición con se la acrecentar y galardonar; y al que en esto es flaco, le quiten lo bueno, si algo tenía: *Qui enim habet, dabitur, et abundabit; qui autem non habet, et quod habet auferetur ab eo* (*Mt.*, 13, 12).

§ III.—*El fin principal del buen gobierno es hacer virtuosos a los ciudadanos.*

He sido tan largo en hablar del amor y celo que se requieren, porque importa mucho asentarse en nuestros corazones esta verdad, que como esta virtud es la más principal de todas para la salvación del cristiano, así también lo es para el buen uso del oficio público. Con la cual verdad se deben desengañar los que piensan que lo principal de la buena gobernación consiste en restaurar los muros de la ciudad, en empedrar las calles, proveer de mantenimientos, y a lo más, castigar bien los delitos, y dar a cada uno lo suyo cuando traen pleito. Buenas son estas cosas y necesarias, mas ni son bastantes, ni las principales. El fin que debe pretender el que gobierna república es hacer virtuosos a los ciudadanos, según afirman todos los filósofos que de esta materia hablaron (12). Y

(12) Hermosamente desarrolló más tarde este argumento el P. Francisco Suárez en su obra *De Legibus*, al tratar de la finalidad de la Ley civil.

como la virtud esté en el (13) ánima, que es la principal parte del hombre, así se han de ordenar las cosas de la republica, de manera que el principal cuidado se ponga en lo que es principal, y fin y paradero de todo lo otro, sin que se deje de proveer lo que es menos, aunque necesario para alcanzar lo que es más. Y para esto sirve el amor de la honra de Dios y del bien público, para hacer que no se contente el hombre con hacer estas cosas pocas, sino que pretenda con todo su corazón que Dios sea servido y no ofendido, y que los ciudadanos alcancen el bien más excelente, que es «la virtud», y «virtud cristiana». Porque ya que en lumbre natural es cosa muy clara que lo que debe pretender el que gobierna república es «la virtud humana» y conservación pacífica de los ciudadanos; mas en la lumbre cristiana también es cosa cierta, que como el fin que nos demuestra la fe es más excelente que el que demuestra la lumbre natural, así el poder y gobernación temporal ha de servir para la edificación de las ánimas, y ser sujeto a las reglas del poder espiritual. Que no en balde se dice en la Escritura (1 *Petr.*, 2, 9) el reino de los fieles (14) *reino sacerdotal,* sino porque no sólo ha de ser regido por humana razón, para alcanzar su fin y ser llamado humano, mas también por la ley divina, para ser llamado santo y cristiano, pasando de lo humano a lo divino; como cuando a uno bautizan y le ponen nombre de nuevo. Y cumplir con esta obligación no se puede hacer si no arde en el corazón del gobernador este celestial fuego que le queme el corazón, procurando que Dios sea honrado, y sus ciudadanos alcancen virtud.

§ IV.—*No basta castigar a los delincuentes; hay que prevenir los delitos.*

Tampoco basta para buena gobernación ser uno buen castigador de pecados; porque esto, una parte es del oficio, que se encomienda al alcalde de la justicia, y aunque necesaria, cierto muy costosa y dolorosa, y que no se debe amar ella por sí, ni comenzar por ella, poniéndola en ejecución, sino que ha de ve-

---

(13) *En el ánima;* así la edición de 1595.
(14) LA LECTURA trae defectuosa la puntuación.

nir a la postre de otros muchos remedios, como un cauterio de fuego que se da a más no poder. Mata un hombre a otro, pongo por caso; ya perdió aquel hombre la vida, y la república perdió un miembro suyo, y los parientes un pariente, y muchas veces se pierde en él padre y marido. Y con esta pérdida se junta, que el matador ha de huir, y lo pierden la república y sus parientes, y queda su casa tan perdida como la del muerto quedó; y esto a buen librar, como dicen, porque se escapó de las manos de la justicia: mas ya que la justicia le tome y haga en él su operación, ¿qué será sino matarlo como él mató, y seguirse las pérdidas que del primer muerto se siguieron? De manera que del delito y del remedio de él se siguió igual pérdida.

Verdad es que este castigo es justo, y si justo, bueno, así para que satisfaga el culpado su culpa, como para ejemplo de otros, y que pueda vivir el bueno entre los malos con seguridad. Mas este remedio tan necesario ha de ser el postrero de los otros remedios. Porque le han de preceder muchos avisos y muchos buenos medios, que ayuden al hombre para no hacer cosa que haya menester castigo. Jenofonte, filósofo, dijo esto muy bien, y todos los que tratan de república convienen en ello, que es muy mejor gobernación «prevenir» los delitos que «castigarlos» después de hechos, y vivir por buenas costumbres mejor que por buenas leyes. Y por esto concuerdan todos en que, puesto caso que el castigar sea parte necesaria de la buena gobernación, mas que la principal es acostumbrar a los ciudadanos a que con buenas y frecuentes operaciones sean virtuosos, y tales, que con facilidad y deleite puedan cumplir las buenas leyes que les son puestas; porque de otra manera, ¿qué son las buenas leyes dadas a hombres malos, sino carga pesada en flacos hombros, tropiezos con que más caigan, y ocasiones de derramar sangre, no por culpa de ellas, sino por flaqueza de ellos? La cual flaqueza debían procurar de esforzar los que gobiernan con todos los medios posibles, aunque muy costosos les (15) fuesen.

(15) Así la edición de 1595.

§ V.—*Hay que sembrar virtud y castigar con amor a los culpables.*

Desengáñense todos los que piensan cumplir con oficio de reinar o gobernar con sólo hacer buenas leyes, y castigar a los que las quebrantan. Porque pues la Ley que el mismo Dios dió, justa, y con amenaza de castigos, y ejecución de ellos, no bastó hacer buenos a aquellos a quien se dió, grande ignorancia sera pensar que ley de hombres alcanzará lo que no alcanzó la Ley del Señor de los hombres. El cual, con el grande amor que tuvo a los hombres, y gran compasión de ver que se perdían por no guardar su santa Ley, descendió de los cielos, y el mismo que dió la Ley, con los trabajos y muerte que pasó en la tierra, ganó fuerzas para que los hombres pudiesen cumplir lo que Él mandaba en su Ley. Y si tenemos ojos para saber mirar aquesta obra tan llena de humildad y de amor, hallaremos que no sólo da materia para alabar y para la agradecer al Señor que la hizo, mas que también es dechado al cual deben imitar los que gobiernan y reinan, para que no se contenten con sólo mandar—que aquello, sin amar se puede hacer—, mas desciendan de su majestad por subir en la bondad, y dejen el ocio y regalo, y tomen el azadón en la mano, y caven, con sudor de su cara, la dura tierra de los corazones de sus súbditos, si quieren gozar del fruto y del nombre de gobernadores cristianos, imitadores de Jesucristo.

Y porque hay pocos que entiendan esta carga, aneja al oficio público, de procurar de hacer buenos a los que le son encomendados, no sólo con mandar como señores, mas con poner buenos medios, como buenos padres, para que sus hijos sean virtuosos, hay tantos que desean estos oficios cuando no los tienen, y están muy contentos cuando los han alcanzado; y sin conocer ni hacer lo que deben a lo principal de ellos, están asegurados, y por ventura esperan alcanzar de Dios el galardón prometido a los buenos gobernadores. Mas cuando sean presentados en el juicio de Dios, y ellos presenten los muchos castigos que han hecho a los que han quebrantado las buenas leyes, y se les replique de parte del justo Juez: «El castigo ha de ser prevenido con buenos medios, para que no sea necesaria medicina tan costosa; ¿qué es de los buenos

ejemplos que habéis dado a vuestros súbditos, las paternales amonestaciones, los maestros para que les enseñen virtud, y para que los críen en ella? Si no habéis sembrado aquesta buena semilla, ¿cómo esperábades coger el fruto de la virtud? El corazón del hombre es como una fuente, que si está clara, claros arroyos salen de ella, y si sucia, sucios. Contentábades os vosotros con limpiar la tierra que había ensuciado el agua sucia, y como no limpiábades la fuente, luego tornaba a echar de sí lo mismo que antes; y así se gastó la vida de los súbditos haciendo maldades, y la vuestra en las castigar. Mas si trabajárades en limpiar el hondo de la fuente para que diera agua clara, gozárades del fruto de los buenos árboles regados con el riego de la virtud.»

Esta cuenta, y más estrecha y con más espantables palabras, será tomada a los que pensaban que, sin poner trabajo en hacer a sus súbditos buenos, porque les faltaba el amor, cumplían con castigar sus delitos, no se les dando mucho porque no cayesen en ellos, ejercitando oficio más de rigurosos señores que de amorosos padres.

Y no sólo es el amor necesario para esta parte tan principal, que es hacer a los súbditos buenos, mas aun también lo es para usar bien de la menos principal, que es el castigo. Porque castigar sin amor, cerca está de venganza o de cruedad o dureza de corazón; y por esto, muy lejos del castigo humano, y muy más lejos del castigo cristiano. El hombre debe compasión a otro hombre; y aunque la justicia le compela a lo mal tratar, no tiene licencia para desnudar sus entrañas de compasión y misericordia para el que es hombre como él, y que como aquél cayó, pudiera caer quien lo juzga en aquel delito o en otros, y por ventura ha caído. Y el cristiano, cuya virtud muy principal es la misericordia, y tan embebida en su corazón, que se diga tener *entrañas de misericordia* (*Colos.*, 3, 12), en todo debe mezclar esta virtud, conociendo que por misericordia fué él criado de nada, fué hecho cristiano, no fué condenado cuando pecó, fué perdonado cuando se convirtió, es tenido en pie para no tornar a caer, y, en fin, espera ser salvo por la misericordia de Dios: y no es razón que quien tan copiosamente la ha recibido, la niegue al prójimo en la manera que se la puede dar. Si es persona particular, perdone su

injuria; si pública, sea cuan moderado pudiere ser en dar el castigo; y el que diere, siéntalo primero en su corazón, y duélale porque no puede dejar de dar el cauterio de fuego a un hijo suyo o hermano. De lo cual puede y debe tomar ejemplo del soberano Dios, supremo Juez, que dice por Isaías (1, 24): *Heu! vindicabor de inimicis meis;* dando a entender que precede el *¡ay!* de la compasión al castigo de los malos. Y esto mismo declara el Hijo de Dios encarnado, que primero lloró a Jerusalén (*Lc.*, 19, 41), y a cabo de muchos años la castigó. Y pues el Criador, que con tanta justicia puede castigar al culpado que le ofendió, se inclina a compadecerse primero que castigue, ¿cuánto más lo debe hacer el hombre juez, con otro hombre semejable a él, y por ventura menos malo que él? Poco es razón que duerma la noche antes que hubiere de dar sentencia de condenación; y debese pasar en gemidos y oraciones, suplicando al Señor consuele y esfuerce y haga misericordia a aquel su hermano, al cual es él forzado a dar el trabajo de la condenación. Esto conviene hacerse así, por cumplir con lo que debe a su prójimo; y también para que con esta misericordia provoque a la de nuestro Señor, que le sea favorable cuando, el mismo que ahora juzga, sea presentado como reo en el juicio de Dios. Y pues tanto importa hacerse así este negocio, y esto no se puede hacer sin amor, claramente se ve cuán (16) necesario es el amor, así para evitar los delitos, como para bien castigar a los que en ellos hubieren caído.

§ VI.—*Por caridad está obligado a evitar pecados y excesos, no prohibidos por la ley.*

Aun hay más cosas para que sirva el amor a la persona pública que lo quisiere ser como debe ser. Y es una de ellas no estar atado a la estrechura de las leyes particulares, mas vivir en la anchura del amor, que comprende obligación de justicia y obligación de caridad. Digo esto porque algunos que gobiernan repúblicas tienen tan limitado su celo, que no se extienden sino a quitar aquellos delitos que, por *leyes particulares,* están vedados, y no entienden la obligación en que les pone *la ley del amor de la honra de*

---

(16) *Cuán;* así la edición de 1595.

Dios y del bien público, aun de la persona particular. Cierto es que un prójimo no es obligado por obligación de justicia a prestar dineros a otro, aunque esté en gran necesidad, ni a evitarle un daño, ni a corregirle de un pecado, si no hubiese alguna particular obligación por ser su padre, o cura, etc. Mas la ley de la caridad obliga a más que la ley de la justicia, y condena—y con pena eterna—al que la quebranta, aunque la ley de la justicia le absuelva; porque la misma ley del amor, ella sola por sí, tiene fuerzas para obligar a evitar el daño notable temporal del prójimo, y *a fortiori* el espiritual. Y a semejanza de esto, como a la persona pública le esté encomendada la honra de Dios y el provecho público, tiene obligación de remediar unas cosas limitadas por leyes particulares, y otras por esta general obligación que tiene de evitar deshonras de Dios y daños notables públicos.

¿Quién duda sino que si se ofreciese una particu lar irreverencia a un templo o a una casa de Dios, sería obligado el gobernador de la república a la impedir o a la castigar? Y si los ciudadanos hiciesen notables excesos en vestir, comer, atavíos de sus personas y casas, y otros excesivos gastos, debería el gobernador irles a la mano, por esta ley general, que es daño de la república empobrecerse los ciudadanos por estos medios tan fuera de razón. Y si un súbdito suyo fuese murmurador o se embriagase, o cosas semejantes a éstas, aunque ley particular no le obligase al remedio de esto, oblígale la ley de Dios por el precepto de la caridad, el cual no cesó, antes más se fortificó, por ser persona pública el que lo ha de ejercitar.

Y digo «fortificó» (17), porque como el precepto de hacer bien al prójimo, o evitarle el mal, obligue más a quien más tiene, o más sabe o más puede—pues conforme a la posibilidad es la obligación de ponerla en obra—, claro es que pues la persona pública puede más siéndolo, que podrá siendo particular, correrá más en él la obligación del aprovechar, que cuando era persona particular. Y esto es lo que San Gregorio decía, que «crece la cuenta cuanto crecen los dones». Y el Señor, que mentir no puede, lo afirma diciendo (*Lc.*, 12, 48): *Al que mucho le es dado, mucha cuenta le será pedida.* Y Él galardona a quien bien granjea

---

(17) *Por ser persona pública el que lo ha de ejercitar. Y digo fortificó;* todo esto falta en LA LECTURA.

y trae ganancia de los talentos recibidos, y castiga con infierno a los que no emplean el talento que Él dió; y no se contenta con que se lo tornen entero, si no se lo dan con ganancia (*Mt.*, 25, 14). Y *talento,* como San Gregorio declara, se entiende ser todo aquello con que el hombre puede aprovechar a su prójimo o evitarle el mal.

Terrible cosa, y muy nueva, para los que piensan que no hay que temer en las riquezas o poder que les es dado, y por eso no piensan tener obligación sino cuando por vía de estrecha justicia son compelidos a ello (18). Adviértase bien cómo los que tienen mandos públicos, mediante su autoridad y la necesidad que los súbditos tienen de ellos, hallan casamientos muy buenos para sus hijos; pueden mucho sus ruegos con chicos y grandes, y, en fin, por medio de sus personas públicas alcanzan muchas cosas para sí y para sus amigos, que no alcanzaran si fueran personas particulares. Por lo cual claramente se ve cómo su *talento* es más crecido, y por eso más obligatorio; y será la razón de su condenación muy clara; pues empleándolo en cosas propias ganaban mucho, y no lo quisieron emplear en provecho de otros, donde también fuera la ganancia muy cierta.

Y si esto, que tan claro es, las personas públicas quisiesen considerar de propósito, y tantear el bien que pueden hacer, y males que evitar por sí o echando terceras personas, y, en fin, por los medios que acostumbran negociar lo que a ellos cumple, sería tanto el provecho que hiciesen en sus repúblicas, que en breve tiempo las tuviesen todas reformadas, o a lo menos muy mejoradas; y tendrían cuenta de *siervos fieles* para el día de su juicio, ofreciendo al Señor ganancia de *cinco por cinco* y de *dos por dos;* y oyendo aquella alegre y dichosa palabra (*Mt.*, 25, 21): *Gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor,* evitarían el temeroso tronido de la otra contraria, dicha al que no empleó bien el *talento: Atadlo de pies y de manos, y echadlo en las tinieblas de fuera* (*Mt.*, 22, 13) (19). ¡Cuán valerosa cosa es el amor, y necesario para bien usar del oficio público!, pues él

(18) *A ello;* LA LECTURA, *a ella.*

(19) Esta sentencia no se dió contra el que enterró el talento, sino contra el que entró en las bodas sin vestido nupcial. Nuevo indicio que el Maestro citaba de memoria.

es el que hace emplear bien los talentos, y ser galardonado por ello; y la falta de él hace al hombre descuidado y flojo, y lo echa en penas eternas.

§ VII.—*Sumamente difícil es el arte de gobernar.*

Pues según dicen los santos, lo que es el ojo en el cuerpo del hombre es el que gobierna a la república (20), notoria cosa es, para cumplir bien con este oficio, ser necesaria la lumbre de la prudencia, con la cual disponga bien los medios con que alcance su fin, que es la paz y virtud de los ciudadanos. Y de este tal dice el Espíritu Santo (*Eccli*, 10, 1): *Judex sapiens judicabit populum suum, et principatus sensati stabilis erit.* Y de aquel a quien falta esta prudencia se dice (*Mt.*, 15, 14): *Si caecus caecum ducit, ambo in foveam cadunt,* echándose a perder a sí y a su ciudad, según está escrito (*Eccli.*, 10, 3): *Rex insipiens perdet populum suum; et civitates inhabitabuntur per sensum prudentium.* La ciudad, semejanza tiene de nao, y el que la rige se llama gobernador; de donde parece cuán necesaria es la prudencia para bien gobernar, como es el arte en el piloto para dar buena cuenta del gobernalle donde va puesto. Y acreciéntase la dificultad de llevar bien la nao, si la navegación es por mares donde hay corrientes contrarios [*sic*] o frecuentes, y grandes tempestades, o peligrosos bajíos; y sobre todo esto, si la navegación es por donde ha mucho que no ha ido nao, y no hay de quien aprender la altura del norte, y los peligros que hay en la navegación. Y acrecienta el temor saber que ha habido muchos pilotos, que, juntamente con sus pasajeros, han caído en el profundo del mar. Y con todas estas dificultades que esta tal navegación tendría, no llega a la que tiene la gobernación de la república, en la cual nunca faltan vientos contrarios; porque ya que de fuera no haya quien los levante, los mismos pasajeros que en la nao van mueven unos contra otros guerra civil, y por esto más peligrosa. «Difícilmente es domado el hombre», como dice Platón; y domar tantos, unos altos y otros bajos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, soberbios y humildes, y en fin, malos y

---

(20) La Lectura descoyunta esta frase, enlazándola con lo que precede.

buenos, cosa es que requiere aquella prudencia, con la cual dice San Pablo (1 *Cor.*, 9, 22): *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.* Y como, por nuestros pecados, estén las repúblicas tan mal gobernadas, y de muchos años atrás, y las cosas tan fuera de sus principios, y los ciudadanos tan duros para ser corregidos, que el serlo (21) toman por menoscabo de honra, es cosa dificultosa el abrir camino, que tan cerrado ha estado con las malas costumbres, y ser condenado de novedad lo que es tornar los negocios a las buenas costumbres antiguas.

Séneca comparó al que se encarga de regir la república a un médico que entrase en una enfermería donde hubiese muchos enfermos de diversas enfermedades. Y tiene razón, pues no hay otra tan dañosa y peligrosa enfermedad, como el vicio del ánima. Muy sabio médico ha de ser aquel que sepa proveer a tanta diferencia de enfermedades y muchedumbre de enfermos; mas para curar las malas costumbres de la república mayor maña se requiere pues los enfermos son más, las enfermedades más peligrosas, y los enfermos más desganados de tomar medicinas, y algunos las aborrecen, y al médico que los quiere curar. Y con esto se junta que en un cuerpo enfermo ordinariamente hay una enfermedad o pocas más, y acá hallarán en un ciudadano tres y cuatro y cinco y más vicios, y algunas veces unos contrarios a otros. Y para medicinar tantos y tales enfermos, *quis idoneus?*

§ VIII.—*Necesaria es la prudencia natural; pero no basta. Debe perfeccionarse con la lectura de los filósofos, de las leyes del reino, y con los años.*

Muchas cosas dijeron los sabios ser provechosas para alcanzar la prudencia necesaria que tal cura requiere. Una es que el tal gobernador sea de su misma naturaleza prudente e inclinado al amor de la sabiduría; y esta misma es la primera que el Concilio Cartaginense dice que debe tener el Obispo. Condición por cierto muy necesaria; porque como sea cosa muy dificultosa pelear un hombre contra su naturaleza, queriendo alcanzar lo que ella le negó, pocas ve-

---

(21) *Serlo toman;* así la edición de 1595; LA LECTURA, *ser lo toman.*

ces sucede bien el (22) arte que no se funda sobre habilidad natural junta con afición. Y en tanto estimaba esto Platón, que dijo, que no duraría más el bien de la república, de cuanto durare en ella seguir cada uno aquel arte o ministerio a que es inclinado y aficionado; porque de esta manera salen los hombres señalados y excelentes en sus oficios, y los llevan con suavidad y deleite, y con provecho de aquellos que los han menester. Y hablando como cristianos, podemos decir que estas tales son señales de querer Dios que el hombre siga aquel camino, y tener vocación para él. El que esta prudencia natural tiene, haga cuenta que le ha dado Dios fundamento sobre que edifique la casa de la sabiduría.

Mas si se contenta con esto sólo, no será hábil para gobernar; como tampoco la tierra, por fértil que sea, ni el árbol, ni la vid, ni cosas semejantes, darán buen fruto si no se junta, con la virtud natural que ellos tienen, el cuidado y trabajo de quien los cultiva. Y Platón tiene por cosa casi imposible haber ingenio que, por sí solo, sea suficiente a bien gobernar, pues que es cosa difícil hacerlo bien aun a quien tiene muchas partes para ello. Que cierto, si aquel filósofo que era esclavo, sacado a la plaza a ser vendido, y preguntado qué oficio sabía, respondió que mandar a hombres libres, si dijo verdad, mucho sabía: porque «arte de artes es el regimiento (23) de ánimas», como San Gregorio dice; y el fin del legislador es hacer en su manera a los ciudadanos virtuosos, lo cual es «regimiento de ánimas».

Ayuda para alcanzar la prudencia del bien gobernar la lección de los filósofos que trataron de la buena orden que ha de tener la república. Porque aunque no todas las cosas que dicen convengan para nuestra religión, ni para nuestros tiempos, mas muchas hay que sí; y a lo menos se aprende de ellos cuán caídas están nuestras repúblicas, y cuán pocos hay, aun de los que las gobiernan, que sepan regirlas, ni aun entender lo que son. También se conoce la perdición de los ciudadanos y pueblo, y cuán fuera de quicios van sus costumbres, aun cotejadas con la lumbre y razón natural, y cuán dignos son de condenación, pues son

---

(22) *El;* la edición de 1578, *al.*
(23) *Regimiento:* régimen, gobierno.

hallados peores y muy más desordenados, que aquellos hombres que no tenían más lumbre que la natural.

También se requiere lección de las leyes del reino, y de otras, si para ello tuviere habilidad; porque la lección da lumbre a quien no la tiene, y acrecentamiento de ella a quien tiene alguna.

También notaron los filósofos que no se debe encomendar regimiento a mancebos; porque como para bien ejercitarlo se requiere prudencia, según se ha dicho, y ésta pide experiencia, y de muchas cosas, y tiempo, faltando ésta a la mocedad, no puede ser hábil para su oficio. Confírmase lo que estos filósofos dicen por la Escritura divina, en la cual se cuenta que fué dicho a Moisés (*Núm.*, 11, 16) *que eligiese para Jueces a viejos*. Y el Juez que el Profeta Daniel (7, 9) vió, dice que era *antiguo de días*, y tenía la cabeza blanca.

§ IX.—*El gobernante sea amigo de tomar consejo; y huya de la ira.*

Ser el gobernador amigo de su parecer es cosa muy peligrosa y contraria a la prudencia, como en otra cualquiera persona; y antes se ha de escoger un hombre que sepa menos, si conoce su falta y la remedia con el consejo de los más sabios, que otro que sepa más y está confiado que él es el que acierta, y los otros no. Verdad es ésta de Dios, el cual dice (*Prov.*, 26, 12): *Vidisti hominen sapientem* (24) *sibi videri? Magis illo spem habebit insipiens.* Las historias divinas y humanas están llenas de ejemplos de los que han acertado por vía de tomar consejo, y han echado a perder a sí y a otros por seguir el propio. Si un hombre no sabe (25), toda razón pide que pida consejo; y si es sabio, el Espíritu Santo (*Prov.*, 1, 5) dice, *que oyendo el sabio, será más sabio.* Lo que conviene advertirse, es que tome consejo con el sabio y bueno, pues sabemos (3 *Reg.*, 12, 6), haber perdido el rey Roboán, de doce partes del reino, las diez, por haber se-

---

(24) *Sapientem... insipiens;* así la edición de 1595, no citada por La Lectura.

(25) La Lectura: si un hombre no sabe toda razón, pide que pida consejo.

guido el consejo de mozos, y desechado el que le daban los viejos.

Un filósofo dijo, y con mucha razón, que la ira y la aceleración en los negocios son enemigos del buen consejo; y así conviene mucho mirar que el que ha de ser lumbre (26) de los otros no tenga él su ojo ciego con la ira, pues el oficio de ella es impedir el conocimiento de la verdad; y esto es así verdad, aunque al airado le parezca que tiene mucha razón en lo que hace. Porque, pues «la ira es breve furor». (27), no hay por qué creer que el que está loco acierte a juzgar. Y pues también emborracha la ira al ánimo, como el vino al cuerpo, y Platón manda que «el que rige a la república no beba vino», claro está que, hasta que se pase la ira, de ninguna cosa se debe fiar el airado, como tampoco el embriagado (28) hasta que haya dormido el vino, y tornado a su juicio, que con la embriaguez había perdido. Y a esto atendió el bienaventurado San Ambrosio cuando dió por penitencia preservativa al Emperador Teodosio, que ninguna sentencia de sangre que se diese, se ejecutase hasta pasados treinta días, en castigo de una cruel sentencia que el Emperador había dado arrebatadamente contra los de la ciudad de Tesalónica. Sócrates dijo a un su criado: «Castigárate si no porque estoy enojado.» ¿Cuánto más debe mirar, y temer su propia ira, quien tiene a cargo de castigar, no esclavos, sino libres, y no cualesquiera, sino a gente principal? Perniciosísimos yerros, y algunas veces irremediables, se siguen de ser los gobernadores airados. Y por eso deben procurar con todas sus fuerzas, y principalmente pidiéndolo a Dios, tener muy desarraigada de su corazón esta ponzoñosa víbora, y vestirse de mansedumbre, para que sean imitadores del soberano Juez, que no con ira, *sed cum tranquilitate omnia judicat.*

Y particularmente debe huir de palabras injuriosas y mal criadas, porque éstas antes suelen dañar que enmendar; y cuando son blandas, hacen que aunque uno vaya castigado, vaya consolado. Justo ha de ser el gobernador, y si fuere menester, riguroso en sus obras, mas en las palabras blando y muy comedido.

---

(26) *Lumbre;* LA LECTURA, *hombre.*
(27) Refrán griego.
(28) Así la edición de 1595; la de 1578, *embriago.*

Y alcanzar esta virtud de mansedumbre los que gobiernan los pueblos, es cosa dificultosa; porque las desobediencias y malas crianzas de los súditos, la muchedumbre y diversidad de sus negocios y pasiones, los delitos y sinrazones y agravios que hacen, y el no querer ser castigados ni reprendidos por ellos, las malicias y calumnias con que a otros ofenden y a ellos se defienden (29). todas estas cosas y otras muchas son ocasiones tan vehementes para mover a ira el ánimo del superior, que, si no trae siempre el freno en la mano contra su ira, recelando la caída, como quien va cabalgando en (30) una bestia rijosa por un monte y senda muy estrecha, que en saliendo de ella dará el hombre consigo en grandes despeñaderos, no podrá el tal superior dejar de caer en la ira. Y tanto más debe temer esto, y procurar por no dormirse ni descuidarse, cuanto más se viere inclinado a esta pasión, especialmente si algunas veces ha sido vencido de ella; porque grave culpa es no hacerse el hombre avisado para no errar, cuando primero ha errado, y no sanar con tan costosa medicina. Procure, pues, de no hacer cosa con ira, ni con poca deliberación, y arrepentirse ha (31) pocas veces de lo que así hubiere hecho, y tendrá el ojo de la razón claro, para usar de la prudencia que con los dichos medios hubiere alcanzado.

Y después de la larga deliberación, sea breve la ejecución; porque tanto defecto es tardanza en la ejecución, cuanto la presteza en la deliberación.

§ X.—*Sólo con luz divina se puede acertar en los acaecimientos particulares.*

Son tantos, tan graves y tan diferentes los negocios a (32) que ha de atender el que gobierna república, que por mucho que se ha dicho de los medios para alcanzar la prudencia que ha menester, aun queda por decir lo más necesario. Y ninguno se maravillará de aquesto si considerare la dificultad que hay en re-

---

(29) Así la edición de 1595, mejor que la de 1578.

(30) *En;* LA LECTURA, *con.*

(31) *Arrepentirse ha pocas veces;* LA LECTURA, *arrepentirse a pocas veces.*

(32) *a;* así la edición de 1595.

gir a personas tan diferentes, que cada una ha menester medicina y freno por sí: uno ha menester blandura, otro rigor: una pena merece quien peca por ignorancia o flaqueza, y otra quien peca por malicia: una cosa es cuando una comunidad toda entera, o la mayor parte, delinque, otra cuando un particular: algunas veces conviene disimular el castigo porque no se siga mayor mal, y otras esperar tiempo más conveniente para lo hacer. Conviene entender las malicias de los malos, sin haber sido malo, para se las impedir por vías secretas, que no las entiendan; prevenir los alborotos, y sosegarlos después de venidos; y, finalmente, siendo uno, hacerse muchos, cual cada uno lo ha menester. Y como es negocio de actos particulares, en los cuales concurre diversidad y muchedumbre de circunstancias, no unas siempre, mas muy diferentes, y una sola que falte, o que venga de nuevo, hace variar la determinación, resulta de aquí tanta incertidumbre en la prudente determinación, que aun los muy sabios muchas veces tienen diferentes pareceres, como por experiencia se ve, así en lo escrito, como en los consejos se practica, que más parece el acertar—cuando se acierta—, ser acaso, que no por reglas de arte cierta. Y así los filósofos dijeron que las particulares circunstancias no caen debajo de arte, por su gran variedad, y déjanse al arbitrio del prudente varón. Y tan dificultoso es el negocio, que ninguna humana prudencia es bastante para no errar. Y por esto es necesaria al gobernador la lumbre del cielo, que fortifique la prudencia adquisita, y supla cuando ella faltare.

Esta verdad alcanzó Platón, y se afirma en ella una y muchas veces, y con tanta certidumbre, que se determina a decir que nunca la república será bien regida, ni se pondrá fin a sus males, hasta que el regidor de ella, con la potencia espiritual de su ánima, se junte con Dios, y de aquel conocimiento viva su ánima y se mantenga, y traiga lumbre para regir a los hombres por las leyes y regla que conoció en Aquel, que es verdad y bondad de sí mismo y no por ajena participación. A este tal gobernador llama hombre divino, por ser más que hombre, y dice que él (33) ha de exceder a los regidos por él, como excede un hombre a un niño. Y que así como para guardar o apa-

---

(33) *él;* falta en La Lectura.

centar ovejas y bueyes, ninguno pone animal que tenga este cargo, sino a hombre que tiene razón, así quien a hombres ha de regir, más que hombre ha de ser, y éste se llama hombre divino. Cosa de maravillar es cómo este varón alcanzase aquesta verdad; mas no debemos dudar en ella, porque la tenemos confirmada y aun dicha por Dios muchos años antes que Platón la dijese, y aun que naciese.

Léese en el libro de los Números (11, 16) que, quejándose Moisés a Dios de la grande carga que le había echado a cuestas, mandándole llevar sobre sus hombros todos los negocios de la gobernación de aquel numeroso (34) ejército del pueblo de Israel que salió de Egipto, y diciendo que él no podía sufrir a solas carga tan pesada, le respondió el Señor: *Elige setenta varones de los que tú has conocido quod senes populi sint ac magistri; et duces eos ad ostium tabernaculi foederis, faciesque ibi stare tecum, ut descendam et loquar tibi; et auferam de spiritu tuo, tradamque eis, ut sustentent tecum onus populi, et non tu solus graveris.* Trajo Moisés los varones, y el Señor les dió del espíritu que tenía Moisés, sin quitarle nada del que él tenía; y los varones, con el espíritu del cielo que en ellos vino, profetizaron, y con perseverancia y con este espíritu rigieron el pueblo. Y es de advertir que este regimiento no era espiritual, sino secular, y para hacerlo como se debía hacer, fué dado espiritu sobrenatural. Y lo mismo parece en Moisés, pues también regía el pueblo, y juzgaba entre ellos de las cosas temporales, y consultaba con Dios qué pena daría al que traspasaba la ley, por qué tierra iría, qué capitanes enviaría a la guerra, y todas las demás controversias que en aquel pueblo acaecían, no obstante que él fuese docto en la sapiencia humana, en que abundaban los sabios de Egipto. Tanta es la flaqueza de nuestra prudencia, que aun para gobernación de cosas temporales no basta.

Y esto se declara bien por cierta experiencia en el capitán Josué, elegido por Dios; el cual, con los principales de Israel, fué engañado de los gabaonitas; y la causa de ello no quiso la Escritura divina callarla, por no quitarnos un ejemplo que nos amonestase de nuestra flaqueza, y nos hiciese recurrir a pedir lum-

---

(34) *numeroso;* así la edición de 1595; la de 1578, *innumeroso.*

bre a Dios en los negocios que nos acaecieren. La causa, pues, del engaño fué porque se (35) fiaron de las conjeturas, que a su parecer eran tan claras para determinación del negocio, y no preguntaron a la boca del Señor (*Jos.*, 9, 14), pidiendo que les enseñase lo que habían de hacer.

§ XI. — *La oración de Salomón. — Insuficiencia de la prudencia humana*

Estos dichos ejemplos, u otros semejantes, movieron al rey Salomón, que habiendo recibido el señorío de todo Israel, temió peso de tan gran carga, cotejado con la flaqueza de su entendimiento; y como el temor sea causa de buscar remedio y consejo, estimulado de él, fuése a Dios, *y pidióle de todas sus entrañas*, como él lo testifica (*Sap.*, 8, 21), *que le diese* lumbre de *sabiduría* para regir el reino para el cual el mismo Dios lo había elegido. Alega para esto muchas razones, y una es confesarse por insuficiente para el entendimiento del juicio y de las leyes, humano y divino, según las cuales había de juzgar (*Sap.*, 9, 13). También alega que pues Dios le eligió para el reino y para edificarle templo, le diese lumbre para bien lo hacer, pues es su costumbre dar lo necesario para bien administrar la dignidad que Él mismo es servido de dar. Alega también el impedimento que, para pensar bien los negocios y alcanzar la humana prudencia, da el cuerpo corruptible que traemos a cuestas, y la dificultad y, por mejor decir, la imposibilidad que en nosotros hay para alcanzar la ciencia y consejo de Dios, así en las cosas especulativas de los misterios de su alta Deidad, como el consejo de su santa voluntad en las cosas particulares que hemos de hacer; porque de éstas se entiende, según lo declara la Glosa, lo que el dicho rey Salomón dice (*Sap.*, 9, 14): *Cogitationes mortalium timidae, et incertae providentiae nostrae.* No hay certidumbre de evidencia que dé entera seguridad en el juicio de las cosas particulares, sino *mezcla de temor,* aunque haya inclinación mayor a creer uno que otro. *Incierto* es lo que juzgamos de presente; incierto lo que proveemos para

(35) Así la edición de 1595; la de 1578, *si.* Huelga la explicación de La Lectura.

adelante; y el errar, eso es cosa cierta, y el acertar muy dudoso. Y porque ninguno piense que está fuera de esta necesidad, por muchos dones naturales que tenga, y le comprenda la sentencia de la divina Escritura que dice (*Prov.*, 28, 26): *Qui confidit in corde suo stultus est*, y con esta confianza se descuide de pedir a Dios la sabiduría que pidió Salomón, diciendo que por ventura aquél era mozo o no de muy buen entendimiento; proveyó el Espíritu Santo para el remedio de tan dañosa confianza y ciega soberbia, que no sólo el rey Salomón confesase la necesidad que tenía su propia persona de la lumbre de Dios para la buena gobernación de su reino, mas tendiendo los ojos de su entendimiento por todo el género humano, dió esta sentencia de todo él por lumbre de Dios, diciendo (*Sap.*, 9): *Et si quis erit consummatus inter filios hominum, si abfuerit ab illo sapientia tua, in nihilum computabitur:* y lo mismo cuando en el mismo capítulo dice: [*Quis enim hominum*] *poterit scire consilium Dei? Aut quis poterit cogitare quid velit Deus?*

Bien parece que había leído el mismo testimonio de la gran necesidad que la humana flaqueza tiene de la lumbre de Dios, que había dado su padre David cuando dijo (*Ps.*, 93, 11): *Dominus scit cogitationes hominum, quoniam vanae sunt.* Y porque no pensasen los que se tienen por sabios que no les toca a ellos este reproche e infamia de poco saber, declara San Pablo con espíritu de Dios que estos hombres, cuyos pensamientos son vanos, son los sabios, diciendo (1 *Cor.*, 3, 20): *Novit Dominus cogitationes sapientium, quoniam vanae sunt;* dando a entender que no habla David de la vanidad de pensamientos tocante al deseo de cosas bajas, sino de los engaños del entendimiento en que caen los sabios; y no sólo en uno o dos, mas en pueblos enteros; y no sólo en personas bajas, mas también en las muy principales, como parece claro en otro testimonio que da el mismo David diciendo (*Ps.*, 32, 10): *Dominus dissipat consilia gentium; reprobat autem cogitationes populorum, et reprobat consilia principum.* Y esto es porque estos consejos son planta que no ha plantado el Padre celestial; que los que Él inspira, de éstos se dice: *Consilium autem Domini in aeternum manet*, etc. Y el no entender los que gobiernan reinos y repúblicas esta profunda insuficiencia de la humana sabiduría para

la buena gobernación de los súbditos, y el descuidarse de no hacer lo que Salomón hizo—por lo cual se quedan sin recibir la lumbre que él recibió—, es la causa de la mala gobernación de las repúblicas, y, por consiguiente, de la perdición de ellas, según lo testifica el Espíritu Santo, diciendo (*Prov.*, 29, 18): *Cum prophetia* (36) *defecerit, dissipabitur populus.* Y llámase aquí *profecía* la divina Escritura y la lumbre celestial de que hemos hablado. De estos tales se queja Dios, y a éstos amenaza diciendo (*Is.*, 30, 1): *Vae filii desertores, ut faceretis consilium, et non ex me; et ordiremini telam, et non per spiritum meum.* Mal irá a las repúblicas, hasta que sean regidas por hombres regidos por Dios, según lo ha dicho el Espíritu Santo en la dicha autoridad. ¿Qué se concluye de aquí sino que, pues de lo dicho consta, según dice una glosa, que para la buena gobernación es necesaria esta sabiduría del cielo, que el que tiene este oficio no este sin esta lumbre, si quiere acertar a hacerlo como él se salve, y su república sea bien gobernada? Y así como arriba hemos dicho que para alcanzar «la humana» prudencia sirve mucho la naturaleza del ingenio inclinado a ella, así para alcanzar «la divina» hace mucho al caso tener un hombre inclinación a no presumir de su saber, y a pedir a Dios lumbre de todo lo que ha de hacer.

§ XII.—*Lectura de las sagradas Letras. Consejo de varones que tengan luz de Dios. Los Prelados. El confesor. Oración.*

Y tras esto conviene que tenga alguna noticia de la ciencia y palabra de Dios que está en la Escritura divina; pues allí están los principios y avisos para gobernar un hombre a sí mismo, que no es pequeña parte para gobernar bien a otros; y también hay doctrina particular para los que rigen a otros. Hay ejemplos de buenos reyes a quien seguir, y castigos de malos que pongan temor. Y no sin causa mandaba Dios que el libro de su Ley fuese dado a los reyes por mano de los sacerdotes, sino para que leyendo en él conociesen de cúya mano tenían el reino, y cómo lo ha-

(36) *profelia;* así la edición de 1595, desconocida por La Lectura.

bían de gobernar, según las leyes que en la Escritura divina están. Especialmente servirá para esto la lección de Proverbios, Eclesiástico y Sabiduría y libros de Reyes, y algunos lugares de los Profetas que tienen particular cuenta con los que rigen a otros; y el Testamento Nuevo, cuya doctrina es más excelente que otra ninguna. Y convendrá tener una Glosa ordinaria para declaración de algunos lugares que tengan alguna dificultad. También les aprovechará leer algunos lugares de los Santos Concilios de la Iglesia, y el PASTORAL de San Gregorio; porque como se tratan en estos libros cosas de gobierno eclesiástico, puédese de allí tomar aviso para el temporal; y también de lo que a los Obispos se manda, pues sacada la administración de los Sacramentos y cosas espirituales y de la palabra de Dios, en muy muchas cosas conviene el oficio del Obispo con el del señor o gobernador temporal. Y si otros más libros de Santos quisiere leer, no por curiosidad de saber, sino para remedio de su ignorancia o flaqueza, y escogiendo lo más provechoso, no perderá, antes ganará mucho con tal lección para sí, y para gobernar.

Cuán conveniente cosa sea el tomar consejo en negocios importantes, y cuánto lo sean los de la gobernación de la república, la Escritura divina y humana y razón natural y experiencia nos lo demuestra.

Y así como para alcanzar lo que debemos hacer según «humana» prudencia, se ha dicho arriba que se debe tomar consejo con los que la tienen, así para regir según la «divina», conviene también consultar a los que la tienen. Porque aunque, según se ha dicho arriba, el mismo que rige debe tener esta lumbre, para no estar del todo colgado de la sabiduría de otro, mas no por eso ha de pensar que de tal manera la tiene, que le baste para todos sus negocios sin haber menester pedir lumbre a los que la tienen. Porque no hay cosa más contraria a esta sabiduría que desciende del cielo, que la soberbia y confianza de sí; ni tan cierta señal que uno la tiene, como tener humildad; porque escrito está (*Prov.*, 11, 1): *Ubi humilitas, ibi et sapientia.* Debe, pues, el tal gobernador, alto o bajo, sabio o no sabio, ser amigo de pedir consejo, y blando para recibirlo; porque una de las condiciones que Santiago Apóstol (3, 17) pone de la sabiduría que del cielo desciende, es no ser porfiada ni tiesa, *sino pacífica y que se deja persuadir.* De lo cual tenemos

ejemplo en David, que teniendo el espíritu del Señor, y muy familiar, traía consigo al profeta Gad (1 *Reg.*, 22); y después al profeta Natán (2 *Reg.*, 7), por el parecer de los cuales regía su persona y negocios.

San Agustín dice que, aunque viejo y Obispo, estaba aparejado a ser enseñado por el que era Obispo de un año. Todo lo cual se entiende cuando el hombre acierta con personas espirituales, que tengan ciencia espiritual y don de consejo; y acertar con éstos es don de Dios muy particular; y darles crédito también lo es. Porque aunque la buena vida a solas, alguna vez sea tanta parte con Dios para alcanzar lumbre de lo que se debe hacer, según dice la Escritura (*Eccli.*, 37, 18): *Anima viri sancti enuntiat aliquando vera, quam septem circunspectores sedentes in excelso, ad especulandum;* mas esto no es cosa ordinaria, aunque no se debe tener en poco. Mas lo que se debe en mucho estimar, es cuando se junta ciencia divina con vida espiritual y perfecta, y don particular de consejo. Y de esto se entiende (*Sap.*, 6, 26): *Multitudo sapientium sanitas est orbis terrarum.* Porque ni la filosofía ni la Escritura divina llama *sabios* a los que tienen cualquiera ciencia que sea, aunque sea la divina, si con ella no se junta la vida ya dicha. Porque a quien ésta falta, está sujeto a muchos errores; y tanto más peligrosos. cuanto más se fía de ellos, porque los tiene por acertamientos. Engáñase con la apariencia de su sabiduría, y engáñanse muchos viéndola en él; porque hay pocos que sepan conocer los verdaderos sabios; y arrimándose a lo que no tiene existencia y firmeza, por fuerza han de dar muchas caídas.

En el Concilio Cabilonense se dice que «los que rigen los pueblos tomen consejo con los Obispos en las cosas de importancia y que fueren dudosas»; y lo mismo manda el emperador Justiniano con espíritu muy cristiano; y los reyes de Castilla pasados usaron esto mucho: uno de los cuales pidió a los Obispos congregados en un Concilio Toledano (37), que le diesen leyes con que el reino viviese, y diéronlas; y también los reyes presentes tienen por de su Consejo a los sagrados Obispos. Semejanza tiene esto con lo que Dios mandó en tiempos pasados, que si los Jueces de los pueblos del reino de Israel tuviesen varias opi-

---

(37) *Toledano;* así las ediciones de 1578 y 1595.

niones en algún negocio, que subiesen a Jerusalén, y lo consultasen con el Sumo Sacerdote, y siguiesen el parecer de él. Y es de mirar que este recurso que en las cosas dudosas se manda tener a los Obispos, no es tanto (38) por la mayor noticia de leyes humanas que ellos tengan, sino por la mayor lumbre celestial que de la contemplación de Dios resulta, y mora en ellos como en otro Moisés, con la cual declaran lo que la humana prudencia no podía alcanzar; mas si la dicha lumbre les falta, faltarles ha lo principal.

Y cosa es muy importante que el tal gobernador elija confesor que tenga las dichas dos partes, de ciencia y de espiritual vida, y que sea desinteresado de toda vida humana y (39) pretendencia, y desocupado de todo otro negocio; porque si ha de usar bien su oficio, tendrá tanta ocupación en guardar de peligros la conciencia de quien tantos negocios dependen, que no le vagará a entender en otros.

Tras esto se sigue imitar al rey Salomón en la oración que al Señor hizo (*Sap.*, 8), pidiéndole esta sabiduría tan necesaria. Y digo imitar, no sólo al pedir, sino con las circunstancias que él lo pidió; conviene a saber, de todas sus entrañas, con profundo conocimiento y temor de su propia insuficiencia, y con corazón no aficionado a riquezas: aunque por este mismo hecho el Señor se las dió y en gran abundancia, por añadidura de la sabiduría a que se aficionó y pidió, según el Señor lo acostumbra hacer, y ha prometido hacer, cuando dice (*Mt.*, 6, 33): *Quaerite primum regnum Dei*, etc. También alegó que, pues el Señor le había elegido por rey, le diese sabiduría para que bien supiese ejercitar oficio de rey. Y comenzando por esta última circunstancia, parece claro que los que se ingieren (40), y procuran por los medios que ellos saben, de alcanzar estos tales oficios, no tendrán lengua para decir al Señor: «Pues que Tú me elegiste para esta dignidad, dame prudencia para el buen ejercicio de ella»; ni el Señor tendrá ocasión de la dar, pues ellos, sin Él, se metieron en ella. De los cuales Él se queja (*Oseas*, 8), diciendo: *Ipsi regnaverunt, et non ex me; Principes exstiterunt, et non cognovi;*

(38) *No es tanto;* así la edición de 1595; la de 1578, *no estando,* errata que reproduce La Lectura.
(39) *Y;* así la edición de 1595.
(40) *Ingieren;* así la edición de 1595.

quiere decir, *no lo aprobé*. Andarán estos miserables entronizados en lo de fuera, y honrados en los ojos de los hombres, mas tenidos por viles en el acatamiento de Dios; gente que no entró por la puerta a regir las ovejas de Dios, caminando por peñas y resbaladeros, tinieblas de noche, en donde se siguen muchas caídas de pecados, y después en las tinieblas de la noche eterna.

§ XIII.—*El gobernante evite los perjurios de los escribanos, alguaciles y oficiales. Juramento exigido al reo.*

Lo primero y que más pena da, es ver a nuestro Señor tan ofendido con juramentos falsos, o diciendo mentira en lo de presente, o no cumpliendo lo que se jura. Y donde más se usa esta desventura es donde más lejos había de estar; conviene a saber, en el ejercicio de la justicia y cosas tocantes a ella. Los que en este caso más desenfrenados están son los escribanos, que jurando todos guardar (41) el arancel de estos reinos casi ninguno lo guarda; y aunque es verdad que era cosa justa acrecentarles los derechos, pues los tiempos son diferentes, mas no por eso dejan ellos de pecar quebrantando lo jurado, pues *juramentum debet impleri in specifica forma*, ni Dios deja de ser ofendido (42). ¿Y quién diré las veces que en esto lo es? Cuéntense los contratos, testamentos, actos judiciales y, en fin, todas las escrituras que hacen, y todas las veces que las hacen, y súmense cuántos perjurios habrá cada día en esa ciudad; y cuéntense todos los demás que se hacen en el reino, y parecerán ser tantos, que no haya corazón cristiano donde entre esta consideración, que sea capaz de recibirlos sin reventar de dolor, ni sin temor del castigo que tantas y tales ofensas merecen (43).

No es de creer que Dios deja sin castigo tantos perjurios, pues un solo juramento que hizo Josué a los gabaonitas (*Jos.*, 9, 15), aunque engañado de ellos, el cual el rey Saúl después quebrantó, se ofendió tanto

(41) *Jurando todos guardar;* así la edición de 1595.

(42) Sobre el mismo asunto, véase la Carta 181 al arzobispo de Granada.

(43) *Merecen;* así la ed. de 1595; la de 1578, *merece*.

nuestro Señor, que en castigo de él estuvo tres años sin llover en el reino (2 *Reg.*, 21, 1-9), y hasta que fueron satisfechos los gabaonitas con la muerte, y muerte de cruz, de siete personas descendientes de Saúl, no se amansó la ira de Dios ni envió su pluvia sobre la tierra. Y para mí tengo, que una de las causas por que el Señor nos azota en cosas temporales y espirituales, con esterilidad de unas y otras, es por este pecado, como San Jerónimo dice. Y la razón está clara, que pues la divina Escritura dice (*Eccli.*, 23, 12): *Vir multum jurans implebitur iniquitate, et de domo ejus non discedet plaga,* ¿cuánto más vendrá este castigo sobre el varón que *multum perjuratur?* Lo mismo se dice (*Zacariae,* 5, 3), y en otras partes de la divina Escritura.

Y aunque algunos dicen que el remedio de esto se ha pedido a la real Majestad (44), y que se responde que, aunque se acrecentasen los derechos, todavía los llevarían demasiados, parece que a lo menos se les quitaría la ocasión de alegar que por no se les pagar lo justo lo toman ellos. Mas entretanto que la real Majestad no provee esto, ellos verdaderamente quebrantan el juramento, y tienen propósito de lo quebrantar, y por eso están en pecado mortal, y no pueden ser absueltos en el sacramento de la Penitencia; y así ha parecido a muchas personas doctas, que por mandado del reverendísimo Obispo de Córdoba, se juntaron a conferir sobre este negocio.

Y no sólo corren peligro por quebrantar el juramento, mas por ser tan excesivos los derechos que llevan, que por mucho que el Rey se los tasase, no serían tanto, ni con mucho, como lo que ellos llevan, o pidiéndolo, o recibiéndolo; y lo uno y lo otro les está vedado por leyes de aquestos reinos; aunque pocas personas hay que quieran dar de su voluntad más de lo que deben; y si lo dan, es por entender que el escribano no le despachará con diligencia su negocio, si no es a peso de dinero; y como los escribanos hagan demostraciones suficientes para que esta voluntad suya se entienda, en buen romance, tanto es como pedirlo, y constreñir que se les dé (45).

Los Jueces tienen obligación a remediar esto, así

---

(44) Lo mismo dice en la Carta 181; de donde parece que ambas Cartas se escribieron por el mismo tiempo.

(45) *Les;* así la edición de 1595.

por vía del perjuicio pues es cosa pública, como por vía del excesivo precio que llevan, y así está mandado por leyes del reino que sean castigados por ello. Ni los tales Jueces se pueden excusar en el juicio de Dios con decir: «No hay quien los acuse ni se les pide nada en residencia»; porque ya se sabe que si no hay pasión que mueva a pedir estas cosas, no hay a quien se le dé nada por ellas, y por temor de los mismos escribanos, pues es gente que puede dañar, o por lo que a cada uno se le antoja, quiere más callar que meterse en estos pleitos. Y, por tanto, pues esto consta a vuestra señoría, tiene obligación de lo castigar y remediar. Y no es cosa difícil al celo y prudencia que Dios a V. S. ha dado, tomar a esta gente con el hurto en las manos; porque como es cosa ordinaria y continua exceder en los derechos en todas las escrituras que hacen, quienquiera podrá dar testimonio de lo que a él le han llevado, y así habrá tantos testigos cuantos hubieren hecho escrituras con ellos. Y si por ser cada uno singular, no fuere bastante para condenación, fácil cosa es de hacer que vayan con él, al tiempo de pagar al escribano, un par de amigos suyos disimuladamente, o con achaque de hacer ellos alguna escritura, o de ser testigos de la que el amigo hace, o con otra disimulación, y así habrá probanza suficiente para el delito; y no faltará sino que suceda el castigo y remedio, para que Dios no sea ofendido ni el prójimo damnificado. Y aunque entrambas cosas dan causa de justo dolor, la primera más.

Y cierto, si hubiese remedio para no tomarles juramento de guardar el arancel como él lo manda, sino como se usa, y aun que del todo se dejase de tomar, yo lo tendría por menor inconveniente que lo que ahora pasa, pues no habría entonces más de un pecado contra el prójimo, y ahora hay otro mayor, y estotro no cesa.

En este Estado del Sr. Marqués de Priego se hace muy bien, porque hay tasadores para todo lo que hacen los escribanos, y éstos—y otras veces el Juez—, tasan lo justo, y así está este barranco allanado. Dios alumbre a V. S. para quitar de esa ciudad y su tierra tan graves pecados; y si le (46) diese gracia para que de la Majestad real alcanzase remedio para todo el reino, sería doblada merced.

---

(46) *Le;* así la edición de 1595.

Los alguaciles del campo y guardas de montes, los cuales guardan sus juramentos tan mal, o poco menos, que los escribanos, dáseles ocasión con no darles salario con que se mantengan, y han menester hacer lo que hacen para sólo comer. Yo, si pudiera, no recibiera juramento de personas de tan baja suerte y conciencia, por la poca esperanza que dan de los cumplir. También hay otra cosa que en esto da pena, y es que cuando denuncian de uno, juran (47) ser verdadera la denunciación, y también toman juramento al denunciado; y todo este negocio se funda muchas veces sobre una rama (48) de árbol, que a duras penas puede valer siete o ocho maravedís; y aunque el denunciado jure que no tiene culpa, se juzga por el juramento del denunciador; de manera que no sirve aquel juramento sino de ponerle lazo en que caiga su ánima.

Averiguar los malos conciertos que hacen, tomando dádivas por disimular con los que entran en lo vedado, es fácil cosa, habiendo personas que disimuladamente lo pregunten a los que tratan con ellos.

El secreto de los Cabildos de las ciudades, aunque jurado, se guarda muy mal: sería bien avisarles de ello; y para esto y para el buen ejemplo de ellos, sería cosa conveniente que alguna persona religiosa les hiciese plática una vez en la semana, o a lo menos en el mes, y en la cuaresma más a menudo. Pida vuestra señoría por merced a nuestro Señor le dé gracia para dejar introducida esta buena costumbre en este su Cabildo, cerca de lo cual no digo más, porque la materia es larga, y V. S. que la trata de más cerca, la entenderá mejor.

Bien será V. S. encargue mucho a sus oficiales la guarda de sus juramentos, así en lo que toca a llevar derechos, como en hacer bien y fielmente sus oficios; porque la negligencia en esto sería culpa doblada, y todavía se puede temer que excedan y falten en algo. Rastree V. S. los pasos que dan, pues aun, según el juicio de las leyes humanas, se imputa al Corregidor la culpa de sus ministros; y no se espere a que se remedie con la residencia (49), porque si V. S. se la

(47) *Juran*; LA LECTURA, *jura*.
(48) Así la edición de 1595.
(49) *Residencia:* cuenta del desempeño de un cargo dada ante un tribunal.

toma, y cada día. por la ajena poco se remedia. Y también les encargue que todo lo que pudieren excusar lícitamente tomar juramentos, los excusen, y especialmente cuando se teme razonablemente que se ha de jurar en falso; o, a lo menos, hay más licencia para esto (50) cuando se toma de oficio, y no a petición de parte.

Igualmente tenga V. S. cuidado de examinar cómo se guardan los juramentos que se toman a fieles ejecutores, y a los que tienen cargo de mirar los oficios mecánicos, que se hagan bien hechos, porque es tanta la facilidad con que se toman y hacen, cuanta se tiene en no los cumplir.

También hay costumbre de que la primera cosa que hace un juez con un delincuente, es tomarle la confesión con juramento; y pues hay tan poco temor de Dios, que por interés de un real se comete un perjurio, por aquí se puede entender cuán poco crédito se debe dar, siendo en causa criminal y en personas de ruin vida. San Pablo dice (*Hebr.*, 6): *Que el fin de toda controversia es juramento;* y en estos juicios hacen al principio lo que había de ser al fin (51); y aunque juran, no por eso se acaba la controversia, ni sirve de otra cosa que de cometerse aquel pecado mortal. Tienen el pedir juramento en tan poco, que aunque para condenar a tormento dan traslado de los indicios a la parte, para pedirle juramento no se curan de ello: no sé otra cosa, sino porque se tiene el daño del cuerpo en más que el pecado del ánima. He dicho esto, no ignorando que la práctica está en contrario, mas para que V. S. haga en ello todo lo que pudiere, porque el nombre de Dios no sea despreciado, pues hay tantas causas para creer que en estos juramentos lo es.

Y téngase mucho cuidado con inquirir juramentos falsos de testigos; y hallados, castíguense con ejemplares castigos; porque la gravedad del delito y frecuencia lo piden así.

Oído he decir a personas fidedignas que algunos Corregidores y Jueces tienen por costumbre de reprender a los que sin necesidad juran delante de ellos

---

(50) *Para esto:* para excusar el juramento.

(51) Seguimos la edición de 1595, que corrige a la de 1578.

y con buena crianza y risa les hacen pagar un cuarto por cada vez. Paréceme buena costumbre; y si no se pudiere sacar el dinero, désele reprensión.

§ XIV.—*De las escuelas de niños; de llevarlos a misa los domingos.*

El mal recaudo que hay en las escuelas de niños, y lo que importa haberlo bueno, por ser aquella edad el fundamento de toda la vida, notorio es a vuestra señoría. Téngase mucho cuidado de buscar maestros de buenas costumbres, aunque sea a costa de dineros de la ciudad, y procúrese alguna persona religiosa que haga pláticas a los dichos maestros, juntándolos en uno, declarándoles lo que importa a la ciudad hacer bien el oficio, pues de aquellos chicos que él enseña ha de salir el cuerpo de la ciudad, y el galardón o castigo que, según lo hiciere, recibirá de nuestro Señor. Y creo haría V. S. particular servicio a nuestro Señor en llamar algunas veces a los dichos maestros, y enseñarles regalo y favor si bien hicieren su oficio. No parecerá esto cosa indigna a quien considerare que la majestad de Dios descendió a hacerse nuestro ayo y maestro, y a lavar los pies a unos pobres hombres, no sólo dándonos materia para decir: «Bendito sea Dios que tanto se humilló», mas mandándonos que le imitásemos en esta humildad a bajos y altos (*Jn.*, 12). Téngase también cuidado que en las dichas escuelas se diga la doctrina cristiana, y que una o dos veces en la semana fuese algún Padre a hacer alguna plática conforme a la capacidad de los oyentes; y se ordenase que el niño que oyese jurar a otro, u ofrecer al demonio, o palabra deshonesta o cosa semejante, avise de ello al maestro para que lo castigue.

Una cosa he deseado; no sé si por ser esa ciudad tan grande, se podría hacer, mas no se pierde nada en decirlo. Muchos mancebicos de diez y más años se quedan ordinariamente sin oír misa los domingos y fiestas, y se están jugando o haciendo otros peores recaudos; y como tengan edad para ser obligados al precepto de la Iglesia que manda oír misa, es cosa de lástima verse cometer tantos pecados mortales, y públicamente. Y de allí quedan con indevoción de oír

misa cuando grandes, y dispuestos para hacer otros muchos pecados. Decir a sus padres que los lleven a misa es por demás; y ya que lo quieran hacer, hay mal aparejo en las iglesias, porque están llenas de gente de más edad, y seríales molesta la inquietud que tienen los muchachos cuando están juntos. Sería cosa conveniente que se deputase para esta gentecilla iglesias u hospitales donde no fuese otra gente donde los domingos y fiestas los llevasen los maestros de las escuelas a oír misa de algún sacerdote diputado para ello, el cual les hiciese una plática de buenas costumbres con algún buen ejemplo, y cómo se ha de oír misa y lo que han de rezar. Y para esto era menester que anduviesen alguaciles por las calles cogiendo los muchachos para llevarlos al lugar de la misa, y encomendar a los padres de los niños que aprenden en la escuela, que los enviasen a la dicha escuela para cumplir el mandamiento de Dios, pues los envían el día de entre semana para que sepan leer y escribir.

Grande ayuda sería para esto la ayuda y favor del Prelado; procúrese de cobrar. Y quien advirtiere lo mucho que va en la buena crianza de la primera edad, lo cual aun conoció Aristóteles sin lumbre de fe, cualquier trabajo tendrá por pequeño por salir bien con esta empresa. Y lo mismo se entiende de la *Casa de la doctrina* de los niños perdidos que se recogen; y aunque esta materia era más larga, lo refiero al celo y prudencia de vuestra señoría.

§ XV.—*De las mujeres públicas y de las cárceles.*

Las casas públicas de ruines mujeres, se permiten para remedio de la concupiscencia carnal, que pone en aprieto al hombre flaco para hacer mayor mal, si no se apaga con aquel menor. Y está este negocio tan fuera de quicios como otros muchos. Convendría que no dejasen parar a hombre en la dicha casa, porque de estar allí, irritan a la misma concupiscencia con las muchas ocasiones que para ello hay, y toman por ocasión de avivar lo que se permite por remedio para apagar lo avivado, si la concupiscencia le vence. Si va allí, véngase luego; ¿qué es menester avivar lo

ya muerto? (52), pues aquello es tornarse en gula lo que se ordenó para necesidad. Conviene, cierto, no dejarlos parar.

Item, no se debe consentir que estas tales mujeres se pongan a las puertas, donde irriten la concupiscencia de los que las ven, como se escribe en los Proverbios (9, 15): *Quae vocat transeuntes itinere suo.* Y algunas veces hacen esta persuasión no sólo con palabras, mas con obras. Basta que los hombres miserables sepan que hay casa para cumplir sus miserias; no es menester que ellas estén donde sean vistas ni oídas.

El que se llama *padre* de ellas es muy perjudicial, porque éste las trae cuando no las hay, y otras veces las recibe en empeño, y otras les empresta él más cantidad de lo que la Pragmática real manda; y de aquí viene impedir él la conversión de ellas, y también lo mucho que deben. La excusa que para esto dan los dichos *padres* de ellas es lo mucho que les cuesta el arrendamiento de la casa pública; como hacen los escribanos, que tienen arrendadas escribanías de los señores por tales precios, que si ellos no roban, no pueden pagar la renta, y comer. Y de esta manera están los señores debajo de aquella grave reprensión del Profeta Isaías (1, 23), que dice: *Principes tui infideles, socii furum;* y está claro, pues ellos y el escribano reparten entre sí lo que el uno hurta y el otro dió ocasión de hurtar. Y así parece acá, que llevándoles tal cantidad cual no puedan pagar sin hacer estos pecados, son participantes en ellos, como si ellos los hiciesen. Convendría que se buscase un hombre temeroso de Dios, y fuese puesto en aquel oficio, y le pagasen suficiente salario, sin que pudiese llevar más, ora hubiese muchas mujeres, ora pocas; y no interesando éste nada, cesarían los inconvenientes ya dichos, y también daría noticia de los rufianes, que no es pequeño provecho. Y mírese que no se les preste más a las dichas mujeres de lo que manda la Pragmática.

El cuidado de las cárceles, y que no sea largo el tiempo de ellas, y abogado y procurador para pobres; que en mesones y ventas no haya ruines mujeres, ya V. S. lo tendrá advertido y obrado.

---

(52) Así la edición de 1595. LA LECTURA, *que* [*no*] *es menester avivar lo ya muerto.*

Algunos Veinticuatros (53) son tan largos en decir su voto, que son causa de dilatarse muchos negocios; sería bueno que lo abreviasen en siete u ocho renglones.

Las mujeres cantoneras (54) es razón que no estén mezcladas con las buenas; y es mejor que se les diputen tres o cuatro callejuelas donde estén, que no todas juntas en una, y no se debía consentir que saliesen muy acompañadas ni muy ataviadas; porque es grave escándalo la prosperidad de éstas para hacer titubear la castidad de las buenas mujeres que padecen necesidad: y si es verdad lo que he oído decir, que a las de la corte les mandan traer una cierta señal, sería bien hacer lo mismo en esta ciudad.

§ XVI.—*De los jubileos, de los toros, abusos de los escribanos, ordenanzas, remedio de necesidades y el lujo.*

Muchos males se hacen por ocasión de los jubileos, yendo juntos hombres y mujeres. Cosa conveniente sería que, pues se pueden ganar por la tarde y otro día, fuesen un día los varones y otro las mujeres.

Correr toros es cosa peligrosísima para la conciencia de quien los manda o da licencia para los correr, y a muy (55) muchas personas doctas parece ser pecado mortal, si no fuese de manera que no se siguiesen los inconvenientes que se siguen muchas veces. Haga V. S. lo que de su parte fuere, y si no pudiere más, habrá librado su ánima del peligro.

En los pueblos sujetos a esa ciudad, si es como en otras partes, habrá un grande mal, y digno de mucho remedio; conviene a saber, que algunos escribanos del pueblo tienen por trato con alguno otro de la ciudad, de enviarle todas las informaciones, aunque sean de rencillas muy livianas entre vecinos; y aunque se hayan ellas perdonado, va un alguacil allá, y hace tal riza en ellos, que llega a venderles sus bestezuelas y alhajas, de tal manera, que sé yo de

---

(53) *Veinticuatro:* regidor. Llamado así porque en Sevilla (y en otras ciudades) eran 24 los regidores.

(54) *Cantoneras:* públicas; que andan por esquinas o cantones.

(55) *Muy;* falta en La Lectura.

algún pueblo, del cual por sola esta causa se desavecindaban muchos vecinos. El hecho es éste: Vuestra señoría procure de se informar muy particularmente de estas mañas tan perjudiciales, y de los agravios que de parte de la Justicia de esa ciudad reciben los pueblos.

En la visita sería bueno mirar las ordenanzas que tienen los pueblos, porque habrá alguna que convenga quitar o alterar, o añadir otras. Y es buen aviso, que quien hace ordenanzas, que tenga intención de no obligar a más culpa de lo que la Ley de Dios o la humana obligan por aquel caso, sino a sola la pena.

Muy muchas cosas hay dignas de remedio, que no pueden (56) ser sabidas inmediatamente por los jueces, por muy vigilantes que sean; y por esto es cosa importantísima buscar personas, así en la ciudad como en los pueblos de ella, que temen a Dios, y mandar y encargarles mucho la conciencia, que den aviso de las cosas que han menester remedio, si no fuere de las ocultas; y aun si V. S. podía remediar éstas, guardándose el orden del Evangelio declarado por los teólogos, no como juez, sino como padre, por sí o por tercera persona, les podrá decir V. S. que aun estas tales cosas se le pueden por este orden descubrir. Y tendría por cosa más acertada, que estos tales avisos de lo uno y de lo otro, de la ciudad y de fuera, viniesen al confesor de V. S., porque el aviso sería más secreto, y menos cargoso, y más fácil de dar; y en ponerse en efecto esta advertencia, cierto va mucho.

Del (57) grande exceso que hay en los vestidos en esa ciudad, no hablo; porque aunque sea una de las cosas que tienen echada a perder la república, no sé si V. S. tiene mano en lo remediar más de lo que la Pragmática manda; y aunque aquélla se guarde, no deja de haber cerrajero en esa ciudad, o lo ha habido, que haciendo su oficio está con jubón y muslos (58) de calzas de carmesí; y ahora hay plateros que también hacen su oficio con jubones de raso y calzas de terciopelo, y oído he decir que bodegoneras se sientan en cojines de carmesí. Pocos años ha que los señores o el rey no usaban más que esto.

---

(56) Así las ediciones de 1588 y 1595; la de 1578, *puedan.*

(57) Así la edición de 1595; la de 1578, *el.*

(58) Así las ediciones de 1588 y 1595; la de 1579, *musclos.*

No encargo el buen ejemplo que es menester que vuestra señoría y sus oficiales den al pueblo, así en la frecuencia de las confesiones y comuniones, como en todo lo demás, porque creo que se hace mejor que yo puedo decir.

La reverencia a la Iglesia y eclesiásticos encomiendo a V. S., no mirando a que somos indignos de ser bien tratados mirando a nosotros, sino a Jesucristo Nuestro Señor, que merece que todo lo que a Él toca sea muy estimado y muy bien tratado (59).

12.—A UN SEÑOR DE ESTOS REINOS.

Del conocimiento de Dios y de sí mismo, y cómo se ha haber con sus vasallos.

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea con V. M. I. S.

1. Dos cosas pedía en el tiempo pasado el bienaventurado San Agustín a nuestro Señor, diciendo: «Dame, Señor, que me conozca y te conozca.» Cosas son dignas que todos las pidamos, y que ninguno esté sin ellas, si no quiere estar sin la salud. Dos partes tenía el templo de Salomón, y ambas eran santas. Aunque la una era más santa, la menos santa era camino para la más santa. La primera es el conocimiento de sí mismo, que es cosa por cierto *santa,* y camino para el *Sancta Sanctorum,* que es el conocimiento de Dios, donde el Señor responde a nuestras preguntas, y remedia nuestras necesidades, y hallamos una fuente de vida; porque *esta es la vida eterna.* dice el Señor (*Jn.,* 17, 3). *que conozcan a Ti, y al que enviaste, Jesucristo.*

Y esta cosa tan alta, que es conocimiento de Dios, no se alcanza sin esta otra que parece baja, que es conocerse a sí mismo. Ninguno seguramente miró a Dios, si no se mira a sí mismo. Ni es cosa segura volar alto, sin tener hecho este contrapeso de propio conocimiento, que nos hace sentir bajamente de nosotros, entre las grandes mercedes de Dios (1). Sabrosamente estarían mirando los discípulos al Señor, cómo se su-

---

(59) Hermoso complemento de esta Carta es el *Tratado 18 del Santísimo Sacramento núm. 9,* sobre los deberes del rey.

(1) La Lectura trunca esta frase, siguiendo la ortografía de la edición de 1578.

bía a los cielos el día de la Ascensión (2). Ya que les quitaba su conversación *Aquel cuya conversación no tiene amargura* (*Sap.*, 8, 16), hallaban consuelo con estar mirando el camino por do iba, y el lugar do iba. Mas ¿qué les mandó hacer el Señor? Por cierto, no que se estuviesen siempre mirando, los ojos al cielo, aunque parecía cosa justa, mas fuéles dicho (*Act.*, 1, 11): *Varones de Galilea, ¿qué miráis al cielo?*; dándonos a entender que aunque el mirar a Dios es cosa sabrosa, conviene también volver los ojos a mirar a nosotros: lo uno por la reverencia que a Dios debemos, al cual hemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos de ello; lo otro porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo, y hácese liviano, como nao sin lastre, que pierde las áncoras en tiempo de tempestad; cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida.

2 Nunca vi seguridad de ánima, sino en el conocimiento de sí misma. No hay edificio seguro, si no es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado el que se gasta en reprenderse a sí mismo; cosa muy provechosa para nuestra enmienda, examinar nuestros yerros. ¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa (3) sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado, se hace malo, medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa, y, finalmente, hombre sin hombre? Pues quien no se conoce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee a sí mismo; y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte. Estos son los que, olvidados de sí, tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, y teniendo los ojos cerrados a sus defectos, tienen más que cien ojos abiertos y velando por saber los ajenos. Estos son los que agravan y reagravan las faltas ajenas, y olvidan las suyas; porque como las ajenas sean de ellos más de continuo y más de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de lejos, y así, aunque grandes, parécenles pequeñas; de lo cual vienen a ser rigurosos y mal sufridos, porque como no miran su

(2) *Ascensión;* así la edición de 1595, no citada por La Lectura.

(3) *Casa;* así las ediciones de 1588 y 1595.

propia flaqueza, no han compasión de la ajena (4).

Nunca vi persona que se mirase, que no le fuese ligero sufrir cualquier falta ajena; y quien maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus propias caídas. De manera, que si queremos huir de esta ceguedad tan dañosa, conviénenos mirar y remirar lo que somos, para que viéndonos tan miserables, clamemos por el remedio al misericordioso Jesús; porque Él se dice JESÚS, que es Salvador, no de otros por cierto, sino de los que conocen sus propias miserias y las gimen, y reciben, o—no pudiendo—desean recibir los santos Sacramentos, y así son curados y salvos.

3. Y aunque para conocer a nosotros mismos hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los Santos, mas quien quisiere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: No tienen cabo mis males. ¿Quién hay que no haya errado en lo que más quisiera acertar? ¿Quién no ha pedido cosas, y aun buscádolas, pensando serle provechosas, que después no haya visto que le han traído daño? ¿Quién podrá presumir de saber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa más ciega, que quien aun *no sabe lo que ha de pedir a Dios*, como dice San Pablo? (*Rom.*, 8, 26.) Y esto es porque no sabemos lo que nos cumple, como acaeció al mismo San Pablo (2 *Cor.*, 12, 8, 9), que pidiendo a Dios le quitase un trabajo, pensando que pedía bien, le fué dado a entender que no sabía lo que pedía, ni lo que le cumplía. ¿Quién se fiará de su deseo y parecer, pues aquel en quien moraba el Espíritu Santo pide lo que no le cumple alcanzar? Grande, por cierto, es nuestra ignorancia, pues innumerables veces erramos en lo que más nos conviene acertar.

4. Y ya que una vez Dios nos enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra flaqueza, y cómo damos de rostro en lo que vemos que era razón que no cayéramos? ¿A quién no ha acaecido proponer muchas veces el bien, y verse caído y vencido en lo que pensó más verse en pie? (5). Hoy lloramos nuestros pecados con intención de los evitar; y si estando las lágrimas en las mejillas, se nos ofrece alguna oca-

---

(4) Véase sobre este asunto el AUDI FILIA, cap. 62, y el *Tratado 8 del Santísimo Sacramento*.

(5) Seguimos la edición de 1595, que corrige a la de 1578, seguida por LA LECTURA.

sión, llorando porque caímos, hacemos de nuevo por qué llorar. Recibiendo el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho, y aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaece algunas veces por algún pecado echar su gracia de nos. ¡Qué caña tan vana, que a tantos vientos se muda! Ya alegre, ya triste; y a devoto, ya tibio; ya tiene deseo del cielo, ya del mundo e infierno; ya aborrece, y luego ama lo aborrecido; vomita lo que comió porque le hacía mal estómago, y luego tórnalo a comer como si nunca lo hubiera vomitado. ¿Qué cosa puede haber de más variedad de colores, que un hombre de esta manera? ¿Qué imagen pueden pitar con tantas haces (6), con tantas lenguas, como este hombre? ¡Cuán de verdad dijo Job (17, 7), *Que nunca el hombre está en un estado!* Y la causa es porque al hombre le llaman *ceniza*, y su vida *viento* (*Job*, 7). Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza. No pienso que habrá cosa más espantable de mirar, si mirarlo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí, en un solo día. Toda su vida es mudanza y flaqueza, y conviénele bien lo que la Escritura dice (*Eccli.*, 27, 12): *El necio es mudable como la luna.* ¿Qué remedio tenemos? Por cierto, conocernos por lunáticos. Y como en tiempos pasados llevaron un lunático a nuestro Señor Jesucristo para que lo curase (*Mt.*, 17, 14), ir nosotros al mismo Jesús, para que nos cure como a aquél curó. Aquél dice la Escritura que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba *en el fuego*, ya *en el agua;* y lo mismo acaece a nosotros; unas veces caemos en el fuego de avaricia, de ira, de concupiscencia; otras en agua de carnalidad, de tibieza y de malicia.

5. Y si miramos cuántas deudas debemos a Dios de la vida pasada, cuán poca enmienda hay en la presente, diremos, y con verdad (*Ps.*, 17, 5): *Rodeádome han dolores de muerte, y peligros de infierno me han cercado.* ¡Oh peligro de infierno tan para temer! ¿Y quién es aquel que no mira con cien mil ojos no resbale en aquel hondo lago donde para siempre llore lo que aquí temporalmente rió? ¿Quién no endereza su camino, porque no le tomen por descaminado de todo el bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no

---

(6) *Haces:* caras.

mira (7), las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente señal es de muerte no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos, y muchos, y que mal nos quieren; lo que en ello nos va es perder o ganar a Dios para siempre. ¿Por qué entre tantos peligros estamos seguros, y entre tantas llagas sin dolor de ellas? ¿Por qué no buscamos remedio antes que anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio, cuando las doncellas locas den voces y les sea dicho (*Mt.*, 25, 12): *No os conozco?*

6. Conozcámo[no]s, pues, y seremos conocidos de Dios; juzguémonos y condenémonos, y seremos absueltos por Dios; pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará; consideremos nuestras miserias, y aprenderemos a ser piadosos en las ajenas; porque, según la Escritura dice (*Eccli.*, 31, 18): *De lo que hay en ti aprenderás lo que hay en tu prójimo.* Si yo me veo caer algunas veces por flaqueza, pensaré también que así puede acaecer a mi prójimo; y como quiero que me sean piadosos en mi yerro, helo de ser en el ajeno. Cuando me enseñan mis mayores un disfavor y me da pena, he de pensar que así lo sienten los sujetos a mí conmigo. Si tengo tristeza, quiero ser consolado; así lo quiere el prójimo. Siento una mala palabra que me dicen, porque digo que soy de (8) carne, y no de hierro; eso me prueba que mi prójimo es de carne también, y se siente. Pésanme las condiciones ajenas y túrbanme, y querría que las enmendasen, porque no me fuesen ocasión de pecar; eso mismo quieren mis prójimos. De un metal (9) somos todos, y no hay regla mejor para mi prójimo, que mirar bien lo que pasa en mí, pues él y yo somos uno.

7. Quien esta misericordia tiene con su prójimo, seguramente se puede llegar al conocimiento de Cristo, y será de Él remediado, porque *los misericordiosos alcanzarán misericordia* (*Mt.*, 5); mas de otra manera, oirá lo que la Escritura dice (*Prov.*, 21, 13): *Quien cerrare la oreja a la voz del pobre, llamará él, y no será oído.* Pobre es todo hombre, y no hay quien no

---

(7) *Mira:* así las ediciones 1588 y 1595; la de 1578, *mire.*

(8) *De,* 1595; falta en 1578.

(9) *De un metal:* de la misma masa.

tenga alguna necesidad; miremos bien si nos hacemos sordos a ella, que así se hará Dios a las nuestras. Ni piense nadie que le medirá Cristo con otra medida, que con la que él a su prójimo mide (*Mt.*, 7, 2). No piense alcanzar perdón quien no da perdón. Desgracia hallará el desgraciado, y pesadumbre el pesado, e injuria el injuriador, y caridad el caritativo; porque sembrar espinas en el prójimo y querer coger de Dios higos, no es, cierto, posible (*Lc.*, 6, 44) (10).

Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida en remediar sus penas. Y maravíllanse cómo Dios les envía trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso y hacedor de misericordias, y convidándose a los hombres a que vayan a pedir a Él socorro en sus fatigas. Llaman, piden y buscan, y no hallan remedio, y de ahí les viene la queja; mas si no fuesen sordos a la ley santa que Dios nuestro Señor en su Evangelio tiene publicada diciendo (*Mt.*, 7, 2): *Con la misma medida que midiéredes seréis medidos*, verían claro que ellos son los que faltan a sus prójimos, y faltan a Dios en ellos, y por eso les parece que [Él] falta a ellos. Quéjense (11) de sí, que no tienen caridad con su prójimo; que Dios muy mucha tiene; y no es razón, ni quiere hacerla con quien con su prójimo no la hiciere. Y si alguna vez Él da bienes temporales al que es malo contra sus prójimos, ¿qué aprovecha al malo tener otros bienes, si a él se tiene perdido? Mas cosa, como dicen, que le entre en provecho, no le darán sino con condición que él sea el que debe con su prójimo.

8. Conozcámonos, pues, y seamos con otros cuales queremos que con nosotros sean; y pasemos de nos a Dios; del *Sancta* al *Sancta Sanctorum;* y alcemos los ojos al Señor puesto en cruz por nuestra salud, y en Él veremos tantos y más bienes, que en nos vimos males. Y si mirando a nosotros, nos entristecemos considerando nuestros grandes pecados pasados y peligros venideros, mirando a Él nos alegraremos, considerando cuán de verdad y con cuánta sobra pagó lo que debíamos, y nos ganó fuerzas para ser más fuertes que nuestros enemigos. Él nos asegura de nuestros pe-

---

(10) AUDI FILIA, cap. 94.

(11) Así la edición de 1595. Es inexacta la nota de LA LECTURA.

ligros, con condición que nos arrimemos a Él. ¿Qué temerá, Señor, quien te sigue? ¿De qué se espantará quien te ama? ¿Quién podrá empecer (12) a quien te tomare por defendedor? O ¿cómo podrá el demonio llevar a quien está en Ti incorporado? O ¿cómo dejará de amar el Padre Eterno, al que ve estar en su Hijo *como sarmiento en la vid?* O ¿cómo no amará el Hijo al que ve que lo ama a Él? ¿Y cómo desamparará el Espíritu Santo al que es templo suyo?

Mayores bienes tenemos en Cristo, que en nosotros males; más hay por qué esperar mirando a Él, que por qué desconfiar mirando a nosotros. Ni hay otro consuelo ni arrimo para quien de sí está desconsolado, sino mirar a este Jesús en la cruz, al cual puso Dios por remedio de todos los heridos de bocados de serpientes espirituales. Y como en otro tiempo (*Num.*, 13) mandó poner una serpiente de metal, para que todo hombre que mirase en ella fuese sano de la mordedura de las víboras corporales, quien a Él mirare con fe y amor, vive; quien no lo mirare, de verdad morirá.

9. Quien se siente llagado y entristecido, mire aquí, y alegrarse ha, como hacía David cuando dice (*Ps.*, 41. 7): *En mí mismo mi ánima fué conturbada; por tanto, me acordaré de ti, de la tierra de Jordán y Hermón y del monte Pequeño.* Quien a sí se mira y ve tantas abominaciones, túrbase muy de verdad; y no hallando hora bien gastada en toda su vida, ve sus males muchos y grandes, y sus bienes pocos y flacos, ¿qué hará sino turbarse quien delante de Juez tan estrecho tiene mala cuenta? Que acordándose de Cristo, mirando lo que obró en *la tierra de Jordán y monte Pequeño,* y gimiendo sus males, y recibiendo los santos Sacramentos, viviendo en obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, ose esperar como hijo la herencia del cielo. Y también se acuerda de lo que obró el Señor en los montes de *Hermón,* que son muchos, y en el *monte Pequeño,* el cual ahora sea *Oreb,* donde Dios dió la Ley, ahora otro monte, pooc nos va a los cristianos, a los cuales Jesucristo nos abrió el sentido para entender las Escrituras; y aquel las entiende que en ellas entiende a Cristo, el cual está en ellas encerrado como grano en espiga, y como el vino en la uva. Y, por tanto, *el fin de la*

(12) *Empecer.* dañar.

Ley es Cristo (*Rom.*, 10, 4), porque toda ella va a parar a Él. Los montes *de Hermón*—así fuera de tierra de promisión, como en ella—, y el *monte Pequeño*, a un monte significan, que se puede decir con razón *de Hermón*, y *Pequeño*. Este es el monte Calvario, donde nuestra redención fué obrada por el derramamiento de la sangre del Hijo de Dios. Y para que sepamos cuán bien le (13) conviene el nombre, es de saber que *Hermón* quiere decir maldición. Pues ¿qué mejor se puede decir Calvario, que por nombre de *maldición*, pues era el lugar do llevaban a justiciar a los malos, que llama la Escritura *malditos* por ser castigados? Y porque Cristo vió que nosotros estábamos malditos por nuestros pecados, y condenados a maldiciones eternas, quiso por su inmensa caridad tomar Él nuestras maldiciones sobre sí, quiero decir, el castigo de nuestros pecados, para que viniese su bendición sobre nosotros. Y esto dice San Pablo de esta manera (*Gal.*, 3, 13): *Cristo fué hecho por nosotros maldición, para que la bendición viniese sobre las gentes*. Él era bendito, nosotros malditos; trocamos personas, tomó Él el lugar de maldito, que era el tormento de cruz que se debía a nosotros, y tomamos nosotros la amistad de Dios y el ser hijos suyos y herederos del cielo, con otras mil bendiciones que eran de Jesucristo bendito, y en el cual siempre moran. ¡Oh maravilloso trueque, que la vida muera, para que la muerte viva! La bendición es maldita, para que la maldición sea bendita; es herido el sano, para que sane el enfermo; el Hijo como esclavo tratado, y el mal esclavo es adoptado por hijo; tratan cruelmente al que merece misericordia, y cae el buen tratamiento y regalo sobre quien merece el infierno. ¿Qué diremos? Prenden al que no hizo por qué, y sueltan al culpado; paga el justo por los pecadores, y la inocencia es condenada, y el culpado justificado: que escogió Cristo los trabajos nuestros y danos sus (14) descansos. ¿Qué diremos a tal caridad, sino de día y de noche bendecir a este Señor, que tanto a su costa obró nuestra salud y remedio?

10. Este es verdaderamente el monte de *Hermón* y *monte Pequeño*, y tan de verdad, *que fué estimado*, como dice Isaías (53, 2), *por el más bajo de los hom-*

---

(13) *Le;* falta en La Lectura.

(14) *Danos sus descansos;* así la edición de 1595; *de sus*, 1578.

bres. Por lo cual el mismo Señor dice (*Ps*., 21): *Gusano soy, y no hombre; deshonra de hombres y abatimiento del pueblo*. ¡Oh honra de hombres y ángeles!, y ¿cómo eres *deshonra de hombres?* Ensalzamiento del pueblo del cielo y del suelo, ¿quién te hizo *abatimiento del pueblo*, sino tu gran caridad, que por honrarnos sufriste tantas deshonras? Que como dicen a uno muy inhabilitado que deshonra a su linaje, así decían de Ti que deshonrabas al linaje humano. ¡Bendito seas sin fin, que toda la honra que todo el linaje de los hombres tiene, es de Ti y por Ti! La cual le diste juntándote con ellos, haciéndote hombre, y muriendo por el hombre; y ensálzaslos (15) tanto, a ser iguales a ángeles y aun a serafines, si quieren serlo, y que de hijos del pecador Adán, sean hechos hijos de Dios y herederos del Padre, juntamente herederos contigo y hermanos tuyos; ¡y eres, Señor, llamado *deshonra y abatimiento del pueblo!* ¡Abatístete, Señor, para ensalzarnos; y abatístete más que todos los hombres juntos, para que fuésemos ensalzados sobre los ángeles. ¿Qué te daremos, Señor, por tantas mercedes, sino conocer entrañablemente que por Ti tenemos y valemos y somos agradables a Dios, y darte gracias y alabanzas porque un tal como Tú por unos tales como nosotros te ofreciste a padecer tantos trabajos? Apocástete en el *monte Pequeño*, para ensalzarnos en el monte grande; moriste en el monte, para que viviésemos en el monte del cielo. Y por la maldición que allí cayó sobre Ti, nos ganaste y darás aquella bienaventurada bendición tuya (*Mt*., 25): *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado*. A Ti, Señor, maldijeron, y Tú nos has de bendecir; Tú ser muerto, por darnos vida; tu trabajo nos ha de dar descanso. Pues que fuiste juzgado, es razón que seas Juez.

11. Alegrémonos, pues, muy ilustre señor, que quien tanto nos ama ha de ser nuestro Juez; y seguramente iremos a juicio, siendo el Juez nuestra carne y sangre. Si no sabemos lo que habemos de hacer para agradar a Dios, miremos a Cristo, y Él nos enseñará en la cruz, la mansedumbre, que aun con los males no maldice a quien le maldice; no se venga, aunque puede

---

(15) *Ensálzaslos;* las ediciones que hemos consultado traen *ensalzarlos*, pero parece errata.

de quien mal le hace; desprecia la honra, la riqueza, el regalo; y, por obedecer la voluntad del Padre, se pone a riesgo de cruz. Quien no sabe ciencia, venga a oír este Maestro sentado en su cátedra. Quien quiere oír buen sermón, oiga a Cristo en el púlpito de la cruz, y será libre de errores, porque *la Verdad,* que es Él, *lo librará.* Y si somos mudables y flacos en el obrar, *miremos al Autor de nuestra fe* (*Hebr.*, 12, 2) cuán clavado está en la cruz de pies y manos, y tan sin se mover, para hacernos a nosotros por su gracia firmes en el bien y perseverantes.

Quien a Cristo va a que le cure del mal de la mudanza, darle ha Él una firmeza como a Ana, madre de Samuel, de la cual se dice (1 *Reg.*, 1) que *su rostro no se mudó más en cosas diversas.* Quien en Cristo está, no se anda acá ni acullá, mas está firme en el bien, según dice la Escritura (*Eccli.*, 27, 12), que está *firme como el sol,* cuya luz no se mengua. Porque quien en Cristo está, participa de Cristo; y así como Cristo es justo, así él es justo, aunque no tanto; Cristo firme, él también. Porque así como en un cuerpo no hay más de un espíritu, que se derrama por todos los miembros, y todos viven una vida humana, y no una vida de hombre y otra vida de león o de otro animal, así todos los que están en Cristo viven del espíritu de Cristo, como el sarmiento de la vid y los miembros de la cabeza. Y quien este espíritu tiene, es semejable a Cristo, y de las condiciones de Cristo aunque, como he dicho, no en tanto grado como Cristo. Y quien no tiene espíritu de Cristo, oiga a San Pablo, que dice (*Rom.*, 8, 9): *Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, éste no es de Cristo.*

12. Mírese, pues, y remírese el hombre si tiene dentro de sí conformidad con Cristo; y así, ligero le será guardar las palabras de Cristo, pues tiene dentro su condición. Y si no, váyase a Cristo y pídale su espíritu, con el cual sea hecho firme, como le pedía David (*Ps.*, 50, 11): *Con el espíritu principal confírmame.* Porque poco me aprovechará haber venido Cristo al mundo, si no ha venido a mi corazón. Cristo trajo consigo bondad, paz, gozo en el Espíritu Santo, con otros muchos bienes; si yo vivo en maldad, guerra, y tristeza y malos deleites, no mora Cristo en mi ánima, y tanto será para mí, como no haber venido al mundo, salvo para mi mal, porque seré más castigado por no haber querido recibir la salud que tan de buena gana

me ofrecían. Cristo por todos murió, y a todos quiere recibir; vamos a Él, siquiera por darle placer, y no dejemos que tantos trabajos y tan preciosos vayan sin fruto. El precio de ellos nuestras ánimas son, si las llevamos a Cristo. Derribémonos a sus pies, condenando nuestras maldades y mala vida pasada, desconfiando de nuestro poder y saber y valer; y perseverando en pedir, buscar y llamar henchirnos ha de fuerzas para obrar, y de saber para acertar, y de perseverancia para no faltar, según está escrito (*Isai.*, 40, 31): *Los que confían en el Señor mudarán la fortaleza; tomarán alas como águilas, volarán, y no faltarán.* Y pues en Cristo hay más bienes que en nosotros males, vamos a Él, conociéndole por nuestro remedio, porque así no desesperemos por nuestros males, mas nos gocemos en sus muchos bienes.

13. Esto me parece, muy ilustre señor, que bastaba para comienzo de una persona que se quiere llegar a Dios. Mas porque en V. S. hay dos personas, tiene necesidad de dos reglas. En cuanto es persona particular, basta lo dicho. *En cuanto es persona que tiene cargo de tantos,* es necesario que más y más mire por sí. Porque muchos hay que, cuanto toca a su conciencia particularmente, son buenos; y faltan en ser buenos señores, porque lo segundo es más dificultoso y obra como de persona acabada; y fúndase sobre la primera bondad, y pasa más adelante. Quien para sí mismo no es justo, no lo será para cuanto toca a los otros; mas no basta ser justo para cuanto toca a su sola persona quien tiene cargo de otros. Bueno era Helí en cuanto a su persona; mas no era bueno en cuanto a sus hijos, pues los dejó de castigar, y fué él gravemente castigado de Dios. De manera, que bondad doblada han menester los señores, pues tienen la persona doblada.

14. En cuanto a esto segundo, que es ser persona de todos, parece que otro espejo no hay mejor en que el señor de otros se mire, que es en el Señor de hombres y ángeles, cuya persona representa. El que en lugar de otro está, razón es que tenga las condiciones de aquel cuyo lugar tiene. El señor de vasallos, lugarteniente es de Dios, el cual ordena que haya en la tierra buenos que rijan y manden, y otros que obedezcan. *Y quien a éstos resiste,* dice San Pablo (*Rom.*, 13, 2), a *la ordenación de Dios resiste,* el cual dejó todas las cosas debajo de orden. Pues mire el hombre

qué es el oficio de Dios para con el hombre, y sabrá ser él señor para con sus hombres.

15. Dios castiga a quien yerra, sin aceptar persona alguna, y tan de verdad, que ninguno tiene Él tan privado, que si hace por qué, no se lo pague muy bien pagado; y aun *a su propio Hijo no perdonó* (*Rom.*, 8, 32), no debiendo cosa alguna, más porque se obligó a pagar pecados ajenos. Muy lejos está, por cierto, de aceptar personas quien a su Hijo unigénito, y tal Hijo, y tan amado, castiga, y tan recio, y por pecados ajenos. Ninguna cosa ha de inclinar al que rige para dejar de hacer lo que debe; mas estar derecho como la lengua (16) del peso, que ni acá ni acullá se acuesta (17), para que lleve cada uno lo suyo. Toda la república iría perdida y errada, si las cosas públicas se torciesen por afecciones particulares; y en aquel punto una persona deja de ser pública, cuando se acuesta a la particular. Y pues que el propio provecho no ha de torcer al que rige, cuánto menos por el ajeno, pues a ninguno debe tanto como a sí. Cristo, dechado es de todos, no sólo cuanto toca a la conciencia particular, mas aun cuanto toca a ser persona pública; porque Él fué Rey y es, aunque no a la hechura de este mundo. Mas estando en la silla de la cruz dijo a su Madre (*Jn.*, 19, 26): *Mujer, ves* (18) *ahí tu hijo;* para dar a entender que quien está en silla de persona pública ha de renunciar todo particular amor, aunque de su propia madre sea. Y este ejemplo nos dió Él cuando algunas veces respondía ásperamente a su Madre bendita, para decirnos cuánto nos debemos guardar de nuestras particulares afecciones, aunque otros se enojen, y nosotros suframos alguna pena, antes que siguiéndolas descontentar a Dios.

No hay cosa en que tanto los señores deban mirar para estar bien con Dios y con los hombres, cuanto —de verdad, y delante de Dios, y que salga de corazón—estar siempre en el fiel sin acostar acá ni acullá; y esto hará ligeramente el señor que pensare que no es sino ministro de Dios, y como un mero ejecutor, que no puede hacer más de la comisión que le dieron. No para hacer ni deshacer pone Dios a los señores, mas para ejecutar las leyes de Dios y de su

(16) *La lengua:* el fiel.
(17) *Se acuesta:* se inclina.
(18) *Ves;* así la edición de 1595.

santa voluntad. Y si se dicen *señores*, son debajo de universal Señor, en cuya comparación son tan vasallos como sus vasallos, y tienen (19) tan limitado el poder como ellos, cuanto toca a torcer de lo que debe hacer. Aquel será, pues, más favorecido y querido, que más justicia tuviere; y más castigado, quien más lo mereciere. Y en esto parecerá el señor al verdadero Señor, que *sin aceptar personas* (*Sap.*, 6, 8) da a cada uno según sus obras; y algunas veces castiga más a los más privados, porque era razón que menos le ofendiesen, y porque no piensen que, por ser amados, han de tomar ocasión de hacer lo que quisieren y lo que no es razón. Tanto debe durar la amistad cuanto la bondad, y la enemistad cuanto la maldad; porque de otra manera, *¡ay de los que dicen al bien mal, y al mal bien!* (*Is.*, 5, 20.)

16. Debe también V. S. mirar cómo le puso Dios en (20) ojos de muchos, que aquello (21) tienen por regla lo que ven a él hacer. Haga cuenta que está puesto en alto, y que su (22) habla y vestidos son de todos mirados, y de los más son seguidos. Si un traje se trae en palacio, si una habla se usa, aquello procuran todos de usar. Y si se usase entre señores *a quien les da una bofetada parar el otro carrillo* (*Mt.*, 5, 39), y aborrecer los pecados, y tener por grandeza el obedecer las leyes de Cristo, sin duda los bajos tendrían por honra hacer lo que ven hacer a los altos. Y, por tanto, creo que de las más ánimas que se pierden son causa Prelados de Iglesia y Señores del mundo. Mírese V. S. con cien ojos en cuanto persona particular, y con cien mil por ser persona a la cual miran muchos y se han de ir tras de ella; y tenga su persona y casa tan concertada como la Ley de Cristo quiere, porque quien quisiere imitarla, imite a Cristo, y no halle (23) cosa en que tropezar. El pueblo, sin falta, es como mona. Miren los mayores lo que hacen, que aquello ha de ser seguido, o para la salvación de

---

(19) *Tienen;* así la edición de 1595; la de 1578, *tiene.*

(20) *En;* así la edición de 1595; la de 1578, *con,* a quien sigue La Lectura.

(21) *Aquello;* las ediciones consultadas, *aquellos.*

(22) *Su;* así la edición de 1595.

(23) *Y no halle;* así la edición de 1595; la de 1578, *y que no halle.*

ellos, si buen ejemplo dan, o para su condenación, si malo. Y esto sólo debería bastar para que los señores viviesen como unos santos, aunque les fuese trabajo, mirando cómo el Hijo de Dios, Señor nuestro, no quiso ser rey, sino con sus trabajos dar descanso a sus súbditos, y huyó de prosperidades y honras, por no dar ocasión de pecar a los suyos, los cuales pensarían que pues Él las seguía, ellos las debían buscar. Todo es barato por hacer que Dios sea servido.

Y sea la final conclusión, que cuanto uno más mirare e imitare a Jesucristo, tanto será mejor hombre y mejor señor, porque en Él comencemos y acabemos.

13.—A UN SEÑOR DE ESTOS REINOS.

Cómo se ha de aprovechar de la Cuaresma para sentir en la Semana Santa lo que nuestro Señor padeció. Trátase de la gravedad del pecado y del remedio de la penitencia.

MUY ILUSTRE SEÑOR:

1. Vuestra señoría sea venido enhorabuena a su casa, que así lo creo yo que será; porque lo menos bien del propio rincón, es más bien que lo mejor de la corte. No quisiera que tiempo tan santo como entre manos tenemos se celebrara donde tan mal se podía celebrar. Y por eso nuestro Señor le trajo a su reposo, para que con él piense despacio los grandes misterios que en estos días acaecieron. Límpiese V. S., para con limpio corazón comer del Cordero, no ya en figura, mas en verdad; no ya temporal, mas eterno; no hijo de oveja, mas Hijo de Dios en el cielo, y de Virgen en la tierra. Razón es que este Cordero, aunque es dulce, *se coma con lechugas amargas* (*Ex.*, 12, 8); porque nuestra es la culpa del sinsabor que tenemos, que no de Él. Nosotros hicimos cosas para que sea menester arrepentir y llorar; que Dios todo es dulce, y fuente de agua muy sabrosa. Mas ya que no tuvimos seso para mirar que no nos ha hecho Dios obras para la enojar, tengámoslo para tener enojo nosotros de lo que dimos a Él.

¡Oh, Señor, y qué amarga cosa es haber pecado, y cuán presto se hace llaga en el ánima, y cuánto tarda en ella el arrepentimiento! ¡Cuántas lágrimas hace derramar! ¡Cuánto quebrantamiento del cora-

zón! ¡Cuán terribles tormentos, viendo que el ofendido es omnipotente para castigar, y que todo se hace delante de sus ojos para no ignorar cosa, y que aborrece tanto el pecado, que ninguna amistad hay tan firme con Dios, que si el pecado entra en medio, no basta a la deshacer! Gran dolor es, señor, haber pecado, y espina es que nunca sale mientras en esta vida un hombre viviere. Porque si no sabe que le está perdonado, ¿qué lugar tendrá el corazón de alegría, que sabe estar sentenciado para el infierno por los pecados que ha hecho, y no sabe estarle revocada la sentencia? ¿Cómo se alegrará quien no sabe si la misericordia que ha pedido se le ha concedido, por falta de él, no sabiendo pedir como Dios quiere, y no por falta de Dios, que a los que verdaderamente se convierten a Él muy de verdad los perdona? En pecando Adán y Eva, luego *se escondieron,* y temieron la voz de Dios. Y en pecando un hombre, luego viene en temor, que quiera o no.

2. Y si alguna vez quiere la bondad de Dios quitar este temor, y con secretas inspiraciones y con caricias alegrar al hombre, dándole a entender por algunas señales que está perdonado, diciéndole (*Lc.*, 7, 48): *Tus pecados te son perdonados, vete en paz,* que es lo que [David] más deseaba, diciendo (*Ps.*, 50, 10): *A mi oído dará[s] gozo y alegría, y gozarse han los huesos humillados,* quitarse ha entonces el temor, mas no el dolor. Y no sólo no se quita, mas acreciéntase; porque viendo la bondad del Señor que con él usa en le perdonar, mereciendo castigo eterno, enciéndese todo en amor el que tanto conoce deber. Y de este mayor amor nace mayor dolor; porque así como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y crece con él y descrece con él; porque viéndose uno más amado, más ama; y mientras más ama, más le desplace hacer ofendido a quien ama. De ahí es que aunque sepamos ser perdonados, no debemos dejar de tener dolor, si del todo no queremos ser tan muertos al amor que Dios nos tiene, que con ninguna cosa le respondamos.

Comamos, pues, señor, *lechugas amargas* ahora, para que en la semana del Cordero por nos amargado, podamos tomar parte de sus amarguras, y recibiéndole en nuestras entrañas, sentir alguna cosica de sus dolores. Porque quien no llora sus propias amarguras que a Dios dió pecando, ¿cómo llorará las que los

otros le dieron cuando le crucificaron? Y por eso la santa Iglesia nos da esta Cuaresma de término para deshacer con penitencia los malos tratos que entre año hemos hecho, llorando de lo que nos reímos, contradiciendo lo que abrazamos, pareciéndonos mal lo que antes nos agradó, para que así, quitados los pecados de en medio, vengamos a tomar parte de las penas que nuestro Señor pasó, lo cual es de amigos y no de enemigos.

3 Y si V. S. pregunta, ¿qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados?, dígole yo que lo principal sea que por lo que él hizo, mataron a su Padre, que es Cristo. No sé yo qué hijo habría, que por una cosa que hubiese hecho viniese tanto mal a su padre, que le quitasen la hacienda y casa y la ropa, dejándole desnudo en camisa, después le deshonrasen, difamasen con extremo abatimiento, y no parase en esto el negocio, mas le azotasen y atormentasen, y después matasen, y todo esto por lo que el hijo hizo; no sería el hijo tan malo, por malo que fuese, que no le penase en el corazón lo que había hecho, pues pudiera ligeramente excusar donde tanto mal le vino a su padre. Dígame, señor, ¿quién empobreció a Cristo? ¿quién lo cansó? ¿quién lo deshonró? ¿quién lo azotó? ¿quién lo corrió y crucificó? ¿Por ventura hízolo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres; yo le deshonré por ensalzarme malamente; los deleites que yo en mi cuerpo tomé le pararon tal a Él su cuerpo atado a una dura columna; y porque yo quise vivir vida mala, perdió Él su vida buena. Pues ¿cómo tendremos alegría, habiéndose hecho tan mala obra a quien tantas buenas nos hizo? ¿Por qué toda criatura no había de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede echar, señor, más carga ni mayor, sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimarnos en poco, como saber que fuimos causa de la muerte de nuestro Señor. ¡Oh quién lo supiera antes que hubiera pecado, para morir antes que pecar! Pensábase el hijuelo que no hacía nada en lo que hacía; después vino a pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el pecado hacía ¿Cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos? ¿Y cómo

este Padre nos quiere mirar y no nos aborrece, deshonradores de Él y verdaderos patricidas, y que merecen no cualesquier tormentos, mas muy crueles?

4. ¡Oh divinal bondad, y hasta dónde llegas! Espantámonos que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacía. Yo digo que no sólo con aquéllos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquéllos. Porque si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos: y aquellos pocos y todos te debemos aquella oración, y quizá algunos más que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote. Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y a todos conviene lo que dices (*Lc.*, 23, 34) *que no saben lo que hacen.* ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro habían de costar a tu Real Majestad, no reventara antes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona. Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos; y ahora que nos lo has declarado, enseñándonos en tu santa Iglesia que por pecados moriste, y que lo que burlando yo hice, tú lo pagas tan de veras, ¿qué será si a sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa? No es razón, señor, que queramos bien a quien a nuestro Padre mató; y pues los pecados le mataron, aborrecerlos tenemos, si te amamos a Ti.

5. David dice (*Ps.*, 96, 10): *Los que amáis al Señor, aborreced la maldad;* y tiene razón, porque pecado y Dios, bandos son contrarios, que es imposible contentar a entrambos. Escoja el hombre de cuál quiere ser: que es imposible al hombre ser de entrambos, porque cualquiera de ellos quiere servidores leales y que mueran por ellos. ¿Qué escogeremos, señor? *¿El cieno de los aljibes rotos, o la vena de las aguas vivas?* (*Hier.*, 2, 13). Señor, ¿qué escogeremos? ¿ser malos con el mundo, o buenos con Dios? ¿Qué escogeremos? ¿de buscar privanzas de criaturas, o de Criador? ¿Qué, en fin? ¿arder con los demonios en el infierno, o reinar con Dios en el cielo? *¡Oh hijos de Adán! ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado?* (*Ps.*, 4, 3). Y convidándonos con la verdad que para siempre ha de durar, y hace durar a los de su bando, ¿queréis seguir la vanidad, que hace parar en nada a los de su bando? ¿Hasta cuándo cosquearéis (1) a una parte y

(1) *Cosquear:* cojear.

a otra, ya siendo de un bando, ya siendo de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios; porque Él sólo basta a hacer dichosos a los que le sirven.

6. Ya Cristo ha muerto al pecado: ¿por qué seguís bando de muerto, y queréis dar vida a vuestro capital enemigo? No améis al pecado, y no vivirá; mas trabajad de lo deshacer con dolor y penitencia para que se deshaga el que hicisteis amándolo. Sacadlo afuera para que sea juzgado y reprendido y condenado, lo cual se hace cuando lo confesamos; y de ahí adelante tenedlo por capital enemigo, trabajando por le contradecir, estorbándolo doquiera que pudiéredes, que no ose parecer delante vosotros. Porque el amador de Dios, si tiene entrañable aborrecimiento al pecado, trabaja por lo alanzar de sí y de los otros, deseando que la honra de Dios vaya siempre delante, y que en todos reinase Él, pues a todos crió y por todos murió.

Esto, muy ilustre señor, he acordado (2) a V. S. para cumplir con la fidelidad que le debo, y por eso le aviso se guarde de este traidor enemigo de Dios; haciéndole saber que si con Dios quiere privar, otro medio ni remedio no hay, sino hacerse muy entrañable enemigo de todo pecado.

7. Y porque este aborrecimiento es dádiva de nuestro Señor, hásele de pedir muy de corazón y con mucha humildad y fe; y hase de buscar con buenas obras, y ayunando y rezando, y dando limosnas, y satisfaciendo lo que debemos, porque quitemos los estorbos al Espíritu Santo; mirando por la justicia de sus vasallos, sin inclinarse a una parte ni a otra; mas así como es lugarteniente de Dios para con ellos, así sea semejable a Dios en el tratamiento, en aparejarse a sufrir más que a ser sufrido, y no torcer por pasión alguna, como Dios no tuerce. Que razón es que quien está en la silla de uno sea semejable a él; y pues en la honra tiene lugar de nuestro Señor, téngalo en la carga, téngalo en el celo del bien común. Ninguno hay[a], por chico que sea, que no sienta provecho y consuelo de tener tal señor, como ninguno hay en el mundo que no sienta provecho de Dios. Es el señor con el pueblo como el ánima con el cuerpo; halo de consolar, avivar, calentar, sustentar y entrañablemente amar, y sentir mucho lo que al pueblo acaece, como

(2) *Acordado:* recordado.

siente el ánima lo que al cuerpo se hace; para que siendo semejable al Señor Jesucristo, que buscó el bien de los suyos, aunque con trabajo y pérdida propia, vaya a reinar con Él para siempre adonde dé por bien empleados los trabajos que acá hubiere pasado.

14.—A D. Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, Conde de Feria (1).

Consolándole en su enfermedad, y enseñándole cómo es merced de Dios y lo que el Señor quiere decir en la enfermedad.

1. Sabido he que está V. S. mal dispuesto, y no sé si me pene o si me goce, porque me parece haber causa para lo uno y para lo otro. Si a su cuerpo miro, compasión le tengo, porque es grave género de padecer el estar enfermo; si a su ánima, no puedo sino gozarme, porque confío de nuestro Señor que esta corporal molestia es para mucho bien de ella. Resta, que por una parte me pena su pena. y por otra me alegro de su ganancia; y cuanto más vale ánima que cuerpo, tanto es mayor el gozo de su bien que la pena de la enfermedad del cuerpo.

Trabájese V. S. de entender a Dios, cuyas obras son palabras; porque la Escritura dice (*Prov.*, 14, 35) que *es acepto a su señor el siervo que entiende;* y la experiencia declara que cosa es molesta al señor la torpeza del criado que entiende uno por otro, cuanto más si entiende lo contrario de lo que le dicen. Jesucristo quiere salvar esa su ánima muy de verdad. Y esto no es mucho que se crea, pues que las llagas y muerte que por ella pasó dicen a voces que la ama. Y «no ama y desampara», sino quiere hacer mucho bien a quien ama; porque su amor cosa fecunda es, y no estéril. Y queriéndola salvar, le solicita por muchas maneras esta salvación; muchas de las cuales serán a vuestra señoría notas (2), pues sabe las inspiraciones, las ocasiones que para su bien Dios le ha procurado; y otras no entenderá, por ser encubiertas o por no mirar él en ellas. Y ¡es posible que todavía V. S. se haga sordo, y sea la dureza tal, que con tanta blan-

(1) Así lo indica la edición de La Lectura, pág. 217.
(2) *Notas:* conocidas.

dura no se ablande, y que haya hecho olvidar los buenos propósitos que Cristo le ha dado!

2. Y como, según la palabra del Apóstol (*Ephes.*, 2, 14), *Dios sea rico en misericordia*, añade Él bondad y mercedes, aunque hayamos destrozado las que nos ha hecho; y pónenos (3) casa y caudal de nuevo, aunque jugamos y perdimos lo que primero nos dió; y inmenso es Dios, y de su propia naturaleza dadivoso, *sufridor y de mucha misericordia* (*Ps.*, 144, 8), y nunca el hacer bien le pudo ahitar. Muy grande es la sed que tiene de nuestro bien (porque es Él bueno), mayor mucho que la que el más codicioso hombre pudo tener de su bien e interés propio. Y por esto torna (4) de nuevo a acordar a V. S. lo que muchas veces le ha dicho, que le quiera tomar por padre, y Él le tomará por hijo; que quiere tratar con él, y que Él se holgará de ello; y que todo el provecho será de vuestra señoría; porque Dios no quiere más, de gozarse de nuestro bien, porque nos ama. Y porque hay algunos hombres pesados para ir a Dios a gozar de Él; y Él en todo caso quiere que vayan tras de Él por diversos medios, hasta que los cansa y experimenten que fuera de Él no hay sino angustias, desmayos y perdición; dales amarguras muy vivas, que con ningún dinero estado, favor ni medio se pueden quitar, para que probando lo amargo de todo lo criado y la falta y poquedad de ello, resurtan de ello, y vayan a gozar del Señor, que es todo suave; como el niño herido corre a los pechos de su madre, y cuando no lo era andaba lejos de ella, y quizá con peligro.

Tenga V. S. por cierto que esto que le envía es mensaje de amor y de paz, aunque parece cruel guerra y azote, y que, como a pez grande, le trae río abajo y río arriba hasta cansarle, no por cansarle, que su padre es, y no se deleita con verle padecer, sino para que viéndose cansado, se vaya a Jesucristo a descansar, y sea de Él recibido con brazos abiertos; y entonces dirá Cristo: «Porque gozases de este abracito (5) te envié aquel azote; y por sanarte en lo más, te herí en lo que es menos; y por medio de lo que parece ira te he hecho participante en mi misericordia.»

---

(3) *Ponenos;* la edición de 1578, *ponemos.*
(4) *Torna;* LA LECTURA, *tornar.*
(5) *Abracijo:* abrazo.

3. Este es el fin de la vara del castigo de Dios; y mirando este fin tan rico y suave, suframos lo amargo del medio; que Esther (5, 2) besó el cabo de la vara que el rey Asuero tenía en la mano. Agradezca V. S. a Jesucristo Nuestro Señor este trabajo, y sepa aprovecharse de él, mirando lo que la Escritura (*Eccli.*, 38, 9) dice: *Hijo, no te desmayes ni desprecies en tu enfermedad; mas ora al Señor, y curarte ha* Ya sabe que dicen: «Si no sabes orar, entra en la mar.» Porque somos tales, que si no es en el tiempo de los trabajos, no oramos atentamente al Señor: Y llamo orar al gemido que sale del corazón por las ofensas de nuestra vida pasada, y el firme propósito de renovar nuestra vida. Esto se hace más fácilmente en la enfermedad que en la salud; porque viéndonos en peligro de vida, esnos ayuda para tener en poco la vida, y para enmendar la que nos queda. Y pues Cristo con amor le visita, V. S. con amor le salga al camino, y le ofrezca de buen corazón los trabajos de la enfermedad; los cuales Él recibirá como un muy precioso don, así por ser cosa que mucho duele como por ser ofrecidos con humilde obediencia. Y cuanto más padeciere su cuerpo, tanto más se goce su ánima; porque tanto queda ella más rica, cuanto el cuerpo afligido. El mal del cuerpo se pasará, el bien del ánima no.

4. Esfuércese ahora V. S. un poco, y haga cuenta que entra en guerra; que aun Séneca dijo que el varón fuerte también tiene en qué ejercitar su fortaleza en la cama, padeciendo enfermedades, como en el campo ejercitando la guerra. Porque la principal parte de la fortaleza, es sufrir más que acometer; y la Escritura dice (*Prov.*, 16, 32): *que es mejor el varón paciente que el fuerte.* Y pues V. S. es amigo de sonido de atambor y de guerra (6), ejercite ahora su deseo en pelear contra unas tercianas; pelee contra la poca gana del comer, y coma sin gana cuando es menester; otro tiro, no comiendo lo que le daña, aunque lo haya gana; y otros mil ardides hay, que vues-

---

(6) El conde de Feria gallardamente se lanzó al asalto de la plaza de Durán, al frente de los españoles (24 de agosto de 1543). «Veíase en el Conde la sangre que tenía del Gran Capitán su abuelo». (Sandoval: *Historia de Carlos V*, XXV, 37.)

tra señoría bien entenderá. Y piense que se saca de esta pelea mayor honra y riqueza que de otro cualquier vencimiento. La joya de aquello es una ciudad o reino o reinos; mas en fin, son de tierra y polvo: la de acá es el perdón de los pecados, los cuales por la penitencia perdona Dios; es el tener domada la carne, que es un muy peligroso enemigo cuando está fuerte; es la amistad de Cristo, el cual particularmente ama a los trabajados, porque Él lo fué, y ve en ellos imagen de Él; es, en fin, la joya Dios, el cual se da a trueco de trabajos. Y por eso se debe vuestra señoría animar a salir victorioso de aquesta pelea; y cuando flaco se viere, mire a Jesucristo sudando y angustiado en la suya; y viendo a su Rey tan fatigado haya vergüenza el caballero de tornar atrás, por más trabajos que vengan; y pida esfuerzo al mismo Cristo, que si Él no esfuerza, no hay fuerza; y, según fué dicho a un rey por boca de un Profeta (2 *Paral.*, 25, 8): *Si piensas que la victoria consiste en fuerzas humanas, hará el Señor que seas de tus enemigos vencido; porque de Dios es dar victoria, y de Dios es hacer huir.*

5. Pida V. S. la medicina al que envió la herida: que para sanar hirió, no para herir; llámele, que cierto le oirá, y muy mejor que cuando estaba sano. Use el sacramento de la Confesión y Comunión, con que tenga fuerzas para llevar su trabajo; haga dar largas limosnas, porque su mal sea alivio de males ajenos; y pida que ofrezcan al Padre Eterno su Hijo en sacrificio en el altar, para que su misericordia esfuerce la flaqueza de V. S. y le perdone lo errado, le enmiende lo que va tuerto, consuele lo que está triste, descargue lo que da pesadumbre, asegure lo que le da temor; y cuando su santa voluntad sea, le levante de esa cama sano del cuerpo y del ánima, y con tanta gracia, que le sea un leal servidor, y por tal reine en el cielo con Él.

Larga carta es ésta para enfermo; mándela vuestra señoría leer a pedazos, cuando la terciana diere lugar; y sea Jesucristo su salud Amén.

15.—A UN SEÑOR DE ESTOS REINOS.

Animándole a que se dé a buscar sobre todo la gracia del Señor, porque en Él están todas las cosas.

Pues que la vida cristiana hace poco caso del cuerpo, y su principal trato es en el espíritu, no es mucho que sin haber visto a V. S. sea muy dado a su servicio, con desearle mucha gracia delante los ojos de Dios, y con suplicarlo al mismo Señor en mis oraciones y sacrificios, y con muy verdadero corazón para en todo lo que más pudiese ayudar a V. S., para que gane esta corona en el cielo prometida. Porque a mi ver, el cristiano, o no tiene más de un negocio, o éste es el principal, conviene a saber, hallar gracia delante de Dios; pues tenerlo contento es la mayor de las buenas dichas que nos pueden venir. Porque sin esto, ¿qué es todo, sino pesadumbre y pobreza? Y teniendo este negocio bien hecho, no hay cosa que dañe; pues teniendo a Dios, no se debe nadie tener en menos, aunque todos los trabajos vengan sobre él. Y creo que una de las causas por que muchos se quedan sin tener a este Señor, y se contentan con las poquedades del mundo, es por no conocer el valor de Él, o por no conocer la gana que tiene de darse; porque quien en un bien solo halla juntos todos los bienes, y que le están rogando con él, más querría tener aquél, que andarse cansando y mendigando de las criaturas, de cada una alguna parte, y después de muchos trabajos, quedarse tan vacío como si ninguna cosa hubiera alcanzado.

Denos Cristo su luz para que alcemos a Él nuestros ojos, y nos parezca tan digno de ser querido, que sin miedo ninguno demos por le haber cuanto por Él nos pidiere; porque quien por Dios quiere dar algo, y algo no, bajamente siente de Él; y por esto merece quedarse sin Él, pues tan mal responde al precio con que Dios nos apreció, cuando todo se dió en la cruz por nuestro amor. Mucho se ha de dar por el que es mucho; mucho se ha de estimar la gloria de todo lo criado; y cuanto más nos doliere lo que nos pide por Sí, tanto más alegrarnos, por tener en qué honrarlo, y enseñarle el amor.

Y si esto está bien a todos, ¿cuánto mejor a las personas de estado, a las cuales el Señor dió más apa-

rejo para le servir, y les dotó de mayores mercedes? Yo he dado gracias a nuestro Señor por la buena parte que del servicio de Dios a V. S. cabe; a su misericordia plega darle cada día mayor y mayor gracia, para que vaya ganando más gloria delante de Dios, y dándole perseverancia en su amor, pues al que persevera está prometida aquella celestial corona.

16.—A UN SEÑOR DE TÍTULO.

Animándole a confiar de Dios, y enseñándole cómo ha de vivir para alcanzar esta alegre confianza.

1. Ayer supe que V. S. había escrito, y que andaba con sus acostumbrados achaques cerca de su salud. Es cierto que aunque la compasión no se pueda negar a los males corporales de V. S., que es más mi placer cuando oigo que anda así, que no mi pena. Tengo a nuestro Señor por Padre muy verdadero, y por Médico muy cuidadoso para el bien de vuestra señoría; y miro estas cosas como particulares remedios que de su providencia vienen, para que la soltura del corazón de V. S. se restrinja debajo la santa Ley, y entienda más en aparejarse para morir que no en vivir largos días o vanos días.

2. Y así como esto es grande merced suya, mirar más a nuestro eterno provecho que a nuestro breve pasatiempo, así será grande nuestra locura si no aceptamos esta gracia, y nos aprovechamos de tales remedios. Temer debemos no se diga de nosotros (*Jerem.*, 51, 9): *que curaron a Babilonia, y no sanó, y por eso la dejaron*; y en todo caso conviene tener los ojos puestos en lo que más nos va, que es lo del ánima.

Y si las temporales ocupaciones de la vida, casamiento y estado no dan lugar a que con entrambos ojos y corazón muy entero miremos esto, a lo menos lo miremos con el ojo derecho, y lo estimemos por lo principal en nuestro corazón, y en lo del ánima entendamos con amor, en estotras cosas por más no poder; y entonces conozcamos las cosas que menos son, cuando no contradijeren a las que más son, ni nos apartaren de ell[a]s. Y si no puede V. S. amar a sólo Dios, sin que ame algunas cosillas otras con Él, a lo menos ámele más que a todas las cosas, y caigan debajo los pies cuando quisieren levantarse a ser pre-

ciadas más que un mandamiento de Dios. Ya que no puede tener la limpieza de la conciencia que Él querría, tenga aquella que es necesaria, sin la cual ninguno puede ser llamado hijo adoptivo de Dios, ni ver su faz.

3. *Campo* hay donde la gente común oye al Señor (*Lc.*, 6, 17), y *monte* donde los más fuertes suben a le oir (*Mt.* 5, 1); y he visto algunos dejar de ser medianamente buenos porque no son perfectamente tales. ¿Qué mayor locura que ésta, meterme en el infierno porque no me hicieron de los mayores santos del cielo? ¿Qué mayor desatino que, porque no ando sin tropezar alguna vez, darme tanto desagrado de mi mal andar, que por aquello me quedo caído o me corto los pies? *Hijo*—dice la Escritura (*Eccli.*, 38, 9)—*en tu flaqueza no te desprecies; mas ora al Señor y curarte ha.* De alabar es en el flaco que se mida y se estime conforme a su poquedad; mas muy de reprender que se desmaye y dé con todo en el suelo porque [no] se ve sano; porque de aquesta manera viene a caer en mayor enfermedad, aborreciendo la misma enfermedad.

4. Digo esto porque deseo que tuviese V. S. asiento cierto en su ánima y una concertada vida, de manera que pueda con ella esperar de la bondad de nuestro Señor que está en su amistad y que tiene parte en su reino; y que sea muy cuidadoso y porfiado en guardar esta tal vida, y tener en pie el alegría del corazón, que de la guarda de los mandamientos de Dios nace. Y aunque las malas disposiciones del ánima suelen dar pena, aunque no sean males de muerte, como se ve en las del cuerpo, no se ha de dar tanto lugar a esta pena, que derribe mucho el corazón, más irle a la mano diciendo: «Bendito sea Dios, por cuya misericordia estoy vivo, aunque enfermo.» Y el placer de vivir delante los ojos de Dios, temple la pena de la poca salud; y téngase por muy dichoso en tener esperanza de ser salvo, aunque pasando primero por fuego.

5. Mucho querría ver a V. S. alegre y consolado en la gracia de Jesucristo, y el corazón persuadido que por Él ha de ser salvo, mediante la guarda de su santa Ley; y que llevase unos pasos ciertos y sosegados, una cuenta clara y de buena esperanza, con que tuviese conjetura que le ha de decir el Señor (*Mt.*, 25, 21): *Gózate, siervo bueno y fiel;* y que en todo caso

para esto no haya pereza, no se alegue pobreza, no respeto a cosa ninguna, sino que se cumpla con el ánima, dé donde diere. Que si Dios ve en un corazón verdadero deseo de agradarle a Él, no dejará por su bondad de abrir caminos como se efectúen los buenos deseos; con tal que entendamos que algunas veces es menester derramar la sangre en estos caminos; y ésa es cierta señal que son de Dios, pues Él dijo (*Mt.*, 7, 14) ser *estrechos*. Cierto, si un hombre espera que se le ofrezcan los medios para su salud sin trabajo y sin pérdida de lo temporal, muchas veces se quedará sin la salud de su ánima, porque tan barato la quiso comprar y tan sin trabajo alcanzar; pues aun en la del cuerpo, que muy menor es, no se sufre esto. Bien entiendo que no se hace esto tan presto como se dice; mas ¿qué hemos de hacer donde vemos estar en balanzas (1) ganar o perder a Dios, y para siempre? ¿Qué cosa puede haber que haga contrapeso a cosa en que tanto va?

6. Por tanto, Señor, entremeta V. S. este cuidado entre los otros, o por mejor decir, sea éste, el principal, y los otros los entrejeridos; y duela o no, corte aunque sea de su carne, hasta quedar con salud, que después se alegrará. Ose acometer la entrada en el cielo, que a Dios hallará por ayudador en el camino; y no sólo no le desmayen los trabajos, mas gloríese que le pone Dios en ellos para mayor gloria de Él.

A su misericordia plega dar a vuestra muy ilustre señoría su santo espíritu, con que le sea dulce el cumplimiento de su palabra, y alcance aquel reino para que fué criado. Amén.

17.—A UN SEÑOR DE TÍTULO

Enfermo, animándole a padecer, significándole el grande fruto que de esto viene.

He sabido que después que de allá me partí ha ido vuestra señoría aún más trabajosamente que cuando yo allá estaba; y debe ser por hacerle nuestro Señor más merced, pues lo son los trabajos para quien lo sabe entender. Y bien es, que para tener parte en la venida de Jesucristo nuestro Señor, esté V. S. en ellos,

(1) *Estar en balanzas:* estar en litigio.

pues dijo Él (*Isai.*, 61, 1-2), que había venido *para dar a los pobres buenas nuevas, y medicinar los quebrantados de corazón, y consolar los llorosos, y darles corona por la ceniza y alegría por el lloro.* Y pues el consejo del Altísimo es no dar parte de Sí, sino a quien de estas cosas tuviere parte, témplese el sinsabor de ellas con venir Dios con ellas o tras ellas; lo cual no sólo las hace sufribles, mas deseables; porque muy mayor es la ganancia que traen, que la pérdida; y siendo Dios el que se da a trueco de la hiel que ell[a]s tienen, en ninguna manera deben dejar de ser amadas, y así bien recibidas cuando vienen, y aun deseadas y llamadas cuando se tardan.

Fortísima cosa es un corazón determinado en querer a Dios; porque, como entiende que puede alcanzar a este que desea, no teme meterse por lanzas, teniéndose por cumplidamente dichoso con sólo este bien que alcance, aunque sea a trueco de todo lo que le pueden pedir. Estima a Dios en mucho, y de ahí le viene estimar los trabajos en poco, pues leemos de Jacob (*Gen.*, 29, 18, 28) haber hecho esto con su amada Raquel; y aunque le echasen carga de nuevos trabajos, toda la llevó por gozar de su deseo. Y pues a V. S. ha cabido suerte, por la misericordia de Dios, de estar apalabrado con Dios sobre que será Él su galardón y descanso de sus trabajos, *no dé esta mancha en su honra* (*Eccli.*, 33, 24), que le parezcan grandes, siendo Dios la paga de ellos y el mismo que los envía. Sufra V. S. la carga y la sobrecarga; los siete años primeros y los siete siguientes; que si persevera en el amor de Raquel, su galardón será el eterno descanso, y cantará delante el acatamiento de Dios (*Ps.*, 89, 15): *Laetati sumus pro diebus quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala.*

Y entenderá entonces el valor de la enfermedad y dolores que nuestro Señor ahora le envía, y mirarlas ha como a simiente de su gozo, y a camino de su descanso, y a cosas que le acarrearon a Dios. Y pues el cristiano acá ha de tener parte de aquella luz que allá ha de poseer perfectamente, mire V. S. sus trabajos con ojos de fe, cotejándolos con lo que de ellos saldrá, y serle han consuelo de ellos mismos, y verá que aunque son cargosos, ellos mismos traen fuerza con que ser llevados; porque lo que afligen con lo presente consuelan con *la esperanza;* y como ésta sea muy cierta, pues lleva la orden que Dios tiene pues-

ta, que es que venga después de ser uno *probado* en la *tribulación* (*Jac.*, 1, 3), ningún lugar queda para no ser bien recibidos los anunciadores de nueva tan buena, como es de llevarnos al cielo. Tenga V. S. cuidado de les dar compañía cual ellos desean, que es *paciencia* en ellos, y diligencia en hacer las buenas obras que pudiere; que pues Dios da a entender que le quiere salvar, no es razón ser flojo en efectuar lo que conviene para tan grande bien y que tan presto vendrá. Y esté con mucha confianza en las piadosísimas manos de Dios, el cual sea guarda de vuestra ilustrísima señoría, y todo su bien y su eterna corona. Amen.

18.—A UN SEÑOR DE TÍTULO

Enfermo, y de la muerte temeroso, enseñándole lo que ha de hacer; y cuánto conviene, no dejando el conocimiento de sus faltas que le causan temor, crecer en el conocimiento de Dios que le cause amor.

1. Recibí la carta de V. S.; leíla y entendíla, y espero de nuestro Señor misericordia para V. S., pues para la grandeza de Él, no es mucho hacer bien a quien no lo merece, habiéndolo hecho a los que lo desmerecen. No me pesa que V. S. tenga temor de la muerte; porque aunque es cosa penosa, no es peligrosa, y muchas veces enviada por nuestro Señor para que con esta espuela hagamos lo que con la del amor no hacemos. Y Él, como es Padre de misericordia, suele guiar estos negocios de arte, como temor y esperanza nos ayuden a andar el camino, el cual será bien allanar y aparejar, pues para todo suceso aprovecha y para ninguno daña.

2. Querría que V. S. mandase hacer la casa del aposento de los pajes.

Item, que se pagase aquello de las armas y caballos que se echaron en aquellos pueblos.

Item, que por ahora no se compre cosa costosa de vestidos y cosas semejables.

Item, si V. S. ha malganado algo a juego, que no esté restituído o tornado a perder con la misma parte, que se restituyese.

Item, si dijo a algunas personas que jugasen, y por respeto de V. S., cuyo ruego es como mando, jugaron, y alguna perdió, que se le restituya.

Item, porque las personas que tienen Estado, como vuestra señoría, no alcanzan muchos cargos y agravios que se hacen a otras, o a sus criados por descuido de ellos, que V. S. mandase decir en las iglesias de su Estado, que cualquiera persona que tenga algún agravio, que lo venga diciendo, y se le satisfará. Y poner V. S. al Prior de Santo Domingo, y un Letrado de Derechos, que sepa los negocios del Estado, y al cura, para que oigan y vean lo que se debe hacer; y algunos casos oirá V. S., aunque le sea trabajoso, porque no se le digan en otra parte que más pena le dé. Y en todo caso querría que se hiciese esto, porque me parece ser remedio de cualquier mal que a prójimo toque, y fácil de hacer bien, cuanto difícil si se guarda para después de la vida. No sea impedimento para esto lo que al mundo puede parecer de hacerlo, pues quien tiene cuenta con Dios, fácilmente la perderá con el mundo.

A la persona que V. S. manda que hable, no he hablado, porque ha diez o doce días que estoy en la cama; ayer me levanté. Yo tendré cuidado, cierto, de lo hacer con brevedad, y avisaré a V. S. de lo que hay.

3. Desde que V. S. se partió de acá, ha querido nuestro Señor de me poner cuidado más vivo de lo encomendar en las manos de su misericordia. No había entendido la causa, y debe ser la mayor necesidad. Sea lo que fuere, V. S. se esfuerce mucho con aliento nuevo a (1) ofrecerse a la voluntad del Señor, como quien hace servicio a un padre de algo que mucho ama. No nació V. S. para sí, sino para Dios; y antes que naciese ya estaba comprado por Jesucristo, el cual consigo, precio de tanta ventaja, nos compró, para *que los que vivimos,* como dice San Pablo (2 *Cor.,* 5, 14), *no vivamos para nos, sino para Él.* ¿Quién querrá quedarse por propio, viéndose comprado por Dios, y por precio de Dios? Hay hombres que se ofrecen en una guerra por causas ligeras a perder la vida; ¿y seremos tan cobardes que no (2) queramos darnos a Dios? Dióse Él por nos a manos de sayones,

---

(1) *A;* así la edición de 1595; falta en la de 1578 y en La Lectura.

(2) *No;* así en las ediciones de 1588 y 1595, no citadas por La Lectura.

y ¿no nos daremos nosotros a las suyas, Él para morir, nosotros para vivir?

No sea V. S. avariento en esto. Haga esta cuenta: Dios hay; por quien es, y por lo que por mí pasó, y por lo que me ha soltado (3), y por lo que me ha hecho, me le debo tres mil veces. Si hasta aquí no le he dado el señorío de mí, pésame de ello; ahora se lo doy libre y desembarazado, para que me trate a su voluntad, y que yo haga la suya, así en lo que me tiene mandado que yo haga en su santa Ley, como en cualquier trabajo que me quisiere enviar, quitar o poner. ¿Dónde estaré mejor guardado, que en las manos de Dios? A las cuales yo me doy, pues Él no deja perder sus cosas; que porque yo hiciese esto perdió Él la vida. No lo pidiera si no lo quisiera, y no se gozara si no lo deseara; porque no es de Dios mandar que le den, y no querer recibir; como tampoco es mandar que le pidan, y dejar de dar. Y pues nos ha notificado su dulce voluntad, con la cual quiere nuestro bien, y por esto quiere que seamos suyos, sin duda creamos que quien tan cuidadoso es en pedir, y quien pide con amenaza de infierno y con promesa de reino, no será descuidado en el recibimiento de lo mismo que Él pidió.

4. No le parezca a V. S. que pecados pasados son parte para estorbar este amoroso abracijo de Dios, pues con los (4) brazos abiertos está llamando al mismo pecador, primero que el pecador llamase a Él, y le dice (*Jerem.*, 3, 1): *Fornicata es cum amatoribus multis; revertere ad me, et ego suscipiam te.* No se cansa el pastor en buscar la oveja perdida, ni el cazador su azor; y cuando lo halla, tómalo y tráelo consigo con mucha alegría. Digo esto, porque a lo que de V. S. entiendo, tiene más de propio conocimiento que no de conocimiento de Dios, y por eso tendrá más de temor que de esperanza y de amor. No se desdiga V. S. de la mala posesión en que se tiene; confiéselo así, créalo así, y no quiera remediar su temor con falsa esperanza y mentira, alivianando sus males; no así, que será mal sobre mal, y el postrero peor que el primero, y estorbo para remedio, pues no da Dios su perdón ni misericordia sino a quien cono-

(3) *Me ha soltado:* me ha perdonado.
(4) *Los;* así la edición de 1595.

ce su (5) propia miseria. Mas crea que, como nosotros somos más malos de lo que alcanzamos, así es Dios más bueno de lo que entendemos. Otro corazón tiene Él que nos, y especial en el perdonar; lo cual saben los hombres muy mal hacer, porque saben muy mal amar. Y de aquí nace no alcanzar aquella alteza de misericordia que Dios con los pecadores tiene; porque como no han experimentado sino ira con quien les ofende, y si perdonan les quedan mil reliquias y resfriamiento de amor, juzgan de Dios lo que de sí; y aunque su boca diga que hay diferencia de Dios al hombre, no lo siente así su corazón.

5. Cuando sean más grandes los hijos de V. S. y le den algunos enojos, quizá entenderá algún rastro de aquesto. No desama el padre al hijo aunque le enoje, sino castígalo y tiénele corazón de padre; y así hace nuestro Señor, al cual, siempre que el pecador quiere tornar a Él, no se le niega el corazón paternal; y cuando no volvemos, está deseando que volvamos, sin ser parte para estorbar este deseo todos nuestros pecados, porque es mayor su amor. Y este amor y cabida en su corazón ganamos por *el medianero de Dios y los hombres, Jesucristo* (1 *Tim.*, 2, 5), Señor nuestro, que siendo Él Hijo natural, nos ganó adopción de hijos, y corazón en Dios de padre con hijos, cada y cuando que de Él quisiéremos gozar por la penitencia y sacramentos. Este amor es la raíz de donde sale el esperarnos Dios, el llamarnos, el recibirnos, perdonarnos y salvarnos. Que si bien se mira, el corazón y amor con que esto hace, nos enamora más y obliga más que lo que hace. ¿Qué cosa es querer tanto Dios al hombre que, por amarle tanto, por mucho que le enoje, no le quite este amor, y hacerle decir: «No quiero a fulano bien, aunque se torne a mí; no le (6) quiero buscar, ni enviarle a rogar que se torne a mi casa?» No, nada de esto, no, sino aquel perseverante amor que como vivas llamas arde, y tan encendidas, que así como *las muchas aguas* de las penas *no se lo pudieron apagar* (*Cant.*, 8, 7) para que dejase de morir por nos, así las mayores aguas de nuestros pecados no pueden apagar esta encendida caridad de Dios con nosotros, mas siempre es vencedora, en las penas y en las culpas, allí padeciendo, y aquí perdo-

---

(5) *Su;* falta en LA LECTURA.
(6) *Le;* así 1595.

nando (7). Y todo nace de una misma raíz de amor, y tan fuerte, que no hay maldad que le venza.

6. Quien de esto se maravillare tendrá razón, porque de igual a igual, de menor a mayor, fuera cosa maravillosa; y este amor de Dios al hombre es más que maravilloso. Mas quien, por parecerle cosa muy grande, no lo creyere, afrenta hace a Dios, pues, por ser su Corazón maravilloso, por eso no lo cree, siendo rastro propio para conocer las obras de Dios el ser tales que hagan maravillar a los que las conocen. Porque si Él es maravilloso, hanlo de ser sus obras; y si otras sí, estas del amor más, pues nacen de bondad, de cuya manifestación Dios más se precia y Dios más usa que de los otros atributos suyos: *Miserationes ejus, ait David* (*Ps.*, 144, 9), *super omnia opera ejus.* ¡Pues cuán mal lo mira quien, por ser mucho lo que Dios hace, no lo cree; por ser mucho lo que promete, no lo espera; cotejando las cosas de Dios con la medida tan chica de su entender! No alcanza la Samaritana dónde o *de dónde* tenga Cristo agua (*Jn.*, 4, 11), y gana de dar la que, quien la bebiere, no tenga más sed. Mas dice el Señor que *no sabe* la mujer *el don de Dios, ni quién es el que pide a ella* fe y penitencia, y quiere darle el Espíritu Santo. Y no faltan ahora hombres tan acobardados y flacos en la fe, que no puedan creer de Dios sino conforme a su propia pequeñez, puestos los ojos en su poco poder, poco merecer; y como animales de tierra, andan por ella, y así se quedan en ella. Mas quien a Dios mira, y dándonos su Hijo, que es su amor y amansamiento, contentamiento, y donde sus ojos se recrean, ¿qué dudará de este Corazón, sino que le será propicio cuando le llama con penitencia, y piadoso cuando le hubiere menester? Pues quien esto conoce, y lo pide como lo debe pedir, puede esperar que lo tendrá; y con tenerlo, tiene todo bien, y no por qué temer, como esclavo sin amor.

7. Dése pues, V. S. priesa a amar a este Señor que tanto le ama, y tanto bien le tiene guardado. Y mire que si algún tiempo tuvo deseo de se enmendar y seguir al Señor, ahora lo renueve y acreciente. Porque dos veces mandó el Señor que circuncidasen a su pue-

(7) *Siempre es vencedora... perdonando.* Así la edición de 1595, que corrige a la de 1578, seguida por La Lectura.

blo: una cuando lo mandó a Abraham (*Gen.*, 17, 10), y otra cuando lo metiese Josué en tierra de promisión (*Jos.*, 5, 2). La primera significa cuando uno sale de la vida mala y mundana, y sigue el camino de la Ley de Dios, que es *el camino estrecho,* mayormente en los ojos del mundo. Y la segunda es, cuando Dios quiere llevar a uno a su reino, mándale que con nuevo fervor se mire, se enmiende, y cercene todo lo superfluo que es menester; para que, con alegría y limpieza, espere la corona de rey, que la bondad de Dios tiene aparejada a los suyos.

Use V. S. el confesar y comulgar, porque es la cosa que más consuelo y esfuerzo da, oír la sentencia de nuestra absolución, y recibir en nos a Jesucristo. Rezar algo, y leer, y limosnas, y todo lo demás que nuestro Señor le inspirare.

8. Y hágame sabedor de cómo le va; y si le fuere a V. S. mejor de salud, quedarnos hemos con el buen estilo del ánima, y habremos sacado esfuerzo del miedo.

El Espíritu consolador, que por Jesucristo se da a los hombres que se aparejan, more en vuestra señoría, y le enseñe a agradar (8) a Dios, y lo guíe por camino derecho. Amén.

19.—A UNA MUJER

Trabajada de peligrosas tentaciones: avísale que se esfuerce a padecer; porque el fruto que se cogerá de los trabajos será grande si lo sabe llevar.

1. *¡Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice el Señor Dios vuestro! Hablad al corazón a Jerusalén, y llamadla, porque cumplida es ya su pena y perdonada su maldad* (*Is.*, 40, 1). Confiad, hermana, que estas palabras dicen a vos, y manda que os consoléis con su favor que os defiende, aunque los infernales poderes y adversarias maldades trabajen de os derribar. Porque si muy cuidadosos andan en perseguiros, más lo está Cristo en abrigaros y defenderos, y sacaros de la guerra llena de muchas coronas, más alegres, cierto, y de estimar, que es la tribulación que tenéis para lastimar. ¿Qué habéis? ¿Qué os lastima? ¿Qué os es-

(8) *a agradar;* así las ediciones de 1588 y 1595, que corrigen a la de 1578, *agradar.*

panta? Vuestro Dios es salud de estas *llagas;* no miréis a ellas; *y en el día que os las acabare de atar* (*Is.*, 30, 26), *resplandecerá a vos un sol más luciente siete veces que el que antes de este trabajo os lucía.* Serán vuestras espirituales prosperidades muy aventajadas a las pasadas, pues lo que ahora padecéis es más amargo que lo pasado. Porque estas tales avenidas de angustias, víspera suelen ser de abundancia de espirituales regocijos; como las tribulaciones de Job (42) fueron mensajeros de doblada hacienda y descanso que Dios le dió. Amargólo, y después consolólo; probólo y coronólo; escondiósele un poco, mas después se le mostró más dulce que primero airado. Esta es la condición del Señor con los suyos; mortifícalos aun hasta parecer que los mete en tormentos de infiernos; mas sácalos y alívialos sin que la ballena pueda retener ni empecer al que tragó (*Jn.*, 2).

2. Mucha soberbia tienen los demonios, nuestros adversarios, y dicen que nos tragarán; mas digámosles: *Juntaos contra nosotros, que vencidos habéis de ser; entrad en consejo, que destruído será, porque Dios es con nosotros* (*Isa.*, 8, 9). No os pase, hermana, por pensamiento temer estos infernales lobos; que el que una vez en la cruz los venció, los ha vencido y vencerá en vos, y los despojará con gran deshonra suya. Y aunque os parezca ser la guerra brava y el enemigo fuerte, que os haga temer, no desmayéis; porque el Señor dice (*Isa.*, 49): *¿Por ventura será quitada la presa del fuerte? ¿y lo tomado por el robusto podrá ser salvo?* Verdaderamente será quitado el cautivo de la mano del fuerte, y será hecho salvo lo que el fuerte había tomado; y esto porque la mano de Dios peleará por vos, y pasará sobre vos como aves que vuelan, defienden y abrigan con sus extendidas alas a los pollicos que mucho aman.

3. ¡Oh si viesen nuestros ojos el celo de Dios, con que guarda a nuestras ánimas, y cuán en salvo las tiene cuando ellas piensan que están ya perdidas! Hacia arriba suelen arrojar el vidrio los que quieren enseñar cómo saben recibir lo que arrojan en alto; y si el vidrio sintiese, temblaría de verse echado en alto, e ir a caer en las piedras duras, donde parece que se ha de hacer doscientos pedazos; mas socorre la mano de quien lo arrojó, y tómalo en sí sin lesión. Y así vos, viéndoos sacada de vos, y combatida de fuegos tan vivos y penas tan crudas, teméis y tem

bláis, pensando que os habéis de hacer pedazos, y caer en ofensas de nuestro Señor; mas pensad que el Señor que en ese trabajo os puso, Él mismo os sacará de él; Ése que se os esconde porque padezcáis, está muy cerca de vos para defenderos; que de otra manera estuviérades diez mil veces tragada de la crueldad de vuestros contrarios. Él os arroja, y Él os recibe; Él mueve el alboroto en la mar, mas Él os guarda porque no os ahoguéis; porque lo que sentís no lo hacéis vos, sino sufríslo; y por eso quien lo hace, que es el demonio, ése lo pagará. Bien ve Dios vuestro corazón, que es amador de sus mandamientos, y alcorrecedor de sus ofensas; el cual os guarde, como lo ha hecho; que de lo que el demonio os trae no tengáis cuidado, pues aunque sea feo y os duela, no os vendrá por ello mal.

4. Cosas son éstas que a muchos suelen acaecer, y no sólo las que vos tendréis, mas sin ninguna comparación otras mayores, y que parecen traslado del (1) mismo infierno, y del fuego y lenguaje que allá hay. Mas no por eso deja Dios a sus ánimas; antes cuando todo el humano consejo y fuerza ha faltado, entonces acorre con su poderosa mano, y (2) quitando la copa del amargor de la boca, da por ella diez mil consuelos. Y conócese la persona por flaca, pues vió por experiencia su grande miseria; y conoce la fuerza y maldad de sus enemigos, y procura de huir más de ellos y arrimarse más a Dios, el cual sólo ve ser bastante a librarla de tales refriegas; y así saca de los males pasados luz para tenerse en menos, y mayor confianza en su Dios, y grande cautela para más recatadamente vivir por haber conocido las traiciones y maldades de los demonios. Lo cual no es de tener en poco; porque así como nuestra vida consiste en conocer y amar a Dios, así es gran parte de los espirituales avisos conocer al demonio, no para amarlo y honrarlo (que esto para Dios es), sino para huir y escapar de sus lazos, los cuales de pocos son conocidos, aunque les parezca que conocen a Dios. Y por eso es de estimar en mucho el provecho que de estas refriegas se saca, porque se hace el ánima experimentada en la guerra contra este astuto enemigo. Y es-

(1) *Del;* edición de 1595.
(2) *Y;* edición de 1595.

tas cosas y otras muchas saca el benigno Señor de estos males en que nuestro adversario nos querría hacer caer, y así le hace perder lo que pensaba ganar, y hace burla de Él, purificando y aprovechando al ánima por el medio que Él pensaba dañar.

5. Y pues os habéis ofrecido al servicio de Cristo, y no sois vuestra desde el día de vuestro bien, no le tengáis por olvidadizo pastor; pues si olvidaros quisiera, no os llamara, ni halagara, ni os hiciera tan dulces promesas. *Acordaos, en el día del mal, del día del bien* (*Eccli.*, 11, 27), para que no os derribe lo presente, templándolo con lo favorable de entonces. Y pensad que si Cristo no os amara, no os (3) levantara ni diera la joya. Y pues sabéis que por Él comenzasteis este camino, y que le habéis deseado agradar, y según vuestra flaqueza lo habéis procurado, *no deis* tal *mancha en vuestra honra* (*Eccli.*, 33, 24), que así perdáis la confianza en Aquel que, estando vos apartada, os llegó Él a sí, y os dió espíritu nuevo y blando en vuestras entrañas, y os señaló con su señal para que fuésedes suya, y por tal os tuviésedes. Y si el lobo infernal ha osado acometer a la que estaba herrada (4) con la señal de Jesucristo, y que le deseaba servir, no os espantéis, que pruebas son de nuestra fe y de nuestro amor, a ver si desmayamos y tornamos atrás.

6. No hay virtud firme si no es probada, y la fe se prueba entre los peligros y disfavores de Dios; mas si fina es, no sólo no desmaya, mas cuando más acosada, más esfuerzo toma, y de la soledad saca compañía; porque sabe que ésta es costumbre del Señor, poner a los suyos en los cuernos del toro y esconderse Él para probar la fé de ellos; y como no está arrimada a la vista, sino a la bondad de su Señor, no cura de mirar lo que siente ni de qué parte sopla el viento, sino engendra una confianza que, como áncora fijada en el suelo de la mar, ásese firmemente con el Crucificado, y fija su pensamiento y dice: «Tú, Señor, moriste por mí antes que yo naciese, y me buscaste con dolores, sin buscarte ni llamarte yo: ahora que te llamo y te quiero no me desampares. Si abrigaste a quien te era enemiga, no desecharás a quien

---

(3) *Os;* edición de 1595.
(4) *Herrada:* marcada a hierro candente.

te desea servir, y a la que ya tomaste por tuya.» Y en esta fe vive, y está segura entre todas las olas y tempestades que en la mar se le ofrecen, aunque parezca que ya se le hunde la nao, y trabaja por no desmayar, porque no se levante el Señor y le riña como a los Apóstoles hizo, diciendo (*Mt.*, 8, 26): *¿Qué estáis temerosos, hombres de poca fe?* En lo cual veréis qué de verdad quiere el Señor que estemos esforzados, porque aun entrando las olas en la navecilla ya para sumirla, aun riñe con los que entonces tienen temor. Y esto porque los que con Él se embarcan no quiere que sean temerosos, pues van con el verdadero Señor de las almas y fiel provisor en las oportunidades. Y pues vos salisteis de tierra, y os embarcasteis con Él entrando a servirle, ¿qué es lo que ahora teméis, pues habéis caminado y estáis en compañía de Jesucristo?

7 Acordaos que San Pedro andaba con los pies sobre las aguas de la mar cuando tuvo fe; *y cuando vió los vientos recios y las olas altas, temió,* y luego comenzó a hundirse; para dar a entender que con la fe andaba seguro, y por atibiarse ella se hundía, y oyó de la boca del Señor (*Mt.*, 14, 25-30): *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Y de la misma manera lo dice a nosotros, si temerosos nos ve, por grandes peligros que a los ojos veamos. Y si aquel cuidado tuvo el Señor en librar al discípulo de la muerte del cuerpo, mayor lo tendrá en libraros a vos de la muerte del ánima, y hacer que no os ahogue la gran tempestad que contra vos se ha levantado. Solamente, hermana, no desmayéis ni huyáis de la guerra; que aquí; no por ser tentados, sino por huir o ser vencidos se pierde la corona. Ofreceos a padecer dolores y fuegos por honra de Aquel que por vos los sufrió; y cuanto mayores fueren, por más ciertas prendas las tened del amor entre Cristo y vos. Y pedidle que os esfuerce a padecer, y no que os lo quite, y será un purgatorio con que quedéis apurada (5) delante de Dios; y seros ha compañía la cruz de vuestro amado Señor, que es la cosa que más sus amadores deben desear; y quedaréis como oro en crisol, tanto más resplandeciente cuanto más fuisteis atribulada.

8. Mirad que cualquier amador ha de pasar algo

---

(5) *Apurada:* purificada.

que duela por amor de su amado. Y pues habéis entrado en la guerra del amor, no os acobardéis; mas acordaos de lo mucho que muchas mujeres flacas padecieron por Cristo, unas en fuegos, otras en golpes, otras en ser carmenadas (6) las carnes, y teníanse por bienaventuradas en padecer por amor de su Señor. Pues por Él padecéis; que si a Él dejásedes, no os perseguirían los enemigos; mas *porque os pasasteis al bando de Josué* (*Jos.*, 10, 1...), por eso mueven guerra contra vos. Y si faltan sayones hombres, suceden en su lugar sayones diablos, que son más crueles y menos se cansan, y con peines de hierro y parrillas de fuego os atormentan, y más en el ánima que en lo exterior. Debéis pensar que estáis en un martirio por amor de Jesucristo, pues por servirlo sois martirizada.

Haced vuestros ejercicios de confesión y comunión, aunque sea de mala gana; y aunque os lo estorbe el demonio, como lo suele hacer, aun hasta enmudecer la lengua que no pueda confesar, y hace entender que han comido de noche para que no comulguen. Holladle con todas sus astucias, y orad al Señor en la cruz, y traedla con vos, y armaos con ella, y ofreceos tan de verdad a padecer, que si el Señor quisiere que os dure toda la vida, que estéis contenta con ello. Y cuanto vos más os pusiéredes en la voluntad de Él, tanto más presto os remediará, porque no desecha al que a Él va. Y acordaos que no hay amor sin dolor, y que *por muchas tribulaciones hemos de entrar en los reinos de los cielos*, adonde una sola hora que veáis a Dios en su hermosura, daréis por bien empleados dos mil años que paséis lo que padecéis. Y pues Dios allá os ha de llevar, según lo podéis esperar, no seáis cobarde en padecer, y tibia en amar, que no os dejará el que por vos murió y para sí os llamó.

Él sea vuestro consuelo. Amén.

---

(6) *Carmenadas:* pasadas por peines de hierro.

20.—A UNA MUJER

Que sentía mucha ausencia de nuestro Señor: anímala a confiar, enseñándole lo mucho que hay para confiar de su Majestad. Danse en esta carta las causas por que Dios aflige a los suyos, y los frutos que de ello saca (1).

1. No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y *mejores son,* dice la Escritura (*Prov.*, 27, 6), *las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece;* y grande agravio hacemos a quien con amorosas entrañas nos reprende o castiga, pensar o decir que por querernos mal nos persigue.

2. No olvidéis que entre el Padre eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados, y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de (2) pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que *la sangre de Jesucristo da voces* (*Hebr.*, 12, 24) pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que, si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto que lo tiene en suficiente y sobrada paga—en cuanto de su parte es—de todos los pecados del mundo y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga, por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia. Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón, que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo;

(1) Fr. Luis de Granada (VIDA DEL M. AVILA, Part. 1, capítulo III, § 10) inserta esta preciosa carta y dice que fué escrita «a una persona de mediano estado; y para consolación de ésta, le dió nuestro Señor todas estas perlas preciosas...» (Véase allí el elogio que hace de esta carta.)

(2) *De;* LA LECTURA, *del.*

y a nuestros pecados llamó *suyos* por boca de David, diciendo (*Ps.*, 21, 1): *Longe a salute mea [verba delictorum meorum]*; y pidió perdón de ellos sin los haber cometido; y con entrañable amor pidió que los que a Él se quisiesen llegar fuesen amados como si para Él lo pidiera (*Jn.*, 17, 26). Y como lo pidió lo alcanzó. Porque según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que o hemos de ser Él y nosotros amados, o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en Él con la fe y amor. Antes, por ser Él amado, lo somos nosotros, y con justa causa; pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo, que aborrece a los pecadores que se convierten a Él. Y como el muy amado dijo a su Padre: «O quiere bien a éstos, o quiere mal a mí, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque sean incorporados en mí», venció el mayor amor al menor aborrecimiento; y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor. Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado—como la vuestra lo está—, provee el Señor de consuelo, diciendo en el Profeta Isaías (49, 15, 16) de esta manera: *¿Por ventura puédese olvidar la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrita.* ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne!, y la sentencia de la letra dice (*Jerem.*, 31, 3): *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje a Mí.* Tal, pues, escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima *atraída* con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales *del perpetuo amor con que el Señor la ha* escogido y *amado.*

3. Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de éstas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en cruz. Y si queréis entender lo que os viene al intento que Dios os lo envía, sabed que son pruebas para que seáis examinada; y después, como a persona fiel en la prueba, seáis con

corona de justicia de la mano del mismo Señor coronada. Y porque no penséis que esas cosas que pasáis son señales de reprobación, y que a solos los malos las envía Dios, oíd qué dice David en su persona y de otros muchos que andan el camino de Dios (*Ps.*, 30, 23): *Yo dije en el exceso de mi ánima: Alanzado* (3) *soy delante de la faz de tus ojos*. Y aunque es cosa que mucho lastima este desmayo del corazón, y disfavor sentido en lo de dentro de él, y no atinar el ánima cómo está con Dios, ni cómo estará, ni en qué parará; mas con todo esto, pocas cosas hay con que uno tanto purgue sus pecados, ni tantas cosas aprenda, como en aquella obscuridad tenebrosa y aflicción interior, que hace sudar del corazón gotas de sangre. Lo cual envía nuestro Señor a los suyos, porque no se vayan de este mundo sin sentir qué es cruz y tribulación. Y así hiéreles en lo del espíritu, donde están vivos; porque si les hiriera en las cosas temporales, a las cuales están muertos, no lo sintieran. Conviéneos, pues, dar buena cuenta de este peligroso paso donde Dios es servido poneros, y adorando sus juicios, y confortada con la confianza de su bondad, abajar vuestra cabeza, y sin más escudriñar, abrir la boca de vuestro corazón, y tragar esta píldora de obscuridad y del sentimiento de la ausencia y disfavor de Dios, con obediencia del mismo Dios.

4. Sabed cierto que si queréis no desdecir en la prueba que Dios os envía, que os conviene haceros robusta, como dijo el ángel a Josué (1, 6); y vivir muriendo *cada día* (1 *Cor.*, 15, 31), como San Pablo hacía. Coceos en el fuego de la tribulación, para que seáis fuerte como ladrillo, y seáis conveniente para sufrir lluvias y vientos de tentaciones y de trabajos; y no blanda como adobe de barro, que se deshace en el agua, y no es fuerte para edificio. Que la gente que ha de ser puesta en el edificio del cielo, con golpes de diversos trabajos y tentaciones ha de ser probada en el suelo, según está escrito (*Sap.*, 3, 6): *Probólos el Señor, y hallólos dignos de sí*. Enseñaos, pues, a mantener con gruesos manjares, y esforzaos a *convertir en pan las piedras* de las tribulaciones, si queréis tener testimonio de que sois *hija de Dios* (*Mt.*, 4,

---

(3) *Alanzado;* así la edición de 1595 *(projectus):* la de 1578, *alcanzado*, por errata, que reproduce La Lectura (página 263), a pesar de sus notas (págs. 215 y 267).

3). Y si os da gana de pan blando y blanco de consolaciones, remitid eso a la voluntad del Señor, y contentaos con que tendréis tanto de eso en el siglo que está por venir, que lo dulce de allá excede sin comparación a lo amargo de acá; y en lugar de los duros huesos que acá daban a comer a los dientes del ánima, será allá el mismo Dios sabrosísimo *pan de vida* que nunca se acabe. Esperad esto y esforzaos con esto, porque este negocio ni es para regalados ni para hombres de flaca fe.

5. En trabajos os veréis muchas veces, que si con sentido humano los miráis, os parecerán ser señales de infierno y principio de él; y habéislos de sufrir con paciencia y sin consolación, y aun sin sentimiento de confianza, para que sepáis qué cosa es padecer de verdad. Porque mientras la confianza está fuerte, no hay cosa que mucho lastime; mas cuando Dios esconde su faz, y no enseña favor al ánima sino disfavor, y siendo perseguida de sus enemigos, no siente favor en su buen Amigo, entonces es el padecer puro y sabe a tormentos de infierno. No sentiréis entonces esperanza de escapar; mas contentaos con no desesperar; y séaos aquel desconsuelo penitencia por vuestros pecados, con los cuales algún día os consolasteis; y sírvaos de ver a la clara qué es lo que podéis vos de vos. Justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí; y quien en sí confía, que le demuestren tan a su costa qué es lo que puede. Por este fuego os conviene pasar, si queréis gozar del descanso. Esta guerra habéis de vencer para merecer la corona del cielo. Mirad que dice la divina Escritura (*Jac.*, 1, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios a los que le aman.* Si os agrada la corona, no os sea pesada la prueba; y no puede haber prueba sin tentación; y no os vendrá tentación que no pase por la mano de vuestro Padre Dios, midiéndola que sea convenible para vuestro provecho y para vuestra flaqueza (1 *Cor.*, 10, 13). No temáis de beber con paciencia lo que Dios os da con amor. Él mismo dice (*Prov.*, 3): *Hijo, no te angusties cuando eres de Dios castigado; porque al que el Señor ama castiga, y como padre en hijo se agrada.* Y en otra parte (*Eccli.*, 38) dice: *Hijo, en tu flaqueza no te desprecies, mas ora al Señor, y curarte ha.* Y pues nos está mandado de

parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos a Él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará.

6 ¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! ¡Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando a nosotros nos parece que estamos alanzados, cuán cercanos estamos a Él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar, cuanto Él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo a obscuridad de abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno, y pongan diez mil peligros delante: que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí.

7. ¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazón, huyen a Ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados! Tú eres descanso entrañal, fiucia que a ninguno de su parte faltó, *amparo de huérfanos y defendedor de las viudas* (*Ps.*, 67, 6); firme *casa de piedra para los erizos* (*Ps.*, 103, 18) llenos de espinas de pecados, que con gemido y deseo de perdón huyen a Ti. Tú defiendes de la ira de Dios a quien a Ti se sujeta. Tú, aunque *mandas* algunas veces *a tus discípulos que entren en la mar sin Ti* (*Mc.*, 6, 45) y que se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente, se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas no los olvidas. Dícesles que se aparten de Ti, y vas Tú a orar al monte por ellos. Piensan que los tienes olvidados, y que duermes, y estás (4), las rodillas hincadas, rogando por ellos. Y cuando son ya pasadas las tres partes de la noche, cuando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como Señor de las ondas mudables, an-

(4) *Y estás;* así las ediciones de 1588 y 1595.

das sobre ellas—que para Ti todo es firme —y acércaste a los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y dícesles palabras de confianza, que son (*Mt.*, 14, 27): *Yo soy, no queráis temer.*

8. ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso Pastor! ¡Cuán engañado está quien en Ti y de Ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, si quiera enmendarse y servirte! ¡Oh si dijeses Tú a los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar a servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien Tú eres basta para lo consolar! Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese. Y por esto dices: *Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel que mato, y doy vida, meto a los infiernos, y saco* (1 *Reg.*, 2): quiere decir, que atribulo al hombre hasta que le parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida: meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, mas sácolos. Y por eso los mortifico para vivificarlos; para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy Omnipotente; y os querré librar, porque soy todo bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si a mí quisiésedes servir, porque *fuisteis con grande precio comprados* (1 *Cor.*, 6, 20). Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros a innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de ánima, para que vosotros os esforcéis a pasar algunos por mí, y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en mí tal librador.

Yo vuestro Padre por ser Dios, y vuestro primogénito hermano por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate, ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta de ellas? Yo vuestra reconciliación, ¿qué teméis ira? Yo el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro de-

fendedor, ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué teméis hambre? Vuestro mi Corazón, ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad, ¿qué teméis miseria? Y por accesorio, son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis santos para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita, para seros Madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirváis; vuestro el cielo, para que a él vengáis (5); vuestros los demonios e infiernos, porque los hollaréis como a esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres, porque a mí los referís; vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufrís; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra eterna corona; vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida. Y todo esto tenéis en Mí y por Mí; porque ni lo gané para Mí solo, ni lo quiero gozar Yo solo; pues que cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. ¡No sois pobres los que tanta riqueza tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no la queréis perder a sabiendas!

9. No desmayéis, que no os desampararé aunque os pruebe: vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar, si me amáis y de mí os fiáis. No sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el Corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor de fuera, y Corazón tan herido con lanza, y más herido de vuestro amor por de dentro.

10. ¿Cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme a sogas y cadenas que

(5) *Vengáis;* las ediciones de 1578 y 1595 dicen *verneis:* vendréis.

me lastimaban, ¿y negarme he a los brazos y corazón de cristianos donde descanso? Dime a azotes y columna dura, ¿y negarme he al ánima que me esta sujeta? No volví la faz a quien me la hería, ¿y volverla he a quien se tiene por bienaventurado en la mirar para la adorar? ¡Qué poca confianza es aquésta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecié que me quisiese? *¿A quién desamparé que me llamase?* (*Eccli.*, 2, 12.) ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué a los apartados y sucios. Importuno yo a los que no me quieren, ruego yo a todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo: mas encúbrolo por amor de mi criatura, a la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí, sino remitirse a Mí: en aquella ignorancia está su saber, en aquel estar colgada su firmeza, en aquella sujeción su reinar. Y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ella las di a clavos de cruz; y más son que suyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas. Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí. Mas si se fía y no se aparta de mi servicio, *librarla he y glorificarla he* (*Ps.*, 90), y cumpliré lo que dije (*Apoc.*, 2, 10): *Sé* (6) *fiel hasta la muerte, y darte he corona de vida.* Amén.

21.—A UNA MUJER ATRIBULADA.

Enséñale cómo los trabajos suelen venir o por culpas o por prueba del Señor: y cómo se ha de haber en su tribulación.

La paz y gracia de nuestro Señor sea siempre con vos. Amén.

1. El amor verdadero con que os amo en Jesucristo ha causado en mí tanta compasión de lo que

---

(6) *Sé;* el autor escribió *sey* (forma anticuada).

padecéis, que me movió a escribiros esta letra, deseando ayudaros en algo.

No sé, hermana, si os alegre, o si antes os ayude a llorar. Ni sé si os diga que es bueno lo que tenéis, y que lo debéis llevar con alegría, ni si conceda con lo que a vos parece que es malo, y que como tal se debe huir. Veo que si lo pasan muchos buenos, no lo dejan de pasar también muchos malos; y que si en unos es señal de amor en otros es sospecha de ira. A unos castiga el Señor con esas cosas; a otros, que no han menester castigo, prueba con ellas mismas, y les da en qué merecer. Y aunque eso que vos pasáis pueda proceder de cualquiera de estas dos causas, no me pesa que os persuadáis vos que debe ser azote de alguna culpa liviana—si liviana se debe llamar la que tan grave castigo merece—, y no prueba de vuestra bondad. Porque si los santos no conocen en sí bondad alguna, antes muchas faltas y maldades, cuánto más vos, que tan lejos os conocéis de santidad y tan metida en pecados.

2. Pues si tenéis por más probable que esos frutos nacen de esta raíz, el remedio es que examinéis bien si habéis hecho alguna cosa por donde merezcáis esa corrección. Y sabed que las más veces suele ser algún polvillo de vanagloria. Y si no veis por qué, eso tened por peor, pues habiendo tantas culpas, no veis ninguna; y cuando os sacudieren el golpe, *humillaos debajo de la poderosa mano de Dios* (1 *Petr.*, 5), conociéndoos por digna de mayor tormento; y suplicad a nuestro Señor haya misericordia de vos, y que no os alance de Sí. Decid: «Señor, pequé; cualquier castigo es liviano para la gravedad de mis pecados. Si sois servido de castigarme, heme aquí: alzad, Señor, la mano; descargad el golpe, cortad, quemad y matad; mas no me vea yo apartada ni desechada de Vos. Si pequé, no sea el castigo dejarme a que peque más; pues el castigo de la culpa es la pena, y no otra culpa» (1). No querría tampoco que por pensar que vuestras culpas han causado eso que tenéis, os desconsoléis y entristezcáis tanto, que caigáis en algún despeñadero de desesperación. Quiero que por una parte os humilléis creyendo que vuestros pecados lo merecen; y que por otra os consoléis acordándoos que sois hija de Dios, y no de las olvidadas, pues se acuer-

---

(1) San Agustín, Enchiridion.

da vuestro Padre de castigaros como a hija, porque no os hagáis más mala. Y creedme una cosa, aunque no sea adivino: que si el Señor con su misericordia no os hubiera humillado así, quizá hubiérades caído en alguna soberbia luciferina, que fuera en infinitas partes peor; y con eso os tiene tan humilde, que no osáis, ni aun podéis, alzar cabeza. Agradeced, pues, al Señor esa merced, y básteos su gracia.

3. Pero ya sé que me diréis: «Si yo supiese que soy hija, y no enemiga, y que es castigo de padre y no pena de juez; si yo acabase de persuadirme que estoy en su gracia, ¿qué me faltaba? Pero creo que si no es en el infierno, no hay en la tierra hombre tan malo que tal tenga: no es vida de hijos de Dios esta mía, sino vida—o, por mejor decir, muerte—de dañados.»

¡Oh hermana (2), y *si supiésedes el don de Dios* (*Jn.*, 4, 10), y quién son los que estas cosas padecen por la mayor parte, quizá os alegraríades! Si yo viese que solamente los enemigos de Dios pasan tales cosas, cierto me afligiría; mas veo los mayores amigos en eso tentados, ¿por qué no me consolaré con ellos? El bienaventurado Job (7, 6) se vió un día tal, que dijo: *Desesperado he.* Tales cosas había pasado en su pecho, que le pareció haber caído en desesperación. Mas porque veáis que no, luego torna a pedir misericordia; pues quien misericordia pide, no desespera. David, siendo quien sabéis, dijo que ya Dios *lo había alanzado delante sus ojos* (*Ps.*, 30, 23), y que se vió cubierto de tinieblas y obscuridades, *cercado de dolores de muerte y de peligros de infierno* (*Ps.*, 114, 3); y tales cosas dice que le acaecieron, que no las entenderá sino quien las hubiere pasado.

Cállense las tribulaciones de San Pablo causadas por Satanás, que le hicieron abajar el cuello (2 *Cor.*, 12, 7), pues tantas veces las habéis oído. En las VIDAS DE LOS PADRES he leído cosas que no las creyera, si el autor no fuera de tanta autoridad; y hoy día vemos y oímos cosas extrañas, que vienen a personas devotas y siervas de nuestro Señor; y a los unos y a los otros sacó y saca nuestro Señor de ellas con mucha ganancia. De donde colegimos que es menester creer hombre en semejantes casos lo que no ve, y *esperar contra la esperanza* (*Rom.*, 4) como Abraham.

---

(2) *Hermana;* LA LECTURA, *humana.*

4. Decidme, hermana, ¿habéis visto a los cantareros encender algún horno? ¿habéis visto aquel humo tan espeso y tan prieto, aquel encendimiento de fuego, y aquella semejanza de infierno que allí pasa? ¿Quién creyera que los vasos que allí dentro están no habían de salir hechos ceniza del fuego, o a lo menos negros como la pez del humo? Y pasada aquella furia, apagado el fuego, al tiempo que deshornan, veréis sacar los vasos blandos de barro duros como piedras; y los que primero estaban morenos, salir más blancos que la nieve, y tan lindos, que se pueden poner en la mesa del rey. Vasos de barro nos llama San Pablo (*Rom.*, 9); y con mucha razón por cierto. pues tan blandos somos y delicados para sufrir los golpes de los trabajos. Una jarrilla sois, y por cocer habéis estado, y por eso érades tan tierna, y no podíades retener ni conservar bien el licor que Dios os infundía. Coceros quieren, hermana; tened paciencia; metida estáis en el horno de la tribulación; sufrid ahora esos fuegos, y esas humaredas y obscuridades; y confiando en la sabiduría y bondad de nuestro buen ollero ni saldréis hecha ceniza que lleve el viento, ni tiznada con algún mal que se os haya pegado; antes dura para padecer, para que aunque caigáis no os quebréis; blanqueada del descolorido color que primero teníades, y finalmente, hábil y dispuesta para ser *vaso de honra,* y para ser puesta sobre la mesa de Dios. Procurad no salgáis del horno quebrada, porque no os den por ahí de balde. Solamente se quiebran los que en el horno de la tribulación pierden la paciencia. Confío en nuestro Señor y en vos, que saldréis sin lesión. Sufríos ahora un poco, que presto se apagará todo. No desmayéis, por más que atice el demonio; persiga cuanto quisiere, confiad en Dios.

5. Señal es que no tiene Lucifer parte en vos, pues va tras vos; que si os tuviera, no os siguiera. Señal es que os habéis ido de su reino, pues tantos escuadrones de gente armada van en pos de vos. Salisteis os de las tinieblas de Egipto para ir a la tierra que Dios os ha prometido; sale Faraón tras vos con todo su ejército (*Ex.*, 14); halláis os ahora atajada: delante de vos el mar Bermejo, detrás los enemigos: no halláis por qué vía huir. No temáis; esperad, y veréis las maravillas que ha de hacer el Señor: *El Señor peleará por vos, y vos callaréis* (*Ex.*, 14, 14); el

Señor abrirá camino por medio de las aguas: *las aguas os serán en lugar de muro a la diestra y a la siniestra* (*Ex.*, 14, 22), y pasaréis a pie enjuto por medio de las tribulaciones y tentaciones, y vuestros enemigos se ahogarán en ellas. Pensad qué gozo será aquél cuando, habiendo pasado todo el pueblo de Dios este mar peligroso del mundo, tomará María Virgen, figurada en María la hermana de Moisés, *el adufe* (3) de su cuerpo, y comience a cantar, y vos en compañía de las otras vírgenes a responder aquel cantar de tanta alegría.

6. Y porque más os consoléis, sabed que no hay de qué tener escrúpulo; porque más es eso tormento padecido, que pecado cometido. Entretanto que vos no consentís libremente, ni os deleitáis en el pensamiento que el demonio ofrece, ni lo queréis vos pensar, ¿de qué tenéis escrúpulo? Pues, creedme como a hombre que conoce vuestra conciencia, que aunque os parezca que habéis alguna vez consentido, el temor os hace parecer lo que no es, como acaece a los que tienen fiebre o alguna otra fuerte pasión. Y esto sea para excusaros en lo pasado, y no para descuidaros en lo por venir. Y aunque alguna cosilla se os hubiese pegado, aunque alguna heridilla hubiésedes recibido, como vos no os rindáis ni deis por vencida, hermosas y gloriosas son las heridas del caballero en los ojos del rey cuando son recibidas en su servicio. Mayor es el bien y merecimiento que sacáis de la victoria, que el daño que padecéis en la lucha; por eso ninguna cosa os turbe. No os engañéis en pensar que las imaginaciones y tentaciones son cosa vuestra, obrada por vos; obras son de Lucifer, palabras son que él habla, e imágenes que representa. Miradlo todo como cosa ajena, y haced como cuando oís a un hombre blasfemar y decir otras palabras feas, que aunque os da grave pena el ver que se ofende Dios, al fin os es algún consuelo ver que no sois vos la que le ofendéis. Péseos que el demonio hable, y haga como quien él es, y consolaos que no sois vos, sino él, y que al fin ha de llevar su pago.

7 San Pablo decía (2 *Cor.*, 12) *que se gloriaba en sus flaquezas y tribulaciones, porque en ellas resplandecía más la virtud y fortaleza de Cristo*. Hermana, si a Cristo amáis, gozaros debéis de la gloria que saca

---

(3) *Adufe;* pandero,

Él de vuestras flaquezas. ¿No os parece que muestra Dios en vos su fortaleza, pues con las flaquezas de una mujercilla, muchacha y enferma y nada, vence las fuerzas y poderíos de las huestes infernales? Pues porque Jesucristo sea glorificado, ¿no seréis vos de buena gana combatida? Sí por cierto, y de muy buena gana; que eso creo yo de vuestra caridad que vos pretendéis, eso creo yo que deseáis, que se sirva el Señor de vos, y sea en cosas prósperas o en adversas, en dulces o en amargas, en amores o en dolores, en guerra o en paz. Ahora quiere que le sirváis en la guerra con frío y con sol, las armas a cuestas de día y de noche, durmiendo con sobresaltos en pie sobre una pica, y lo que más os duele, lejos de la presencia del Rey. Tras este tiempo vendrá otro, y os mandara que le sirváis en la sala, donde gozaréis de cuanto deseáis. Entretanto, gozaos que servís al Rey. Él fortalezca vuestra ánima para pelear las peleas del Señor, y os saque vencedora, para que merezcáis la corona de gloria que tiene prometida a los que vencieren. Amén.

22.—A UNA SEÑORA CASADA

Esforzándola a que lleve con paciencia del Señor los trabajos.

SEÑORA:

1. Deseo tengo de preguntar a vuestra merced a qué saben los frutos de la cruz, pues tanto come de ellos. El Señor dijo (*Cant.*, 7): *Subiré a la palma, y tomaré los frutos de ella.* Y parece que ha tomado a vuestra merced de la mano, y subídola consigo a lo mismo; para que si antes solía subirla para que mirase y contemplase cómo Él comía, ahora no se contenta con que ella lo acompañe con haber compasión de las penas de Él, sino que coma con Él en la cruz, y sea testigo de prueba. de lo que Él padecía cuando comía. Bienaventurada oso llamar al ánima que, con la Madre de Dios, está al pie de la cruz del Hijo, como ella estaba penando con Él, comiendo a una mesa, crucificada con Él; que no hay cosa tan agradable a los ojos del Padre, como ver a su Hijo, y a los que a su Hijo acompañan con imitación de sus trabajos y cruz.

2. No se engañe nadie pensando que se enamora Dios de donaires y niñerías, o que han de reinar con Él cualesquiera. El favor de Dios es para los amadores de los trabajos. No ha de reinar sino el crucificado; para que los hombres sepan que pues acá les pide tanto, aquel reino no es como quiera, sino muy abundante en riqueza y descanso, pues es Dios su joya, y se esfuercen con nuevos alientos a despreciar todo descanso presente, y sufrir todo trabajo. ¿Qué quiere vuestra merced que haga nuestro Señor, sino lo que con sus mados hijos hace y hará? ¿Qué quiere que haga, sino tratarla como el Padre suyo lo trató a Él? *Como el Padre me amó, os amo Yo a vosotros,* dijo Él (*Jn.*, 15). Pues quien se parare a mirar el tratamiento de tal Padre a tal Hijo, sufrirá con paciencia el suyo, por áspero que parezca..

Espere un poquito, señora, que pasarse ha esta tempestad, y gozarse ha de haberla pasado. Abaje su cerviz a la voluntad de su celestial Padre; que así hizo Jesucristo cuando le pusieron al cuello una soga que le desollaba la cerviz, y Él callaba de dentro y de fuera por la obediencia del Padre. ¿Qué nos dice esta dura soga en cerviz tan delicada, y aquella pesada cruz en hombros tan cansados, sino que seamos obedientes en sufrir los trabajos, aunque nos desuellen y arranquen el mismo corazón? No es razón que sea ya vuestra merced parte en sí misma para ordenar su vida, y escoger «Esto quiero, y esto no», pues se ha ofrecido muchas veces por esclava verdadera del Señor a toda la voluntad de Él. Porque no es razón que quiera ahora desdecir en el trabajo lo que antes afirmó en la paz; ni querrá ser como amigo fingido, que en el tiempo del placer hace muchas ofertas, y cuando le dicen que pase algo, desdice lo dicho. *¡Ay de aquellos*—dice la Escritura (*Eccli.*, 2, 16)—*que perdieron el sufrimiento!* Quiere decir, que como cansados de trabajar y esperar, dieron con su corazón en el suelo, como quien no puede llevar la carga. *¡El justo,* señora, *de la fe vive!* (*Habac.*, 2, 4), y el Señor le manda que espere, aunque haga tardanza, y promete que vendrá.

3. Mas si el justo tiene reloj que da muy aprisa las horas, y le parece pasarse el tiempo sin que Dios le remedie, decirle han lo que está en Isaías (1, 28): *El que creyere no se dé prisa, sino ponga su salud en la longanimidad,* como dice San Pedro (2 *Petr.*, 3). El

Señor vendrá, señora, y la consolará. Alborotada está la mar, y las olas quieren anegar la navecilla, y el Señor duerme de buen reposo, como quien tiró la piedra y escondió la mano; y picó y huyó. Él hizo levantar la tempestad, y luego echóse a dormir. Él ha puesto a vuestra merced en los trabajos que tiene, que no otra mano. Él atribula y hiere, que sin Él no se puede nada hacer. Y el que también ha sabido herir, y tan vivo ha estado para atribular, duerme ahora cuando le piden remedio; y mientras más le piden consuelo, suele acrecentar desconsuelo; y con todo esto quiere que tengamos una fe viva que en todos estos trances no desconfíe; y si lo hacemos, con lo que recuerda (1) es reñir y decir (*Mt.*, 8): *Hombres de poca fe, ¿por qué estáis temerosos?* ¿Ve, señora, cuán esmerada, probada y pasada por fuego quiere esta fe para confiar? Que así como una castidad es probada en cosas contrarias, una humildad con deshonras, una paciencia con trabajos, una caridad con hacer bien a quien nos hace mal, así es la fe y confianza probada con enviar Dios trabajos que parezcan sacar de juicio, y esconderse Él, y parecer que añade más mientras más es rogado. Conviene pasar esto si queremos oír (*Mt.*, 15): *¡Mujer, grande es tu fe!* Esta lucha hemos de vencer, si queremos nombre y corona de verdaderos y perfectos fieles. Y conviene recibir azotes, y que escuezan hasta el ánima, y creer que son abracijos (2) de grande amor. En esto que de fuera parece ira, hemos de creer el corazón de Dios muy pacífico, y sus entrañas muy paternales, para que no vivamos en sentido de carne, sino en fe, que es muerte de sentido de carne.

4. Esta, señora, es la sabiduría de la Cruz, que a ojos cerrados se sujeta a la santa ordenación de Dios; y con este no juzgar, sino confiar en Él, es más sabia que todo el saber del mundo. Porque quien a Dios quisiere conocer y agradar, no alce, sino abaje los ojos con humildad; y no escudriñar, y alcanzará el verdadero saber, y hallará al Señor de las virtudes, que en todas las cosas es suave para los suyos, y entonces les hace mayores bienes cuando a los ojos de carne parece que los desampara.

Mas días ha que vuestra merced cantó este cantar

---

(1) *Recuerda:* despierta.
(2) *Abracijos:* abrazos,

(*Cant.*, 2): *Mi Amado a mí, y yo a Él.* Cántelo ahora, que para el tiempo de los trabajos son los requiebros. Su Amado la mira y tiene de ella cuidado; mírelo ella, y fíese de este cuidador. Él a ella es padre, aunque la azote; sea ella hija en recibir con obediencia y hacimiento de gracias su azote; y si duele mucho mirando el azote, témplelo mirando la mano que envía el azote. Su Amado es, y más Amador que Amado; con amor la azota, con amor lo reciba, para que responda al tono que el Señor le habla. Apurarla (3) quiere con fuego; no huya del crisol, aunque le duela; que más vale quedar limpia de la inmundicia de la tierra, que es la propia voluntad, aunque quede hecha pedazos, que no sana y suya. Cante al Señor (*Ps.*, 16): *Probaste mi corazón y visitástelo en la noche; examinásteme con fuego, y no fué hallada en mi maldad.*

Así, así, señora, apura Dios a sus escogidos; y quien así no es probado y apurado, no es hijo, ni será heredero. Y pues ha días que vuestra merced tiene prendas de heredar, sufra con paciencia la carga aneja a la herencia. Muy rica y gozosa es ella; mas los herederos han de ser muy atribulados acá; y de la cruz los han de quitar acá, cuando entren a reinar allá, que no de placer a placer. Agarrochados salen los buenos toros del coso, que los flojos sanos se van. Y es así el buen cristiano, que de todas partes ha de tener garrochas. Y cuando faltan tiranos y sayones, bastan la casa, hijos, marido y amigos, que, por otras vías más blandas, atormentan más que los otros. Cierto es que ver padecer a quien amamos, cuchillo nos es, y el amor es nuestro sayón, y mientras mayor amor mayor sayón; mas no le volvamos el rostro, que este amor fué el sayón de Jesucristo, que más le penó que los de fuera; y este fué el sayón de su Madre, y de cuantos escogidos hay de Dios. Apareje vuestra merced la cabeza para ser de Él cortada, su corazón para ser atormentado; y en la presencia de Dios y de su Corte, que le están mirando, pelee varonilmente, pues le está aparejada excelente corona. El Señor que envía el trabajo, sabe el tiempo del desconsuelo, y Él lo proveerá en su tiempo; y entretanto dé paciencia, y sea con vuestra merced siempre. Amén.

---

(3) *Apurarla:* purificarla.

23.—A D.ª SANCHA CARRILLO (1)

Enferma; consolándola en sus trabajos y animándola a que los pase por Cristo trabajado.

SEÑORA:

1 Sabido he que vuestra merced está mala; y no me pesa de ello; porque si es de alguna demasía de penitencia que ha hecho, bien se le emplea el castigo; y si no es sino que nuestro Señor lo envía, sea muy en buena hora la parte que de la cruz le da. Y aunque por una parte me da pena su pena cuanto sabe nuestro Señor, por otra me alegro, porque veo clara la ganancia de quien yo deseo ver muy ganada. No quiero yo para mis hi consuelo, sino azotes; que después será tiempo de los consuelos. Ahora, señora, no se quiten sus ojos de la cruz, ni su corazón de quien en ella se puso; no descanse hasta que le sepa bien el padecer, que en ello se parece el amor; no haya piedad de sí misma, que en el cielo y en la tierra tiene quien de ella la tenga muy de corazón; y lo que le viene, muy mirado viene, y pasado por mano de quien la ama muy de verdad. No se atibie la fe en los peligros y necesidades, ni el amor entre los trabajos.

2. Cuando el fuego es grande no se apaga con el viento, antes crece; y así, cuando uno ama a Dios de burla, con un soplillo que le soplan se apaga su fuego como candelilla. Mas el verdadero amor crece en los trabajos; porque más fuerza pone a sufrir, mientras más viene que sufrir; y como sea de Dios, vence a los trabajos, y ninguna agua basta para apagar este fuego que del cielo descendió. Para amar la llamó Dios, y no es cosa el amor para regalaros. Conviénele aborrecerse para amar a Cristo, y negarse para confesarle, y ser cruel para sí misma, para ser suave y blanda al Señor. Si le quiere y desea gozar, pierda a sí misma; si le quiere ver, por lanzas se ha de meter; si le desea aposentar en su corazón, eche de él a sí misma y a toda cosa criada.

3. Sola la quiere Dios, y atribulada, no por malquerencia, sino después que su Hijo bendito fué atribula-

(1) Así opina LA LECTURA (pág. 293).

do, no quiere ver a sus hijos vestidos de otra librea. Esto es lo que delante sus ojos parece hermoso, ver en nosotros la imagen de su unigénito Hijo. Y así como no hay cosa que de tan buena gana mire una ánima, como a Jesucristo atormentado en la cruz, y mientras más atribulado y afeado está, más hermoso le parece, así mientras más padeciéremos, mejor pareceremos a Dios. Y no es mucho que el ánima, que a Dios desea bien parecer, se ponga este afeite con que a Dios enamore, pues que las mujeres del mundo hacen muchas cosas y muy a su costa para contentar a hijos de hombres. Señora, mudarse tienen los cueros para parecer bien a Dios. Con agua fuerte se apura (2) el oro, y quitada la tierra, sale resplandeciente del crisol. Hayamos vergüenza de ser tan flojos en empresa tan grande como es agradar a Dios, que si lo sintiésemos cobraríamos ánimo para derramar la sangre por Él, porque más hermosos le pareciésemos. Y considerando esto un ermitaño santo, y viendo una mujer del mundo ir muy compuesta y galana, comienza él a llorar y decir: «Perdóname, Señor, perdóname, que el atavío de esta mujer que en un día ha tenido para agradar a los ojos del mundo, sobrepuja al que yo he tenido en muchos años para agradar a los tuyos.» Así que, señora, la empresa del amor no es palabras, sino dolor, crudos tormentos, deshonra del mundo, desamparo de criaturas y ausencia del amparo del Criador. Y con todo esto ha de haber buen rostro, no quejas, no caimiento de corazón; mas a semejanza de mártir que le sacaban las entrañas y peinaban con peines de hierro, y no sonaba en su boca sino JESÚS, y en su corazón, BENDITO SEA DIOS, y propósito de pasar más si Dios era servido. Don y merced es padecer por Cristo, y no la da sino a quien Él mucho ama.

4. Gran misericordia es dar a uno papirotes (3), y soltarle los azotes. Y si con lo que aquí se pasa se quita lo que allá debemos, trabajemos aquí, y paguemos todo lo que Dios quisiere, porque salidos de aquí, luego veamos la faz de Dios. Baste el destierro de aquí; trabajemos, que en acabándose, luego nos me-

---

(2) *Se apura:* se acrisola.

(3) *Papirote:* capirote; golpe en la cabeza con el dedo del corazón violentamente separado de la yema del dedo pulgar.

tan en nuestra tierra. San Agustín dice que «hace injuria al mártir el que ruega por el mártir», porque el martirio le hace volar al cielo derecho. Pues trabajemos nosotros de ser mártires con la paciencia; que aunque no es tan grande nuestro trabajo como el de aquéllos, es más largo. Y debemos desear que esta vida no nos sea apacible, mas un puro martirio; que ésta fué la vida de nuestro Señor, y ésta quiere que sea la nuestra. Muchos mártires hubo por la fe, mas en fin muchos han ido al cielo sin serlo; mas mártires de amor todos lo hemos de ser, si queremos ir allá. Este nos ha de atormentar, haciéndonos tomar pena porque ofendimos a Dios y porque otros le ofenden: éste nos ha de quitar todos los consuelos de aca, y ponernos la cruz encima los hombros: éste nos ha de hacer abrazar los trabajos, y pasar por encima de ellos con la llama del amor de Dios encendida: éste hace sufrir deshonras, sin las sentir, y saca a uno de sí, como el vino al borracho. Que en esto se parece el amor, que el que lo tiene no busca a sí mismo, sino a solo Dios y su voluntad.

5. Mas este amor tan cruel, ¡qué piadoso será después a quien le abajó su cuello para recibir su martirio! No puede uno sentir las fuerzas del amor con que aquí atormenta, ni las con que después consuela. Creámoslo, señora, pues Dios lo ha dicho, y en fe de su palabra caminemos, que gran camino nos queda. Escoja cuál quiere más: largos trabajos y no muy grandes, o breves y grandes; que de pasar mucho no puede escapar. De esto no se entristezca, que si le da Dios muchos trabajos es porque así lo merecen sus muchos pecados; y así los pagará aquí. Y así lo pido yo al Señor que se los dé; porque si yo muriere primero que vuestra merced, no querría que ella fuese a purgatorio: quizá no tendrá a quien le duela su ánima, ni tenga mucho cuidado de la sacar: y si ella muere primero, harto me bastará le pena que de ella tendré.

6. Perdóneme, que no es razón que ella mire a su provecho, ni yo; sino que aunque sepamos que después de esta vida hemos de ir a tormentos, debemos aquí esforzarnos a los pasar por amor, y el amor con sólo amar (4) se contenta. Cristo padeció por nuestro amor, padezcamos por el suyo: Cristo llevó la cruz,

---

(4) *Amar;* La Lectura, *amor.*

ayudémosela a llevar: Cristo deshonrado, no quiero honra: Cristo padeció dolores, vénganme a mí: Él tuvo necesidades, ésas quiero yo tener: Él por mí fué aquí extranjero, no tenga yo cosa en que repose mi corazón: Él murió por mí, sea mi vida por su amor una muerte continua. *Viva yo, ya no yo; mas viva en mí Cristo* (*Gal.*, 2, 20), y Cristo crucificado, apasionado, desamparado, y en sólo Dios recibido. Este Cristo quiero, aquí lo busco, y fuera de aquí no lo quiero. Haga Él lo que mandare de mí, que yo trabajos quiero por Él: déme galardón o no, que sólo el padecer por Él es muy sobrado galardón. Y si mercedes me quisiese dar, no le pediré otras sino trabajos; porque en esto conoceré que le amo y que me ama, si Él me pone a mí en la cruz, donde Él aquí estuvo. Que aunque no busque mi provecho, bien sé que, si persevero en su cruz, que me llevará a su reino. A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

24.—A UNA SEÑORA MONJA, ATRIBULADA.

Enséñale cómo los trabajos son prueba de la fe y amor de los siervos de Dios; y cuánto deben ellos estar confiados en su Majestad en medio de sus trabajos.

1. Recibida vuestra carta, di gracias a nuestro Señor porque os ha dado señal que vuestro llamamiento es de su mano; y la señal es que habéis padecido trabajos. No debéis alegraros poco, pues que el Señor os ama; ni debéis descuidaros, pues estáis entre los peligros. Mirando al que os llamó con tan grande amor, debéis cobrar mucho esfuerzo; porque no os llamó para desampararos en medio del camino, mas para guiaros debajo de sus alas hasta enseñaros en el cielo su faz. No se aduerma en vos la fe en Cristo ni el amor, que Él no dormirá para vuestro remedio. Pruebas son éstas que Él suele hacer con quien ama, para probarlos si le aman entre los trabajos, y confían en Él entre los peligros.

2. No es de agradecer que ame la esposa al esposo en presencia de él, ni es mucho que confíe de él siendo de él regalada; mas conviene que ausentándose él, y aun pareciendo que se olvida de ella, tanto más le ame cuanto más se le ausenta él, y tan-

to más confíe cuanto menores señales hay para ello. Bastaos, hermana, haber conocido por experiencia cuán amoroso ha sido Dios para vos, trayéndoos a su conocimiento. No le pidáis más señales de amor; mas certificada de ello, aunque os azote y parezca que de vos se olvida y extraña, no os turbéis, mas decid: «Probarme quiere, no atribularme.» Amad al Señor, aun Él os azote; confiad en Él, aunque no le gustéis; buscadle, aunque se os esconda; no le dejéis reposar hasta que recuerde (1) y responda; que si sois fiel en su ausencia, le veréis venir a vos con tanta ganancia, que gozando de su presencia, deis por bien empleado el trabajo pasado. Esforzaos a padecer, que a la medida de los trabajos os darán los consuelos.

3 No seáis amadora de vos, y seréis amadora de Dios; perdeos, y hallaros heis. Y si de una vez os fiásedes de Dios, y con amor os ofreciésedes a Él, no habría cosa que os espantase. De la poca fiucia nace la helada turbación, y por eso decía nuestro Señor (*Jn.*, 14): *No se turbe vuestro corazón ni tema; creéis en Dios, pues creed en Mí.* De manera que la fe con amor es causa del sosiego del corazón. No hay cosa que tanto os convenga tener para llegar al fin de la jornada en que Dios os puso, como confiar en Él con amor. Muchas y grandes pruebas os hará Dios; grandes tribulaciones se os levantarán de donde no penséis: mas si de esta fe con amor estáis armada, todo lo venceréis.

4. Acordaos cómo los hijos de Israel, salidos de Egipto con tantos milagros, y pasando tantos trabajos hasta llegar a la tierra que Dios les había prometido, dijeron (*Num.*, 13, 29): *La gente* que la posee *es* mayor y *más fuerte que nosotros; tienen ciudades muy altas, que llegan sus muros al cielo;* no podremos vencer cosa tan fuerte. ¿Para qué comenzamos este camino? Y aunque algunos que tenían fe, los esforzaban diciendo, que siendo Dios de su parte ligeramente vencerían, como hasta allí habían hecho, prevaleció tanto el temor, que se enojó nuestro Señor con ellos, y por la poca fiucia perdieron la tierra, y los mato Dios en el desierto, sin gozar de lo que habían trabajado y Dios les había prometido. Escarmentemos, hermana, en cabezas ajenas, y sepamos que se aplace Dios en los que le temen y esperan en

---

(1) *Recuerde*. despierte.

su misericordia, y se enoja con los que no. Él os sacó del cautiverio de Egipto cuando inspiró en vuestro corazón deseo de ser suya, y os lleva por este desierto tan desabrido, donde unas veces falta el pan de la doctrina, por no haber quien lo reparta; otras, compañía que hable de Dios para que no se sienta el camino; otras, árboles de alegría, y en su lugar mil desconsuelos: ya se levantan tentaciones de dentro, ya de fuera, ya de extraños, ya de conjuntos. Mas a esto sólo atended, que quien hizo lo más hará lo menos. Quien de enemiga os hizo amiga, mejor os guardará siendo amiga. Quien no os desamparó desamparándole vos, no os dejará queriéndole vos. ¿Quién habrá que con verdad diga, que buscando a Dios no le ayudó Dios? No temáis, sierva de Cristo, en todo lo que os acaeciere y pudiere acaecer, en confianza del que os amó muriendo por vos. Vuestro favorecedor no es sino uno, mas mucho más puede que todos los que contradeciros pueden. No os parezcan grandes gigantes y fuertes ciudades las que habéis de combatir, porque no sois la que habéis de pelear; mas *vos callaréis, y el Señor peleará por vos* (*Exod.*, 14, 14). No huyáis vos de la guerra, ni os deis por vencida; *estad constante, veréis el favor del Señor sobre vos* (2 *Paral.*, 20, 17). Que en esta guerra, aquel sólo pierde la corona, que da a huir de la guerra. Flaca sois; mas en vuestra flaqueza enseñará Dios su virtud. Poco sabéis, mas Dios será vuestra guía. En vuestras miserias enseñará Dios sus misericordias. ¿Quién sois vos para pasar tales trances? Mas decid con David (*Ps.*, 17, 30): *En mi Dios pasaré yo el muro.* ¿Quién vos para pelear? Mas decid: *Si se levantaren contra mí millares, no temerá mi corazón* (*Ps.*, 26, 3). Creed, hermana, que cuanto es este negocio para vos difícil, tanto es para Dios ligero. Así desconfiad de vuestra flaqueza, que no desconfiéis de su fortaleza. Verdaderamente os coronará, si perseveráis en su amor, y confiáis que por su gracia alcanzaréis la corona.

5. No os olvidéis de aquella promesa de Cristo (*Mt.*, 10): *Quien me confesare delante los hombres, confesarlo he yo delante mi Padre, que está en los cielos; mas quien me negare delante los hombres, negarle he yo delante mi Padre, que está en los cielos.* ¿Paréceos que se deben estimar por trabajos los que se pasan por confesar a Cristo, pues tal galardón se les dará, que Cristo con mucha honra el día del juicio

nos ha de confesar delante el Padre? ¡Bienaventurado padecer, y deshonra, y pobreza, a la cual tanta honra ha de suceder! ¿Qué será, hermana, oír de la boca de Cristo delante el mundo universo: *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado?* (*Mt.*, 25). ¿Qué será cuando los ángeles canten a la que aquí hubiere sido fiel sierva del Rey celestial: «Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que el Señor te tiene aparejada», no para un día, mas para siempre? ¿Qué sentirán las esposas de Cristo cuando, pasado el mar de este mundo, quedando los enemigos que nos perturban en él ahogados, con gran alegría por haber pasado este peligroso mundo sin habernos ahogado en sus vicios, cantemos con gozo (*Ps.*, 123, 7): *¡El lazo se ha quebrado, y nosotros hemos sido librados! Nuestro favor en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra?* ¿Qué será cuando la verdadera María, Virgen de vírgenes, vaya *con su adufe* (2) *en la mano* delante (*Exod.*, 15, 20), que es su cuerpo sagrado, alabando a Dios en cuerpo y en ánima, cante diciendo (*Ps.*, 31): *Engrandeced al Señor conmigo, y ensalcemos su nombre en concordia y compañía?*

6. Bienaventurada vos si fuéredes fiel al Esposo que os escogió. Bienaventurada vos si os atreviéredes a perder lo presente, debajo de la promesa certísima de Cristo. Fiad, hermana, de tan cierta palabra; que no sois vos la primera a quien la ha dado y cumplido, ni seréis vos a quien su palabra falte. Dióla a Catalina, Inés, y Bárbara y Lucía, con otras innumerables doncellas. Mas decidme ¡cuán por entero se la cumplió! Atreviéronse a despreciar lo presente; veislas que ahora reinan con Dios. Vivieron acá con trabajos, y ahora para siempre reinan y descansan. ¡Cuántos combates pasaron, y ahora gozan (3) de las coronas del vencimiento! Huyeron los esposos de la tierra, y agradaron al Rey de los cielos. Si este mundo hubieran seguido, ya fueran sus placeres pasados, y sus memorias en olvido puestas. Mas amaron al Eterno, y por eso ni su bien se acabará, ni su memoria se envejecerá. Fueron escritas en el libro de Dios, y por eso ni agua, ni viento, ni fuego, ni tiempo las podrá envejecer; porque aquel libro es incorruptible, y así lo es

---

(2) *Adufe:* pandero.

(3) *Gozan;* así la edición de 1588; la de 1578, *reinan.*

quien en él está escrito. Hermana, pues esforzaos en Dios vuestra salud; y no penséis que os vende caro su cielo, que aun no habéis derramado la sangre por Él como aquéllas la derramaron.

7. Trátaos nuestro Señor como a flaca, y habíades os de afrentar de ello. Si más fe y confianza tuviésedes para confiar, y mayor amor para padecer, más peleas os procuraría el Señor, para que mayores coronas ganásedes. No os contentéis con padecer poco, pues tan grande será vuestro galardón, y tan mucho fué lo que Cristo por vos padeció. Él dió su vida por vos, y fué despreciado e injuriado: ¿de qué os quejáis vos de una picadura de mosca? Amad, y desearéis padecer; dóblense vuestros amores, y sufriréis doblados dolores. El amor de Cristo hace a sus poseedores más codiciosos de padecer, que el amor de sí mismo de descansar: hace que pese poco la carga toda que le echan, porque *es más fuerte que la muerte* (*Cant.*, 8, 6). Quien no ama, gime, como animal perezoso, debajo la carga; mas el que sí, corre y vuela, porque las alas le hacen no sentir el peso del cuerpo, ni de cuanto le echan encima.

8. No son, hermana, grandes nuestros trabajos, mas es pequeño nuestro amor. No pesa mucho una libra de peso, mas un niño dice: «¡Ay, cómo pesa!» Si la alzase un hombre, ni aun miraría en ello. Y así, esto tomad por señal si tenéis poco amor, que os pesarán mucho los trabajos; y si mucho amor, ni aun miraréis en ellos; porque así os embebeceréis en amar, que ninguna cosa de aquel sabor os aparte. En el mismo padecer hallaréis sabor, y de la piedra dura sacaréis agua (*Num.*, 20), y de las peñas sacaréis miel. Amad. y no trabajaréis, mas iréis sobre los trabajos como señora, bendiciendo a Aquel que os libertó. Si os amenazaren con muerte, diréis que venga en hora buena, para gozar de la vida; si con destierro, que adondequiera estáis desterrada hasta que veáis a Dios, y poco se os da ir al cielo desde la una parte de la tierra o desde la otra; si a Dios tenéis, dondequiera os irá bien; y si no, en vuestra tierra os irá mal. Si os viéredes despreciada, decid: «Cristo es mi precio, Él me precia: desprécienme todos, porque Él solo me precie.» Nos os afligiréis con la necesidad de las cosas presentes, porque vos misma las despreciaréis por deseo de conformaros con Cristo, que se hizo hombre pobre por vos. ¿Qué cosa puede haber que os espan-

te? Si os ha herido el amor de Cristo, hollaréis los demonios, os reiréis de las amenazas, pasaréis con osadía entre los enemigos. Confiad de Aquel que ama a los que le aman. Todas las cosas podréis en Él. Id a comprar de Él, aunque os pida por él todas las cosas; y no estéis sin amor, aunque os cueste la vida. *Tesoro escondido es;* mas *quien le halla, todas las cosas vende para comprarlo,* porque con sólo él se halla más rico que con toda la muchedumbre de todas las otras cosas. Y si a todos conviene tener amor, ¿cuánto más a la que Cristo tomó por esposa? Al siervo conviene temer, al hijo honrar a su padre, mas a la esposa amar a su esposo.

9. Amad, hermana, a nuestro Señor y no tengáis reposo hasta que Él este don os conceda. Amadle, y con reverencia; que éste es el amor que le agrada. No le tengáis en menos porque se os comunique; mas admiraos cómo una alteza tan grande se abaja a una tan profunda vileza. De los mal criados es tener a uno en menos porque se hace como compañero, que si se hiciese como señor; mas los que viven en luz, más estiman al Señor, mientras Él más se les abaja. El verdadero amor de Cristo esta señal trae consigo en prueba que es de Él, que así como siente la bondad de Dios y la estima, así siente la maldad del hombre y la desestima.

10. Amad, pues, adorad, *servid al Señor en gozo;* mas *gozaos con temblor,* no que os haga temblar como a esclava por miedo de los tormentos, mas como a verdadera hija, que tiembla de dar un enojo a su padre, por pequeño que sea. Ninguna cosa de éstas podréis de vos; mas si os humilláis conociendo vuestras miserias, y os presentáis a menudo delante vuestro Médico, Cristo, con la oración, y lo metiéredes en vuestro pecho por la Comunión, y le oyéredes hablar en la lección, y os dejáredes curar con todo lo áspero que os acaeciere, tened confianza que poco a poco os irá sanando. No huyáis de sus manos, aunque os duela la cura, que Él os dará sana a su tiempo. Y por las penas que os enviare y placeres que de presente os quitare, Él os dará su abundantísimo placer, que así como río os embriague, adonde os alegraréis para siempre, sin que bien ninguno os falte y sin temor de perderlo. Allí os daréis por contenta y pagada; porque más bien os será dado que vos podréis desear; el cual no es criatura, mas Criador de todas las cosas, ver-

dadero Dios, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

25.—A UNA SEÑORA.

Que para servir a Dios, el padecer por su amor es lo más alto, seguro y cierto de todo lo que hay que escoger.

SEÑORA:

1 En tanta ligereza de vida como es la que vivimos, razón es escoger lo mejor para el servicio de Cristo, y aquello ponerlo por obra con diligencia, porque después no nos arrepintamos de no haber sido siervos fieles al Señor, que tan fiel nos ha sido, y esperamos que nos será.

Muchas cosas hay en esta vida en que podemos poner nuestros ojos, pues que tenemos de Dios *el libre albedrío, para echar la mano a lo uno o lo otro* (*Eccli.*, 15, 14).

Mas entre tantas, ¿qué escogeremos? ¿Por ventura placeres, que como humo se pasan, y dejan diez tanto dolor que trajeron de alegría? ¿O el estiércol de las riquezas, que suele cegar los ojos de quien las posee, y hacen ser dificultosa la entrada en el cielo? (*Mt.*, 19, 23). No hay, señora, que mirar en cosa ninguna de aca, porque aunque uno las tenga todas, no tiene sino *afligimiento de espíritu*. y embarazo para caminar, *y vanidad de vanidades y todo vanidad* (*Eccli.*, 1, 2). Por tanto, es bienaventurado quien aparta sus ojos de lo que tan presto se ha de pasar, y los pone en lo que nunca se acaba; adonde los placeres son verdaderos, por ser tomados en la verdad, que es Dios; y la riqueza es muy cierta, pues consiste en tener al que Él sólo basta para hacer rico con bienaventuranza inestimable al que a Él posee.

Mas para mirar y servir a este Dios hay muchas cosas, y unos se aficionan más a unas, y otros a otras, según el sentido de cada uno. A los unos aplace la vida activa, a otros la contemplativa. Unos se esmeran en la abstinencia, otros se hallan más esforzados para la castidad. Y así vemos haber florecido diversos Santos en diversas virtudes y dones de Dios.

2. Mas, señora, entre todo lo que acá hay para agradar al Señor, escojamos el padecer por su amor,

que esto es lo más alto. seguro y cierto. Y esto nos enseñó el Maestro de la verdad, que es Cristo; pues viniendo a este mundo, en esto principalmente se ejercitó, y a esto nos convida. Esto es cosa segura de polvo y de paja, pues no es conforme a la sensualidad, sino contra ella; y sólo el amor de Jesús nos hace que nos sepa bien, el cual es bastante para hacernos acometer y abrazar lo que de sí es desabrido y que hace huir.

¿Qué cosa significó que, viendo Moisés una serpiente delante de sí, se espantó y hechó a huir (*Exod.*, 4, 3), sino los que, mirando lo que padecen o han de padecer, se espantan, y no lo querrían ni aun ver de los ojos? Mas mandóle Dios que tornase a aquello de que huía; y no sólo tornase, mas *la tomase en las manos;* y obedeciendo a la palabra de Dios, halla en sus manos, no serpiente que muerde, sino *báculo* que sustenta. Y así acaece cada día a los que, obedeciendo en sus trabajos a la voluntad de nuestro Señor que los envía, y tomándolos en sus manos, que es ponerlos en obra y aceptarlos con obediencia, hallan no desconsuelo y alborotos, que con quejas fatigan el ánima, mas consuelo de sustentación y esfuerzo, confiando que, pues Dios les envía tribulación, Él está cerca de ellos según su promesa (*Ps.*, 90, 15), y que pone su amor en ellos, pues los trata como a hijos amados, y como en este mundo trató a cuantos amigos en él ha tenido. Y así, *la tribulación obró paciencia, y la paciencia fué prueba* del amor y fe que en Cristo teníamos; *y la prueba obra esperanza* (*Rom.*, 5, 3); porque Dios ha prometido de hacer participante en su gozo al que lo es de su cruz. Y así se tornó la tribulación *báculo* y arrimo de nuestra flaqueza, pues que nos hizo confiar más y más en el Señor, y nos quitó las picaduras y quejas que la tribulación, antes de esto, nos daba como si fuera *serpiente.*

3. Sea, pues, señora, avisada en escoger lo que a Dios agrada, y no sea de aquellos que reprende el Apóstol San Pablo diciendo (*Hebr.*, 5, 12): *Era razón que fuérades maestros, por el mucho tiempo* que ha que servís a Dios; *y* estáis tan niños, que *habéis menester ser de nuevo enseñados en los principios de las cosas de Dios, y estáis más para mamar leche, que para comer pan con corteza,* que es pan de grandes. Mire, señora, que no aplace a su maestro el discípulo que, diciéndole la cosa muchas veces, se esta tan

rudo como a la primera vez; y que el médico toma fastidio cuando, en una medicina que muchas veces pone, no halla remedio por falta del enfermo. Y así quiere Dios que no siempre nos estemos en la leche de los regalos, mas que con ligereza corramos a Él aunque sea por lanzas, y el fuego de nuestro amor queme todo aquello que delante se nos pusiere; pues no hay cosa que tanto nos convenga como amor, y el amor no se puede probar sino con el dolor o tribulación. Y no debe quien a Cristo ama, quererse estar sin probar, si de verdad le ama o no; porque aunque mucho le duela la prueba, más consuelo le da ver que *le ha Dios examinado con fuego, y no se ha hallado maldad en él* (*Ps.*, 16, 3), ni ha tornado atrás de la empresa que había comenzado. Gran honra es estar firme en lo que mucho nos amarga; y otro igual placer no damos a Dios, que cuando muy de corazón somos angustiados por Él, y bebemos aquel cáliz, en compañía del que Él por nosotros bebió.

4. En esto, señora, ponga sus ojos, pues que Dios quiso escogerla para que mirase a Él. No se acobarde de pelear las peleas del noble amor del Rey celestial: no tenga por tiempo bien empleado sino el que por su Amado padece; que este solo tiempo le puede dar alivio y conjetura que ama al Señor. Que en lo demás, aunque sea ser llevada al tercero cielo, no sabe si se ama a sí o ama a Él; porque quizá es su placer porque se cumple lo que desea, y no puramente porque se cumpla lo que quiere Dios. Y pues para amar a Él está dedicada y comprada, mire que se haga bien y a la continua su oficio, para que, como mujer hacendosa, aparezca el día del juicio, rica en amor y despedazada en la guerra de él; a semejanza de Cristo, que murió en la pelea de aqueste amor, convidando a cuantos le aman a padecer de lo que Él padeció, y a responder con amor a su amor, y estando aparejado a darse en galardón eterno a los que estos amorosos trabajos pasaren por Él. Una de las cuales será vuestra merced, por la gran misericordia de quien la escogió.

26.—A una doncella

Que le pregunto qué cosa era caridad. Enséñale, por el amor y caridad de los Santos en el cielo, el amor y caridad que ella ha de tener a Dios y a los prójimos en la tierra.

Devota esposa de Cristo:

1. Pedísme en vuestra carta que os escriba qué cosa sea caridad, para que guiásedes vuestra vida por ella: Porque siendo verdad la sentencia del Apóstol (1 *Cor.*, 13), si estamos sin ella, todo cuanto hiciéremos, aunque sea entregar nuestros cuerpos a llamas, todo vale nada. La petición es muy grande, y quisiera que el mismo Apóstol San Pablo, cuya sentencia os movió a preguntarlo, os respondiera; porque no sé yo qué mayor cosa me pudiérades pedir que ésta, pues que en ello consiste lo supremo de nuestra cristiana religión, y quien la guarda, dice el mismo Apóstol que *cumple toda la ley*. Así que, devota esposa de Cristo, suplicad al Espíritu Santo, a quien se atribuye el amor, que os enseñe en el corazón qué cosa sea lo que preguntáis, como lo enseñó el día de Pentecostés infundiéndose en los santos Apóstoles. Que el verdadero Maestro de este lenguaje, sabed que no es otro sino Él.

2. Porque ¿qué podría decir mi lengua terrena del lenguaje que se trata en los cielos? Ese lenguaje es celestial; los que del todo lo ejercitan, los bienaventurados son, los cuales no entienden en otra cosa sino en amar verdaderamente con todas sus fuerzas a nuestro Señor Dios, y a todo aquello que Él quiere que amen. ¿Cómo os podré yo decir del amor que ningún interés ni amor propio tiene, ni mira a otro hito ni fin sino a Dios, habiéndome dejado mi padre Adán todo revuelto hacia mi propio interés, y vuelto a que me busque a mí en todo? Mirad qué tanto, que aun en las cosas de Dios estamos tan torcidos hacia nosotros, que muchas de ellas las hacemos por nuestro provecho e interés; que aunque las obras sean santas, el amor con que se hacen todavía es propio. No tiene otra diferencia sino que cuando lo buscamos con obras malas corría por caño de barro, y después, buscándole por obras buenas, corre por caños de oro; pero, en fin, hacia nosotros corre. Plega a nuestro

verdadero Maestro Jesucristo, el cual siempre buscó la honra de su Padre (*Jn.*, 6), cuyo amor lo abajó a este mundo, *no a hacer su voluntad, sino la del que lo envió*, que abra mi lengua para que os diga algo de lo que deseáis. Que cierto, si vuestro buen deseo no me forzara a deciros algo de lo que he leído, mi poquedad me hiciera callar.

Mas para que entendáis qué cosa es caridad y cómo andéis siempre ocupada en ella, querría que supiésedes algo del amor que los bienaventurados tienen en el cielo, para que de aquél vengáis a conocer en qué consiste la caridad verdadera; porque tanto cuanto más a aquel amor nos llegáremos, tanto más tendremos del amor perfecto.

3. Habéis de saber, hermana, que el amor del cielo tiene a los Santos transformados en un querer con el de Dios nuestro Señor (1). Porque uno de los efectos del amor, según dice San Dionisio, es hacer que las voluntades de los amados sean una; quiero decir, que tengan un querer y un no querer. Y como el querer y el amor que nuestro Señor tenga no sea sino de su gloria y de su Ser sumamente perfecto y glorioso, de aquí se sigue que el amor de los Santos es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que el Señor Dios sea en Sí tan bueno y tan glorioso, tan digno de honra como es. Y como vean en Él todo aquello que ellos desean, sígueseles de aquí el fruto del Espíritu Santo (*Gal.*, 5), que es un *gozo* inefable de ver a quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en Sí mismo. Y si queréis rastrear algo de este gozo divino, mirad cuán grande es el alegría que recibe un buen hijo de ver a su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico, poderoso, honrado y muy estimado del Emperador (2). Cierto, hijos hay tan buenos, que dirían que no hay cosa a que se compare el alegría que reciben de ver a su padre tan estimado; tanto que, por mucha necesidad y aflicción que ellos tengan, no basta para quitarles tan gran gozo, porque ellos no pretenden sino el bien de sus padres. Si este gozo es tan grande, ¿qué os parece, hermana mía, que será aquel gozo de los Santos, viendo a su verdadero Señor, Criador uni-

---

(1) Véase el Sermón 11 de la Asunción.

(2) Recuérdese que el autor escribía en tiempos del Emperador Carlos V.

versal, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso Señor y Criador, que por su solo querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin Él no se puede menear una hoja en el árbol? Cierto, gozo es *que ojo nunca vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre pudo entrar* (1 *Cor.*, 2) conocimiento tan inefable sino en Aquel que lo tiene y posee.

4 Veis aquí, hermana, el amor que los Santos tienen en el cielo, hablando conforme a la poquedad de nuestro entendimiento. Y de aqueste *río caudaloso, que alegra a la ciudad de Dios* (*Ps.*, 45), sale el amor del prójimo en el cielo. Que como todo el deseo y gozo de los Santos sea ver a su Dios—amor verdadero suyo—lleno de gloria y honra, de aquí salen con un ferventísimo amor a amar, y querer que todos los Santos sean tan llenos de gloria y hermosura como son, y gozarse en gran manera de aquesto, porque en ellos se glorifica y honra Aquel cuya honra y gloria solamente pretenden. Y porque la causa de amar a los Santos es ésta, de aquí se sigue que más se gozan y quieren la gloria y hermosura de los mayores Santos que de la suya propia, porque ven a su bendito Señor más glorificado en los otros que en ellos. Bien veréis, hermana, cuán lejos anda de esta santa compañía el amor propio y la envidia que de él nace.

Mas diréisme que de ahí se sigue que tendrían algún pesar, porque ellos también no están muy crecidos, pues que crece la gloria de su Dios en ellos.

No se sigue, mirando el primer efecto del amor, que es unir voluntades; porque ellos están transformados en el querer de Dios, y no quieren más de lo que su Señor quiere; y porque ven que, tener uno más gloria que otro, fué por quererlo así el Señor Dios, de aquí vienen a estar muy contentos con la gloria que a ellos les dió. Y también porque la diversidad de grados de gloria en los bienaventurados, más hermosea la ciudad de Dios que si todos estuvieran de una color; como es más suave la música de una vihuela, porque tiene diferentes cuerdas y de diversos sonidos, que si todas fueran de uno solo. Y si es así, que habiendo diferentes grados de gloria *y diversas mansiones en la iglesia triunfante* (*Jn.*, 14), está más hermosa que si todas tuvieran una misma gloria, de aquí ven que su Señor está más honrado en ellos que

si todos estuvieran iguales, y así no tienen ellos pena por tener menos gloria que otros; porque ellos con sus colores, y los otros con otras más subidas, todos concurren en manifestar la infinita bondad y hermosura del que los crió

Veis aquí, hermana, el río que vido (3) San Juan en el Apocalipsis (22) *salir de la silla de Dios y del Cordero,* del cual beben los bienaventurados en el cielo; y con este amor inebriados (4) cantan aquel *aleluya* perpetua (*Apoc.*, 19), glorificando y bendiciendo a nuestro Señor Dios.

5. Bien habéis ya conocido algo de aquel esmalte con que están esmaltadas aquellas piedras preciosas con que está fundado el templo del monte celestial. Pues *a la semejanza de este templo que habéis visto en el monte,* habéis de fabricar la morada de vuestra ánima para el Señor; como le dijeron a Moisés, que mirase que hiciese el tabernáculo *al traslado del que había visto en el monte* (*Ex.*, 25).

Habéis, hermana—si queréis andar en perfecta caridad y amor del Señor el camino de esta vida—, de traer un querer perpetuo, o el más continuo que pudiéredes, con que siempre queráis que nuestro Señor Dios, delante del cual habéis de andar, sea en Sí tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en Sí mismo es; así con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándose vuestra ánima en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello, que es infinitamente bueno y poderoso, de quien recibe todo lo criado ser y hermosura, el cual en Sí mismo es tan lleno de gloria y de bondad que todos tienen de Él necesidad, y Él de ninguno: éste ha de ser el blanco donde ha de tirar vuestro amor. Y en esto dice Santo Tomás (5) que consiste la perfecta caridad. Porque el amor que los nuevos devotos dicen ser caridad, que es cuando están encendidos en devoción, amando tiernamente al Señor, aunque es santo, no es de tan altos quilates como este santísimo amor que transforma las ánimas en su Amado. Al cual amor nos convida la Escritura en muy muchos lugares, diciéndonos (*Ps.*, 96): *Alegraos los justos en el Señor.* Y San Pablo (*Phil.*, 4, 4), nos dice:

---

(3) *Vido:* vió.
(4) *Inebriados:* embriagados.
(5) 2. 2. *De charitate.*

Gozaos en el Señor. Y pareciéndole que no era consejo éste para decirlo una sola vez, torna a repetir diciendo: *Otra vez os digo que os gocéis*. Esto mismo nos dijo el Profeta David cuando dijo (*Ps.*, 36, 4): *Deleitaos en el Señor, y daros ha lo que pidiéredes*. Este es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima cuando dijo (*Lc.*, 1): *Alegróse mi espíritu en Dios mi salud*. Y con este gozo se alegró Cristo, cuando dice San Lucas (10, 21), que se alegró Jesús en el Espíritu Santo. Y el Real Profeta dice (*Ps.*, 83), que *su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo*, lo cual acaece cuando el ánima está con su voluntad (que *corazón* allí, *voluntad* quiere decir) actualmente amando, y queriendo que el Señor sea en si quien es. Y de la gran redundancia, que procede de la alegría que tiene, se enciende la misma *carne* en amor del Señor. Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, por eso la Iglesia, regida por Espíritu Santo, en el principio de los Maitines nos convida con el invitatorio a amar al Señor, diciéndonos (*Ps.*, 94): *Venid, alegraos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza a Dios nuestra salud*. Y si queréis ver la excelencia de este amor, ejercitadlo, y veréis como no se satisface el ánima si no alaba al Señor. Que parece que como ve en su Dios cumplido lo que ella quiere, prorrumpe luego en hacimiento de gracias por haberle cumplido su deseo en bendecirle, que es el mismo efecto que sigue al amor del cielo, diciendo el Profeta David (*Ps.*, 83, 5): *Bienaventurados son, Señor, los que moran en tu casa, que en los siglos de los siglos te alabarán*. En este amor estaba inflamado San Agustín cuando dijo, hablando con el Señor: Si Vos fuésedes, Señor, Augustino, y yo Dios, haríaos yo a Vos Dios y haríame yo Augustino. No creo que era menester traer más testimonios para probar la grandeza de este amor porque la misma razón dice que éste es el amor que saca al hombre de sí, y le transforma en Dios su amado.

6. De este amor, hermana, se ha de seguir que todas vuestras obras, y ejercicios y oraciones habéis de hacer en gloria y honra de este Señor, el cual merece ser servido y adorado por su sola bondad de cuantas criaturas ha criado, sin que tengáis otro respeto que os ha de galardonar lo que hiciéredes; porque aunque sea bueno y santo servirle al Señor *por retribución* (*Ps.*, 118, 112), pero no es de perfecta caridad, la cual no busca interés, sino sola la gloria y

honra de Dios nuestro Señor. Si quisiéredes alguna vez ponerle a vuestra ánima delante el premio que le han de dar por lo bueno que hiciere, para animarla a bien obrar, no sea éste el último fin, sino querer servir al Señor; porque mientras más gloria tuviéredes, más gloria y honra recibirá nuestro Señor Dios. De arte, que el último paradero sea glorificar a nuestro benditísimo Señor; y de esta manera podéis *inclinar vuestro corazón a los mandamientos de Dios por la retribución,* como decía el Profeta David.

7. Diréisme: ¿Quién tiene el ánima despierta para andar alegre y regocijada, gozándose en su Dios, pues está muchas veces tan triste y tan tibia, que en ninguna manera puede entrar en ella alegría? ¿Qué remedio habrá entonces para no faltar en tan perfecto y soberano amor?

Por eso os dije que trajésedes un *querer,* con que quisiésedes que el Señor fuese en Sí quien es; porque la caridad en este *querer* consiste; el cual, aun (6) el ánima tibia, y seca y triste lo puede tener, así como puede querer que su padre viva estando así triste; entendiendo que es menester gracia de Dios, la cual no negará el Señor a quien se esforzare a andar este camino. Quiero decir, que aunque estéis triste, que queráis que nuestro Señor Dios sea en Sí quien es. Y el *gozo* que de aquí se sigue y alegría en el Señor, eso es *fruto* de Espíritu Santo (*Gal.*, 5), que se sigue de esta caridad cuando nuestro Señor quiere con más familiaridad comunicarse. Y aquél, cuando su Majestad lo diere, bendigámoslo por ello; y cuando no, perseveremos en este otro, bendiciendo y adorando siempre a nuestro Señor, digno de infinita gloria y alabanza. Que es muy gran yerro el de aquellos que piensan que si no hay gozo, aquel acto de voluntad no vale nada, en el cual consiste la caridad; y como el demonio lo siente, no hace sino echar grandes tibiezas y sequedades, para que, pensando que no hacen nada, dejen este santo ejercicio.

8. Debéis luego, haciéndoos sorda a las tentaciones del demonio, perseverar en vuestro ejercicio; porque si no perseveráis, no vendréis a gozar de la corona y paraíso que vienen a alcanzar los aprovechados en este santo amor, aun acá en la tierra. Debéis mirar con cien mil ojos que el fin y paradero de vuestro

---

(6) *Aun;* así la edición de 1595.

amor sea todo—en lo que hiciéredes—glorificar a nuestro Señor. Porque es tanta la vuelta que dió la naturaleza, por el pecado de nuestro primer padre, a buscar en todo su provecho y su bien, que si no estáis en atalaya, aun en este ejercicio, que totalmente echa fuera el amor propio, os veréis muchas veces buscaros a vos misma, holgándoos porque así amáis al Señor, porque adquiris grandes premios para el cielo, y porque vuestra ánima recibe consolación, y otros intereses propios, que aunque no sean malos, son de imperfecta caridad.

Veis aquí en breve el amor de Dios, que ha de tener vuestra ánima, al traslado del que los bienaventurados tienen en el cielo. Resta ahora declararos el amor del prójimo, que desciende de este profundísimo amor.

9. El amor, hermana, que habéis de tener al prójimo, ha de ser queriendo y amando todo el bien que en él viéredes, porque con él es adorado y glorificado nuestro Señor Dios, y de aquí mayor será vuestra alegría; y por el contrario, cualquier pecado y ofensa que en vuestro hermano viéredes ha de ser aborrecido de vuestra ánima, porque es ofendido Aquel cuya honra y gloria vos deseáis. Y así como os dije que el *amor* de Dios consistía en querer que el Señor Dios fuese quien es, y que el *gozo* en esto era don particular de nuestro Señor, así también el amor del prójimo consiste en un querer de la voluntad con que queráis el bien del prójimo; que [el] (7) *gozaros* del bien del prójimo, y sentir gran dolor con el pecado que comete, eso es una dádiva del Señor muy especial, que la da Él a quien es servido. De manera que, si bien habéis mirado en ello, habréis visto que el blanco adonde tira el amor de Dios y del prójimo es que sea Dios glorificado y honrado.

Y de aquí veréis cuán falto de amor verdadero anda aquel que de ver a su prójimo crecido en santos ejercicios recibe tristeza y desmayo, mirándose a sí no estar tan crecido. Porque aunque sea verdad que el verdadero amador del Señor debe tener un cuchillo atravesado en el corazón, porque no sirve tanto al Señor como debería y podría, mas no se sigue de aquí que, si ve crecer al otro siervo de Dios más que él, por

---

(7) *El;* las ediciones de 1578 y 1595 traen *es;* pero es errata evidente que destruye todo sentido.

eso reciba tristeza y desmayo; antes el refrigerio y alivio que ha de recibir su ánima en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha ser en ver que, ya que él por su flaqueza no hace lo que debía, que hay otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor. Que esotro desmayo que algunos tienen yo entiendo que nace de amor propio; porque cierto está que si el fin por que el verdadero amador desea mucho servir al Señor es honrar y glorificar a su Dios, como se glorifica también con la santidad puesta en el otro como puesta en él, se sigue que le ha de dar grande alegría ver que los otros crecen mucho en el servicio del Señor, aunque por otra parte tenga él pena porque no le sirve así.

Veis aquí, hermana, en la obra que habéis de entender en el paraíso de esta Iglesia militante, donde el Señor os puso cuando os llamó a su amor y gracia, si queréis ir a gozar del fruto que se da en la Iglesia triunfante de la gloria. En la cual plega al Señor que todos lo bendigamos, loemos y gocemos por siempre. Amén.

27.—A UNA ABADESA

Consolándola en la muerte de su hermano, Cardenal.

MUY REVERENDA SEÑORA:

1. Desde acá veo cuál está el corazón de vuestra merced con la saeta que el Señor le ha tirado, tan aguda para la herir, y tan dificultosa de salir. Juzgo por mi corazón algo de la pena del de vuestra merced; y lo demás saco por lo que el deudo (1) tan cercano, y el amor tan entrañable, juntos a una, atormentarán ese corazón. Menester es medicina del cielo, y plega al Señor se la quiera enviar, pues Él ha enviado la llaga.

Señora, no sé, en trabajo tan grande, otro mejor consuelo, que mirar que esto fué a provecho del Cardenal mi Señor, que es en gloria; pues aunque dejó su cuerpo acá en la tierra, debemos confiar en la misericordia de Jesucristo, que llevó su ánima al cielo; que ni la misericordia de Dios, ni la vida de él, otra cosa nos consienten pensar, por incrédulos que seamos.

---

(1) *Deudo*: parentesco.

Muy bien está, señora, gozando de Aquel por quien en esta vida tantos trabajos pasó, y teniendo por galardón al mismo a quien en esta vida tanto sirvió. ¡Oh, válame Dios!; y si cuando estaba en esta vida tanto era su regocijo en las cosas de Dios, que lo pegaba a quien le miraba, ¡qué tal estará ahora en el cielo en fiestas perpetuas, sirviendo y viendo servir a nuestro Señor con mayor aparato que él deseaba! Muy alegre está, señora, aquel a quien amamos; en ninguna manera quiere estar acá. Y si nos viese llorar, nos lo reprendería; aunque sí ve, y sí reprende, y por eso es razón que se ponga templanza en ello.

Decíame él algunas veces que el consuelo de sus trabajos era esperar que lo había de llevar nuestro Señor de este mundo en camino de salvación. Y no osaba él con su humildad, de la cual Dios tan abundantemente lo dotó, decir que había de ir luego al cielo, sino que se embarcaría para purgatorio, y de allí iría a lo alto. Y como Nuestro Señor haya dado este consejo, que nos sentemos en el postrer lugar, para que Él nos diga: *Sube* conmigo *más arriba* (*Lc.*, 14), bien creo yo que hizo con él más de lo que él esperaba, y que le tiene en su eterno gozo, pues acá le dió tanta gracia para le servir y amar. He aquí sus deseos cumplidos; ya tiene a su Dios por quien suspiraba; ya alaba al que acá predicaba; y también verá a su muy querida y particular Señora, la Madre de Dios. Bendito sea Dios, que de vida tan trabajosa, de cárcel tan obscura, de cieno tan lodoso le libró (*Ps.*, 112), y levantó *al pobre del polvo,* y lo asentó en sus reales palacios, dándole silla de gloria y corona de alegría *con los Príncipes de su pueblo,* y ésta para siempre sin fin. ¡Oh señora, y si nunca saliéramos de esta habla, que tan dulce era, trayendo a la memoria cómo nuestro buen Padre y pastor está reinando con Cristo en la gloria! ¡Oh, si no fuera menester hablar para más, que para alegrarnos de su bien, pues que le amamos!

2. Mas volviendo la plática a nuestra pérdida, témplenos el dolor de ella el gozo que de la ganancia de él tenemos. Bendito sea Dios que así lo ordenó, que si a nuestro amado Padre le había de ir bien gozando de su Dios en el cielo, nos costase a nosotros tan gran soledad en la tierra, y tan verdadero dolor en el corazón. Señora, recio trance nos es éste, carecer de quien así nos amaba y así nos aprovechaba en uno y en otro.

Cayósenos el árbol a cuya sombra descansábamos; no puede ser menos sino quemarnos el calor del sol, y la rezura (2) del frío que nos dará en descubierto. ¿Qué diremos o qué haremos? Sea el nombre de Jesucristo bendito, que nos quiso atribular para purgar nuestros pecados, y despertar nuestros ojos que estaban muertos de sueño. Bastar debe esto para que recordemos (3) y del todo nos desasamos de este mundo, no teniendo en él cosa en que poner el corazón, sino acuciándonos a imitar a nuestro buen maestro y padre, para que va[ya]mos adonde él fué, y nunca jamás le perdamos de vista.

Huérfanos quedamos, señora, en este mundo; alcemos los ojos al que es *Padre de ellos* (*Ps.*, 67, 6), y pidámosle mayor gracia y favor, pues la hemos más menester, y nos llevó consigo a quien solía ayudar. Ya no escribirá a vuestra merced su muy amado hermano cartas de consuelo y esfuerzo; pídale a nuestro Señor que le envíe en el corazón lo que su siervo le enviaba por cartas. Amigo es Dios de los huérfanos desamparados y desconsolados; y quiso parar a vuestra merced tal, para más particularmente tener cuenta con ella, según dice David (*Ps.*, 9): *A ti es dejado el pobre; y al huérfano tú serás ayudador.*

Licencia tiene vuestra merced para sentir este golpe, mas no para se desmayar; pues así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que a nuestro Señor se debe en todo lo que con nosotros hace, y contra la confianza que Él manda tener en medio de los trabajos. Dios llevó a nuestro pastor, no para dejarnos descarriados, sino para que con mayor gemido llamemos al Pastor de todos, y seamos oídos y remediados de Él. Para quedar Jesucristo en lugar de hermano y de padre, se llevó al que lo era de vuestra merced, pues la criatura sin el Criador no puede aprovechar nada, y el Criador a solas sí. Solamente sepa vuestra merced entender las obras de Dios, que no vienen de corazón airado, sino amador; y si es ira, es ira de padre, que castiga para provecho del castigado, y no por apetito de venganza. Sépale responder con amor a este castigo de amor: sepa humillarse a la vara del Omnipotente: y abra su boca, y beba esta purga con pa-

---

(2) *Rezura*: reciura.
(3) *Recordemos*: despertemos.

ciencia, que el celestial Médico le ha enviado, no para que muera, sino para que sane. Agradézcale mucho que no la dejó de curar con amargura el que con blandura no aprovechaba; y contemple cuán gran cuidado tiene nuestro Señor de su salvación, pues por tantas partes le encamina a ella. Aquesto es, señora, como San Gregorio dice, «un gran empellón para ayudarnos a ir al cielo»; porque con el dolor se purgan los pecados, y despertaremos de nuestra tibieza, y de hecho nos despediremos de esta vida, y cobraremos nuevos deseos de la otra.

3. Y pues para estos intentos lo envía nuestro Señor, no le seamos pesados en hacerle ofensa con lo que Él envía para que paguemos lo que hemos hecho, y ganemos en lo de adelante; y póngase tasa en la tristeza, pues tenemos Señor a quien obedecer en el gozar y el llorar; y en el medio de la pena digamos lo que el Señor dijo en medio de su angustia: *Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho* (*Mt.*, 26), para que seamos hijos de obediencia, a los cuales solos está prometida la corona del cielo. No se nos pase el tiempo en llorar como muerto al vivo, sino entendamos en vivir como Él, para ir a reinar con Él. No nos quitemos de nuestro Señor, ni nos tengamos por menos amados; antes le demos gracias muy de corazón por el bien que a nuestro Padre hizo, del cual nos debemos gozar como de cosa propia; y por el azote que a nosotros envió, porque es para quitar nuestras culpas y coronar nuestra paciencia.

No tenemos, señora, por qué quejarnos; porque si el atribulado es pecador, es purgado; y si es justo, es probado para ser coronado. Entendamos en llorar nuestros pecados, para que presto, sin carga de ellos, volemos al Señor, donde están descansando los que aquí lloraron, y reinan los que aquí tuvieron cruz. En compañía de éstos han metido a vuestra merced, y señaládola han con señal de cruz: trabaje por dar buena cuenta de esta merced, y mire al Señor de todos cómo fué puesto en ella, y la Madre de Él cuán cerca estuvo de ella según el cuerpo; y cuán en ella según el corazón; y quiera más estar cerca de tal Madre y tal Hijo, por agria que le sea esta tribulación, que no estar lejos sin ella. Abaje su cerviz, y tome este yugo, pues en la de Jesucristo hubo soga que la desollaba; y humille su hombro para llevar esta carga, aunque le duela, pues el Señor de todos llevó la pesada

cruz por amor de ella. Él la esforzará, pues Él la ha afligido; Él le enjugará las lágrimas, pues la ha hecho llorar, y le sentirá de aquí adelante más blando, como suelen estar los padres cuando han hecho llorar a sus hijos, que con nuevos regalos y amores les pagan la pena que primero les dieron.

Desembarácese vuestra merced de la demasiada tristeza; no deje pasar el tiempo en balde; alléguese a nuestro Señor como mejor pudiere, que Él estará cerca de vuestra merced según su promesa (*Jac.*, 4), y sacará bien de este trabajo, pues para eso lo envía. Y haga ese corazón recio, teniendo escrito en él lo que dijo Jesucristo (*Jn.*, 15): *Como mi Padre amó, amo yo a vosotros.* El Padre amó a su Hijo mucho, y le entregó en poder de muchos dolores. Ama el Hijo a vuestra merced mucho, y por esto envíale éstos: llévelos con paciencia, como el Hijo llevó los suyos, y será amada de Él, y sentarla ha en el trono de Él, como Él se sienta en el trono del Padre.

Y sea la conclusión, que *por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos* (*Act.*, 14, 21), y que todo es barato con alcanzar tan grande bien. Testigo me es Jesucristo, que tuviera por gran merced de Él poder ir a llorar con vuestra merced la común pérdida: estórbalo ser el tiempo de Adviento, y estar bien prendado por la palabra para una Iglesia, que no es lícito dejarla. Suplicaré a nuestro Señor me haga merced de, pasada la Pascua, poderlo hacer.

Él sea consuelo de vuestra merced, como vuestra merced ha menester, y como yo lo deseo.

28.—A UNA SEÑORA

Consolándola en la muerte de una su hermana religiosa. Que daña mucho la demasiada tristeza, y cómo ha de llevar este trabajo.

1. Pocos días ha que supe la merced que nuestro Señor hizo a su esposa la señora Soror María en sacarla de este peligroso destierro, y llevarla al puerto de la seguridad: y también entendí y supe la pena que con su ausencia V. S ha tomado. Necesarios fueron dos corazones, para con el uno gozarme con la que goza, y con el otro penarme con la que pena; pues que a entrambas soy deudor general y particularmente. Mas pues ella ya está en salvo, y no tiene

necesidad de mi gozo, y acompañar a los penados es cosa que debemos elegir, determino de ocuparme y enderezar esta carta al desconsuelo de V. S. Parte de él tengo, y especialmente porque en ninguna manera querría que hubiese en V. S. lo que temo, y es no tome la pena con algún exceso de la que sería razón tomar, porque esto sería doblada pérdida, con amargura de pena juntarse ofensa de Dios. Suplico a vuestra señoría mire con muy despiertos ojos, que como no tenemos licencia para los demasiados placeres, tampoco la hay para la demasiada tristeza; pues en lo uno y en lo otro debemos ser sujetos a la santa Ley de Dios. Que no menos cumplimos nuestra voluntad en llorar y penar hasta hartar, que [en] vanamente reír y regocijarnos. No menor impedimento es para servicio de Dios la tristeza, que consume y derriba el vigor del corazón, que la vana alegría, que se hace disoluta (1) y sin peso. Porque ¿cómo podrá el corazón derribado decir con verdad a nuestro Señor (*Ps.*, 56): *¿Aparejado está mi corazón, Dios; aparejado está mi corazón?* Pues estando sumido en el abismo de la tristeza y enflaquecidas todas las fuerzas, no se pueden tener en pie para lo que cumple a los prójimos y a lo que cumple al Señor. Así confesó su flaqueza el sacerdote Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés de no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: *¿Cómo podré yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso?* (*Lev.*, 10, 19).

Cierto, ilustrísima señora, quien a otro ha de servir, tan ajeno ha de estar de profunda tristeza, como de otro cualquier impedimento; porque no podrá hacer servicio, o irá lleno de hiel para sí o para quien lo recibe. Y por estos y otros males que de la tristeza sobre los difuntos suelen venir, ya que la Escritura dé licencia para que tomemos el lloro, luego acude diciendo (*Eccli.*, 28, 21): *Consuélate de la tristeza, y no des tu corazón a la tristeza; mas alánzala de ti y acuérdate de tus postrimerías.* Y en otra parte dice: (*Eccli.*, 30, 24): *Alanza la tristeza lejos de ti, porque a muchos mató la tristeza, y no hay provecho en ella.* Y no sólo no aprovecha, mas mucho daña, como en otra parte se escribe al mismo propósito de tristeza causada sobre difuntos: *De la tristeza se sigue* siem-

(1) *Disoluta;* en la edición de 1578, absoluta.

pre *la muerte, y derriba la virtud y abaja la cerviz* (*Eccli.*, 38, 19).

2. Y esto, señora, a ser solamente en el cuerpo, no fuera tan de temer; mas toca en el ánima, y por eso se ha mucho de huir. Porque para andar un ánima en pie delante de Dios, y poderse defender de tantos enemigos como la combaten, y poder darse manos a negocios que de ella penden, ha menester un vigor interior y un esfuerzo muy entero, ni más ni menos de como quien anda en la guerra. Y durando en ella, está en pie y cumple por todo; y perdido éste, luego es caída; y sobre ella cargan los enemigos, como cuervos sobre animal flaco y caído, al cual acaban de matar con picos y uñas; de manera, que mediante el desmayo y flaqueza, le viene la muerte, como le acaece al ánima con la tristeza. Pues no envió Dios estos trabajos a V. S. para perder, sino para ganar, ni la amargó sino para la curar y sanar, no vuelva el negocio al revés, enfermando con la medicina, y desagradando a nuestro Señor en el tiempo que más le había de agradar.

3. Mire al pacientísimo Job, que viendo siete hijos muertos en un día y en una hora súbitamente, no se quejó ni desmayo, mas *bendijo al Señor, que le quito lo que primero le había dado* (*Job*, 1, 21). Y aunque los tenía muy bien doctrinados, y gastaba muy santamente su hacienda, y empleaba muy bien su propia salud, quiso nuestro Señor quitárselo todo, para que entendiésemos él y nosotros que le agrada mas nuestra paciencia obediente que nos viene de la adversidad, que el uso, aunque bueno, de la prosperidad. Y para ejercitarnos en esto, pone Dios sus ojos para quitarnos delante los nuestros lo que más en ellos lucía, para que tanto más el sacrificio de nuestro corazón lastimado y obediente sea a Él agradable, cuanto a nosotros es más amargo, por carecer de cosa muy amada.

Y de esta manera mató Dios la mujer del Profeta Ezequiel (24, 16), de él muy amada, y le dijo: *Hijo de hombre, yo quito delante de ti lo deseado de tus ojos. Que no llores ni plañas, ni corran lágrimas de tus ojos: gime callando* (2) *y no hagas planto* (3) *de*

---

(2) *Callando* (tacens); la edición de 1578 dice *gustando*.

(3) *Planto*: llanto, lamento.

muertos. Bastantemente estaría el Profeta lastimado con haberlo herido en lo que más lucía en sus ojos: y acreciéntale más la tristeza con quitarle el consuelo que, con llorar y plañir, los así heridos suelen tomar; y hartándole su anima de acíbar, no le dejan hartar de llorar, ni aun gustarlo. Para que entendamos que el siervo de Dios, según he dicho, no ha de soltar la rienda a la tristeza ni lágrimas, mas ser también en esto obediente, como en tomar los placeres por tasa.

Y repítolo esto otra vez, porque no sea V. S. engañada como muchos, a quien finalmente se les persuade que deben huir de la demasía del gozo, porque no ofendan al Señor, y no hay quien los pueda sacar del pozo de la tristeza, pareciéndoles no correr peligro, ni hacer mal con estarse en ella. Los cuales si supiesen que la cuenta que Dios con nosotros tiene, más es con las raíces de nuestro corazón que con las obras que tenemos de fuera o dentro, verían claro que si toman la tristeza sin regla o medida y sin obediencia de Dios, no lo hacen sino por cumplir en ello su propia voluntad. Y siendo ésta la raíz, tan desagradable es al Señor, como cuando toman los grandes placeres por la misma voluntad.

4. Por lo cual, ilustrísima señora, abra su corazón a la palabra de Dios, y entienda que, no por ser atribulado uno, es amigo de Dios, sino por pelear contra la tribulación, y llevarla a lo menos con paciencia, si no pudiere con alegría. Levante el corazón caído y *esfuerce las manos enflaquecidas* (*Isai.*, 35, 3), y luche con el gigante, que es el dolor, para que quede probada en la tentación, y gloriosa con la victoria, y pueda decir al Señor (*Ps.*, 16): *Probaste mi corazón, y visitástelo en la noche; con fuego me examinaste, y no fué hallada maldad en mí.*

Despierte, señora, y abra sus ojos, y mire a la más Santa de las santas, y más atribulada que todas las santas y no santas, cómo estando su Hijo colgado en un palo, y crucificado con duros clavos, Ella estaba al pie de la cruz. Lo cual quiso el Espíritu Santo que supiésemos nosotros, porque en la manera del estar el cuerpo de fuera, viésemos cuán en pie está, en trance tan recio, su Corazón en lo de dentro; cuán de verdad y con cuánto dolor y con cuánto esfuerzo ofreció su querer y su Hijo en la voluntad del Padre, queriendo ser antes hecha millones de pedazos, que

perder un solo punto de la leal y esforzada obediencia que a Dios se debe tener.

Mire también el Profeta Elías, tan cargado de tristeza, que deseaba y pidió la muerte al Señor, y se cae dormido con el peso de ella; mas no le responden del cielo conforme a su voluntad; que no se pagan de tales corazones caídos. Despertólo el ángel del Señor, y dícele (2 *Reg.*, 19): *Levántate y come, que mucho camino te queda de andar.* Y así me parece, ilustrísima señora, que veo a vuestra señoría muy apesgada con la tristeza y adormecida con la amargura, y tan cansada de vivir, que escogería de buena gana el morir. Mas oiga ahora V. S. por boca de un pecador lo que Elías por boca de un ángel; pues ella está como él, provecho le será oír lo que él, aunque el mensajero sea diverso: *Levántese*, señora, *que mucho camino le queda por andar.* Deje ya las lágrimas llenas de infidelidad, como San Jerónimo lo dice, sin medida y sin tasa; conténtese ya con la afrenta que ha hecho a la carne, dejándola entristecer y llevar a su voluntad. Levántese de la muchedumbre de pensamientos, que como vientos bravos turban la mar de su corazón, y no la dejan reposar, ni adorar con silencio al que este azote envió sobre ella.

5. Tenga ya algún lugar la razón, para poner tasa a la sensualidad; téngalo la fe, para confiar que aquella por quien llora, no es muerta, mas goza de muy mejor vida; téngalo la esperanza, para consolar a vuestra señoría, y darle a entender que, pues Dios con tales golpes aquí la labra, asentarla tiene en el cielo por piedra escogida. Los golpes oímos, y el estruendo de sierra y de la azuela también. Y pues el oficio de Dios es en este mundo hacer este ruido, labrando a los suyos, para asentarlos después en su templo de paz, y donde no se oye ningún sonido de aquestos, espere V. S. el asiento de la paz. Y pues ve en sí los ejercicios y prueba de la guerra, y pues es una de las desterradas y martilladas con muchedumbre de trabajos, espere que se verá ser una de las ciudadanas contentas del cielo, pues que dice San Pablo (*Rom.*, 5): *Que la tribulación obra paciencia, y la paciencia probación, y la probación esperanza, y la esperanza no nos saldrá en balde; porque la caridad de Dios es infundida en nuestros corazones.* A ésta haga V. S. lugar en la mitad de las muchas aguas de sus tribulaciones no la deje apagar. Porque si quiere nombre de ama-

dora de Dios, no lo ha de ganar entre los regocijos y acaecimientos conforme a su voluntad, mas entre estos azotes, espinas, hiel y vinagre, y en desierta cruz, a semejanza de Cristo, que metido entre estas cosas, nos enseñó su amor. El cual, señora, fué verdadero, porque fué probado, y permaneció fijo en la tribulación; y así, si V. S. quiere responderle con amor, sepa que no lo hay sin dolor; y que aunque no hay espada que con mano de sayón la martirice, este amor, infundido de la mano de Dios, la martirizará, pues no la dejará andar a su propia voluntad; mas hacerla ha contradecir a su tristeza, y aun [a su] gozo, por andar a voluntad de su Amado. Y toda esta pena que por una parte sufriere, resistiendo a su voluntad, por otra parte se la quitarán, haciéndola tomar con dulcedumbre la voluntad del Señor más que por propia.

Amor es el que a V. S. ha entristecido, amor es el que la consuele. La ausencia de su querida la ha fatigado, la obediencia y amor de Dios le quite su fatiga. Él fué el que lo hizo; no le parezca a V. S. mal, pues le parece bien al Señor que lo hizo, y con el amor de Él venza el amor de la criatura.

6. Cuanto más, que si no tiene adormida la confianza, con el mismo amor de su querida recibirá consuelo de la llaga que con su ausencia le dió. Porque si acá hizo falta, allá hizo presencia. Si esto dejó, cosas mejores le dieron. A sus hermanas dejó; mas allá halló otras hermanas, y otro padre, y madre y esposo. A su Dios fué, a su dulce Esposo fué, al cual obedeció, sirvió y amó. ¿Qué mal hizo su Esposo en llevar a su esposa consigo, ni ella en irse con Él? ¿No ve V. S. que ella era desposada, y que había de venir algún día el día de las velaciones, y salir de casas ajenas, e irse con su marido? ¿Qué quiere? ¿Tener la desposada por muchos años, que estaba apartada de su marido? Pues que se da prisa a enviar de las casas de la tierra a los hijos que engendró (4), ¿por qué se le hace tan de mal enviar a esta bienaventurada a la casa del cielo, pues como a propia hija la ama? Y[a] que alguna pena se sienta en ver ausentar

(4) Por esta frase sospechamos que la carta va dirigida a doña Leonor de Hinestrosa, que tanto gozo tenía de enviar sus hijos pequeños al cielo. (Vease Granada, VIDA DEL P. M. AVILA, p. 3.ª, c. IV, § VI.)

a quien mucho amamos, mas solémosla templar en ver ir en prosperidad al que a nosotros hace falta. Pues coteje V. S. la prosperidad de los hijos que acá tiene, con la que esta su amada posee, y verá que pues la ama, debe vencer el gozo de su bien a la pena de su ausencia, como un gigante a un enano, pues aquello es eterno y lo otro temporal.

¡Oh señora, si pudiésemos ver cuán bienaventurada está nuestra Soror María! En bodas está, o ataviándola para el día de ellas. Ningún contento recibirá con ver a V. S. con ropas de tristeza en las fiestas de su alegría. Muy bien le ha pagado nuestro Señor el mundo que dejó, el esposo de carne que renunció, la fe que le dió y le guardó, y por mil mundos no trocaría el menor bien de los que allá posee. *Sacándola del lago de la miseria, y del lodo y de la hez* (*Ps.*, 39, 3), y de los peligros, trasladándola a la región de la seguridad, donde luce perpetua luz y gozo, que sale de la vista de la Divinidad, que como río con grande avenida, refresca, harta y embriaga a los ciudadanos del cielo. Su comida es del Arbol de la vida perpetua, y su vestidura es lumbre y gloria, y su corazón está transformado y absorbido en el mar infinito de la dulcedumbre de Dios, y echa un espíritu con Él, con atadura y abracijo (5) tan fuerte, que mientras Dios durare, ninguna cosa será tan fuerte ni tan poderosa para la apartar a la bienaventurada Soror María de este abracijo tan apretado y casamiento tan juntísimo, que entre ella y Dios se ha celebrado, o muy presto se celebrará.

Gozosa está ella con ello: esténlo los que la aman. Y cuan delantera es en el amor, séalo en el gozar; pues el verdadero amor quiere el bien del amado, aunque sea con pérdida propia. Y cese ya el luto y tristeza, porque nuestro Señor no se ofenda, y ella no reprenda, como Santa Inés a su madre, el tiempo que ni a vivos ni muertos aprovechará, ni a sí, mas a todos daña. Y no sea impedimento para el aprovechamiento de las virtudes, que ha menester alcanzar para lo que le queda de caminar y padecer, hasta llegar al monte de Dios. Para lo cual es menester esforzarse y levantarse con propósitos nuevos, como quien ahora comienza a *comer el pan subcinericio* (3 *Reg.*, 19, 6), que es confesar y comulgar y *beber el*

---

(5) *Abracijo*: abrazo.

agua, que es oír la palabra de Dios; porque *para no faltar en el camino*, todo esto es menester: *y comenzar luego a caminar.*

29.—A UNA SEÑORA ILUSTRÍSIMA.

Consolándola por segunda vez en la muerte de una persona, cuya ausencia había sentido mucho. Repréndela de este demasiado sentimiento (1).

1. Dios mandaba en los tiempos pasados (*Deut.*, 20; 2 *Reg.*, 20), cuando iban a castigar a la tierra de promision, que convidasen primero con paz a la ciudad o lugar donde fuesen; y si con esto no se rindiesen, la castigasen y tomasen por guerra. Conforme al cual mandamiento, pudiera yo tener licencia para reñir con V. S., pues por paz no se ha querido rendir en lo que tan blandamente le supliqué acerca de su consuelo en el trabajo que nuestro Señor le envió; antes me dicen que la carta de paz sirvió, no de quitar lágrimas ni tristezas, sino hacerlas salir de nuevo mientras se leía, tomando V. S. ocasión de más enfermar con la medicina. Mas con todo esto, no podré acabar conmigo de reñir; porque la licencia que por una parte me daba la razón, me la quita por otra la compasión; la cual tanto más se debe a vuestra señoría, cuanto más sin cuenta y tasa se aflige. Y por esto tornaré otra vez a curar la llaga con blandura, como dice la Escritura (*Prov.*, 17), *que aprovecha más la corrección al prudente, que cien azotes al necio.* Y plega al Señor sea servido obrar Él hablando yo, para que ni V. S. quede cansada de leer y sin consuelo, y yo de escribir y sin fruto.

2. Dígame, ilustrísima señora, ¿por qué, ya que los ojos del cuerpo se han ocupado con abundancia de lágrimas, que impiden la vista del cuerpo, los ojos del ánima se han ido tras ellas y cegado con ellas, pues no han considerado al que envió este trabajo y el valor de él, y el fin para que fué enviado? Que de falta de esto ha nacido la mucha sobra del sentimiento que como quien no tiene estorbo, se ha en-

---

(1) Sospechamos que esta carta va dirigida a la misma doña Inés de Hinestrosa, para quien, según el P. Granada, hay muchas en este Epistolario.

señoreado del todo en el corazón de V. S. ¿Cómo, señora, y así se han de recibir las mercedes de Dios, que sólo por darlas Él, deben ser estimadas, aunque sean llagas? Pues de mano de tan alto Señor y amoroso Padre no viene cosa que, por reverencia de Él, no deba con humilde obediencia ser recibida, y con hacimiento de gracias muy abrazada.

¿Así se le ha olvidado, que siendo el sacerdote Helí amenazado de parte de Dios con muerte de dos hijos en un día, y con otras aflicciones, respondió con la reverencia debida (1 *Reg.*, 3): *Señor es; haga lo que en sus ojos fuere agradable?* De la misma manera dice David (2 *Reg.*, 15, 25) que si el Señor no fuere servido sacarlo de la tribulación en que iba huyendo de su propio hijo y desterrado de su propio reino, que haga lo que en sus ojos bien visto fuere. Los cuales entrambos tenían consideración de la humílima obediencia que a la soberana majestad de Dios se debe, en todo lo que hace, o quisiere hacer, de nosotros y de nuestras cosas. Y ésta se ha de conocer en la mansedumbre y en la igualdad del corazón con que su azote se recibe. Porque decir la boca: ¡Bendito sea Dios que lo hizo! y exceder el modo de la tristeza y lágrimas, es *confesar con la lengua al Señor y con las obras contradecirlo* (*Tit.*, 1, 16). Y aunque el Señor quitase aparte su majestad, con la cual puede hacer lo que de nosotros quisiere, sin que tengamos licencia para murmurar de Él, ni para exceder en el sentimiento, puede con mucha justicia reprendernos mirando el mismo castigo.

3. Enjugue V. S. un poco sus lágrimas, sosiegue su corazón, y verá cuán bien dice la Escritura: *Hijo, no te fatigues cuando eres del Señor castigado; porque a los que Él ama castiga, y como el padre en su hijo, así se complace* (*Hebr.*, 12). ¿Qué quiere V. S. tanto llorar lo que la Escritura dice que *no se fatigue,* y quiere entristecerse por ser tratada como *hija,* e hija amada? ¿No sabe que dice San Agustín: «Si estás fuera del número de los azotes, estás fuera del número de los hijos»? ¿Por qué prevalece tanto el amargor del gusto, que hace al ánima que no halle dulzor en merced tan grande? Dígame V. S.: ¿pequeño bien le parece ser amada de Dios como hija? Pues si este parentesco le contenta, no le desagrade ser tratada como tal. Téngase por indigna de ser ella vestida de la librea que el Hijo de Dios y su santa Madre fue-

ror vestidos; el cual murió teniéndola a Ella delante sus ojos, y sintiendo lo que Ella sentía; y Ella lo vió morir a Él delante los suyos, con menos regalos que vemos morir a los que nosotros amamos. Pues ¿qué locura será la nuestra, no querer imitar a Aquellos, a los cuales nos preciamos de adorar y honrar, ni querer ser compañeros de los que queremos por señores, y huir de seguir a los que deseamos conseguir?

Basta ya, señora, la fiesta hecha a la carne. Baste el tiempo que se ha ocupado en roer lo amargo de la cáscara. Entre ya en lo secreto del corazón, y adore allí al Señor que esto hizo, y déle gracias porque la tuvo por digna de darle a beber de su misma copa. Llame hermana a la tribulación, y déle muchos abrazos, que ésta fué la esposa de Jesucristo, y tan amada de Él, que murió abrazado con ella, pues murió con brazos abiertos en cruz. No piense que esta honra, que con ella le vino, es sin provecho, pues antes se contarían las estrellas del cielo, que los provechos de la tribulación.

4. No tenga V. S. a nuestro celestial Padre por tal, que quite algo sin dar cosa mejor, ni que azote sin mucha ganancia del azotado. ¿Por qué piensa que la azotó? Por perdonarle en el otro mundo la pena que sus pecados merecen. ¿Por qué la azotó? Por darle ejercitación más alta que la que tenía: que aunque entendía en buenas obras y sea buen ejercicio, más alto es ser llamada para sufrir tribulaciones. Y aunque mucho agradase al Señor en la compañía de su querida, más agradará en sufrir con paciencia su ausencia; como el buen Job y Tobías más agradaron con las gracias en la tribulación, que con el gozo de lo que poseían y bien gastaban.

Estos son los triunfos de los cristianos, como San Jerónimo dice, que «el no dejarse vencer de las angustias, es gloria». Y si todavía pregunta por qué la azotó el Señor, diré: por amonestarle que anduviese más aprisa el camino de Dios; porque como San Hilario dice: «Siempre la paz fué peligrosa a la fe ociosa.» Y cuando no tenemos cosa que nos punce, andamos tan tibios que es asco vernos; y hiérenos el Señor como a perezosos, para que los ojos que la culpa cierra, la pena los abra, y lo que su amor no alcanza de nosotros, lo acabe el dolor. No para que vuestra señoría se esté llorando le envió Dios esto,

sino para que más y más olvide cuál fué el sarmiento con que la hirieron, y entienda en lo que le quiso decir el Señor con el golpe.

5. ¿No sabe cuán reciamente se enojó Dios contra los hijos de Israel porque se sentaron a llorar a la puerta de sus moradas en el desierto (*Num.*, 14), y caídos sus corazones con poca fe, los tenían llenos de desaprovechada tristeza? Santa Paula lloró la muerte de su hija, y reprendióla mucho San Jerónimo, llamando a sus lágrimas «llenas de infidelidad, y sin tasa y medida». Porque cierto, donde la fe está viva de ser Dios quien lo hace, y del buen lugar donde el espíritu esta, y del provecho que Dios busca en el azote, será tanto el gozo causado de aquesta fe con obediencia, que quite o temple la tristeza causada del golpe.

Los judíos tenían por grave mal la muerte del cuerpo, porque amaban mucho los bienes de acá; y con todo esto lloraban sus muertos siete días, como hicieron al santo Jacob (*Gen.*, 50); y al más santo que entre ellos había, que era Moisés, lloraron por espacio de treinta días (*Deut.*, 34). Pues ¿qué vergüenza será a una cristiana que está enseñada por Jesucristo [a] temer y llorar la vida, y amar el día de la muerte como entrada en el reino, perseverar tanto tiempo en llorar, que excede a los que eran de este mundo vecinos? San Pablo dice (1 *Thesal.*, 4): *No os entristezcáis por los que duermen, como los que no tienen esperanza.* Pues V. S. la tiene de su querida, ¿por qué la llora como si no la tuviese? ¿Por qué no toma para sí lo que el Señor dice a las hijas de Jerusalén (*Lc.*, 23), que lloren *sobre sí* y dejen a Él? Llora V. S. por quien está fuera de peligro, ¿y descuídase de ponerse ella en cobro? Llora por quien fué a su tierra y entró en el tálamo con su esposo, ¿y olvídase de llorarse a sí por estar en el desierto y tan lejos de su Señor?

6. ¡Levántese ya encima de sus pies; no deje pasar el tiempo en balde! Tome a cuestas su cruz, y camine, y no esté tanto tiempo arrodillada con ella. Y mire que esto le envió el Señor para provecho de su ánima, para tanto más acompañarla, cuanto más sola quedó de quien la servía y agradaba. Hinque en el suelo sus rodillas, y *bese el cabo de la vara del gran Rey Asuero,* como hizo Esther (2), adorando al Se-

ñor y dándole gracias por esto que ha hecho; no mirando al *medio* de la vara, sino al *cabo* de ella; porque aunque esto tenga cuerpo de tribulación, al *fin* es provecho de la difunta, y de V. S., y gloria del mismo Dios. Y pues el paradero es tan bueno, súfrase el golpe de la vara que da Asuero, y cóbrese esperanza del mismo golpe teniéndose por amada, para que *la misma vara le sea consuelo,* como decía David (*Ps.*, 22, 4). Y diga: «*Ahora comienzo* (*Ps.*, 76, 11), y abro los ojos. La hiel me ha tornado la vista como a Tobías (12).» Y camine adonde está la que en este mundo amó; pues que los males que aquí nos fatigan, a Dios nos constriñen que vayamos. Y peleando con su corazón, desechará la tristeza; pues habiendo celebrado Pasión, es razón que celebre Resurrección, y así goce de la Ascensión y corona del cielo, que es de gozo, y se gana con muchos trabajos.

30.—A UNA DONCELLA.

Exhórtala fervientemente a amar a Cristo y pedir por la Iglesia.

Visite Cristo a vuestra merced por la visitación que me ha hecho; tenga de ella cuidado Cristo por el que ella tiene de mí; ámela Cristo por el amor que me tiene; que no sé yo quién otro basta a satisfacer esta caridad, si Él sólo no.

Deseo saber cómo le va, y que le fuese bien. Porque siendo el Esposo que escogió tan bueno, no hay razón por que le vaya a ella sino bien; y no teniendo otra cosa en que entender sino en agradar a los ojos de Él, razón es que ande delante de su presencia muy limpia y muy agradecida, pues en todas las partes la mira y la oye. ¡Oh señora, y si una vez alzásemos los ojos que por la tierra traemos, y los empleásemos en mirar a este espejo lleno de tanta hermosura, que es Jesucristo nuestro Señor, luz que procede del Padre! ¡Oh si una vez penetrásemos una centellica del amor con que anduvo trabajando por nuestra salud, hasta perder la vida por nosotros! Cierto, nos afrentaríamos de vernos tan tibios, y, de airados contra nos, mudaríamos nuestra vida, siguiendo en algo la suya. ¿Qué haremos, señora, que somos amados y no amamos? ¿Que se digna Dios de rogarnos

con su amistad, y a nosotros no se nos da de ello nada? Y mejor nos sabe un cohombro o una cebolla de Egipto (*Num.*, 11) que la excelencia del manjar celestial; aquéllos buscamos con grande ansia; y éste, aunque nos lo ponen en la boca, no curamos de lo comer, por no trabajar siquiera en mascarlo. Hémonos parado tan flojos en el servicio del trabajado y diligente Señor, que parece que nosotros somos los señores y Él es el esclavo. Luego nos cansamos de pensar de amar al único descanso nuestro. Y porque no somos para de una vez poner cuero y correas, quedamos siempre desconsolados. Porque, según dicen, «Cabra coja no tiene siesta». Huímos del trabajo, y caemos en él; porque no hay otro igual, que los latidos de la conciencia, que acusa de no hacer lo que debemos.

Comencemos ya nuestro partido por Jesucristo; movamos guerra contra nosotros, y estemos siempre en vela, pues nuestros enemigos así lo están. Y amansemos a Dios por los enojos pasados, pues es grande vergüenza haber afrentado a su Padre, y no traer herido el corazón con dolor, y la faz afligida con vergüenza. Tiempo es de hacer penitencia, y orar mucho al Señor cada uno por sí y por la Iglesia (1); porque si no hay quien al Señor vaya a la mano, creo que quiere hacerse temer, pues que nosotros no le queremos amar y estar aparejados para, si menester fuere, perder la cabeza y vida por Cristo. Plega a su misericordia que no nos deje Él por nuestros pecados; mas nos haga dignos de estar firmes en su fe y amor; que ni el error nos engañe el corazón, ni la espada nos ate la lengua, sino que suene Jesucristo en nuestra boca delante del perseguidor, aunque sea con perder la vida.

Cristo sea amor de vuestra merced. Amén.

31.—A una doncella.

Enséñala a buscar a Dios con paciencia y humildad.

La bendición que vuestra merced me pide, suplico yo al Padre de las bendiciones la dé a vuestra mer-

(1) Orar por la Iglesia es una idea frecuentemente inculcada por el Beato,

ced, para que sus santos trabajos fructifiquen, y quitada toda ignorancia delante de sus espirituales ojos, vea a sí, y vea a Él, para que ni atribuya a sí misma bien alguno, ni a Él mal alguno, sino que se quede Él con su divinidad y nosotros con nuestra animalidad. Y si esto no viene luego, ya le he avisado que este camino, como San Bernardo dice, se ha de pasear, y no volar. Llegarnos tenemos a Dios, como quien ara y siembra, que no pide luego el fruto, sino después de muchos días, y pierde de presente con esperanza del bien por venir. No conviene, señora, desmayar, aunque muchas veces seamos heridos; sino andar y gemir, hasta que nuestro Señor nos mire y haga limosna; y no la hace ahora pequeña en sufrir delante de sí a cosa que merecía estar en los infiernos. Y pues ésta da, Él dará las demás; y si no fuere tan presto, así conviene que [los soberbios] sean ásperamente tratados hasta que vean con vista de ojos que no es suyo el bien, sino de Dios; que si algo les dan, no se han de engreír, sino temer y avergonzarse cómo a cosa tan indigna le es dado el bien que [no] merecen.

Y porque los hijos de Eva somos locos, y heredamos aquella soberbia que ella tuvo, cuando deseó *saber a semejanza de Dios* (*Gen.*, 3), no nos espantemos que nos trate el Señor de arte que veamos que somos necios, flacos y malos. Y hasta que este conocimiento haya, estaremos tentados y desconsolados y afligidos. Y así estamos menos mal que si algo nos diesen; porque al soberbio peor le va mientras más tiene; porque mientras mejor, es peor, pues es ingrato y desconocido a mayores bienes, y robador de mayor gloria.

Por tanto, conviene caminar con esfuerzo y largueza de corazón, esperando que el Señor hará como quien es. Y que no nos hace pequeña merced en darnos gracia que le busquemos, aunque sea con trabajos y sequedad; y del todo ponernos en sus manos, y el tiempo y el cómo: que por despeñaderos y riscos suele Él llevar al descanso, aunque piense el que va que camina para perderse.

Jesucristo sea con vuestra merced. Amén.

32.—A UNA DONCELLA

Enferma y desmayada en el camino de Dios, animándola; enséñala por qué da el Señor desvíos a sus siervos.

SEÑORA:

1. Estotro día escribí a vuestra merced, y temo que no fué la carta a sus manos. Si es así, procúrela y léala, que según me parece, todo será menester para su consuelo.

¿Cómo a la niña que la ausentaron de su madre, y luego enflaquece, *así no pudo velar una hora* (*Mt.*, 26, 40), ni tenerse en pie, sino luego dar consigo en desmayos y enfermedades de una parte y de otra? Y lo peor de todo es la desconfianza que toma de no sucederle con Dios como desea. Mucho me parece al criado del otro, que dicen que andaba todo el año sin capa, etc. Señora, ensanche ese corazón, y alárguelo, primero para sufrir muchos trabajos de dentro, y lo segundo para esperar el remedio de la mano de Dios, aunque sea hasta el fin de la vida. ¿No ha oído que la vida del cristiano es un continuo martirio y una molesta guerra? ¿Qué quiere ella alcanzar luego lo que otros después de muchos años, trabajos y angustias, a duras penas alcanzan? Probada ha de ser muchas veces con darle Dios con la puerta en los ojos; y mientras ella va más ansiosa, le ha de enseñar menos favor, para que así satisfaga algo de lo que ella hizo pasar al Señor, que viniendo a convidar consigo mismo, y llamando a la puerta de su corazón, le cerró la entrada, o si le abrió, echó presto al Huésped una vez recibido. Y pues somos fuertes en el huir de Dios, ¿por qué tan flacos cuando Él un poco huye de nos? Quien mucho ha hecho sufrir a otro, ¿no sufrirá él un poco? Quien ciento debe, ¿no pagará uno? ¿Por qué no quiere pasar por la ley que hicimos a nuestro Señor que pasase? Y con falta de conocimiento no sabemos humillarnos a sufrir un poco de disfavor, mereciendo justísimamente el infierno.

2. Despierte ya, señora, y tenga a sí por quien es, y a Dios por quien es. Y si desechada se sintiere, súfralo con humildad, pues así lo merece. Y si el Señor dice que es *perra*, diga con la Cananea que *es*

verdad; mas por eso no desmaye y peque dos veces, una en el poco conocimiento suyo, otra en no sentir bien de la suma bondad del Señor, pensando que no la quiere, o no quiere que lo busque. ¿Y por qué osó decir tan gran falsedad y testimonio falsísimo? ¿Por qué pone mancha en la pureza de la misericordia divina y en el blanco Cordero, que dijo (*Jn.*, 6): *A todo aquel que viniere a mí, no le echaré fuera?* ¿Por qué tiene por enemigo al que la castiga, y sospecha mal contra su Médico? Amor es todo lo que hace el Señor con ella, sino como no conoce por amor sino al regalo, parécele desamor, como esté escrito que *el Señor azota al que ama* (*Hebr.*, 12), y que *quien ama a su hijo multiplica los azotes* (*Eccli.*, 30, 1); y tratándola el Señor así, aun no se conoce, ni es vil en sus ojos, ¿qué sería si Él le enseñase amor? No es para locos el ser abiertamente favorecidos. Baste a vuestra merced que el Señor se sirva de ella, sea por la vía que Él fuere contento; y sepa que hasta que, de lo más profundo del corazón, sienta quien ella es, no sentirá la faz del Señor del todo alegre, ni le cumple. Mil vueltas le han de dar, y en mil trances se ha de ver que la saquen de seso, y en que no sepa que ha de hacer ni sepa atender; para que toque con sus propias manos, y vea con sus propios ojos que no es ella sino un pedazo de miseria y flaqueza, y se le quite muy quitada la vanidad de su estima. Porque así como decía un viejo en la Vida de los Padres, que sería uno tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor, y no fuerza propia; así conviene en otras cosas venir al abismo del propio conocimiento, para que de allí le *levante el Señor al pobre, y lo ponga con los Príncipes de su pueblo* (*Ps.*, 112, 8), sin resabio de vanidad, pues ya conoce su profunda flaqueza.

3. Por eso, póngase vuestra merced a padecer, y tener guerra consigo, y pase adelante, que el Señor la consolará, y le dirá (*Isa.*, 51): *¡Pobrecita! Yo quité de tu mano la copa del adormecimiento, y lo hondo de la copa de mi castigo, y no lo beberás más.* Él vendrá, y satisfará la pena que dió su ausencia y castigo, y alegrará con cien tantos a la que entristeció con justicia, para darle a entender que no es inocente, sino culpada. Perseverancia no falte. Y aunque sea herida en la guerra, cobre ánimo de nuevo; porque no sabe la hora en que el Señor tendrá por bien de

la visitar. Y conciértese lo mejor que pudiere, según su pobreza; y súfrase con paciencia como a otro hiciera, y no deje sus ejercicios en cuanto fuere posible. Y si estuviere enferma, tómelo también por ejercicio, que no es mal tiempo para navegar hacia el cielo, aunque parezca contrario en esto.

La gracia del Espíritu Santo sea siempre en esa ánima. Amén.

33.—A UNA DONCELLA

Que quería dejar el mundo y dedicarse a Dios. Pondérale cuánto mayor dicha es tomar por esposo a Cristo que a hombre mortal (1).

DEVOTA SIERVA DE JESUCRISTO:

1. El placer que mi ánima sintió del nuevo propósito de querer tomar por Esposo al Rey celestial, la que tan bien pudiera tomar esposo de la tierra, fué tan grande que no lo sabré explicar. Y aunque cuando se me dijo me fué nuevo, porque no lo había sabido, mas no lo fué del todo, que ya yo la había ojeado para el Señor que la crió, y le había pedido por merced que me la diese para Él; y sea su nombre para siempre bendito, que tan cumplidamente lo hizo, que yo no lo supiera tan bien desear. Porque aquel gozo que su ánima tenía de haberse descabullido de las vilezas de la tierra, y quedar ya prendada del amor del celestial Rey, ¿qué era sino unas señales ciertas que esta mudanza no ha sido liviandad de propio pensamiento, mas obra de Dios, que ha puesto la mano en el corazón de ella, y obrado el celestial deseo que tiene? Y también le dió aquel regocijo, en señal y arras de los muchos y grandes y limpios gozos que, si ella le quisiere ser fiel, Él le dará; de los cuales el menor es más de estimar, que todos los que el terrenal marido, hijos, y hacienda, y todo el mundo pueden dar.

2. ¡Oh señora, y si hubiese probado cuán dulce es Dios para aquella ánima que vuelve las espaldas al mundo, por poner los ojos en su Criador! ¡Oh si supiese qué es la suavidad del celestial Esposo para consolar aquellas ánimas que dejan los transitorios de-

---

(1) AUDI FILIA, cap. 105, Cartas 65 y 70.

leites, y como tórtolas castas, no quieren consolarse en la tierra, mas suspiran con amor a su Señor que en los cielos está; y como *la paloma* que se torna limpia (*Gen.*, 8), sin poner los pies en cuerpo muerto, mas *tórnase a la mano de quien la envió!* ¿Qué es lo que más en este mundo florece, sino cuerpo muerto hediondo? Pues ¿para qué es juntarnos con cosa que nos enlode, y nos deje más desabridos treinta mil veces con su amargo dejo, que nos dió sabor con su compañía? A Cristo dé vuestra merced muchas gracias, que le dió luz para saber distinguir entre lo precioso y lo vil, entre lo eterno y temporal, y entre Dios y el hombre mortal; y le dió pensamiento tan dichoso, en que Dios es aceptado, y el hombre tenido en poco, y por amor del celestial tálamo es despreciado el terrenal, por rico que fuese.

3. Sea, pues, fiel al que por Esposo quiere tomar; que Él lo será tanto para ella, que probará que no de burla se llama Esposo limpio de vírgenes limpias, mas hallará en Él todos los bienes juntos. Y no será como en los casamientos del cuerpo, que las más veces tras un poco de contentamiento sucede amargo arrepentimiento; mas nuestra obra al principio tiene consuelo; y mientras más tratare a este Señor, más le conocerá, y mientras más le conociere, más le amará. Porque no es como los hombres, que mientras más tratados, más tachas descubren: y el que parecía buen desposado, a cabo de poco no hay quien lo sufra; mas en Cristo no verá cosa que le descontente, ni tampoco en su bendita Madre, que es suegra de las esposas del Hijo. ¡Oh bienaventurada hora en que tal propósito en ese corazón se sembró! Y muy más lo será cuando se vea tan visitada de su Esposo que diga: Señor mío, ¿cuándo yo te merecí estas mercedes, y hallar este tesoro escondido, por el cual dar mil vidas era comprar muy barato?

4. ¡Oh señora, y cuán abastado y dichoso ha de ser este casamiento, y cuánto regocijo para el cielo y para la tierra! Dios Padre se huelga en que haya personas en la tierra que así amen a su Hijo Unigénito, que por su amor dejen los amores de la carne, no sólo los que son vedados por su Ley, mas aun los del matrimonio, que son concedidos; porque señal es de mayor amor que dejemos por uno lo que lícitamente pudiéremos hacer. El Hijo es el desposado, y por eso murió, por tener ánimas que con limpieza

espiritual le amasen, y otras con limpieza espiritual y con entereza en la carne. El Espíritu Santo es limpísimo, y muy ajeno de carne; y en viendo una ánima que desprecia de hecho los deleites de ella, allí pone sus ojos, e hinche de espirituales consuelos a los que desprecian los temporales; porque no permite que esté ayuna el ánima que de los manjares de acá no quisiere gustar. Nuestra Señora es Madre del desposado, traslado de Él, amorosa y benigna, principio de vírgenes, amparadora y abogada de ellas, y en gran manera se alegra que haya en la tierra virginidad, que es la flor que ella sembró. No faltan pajes en este casamiento; que los ángeles son criados del Rey del cielo, y aparejados a todo lo que la esposa hubiere menester.

5. Ni aun faltan hijos, que es lo que acá se suele desear; y cierto no con los dolores del parto, y cuidados que en criarlos se toman, y dolor que dan cuando no salen buenos o se mueren antes de tiempo. Los hijos, señora, de este casamiento las buenas obras son, que se llaman frutos del hombre. ¿Qué placer sentirá cuando por amor de Jesucristo concibiere un propósito de hacer una limosna u otro bien? Y después cuando la ponga en obra, ¿qué placer le dará aquel parto? Estos hijos dan descanso y honra a su madre. Y no ha menester dote, que ellos se la traerán antes para ganar y merecer el mismo cielo. Y hacen que viva tan descansada su madre, que yo le prometo que cuando de noche se vaya a dormir, duerma con más quietud y paz que si tuviera todo este mundo y cuanto en él se puede desear (2).

6. Dígame, ¿qué pudiera alcanzar acá que llegara, ni con muchos quilates, al menor de estos bienes? Y si algún placerillo hubiera, tuviera por contrapeso cada hora de placer más de ciento de dolor y zozobra; y si algo hubiera sin ella, en fin se había de acabar o morirse el esposo antes que ella o ella antes que él, y todo le fuera pena. Y también morir los hijos le fuera otra pena, y dejarlos era otra pena; ni ellos a ella, ni ella a ellos se pudieran valer. Gócese, señora, en Cristo, que su Esposo nunca morirá; y cuando ella muera, la cercarán sus hijos, que son las buenas obras que habrá hecho, y no le darán pena cómo los deja, que allá irán con ella acompañándola

(2) Véase AUDI FILIA, cap. 105.

hasta el trono de Dios, y le pagarán muy bien cuanto en ellos gastó y trabajó; y por amor de los hijos será bienaventurada la madre. Y la muerte no apartará este casamiento, antes pondrá juntos a Él y a ella. Y librarla ha, porque es Señor de la vida y de la muerte; y no osará ningún demonio arrebatar a la que Dios tomó debajo del amparo de su favor, y la dotó con nombre de esposa.

7. Entonces vendrán los ángeles a la servir y presentar delante de Dios cantando alabanza a Él, y echándole bendiciones a ella y diciéndole: «Ven, esposa de Cristo, y recibe la corona que el Señor te tiene aparejada.» Y entre estas cosas no estará ausente la Virgen Madre, acompañada de muchas vírgenes, que en este mundo hicieron lo mismo que vuestra merced hace, y no están de ello arrepentidas. Y en compañía de sus semejables, irá de este mundo adonde el Señor ya le tiene aparejado el celestial tálamo, para que eternalmente esté rica, harta y abastada en la casa y presencia de Dios, mirando de hito en hito aquella hermosura infinita, una hora de lo cual es tan gran galardón, que excede, aunque uno hubiese pasado por Dios todos los trabajos que todos los hombres han pasado y pueden pasar. Allí tendrá todo el bien, y habrá alcanzado aquello para que fué criada, y estará tan harta en tener a Dios, cuanto ni se puede decir ni pensar; porque así tendrá llenos los senos de su ánima, que rebosen de gozo, como quien está en una muy grande mar de azúcar, que por todas partes está de él cercado. Entonces verá, y amará (3), gozará y poseerá al Señor de todas las cosas, y dirá: Al que amé he alcanzado, al que busqué he hallado, por quien dejé el mundo ha sido mi galardón y paga: a Él alabaré y amaré en los siglos de los siglos (4). Amén.

34.—A UNA SEÑORA

Animándola a pelear contra la estima propia.

SEÑORA:

1. Porque creo que vuestra merced pelea las peleas del Señor y se ofrece a todo trabajo porque en ella

(3) *Y amará;* la edición de 1578, *llamará.*
(4) Oficio de Santa Inés.

reine (1) Jesucristo sólo, le es debida con mucha razón el ayuda y esfuerzo por parte de los ministros de Dios; a los cuales está mandado que avisen al malo del mal que le ha de venir, para que se enmiende y lo huya; y al bueno esfuerce, y vaya tañendo una trompeta (*Isai.*, 58) delante cuando viere que entra en la guerra. Quiere decir, que ha de esforzar con palabra de Dios a los que viere pelear por su honra; porque de otra manera, así como le será pedida cuenta del malo, a quien no avisó, así también del bueno, porque no lo esforzó; y será castigado por el mal que uno hizo, y por el bien que el otro dejó de hacer.

2. Esfuércese, pues, vuestra merced en la pelea que con la antigua serpiente tiene, queriendo apartarla de Dios, y queriendo ella llegarse a su Dios. Y esté muy sobre aviso que los principales tiros son al corazón. Porque no se le da a él mucho que uno sirva a Dios con recoger sus ojos, y con guardar silencio, o con rezar y cantar, y con semejantes cosas, sino en el corazón pone él su ponzoña, que es propio complacimiento, o propia estima y amor.

Las doncellas locas, doncellas eran; mas *por no tener óleo en sus vasos*, oyeron de la boca del Señor aquella terrible palabra: *En verdad os digo que no os conozco* (*Mt.*, 25, 12). ¿Y qué es *el vaso*, sino el corazón? ¿Y qué *el óleo*, sino el *espíritu de la verdad*, que mantiene y ceba las buenas obras, si buenas han de ser delante de Dios? ¿Y qué es el *espíritu de verdad*, sino el que hace que el hombre se desplazca (2) y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y ésta es *la verdad* en que hemos de vivir; y sin esto, en mentira vivimos. Y algunas veces cuanto más bien parece que tenemos y más sanos estamos, estamos (3) peores faltándonos esto. Porque confiando en esto y otras cosas, parécenos que somos algo; y no es (4) así delante los ojos de Aquel que mira los corazones y dice (*Apoc.*, 3): *Nombre tienes de vivo, y estás muerto. Nombre tiene de vivo* quien

(1) *Reine;* edición de 1578, *reina.*

(2) *Se desplazca;* edición de 1578, *se desplega* (antic.).

(3) *Estamos;* así la edición de 1595; falta en la de 1578.

(4) *Es;* falta en la edición de 1578.

no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el justo Juez condenare? No sabe el mundo tener por malo, ni castiga a uno que se parece bien a sí mismo, y se contenta de sí con soberbia, o no se descontenta. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede a sí mismo, como si trajese un perro muerto a sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante los ojos de su Criador, como quien estuviese delante de un juez de acá, habiendo hecho un feo delito. Y si esto llega a ser pecado mortal, cuádrale de todo en todo lo que Dios dice (*Jer.*, 3, 3), y si es venial tócale algo: *Frente de ramera tienes, y no has sabido haber vergüenza.* Y es una mala tacha en el ánima que no sea vergonzosa, como lo es en las mujeres, aun en lo exterior. No condena el mundo una fiucia propia, no una estima propia, no una voluntad viva a buscar su contentamiento. Mas en los ojos de Dios son estas cosas, y otras semejantes, muy grandes males, y que impiden su santa gracia y amistad, si son mortales; y si veniales, impiden el aprovechamiento de la gracia y la comunicación del Señor.

3. Y sabiendo esto el demonio, dásele poco porque en lo más grueso esté una ánima viva, si en lo interior está muerta. Y muchas veces no procura él que aquella persona caiga en muy feos pecados, que si los hiciese se confundiría mucho, porque viéndose así caída en cosas que aun a los ojos del mundo son muy malas, tomaría muy a pechos la penitencia, y se desplacería muy de corazón y se remediaría; y quiere más tenerla asida con la ceguedad interior, y tenerla segura con que no caiga en otros pecados, que quizá si en ellos cayese saldría de unos y otros, y se le iría de entre las manos.

Por tanto, señora, los ojos sobre el corazón; y cuando no sintiere un entrañable desprecio y confusión delante del acatamiento de Dios, sepa que no se conoce perfectamente, y que no tiene sino ojos de mundo, y no luz celestial; porque ésta descubre los rincones, y hace avergonzar al ánima de lo que los ojos mundanos alguna vez dirían que es cosa muy buena; y tras ésta vienen lágrimas y verdadera humildad, que de todo en todo sujeta el ánima a Dios y a toda criatura. Y cuando esto no hay, está de otra manera.

y no sana de raíz, sino sobresana. Y debe entonces llamar al celestial Médico, y no descansar hasta que poco a poco le dé una poquita de luz para entrar a mirar sus senos y escondrijos, y hallar sus faltas aun en lo que parece bien hecho. No da el Señor luego este don hasta que Él es servido; mas entretanto sepamos no fiarnos de otras buenas obras, si esto nos falta, y esperemos en el Señor que nos lo dará cuando sea servido; porque Él prometió que no daría *piedra* a quien le pidiese *pan*, y que *el Padre del cielo daría buen espíritu al que se lo pidiere* (*Lc.*, 11, 11-13).

Él sea luz de vuestra merced para que conozca a Él para honrarle, y a sí misma para despreciarse, y salga toda de sí, y se sujete toda a Él. Y esté vuestra merced avisada que tiene en la tierra quien le pida cuenta; por eso tenga ganada mucha santidad, para cuando allá vaya y no tenga cosa por la cual me convenga a mí reñir, y ella sea avergonzada, con pena de ambos.

Cristo la guarde en su seno rompido con lanza. Amén.

35.—A UNA SEÑORA

En que le enseña lo mucho que obró la venida del Espíritu Santo en los Apóstoles, y lo que obra ahora en los que se disponen a recibirlo; y cómo se ha de disponer.

1. Dios dé a vuestra merced buenas Pascuas, no de oídas, sino de experiencia; que sienta su corazón en esta fiesta lo que los creyentes en Jesucristo, juntos en el Cenáculo, sintieron, infundiéndose en ellos el que les quitó las flaquezas, y enseñó sus ignorancias, e hinchó sus senos de tanto gozo, que se dió bien a entender que la sangre de Jesucristo no fué derramada en balde, ni las voces que al Padre dió fueron vanas, pues por Él fué comunicada (1) a ellos la participación de la divinidad. ¡Oh cuántas veces, viéndose tan deificados y enriquecidos, amadores y amados de Dios, daban mil alabanzas a Jesucristo, maestro suyo, conociendo que Él les había enviado este don en cuanto Dios, y merecido en cuanto hombre! Porque, según el mismo Señor lo prometió, que

(1) *Comunicada;* así la edición de 1595.

venido el Espíritu Santo *había de clarificar* a Jesucristo (*Jn.*, 16) y *había de dar testimonio de Él,* para que los discípulos y el mundo lo conociesen, y conociéndolo entendiesen que todo el bien les vendría por Él, y le diesen servicio como a verdadero, y agradecimiento como a copioso bienhechor, y así quedasen más ligados con cuerda de amor con Él en ausencia, que primero lo estaban en presencia, y probasen cuán fuerte amor es el Espíritu Santo, y cuán de verdad hace amar al bendito Verbo de Dios, del cual procede, y en el cual descansa; y no dudasen de pregonar aunque les costase la vida.

2. Si tuviésemos parte de esta fiesta acá dentro en los corazones, celebraríamosla bien en lo de fuera. Y si fuese nuestra ánima rociada con alguna gota de agua de *este río caudal, que procede de la silla de Dios y del Cordero* (*Apoc.*, 22, 1), sería apagada en nos la sed de todo lo de este mundo, y con el celestial rocío seríamos refrescados de nuestra sequedad y dureza en que estamos tibios, malditos y estériles. ¡Oh cuán obligados nos sentiríamos a nuestro Redentor, sintiéndonos de verdad redimidos, y ahogados nuestros pecados, y consumidas nuestras tristezas con abundancia del gozo! No nos aquejarían dolores, no destierros, no ausencia de lo que amamos, no falta de las cosas que parecen necesarias, no, en fin, cosa ninguna. Porque así es poderoso este Espíritu, y su fuego que hacia arriba sube, haciendo amar y confiar de Dios, que *ninguna agua* de tristeza y tribulación *lo puede apagar* (*Cant.*, 8), mas, siempre vivo y metido en las entrañas, abrásalas (2) tan de verdad, que mata todo lo que mal vive, y hace que ni aun la misma muerte no venza al que Él ha mortificado con aquesta venida.

Este es el Huésped dulce, que sana la llaga que la ausencia de Jesucristo hizo en los corazones de los que le amaban, hinchó el hoyo que la ida de Él había hecho. Y si pudo consolar tristeza causada por ausencia de Jesucristo, mejor podrá hacerlo en ausencia de criaturas, cuando de no verlas tuviéremos pena. Este es *el Padre* cuidadoso *de huérfanos* (*Ps.*, 67, 6) que *los viste con virtud de lo alto* (*Lc.*, 24, 49), y los abriga debajo de su manto, y les hace entender que tienen Padre en el cielo, y que lo llaman osada y no sober-

---

(2) *Abrásalas;* las ediciones de 1578 y 1595, *abrasadas.*

biamente *Padre*. Renueva lo caído, alumbra lo obscuro, calienta lo frío, endereza lo tuerto, alienta lo cansado, y dando cada día nuevas fuerzas, hace volar hasta el monte de Dios.

3. Razón será, señora, que nos ponga apetito tan excelente don, y vendamos todas nuestras afecciones, para comprar esta joya, con la cual sola seremos dichosos. Por nuestra puerta pasa, en nuestras orejas suenan las voces de cómo viene a los hombres, y se huelga de morar en ellos; no le dejemos pasar sin que le constriñamos a que nos visite y consuele para más servirle, y según la parte de donde fuere rogado, no se hará mucho de rogar para quedar con nos, porque el Padre le envíe por Jesucristo su Hijo, Señor nuestro. Él lo ganó para nos, que de otra manera, ¿qué tenía que ver el Espíritu altísimo con los que somos carne tan inmunda, flaca e inclinada a todo mal? Más nos excede este Espíritu que el cielo a la tierra, si no fuera porque el celestial engendrado del Padre se abajó haciéndose hombre, que quiere decir terreno; y así Dios humanado y contemperado con nuestra flaqueza, trabajó y sudó, y a trueco de su vida nos ganó que se abaje este Espíritu, que crió los cielos, a morar en los vasos de barro. Demos gracias a Jesucristo, y gocemos de sus trabajos.

4. Y pues el Espíritu Santo, mirando los merecimientos de Jesucristo, viene de muy buena gana a morar con nosotros, no seamos nosotros a la una y a la otra merced tan ingratos, que las perdamos entrambas. El Alto quiere abajarse con los bajos, y ser ayo y padre de ellos; ¿por qué seremos tan locos que le digamos de no? Salgamos a recibir con amor al que viene con amor, y deseemos recibirle, pues Él de buena gana se aposenta donde es deseado. Seamos como aquel (*Isai.*, 26) que dijo: *Mi ánima te deseó en la noche; y en mi espíritu y en mis entrañas, de mañana velaré a ti. De noche* desea al Espíritu Santo, quien se ve atribulado y no pone su fiucia en su brazo, y suspira a este Espíritu como a consuelo de tristes y alivio de trabajados; y *de mañana* vela a Él quien no pone por postrero de sus cuidados lo que conviene aderezar para la posada; mas en la cabeza de ellos pone éste, cómo alcanzará el favor de este Señor. Y siendo deseado y llamado, cierto vendrá, porque así lo hizo Jesucristo, que se llama *deseado de todas las gentes* (*Agg.*, 2) y es el amador de los que le desean.

Llamemos al Espíritu Santo con voces de lengua y de entrañas.

5. Mas miremos no tengamos la casa tan mal aparejada, tan sucia y tan sin atavío, que después de convidado y sentado a nuestra mesa, no tengamos qué darle de comer. Mortifiquemos nuestra carne, que ésta es la que Él come y le sabe bien; que de esa viva huye cielos y tierra, y hiédele peor que perros muertos. Mortifiquemos nuestro parecer, porque seamos enseñados por el suyo; que dos cabezas mal rigen una casa, si no sigue la que menos sabe a la que más. Y nuestros quereres renunciémoslos todos, porque éstos son los enemigos capitales de este celestial Espíritu, el cual enseña a decir (*Lc.*, 22): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha*. Seamos diligentes en limpiar nuestra conciencia, con la penitencia y confesión, de toda la inmundicia y de todo polvo, por pequeño que sea; porque es Huésped limpísimo, y no es bien darle casa que lo descontente. Tengamos paz de dentro y de fuera, porque por honra del huésped los rencillosos suelen disimular sus rencillas. Y metido Él en nuestra casa, guardémosle palacio, que es Él Rey muy alto, y no es razón que lo dejemos dentro de nos, y nos vayamos nosotros a ver vanidades. Cerremos nuestras puertas, y echémonos a sus pies; digámosle que no tenemos cosa que nos estorbe; que a todo hemos dicho que nos deje solos con Él; y gocemos de Él, que es bastante a hacernos bienaventurados, y que todo el mundo no nos lo pueda quitar. Y si esto así se hace, vuestra merced será consolada en todo lo que desconsolada está, y beberá *del río del deleite de Dios* hasta embriagarse; y yo lo seré viéndola en manos de quien tan bien la guardará, enseñará y salvará en la eternidad; Él sea en (3) favor de vuestra merced, etc.

36.—A UN SU AMIGO

Cuyo cambio de vida esperaba: exhórtale a poner debajo de los pies todos los bienes terrenos.

1. Así como quien está esperando una cosa nueva, que mucho desea, se alegra cuando ve alguna señal de su deseo, y aunque sea pequeña, le da no pequeño

(3) *En;* así la edición de 1595.

gozo por la muchedumbre de su deseo, así mi ánima se hinche de regocijo con la carta de vuestra merced, porque no sé qué barrunté de las palabras que en ella venían; lo cual si fuese de hecho, sería un gozo para mí tan grande, que pocos me vendrían que se le igualasen. Mi señor, yo deseo de ver esta vuestra ánima desengañada de las muchas vanidades que se usan y tratan, y que pensase con verdadero corazón que en ninguna cosa está su descanso sino en poseer al mismo que la crió; y anduviese tan cuidadosa de buscar este bien, y tan herida del amor de su Dios, que todo este mundo con su flor le pareciese un humo que falta, y una sombra sin tomo, y un engaño de necios, que a sus amadores hace enemigos de Dios, y por lo temporal les hace perder lo que nunca se acaba. ¿Vióse nunca tan grande mal como éste? ¿Vióse trueco tan pernicioso? ¿Adónde están los ojos de quien esto no ve, y el corazón de quien esto no siente? Y con todo esto, es tan grande nuestra flaqueza, que si Cristo no nos despierta y da a entender esto, no hay más remedio para salir de este engaño, que le tiene un ciego para ver, o un muerto para vivir.

2. ¡Oh humana miseria, digna de ser con lágrimas vivas llorada, que eres inclinada a lo que te daña, pensando que eso es lo que te cumple! Ti nes por ganancia y piensas que te ha ido bien, cuando de esto presente eres abastada, y a duras penas sientes ni lloras de estar en desgracia de Dios. Sabes mirar y estimar la honra del mundo, que tan presto se pasa, y cuando dura, aun no es para hacer a su poseedor un cabello mejor delante del acatamiento de Dios, y no curas si eres honrado o deshonrado en la corte de Dios. Temes una pequeña afrenta que te amenaza, y no provees remedio para la que está guardada y amenazada para el día postrero a todos los que no hubieren con fe viva y obediencia verdadera honrado al Señor. Estímaste en mucho, y a Dios en poco, pues haces tu voluntad contra la suya; y duélete mucho una pequeña cosa que a ti toque, y no sientes aun lo mucho que toca a la honra de Dios. Vives contigo para ser miserable del todo, y no vives al contento de Dios, que es suma felicidad. Una será de dos, sin falta ninguna: o que la lumbre del Espíritu Santo ha de dar a entender esta gran ceguedad, o el gran tormento que está aparejado abrirá los ojos del en-

gañado cuando ya no tenga remedio. Que como San Gregorio dice: «Los ojos que la culpa cierra, la pena los abre.»

3. Pues, señor, si a vuestra ánima amáis, si a Dios teméis, si vuestro corazón no es de piedra, mirad la brevedad de la vida, y cuantos habéis conocido que, estando muy asentados y avecindados acá, los ha mandado Dios salir, no con tanta alegría ni contentamiento como fuera razón, diciendo cómo les había el mundo engañado, y que por él se habían descuidado de servir a Dios. Lo que aquéllos fueron somos; y en lo que pararon, pararemos; porque una tierra nos ha de recibir y tornar en ella. ¿Pues qué esperamos? ¿Qué nos detiene? ¿Qué nos engaña y hace descuidados en negocio que tanto nos va? ¿Por qué pensamos que va en esto poco, pues otro negocio no hay mayor? Y si decimos que por tal lo tenemos, ¿por qué tan poco trabajamos, tan pocas horas gastamos en él, tan poco lo meneamos, tan pocos consejos pedimos, tan mucho nos parece un rato que en ello empleamos, no cansándonos ni pareciéndonos mucho todo lo que se emplea en los negocios de acá? Si es menester gastar mucho para la presente vanidad, ¡cuán magníficos somos!; mas ¡cuán cortos en lo que conviene gastar por la honra de Dios y amor de los prójimos! Allí no miramos hijo, ni necesidad, ni gasto de casa; mas todo esto se pospone por una curiosidad; mas acá cargan tantas de cosas, que cierran bolsa y mano para la buena obra. Mas ¿qué digo de una sola prueba de nuestra flaqueza? Toda nuestra vida da voces que amamos más lo presente que lo venidero, y lo exterior que lo interior, y el dinero que la virtud; porque aquello amamos más, que más deseamos alcanzar cuando nos falta, y por quien con más ansia trabajamos, y con que más nos gozamos cuando lo tenemos, y de que más nos duele cuando lo perdemos. Y si viene caso en que conviene perder lo uno o lo otro, aventuramos la buena conciencia, por poner en obra la honra, placer o provecho de acá.

4. Día vendrá, y presto vendrá, en que estos tales terrenos se queden burlados, y dejando sus trabajos y frutos de ellos en la tierra, vayan desnudos, pobres, y avergonzados delante de Aquel que acá los envió, no para que en el camino se quedasen mirando las vanidades, mas para que pasasen por lo temporal sin parar, no pegando el corazón en ello; y trayen-

do el cuerpo en la tierra, trajesen el corazón en las cosas del cielo; viviendo en la carne, y no según la voluntad de la carne; y estando en el mundo, no teniendo condiciones del mundo; mas que como hijos que imitan a su padre, fuesen limpios, verdaderos, piadosos, humildes, mansos, y que buscasen la honra de Dios y cómo aprovechar a sus prójimos. ¿Que hará aquel día el que no ha puesto en obra el negocio a que acá lo enviaron? ¿Qué hará el que ni por pensamiento le ha pasado de comenzar a entender en él? Mas olvidado de la pureza cristiana, que es imitadora de Dios, se ha ensuciado en el lodo de la tierra, y como a muchacho que le han enviado al mandado, y se paró con otros muchachos a jugar o mirar algo, ni fue al mandado, ni se le acordó a lo que iba, hasta que a la noche torna a su casa sin recaudo alguno de a lo que le habían enviado, y lleva azotes y reprensiones de quien le envió.

5 Despertemos señor, ahora que tiempo tenemos; miremos por lo que más nos cumple y para siempre ha de durar, y dejemos la vanidad a los vanos, que ellos y ella perecerán. Alcemos los ojos al que nos dió la vida y ser que tenemos, y después dió su vida porque no se perdiese la nuestra, y con grandes trabajos nos enseñó el camino que habíamos de andar; y con muerte llena de tormentos y deshonras, nos esforzó a toda virtud, y nos alcanzó gracia para servir y agradar a Dios. Escudriñemos los rincones de nuestra conciencia, y curemos lo que está llagado; desatemos los lazos de nuestros pecados, pongamos remedio en lo que más nos hace temer, y aplaquemos los gritos que nuestra conciencia nos da, haciendo lo que nos manda, y Dios por ella; porque estando todo bien ordenado y puesto en concierto, estemos *esperando,* como *siervos fieles y despiertos,* a la venida de nuestro Señor, y seamos hallados *con candelas encendidas y los lomos ceñidos* (*Lc.*, 12, 35), y oigamos aquella dulce palabra (*Lc.*, 19, 17): *Gózate, siervo bueno y fiel, que en pocas cosas fuiste fiel; yo te constituiré sobre muchas; entra en el gozo de tu Señor.* Aquel es día que esperan los buenos cristianos, por el cual pasan los penosos de acá con mucha paciencia; y aquella corona les hace que sufran acá los combates del mundo y la carne, escogiendo el presente abatimiento por el ensalzamiento eterno, y el lloro breve por la risa sin fin, y el perder aquí su voluntad por hallarla siempre

unida con la de Dios en el cielo; adonde ninguna cosa tendrán que les descontente, y todo lo que les fuere agradable será; porque poseerán a Dios por tesoro muy precioso, en el cual está todo el bien.

6. Si el Señor ha comenzado a visitar esa ánima entenderá estas palabras, y aprovecharse ha de ellas; y si no (¡lo que no sea!), será oír una historia que luego se olvida.

Cristo sea amor de vuestra merced y de la señora su mujer; cuyo deseo de verme le pague Dios; y la venida por acá cese hasta que Dios ordene mi ida allá, pues yo también la deseo.

37.—A UN SU AMIGO

Consolándole de la muerte de su madre y hermano y animándole a que se disponga para bien morir.

1. La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced.

Si la caridad hace, como dice San Pablo (*Rom.*, 12, 15), *llorar con los que lloran, y gozar con los que gozan,* mucha pena tendrá vuestra merced por la de las señoras sus hermanas que quedan desconsoladas, y mayor gozo tendrá por la gran merced que nuestro Señor hizo a nuestro muy amado P. Gregorio Esteban, llevándolo al verdadero gozo, cierto de nunca perderlo. Y pues somos llamados cristianos, y *llamamos* al celestial Rey *Padre,* no suene en nuestra boca otra cosa sino la que a hijos obedientes conviene, y la que el Unigénito hijo dijo (*Mt.*, 26, 39): *Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho.* Y así como tenemos carne para sentir el trabajo de los que acá quedan, tengamos espiritual fuerza para gozarnos del bien de los que al cielo han ido; y consuele el gozo a la tristeza; mayormente habiendo Él hecho lo uno y lo otro, el cual entonces más provee a sus hijos cuando el sentido humano más parece desampararlos, y mejores ganancias les trae cuando más parece llevarles.

No quita Dios sino para dar; no hiere sino para medicinar; no derriba sino para levantar, y, en fin, no mata sino para dar vida, y vida que nunca se acaba, por trabajos que muy presto se pasan. Ya descansa nuestro Padre que acá trabajó; ya tiene lo que de-

seó y buscó; ya *coge en gozo las lágrimas que acá sembró* (*Ps.*, 125, 6); ya tiene Dios aquesta ánima en seguro que nadie se la podrá llevar. Maduro estaba para cogerlo, y por eso (*Sap.*, 4, 11) *lo arrebató Dios, antes que la malicia mudase su entendimiento, y el fingimiento engañase el ánimo de él.* No tienen los que lo aman por qué llorarlo como a muerto, pues vive delante el acatamiento de Dios, *al cual agrada en la tierra de los vivos* (*Ps.*, 114, 9).

2. Ni por lo que a estas señoras toca debemos desmayar el corazón; porque aunque sin madre y hermano quedaron acá, mas no sin Dios, que es Dios de los atribulados y desamparados, cuyos ojos *miran el trabajo y dolor* (*Ps.*, 10, 14); y donde menos humano favor hay, allí se precia Él más de enseñarlo. *Padre* se llama (*Ps.*, 67, 6)—y eslo—*de huérfanos*; debajo de las alas de tal Padre no puede nadie llorarse por desamparado, mas por abrigado cuanto va de criatura a Criador. Y aun el favor de nuestro padre [Gregorio] no se ha perdido; que el justo más puede después de muerto que en vida; pues estando vivo delante el trono de Dios, puede con su oración aprovechar mucho más que acá con su cuerpo. Y pues ninguna razón consiente que de tal madre y de tal hijo otra cosa creamos—por el derramamiento de la sangre de Jesucristo, al cual ellos amaron—, sino que viven para siempre con Dios, consuélense los que están en la tierra teniendo tales parientes en el cielo; y olvidando el sentido de la carne, obre en nosotros la fe y obediencia de Dios, ofreciendo a su divina Majestad esto que nos quiso llevar para sí.

3. Y cuanto más los amamos, tanto más nos agradecerá la conformidad con la santa voluntad de Dios, pues a tal Dios y Señor no nos hemos de contentar con ofrecerle [cosa cual]quiera (1), mas aquello que más en nuestros ojos luce, según él dijo a Abraham (*Gen.*, 22, 2), *que le ofreciese a su hijo unigénito y muy amado:* dándonos a entender que en esto prueba a sus escogidos, pidiéndoles lo que más aman en testimonio del amor que a Dios tienen. Y por eso dijo el Señor (*Jn.*, 8, 39): *Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham;* porque así como aquél obedeció con sencillo corazón al mandamiento de Dios, y en

---

(1) [*Cosa cual*]*quiera;* la edición de 1578 dice: *que quiera...*

cuanto fué de su parte, ya mató a su hijo en sacrificio, así nosotros no hemos de matar los que amamos; mas si el Señor viene por ellos y se los lleva, ya que la carne algo sienta, ha de ser vencedor el amor divinal, no sólo en lo que Dios lleva, mas diciéndole que se sirva de lo que lleva y de lo que queda, sin sacar nada.

Este es el ánimo que el cristiano debe tener para andar en paz con Dios, no tener rincón ninguno en su casa que no tenga ofrecido a Dios. Y en esto no se hace mucho, pues Él todo se ofreció por nos, dando su honra, su fama y su vida, dejando a su Madre bendita tan afligida y a sus amados discípulos tan desabrigados. Pues ¿por qué no ofrecemos nuestro todo pequeño al que por nosotros ofreció su todo muy grande? ¿Por qué no fiaremos lo que somos y lo que tenemos, de las manos que por nos se enclavaron en el árbol de la cruz? ¿Por qué nos parecen las tales manos muy pesadas, pues en todo y por todo son suaves, aun cuando nos parecen amargas? Señor, lo que se ha hecho, Dios lo ha hecho, y por ello sea su nombre bendito, que quitó lo que Él mismo había dado; y si lo quitó, fué para ponerlo en cobro y no se perdiese, dándole lo que todos deseamos que nos dé. Y si hirió en algo a los que acá quedan, el que hiere dará la medicina. El que ha desconsolado de madre y hermano, él mismo será lo uno y lo otro; y a ellos dió descanso, y a los que quedan da esto para que ganen aquel descanso.

4. Porque si el Señor de la gloria entró en ella por tragos amargos que acá pasó, no espere nadie gozar de aquella dulcedumbre más que de miel, si no bebe acá de copa más amarga que los ajenjos. Así lo ha ordenado Dios, y así ha tratado a sus hijos; y el que no pasa por azote de hijos, bastardo es, no legítimo, y deputado para el eterno azote, y no para el descanso sin fin. Y por eso aflíjanos aquí Dios, para que tengamos señal que somos sus hijos; quémenos aquí, porque florezcamos allí; corte por donde Él mandare, porque allí hallemos refrigerio; pues lo que atribula es breve, y lo que está prometido es eterno. Esforcémonos a caminar para allá, para donde fuimos criados, y cuanto más entristecidos y llorosos, tanto nos juntamos más con Dios; que los males que aquí nos vienen, más nos ayudan a ir a nuestro Señor. Y ordenemos nuestra vida, y pensemos en nuestra muer-

te, que no tardará mucho de venir. Y así vivamos, que cuando acabemos la jornada seamos hallados dignos de gozar lo que esta madre e hijo gozan. Y allí nos veremos y conoceremos, no con temor de perderlos como acá, mas seguros de compañía eterna. Y allí parecerá ser merced lo que aquí pareció azote; y estaremos, ellos y nos, con el que nos crió y redimió, alabándole con todas nuestras fuerzas, y cantándole para siempre sus misericordias. Allí nos esperan nuestros dos difuntos, y de allí nos llaman. Tengamos el cuidado allí, y sentiremos poco el trabajo de aquí; y pensemos en nuestra muerte, y consolarnos hemos en la ajena. Que ésta no fué partida para muchos años; que el que hoy llora a otro, mañana llorarán por él. Y por eso el fin de todo sea adorar a Dios en todo lo que hace, y aprovecharnos con la paciencia de los trabajos que Dios nos envía, y aderezar nuestra vida para que antes nos podamos alegrar cuando se acabare, que con remordimiento de conciencia temer.

Cristo consuele a vuestra merced y sea siempre en su corazón, para que en todo se sujete a su santa voluntad, y así gane la corona que a la obediencia se debe; y vuestra merced me tenga por su capellán y siervo, pues los difuntos me tenían por tal; y en lo que yo pudiere, quedo obligado a servir a todos los que a ellos tocan.

38.—A UNA DONCELLA.

Dícele el camino y señales de la tibieza; con qué fervor ha de servir a Cristo, que la defiende como a esposa.

1. El cuidado, devota esposa de Jesucristo, que de vuestra ánima nuestro Señor en el corazón me pone, me hace sospechar que tenéis alguna necesidad de su ayuda; por lo cual me moví a os escribir esta carta, suplicando a nuestro Señor Jesucristo obre en vos, mediante ella, lo que sabe que habéis menester.

Deseo, amada hermana, que os dé nuestro Señor a entender de cuánta importancia es el negocio que habéis comenzado, para que la grandeza de Él os ponga grande cuidado, y el cuidado os haga ser diligente en agradar a aquel Señor cuya esposa sois, y tras la dili-

gencia os venga el divino favor, que está muy presto a los que de verdad lo buscan, con el cual andaréis segura entre todos los peligros y alcanzaréis el fin de vuestro camino y deseo.

2. La primera puerta de la perdición de muchos que comienzan y no perseveran, suele ser el descuido de sus conciencias, entendiendo en ellas como en cosa que poco va; y estando la guerra cierta y la victoria dudosa, viven así como si todo estuviese seguro, y hubiese ya venido el tiempo de gozar de la victoria, que con muchos trabajos ha de ser ganada. De lo cual viene que como los peligros que nos fuerzan de fuera, y la flaqueza que tenemos de dentro, sean mayores que podemos pensar, y las raíces de los corazones que muchos años hemos dejado plantar hayan menester para ser arrancadas mucho trabajo, quédanse en nosotros, porque ponemos poco; y aunque por un poco de tiempo parecían estar arrancadas, en pasando aquel fervor que a los principios Dios les daba, tornan las raíces, que parecían muertas. a brotar, y vienen a dar frutos tan malos y aun peores que los pasados; y así aprenden muy a su costa, que no debe nadie dejar las armas y el cuidado de aprovechar mientras esta vida durare, que se llama, y de verdad lo es, cruda guerra.

¡Oh si oyésedes que algunos, después de haber algún tiempo gozado de la dulcedumbre de Dios, la perdieron, y vinieron a comer manjar de puercos; y como Jeremías dice llorando (*Tren.*, 4): *Los que fueron criados en carmesíes vinieron a abrazar el estiércol.* ¡Qué cosa hay más lastimera que ver una alma que hallaba deleites en Dios, y dejados aquéllos, deleitarse en pecados; la boca que hablaba del cielo, hablar de la tierra; y las orejas, por las cuales entraba al alma la palabra de Dios, andar hambrientas por oír consejuelas; y el corazón, que primero con fervor despreció todos los mundanos placeres, pareciéndole amargos en comparación de la divina dulzura, venga a tanta enfermedad, que no halla sabor en lo que de verdad era sabroso, y, como dice Job (30), tenga por deleite estar debajo de espinas!

3. Estos son semejantes a los hijos de Israel, que después de sacados de la cautividad de Faraón por la poderosa mano de Dios. y habiéndoles Dios prometido que los metería en *una tierra que manaba leche y miel,* fueron tan flojos en sufrir trabajos en el desierto por do caminaban, que con miserable consejo

deseaban más tornar atrás y quedar en Egipto, que pasar adelante y gozar de tantas promesas; y dándoles Dios a comer *el maná*, que la Escritura llama *Pan celestial* (*Ps.*, 77, 24), y tan sabroso que para los buenos *contenía en sí todo deleite* (*Sap.*, 16, 20); tenían los estómagos de sus ánimas tan estragados, que querían más comer de *las ollas carnales* (*Ex.*, 16, 3), y cebollas y puerros de Egipto, que del maná celestial. el cual les era tan desabrido, que *les revolvía el estómago* (*Núm.*, 21, 5). De esta manera, cuando una alma sale de sus pecados, sacándola Cristo, y ahogando la muchedumbre de ellos en las aguas del Bautismo o de la Penitencia, si con cuidado sigue su Dios, deléitase en los trabajos por Él, y halla frescores en este desierto, por seco que sea; porque a este tal mantiene el Señor con escondida y celestial dulcedumbre, según lo tiene prometido diciendo (*Apoc.*, 2): *Al que venciere daré maná escondido y celestial;* y como la dulcedumbre de Dios sea mayor que la amargura de acá, anda la tal ánima en los trabajos descansada, y en los peligros segura y confiada de la promesa de Dios, en que le promete de llevarla a la hartura del cielo. Anda y vuela y corre, teniendo en poco de ganar el mundo, ni de perder la vida, por ir a gozar de Dios para siempre. En la boca de ésta no suenan quejas; en el corazón de ésta nunca hay flaqueza; mas hacimiento de gracias por los bienes que ha recibido, y cierta y confiada por lo que espera de Dios recibir. Mas si comienza la tal ánima a darse a la flojería, luego todo le parece mal; no hay trabajo, por pequeño que sea, que no le penetre hasta el corazón y la derribe; siente mucho la herida liviana, cánsase con la poca carga, y a cada paso dice: No puedo. Quéjase de cada cosita que no le da Dios a su voluntad, y dice en su corazón, y algunas veces con la boca: ¿Y para qué comencé este camino? No hallo en él sino orar, leer, y cosas delicadas, y contrarias a sangre y carne; *tómame deseo de tornar a comer de los manjares de Egipto*, y deléitame lo que ya vomité.

4. ¿Qué pensáis, doncella, que fué la causa de mudanza tan miserable? Por cierto no otra sino el descuido del corazón, que es madre de la tibieza, y la tibieza del descontento, y el descontento de disolución, y ésta de todos los males. Si estos tales comenzaran a remediar su descuido cuando comenzaron a nacer, no comieran tan amargos frutos; si mataran la ma-

dre, no naciera la hija: si cayendo un terrón de la casa, luego la remediaran, no los tomara debajo. Creed que así como ninguno se hace súbitamente muy bueno, ni tampoco se hace muy malo. Escalones hay en medio para subir a mucha bondad, o para descender hasta mucha maldad; porque así como el que está en el primer escalón se debe alegrar para subir, y debe tener confianza que poco a poco subirá a lo alto, así quien está en lo alto y comienza a descender, aunque sea muy poco, debe entristecerse y temer mucho la caída. Y para que os remediéis, si en este peligro estuviéredes, oíd en qué lo veréis.

5. Si a vuestro corazón sintiéredes liviano, si os deleitáis en hablar palabras ociosas, si deseáredes oír nuevas, si fuéredes tarda al ir a orar, y presta para acabar, y sintiéredes vuestro corazón seco, que no llueve Dios sobre él devoción, y si alguna vez llueve, es como agua que no harta la tierra, y que presto se pasa; si os viéredes los ojos abiertos a las faltas ajenes, y a las vuestras cerrados; si os sabe mal el ser abatida, y os enojáis con quien os reprende; si las condiciones de vuestros prójimos os parecieren pesadas para sufrir, y siempre echáis achaques en el comulgar y confesar, o ya que lo hacéis, más es por vergüenza o costumbre que por amor, y si después de comulgar, habiendo en vos entrado el fuego, no os en cendéis, y puesta la miel en la boca no sentís dulzura: cuando estas cosas y otras semejantes viéredes en vos, entended que vuestro corazón no está entero con Dios, ni lleno del licor celestial, pues anda hambreando la vanidad de las criaturas. Porque así como el gusto de Dios hace mortificar los sentidos, da abundancia de lágrimas, entrañable hartura, deseo de silencio y de soledad, desprecio de cuanto florece en el mundo, cuidado de la propia conciencia, paciencia en sufrir a los prójimos, con otros mil cuentos (1) de bienes, así el gusto de la vanidad hace no hallar gusto en la verdad. Como el gusto de Dios echa fuera el gusto del mundo, así el del mundo al de Dios. Y si viéredes que el mundo os comienza a saber bien, remediaos presto, antes que del todo vengáis a perder el sabor de las cosas de Dios.

6. Mirad no hagáis cosa que no sea digna de esposa de Jesucristo. Acordaos que habéis ofrecido vuestro

(1) *Cuentos:* millones.

cuerpo en sacrificio limpio a Jesucristo nuestro Señor; y el sacrificio mandaba Dios que fuese muy examinado; porque *si tenía falta en los ojos, o manos, o pies, o en otra parte,* no consentía Dios que le ofreciesen (*Lev.*, 1 y 22). Y aun en muchas partes más podía este solo defecto para ser desechado el tal sacrificio, que los muchos bienes para ser aceptado En lo cual se da a entender, como dice Orígenes, que las doncellas que ofrecen su cuerpo a Dios en sacrificio, no cumplen con ser en una cosa limpias. La lengua ha de ser ajena de hablar vanidades, las orejas de las oír, los ojos puestos en tierra; el atavío ni precioso, ni curioso, ni sucio, y desde los pies hasta la cabeza ha de ser vestida de honestidad; en la alma ha de ser paloma (2). pues que es esposa del Cordero, para que así sean para en uno; y pues en tan alta empresa Dios os ha puesto, no tengáis la vida baja.

7. Quien a tan alto Rey quiso amar y de tan alto Rey es amada, no es razón que duerma. Ninguna cosa os parezca trabajosa de hacer ni pesada de sufrir por agradar al que una vez ya os disteis. Y si os parece que pasáis trabajos o desconsuelos, no os espantéis; acordaos que *así suele el Señor tratar a sus hijos;* que estas cosas no son señales de ira, mas de bienquerencia Mientras más os viéredes trabajada, teneos por más amada; mientras más desconsolada, más confiada; y la gran tentación viene por víspera de muy gran corona. Ninguna cosa os derribe, pues tenéis por ayudar al brazo del muy Alto y Omnipotente. No huyáis, que sin falta veréis venir sobre vos el socorro del cielo. No os espanten los muchos enemigos que tenéis mas consuéleos un solo amigo que os ama más que todos los enemigos os desaman, y Él solo puede más que todos ellos juntos. No le hagáis vos traición; no huyáis vos de su campo; llamadle en vuestras necesidades, que de su parte yo os prometo que Él os dará vuestros enemigos vencidos y puestos debajo los pies. *Por un camino vinieron contra vos, y por siete huirán de vos;* si tienen licencia para tentaros, no la tienen para venceros.

8. No es cosa acostumbrada a los maridos fieles desamparar a sus esposas; y si en la tierra, donde tan poco amor hay, esto hay, ¿qué hará donde Jesucristo, Esposo vuestro, está, sino muy mejor defende-

(2) Véase la Carta 94.

ros? Quien por amaros perdió su vida, ¿dejaros ha perder tan ligero? *Ninguno aborreció su propia carne, mas antes la cría y regala* (*Efes.*, 5, 29). Y nosotros, como dice San Pablo, *carne somos de la carne de Jesucristo, y hueso de los huesos de Jesucristo*, a semejanza de Eva, que fué sacada de Adán. Y Él y nosotros no somos dos, sino uno (3), como *marido y mujer*, o *cabeza y cuerpo*, o *vid y sarmiento*, o árbol y ramos. Pues si mirar Cristo por nosotros es mirar por Sí mismo, ¿qué razón hay para dudar en lo que tanta certidumbre tenemos? Y si esta unidad y casamiento la tiene con sus cristianos, ¿cuánto más con las personas que dejaron de ser esposas de hombres por ser esposas de Dios? Alegraos y cobrad confianza en el arrimo de tal Señor; gozaos de las mercedes que habéis recibido; vivid con tal diligencia, que no perdáis las que os ha prometido. Acá habéis celebrado desposorio con Él, y allá os tiene aparejado el tálamo en que poneros; y va tanto del gozo que allá os dará del que acá os ha dado, como del cielo a la tierra, como de fin a principio, como de cumplimiento a promesa; porque allí os enseñará Él cuán bienaventurada fuisteis en renunciar el mundo y sus pompas por hacer homenaje a Cristo.

9. Allí veréis cómo el matrimonio es bueno, la virginidad es mejor; y aunque Marta escogió bien, *la parte de María es mejor*. Allí *cantaréis cantar nuevo*, y tal, *que no pueden cantar sino vírgenes;* allí andaréis en compañía de innumerable compañía de vírgenes, que viviendo acá despreciaron lo que vos despreciasteis, y tienen allá lo que vos deseáis; allí veréis y seguiréis a la Bienaventurada María, Virgen y Madre y Esposa; la cual, como la otra María, hermana de Moisés, pasado el trabajo del mar Bermejo, tomó su *adufe* (4) en la mano y comenzó a cantar en alabanza de Dios, y tras ella las otras mujeres (5); así nuestra María, pasada de este mundo, y después tomando su cuerpo, está cantando en el cielo alabanzas a Dios con cuerpo y con ánima; y tras ella cantan todas las ánimas buenas, y por particular gloria cantan las vírgenes, *siguiendo al Cordero*, que es Cristo, *adonquiera que Él va*, dándoles su compañía en pago

---

(3) Idea fundamental en la ascética del B. Avila.
(4) *Adufe* pandero.
(5) Véanse las Cartas 24 y 70.

de la soledad que acá pasaron por Él. ¿Paréceos que es bien galardonado servir a quien tan bien galardona? ¿Paréceos cuán alegres deben estar los que este día esperan? Trabajad, pues, vos por ser una de éstas, que pues el Señor lo ha en vos comenzado, Él lo acabará: y pues se desposó con vos, Él se casará, y dará a Sí mismo en galardón para siempre

Orad y leed y comulgad.

Vuestro siervo por Cristo.

39.—A UNA SEÑORA

Afligida porque la enfermedad la impedía los ejercicios espirituales: enséñale cómo se halla la paz que no está fuera de Dios. Y del gran cuidado que se ha de tener, en que lo que nos aparta de los santos ejercicios sea necesidad, no flojedad y tibieza.

1. El mejor consuelo en los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad es no haber nosotros cometido alguna culpa para que nos vengan; porque a la conciencia limpia fácil cosa le es llevar cualquier carga que le echen; y a la no tal, la pequeña le es incomportable.

Si así supiesen los hombres buscar los medios para su descanso como saben desearlo, gozarían de él, y no se quedarían con sólo desearlo. Ley es de Dios que los que tienen deseos fuera de Él, sean atormentados, o no se cumpliendo o se cumpliendo; porque ya que venga lo que desearon, no pueden gozar de ello por el remordimiento (1) que la conciencia les da; y si no viene, están colgados con la dilación de lo que desean. Muy al contrario de esto es el deseo puro de Dios; porque si David dice (*Ps.*, 104): *Alégrese el corazón de los que buscan a Dios*, ¿qué será el hallar a Dios? Si la hambre del buscar les da alegría, la hartura de la mesa, ¿qué será?

Por tanto, quien quisiere paz y verdadero descanso. entienda en quitar deseos, y osada y fielmente ponerse en la voluntad del Señor, y no se verá hollado de tinieblas, ni afligido con acaecimientos. Mas ¿quién hará a los hijos de los hombres que entiendan lo que

(1) *Remordimiento;* las ediciones de 1578 y 1595, *remedio.*

Dios les manda decir (*Ps.*, 4): *¿Hasta cuándo seréis de pesado corazón, y amáis la vanidad, y buscáis la mentira?* ¿Quién los desengañará de su ceguedad, que andando buscando paz, hallan guerra, y por la misma vía que la buscan, por allí la pierden?

2. Entiendan todos que como no hay más de un Dios, no hay más de un verdadero descanso; y que como fuera del verdadero Dios no hay Dios, fuera de su descanso no hay descanso. Verdaderamente *mentirosos* eran *los montes y muchedumbre de los valles.* y solamente en el Señor Dios nuestro hay verdadera salud, dicen los que, después de cansados con la experiencia de sus vanos deseos, vienen a conocer quién es Dios y quién los que a Él se allegan. No tenemos, señora, no tenemos pan ni *panes* en nuestra casa *con que dar de comer a nuestro amigo que viene de fuera.* si no lo vamos a pedir a nuestro vecino (*Lc.*, 11, 5), que es Dios humanado, tan cercano a nos, que es nuestra cabeza, Padre y hermano. Quien a Él alzare sus ojos y le mirare a las manos; quien fuere mendigo de su puerta; quien le deseare y se fatigare de hambre de Él, será recreado con su hartura, que tanto excede a la de las criaturas cuanto excede Él a ellas. Mas fuera de Él no se atreva nadie a hambrear, porque «dondequiera que la carne buscare abastanza—dice San Agustín—hallará falta»; para que por experiencia entienda qué diferencia va del Criador a la criatura, y desarrimado de ella, pues ya probó no haber en ella lo que buscaba, vaya con lleno corazón al que sólo es bastante a le dar más de lo que el ánima puede recibir.

3. Así que, ilustrísima señora, no se vaya V. S. tras el engañc grande de muchos grandes del mundo, que son muy amigos de su voluntad y están llenos de sus deseos, pareciéndoles que tienen para ser más abundantes en deseos de cosas, cuanto más lo son en estado de acá; y no veo que saquen de aquí sino mayores tormentos; porque a la medida del desear es el penar. Y como San Bernardo dice: «Cese la propia voluntad, y no habrá infierno»; así podremos decir: cese, y no habrá acá ni pecado ni trabajo. Porque no es lo que nos da la pena lo que nos viene, sino el venirnos lo que [no] queremos que venga. Y por esto nos pide Dios *nuestro corazón* (Prov., 23, 26), para quitárnoslo de tantos males, y a trueco de él, darnos el suyo, que es pacífico y reposado y alegre en los

trabajos. Y necio de aquel que quiere más vivir en su angostura, que en el anchura de Dios, y morir en sí que vivir en la Vida. Y si en algún tiempo o en alguna cosa hemos cometido este mal, de haber dado la rienda suelta a nuestro deseo, humillémonos delante el Padre de las misericordias, conociendo nuestras faltas, y esperemos perdón de Él, tomando en descuento de nuestro yerro la pena que por nuestro deseo nos vino; con la cual suele Dios quitar el pecado, como quien toma los ramos de un árbol y con ellos pone fuego al mismo árbol, y lo quema de raíz.

4. Muy mejor es al pecador que le suceda pena de su pecado que no descanso; porque, como San Agustín dice: «No hay cosa más desdichada, que la buena dicha temporal del pecador.» Y aprendamos de aquí adelante a dar nuestros deseos a Dios. Y como una piedra va hacia lo bajo, y un fuego a lo alto, y cada cosa a su lugar, así nuestro corazón vaya a su centro con gran ligereza, que es Dios. ¿Quién no se espantaría de ver una gran peña colgada en el aire, sin que fuese a su centro? Y ¿quién no se espanta de ver un corazón, criado para descansar en Dios, detenido en el aire, y menos que aire? Sea, pues, o porque no podemos descansar sino en Dios, o porque merece Él ser Señor de todo nuestro amor, pues es piedra imán de todo espíritu; no hagamos tan gran necedad, *no demos* tal *mancha en nuestra honra* (*Eccli.*, 33, 24), no tal traición contra nuestro Señor, que de aquí adelante otro deseo en nosotros entre, sino el de Él, o por amor de Él. Y así huirán de nuestro corazón las nieblas tristes, las congojas desaprovechadas, las esperanzas y temores vanos. Y en lugar de esto amanecernos ha luz nueva, con ella alegría; porque ver lumbre del cielo causa es de ella, y el ciego no puede verla. Y por esto decía Tobías (5): *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo lumbre del cielo?* Gran verdad es, cierto, que ninguno que no está desengañado no puede tener verdadera alegría; porque aunque le parece que ve, es vista de tierra, y no lumbre del cielo. Tras esto es la cura de raíz.

5. Conviene que V. S. no quiera que, con disposición desigual, haya ejercicios iguales. Porque muchos se afligieron ignorantemente, por no alcanzar lo que ni su fuerza ni estado les permitía. Está claro que, con esa disposición, no ha de querer la orden que antes tenía, ni nuestro Señor tal pide; pues su voluntad es

muy igual, y templada con misericordia, que no pide sino lo que Él da de aparejo; y no sólo no quiere *coger donde no siembra* (*Mt.*, 25, 24), mas aun conténtase con coger mucho menos de lo que sembró. No se desconsuele V. S. por lo que no puede alcanzar; que eso ¿qué sería sino estar penada porque no tiene alas para volar por el aire? No ponga los ojos en consuelo ni en oración, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Y pues Él quiere que el tiempo que se gastaba en orar, se gaste ahora en vomitar, sea muy enhorabuena; y Él contento, todos contentos los que tienen en más el contento de Él, que poseer cielos y tierra. Y si el escrúpulo diere pena, con pensar que vino esto por alguna culpa, o que es castigo de dar Dios lo que deseamos, ¿qué hay más que hacer, sino echarnos a sus pies y pedir azote y perdón? Y el Señor dará entrambas cosas, o el perdón sin azote; mas nunca azote sin perdón, si por nuestra culpa no queda. Y por esto debemos tomar el trabajo por prenda de la paz; y porque ésta haya entre Dios y nos, vénganos todo lo que Él mandare.

6. No hay sino una cosa que temer, y es no se solape nuestra pereza debajo la ocasión del «No puedo más.» Aquí es menester vivir con siete ojos, porque esta Eva que dentro de nosotros está, es tan amiga de regalo y de pasearse por el huerto, y comer del árbol vedado, que tiene mil mañas para hacer entender a la razón que lo que pide no es demasía, sino necesidad; y enójase mucho si no se lo dan, y si no se lo creen. Menester, señora, son dos cosas: una, que cuando claramente viere que puede tener sus ejercicios, en ninguna manera los deje. Ose trabajar por el amor del Señor, pues el amor no sabe ser flojo, y cuanto es piadoso para su Amado, tanto cruel y no nada regalado para sí mismo. Acuérdese V. S. de las hazañas que en este mundo ha hecho el amor de Cristo en los corazones donde ha morado; cárceles, tormentos, deshonras ha hecho pasar, y con grande alegría, poniendo delante los ojos del amador el gran valor del Amado. Y pues tanto ha acabado con otros, no sea tan flaco en V. S., que no tenga fuerza para pasar un poco de trabajo por agradar a tan alto Señor, al cual tanto más será acepta cuanto con mayor trabajo a Él se llegare. Y el Señor no es amigo de nuestras penas, sino sólo de nuestros amores; y éstos no se pueden conocer ser verdaderos, sino en cosa que

duela. Porque *el amigo fijo en el tiempo de la tribulación* aquél es el verdadero (*Eccli.*, 6, 11). Y aunque Dios conozca sin prueba quién somos, quiere probarnos para que nosotros nos alegremos viéndonos fieles en el amor, y vivamos con esperanza de ir a ver a quien amamos, pues *la prueba obra esperanza,* como dice San Pablo (*Rom.*, 5).

7. Así que, esta sea la orden mientras no hubiere salud para tomar otra: que en estando libre de vómito o dolor, tenga su ejercicio; y haciendo esto, pida a nuestro Señor le dé su lumbre para conocer cuándo es engaño de la carne el estorbo que pone, o cuándo es necesidad justa; porque quien bien usa de lo que conoce, alcanzará lumbre para lo que no conoce. Que el otro no tiene boca para pedirlo, pues le pueden responder: ¿Para qué quieres saber mi voluntad y agradamiento, pues en lo que lo sabes no lo cumples? Y cuando hay algún alivio, aunque no sea mucho, haya ejercicio, aunque no sea mucho ni con mucha atención, sino como un conocimiento de nuestro deseo, y un presentarnos delante el Señor. Y con esto y con no dejar caer el corazón, porque va en esto la vida, pasará V. S. hasta que provea Dios de otro tiempo.

8. La Samaritana preguntaba que dónde había de orar; y el Señor responde (*Jn.*, 4), *que en todo lugar, y en espíritu;* y así ha de hacer el cristiano, que en todas sus obras ha de orar al Señor, no en monte ni en templo sólo, sino en comer y beber, dormir, salud y enfermedad, refiriéndolo todo a Dios, y gozándose en todo por recibirlo de la mano de Dios. Mire mucho V. S. no ensangoste (2) a Dios, pues es inmenso: no piense que no le ha de buscar ni hallar sino en tal lugar o tal obra. En todo está, si ella está con Él; y si en todo le busca, en todo lo hallará. *Alegréme*—dice el Sabio—(*Sap.*, 7, 12), *en todas las cosas, porque iba delante de mí esta sabiduría;* y así lo hace quien en todo mira a Dios, haciéndolo como Él lo manda, y teniendo atención a Él. Y de otra cosa síguese tristeza y descontento, y caimiento en el corazón, que es cosa que en gran manera se debe huir, porque según está escrito (*Eccli.*, 30, 25): *No hay provecho en la tal tristeza,* antes mucho daño para cuerpo y ánima y prójimos. Mas el alegría da fuerzas, da perseverancia, y hace entristecer a nuestros enemigos, y alegra al es-

---

(2) *Ensangostar:* angostar, hacer estrecho.

píritu de Dios que en los suyos mora, porque Él es alegre. Y sobre esto use V. S. recibir a nuestro Señor algunas veces.

9. Y pues en el corazón hace Él su morada, no hay que tomar pena por andar el cuerpo como anda; que aunque algún impedimento sea para trabajar, no para dejar de amar. Mayormente que el Señor es todopoderoso, y muy amigo de dar fuerzas al corazón que le desea amar, pues es para cumplimiento de la cosa que en el cielo y en la tierra más bien le parece que es el amor; del cual esté V. S. tan abundante en la tierra, que merezca estar más cerca del Señor en el cielo. Amén.

40.—A una monja

Que quería hacer profesión. Que a imitación de la Virgen cuando se preparaba para dar a luz al Niño Jesús y para la fiesta de la Asunción, se disponga a vivir con el Divino Esposo.

1. Dos veces estuvo la sagrada Virgen María esperando grande fiesta, y se aparejaba con grande cuidado para salir a ella muy ataviada del espíritu, al atavío que es el que luce delante de Dios. Una fué cuando, habiendo concebido al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, esperaba el día en que el encerrado en su vientre, saliese afuera, y viese ella con sus corporales ojos, y tratase con sus manos, y tuviese en sus pechos *al deseado de todas las gentes* (*Agg.*, 2, 8), mayorazgo del Eterno Padre y lumbre de Él. ¡Qué pensamientos tendría la Virgen, y cuán suspenso andaría su corazón, deseando ya haber amanecido el día en que, habiendo salido de sus entrañas un tal Hijo, quedase verdadera Virgen como el día en que nació, y mucho mejor! Cuidadosa andaba no faltase algo de lo necesario, y principalmente de tener tal su ánima, que el día de las vistas del Niño y de ella no hubiese cosa en toda ella, que no pareciese muy bien a los ojos de Él; y así fué ello.

2. La otra vez que esta Señora anduvo cuidadosa con la espera de otra fiesta, fué este santo tiempo en que estamos (1), en el cual se andaba aparejando

(1) Los días que preceden a la Asunción de María (15 de agosto).

para el día en que había de salir de este destierro, y subir a la celestial silla que su Dios e Hijo le tenía aparejada, adonde, servida y reverenciada de todos los ángeles, estuviese ella reverenciando y bendiciendo, amando y gozando al abismo de la dulzura infinita, que es Dios. Ninguna mujer tanto se aparejó para casamiento, ni para otra fiesta, como esta Señora para el día de su coronación y dignidad; y así salió tan hermosa, que los ojos de Dios se huelgan de mirarla, y sus orejas de oírla: y si atavío buscó, hallólo, y salió [a] la fiesta sin mancha ni desgracia ninguna.

3. ¿Habéis oído estas cosas, sierva de Cristo? ¿Habéislas entendido? Pues a vos dicen, y para vos se dicen. Bendito sea Cristo por siempre, que tan cercana del santo y limpio parto os ven mis ojos y oyen mis orejas, cuando aquel virginal propósito, que habéis concebido por inspiración del Espíritu Santo, saldrá afuera a ponerse en obra, y el Cristo tierno y Niño, que traéis dentro de vuestras entrañas, lo tomaréis en vuestras manos, quiero decir, en vuestras obras, y morará en vos, no solo en *el corazón,* mas también en el cuerpo, siendo *sellado con su sello,* dentro *por su amor* y de fuera *por su imitación;* y en el ánima con entereza y en el cuerpo también: el espíritu encendido con el fuego de la caridad, y el cuerpo mortificado con la limpieza de la virginidad.

4. Este día esperáis, y para este día os llama Cristo, diciendo (*Cant.,* 2): *Levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; porque se ha pasado el invierno, ya se han ido las lluvias; flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo del podar es venido.* Si hasta aquí, señora, habéis vivido *en invierno* de frialdad del amor divinal, ya viene el verano del ardor que santifica; con que *las lluvias* de los pensamientos, y de los descontentos, y de las turbaciones y mudanzas se van, y os nazca alegría nueva y frescor de esperanza. *Las flores* que *en vuestra tierra han aparecido,* el propósito de virginidad que Dios os ha dado es, que por no estar firmado con voto se llama *flor.* Y dice Cristo que esta flor *ha aparecido en nuestra tierra.* Porque el cuerpo de la virgen particularmente es de Cristo y *tierra suya,* que le acude, no con treinta o sesenta tanto, mas con ciento tanto, por ser la virginidad la cosa más alta que, en lo que toca a la carne, puede haber. Y dice que *ya viene el tiempo del podar,* porque presto convendrá cercenar

de vuestra ánima mil pensamientos y deseos que antes teníades, que aunque no fuesen pecados, eran muy bajos y llenos de tierra, y en ella habían de parar; y han de nacer otros magníficos, que desprecien todo lo que acá se puede gozar, y se enderecen a ganar a sólo Dios.

Conviéneos, señora, echar de vos lo visible, si queréis gozar de lo invisible: conviéneos dejar, si queréis recibir: decir *de no* (2) a cualquiera cosa que a vos venga, por decir a Dios *de sí.* Vaso sois, echad toda la hiel, y recibiréis miel. Que los gavilanes que crían para cazar buenas aves, ciérranles los ojos, para que no vean las de poco precio y se arrojen a ellas, y encarnizados allí, dejen de seguir las de más precio; y así os conviene cerrar los ojos a todo lo poco, y decir al Señor (*Ps.* 118): *Aparta mis ojos, porque no vean la vanidad;* porque no os abalancéis a ello, y quedéis satisfecha con la tierra, pues que fuisteis criada para el cielo. Dejad aparte lo que se pasa, y abrid los ojos a la caza que es de mucho precio, Dios, y a Él os abalanzad, aunque os cueste la vida. Podad de vos todo lo que Dios no es; cercenad toda cosa que no es a propósito del estado que queréis tomar; que si antes queríades ser una, ya queréis ser otra, tanto diferente cuanto el cielo de la tierra, y la esposa del rey de la esposa del esclavo. A vida nueva, pensamientos nuevos; a palabras nuevas, obras nuevas, y todo nuevo le pertenece.

5. Este tiempo está ya cerca, cuando vuestro niño salga a luz, y quedándoos virgen, deis fruto de bendición de la mano de Dios, por obra de su Santo Espíritu, que fecundará vuestro entendimiento para conocer a Dios, y abrasará vuestra voluntad para le amar; como hizo a la Virgen María, que le inspiró en el tiempo del concebir, y la hinchó de gracias al tiempo de parir. Ya creo deseáis este parto, pues no ha de ser con dolor, antes con alegría, pues no es de aquellos de los cuales se dijo a Eva (*Gén.*, 3): *En dolor parirás tus hijos;* porque aquello es cosa de carne concebida en pecado, estotra es obra de espíritu inspirada por Dios.

6. Y si antes que este día venga, tanta alegría siente vuestra ánima con sólo el olor y esperanza de él, ¿cuánta más copia de ello habrá en la misma fiesta?

(2) *De no:* que no.

Osad, sierva de Cristo, decir al mismo Señor que os ha convidado para tanto bien; osadle decir lo que la Esposa de los Cantares dice (*Cant.*, 7): *Ven, Amado mío, salgamos al campo, moremos en las alquerías, levantémonos de mañana a las viñas, veamos si nuestra viña ha florecido, si las flores han parido frutos, y si han florecido las granadas. Allí te daré mis amores.* Convidad al que queréis tomar por Esposo a que *salga al campo con vos*, y suplicadle que se desembarace todo vuestro entendimiento y corazón de todo el bullicio de aqueste mundo, y os mortifique tanto a todo lo que pasa, como si ya estuviésedes fuera de este mundo, sola vos y Cristo; y esto es *salir al campo*, porque quien esto ha hecho vive en anchura y alegría, y no la estrechan las marañas que traen consigo las cosas de acá. Y para dar a entender que esto no ha de ser por un rato no más, añade diciendo: *Y moremos en las alquerías.*

Y desde allí *levantémonos de mañana a las viñas;* porque mientras la persona está ocupada y alterada con los presentes cuidados, ¿cómo podrá entender con atención en las cosas de su conciencia, que es *viña* de Dios? Harto tiene que entender en tráfagos y zozobras; y aunque alguna vez desea y propone *levantarse* a entender en su alma, luego [la] derriban las olas de las temporales mudanzas, y aunque con remordimiento de conciencia, en fin, de cansada, deja lo que más desea y entiende en lo que aborrecía. Alguna vez llega a tanto la miseria, que deja ya de desear entender en su ánima, porque las muchas olas ahogaron aquel poquito de buen deseo que en ella estaba. Vos, doncella, a quien Dios ha amado y libertado de los cuidados del siglo, *salid al campo* de la anchura del corazón, hollad todo lo de acá, y gozaréis de una alegría que todo el mundo no os la pueda quitar. *Levantaos de mañana* a entender en vuestra conciencia, pues este solo cuidado habéis de tener, y este ha de ser vuestro oficio; porque, como dice San Pablo (1 *Cor.*, 7): *La mujer casada tiene cuidado de como agrade a su marido y a Dios, y está repartida; mas la doncella que no se casa, tiénelo en cómo agrade al Señor, para ser santa en cuerpo y en espíritu.*

7. *Levantar de mañana* es comenzar nueva vida y examinar la conciencia. Cuando Dios envía el rayo de luz, entonces no ha de dejar la persona pasar aquel tiempo; sino como el trabajador se va a traba-

jar en saliendo el sol, así la tal ánima se ha de esforzar al bien cuando siente espuelas de Dios. Y allí se ve *si las flores han echado frutos,* porque no hemos siempre de estarnos con buenos deseos, sin ponerlos en obra: porque la flor que pasa de su tiempo sécase y marchítase; y el niño que no saliese del vientre al tiempo acostumbrado, se moriría; y los propósitos que no se ponen en obra, ¿para qué son? Salga, pues, señora, vuestro propósito a luz; tórnese *en fruto la flor.* Mirad a la Virgen Madre, que concibió por Espíritu Santo, y parió con alegría, dando fruto, y quedándose con la flor; porque cuando el buen propósito se pone en obra no se pierde, antes se confirma. Y también mirad *si las granadas han florecido;* porque la doncella de Cristo no se ha de contentar con cualquier amor de Él, sino amor hasta desear derramar la sangre por Él; y este derramamiento de sangre se significa en *las granadas,* que han de estar muy vivas y floridas en el ánima de la esposa de Cristo.

8. Y *allí le dad vuestros amores;* porque después que seáis esposa, ¿qué os queda sino cautivaros del amor de Aquel que, por vuestro amor, se hizo extranjero en la tierra, y padeció treinta y tantos años con fríos, calores y cansancios, y después dió su vida por ganar vuestra ánima, mejor que Jacob por alcanzar a Raquel? ¿Qué habéis de hacer, sino responder al que os ha llamado, y seguir al que delante de vos va con su cruz, y mirar en hito, sin volver a otra parte los ojos, al que así tan piadosamente os ha mirado, que os ha quitado de la tierra para trasponeros en el cielo, y os quita de ser sierva de hombres para que gocéis de ser sierva de Él, que es ser Reina y Señora? Aparejad vuestro tálamo; que así como la Virgen María andaba ahora cuidadosa con la subida al cielo, así lo debéis vos estar para vuestra subida a la celestial vida. Porque la virginidad no es cosa de la tierra, no es cosa humana; parienta es de los ángeles; y *vivir en la carne, y no según la carne,* no es humana virtud. *Angel terrenal* es virgen, u *hombre celestial,* pues que desde acá ya guarda entereza e incorrupción, como en el cielo la hemos de guardar, donde no habrá casamientos ni cosa que le parezca. Y pues queréis subir a cosa tan alta, vivid con cuidado de parecer tal aquel día a los ojos de Dios, que os eche su bendición y os cuente en el número de sus favorecidas. La Virgen Madre fué subida al cielo, y vió a su Hijo bendito, y

está con Él; y vos tendréis en el altar y recibiréis aquel día en vuestro pecho al mismo que ella trajo en los suyos, y al mismo que reina en el cielo. Escondido vendrá, mas el mismo es; porque si manifiesto viniese, no podríase sufrir su resplandor y hermosura; y por eso, no por falta de amor, sino por vuestro bien, viene así

9. Pues quien tal día espera no debe dormir; quien tal huésped atiende (3), ataviada ha de tener su casa; quien tal esposo aguarda, no ha de ir fea ni llena de andrajos; y quien tal Sí QUIERO ha de dar, menester ha pedir la gracia del Señor para ser bien casada. ¿Qué haréis, señora, para este día alegre y terrible? ¿De dónde compraréis atavíos para bien parecer al que ama vuestra ánima? Idos a los pies de Él, y confesadle vuestra flaqueza y pobreza, y suplicadle que os vista y atavíe de la ropa de sus entrañas, que otro si Él, no os puede dar la mejor joya para bien parecer. No cura Él de oro, ni plata, ni brocado, ni esas poquedades en que miran los ciegos; mas la lindeza del ánima, que, lavada con la sangre de Él, se para más blanca que la nieve, más hermosa que la luna y más clara que el sol, y muy mejor ataviada que lo estuvo la reina Ester. Él os vestirá y dotará y hermoseará: suplicádselo vos estos días, entendiendo en le pedir perdón de los años que no le habéis mirado a Él, sino a vos: del tiempo que habéis vivido con vos, no con Él: del tiempo que os habéis amado, y a Él no, sino para vos; y lavad vuestra faz con agua de lágrimas por los años que no habéis conocido ni amado como debíades a quien siempre os miraba, guardaba y amaba.

10. Y leed algunos ratos en libros santos, y repartid algunas limosnas a los pobres, y recogeos un rato a rezar por la mañana y otro a la tarde; y no cesen de os decir Misas; y rogad al Señor por vos, el cual os haga tan suya, que podáis decir: *Vivo yo; ya no yo, mas vive Cristo en mí* (*Gal.*, 2, 20), y os ponga por luz adonde otros miren para gloria de Cristo, al cual sea alabanza y hacimiento de gracias, ahora y para siempre jamás. Amén.

---

(3) *Atiende:* aguarda.

41.—A UNA DONCELLA ATRIBULADA.

Describe los combates del espíritu, y despierta la confianza en el amor que Dios nos tiene.

MUY AMADA HERMANA EN JESUCRISTO:

1. El cuidado que me pone Dios de vuestra ánima tengo por seña de merced. Porque allende de ser obligado a ello por la ley de la caridad, espero ser participante en el gozo que de su mano os ha de venir, pues me da alguna compasión el desconsuelo que ahora tenéis. Dios sea en todo bendito, sus juicios adorados, que por donde a nosotros parece pérdida, por allí con su alto saber nos gana, y esto para darnos a entender nuestro poco saber e insuficiencia, y para que de corazón nos ofrezcamos llenos de fe en sus manos, esperando remedio, sin saber el modo por donde ha de venir.

2. Grandes combates tendréis, con los cuales recibirá alguna turbación vuestra ánima. Porque mirando la vida pasada, pareceros ha que merece castigo; y los consuelos que habéis tenido también os desmayarán, temiendo el regalo pasado no se os torne en ocasión de castigo, viendo que lo perdisteis, y no os faltará escrúpulo que os haga entender que por vuestra culpa. Y juntarse ha con esto la tristeza que de presente sentís, y las angustias que de todas partes os cercan, y lo que adelante teméis que os vendrá. Todo esto junto os pondrá en tan grande aprieto, que os parezca estar en el angustia que el pueblo de Israel estuvo cuando, saliendo de Egipto (*Ex.*, 13), se vió cercado *por los lados de altísimos montes, y por delante con la mar, y los enemigos que por las espaldas* venían; y sentiréis muchas veces lo que dijo David, y sintió en sí mismo (*Ps.*, 30): *Yo dije en el ajenamiento* (1) *de mi ánima: Desechado soy delante la faz de tus ojos.* Y no faltarán demonios que os digan lo que a él, que *no tenéis salud en vuestro Dios* (*Ps.*, 3, 3). Veros habéis tal, que gustéis muchas veces angustias de muerte, y aun aquélla tendréis en poco, atemorizada de la obscura sospecha de pensar que Dios os desama. Y tras esto suele venir dureza y apretura tan

---

(1) *Ajenamiento:* enajenamiento.

grande de corazón, que le parece a la persona participar ya de la obstinación y muerte que en el infierno tienen los que allá están. Y acaeceros ha llamar y no ser oída; y en lo que buscábades y esperábades remedio, allí sucederos mayor desconsuelo, no hallando prenda de amor, mas desvíos, al parecer, desamorados. Y con estas y otras cosas que se suelen sentir en aquesta enfermedad, estaréis tan descontenta de vos, que tomaríades por ganancia la muerte.

3. Mas entre estas cosas, ¿qué os parece que se debe hacer? ¿Perderemos quizá la confianza de nuestro remedio, que tan muchas veces nos mandó tener Cristo? ¿Seguiremos los desmayos que el demonio y nuestra carne nos traen, o la esperanza que podemos cobrar de la benignidad de Aquel, que *cuando estuviere airado se acuerda de su misericordia?* (*Hab.*, 3, 2). No hay, hermana, en esto mucho que deliberar, mas que ejecutar; no hay por qué desmayar, mas por qué esforzar. No os llaméis desdichada por lo que de presente sentís, mas bienaventurada por el amor que Dios os tiene, el cual no sentís. ¿Para qué queréis vivir en arrimo de vuestro sentido, pues es cosa que tan presto es engañado y engaña? No es justificado quien piensa que lo está, ni está fuera de serlo quien sospecha que no lo está. *No me juzgo yo a mí*—dice San Pablo (1 *Cor.*, 4)—; *mas Dios es el que me juzga.* Y estános bien muchas veces el pensar que no somos amados, o no tan amados; porque es tan grande nuestra locura, que está mejor aprisionada con desabrimientos y tristeza, desmayos, angustias, que nos parezcan semejanza de infierno, que no andar sueltos con la libertad y regocijos que suelen traer los regalados de Dios; el cual, como buen padre, esconde el amor que tiene a sus hijos, porque no se hagan flojos y falsamente seguros, mas tengan siempre un poco de recelo, con que no se descuiden y pierdan el regalo y herencia que en el cielo les tiene guardado. Y aunque Él sabe cuán gran trabajo es para ellos sentir de Él que no está sabroso, y cuántas tentaciones se les levantan cuando Él parece que vuelve la cara, con todo esto quiere que pasen por esas angustias; y viéndolos y amándolos, disimula el amor que les tiene, y enséñales lo que, aunque les duele, los tiene seguros.

4. Y lo que más es de maravillar, que no sólo los deja padecer persecuciones levantadas por el demonio y otras personas; mas el mismo *Padre de las miseri-*

cordias y verdadero amador de sus hijos sobre cuantos padres hay el cual sólo sabe ser Padre, en cuya comparación los padres no saben amar ni amparar—y por eso nos mandó que *no llamásemos padres sobre la tierra* sino a Él (*Mt.*, 23, 9)—, único amparo nuestro, y tan rico en amor y tan vigilante en cuidado de lo que nos cumple, que hinche de lleno en lleno, y aun sobra, todo aquel regalo que el nombre del padre significa: esté tan cuidadoso de lo que nos cumple, no sólo ve lo que padecemos de nuestros enemigos y calla, mas Él mismo nos levanta los trabajos y nos mete en la guerra. Él es el que nos suele dar gozo después de mucha tristeza, como dió a Abraham a Isaac (2) el deseado, que quiere decir *risa* (*Gen.*, 21). Y así como mandó al padre que matase al hijo que el mismo Dios le había dado (*Gen.*, 22), y puso en tristeza al que Él primero había consolado, así suele quitar el gozo a los suyos, y decir que se lo maten, y que ellos vivan en continua tristeza. Y de esta manera, yendo los Apóstoles muy contentos y asegurados—aunque entraban en mar—con la compañía de Cristo, volviósele en gran temor; porque vieron alborotada la mar, y ellos que ya estaban para se hundir, y a Él que los aseguraba, tan dormido (*Mt.*, 8, 24), que les parecía a ellos estar olvidado; y no estaba, porque Él mismo mandó que se levantase la tempestad; y si para esto no estaba dormido, menos estaba para los librar.

5. ¿Por qué, pues, estaréis angustiada de aquello que nuestro Señor envía? ¿Por qué os sabe mal la medicina que por mano de vuestro Padre piadoso ha pasado? ¿Pensáis quizá que tiene rigor para os atribular, y no poder para os librar de dondequiera que estéis caída, y misericordia para os perdonar y hacer mayores misericordias que antes? *Sentid de Dios*, con sentido de fe, *en bondad* (*Sap.*, 1, 1), aunque por vuestro sentido le sintáis riguroso; porque tanto mas acertaréis en lo primero que en lo segundo, cuanta ventaja lleva la certidumbre de la fe a la ignorancia del humano sentido. Guardada os tiene Dios entre esas espinas. por excusaros las que nunca se han de acabar, según Él lo dice hablando de su viña (*Isa.*, 27): *De noche y de día la guardo;* no tengo enojo con ella; y Él hace que *ni el sol la empezca de día, ni la luna de noche*

---

(2) *A Isaac;* la edición de 1578, *y a Isaac;* pero esa *y* destruye todo el contexto.

(*Ps.*, 120, 6); porque ahora consuele, ahora atribule, su sagrada vela (3) está sobre nosotros, y entonces más cerca, cuando nosotros por más apartada la tenemos.

6. No en vuestro parecer, hermana, sino en el de Dios os arrojad; y pues Él sabe lo que os cumple, y cómo os va, y cómo os irá; no andéis vos muerta del cuidado de ello. *No podréis*, con todo vuestro pensar y reventar, *añadir*, como dice el Evangelio (*Mt.*, 6), *a vuestra estatura un solo codo.* ¿Para qué andáis tan en vos, pues os está mandado que os arrojéis en Dios? ¿Qué andáis tanteando vuestra salud por lo que a vos os parece, pues Dios ha de ser vuestro juez, delante cuyo acatamiento vale más su copiosa misericordia que nuestra pensada justicia? Cerrad vuestros ojos a todo aquello que os causa desmayo, y arrojaos en las llagas de Aquel que por vuestro bien las recibió, y hallaréis descanso. Porque mientras la bestia trajere sus ojos abiertos, nunca sacará agua de la noria, temiendo de caer en ella; y cuanto más os parece a vos no hallar vado para vuestros males, ni por dónde ni cómo se han de remediar, tanto más hay esperanza de remedio; pues donde falta el consejo y fuerza humana, allí acostumbra Dios de poner su mano; y aquella es la hora propia que esperaba para hacer misericordia, para que sepan los hombres que *no con espada ni arcos de ellos* (*Jos.*, 24, 12), mas en la agradable y amorosa voluntad de Dios está su remedio. Y por eso, mientras más llena de miserias os viéredes, más os tened por aparejada y dispuesta para que Dios obre en vos su misericordia, porque la compasión de nuestras angustias le mueven a poner en nosotros sus ojos. Donde más abundan las miserias, allí más abundan sus misericordias, *levantando de la tierra al menesteroso, y del estiércol al pobre* (*Ps.*, 112, 7), para que, desnudándole el sayal de su tristeza, le vista y cerque con ropa de alegría, y sea conocido por benigno y lleno de misericordias, y alabado por tal por boca de los que primero vivían en lloro; la cual alabanza le es agradable, según Él lo dijo: *Llámame en el día de la tribulación, y librarte he y honrarme has* (*Ps.*, 49, 15).

7. Y si tan presto como vos deseáis este día no viene, no por eso os turbéis; que el dilatar no es quitar, mayormente cuando el dador es verdadero. Y oirán vuestras orejas (*Cant.*, 2): *Levántate, y date priesa*

(3) *Vela:* vigilancia, guarda.

a venir, amiga mía, que ya se ha pasado el invierno, y han huído las alborotadas lluvias; ya aparecen flores en lugar de las espinas, y podando desconsuelos dará tu ánima fruto de amor. Acordaos que nunca tanto el pueblo de Dios fué afligido, echándoles carga sobre carga, y dándoles crueles azotes, como cuando estuvo en víspera de libertad. Y así como después de noche y lluvia suele venir día y sol muy claro, y después de la tempestad vino bonanza, y tras los dolores del parto el gozo del hijo nacido, así pensad que vuestros grandes trabajos son mensajeros de grande alegría. Porque no es digno de la paz espiritual, y del dulce amor, quien no ha sido fatigado con enojosas guerras, y no ha gustado *la amargura de ajenjos* (*Tren.*, 3, 15) de la espiritual desconsolación.

8. En prueba os tiene Dios; sedle fiel en obedecer a todo lo que os enviare; amadle, aunque os azote; seguidle, aunque os vuelva el rostro; importunadle, aunque no os responda; y sabed, que no trabajaréis en balde, porque fiel es, *y no se puede negar* (2 *Tim.*, 2, 13), *y no despreciará hasta el fin la oración del pobre* (*Ps.*, 101, 18). Él se levantará, y mandará que se sosiegue la mar; Él os dará vivo vuestro Isaac, y tornará vuestro lloro en canto, y os dará abundancia de paz por las guerras que habéis sufrido. Y si vos este bien no merecéis, Él tiene bondad para hacerlo. Lo que a vos se os pide es que aprendáis a vivir entre las espinas, sin tener dónde reclinar la cabeza; y si poco podéis obrar, suplirse ha con padecer; y que estéis firme en el camino de Dios, pues sólo aquél pierde la corona, que huye y lo deja: que en lo que toca a vuestro remedio, el Señor os lo dará cuando y como vos no sabéis: y por el presente trabajo os dará abundancia de gozo con que le alabéis aquí y en el cielo, a perpetua honra de su Majestad.

42.—A UNA SEÑORA

En Adviento: de las tres venidas de Cristo: en carne, a juicio y al ánima; y cómo nos habemos de disponer para recibirle.

1 No dan licencia los muy grandes negocios ni las maravillosas nuevas que se hable en otra cosa, si en ellas no; y así me parece que el tiempo del adveni-

miento de Cristo nuestro Señor no permite, como cosa muy grande, que en otra cosa se entienda, sino en cómo nos sepamos aprovechar de él. Nuevas son que mucho importan, venir Dios.

Porque si hablamos de su advenimiento en carne, ¿qué cosa mayor puede haber, pues dice San Agustín que ésta «no tiene igual en cuantas Dios en tiempo ha hecho»?

Si hablamos de su venida a juzgar, ¿quién llamará pequeño al negocio de aquel día, pues se han de juzgar en él todos los días que han vivido todos los hombres, y darse a unos vida que siempre viva, e inefable descanso, reinando con Dios, y a otros muerte que siempre estén muriendo, en compañía de Lucifer y los suyos? No es pequeño día aquél sino para quien no lo piensa; aunque hablando verdad, para aquél será más terrible día y más pesado negocio, que ahora menos caso hace de él.

2. Pues estos dos advenimientos son muy grandes, no se tenga el tercero por pequeño; pues siendo de venir Dios al ánima, es razón que nos ponga grande admiración. ¿Quién, a quién, y a qué viene? ¿Quién vió venir los reyes a las casas de los muy bajos y viles y traidores vasallos? Y esto no por cosa que a los reyes cumpla, sino puramente por provecho de los que muy mal le han servido. ¿Qué cuidado es razón que ponga esta voz: El Señor quiere venir a vuestra casa, al ánima que lo cree y quiere gozar de tal Huésped? ¡Oh gran confusión de nuestra mayor desvergüenza! Ponemos cuidado y muévenos todo el corazón saber que viene a nuestra casa una pequeña criatura, ¡y oímos con orejas sordas y con corazón más que muerto: El Altísimo quiere venir a ti! Abrimos luego a quien llama a nuestra puerta, y veces hay que por nuestro mal, ¡y dejamos estar a nuestro Señor llamando a la puerta de nuestro corazón para entrar cargado de bienes, y hacémonos sordos, y no le queremos abrir! Justicia tendrá el día postrero en cerrar Él la puerta de su misericordia, y decir (*Mt.*, 25): *No os conozco*, a los que llamaren: *Señor, Señor, ábrenos*. Pues no es mucho que desprecie entonces al que ahora le desprecia a Él.

3. ¡Oh quién un rato hablase a solas y en seso con su ánima propia, y le preguntase, qué es aquello por lo cual no abre a su Señor, y cuál es el estorbo que tiene para servirle! ¿Quién puede hacer contrapeso a estar

Dios llamando a la puerta, convidándonos con *que si le abrimos cenará con nos, y nos con Él?* (*Apoc.*, 3.) Él come nuestro arrepentimiento, bebe de nuestras lágrimas, y gózase de cómo le pedimos lo que nos falta, y agradecemos lo que nos ha dado; y nosotros comemos del perdón de los pecados que nos da, del esfuerzo en los trabajos, y de otras mil mercedes que consigo trae, que dejan al ánima tan harta y tan otra, que le parece haber resucitado de muerte a vida. ¿Qué es aquello, ánima mía, qué es aquello que tienes en tu corazón porque no abres luego, luego y de prisa al Señor que a tu puerta llama? (*Cant.*, 5): *Su cabeza tiene llena de rocío, y sus cabellos llenos de gotas de la noche,* que son los muchos golpes y remesones que le dieron en ella por ti, cuando dijo (*Lc.*, 22, 53): *Esta es vuestra hora y poder de las tinieblas.* ¿Por qué eres desagradecida a tanto amor, y mal criada a tal Majestad? Abre ya, y echa de tu corazón cualquier cosa que te estorbe el puro y fuerte amor que le debes; porque cualquier cosa que sea, adúltero es, y no tu varón, pues éste es sólo Dios tuyo.

¿Qué esperas a mañana, que no sabes si lo verás, ni cómo en él estarás? Ya es hora de levantar, que alto va el sol; y basta lo dormido y perdido de tu vida, pues no has vivido más de cuanto has vivido a Él. No te entristezcas por dejar los estorbos, ni te fatigues al tiempo del levantar, que el Señor hará que te alegres después de levantada, mucho más que es la pena que te da el levantar. Ofrécele al Señor tu dolor y trabajo que pasas por Él. Ofrécele lo que en tus ojos más luce, y el contentamiento que podrías tener. Y cuanto éste fuere más y mayor, tanto más te alegra en lo dejar; porque por el Grande, mucho se ha de pasar, y mucho se ha de dejar; que al fin, no será tanto, cuanto el Grande pasó por ti, y cuanto Él te quiere pagar.

4. Sea por amor, sea por vergüenza, sea por codicia, sea por temor, no te cumple otra cosa que ser sierva del Señor, y trabajar por tenerle contento; porque Él es el que con su bondad y hermosura merece todo tu amor, aunque mucha más fuerza tuvieras. Cuanto más, que compró justísimamente tu amor con amarte Él primero. Y de aquí nace, que es mucha desvergüenza tuya no redamar a quien primero te amó. Si vergüenza tienes, mira que fuiste primero amada; y paga deuda tan justa, porque no seas lla-

mada mala y desvergonzada. Y mira más, que amándole a Él, te ganas a ti y ganas a Él; porque no hay medio para ser tú salva, si no es por amarle; ni para alcanzarle a Él, si con amor no le hieres. No aprovecha que lo quieras comprar con todo cuanto quieras por Él dar en cielo ni en tierra, aunque todo sea tuyo y lo des; y con sólo tu corazón que le des, lo has comprado sin falta ninguna; no porque des el precio que Él merece, mas porque Él se quiere cautivar y prender de quien ve preso de amor por Él.

5. ¡Oh codiciosos! ¿qué hacéis entendiendo en tratos inciertos, trabajos[os] y quizá perdidosos? ¡Andad acá a las ferias de Dios! ¡amadle, y es vuestro Dios! ¿Qué hacen los de corazón magnánimo, que esta joya tan grande no buscan, pues con sólo corazón contrito, y despreciador de las poquedades, y apreciador de esta grandeza, alcanzan a Dios? Venid todas las gentes, pequeñas y grandes, al convite del Señor, el cual se da por posesión tan propia de quien lo quiere, que es más nuestro que el pan que comemos y ropa que vestimos. ¿Estaremos, pues, sordos a esta voz? ¿Quedarnos hemos atollados en nuestro cieno, experimentando cada día el poco satisfecho que nos dan las cosas de acá? Comencemos ya, pues, vida nueva y partido nuevo por Dios y para Dios; seamos enemigos de sus enemigos, que son nuestros propios afectos, y aparejémosle posada en nosotros, abriéndole el seno de nuestro deseo. Él se llama *el Deseado de todas las gentes* (*Ageo.*, 2), y no quiere venir sino donde es *deseado*; y no sólo deseado, mas llamado y rogado. Con que miremos que no le convidemos, y después no tengamos qué darle. Aparejemos nuestro corazón, y de ése comerá; abundemos en buenas obras, y éstas serán atavío de casa; amemos el reposo y silencio, porque más podamos tratar nuestros negocios con Él; y a tiempos salgamos a nuestros prójimos por la caridad para que así cumplamos con Él y con ellos; y de tal manera nos hallemos, como si presto hubiésemos de pasar de este destierro a la tierra de los bienaventurados. Allá lleve Cristo a V. I. S. Amén.

43.—A LA MISMA SEÑORA

En tiempo de Pascua de Reyes: le dice cómo ha de ir a adorar al Niño, con los Reyes, guiada por la estrella de la fe; y que le ha de ofrecer oro de amor divino.

1. El Adviento escribí a V. S. la gran merced que nuestro Señor nos hacía en querer venir a nosotros, y la bienaventuranza del ánima que lo recibe. Espero de su misericordia que habrá venido a la casa de vuestra señoría, y que lo ha recibido con fe y amor. Y por esto no resta sino que toda se ofrezca en perpetuo sacrificio al mismo que ha querido ofrecerse a ella por Huésped amoroso, y que imite la fe y ofrendas de los Magos después que al Niño hallaron, pues les ha imitado en el trabajo de lo buscar.

2. Bien será que contemple V. S. al gran Señor tan humillado en un portal y pesebre, donde la razón humana de los Reyes no lo pensó de hallar; mas la estrella, que es la fe, no quiere pasar adelante, mas con rayos más resplandecientes declara, como con lenguas, que en aquello escondido a la razón está aposentado el que es sobre todo ciencia y razón; porque así aprendamos a creer más firmemente donde menos señales de ello halláremos. Porque, si como estrella los guió, los guiara su razón, fueran a buscar al Rey nacido en algún gran palacio real, pues el lugar y lo que en él está han de ser proporcionados. Gran merced hizo el Señor a quien le provee de su estrella, que es la fe, para que busque a Dios escondido, así en los pañales y pobreza de su nacimiento, como en el desprecio y muerte de cruz. En una parte le hallan los Reyes, y en otra el Ladrón; porque ellos y él tuvieron ojos de fe, y ésta les hizo adorarle echados en tierra, protestando ser nada delante su acatamiento. Porque si lo conocieran por Rey terrenal, aunque grande, bastara hacerle reverencia de hombre a hombre; mas postrarse unos grandes delante un Niño, señal fué de la interior fe con que conocieron la Majestad escondida en la niñez.

3. Y mire V. S. que no parezca vacía delante el Señor; ni piense que da algo si su amor no le da. Ninguna cosa sin Dios puede a vuestra señoría hacer bienaventurada, y ninguna que ella le dé, fuera de sí,

puede a Él hacer contento. No es este amor de interés, que mira a las dádivas, sino muy verdadero, que es unión de corazones. Y este es el lenguaje, como San Bernardo dice, en que Dios y el ánima se comunican y se hablan a un tono. Porque si el Señor me castiga o amenaza, no tengo yo de hacer lo mismo; antes humillarme, mientras Él más se ensalza; mas si me ama, helo de amar, diciendo como la esposa: *Mi Amado a mí, y yo a Él* (*Cant.*, 2). ¡Oh gran dignidad de la criatura, poder traer con su Señor el dulce yugo del amor, y responderle como de igual a igual, pues el amor abaja los montes y alza los valles! Ofrezca su amor al que, por amar, de grande es hecho Niño, y de Dios Hombre, y derrama su sangre a cabo de ocho días, que no se contentó con lágrimas cuando nació. No se hurte a este Señor, pues tan verdaderamente es suya, porque no sea de aquellas de quien dice Jeremías (7): *Fuese consigo misma, como quien se alza consigo*. ¿Dónde con más razón se debe, dónde con más provecho se puede emplear? ¿Dónde más alto puede subir, que en amar a Jesucristo, que la amó y lavó con su sangre, y se da a sí mismo al que lo ama, y de hombre la torna Dios?

4. Sea en esto recatada, y ofrezca oro al Niño Jesús: porque así como poco de oro vale más que mucho de otros metales. así poco de amor verdadero es más precioso que mucho cobre y otros metales de temor y de interés, o de obras que de estos afectos nacen. Muchos se miden por hacer muchas obras buenas, y no entienden que no mira Dios allí, sino al corazón de que nacen; y que le puede a Él ser más agradable uno con menos, que otro con más, si el de menos obras tiene mayor amor. Persona habrá que en un ayuno o pequeña limosna agrade más al Señor, como la viuda (*Mr.*, 12), que otras con muchas; porque lo hace con más amor que no el otro. Y en esto parece la grandeza de nuestro Dios, que ningún servicio, por grande que sea, es grande delante de Él, si no es grande amor. Porque quien no ha menester cosa alguna, ni puede crecer en riqueza ni en otro bien, ¿para qué quiere todo lo que le pueden dar, sino el ser amado, que es dádiva tan agradable, que ninguno la debe desechar? Y así la pide Dios tan de verdad, que quien no se la diere le castigará con eterna muerte. ¿Qué cosa tan sin codicia como el que ningún servicio ha menester? ¿Y quién con tanta, como el

que castiga con infierno a quien no le da su amor, y muy de verdad, y sobre todos los amores? Y así decía San Agustín: «Señor, ¿en qué posesión me tienes, que me mandas que te ame, y si no lo hiciere me amenazas con grande miseria?» Este, pues, sea el principal cuidado de vuestra señoría, entender en amar al Señor.

5. Y por eso se ha hecho chiquito, porque cuanto disimula de la Majestad, tanto demuestra más su bondad; y ésta nos atrae al amor, que mira más la pequeñez que tomó, que a la grandeza que le es natural. Su saber se esconde, hecho Niño sin saber hablar: su poder también, estando ligado con unos pañales y ceñido con fajas: padece del frío; y todo, porque mientras más cosas de éstas esconde, más se manifieste su amor, para que así le amemos a Él cuanto más le viéremos padecer por nosotros. Cierto es que verle temblar de frío más nos enciende, que si le viéramos muy bien arropado, y que no llegara trabajo a Él. Y por tanto, es muy malo quien le niega su amor, pues tan a su costa lo merece este Niño, y tan a costa del que no lo da será su castigo.

6. Y quien esto da, *ofrece al Señor holocaustos con medulas,* como dice David (*Ps.*, 65); porque como el fuego quema todo el animal, así el amor todo el hombre, de dentro y de fuera. No consiente pajas de vanidades en lo exterior el fuego del verdadero amor. ¿Cómo podrá acabar consigo de ser amador de pompas el que de verdad ama al Niño Jesús, puesto en un pobre pesebre, pues el amor hace ser semejables? Gran luz nos es ver a Dios acá abajo, para saber por dónde hemos de caminar para le agradar. Y pues camina al revés del mundo, escojamos de qué guía más nos fiamos, que a entrambas no podemos seguir, y la del mundo para en error, pues Cristo es verdad que salva a los que la creen y siguen. Y tenga medula el animal, porque es cosa blanda y que presto se derrite. Y así tiene el corazón el que al Señor ama; porque ahora sea para las cosas de Él, como para lo que toca a los prójimos, no tiene sequedad ni dureza, sino blanda ternura. Y tiene guardado muy bien su amor, como está la medula dentro del hueso; porque antes que llegue al amor, tiene puesto en guarda la piel y la carne y la dureza del hueso. Todo lo que tiene y desea pone delante quien ama, para que antes se pierda aquello, que no tocarle en el amor. Y tiene un pro-

pósito firme y duro, así como de hueso, de no perder el amor del Señor, aunque arriesgue todo lo que es y ser puede. Tal ha de ser el oro que vuestra señoría ofrezca al Niño nacido en pobreza, para que *ofrezca abriendo su tesoro* (*Mt.*, 2) como los Reyes hicieron: porque si este corazón no abre, que es su tesoro, todo lo otro diremos que de fuera le cae, y es oropel y no oro, y tomarse para sí lo mejor, y dar al Señor lo peor.

7. Abra, pues, su corazón, y meta en él al Niño nacido, pues aquel corazón sólo vive en quien Él está; y pues es poco pesado, no lo quite de su seno, como *el manojito de mirra* que dice la Esposa (*Cant.*, 1). Trátale con reverencia, porque es Dios: ose comunicarse con Él, pues que es Niño, y tan suave tiene el Corazón, cual parece en lo de fuera. Guárdelo bien no se le caiga, porque pide mucho cuidado para guardarlo. Y si no hay mucho amor, luego se le olvidará o le parecerá muy pesado. Y de tal manera negocie con Él, que no descanse hasta que sienta por conjeturas ser amada y amar; que hasta que una ánima esto siente, siempre vive en temor, tristeza y carga de Ley; y cuando a esto ha llegado, no hay cosa que la pueda fácilmente turbar, por pensar que está Dios con ella y ella en Dios. Y así acaezca a vuestra señoría. Amén.

44.—A Doña Leonor de Hinestrosa (1)

Afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales. Que el fundamento de nuestra esperanza no tanto son nuestras buenas obras, cuanto los merecimientos de Cristo.

1. La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Dos cosas creo que son las que atribulan a vuestra

(1) Así lo dice terminantemente Fr. Luis de Granada refiriéndose a esta Carta «*excelentísima, que está en el fin del primer tomo de su Epistolario*». (Vida del M. Avila, p. 1.ª, § VI.) Allí mismo pueden verse las virtudes de esta señora, discípula y hospedadora del M. Avila, que trocó su noble apellido por el de Doña Leonor del Costado (de Cristo).

merced: una el cuerpo que pasa trabajos, y otra el ánima llena de desconsuelos, los cuales le nacen de parecerle que está contraria a Dios por no servirle como desea. Y aunque padece, como dicen, «por mar y por tierra», creo que cuanto excede el ánima al cuerpo, exceden las desconsolaciones de ella a los trabajos de él. Porque quien tiene deseo de agradar a Dios, fácilmente ofrece su cuerpo a cualesquier trabajos; mas no fácilmente sufre en su ánima las culpas que comete, o le parece que comete contra el Señor; y de buena gana acrecentaría en trabajos de cuerpo por quitar de su ánima culpas; porque, cierto, dientes muy agudos tiene el gusano de la conciencia para roer las entrañas de quien comete pecado.

2. Mas si Dios encaminase a vuestra merced quien le supiese distintamente declarar qué bien es Jesucristo nuestro Señor, luego huirían de su ánima esas desconsolaciones que tanto desmayo le causan, como *huía del rey Saúl el espíritu malo* al sonido de la música dulce del profeta David (1 *Reg.*, 16, 23). No hay ánima que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quién es Jesucristo no baste a levantarla de la tristeza y desconfianza, y henchirla de gozo, si de ella se quiere aprovechar. Y como a tal dijo el ángel a los pastores (*Lc.*, 1): *Anúncioos un gozo grande que tendrá todo el pueblo, porque os es nacido hoy el Salvador.* Y el mismo Señor dió testimonio de esto diciendo (*Isa.*, 61): *El espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió, y me envió a dar buenas nuevas a los pobres, y a sanar los quebrantados de corazón, y a predicar libertad a los cautivos, y dar vista a los ciegos, y a dar suelta a los quebrantados con deudas, y a predicar el año agradable del Señor.*

Y por no saberse vuestra merced aprovechar de la consolación que trae esta nueva, viene a ser hollada de la desconsolación que tan demasiadamente le aflige, quitando los ojos de este Señor puesto en cruz, *para que todo hombre que con ojos de fe* y de amor *le mirare, no perezca* (*Jn.*, 3, 15), y poniéndolos en sí misma y en sus obras, que es una vereda tan sin consuelo, que ningún hombre que por ella caminó a solas, puede tener paz ni consuelo. Porque como cada cosa da tal fruto cual ella es, no puede tener más paz ni contento quien mira a sus obras solas, de cuanto ellas tienen de bondad. Y aunque no todas sean pecado, como muchas de ellas, especialmente en hom-

bres imperfectos en el servicio de Dios, sean llenas de faltas, *y semejables*, como dice Isaías (64), *a paños de mujer menstruada*, que es grande asco mirarlos, de ahí viene que den crueles bocados de remordimiento al ánima que las obró, y son más causa de lloro que no de consuelo. Lo cual dice San Bernardo haberle acaecido a sí mismo diciendo a su ánima: «¡Oh viña mía, cuántas cosas nos fueron hurtadas por malas astucias, aun en aquel mismo tiempo que comenzamos con más vigilancia a entender en el cuidado de nuestra guarda! ¡Cuántos y cuáles racimos de buenas obras nos los ahogó la ira, o se los llevó la jactancia, o los ensució la gloria vana! ¡Cuántas cosas padecimos del regalo de la gula! ¡Cuántas del espíritu de la acidia! ¡Cuántas de la desconfianza y tempestad del espíritu!» De esto que San Bernardo dice, y de lo que cada uno en sí experimenta, se ve claro que quien se arrima a cosa tan llena de menguas no puede tener en pie la alegría de la confianza; mas por fuerza ha de ser apretado con angustias y desordenado temor, cotejándose con la ley de Dios y viéndose falto en ella, sin saber adónde arrimarse.

3. Gran temor dió la ley cuando fué dada en el monte Sinaí, y tanto que dijeron los que allí estaban (*Ex.*, 20): *No nos hable el Señor, porque no muramos.* Y de esta manera, cuando un ánima considera los mandamientos de Dios, y las terribles amenazas que están puestas, y que de cierto vendrán, contra quien los quebranta, y ve que ella es una de aquéstos, síguesele muy grande tristeza, sintiendo tanto mal de presente, y temiendo otro mayor en lo por venir, y anda con tal remordimiento y acusación y tormentos dentro de sí, que le parece ser él para sí un intolerable infierno. De lo cual le nacen bravísimas desesperaciones, porque es cosa recia sufrir luenga vida con remordimiento continuo de la conciencia. Y no sólo este mal, más muchos suceden de aqueste desmayo y desconfianza, que nace de mirar el hombre a sí mismo a solas ¿Pues qué remedio tendremos, pues que no nos podemos dejar de mirar, y mirarnos causa desesperación? Por cierto, el que suelen dar a los que pasan por algún río y les avisan diciendo: No miréis al agua que corre, porque se os desvanecerá la cabeza y caeréis y os ahogaréis; mas mirad hacia arriba fuera del agua, e iréis por las aguas seguro. Estas aguas, señora, que corren hacia abajo, nuestras obras son,

a las cuales solas ningún hombre miró, que no le diese desmayo, por justo que fuese; porque delante el acatamiento de Dios todos se conocen faltos, y le suplican (*Ps.*, 142): *No entres, Señor, en juicio con tu siervo.* Y aunque muchas obras hagan justas con que agradan a Dios, mas mirando todo el discurso de su vida, dice San Agustín que «aunque sean santos, tienen de qué llorar».

4. Conviene, pues, no mirarnos a solas; mas con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba, considerando a Jesucristo nuestro Señor, el cual es [tan] lleno de misericordia y remedio, y de merecimientos para nosotros, que basta y rebasta para consolar y enriquecer a los muy tristes y pobres. Sépalo, señora, si no lo sabe, que la confianza y consuelo de los cristianos que se desean salvar, no ha de estar puesta en sus propias fuerzas ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesucristo, que por su infinita bondad las quiso comunicar con todos los que con fe y penitencia se sujetaren a Él, según dice San Pablo (*Hebr.*, 5, 9): *Que fué hecho causa de salud a todos los que le obedecen.* Y teniendo tal arrimo en Él como tenemos, estamos tan confiados y sosegados, cuanto es razón que lo estén los que participan de merecimientos de Dios humanado. Porque el negocio de salvarse los hombres, más es gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, que fuerza y valor de nuestros trabajos propios. Y más quiere Dios ser glorificado de salvar por gracia, que de pagar lo que debe; porque pagar quienquiera lo hace, mas darnos su Hijo, y por Él tomarnos por hijos, y darnos el don de su gracia, y como a tales darnos fuerza para servirle como buenos hijos, y como a tales prometernos la herencia, esta es merced inestimable de Dios, y por tal quiere Él que sea conocida y agradecida. Y por esto dijo San Pablo (*Rom.*, 6, 23), *que la vida eterna es gracia de Dios;* porque aunque se requieren merecimientos del hombre para entrar en ella, mas éstos no tienen su valor principal de parte del hombre, mas de la gracia del Señor y de ser incorporados en su Unigénito Hijo, lo cual resulta no en alabanza del hombre, mas en la de Dios y su gracia. Porque una cosa es *herencia* que se da a hijos que obedecen y sirven con amor a su padre, y otra es *jornal* que se da al extranjero, teniendo cuenta con el valor sólo de sus trabajos. Y lo que nosotros esperamos, *herencia*

es, y aunque se ha de ganar con buenas obras, y por eso se puede llamar *jornal*, mas no se han de hacer con ánimo de jornalero interesal y extraño, mas de hijo, que con amor sirve a su padre, cuyos servicios más son galardonados por ser servicios de hijo. que sudores de jornalero (2).

5 Y pues este negocio es entre padre e hijos, no piensen los desconfiados que por cada cosa que un hijo haga o deje de hacer no conforme a la voluntad de su padre, luego le han de desheredar. Porque, según hemos dicho, esta herencia, y este consuelo y confianza para la alcanzar, no está fundada principalmente sobre nuestro arrimo, ni fuerzas ni obras; porque si así fuera, ¿qué cosa hubiera de mayor desconsuelo, que en cosa tan importante, estar arrimados a cosa tan flaca; y que si nuestra fuerza u obras faltaran, ya no hubiera más remedio para cobrar la gracia perdida ni esperar herencia de padre? Como se suele hacer con los jornaleros, que si no trabajaron, o mal trabajaron, se les niega el jornal por justicia, sin remedio de lo cobrar por misericordia. Acá nuestro fundamento y arrimo es la misericordia de Dios, que, por los merecimientos de Jesucristo su Hijo, nos quiere salvar, dándonos remedio para que aunque nuestras obras falten, aunque sea quebrantando los mandamientos de Dios, podamos, si queremos—y Él nos ayuda a querer—, alcanzar perdón, y recobrar la gracia perdida, y ser salvos por Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos nos alcanzan la misericordia que nosotros no merecíamos.

Y si vuestra merced dice, como suele decir, que allende de estos merecimientos de Cristo son menester los nuestros de buenas obras, y que la sola fe no basta, digo que es verdad; mas ¿qué tantas han de ser estas buenas obras para esperar o el perdón del pecado, o la herencia del cielo? En esto, señora, gravemente se engaña. Porque todo aquel que tiene fe, esperanza y amor, que le causa propósito de obedecer a los mandamientos de Dios y de su Iglesia, en gracia de Dios esta; y si con esto muere, salvo será para siempre, aunque tenga madera, o heno en que pagar en el purgatorio. Y porque aquí hablo para ella, cuya vida tengo conocida, le digo de parte de nuestro Señor (en todo cuanto a mí se me entiende), que con

(2) Véase el *Tratado 16 del Santísimo Sacramento.*

esa vida que tiene, tal cual ella ve que es, se contenta la infinita bondad de nuestro Señor; y que mientras Él le diere en ella perseverancia, puede esperar de su misericordia que la salvará. Mas si siente de la bondad divinal y de los merecimientos inmensos de Jesucristo nuestro Señor tan estrecha y bajamente, que piense que si uno no es tan perfecto cual ella lo tiene pintado y desea ser, que este tal no será salvo, no es así, porque Cristo tiene en su cuerpo místico miembros perfectos e imperfectos. Sospecho que le ha de decir nuestro Señor: «Como lo crees»; o por mejor decir: «Pues que no crees así, no te salves.»

6. Deje ya, señora, de medir a Dios con tan chico palmo, y alabe la gracia que en su Hijo le hizo, que es tomarla por hija, y prometerle la herencia, cuando le dió gracia de que, con dolor de sus pecados, se confesase y propusiese de ahí adelante de servir a Dios. Y sobre estas prendas, no dadas por nuestros merecimientos, mas por la muerte de Jesucristo, prosiga los ejercicios de su buena vida con alegría y esfuerzo; y si cayere, procure de se levantar con el socorro de los Sacramentos. Y no piense que, aunque sea hija imperfecta, le han de negar la herencia del cielo; porque aunque entre los hijos haya uno enfermizo, y cuan ruin le quisiere pintar, en fin, porque es hijo también hereda, aunque no tanto como los otros. Los pecados veniales, señora, no impiden la herencia de hijos; acá o en purgatorio se pagan. Y si fuere mortal, y le socorriere el remedio de la penitencia, tampoco nos quitará el cielo; porque el grande amor que Dios nos tiene por Jesucristo su Hijo, le movió a darnos remedios para que cuando nuestra virtud faltare, seamos con la suya remediados y fortalecidos.

7. Y paréceme cierto que uno de los mayores pecados que vuestra merced tiene es sentir tasadamente de la bondad del Señor, que es sin medida. Y por una parte tiene a Dios por altísimo, y al pecado por muy malo, por ser contra Él; y por otra parte siente de Dios bajamente, pues no confía que, por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos su Hijo, usa de misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia a ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían, y aun eran dignos de azotes; y por el mismo Señor son sufridos y amparados los que, mirando a sí mismos, merecían ser castigados. Esta, señora, es

la verdad, cuya confesión redunda en gloria de Jesucristo; y si nosotros de nuestra parte no lo merecemos, mereciólo Él para nosotros. Quien esto cree, alaba a Dios, y de la cosa que Él más quiere ser alabado, que es de ser bueno y bienhechor de los hombres, aunque ellos no lo merezcan. *Porque si la gracia que se da por Jesucristo a los penitentes fuera por merecimientos de ellos, no fuera gracia, sino deuda,* como dice San Pablo (*Rom.*, 11, 6); y si dar Dios el cielo fuera por las obras de los hombres, como cosa a ellos debida sin tener cuenta con la gracia, tampoco fuera gracia. Y por eso no se da por ellas a solas, si no se junta con ellos la gracia que se da por Jesucristo nuestro Señor, de la cual y del cual las obras del hombre tienen valor de merecimiento para tan grande bien como es el eterno reino.

8. En los tiempos pasados pretendía Dios ser estimado por justo castigador sabio y fuerte, y ser reverenciado y temido por tal; mas como ya escogió obras nuevas, quiere también que se le den alabanzas nuevas. ¡Qué mayor novedad pudo ser, que hacerse Dios hombre, y ser pobre y cansarse el que es riqueza y descanso del cielo y la tierra! ¡Qué mayor novedad que morir el que es vida! De las cuales obras nuevas y amor nunca visto ni oído salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia que alabemos ya al Señor con todas nuestras fuerzas con nombres de amador y de lleno de misericordia, con más frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte ni justo. Y no es pequeño consuelo para los que son flacos en su servicio pensar que Él es *tan rico en* amor y *misericordia,* que nos sufre y ama, aunque nosotros no le respondamos tan por entero como era razón.

9. Y si vuestra merced sintiese la palabra que me escribió, diciendo que Dios la ama, no sería menester escribir yo tantas, no para otro fin sino para persuadir a vuestra merced lo que ella misma me escribe. Pregunto, señora: Si Dios la ama, ¿de qué está acongojada, entristecida y desconfiada? ¿Por ventura no ha oído lo que dijo San Agustín, que «Dios no ama y desampara»? ¡Oh divina Bondad, que amaste a los que estaban lejos de Ti, y por amor les inspiras la penitencia, y los traes a Ti, no habiendo en ellos cosa digna para ser amados, mas muchas para ser aborrecidos! ¿Y por qué no confiarán los que Tú trajiste,

que tendrás bondad para sufrirlos siendo ya hijos, pues tuviste bondad para los traer siendo enemigos? Olvidaste, Señor, y perdonaste por la penitencia tantas abominaciones como Tú sabes que contra Ti se hicieron, y ¿pensaré yo que me tienes guardados mis pecados menores que ahora hago? Que aunque, por vía de conocerte más, y de haber recibido mayores mercedes, sean en alguna manera mayores; mas, en fin, ellos en sí son muy menores, y me dañarán menos; porque conociendo tu misericordia mejor que antes, y el remedio medicinal de tus Sacramentos, que para los penitentes has ordenado por el merecimiento de Jesucristo nuestro Señor, tengo más ocasiones y alientos para pedir el perdón y para esperarlo. Y si Tu, Señor, quieres sacar de mis caídas esta alabanza que digan que eres tan bueno, que salvastes un tan malo como yo, sea tu gloria para siempre ensalzada, y plega a Ti que mis males y bienes sirvan, Señor, a que Tú seas glorificado. A unos salvas guardándolos de caídas, y a otros perdonándoles las que dan. Y aunque yo quisiera ser más de los que no caen, no por eso dejaré de esperar de tu bondad que me salvarás aunque haya caído, y que me ayudarás a levantar en lo de adelante. Bendito seas tú para siempre, que me enseñaste el remedio de todos mis males, y me declaraste adónde me arrime para no caer, y a quién dé la mano después de caído; a quién dé gracias cuando estuviere en pie, y a quién pida perdón cuando hubiere pecado.

10. ¡Oh Jesús benditísimo, Hijo de Dios Padre y de la bendita Madre Virgen María, *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,* abogado y amansamiento delante del Padre por nosotros tus siervos, consuelo de tristes, riqueza de pobres, poderoso esfuerzo de los enflaquecidos! Por eso te llama San Pablo (2 *Cor.,* 1) *esperanza nuestra.* ¿Qué diré, Señor, de Ti que digno sea de tus alabanzas? Amparo de nuestra orfandad, merecimiento de la justificación de nuestros pecados, esposo de nuestras ánimas, escudo fuerte que recibiste los golpes de la justicia divina que merecían nuestros pecados, muro y antemuro de nuestra ciudad, torre de nuestra fortaleza, vida que muriendo nos avivaste, justicia que siendo vituperada de los hombres nos hiciste justos delante del acatamiento de Dios, ganándonos la gracia que teníamos perdida, y siendo Tú condenado nos absolviste, y cayen-

do sobre Ti las maldiciones [de] la Ley y deshonras de hombres, hiciste que cayesen sobre nosotros las bendiciones de Dios. [Te] abajaste, Señor, hasta ser acompañado de los ladrones, para darnos a los ángeles por compañeros. Pregonado fuiste por malo en la ciudad de Jerusalén; y después en el monte Calvario, lugar de los malhechores, fuiste deshonrado y atormentado, desamparado y muerto con extrema pobreza, y allí nos ganaste la gracia con que merezcamos la compañía de Dios en el monte santo del cielo, adonde entremos a gozar de tus benditos sudores.

¡Oh Padre muy amador de tus pobres hijos! ¡Quién te viera velar trasnochar, caminar y sudar, y después morir, para con tu vida y tu muerte dejar a tus hijos ganado tanto favor y riquezas, que aunque ellos falten en tu servicio, tengan remedios y favores y valor para ir a gozar de lo que por sí no merecieron, y alegres en el conocimiento de tus riquezas, bendigan para siempre tu amor, que te constriñó a vivir y morir por el bien de tus siervos! En este amor me gloriaré y confiaré, que es fortísimo; no en el flaco que yo a Ti tengo. Esta es mi gloria cuando bien me glorío; esta mi riqueza y mi esperanza, y en esto estoy confiado, y cantaré: *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardar lo que le deposité para aquel día,* como dice San Pablo (2 *Tim.*, 1). Y si pregunta por qué, diré lo que dice San Agustín: Que tuvo Dios amor para tomarme por hijo, y poder para hacer bien a quien ama, y verdad para cumplir lo que promete.

11. Este Señor es fundamento certísimo, en quien debemos estribar; que nuestras obras, muchas de ellas, son tales como *caña* flaca y *quebrada,* que quien a ella se arrima, antes se horada la mano, que se pueda sustentar en ellas; y las que son buenas y de valor, por la gracia de Dios lo son, ganada por los merecimientos de Jesucristo, en los cuales me gloriaré, y en su gracia que me ganó; *mas en mí mismo no, sino en mis flaquezas* (2 *Cor.*, 12, 5). ¡Señor Jesucristo! Yo confieso delante de Ti que soy pobre, desnudo, hombre flaco y pecador, lleno de muchas deudas antes que te comenzase a servir, y también después; mas yo te confieso por perdonador de los que con corazón quebrantado te piden perdón. Mayor es tu misericordia que mi maldad, y por esto confío más por Ti, que desespero por mí. Tengo por gran

merced tuya no confiar en justicia que yo tenga de mí; mas en la tuya, Señor, que por tus merecimientos infundiste en mí, dándome tu gracia con que te agrade, y que mis pequeños trabajos, que de sí son tan pequeños, reciban valor de vida eterna y te sean agradables. Y tengo, Señor, confianza que sufrirás con paciencia las faltas de aquel que trajiste a Ti con amor. Y mientras me durare contigo la fe y el amor que por tu misericordia me has dado, me durará la esperanza viva que me has de salvar, y que me darás perdón de mis faltas cuando te lo pidiere, como dulcísimo Padre a su indigno hijo, que por ser hijo lo sufres y ligeramente perdonas.

12. Tengamos, pues, esta firme confianza en el Salvador del mundo, Jesucristo nuestro Señor, *y metamos en el seno la esperanza* (*Job.*, 19, 27) de la gloria que nos ganó. Y así, pues ha dado conjeturas que tenemos su gracia, esforzados corramos con buen talante, con acrecentamiento de esta gracia y obediencia de los mandamientos de Dios, y echemos fuera las desconfianzas que nuestras obras malas nos trajeren, poniendo luego la medicina de la penitencia sobre ellas, en confianza que, por los merecimientos de Jesucristo y virtud de sus Sacramentos, somos perdonados. No obremos con desconfianzas; mas adorando y agradeciendo al Eterno Padre que nos dió a su Hijo, por el cual y en el cual nos hizo agradables, dándonos su gracia y favores, confiemos que agradamos a Él, no sólo en las obras altas, mas aun en las muy comunes, así como dice San Pablo (1 *Cor.*, 10): *Ahora comáis, ahora bebáis, o cualquiera otra cosa que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios.* Y de esta manera tengamos reposado nuestro corazón, pensando que pues el Señor nos tomó por hijos, le agradamos como a Padre en lo que conforme a su ley y razón hacemos. Esta alteza y dignidad no la hubimos de nuestra cosecha; nuestro Señor Jesucristo nos la ganó para que participásemos del agradamiento que Él tiene delante del Padre.

13. Y así como en lo que hiciéremos, yendo bien hecho, hemos de pensar que agradamos a Dios, así en lo que nos viniere debemos pensar, que nos lo envía Él por nuestro bien, y esforzarnos a recibirlo con hacimiento de gracias. No envía Dios a los suyos lo que les envía para ponerles tropiezos ni lazos, mas con amor paternal, para que de todo saquemos bien y

conozcamos el cuidado que de nosotros tiene. Y de esto no debemos sacar desconsuelo, como lo suelen hacer los hombres llenos de achaques, que de las mercedes que Dios les hace sacan más desconfianza, diciendo: Lo próspero que Dios me envía, es por pagarme en este mundo y condenarme en el otro, y lo adverso es para principio de condenación infernal. No deben hacer así los que al Señor desean servir; mas en lo uno y en lo otro deben entender que Dios les quiere ayudar a salvar, y que su voluntad es que andemos alentados y consolados con las señales que tenemos en ser amados y muy amados de un Rey y tal Rey. Y así usaremos de lo que Dios envía conforme a su voluntad y a nuestro descanso; porque recibiéndolo con la desconfianza ya dicha, no es otra cosa la vida sino un continuo tormento. De manera que debemos traer el corazón confortado y fiado de Dios, estribando en Él, y no en nuestra flaqueza, y con corazón amoroso hacer y sufrir lo que conviene según su ley.

14. Y ese cuerpo, que Dios dió a vuestra merced para martirio, no sé en qué mejor lo pueda emplear que en ofrecérselo para que le sirva en ese estado que le dió pariendo y criando. Y pues el mismo Señor tomó carne delicadísima para tener en qué padecer por nosotros, piense vuestra merced que la que Dios dió a ella es sensible para que padezca por Él.

Confiado estoy de su misericordia, que Él está de ella contento. Deseo que vuestra merced esté sosegada, y que las cosas de su ánima y de su casa las haga con este corazón que le he dicho, confiando de su bondad, que pues Él le puso en esa atahona, que Él se sirve que ande alrededor de ella. Y si lo que le he dicho no basta para sacarle de sus desconfianzas, que tanto le dañan, no resta sino que roguemos a Dios que Él de su mano le dé confianza y conforte (3) de corazón, pues es dádiva suya; esperando con estas prendas y conjeturas ya dichas de estar en su gracia, que nos hará merced de nos guiar hasta nos meter en la celestial tierra prometida, donde veremos y poseeremos al mismo Dios. Sea Él en quien esperamos, y Él sea lo que esperamos, porque de nadie podemos alcanzar a Dios, si Él no se da, ni es razón esperar de Dios cosa menor que el mismo Dios.

---

(3) *Conforte:* confortación, fortaleza.

PARTE SEGUNDA

45.—PARA JUAN DE DIOS

El de Granada; animándole al amor y servicio de los pobres, no olvidándose de su particular recogimiento.

Vuestra carta recibí, y no quiero que digáis que no os conozco por hijo; porque si por ser ruin, decís que no lo merecéis, por la misma causa yo no merecía ser padre; y así, mal podré yo despreciaros a vos, siendo yo más digno de ser despreciado. Mas pues nuestro Señor nos tiene por suyos, aunque somos tan flacos, razón es que aprendamos a ser misericordiosos unos de otros, y a llevarnos con caridad, como Él hace con nosotros.

Yo, hermano, tengo mucho deseo que vos deis buena cuenta de lo que nuestro Señor os encomendó; porque *el buen siervo y leal* ha de ganar *cinco talentos con otros cinco que le dieron*, para que oiga de la boca de nuestro Señor (*Mt.*, 25): *Gózate, siervo fiel y bueno; porque en pocas cosas que te encomendé fuiste fiel, yo te pondré sobre muchas.* Y de tal manera tened cuenta con lo que os encomendaron, que no olvidéis a vos mismo, sino que entendáis que el más encomendado vos sois. Porque poco aprovechará que a todos saquéis el pie del lodo, si vos os quedáis en él. Y por eso os torno otra vez a encargar que busquéis algún ratico para rezar vuestras devociones, y que oigáis cada día misa, y el domingo sermón; y en todo caso os guardéis de tratar mucho con mujeres; porque ya sabéis que el lazo que el diablo arma para que caigan los que sirven a Dios, ellas son. Ya sabéis cómo David pecó por ver a una, y su hijo Sa-

---

(*) Reproduce la 2.ª Parte (2.º tomo) del Epistolario de 1578.

lomón pecó por muchas, y perdió tanto el seso, que puso ídolos en el templo del Señor. Y pues nosotros somos muy más flacos que ellos, temamos de caer, escarmentemos en ajenas cabezas. Y no os engañéis con decir: Quiérolas aprovechar; que debajo de los buenos deseos están los peligros cuando no hay prudencia; y no quiere Dios que con daño de mi alma yo procure el bien ajeno.

Y acerca de las necesidades que tenéis, ya os he escrito cómo hay dondequiera tantas, que si vamos a pedir, dicen que harto tienen que remediar en lo que tienen delante. Y pensé que el señor Duque de Sesa os había enviado recado, porque me decían que le habíades enviado a pedir. Si no os ha enviado, tornadle a pedir, que él os enviará, que os quiere mucho por entender en los pobres; y si no, el Señor ha de proveer, aunque se dilate,

Y heme holgado mucho de la caridad que habéis hallado en la casa que decís; y dad mis encomiendas a quien os las dió para mí.

Y porque estoy de camino, no os escribo más, sino que estéis firme en Jesucristo, que Él os ha de favorecer; y que miréis por vos, porque no se goce el demonio con haceros pecar, sino Dios con ver vuestra penitencia de lo pasado y enmienda de lo por venir. Y sea el Espíritu Santo con vos. Amén.

46.—Al mismo Juan de Dios

Animándole a la perseverancia en el servicio de Dios y guarda de su alma; y en particular le encarga la prudencia en los negocios que tratare.

1. Vuestra carta recibí, y no penséis que me dais pena porque me escribís largo; que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta. Y ruégoos que os acordéis de ser tal, que cuando me escribiéredes, o yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas cuales deseo. Y pues vos deseáis no darme enojo, no seáis perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste; que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras; y entonces se demuestra más, cuando más duele lo que hacemos por quien amamos.

2. Mirad, hermano, cuán caro costó a nuestro Se-

ñor el bien que en vuestra ánima puso; y como, si os hubiera dado una joya que le costara su sangre, la pusiérades en buen recado, así habéis de hacer el bien que en vuestra ánima os dió; pues por eso se os dió, porque Él lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobrásedes. Pues ¿qué sería entregar vos *debajo de los pies de los puercos* lo que nuestro Señor os dió para que fuésedes semejable a los ángeles? ¿Qué sería si perdiésedes aquella hermosura que Él pone en las ánimas, con que son a Él más agradables y hermosas que el mismo sol? Más vale morir que ser desleal a nuestro Señor.

Y para ser fiel es menester ser prudente, que así dice nuestro Señor que ha de ser su siervo que puso sobre su familia, *fiel y prudente* (*Mt.*, 24); porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan a Dios, y es castigada su necedad con recio castigo. Y por esto hemos de aprender de una vez para otras; y basta que el hombre sea necio una vez, para escarmentar toda su vida; pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro a la losilla donde se libró. Porque si el cuerdo escarmienta en la cabeza ajena, y el necio en la propia, ¿qué será de aquel que, aun después de muy descalabrado, no escarmienta? ¿Qué merece este tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al infierno?

3. Grande obligación tiene de mirar por sí y por la honra de Dios el que ha recibido dones de Dios, y lo ha sacado Dios del infierno, y dádole prendas del cielo. Y mientras más vamos adelante en la vida, es más razón que nos mejoremos en las buenas costumbres; porque poco aprovecha haber comenzado bien, si acabamos mal. Y grande enojo siente un cazador, que teniendo un ave que ha cazado en la mano, después de tenida se le va sin más verla, y no tiene tanta pena de la que nunca tuvo en su poder. Y así nuestro Señor se ofende más viendo que un ánima que Él ha ganado y limpiádola, y héchola templo suyo, se le vaya con su enemigo el demonio, que no de otras que nunca fueron suyas. Y el demonio se huelga más de ganar estas tales ánimas que primero servían a Dios, que las que fueron antes malas. Y por esto, hermano, es razón que abramos los ojos, y tengamos en alto la bandera de nuestro Señor muy

enhiesta, y no le demos este enojo, ni al demonio tal placer, que dejemos el camino que hemos comenzado, quedando ya tan poco que andar.

4. Llamad a nuestro Señor de corazón, y no olvidéis el rezar y el oír misa, que es cosa muy buena; y mirad dónde ponéis el pie, para que por hacer bien a otros, no os hagáis mal a vos. No pierda vuestra ánima su pesebre; porque si anda hambrienta y desconsolada y mala, ¿qué aprovecha todo el bien que a otros hacéis?, pues dice nuestro Señor (*Mt.*, 16): *¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si pierde su ánima?* Entended que la cosa en que más podéis agradar a Dios es tener vuestra ánima limpia delante su acatamiento; y la mayor misericordia que podéis hacer es tener vuestra ánima agradable a Él. *Por tanto, velad y orad,* como dijo nuestro Señor (*Mt.*, 26); porque no os halle el demonio desapercibido, que os anda buscando mil achaques y lazos para os derribar.

Y paréceme bien que vayáis a la corte a pedir por esos señores de Castilla, siquiera porque no os adeudéis tanto estando ahí. Y mirad por vos estando ahí y fuera de ahí, porque hagáis a nuestro Señor servicio, y ganéis la gloria para que nuestro Señor os crió. Y Él sea siempre vuestro favor y amparo. Amén.

5. Aquella persona que os rogaba c n pagaros las deudas y echaros a cuestas la otra carga, debiera de ser el diablo en figura humana, que os quería engañar; y con deciros: «No es pecado», querría hacer que perdiésedes el llamamiento para que Dios os llamó. San Pablo dice (*Ephes.*, 4) *que cada uno permanezca en el llamamiento que Dios le llamó*; porque si Dios quiere que yo le sirva de camarero, e yo no quiero sino guardar puercos, pecaré contra Él, y darle he cuenta de todo lo que pudiere ganar en el otro oficio. Y así, hermano, si un muy resplandeciente os apareciere, que dijere ser ángel de Dios y os trajere tal embajada, decidle que no es sino diablo, y que no queréis vos dejar el camino en que Dios os puso: que Él dijo en el Evangelio (*Mt.*, 21): *Quien perseverare hasta el fin, será salvo.* Y leed esta cédula muchas veces, y Dios os guarde de todo mal. Amén.

No tengo vestidos que os enviar ahora; yo diré Misas por vos en lugar de ellos, que os cubrirán mejor.

47.—A UNA SEÑORA

En tiempo de Navidad. Exórtala al amor de Cristo y al ejercicio de la oración.

1. No he recibido tantas cartas como, señora, decís que habéis enviado; mas aunque muchas hubiesen venido a mis manos, y yo no respondiese, tengo tanta fiucia en nuestro Señor, que el que me pone a mí verdadero amor de vuestra ánima, Él os dará a entender en lo secreto de vuestro corazón que no queda el no escribir por falta de memoria y amor, y con esto estoy consolado mucho, aunque os vea quejar.

2. Hermana mía en la sangre de Jesucristo, no os descuidéis, porque no lloréis. Mirad el amor con que habéis sido tratada de este Niño que nace, y no endurezcáis vuestro corazón a tan grande fuego, que basta para derretir las piedras durísimas. ¿Qué hacéis si no le amáis con todas vuestras entrañas? ¿Cúya sois, si suya no sois? ¿Adónde miráis sino a Él? ¿De qué habláis? ¿En qué pensáis? ¿Qué os traba el corazón sino este Señor, que así le trabasteis vos de su Corazón, que os trajo en Él treinta y dos años y tres meses, pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdición? y al cabo fué, por vuestro bien, puesto en cruz, y abriéronle su Corazón, para que veáis vos el lugar amoroso donde vos andábades.

Hermana, amad a quien os amó cuando Niño, habiendo frío por vos, y llorando en el pesebre por vos. Amad a quien os amó, de ocho días nacido, derramó sangre por vos; y no sabe hablar, y sabe amar. Y como crecen los días, crece el amor, demostrándose las obras con los hombres. Quien, siendo Niño, tiene amor, ¿qué os parece que hará cuando mayor? Crece el cuerpo, y crecen los trabajos; crecen los dolores y tormentos y cruz. Amad, pues, a quien primero os amó, y ahora os ama desde los cielos. No os contentéis en servirle como quiera, que Él no se contentó con buscar vuestro bien con tibieza; mas todo Él se empleó por vos. No conozcáis a nadie por conocer mucho a Él. No tengáis en el corazón a criatura alguna aposentada, por darle corazón y posada desembarazada a Él. Sabed que cuanto más mirásedes criaturas, os será quitada la vista del Criador. Y dándoos toda a Dios, aun faltaréis en muchas cosas; ¿qué hará si os repartís? Ya dejasteis el mundo, y os disteis a Dios: no tornéis a tomar lo dejado, que perderéis lo prometido. San Pablo dice (1 *Cor.*, 7) *que*

la doncella que a Dios se ofrece, ha de ser santa en cuerpo y en espíritu, y no ha de tener más de un cuidado, que es agradar a nuestro Señor; y así vos no entendáis en otra cosa, porque hagáis ésta bien hecha. Que pues Dios con vos se contenta, débeos Él bastar a vos, pues basta a los ángeles y a cuantas cosas Él crió.

3. No sé cómo os va de oración, y no querría que os fuese mal; porque si en ella aflojáis, sentirá vuestra ánima una hambre que tanto os enflaquezca, que os veréis caída en lo que antes muy ligeramente vencíades. Toda vuestra fuerza está en Dios; que de vos, ¿qué tenéis sino caídas? Y Dios comunica su favor a quien en la oración es vigilante; que a quien duerme, agriamente le represente, diciendo como a San Pedro (*Mt.*, 26, 40): *¿No pudiste velar una hora conmigo?* Hermana, desocupaos de las hablas de las criaturas, para que gocéis de la comunicación del Criador; que tenerlas entrambas, ya vos sabéis que no puede ser. Vivid siempre en vuestro corazón sola y desterrada, para que podáis pedir a nuestro Señor que os visite como a huérfana y extranjera.

Y para esta soledad de corazón mucho os aprovechará la comunicación poca de fuera; que bien sabéis vos que otro rato tan alegre no hay, como cuando estamos solos con Dios; y que si por acá nos consolamos, que después cuando vamos a hablar con el Señor, o se nos esconde, o nos riñe hasta que decimos que otra vez no derramaremos el corazón. Y el que ama al Señor no ha de ser tan mal criado que espere que el Señor le diga una cosa muchas veces; mas debe vivir con entrañable cuidado para conocer la voluntad del Señor y ésta sabida, cumplirla; y si alguna vez por flaqueza la traspasó, llorarlo mucho, y guardarse con doblado cuidado de tornar a dar enojo a Él, que es lumbre de sus ojos y entrañas de su corazón.

4. Y así vos, hermana, pues amáis, amad mucho; pues servís, servid bien; pues a Dios habéis escogido, dejad todo lo que no es Él. Si la casa eterna de Dios os ha contentado, no busquéis acá cosa en las casillas de barro, que presto se han de acabar. Ensalzada habéis de ser en el cielo entre los coros de los ángeles: haceos ahora tan baja, que beséis el suelo y tierra que huellan los más bajos de vuestra casa. No tengáis miedo de despreciaros, que a vuestro amor despreciaron, y permitiólo Él, porque con sus desprecios sois vos preciada, y con sus deshonras

muy mucho honrada. No queráis luego cumplir con regalos de carne, que la de vuestro Esposo atormentada fué con azotes y rompida con clavos. *No debemos nada a la carne* (*Rom.*, 8, 12) que ya por Cristo se deshizo el mal concierto que teníamos con ella cuando Cristo no vivía en nosotros; mas cuando vino el concierto espiritual con Cristo, deshizo el carnal de la carne. No tenéis que ver con mundo; por eso romped con él, que vuestro amor dice (*Jn.*, 16): *Confiad, que yo vencí al mundo*. No miréis honra ni deshonra; mas bajad vuestra cabeza como al ruido que pasa por el tejado, y meteos en las llagas de Cristo, que allí dice Él que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza (1) le busca. Finalmente, despues que suya quisisteis ser, no tenéis ya que cumplir con vos ni con nadie. Él os recibió, y no os dejará, si vos no le queréis dejar a Él, y cumplirá con vos lo que por mi boca os prometió; por tanto, *sedle fiel hasta la muerte, y daros ha la corona de vida* (*Apoc.*, 2) que nunca se acaba en compañía de tanta bienaventuranza, cual ni ojo vió, ni oído oyó, ni lengua de hombre puede decir; la cual os dé Él por quien Él es, como yo se lo suplico porque Él me lo manda. Y ésta hayan por suya las que estuvieren presentes a vuestra carta.

Cristo con todos. Amén (2).

48.—A UNA MUJER DEVOTA.

Enséñale cuál ha de ser la confianza en el Señor.

1. Escrito está que *el hermano que es ayudado de su hermano es como ciudad firmísima* (*Prov.*, 18, 19). Y aunque yo haya más menester el ayuda de vuestra oración que vos la mía, el cuidado que nuestro Señor me pone en mi ánima de la vuestra, junto con el oficio que tengo, me hacen olvidar mi insuficiencia, y esforzar por esforzar a vuestra ánima en el camino del Señor, en que Él os ha puesto por su sola bondad.

2. Hermana mía, criada y redimida por Dios: no penséis que os llamó nuestro Señor para daros luego el descanso que quizá deseáis. Primero habéis de trillar, o por mejor decir, ser trillada, que os den a co-

---

(1) *En simpleza:* con sencillez.

(2) El Epistolario de 1578 trae dos veces esta Carta: en la pág. 6 y en la 240.

mer el pan del consuelo. No penséis que aquella perfecta paz, de la cual dice Dios por Isaías (48): *Ojalá hubieras mirado a mis mandamientos; paz te hubiera venido así como río,* que luego se ha de hallar tras la puerta. Ni penséis que aquel gozo continuo, del cual dice San Pablo (2 *Cor.*, 6, 10): *Andamos como tristes, mas siempre gozosos;* y en otra parte (*Phil.*, 4, 4) amonesta diciendo: *Gozaos en el Señor siempre. Otra vez digo: Gozaos,* que a la primera jornada se halla. Muchos han recibido escándalo en el camino del Señor por no entender el tiempo de sus promesas, pensando ser engañados por ellas, pues no venían al tiempo que ellos pensaban, y pusieron duda en la verdad divinal por la mucha codicia de anticiparse a gozar de sus bienes. *Abominable hombre* — dice la Escritura (*Eccli.*, 20)—*es aquel que hoy presta y mañana viene a pedir lo prestado;* y así es la persona que a Dios se ofreció, y por Dios renunció sus placeres, si luego quiere que Dios le dé el consuelo por lo poco que dejó. Catorce años sirvió Jacob por Raquel, no con livianos trabajos; y cuarenta años gastaron de camino los hijos de Israel desde que de Egipto salieron, que significa el pecado, hasta la tierra de promisión, que significa el gozo de las divinas promesas que en el cielo se darán, y algunas veces algo de ello acá. No os acongojéis antes de tiempo, porque no perdáis lo que Dios os tiene prometido en su tiempo. Mirad que dice la Escritura (*Prov.*, 20): *La herencia que al principio se apresura carecerá de bendición en el fin.* Quiere el Señor que estemos entre mil trabajos, que todos nos conviden a impaciencia y desesperación, y entre todas aquellas marañas, que esté firme nuestra esperanza y asosegada nuestra voluntad.

2. Mirad que la virtud, si no es combatida, no es probada; y la no probada no es mucho de estimar. Y así como tiene la castidad sus combates, y la paciencia y otras semejantes virtudes, así los tiene nuestra fe y esperanza; y así como la mejor castidad es la más combatida, así cuando no sintiéredes en vos cosas que os combatan vuestra confianza, no penséis que es mucho de estimar. Por eso la fe de Abraham fué alabada del Apóstol San Pablo, porque creyó y esperó *en la esperanza* que le daba la palabra de Dios *contra la esperanza* (*Rom.*, 4, 18) que le daban las razones que él veía. No es de alabar la mujer que por eso es casta, porque no hay quien la siga; ni el hombre

que es paciente, porque no hay quien lo persiga; ni tampoco el ánima que está muy confiada, porque no siente cosas que le conviden a perder la confianza. La fe que agrada a Dios es la que cree sin tener prendas de milagros ni razones; y el amor que le hiere su corazon es el que le tenemos cuando Él nos maltrata; y la buena esperanza cuando nos parece dar cosas contrarias a las que esperamos; y la buena paciencia cuando sin ningún consuelo interior ni exterior padecemos; y la buena confianza cuando, asidos de su bondad y palabra, estamos firmes entre muchas ondas de desconfianza; que de lo que sentimos en estos combates quiere el Señor que aprendamos a tenerlo por verdadero y por bueno: y esto en ninguna parte se hace mejor que en aquestos trances, en los cuales lo que sentimos de Él nos tiene que no caigamos. Y este sentimiento es, no dulzura, mas antes una gran amargura de no tener en nosotros sentimiento de Dios con aquella firmeza que querríamos; y con esto es un arrojarnos a obscuras en su verdad, que prometió favor a los que pelean por Él, y en su bondad, que es una misma, aunque no la gustemos. Y cuando el ánima está enseñada de esta firmeza en ausencia de la firmeza, dale nuestro Señor muchas veces la firmeza que desea; porque ya no pierde en la recibir; como acaece muchas veces hacer Dios por milagro que vea uno lo que cree; y esto porque ve Dios que es tan grande la fe de aquel, que no cree más por ver, que antes que no veía.

3. Así, hermana, acostumbraos a tener a Dios por quien es, aunque no le gustéis; comed pan de dolor, que Él os dirá algún día (*Jer.*, 31): *Cese tu voz de llorar, y tus ojos de lágrimas; que galardón tiene tu obra.* Contentaos ahora con su cruz, aunque os la dé seca, que Él os dará algún día la suave unción suya. No os espanten los adversarios; que el Señor quiere mostrar su grandeza en vencer con langostas gigantes. No derribéis vuestro corazón porque os veáis ser otra de la que debéis ser y deseáis; que ninguno hay que con tanta paciencia os sufra como el Señor benigno, que conoce muy bien vuestra flaqueza. Y aunque pueda el ánima que no está del todo sana, tener gozo entrañable, sabed que así como agrada al Señor la perfecta justicia del justo, así le agrada la vergüenza humilde del imperfecto. Así que, si os pena lo que faltáis, que os consoléis en lo mucho que os so-

bra en Jesucristo. En éste holgad, cuando no viéredes en vos sino trabajos; aquí os esforzad; de aquí pagad lo que debéis, que la fe y amor y la devoción en Él, y el pesar y conocimiento de vuestros pecados y miserias, hacen vuestro a Jesucristo, según la cantidad que de esto lleváredes. Adoradlo y tomadlo; confiad y gozad; conoced vuestra enfermedad, y también vuestro Médico, y más os consolad en Él que os desconsoléis en vos.

El papel faltó, aunque sobra la gana. Cristo os guarde, que por vos murió, y para vos vive. Amén.

49.—A UNA MUJER DEVOTA

Que padecía trabajos; anímala a llevarlos, comparándolos con los que el Señor padeció.

1. La paz de Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Si vuestra merced pensaba que había de ir a gozar de Dios sin primero pasar por las amarguras de este mundo, muy engañada estaba. Y si, ya que se las da nuestro Señor a beber, le amargan según la carne, flaqueza humana es; porque, según dijo el Salvador (*Mt.*, 26): *La carne flaca es.* Mas si con el espíritu no acepta, y con hacimiento de gracias, la purga que el celestial Padre le envía para su salud, muy gran desacato comete contra la Majestad que se la da, y muy grande infidelidad contra su amor, y muy grande injuria contra su ánima, perdiendo por impaciencia lo que tanto provecho podía traer.

Señora, no piense vuestra merced que este reino de Dios que esperamos es cosa tan poca (1), que no merezca pasar por él estos y otros mayores trabajos; que si otra cosa fuera, nunca Cristo, que todo lo sabe, tan recios tormentos y deshonras pasara por entrar allá y llevarnos consigo. Mas así como este reino tiene bienes mayores *que ningún ojo vió, ni oreja oyó, ni lengua puede decir, ni corazón pensar* (1 *Cor.*, 2, 9), así pasó Cristo por él penas cuales no se pueden hablar ni pensar. Y esto para esforzar a nosotros que con osado corazón llevemos lo que a nos se nos ofreciere en este camino; teniendo por cierto que, así como el

(1) *Poca:* pequeña.

trabajo de Cristo no le salió en balde, mas tuvo fin y descanso, así de estos nuestros tormentos saldrá tanto descanso, que los daremos por bien empleados. Y si nos parecieren grandes, no es porque lo son, mas porque nosotros somos pequeños, y tenemos poco amor a Cristo crucificado; y, por tanto, nos parece pesado pasar algo de lo que Él pasó; que si amásemos, el amor lo haría todo liviano, y aun delectable. Pues que Cristo recibió nuestras deshonras, y por juntarse con nosotros, fué infamado, y le llamaban *amigo de pecadores* (*Mt.*, 11, 19), ¿por qué el cristiano se tendrá por deshonrado en la injuria que se le ofrezca? Si a Cristo amamos, en la deshonra hallaremos honra, y en los trabajos descanso, y en lo que el mundo aborrece y escupe, hallaremos tesoro.

El reino de Dios es semejante al tesoro abscondido (*Mt.*, 13, 44); porque si tanteamos las cosas según lo que de fuera parecen, en la carne nos quedaremos; y estando en la carne, dice el Apóstol (*Rom.*, 8, 8), que *no podemos agradar a Dios.*

2. Entremos, pues, en todas las cosas a lo interior de nosotros, y presentémoslas ante el juicio de Cristo puesto en la cruz; y juzgando, según Él, no recibiremos engaño. Y allí veremos que no se debe sentir por deshonra, ni por trabajo, ni por pérdida sino el ofender a nuestro Señor. Y cuando más se siente la herida en algo de esto temporal que en lo del ánima, muy mala señal es no sentirlo; y aquello es digno de ser llorado y remediado. Y por remediar este mal envía muchas veces nuestro Señor trabajos en lo temporal, porque hiriéndonos en lo que sentimos, pongamos remedio en lo que no sentimos. Estábamos muertos en las ánimas, y no veíamos nuestro mal, y por eso no buscábamos el remedio; azotónos nuestro piadoso Padre con los cabos de las agujetas (2) donde estábamos muy vivos, para que, experimentando un poco de su rigor, huyamos de experimentar su castigo que nunca tiene fin. Y esto es gran señal de amor para quien desea no ser para siempre perdido; y muy barato compra su salvación, por recio que le parezca el azote.

¡Oh locura miserable de los mortales, que tan puestos tienen los ojos en lo presente, y tan de mal se les hace en lo que les toca, y cuán en poco tienen

(2) *Agujeta:* cinturón.

lo que está por venir! Y aunque saben que en las presentes pérdidas ganan en lo venidero, no lo quieren haber por bueno, mas aventuran, y quieren que les vaya allá mal, con tanto que les venga acá bien. ¡Oh locura tan para llorar, si se sintiese! Quieren pasar de bien en bien; quieren pecar y salvarse; quieren ofender a Dios, y no ser castigados por ello. Y toda su felicidad es, no ser buenos, mas una mala libertad sin castigo.

3. Nosotros señora, no vayamos por este camino, cuyo fin es perdición eterna, mas por el que va derecho al cielo, aunque tenga algunas espinas. Bajemos nuestro cuello a la vara amorosa de Dios: hagámosle gracias en lo uno y en lo otro. Cuando nos envía bienes, conozcamos que nos trata según Él es; y cuando trabajos, como nos merecemos. Y que todo lo tengamos por señal de merced; mas por mayor lo postrero; porque aunque no sea tan sabroso, es más provechoso; y el cristiano más ha de mirar a lo que cumple, que a lo que deleita; y a lo que le hace aquí purgar sus pecados, que a lo que le pone ocasión de hacer otros; y más a lo que le hace semejable a Cristo, que desemejable. Y más quiere ir por donde fueron los que están en el cielo, que por otros sospechosos caminos. Y aunque de haber ofendido recibe pena, mas de ser castigado recibe gozo, porque aunque fuera mejor no haber menester este cauterio, ya que lo es, gran merced es de Dios salvarnos con él. Vamos al cielo, y siquiera sea dándonos cien azotes por las calles; que más le dieron al inocente Cordero sin merecerlos. No merece entrar allá, si no tiene por muy barato todo lo que por Él le pueden pedir. Ahora atrevámonos a perder todo lo que acá florece, que después no nos hallaremos engañados, mas muy acertados. Cristo verdad es, y Él dijo (*Mt.*, 5): *Bienaventurados aquellos que lloran, que ellos serán consolados* Lloremos, señora; quiero decir, pasemos adversidades, que el consuelo prometido por Cristo no nos faltará. Fiemos a Dios nuestras penas, que Él las tornará en placeres.

4. Destetémonos ya de esta leche, que parece sabrosa, y comamos pan de varones, que son trabajos. Este pan comieron los amigos de Dios; pues ¿por qué a nosotros tan mal nos sabe? Y si todavía nos parece duro, vamos al que nos lo da, y pidámosle alguna cosa en que mojemos el pan para poderlo llevar. ¡Oh se-

ñora, y si pidiese vuestra merced a Cristo que le mojase (3) esta tribulación en sus llagas, cuán blanda le parecería! ¡Si la mojase en cuando le iban pregonando por las calles a voz de pregonero, diciendo de Él lo que en nosotros cabía! ¡Oh si pensase más en las penas de Él, que en las propias suyas, cómo habría vergüenza en quejarse de sus chicas, mirando las grandes de Él! Entonces vería que lo que le parece pérdida es ganancia, y que *es grande honra seguir el hombre a su Señor* (*Eccli.*, 23, 38).

5. Diga, pues, vuestra merced al Señor (*Mt.*, 4): *Pues eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se tornen pan. Di a este mar que se sosiegue.* Di a esta pena que no me parezca dura. Ella en sí no lo es, mas yo soy la niña y la flaca; pon fuerza de amor en mí, para que me alegre yo en ella por Ti, y la reciba por empresa de amor. La empresa que Tú, Señor, por mi amor trajiste, mayores tormentos y deshonras fueron, porque tu amor no tuvo semejante ni tal dolor; mas a mí, como flaca y de poco amor, otórgame que esta tan chica no me parezca grande. Si las tuyas tan grandes te parecieron tan pequeñas por mi amor, ¿por qué seré yo tan desamorada, que sobrepujen mis penas a mi amor? No lo consientas, Señor, por quien Tú eres: mas haz, pues puedes, que aunque yo mucho padezca, más te ame, y todo lo que padeciere me parezca poco por Ti; y cuanto otro tiempo aborrecía yo el padecer, porque no te sabía amar, ahora, Señor, te ame, y el padecer por Ti me sea agradable. Otórgame que yo halle gracia en tus ojos; y si Tú quieres, halle desgracia en los del mundo. Goce yo de Ti para siempre, y siquiera padezca aquí, toda la vida; que ninguna cosa me podrá empecer, si fuere tan dichosa que tenga a Ti por mío en tu reino para siempre.

Y a todo esto responde: *Pedid, y daros han* (*Mt.*, 7, 7).

Yo suplico a nuestro Señor Jesucristo dé a vuestra merced gracia para que halle en la hiel miel, y en la miel hiel; todo por amor de Aquel que bebió por nuestro amor hiel como si fuera miel. Amén.

---

(3) *Mojase;* la edición de 1578, *mostrase.*

50.—A UNA RELIGIOSA.

Desconfiada: Que es peor la desconfianza que las faltas; y aunque tenga graves caídas no debe desmayar.

SEÑORA:

1. Confieso a vuestra merced, cuando veo sus cartas, que se me mueven las entrañas de compasión, y quizá se me rasgan de no ser para ayudarle en algo a llevar su trabajo. Y si a vuestra merced le parece que está en mi mano la ida a le ayudar, sepa vuestra merced que hay otra cosa; y *si de arriba no viene, no podemos tomar nada,* como dijo San Juan (3, 27): Plega a nuestro Señor de la esforzar y consolar como yo deseo. Amén.

2. Y paréceme, según en su carta veo, que no ha vuestra merced estudiado lo que a vuestra merced otras veces he escrito, diciendo que conviene mucho no entristecerse por las faltas en que cae, porque se sigue mayor mal de ello que de las mismas faltas. Y digo esto por las tristezas grandes que dice tener, que cierto han nacido de no desecharlas a los principios. Pídole por amor de nuestro Señor, que no lleve este negocio a fuerza de brazos, pues vale más maña que fuerza; y que se contente con que, por la sangre que Jesucristo derramó, ella tiene una vida, que ya que no sea de perfecta monja, es a lo menos de cristiana pecadora, y puede esperar de ir a purgatorio con ella. Y ya que no creciese en bien, no se derribe ella misma a mayores males, como quien dice: «Pues no me dan lo que quiero, yo desecharé lo que me dan.» Y vaya con dolor su camino; que al fin no será su ánima perdida, sino cobrada en el cielo por Jesucristo. Y esto le pido que me crea, no obstante que no me escriba los males que tiene, porque aunque le parezcan muchos, nuestro Señor la quiere salvar, y la salvará, y Él sabe el por qué no le da el deseo de su corazón; que posible es que si se lo diese, sería dañoso, por las partes que ella no sabe; pues hemos visto a muchos haberse dañado con la espiritual prosperidad, otros haber ido seguros con la pobreza y fatiga, como ella va.

3. Haga vuestra merced aquello para que nuestro Señor le da fuerzas, y trabaje por no caer en ofensa

mortal, lo cual espero en nuestro Señor que le dará para ello su mano; y si la quitase, no por ello desmaye, sino váyase luego a lavar a la fuente de la limpieza, que es el sacramento de la Penitencia, y torne a caminar como primero. Y si le parece que este modo de vivir es desconsuelo, por no estar su ánima sana, verdad es; mas dígole que lleve su desconsuelo con paciencia, como un enfermo hace con su enfermedad, y conténtese, que no es mal de infierno su mal; y esto agradezca mucho a nuestro Señor, pues por su infinita bondad, al fin puede esperar, con la vida que tiene, que se ha de salvar: que no ama nuestro Señor tan livianamente las ánimas, que así de ligero las condene al infierno. Y si vuestra merced no fuere una de las que irán a Él por el camino muy derecho, y con hermosura muy grande, y haber guardado por entero su justicia, será salva en compañía de muchos por haberle pedido misericordia; y con esta esperanza viva, y haga lo que pudiere. Y no piense que sus males son bastantes a perderla, pues está la sangre del Cordero de Dios en medio, y le da gracia para no caer en unos males, y para buscar remedio en otros que cae. sino llévese con dolor más que con desmayo, esperando la salud de nuestro Señor, y ofreciéndose toda en sus manos, y contentándose con lo que viene; y de esta manera huirá del lazo que el demonio le arma con esta desconfianzá, que le hace mucho más daño que todo lo demás en que cae.

4. Dígase a sí misma: Si yo soy la que debo, el Señor me salvará, como salva a otros pecadores por su misericordia, pues me da gracia que me pese de mis pecados, y le pida perdón, y reciba sus sacramentos: y si no soy tal cual otros, hago a nuestro Señor gracias que me puso en su Iglesia, aunque yo soy la persona más baja que en ella hay, y la menor que se ha de salvar. Crea, señora, que no es pequeño bien tener una vida con que uno pueda esperar ser salvo, aunque sea al cabo de dos mil años de purgatorio; porque pues de allí han de ir al cielo, y aqueste cielo será descanso para siempre, no se debe tener en mucho cualquier mal, si el paradero es tan gran bien.

El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced, y la esfuerce y abrigue, y haga bienaventurada en el cielo. Amén.

51.—A UNA MUJER CASADA

A cuyo hijo le había sucedido una desgracia, consolándola.

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced.

1. Como sabe nuestro Señor Dios cuán mucho nos va en conocer nuestros males y los bienes que de Él tenemos, para que le pidamos remedio para lo uno y le demos gracias por lo otro, tiene cuidado de enviarnos algunas tribulaciones para que veamos nuestra flaqueza, y nos desengañemos si por fuertes nos teníamos, y veamos la fortaleza que Dios nos da para alegremente sufrirlas, y conozcamos cuán poderosa es su mano, que en vasos tan flacos pone virtud, y cuan bueno es, pues nos hace ganar en los males.

Dícenme que ha acaecido no sé qué a un hijo de vuestra merced. Sea por ello nuestro Señor bendito, y por todo lo demás que nos acaece; al cual, sin duda, debemos más cuando nos envía de esta fruta, que cuando de las consolaciones; pues mediante éstas limpia nuestras culpas y nos fabrica en el cielo coronas; y las gracias que en estas tribulaciones a Dios se dan es una música cristiana y suave en sus orejas. Digo cristiana, porque el dárselas en las consolaciones es de todos, mas en las tribulaciones de sólo los buenos cristianos, que son como trompetas hechas a golpes, que echan de sí este suavísimo son: *El Señor lo dió, el Señor lo llevó: como al Señor plugo, así fué hecho: sea su nombre bendito* (*Job*, 1). Cante, señora, este cantar, si quiere alegrar a sí, y que *se le tornen las piedras en pan;* porque vendrá a tomar tanto sabor en las tribulaciones, que se mantenga y haga fuerte con ellas, y las pida al Señor, como el niño pide pan a su madre. Ligeramente hará esto, si ha dado a sí y sus cosas a Dios; mas si en el hijo estaba algo que a Dios no lo había dado, compasión [he] de verdad de vuestra merced cuánto le habrá atormentado, como herida en la carne llagada; que ella es la que duele, que *el fruto del espíritu gozo es*. Si eso pasa, encomiéndese vuestra merced y dé sus hijos a Dios, pues Él dió su Hijo por amor de ella.

2. Y no tenga por acaecimiento (1) lo que viere

---

(1) *Acaecimiento:* acaso, casualidad.

venir a su hijo; porque la verdad cristiana confiesa que ninguna cosa viene acaso, mas todas debajo de la providencia de Dios; y como cosa de su mano tome vuestra merced lo acaecido. Y aunque lo tome de su mano, mírele al corazón, y hallará que envió esto con mucho amor, aunque en la mano parezca rigor.

Amanos Dios verdaderamente, aunque alguna vez disimula su amor y finge que se va lejos, no porque nos olvida, pues tiene jurado diciendo (*Ps.*, 136): *Si de ti me olvidare, mi mano derecha sea olvidada, y mi lengua se pegue al paladar, si de ti no me acordare.* Pues, cierto, así lo cumple como lo dice, el que *nos tiene escritos en sus manos* y muy a su costa; mas apártase porque suspiremos por Él, y agucemos la hambre, para que después mejor nos sepa el pan que mantiene a cielo y tierra. Y el querer ser llamado, no es porque Él haya menester nuestros ruegos, o nos quiera vender su comunicación, pues muchas veces viene antes de ser llamado; mas porque ve Él con su inestimable sabiduría que cumple dejarnos desconsolados años y años, y a muchos por toda la vida presente; y la parte de éstos creo ser la mejor, si hay fe para no sentir mal, y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Aunque, a la verdad, el que algo ve, hallará que otro gozo ni descanso no hay, sino que se cumpla la voluntad de Dios en nosotros; y la consolación verdadera es gozarnos en la voluntad de Dios, aunque nos desconsuele.

3. Y si estas desconsolaciones nos parece que vienen por nuestra tibieza (que es lo que a muchos suele desconsolar), digo, después de haberlo mirado, que es muy mejor llevar su culpa con igualdad sosegada de corazón, y buena confianza en la misericordia divina, que por matar la mosca (como dicen) que me pica en la frente, darme un golpe con que me mate. No han de ser todos iguales los que al cielo han de ir; ni hemos de desesperar porque no somos de los mejores ni medianos; mas dar gracias a nuestro Señor porque nos dió esperanza de salvación por su clemencia. Y conviene alegrar en esto el corazón, y agradecerlo a Dios, porque no nos quite esto que nos ha dado como a desagradecidos, y así caigamos en el infierno, porque no nos hizo Dios de los mejores del cielo.

Créame, que esta cosa de la paz del corazón, que los perfectos tienen, no se da por descontentos ni puñadas,

mas Dios la da a quien y como y al tiempo que es servido. No dejemos de hacer lo que pudiéremos y tener buena confianza en Dios, en el cual nos debemos de poner tan de corazón, que aun sobre nosotros mismos no osemos dar sentencia de cómo nos va; mas confiados en Él, correr con alegría la carrera de sus mandamientos y de sus pisadas, y esperar que nos galardonará nuestros bienes y perdonará nuestros males, para que por uno y otro le alabemos y bendigamos en los siglos de los siglos. Amén.

52.—A UNA PERSONA

Que estaba muy congojada por su poco aprovechamiento. Que se han de refrenar los deseos desordenados de la perfección.

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced.

1. La raíz de todos los males es el amor propio, así como la de todos los bienes es el amor de Dios. Y así como el que a Dios ama no halla que sufrir, porque no busca sino el querer de Él, y en éste se deleita, así el que se ama halla todas las cosas ásperas y contrarias, y es atormentado con fatigas y diversidades de acaecimientos. No está el descanso sino en desear poco o nada por amor de Dios, y contentarse con ello por Él; al cual tanto ofrecemos y damos, cuanto por Él dejamos de desear. Y si Dios *abre nuestros ojos para que consideremos,* con David (*Ps.*, 118, 18), *las maravillas de su Ley,* hallaremos que no sólo hay peligro acerca de este mal amor propio en lo exterior y visible, mas aun en lo que a muchos parece que es santidad desear más y más. Y si pregunta vuestra merced qué es aquesto, digo que las virtudes, y paz del ánima, y el paraíso, y el Señor de él; para que así veamos cuánto es nuestro peligros, pues en lo que es seguridad, lo hay; y cuánta la maldad del propio y desordenado amor, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad; no porque las haga él malas a ellas—que no puede—, mas porque deseando las cosas buenas por nuestro fin y amor último, nos hacemos malos nosotros, tornando al revés el orden que el amor de Dios da, que es querer todo lo bueno, y a nosotros con ello, por Dios y para Dios, y de la manera y con la medida que quiere Dios.

No consiste el amor de Dios, por más que la boca lo diga, en desear muchas virtudes, y al mismo Dios, desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia, como otras cosas se suelen desear. Porque si yo me muevo por Dios, no será mi principal deseo tener aquello, mas tenerlo, si Dios quiere que lo tenga, y cuando y como y cuanto quisiere; y no ser codiciosa de ello por mi bien, mas en que la voluntad de Dios sea cumplida, aunque fuese estar yo sin virtudes y cielo. Digo «aunque fuese», porque no lo es; mas a lo menos ha de estar nuestra voluntad tan puesta en la de Dios, que esté aparejada a querer todo lo que Dios quiere que queramos sin sacar alguna excepción. Porque si nuestro amor está vivo, tanto es peor y más encubierto su mal, cuanto lo que deseamos parece mejor; porque en aquello, como en cosa segura, se suele él más descuidadamente extender; y diciendo que deseamos amor de Dios, estamos llenos del nuestro, que nos hace desear a Dios para nosotros, sin orden ni ley, habiendo de ser al contrario.

Acuérdome que dicen (1) algunos Doctores que esta maldad cayó primero en Lucifer, el cual deseó cosa buena, que era la bienaventuranza; mas no la deseó como, ni cuando, ni en quien, ni por quien era razón desearla, mas con una desenfrenada codicia, que mira al bien propio, como puede un avariento codiciar tener mucha hacienda, o un soberbio la honra. Por cierto, si la raíz y fin es uno, no hace la cosa deseada toda la diferencia; antes, como he dicho, es peor cuanto lo deseado es mejor. Porque no hay peor mal, que desear uno para sí, como para último fin, el último fin, el Sumo Bien de los bienes, que es Dios, el cual debe ser el fin y el paradero de todos nuestros deseos.

2. Y si alguno dijere—por no entender bien lo que digo—, que parezco decir que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos, mas que lo dejemos a Dios, así lo del ánima como lo del cuerpo, digo, que así como en las cosas exteriores hemos de ser diligentes, y no congojosos ni codiciosos, mas ponerlo en manos de Dios, y tomar con paciencia lo que nos viniere, así en lo del ánima debemos ser más diligentes; mas con condición, que si con todo ello, viéremos que no tenemos cuanto queremos, no hemos de dejarnos caer en una impaciencia que sea peor que

(1) *Dicen;* las ediciones de 1578 y 1595, *me dicen.*

la principal falta porque nos da la pena; mas conformarnos en todo con la voluntad de Dios, al cual agrada más la humildad y paciencia en las flaquezas, que la soberbia devoción y contentamiento en la fortaleza. Y si no alcanzamos a estar sin faltas, demos gracias a Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas.

¿Por ventura echó a perder otra cosa al fariseo soberbio (*Lc.*, 18), sino el contentamiento de sus buenas obras? ¿Y salvó al publicano, sino el conocimiento y desplacer de sus malas, pidiendo a Dios misericordia? No todos son para conservar la humildad entre la alteza de las virtudes; y muy pocos hay a quien no descontenten sus faltas. Y por eso, aunque el primer camino es más alto, el segundo es más seguro. Todo lo cual dispensa el sapientísimo Dios, guiándonos por diversos caminos para un mismo fin, que es Él.

3. Y por más codiciosos que seamos, esto nos debe consolar, que es esperar que iremos a[l] paraíso, ahora sea por la alteza de virtudes, como algunos van, ahora por conocimiento de cómo nos faltan, y con penitencia de ello, como otros muchos van. Y aunque por esto no debemos dejar de imitar a los muy mejores que viéremos, pues Dios nos ha dado deseo de ello, y sernos ha tomada cuenta si no lo hacemos, empero así deseemos ser mejores, como tengamos paz, si no llegáremos a lo que deseamos. Que de otra manera, no creo que ha habido hombre en este mundo (dejando aparte lo que todos entienden) que no desease ser mejor de lo que es; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban por su propia codicia, que nunca dice: «Harto hay» (2), mas por Dios, con cuyo repartimiento están contentos, aunque menos les diera, teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que Él le da, más que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para más servicio de Dios. Y no creo que hay paz en aqueste mundo sino en la paciencia; ni creo que es verdadera paciencia la que sufre a sus prójimos y no sufre a sí mismo; no para que deje de castigar y enmendar sus faltas, mas para que no se le derribe el corazón, ni se entristezca demasiadamente, sino que ande, en todo lo que le acaeciere, contento de dentro y de fuera, haciendo sus diligencias; las cuales todas, si no las hiciere, vale más que le pese y se levante presto

---

(2) *Harto hay:* basta.

con alegría, que dobla las fuerzas, que no que, pensando que llora sus faltas por Dios, desagrade al mismo Dios con servirle mal con el corazón caídas las alas, y con otros ramos que de esto suelen nacer.

La conclusión sea lo que dice San Pablo (1 *Tes.*, 5, 18): *En todas las cosas haciendo gracias a Dios.*

Use la oración, e irle ha bien.

Jesús sea con vuestra merced y con todos. Amén.

53.—A UN DEVOTO SIERVO DE DIOS

Que entendía, junto con otros, en algunas buenas obras. Encareceles lo que a todos importa la humildad para no caer.

De caetero, frater, confortare in Domino, et in potentia virtutis ejus (*Ephes.*, 6, 10), que *fiel es* el que nos llamó, no para dejarnos en el medio camino, sino para llevarnos al fin de todas las cosas. Y aunque habrá enseñado a esos sus siervos cuán grande es la virtud de la humildad, para que Dios repose el ánimo, no me impute a mal que por mi indigna boca se lo encomiende y reencomiende. ¡Oh señor, y cuántos que bien caminaban, han sido descaminados por faltarles esta virtud! Y lo que peor es, que yendo fuera del camino, piensan que van en él. ¿Qué remedio queda al miserable que tiene ciego el mismo ojo con que ha de ver sus defectos, y que tiene enfermedades en la parte que había de ser cura de las enfermedades? Tiemblo en pensar esto. Que no sé por dónde o cómo entra tan delicada soberbia, que sintiendo un hombre que todo el bien que tiene es de Dios, y que de sí no tiene sino pecados, con este sentido esté lleno de soberbia, que baste a desagradar a Dios. Verdaderamente debemos temblar *in conspectu Domini,* y no sentir maravillosas cosas de nosotros, ni tener en poco a quien camina por donde a nosotros no parece. Porque este negocio más consiste en hallar gracia delante los ojos de Dios, que en tener muchos dones, que a las veces pueden estar sin gracia, o con menos gracia, y ser más cuerpo que espíritu, y riquezas humanas o dones gratuitos dados a los hijos de las concubinas, que prenda de la heredad que se da a los hijos.

Señor, humillemos *ex toto corde animas nostras;* escarmentemos en tantos que parecían altísimamente

caminar, y el fin declaró que fué principio para mayor caída, y no alteza debida delante los ojos del Altísimo Dios. No es daño que nos tengamos a raya, aunque algo se excediese en sentir menos de nuestros dones que sería razón; mas es muy gran daño si un poco excedemos. Por eso nos está aconsejado (*Lc.*, 14, 10): *Recumbe in novissimo loco.* San Agustín, aconsejando: *Quae est via ad coelum?*, dice: *Humilitas;* y si otra vez me preguntáredes, responderé lo mismo; y si otra vez y mil, no responderé sino *Humilitas.* Y ésta, como digo, no es sentir solamente que todo el bien es Dios, y el mal nuestro, sino otro sentido allende de éste el cual yo sé poco sentir, y de lo que siento sé menos hablar. Ruego a Jesucristo que Él lo enseñe a todos, porque tengo por cierto que ninguna persona lo sabrá enseñar, ni el hombre que en esto está errado lo sabrá tomar, si por particular merced de Dios no se abren a ello los ojos; *expertus loquor.*

Tanto esos siervos de Dios durarán en lo comenzado, cuanto esta modesta y pacífica, y que de sí poco siente, humildad, les durare; porque por faltar ella, se han ido todos los edificios que parecían ir buenos; y adonde ella está tiene puestos Dios sus ojos.

Gratia tecum, et fratribus meis, tecum commorantibus.

54.—A doña Sancha Carrillo (1)

Animándola a confiar en el Señor; encárgale el ánimo en el camino de Dios.

Muy magnífica señora:

1. La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

En dos cosas nos conviene mucho estudiar, si no queremos ofender a nuestro Señor: una es en amar su bondad, otra en confiar de su misericordia. Grandísima es la ceguedad del ánima que a tan buen Señor no ama; y grande es la flaqueza de quien en tanta muchedumbre de misericordia no confía. Y así como las mercedes que nos ha hecho nos deben incitar a le amar (pues que son hechas con el amor que

(1) Así consta por una copia de El Escorial; y se confirma por el final de la Carta, donde habla del *Sr. D. Pedro,* sacerdote, hermano de doña Sancha.

Dios nos tiene, el cual pide amor), así nos deben esforzar a confiar, pues que quien nos ha dado lo pasado y metido en su carrera, nos dará el acabar en ella. Y lo mismo debemos sacar de la pasión de nuestro Señor, al cual debemos amar, pues Él fué el que murió por nuestro amor, y tener confianza en sus merecimientos. Váyase, pues, a lejos toda duda, toda flaqueza de corazón y toda desconfianza; pues cuanta es la virtud de su pasión, tantos son nuestros merecimientos, pues que ella es nuestra, siendo nosotros de Jesucristo; que Él nos la dió. Allí confío yo y presumo, allí hago burla de mis enemigos, allí pido yo al Padre ofreciéndole a su Hijo, de allí pago lo que debo, y me sobra. Y aunque mis dolores son muchos, allí hallo mayor remedio y causa de alegría, que en mí de tristeza.

2. ¡Oh amoroso Dios y todo amor, y cuán grande bofetada te da quien de todo su corazón en Ti no confía! Si con habernos Tú hecho tantas mercedes, y lo que más es, con haber por nosotros muerto, aun no confiamos de Ti, ¡no sé qué diga, sino que somos peores que brutos! ¿Cómo, y qué creeremos que [no] nos darás, pues tanto nos has dado? ¿No creeremos que defenderás a los que sacaste del infierno? ¿No darás de comer a los que tomaste por hijos? ¿No enseñarás la carrera a los que, siendo descaminados, pusiste Tú en ella? ¿No darás lo que te pidieren para tu servicio a los que dabas muchas cosas andando fuera de tu servicio, y ofendiéndo[te] ellos, los defendiste Tú, y huyendo de Ti, los seguiste y trajiste a Ti, y los alimpiaste y diste tu espíritu, y henchiste sus ánimas de gozos, dándoles beso de paz? ¿Y para qué todo esto? Por cierto para que crean que pues por Cristo los reconciliaste contigo siendo enemigos, mejor los guardarás por Cristo siendo ya amigos.

¡Oh Dios mío y misericordia mía! ¡Plega a Ti que no permitas que, después de tantos millares de beneficios, ande nuestro corazón en dudas y preguntando si nos amas o no, si nos has de salvar o no! Más claros son tus testigos, los cuales son las cosas que has obrado, que el sol de mediodía, que dan testimonio que nos quieres bien, y esperanza que nos has de salvar.

3. Asentemos, pues, nuestro corazón con esta fiucia de Dios, la cual tengamos aunque no sintamos en nos el dulzor de las consolaciones de Dios. Porque así

como la fe verdadera es la que cree sin milagros y razones, y el amor verdadero el que ama, aunque es azotado, y la verdadera paciencia [la] que sufre más sin consolación, así la verdadera confianza es cuando estamos firmes, y no sentimos los regalos de Dios. Confiemos un día de Dios sin que nos dé prendas, y osemos esperar que nos irá bien en Él, pues Él lo mandó que así lo esperemos. ¿Sentímonos flacos? Esperemos en Dios, y seremos fuertes; porque *los que en Dios confían mudarán fortaleza; y tomarán alas como palomas, volarán, y no faltarán* (*Is.*, 9).

¿No sabemos lo que hemos de hacer? Confiemos en Dios, y sernos ha dada luz, como dice Isaías (50): *Si alguno anduvo en tinieblas y no tiene luz, espere en el nombre del Señor, y arrímese sobre su Dios:* y en otra parte está escrito (*Sap.*, 8): *Los que confían en el Señor entenderán la verdad.* ¿Estamos en tribulaciones? Esperemos en Dios, y seremos librados, como dice Dios por David (*Ps.*, 90): *Esperó en Mí, y Yo le libraré.* En las cuales palabras habemos de mirar que no pide Dios otro merecimiento para librarnos, sino *esperar.* Y con mucha razón, porque los que caen en tribulaciones, por poca fe caen. Como San Pedro, que mientras no tuvo temor, anduvo por encima la mar como si fuera firme tierra; y cuando temió, luego comenzó a hundirse, y oyó de la boca de Jesucristo (*Mt.*, 14): *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Temamos, pues, esta reprensión. Aunque la mar de las tentaciones ande muy brava, no caiga ni migaja de duda o temor en nuestro corazón; mas confiados en quien tan de verdad nos ama, estemos seguros en medio de cualesquier peligros.

Todo esto he dicho, porque así como querría ver a vuestra merced creer la santa fe católica sin error, y amar a Dios sin pizca de tibieza, así la querría ver confiar en Dios sin pizca de duda o temor. Créame, que basta Dios para todas nuestras dudas y tentaciones. Pluguiese a Dios y ya nos convirtiésemos del todo a Él, y nos arrimásemos a Él; que cierto, no es menester criaturas, si bien supiésemos darnos al Criador. Y si alguna vez dudáremos algo, no nos determinemos en ello, sino pasemos a entender en otras cosas; que pues Dios no nos da medio para saberlo, no debe de ir mucho en saberlo.

4. Lo que en esta Cuaresma encomiendo a vuestra

merced y al Sr. D. Pedro (2) (para el cual también escribo esta carta) es que tenga mucho tiento en los ayunos y cosas que tocan al cuerpo; y miren que no olviden esta palabra. Y que trabajen mucho que ayunen sus memorias de todo pensamiento de criaturas, y aunque sea de sí mismos; mas todo olvidado, nosotros también nos pasemos a Dios, y en Él moremos. Y ayunen de toda consolación de cualquiera criatura, para que viviendo en soledad de pensamiento, venga Dios a henchir las ánimas que estuvieren vacías de criaturas. Y cuando delante de Dios se hallaren, trabajen más por escucharle que por hablarle, y más por amarle que por entenderle.

El mismo Jesucristo, de quien hablamos, sea con vuestra merced y con todos. Amén.

55.—A UNA SEÑORA

Que tenía muy a su cargo. Que no dude del amor que la tiene; que trabaje por los prójimos antes de llegar a la oración recogida.

1. Si vuestra merced supiese cuán gran gozo ha sentido mi ánima con sus cartas, creo que me escribiría muchas veces, aunque más el demonio lo estorbase. Y si supiese cuán gran favor es para mí verla confiada de mi fe, y que se atreviese a probarme, creo que se le quitaría parte de las imaginaciones que el demonio le trae cerca de pensar que me da fastidio. Yo, señora, no he tomado tan de burla el habérmela puesto el Señor en mis manos, que me fastidie de cosa, por grande que sea, cuanto más de cosa que no es penosa, sino alegre. Pídole yo, por amor de nuestro Señor, que se lo pregunte ella a nuestro Señor si la amo o no, que yo espero de Él que le dirá que sí, pues es amigo de la verdad, y sabe que es así. ¿Ya no sabe que el arte del demonio para derribar a flacos es ésta? ¿No sabe cuánto daño hace en sus vecinas este pensamiento cuando le creen? Bien sabe ella reñir con

(2) Don Pedro, sacerdote ejemplar, y muy fiel discípulo del M. Avila, por cuyo consejo desistió de pretender prelacías, y se dió a imitar las virtudes de su santa hermana doña Sancha. (Véase Montaña: OBRAS. t. II, página 437.)

los que no creen ser amados, y bien sabe volver por el ausente. ¿Por qué no toma ella para sí lo que aconseja a los otros? ¿Por qué me quiere fatigar con su incredulidad como los otros? No pase esto así, por amor del Crucificado, sino que esté confiada que el Señor la ama, y me da a mí amor verdadero para todo lo que necesario le fuere, hasta que gane esta corona para que el Señor la llamó; la cual no será pequeña, ni estoy yo poco gozoso de ser yo ayudador para que se gane. Y no diga ni piense que es ese estado para su condenación, que es tentación del mismo demonio, que querría que lo dejase para llevársela él. No la llamó nuestro Señor sino para que se salve; y gracias a Él que la ha conservado y conservará en el bien que ha comenzado, aunque al demonio le pese.

2. Y si le parece que no tiene aquel recogimiento que debía, yo me huelgo que lo desee y suspire por él, mas no de manera que piense (1) que no sirve a Dios en hacer lo que hace. Muchas veces sirven personas más a Dios con no tener recogimiento y desearlo, que con tenerlo; porque algunas, y muchas veces, quiere Dios que por entender en sus hijos, dejemos el dulzor de entender con Él sólo. Y el Patriarca Jacob (*Gen.*, 29) estaba enamorado de Raquel, que era hermosa, y sirvió siete años porque se la diesen por mujer; y al cabo diéronle a Lía, hermana de Raquel, sin saberlo él; y como él se quejase, respondiéronle que en aquella tierra no se usaba casar primero las hijas menores, como él quería; dícenle que se case ahora con ésta, y que si mucho amaba a la otra, que trabajase otros siete años por ella, y que al cabo de ellos se la darían; y así lo hizo, y así lo alcanzó. Quien se quiere casar con la vida hermosa del recogimiento y oración devota, bien desea; mas conviene primero que se case con la vida trabajosa, y que se ocupe primero con prójimos, y después perseverando, darle han otra cuando el Señor viere que cumple. Mas entretanto el Señor se contenta con que suspiremos por ella, y entendamos en esta otra. No hace bien quien se huelga con las ocupaciones, ni hace bien quien se anda quejando en ellas; mas aquél cumple con lo que Dios quiere, que trae las manos y obras en servir al prójimo, y su deseo es servir al

---

(1) *Piense;* las ediciones de 1578 y 1595, *no piense.*

Señor en más quietud; no para que este deseo le haga quejar o descontentar, mas tome en paciencia la ocupación y en amor la quietud; las manos en lo uno, y los ojos en lo otro; obedece por lo uno, y suplica por lo otro. Y según dije, de algunos se sirve más Dios en lo primero de trabajos, que en lo segundo de descanso; porque solemos solapar el deseo que tenemos de holgar y seguir nuestra voluntad, y el no sufrir pesadumbres ajenas, debajo del título de darnos a la contemplación. Y por eso el Señor, que sabe más que nosotros lo que nos cumple, y los deseos de nuestro corazón qué tales son, tiene cuidado de guiar nuestra vida según sabe que nos cumple; y el servidor suyo así le debe obedecer, y así lo debe tomar con hacimiento de gracias.

3. Y si dice que la ocupación que tiene es buena, sino que ella es floja y no sirve a Dios como ella querría y debe, también quiero que así lo conozca y así lo diga, porque ¡ay de aquel que pensare que puede valerse con Dios sin pedirle misericordia! Conózcase, señora, por mala, y cobijarla ha Dios con su bondad y misericordia; y cada día le irá haciendo mayores mercedes; y piense que así, tal cual es, la ama nuestro Señor y la quiere; con que persevere en la guerra sin volver las espaldas, lo tiene contento, y a mí también. Y pues su Padre del cielo y de la tierra están contentos, estélo ella, no para dejar de pasar adelante en el servicio de nuestro Señor, sino para no estar desmayada en la vida que tiene. Y tenga crédito, que el Señor se sirve de su estada ahí, y yo se lo digo de su parte; y que la ha de consolar mucho, y hacer muy grandes mercedes. Y guarde bien esta palabra: Sea fiel a Dios, y no le vuelva las espaldas: no crea consejos del demonio, ni de carne ni sangre. Ose fiarse, y ose ofrecerse por Dios a morir, primero que deje lo que ha comenzado, que presto verá cuán bien lo hace Dios con los que están firmes en la pelea por Él.

Y el Espíritu Santo guarde y conforte a vuestra merced.

56.—A UNAS MUJERES DEVOTAS

Que padecían trabajos: anímalas a llevarlos conociendo que son mercedes de Dios; y declárales su amor para con los hombres.

1. Vuestra carta recibí con tanto amor con cuanto me fué enviada; porque de verdad podéis creer que si nuestro Señor Jesucristo ha mandado y obrado en vuestros corazones que me améis por Él y en Él, lo mismo ha hecho en mí para con vosotras.

Y cuanto a lo que decís de vuestros trabajos, pláceme que los tengáis, y pésame que los sintáis; porque creed por muy cierto, que otro camino no hay para alcanzar los gozos del cielo, que pasar acá trabajos por Cristo; que si otro hubiera, nuestro Redentor y Maestro Jesucristo nos lo hubiera enseñado por palabra y por obra. Mas, pues su bendita boca llama *bienaventurados a los que lloran, a los que padecen hambre y sed, a los que padecen persecuciones* (*Mt.*, 5), y toda su vida no fué sino un continuo martirio, ¿qué duda nos queda a los que somos discípulos suyos, sino que firmemente creamos que éste es el camino de la salud? No dudéis, hermanas muy amadas, de seguir la luz, que es Cristo; que, sin falta, si vais por donde Él fué, iréis adonde Él fué; porque palabra suya tenemos, que *adonde Él estuviere, estará su sirviente* (*Jn.*, 12, 26). No miréis de quién o por quién vienen los trabajos, como hacen los que dicen: Si Dios me los enviase, sufriríalos; mas vienen de Fulano y Fulano, ¿por qué los he de sufrir? Estos, teniendo ojos no ven, porque los tienen puestos en tierra, y por eso se ciegan; mas si a Dios los alzasen, verían la luz de la doctrina de Dios, que nos enseña que por mano de los malos limpia Dios a los suyos, y por mano de esclavos enseña a sus hijos, y que todo lo ordena Él para provecho de quien le ama.

2. Nunca tengáis cuenta con muchos, que es cosa de grande trabajo; tenedla con Dios, y en sus benditas manos os arrojad; y venga el trabajo de donde viniere, recibidlo de su mano, y dadle gracias por los trabajos y por el descanso, que todo viene de una mano y de un amor, y el fin de todo es para nuestra santificación. Y si Dios os diese viva fiucia de que sois amadas de Él, y que todo lo que os viene os lo

envía Él por vuestro bien, y para en testimonio que os ama, no os hallarían esas tinieblas; antes, aunque muy incrédulas fuésedes, creeríades a amor probado con tantos testigos. ¡Oh fuego de amor perpetuo, y cuántos son tus testimonios del amor que nos tienes! Para esto criaste el cielo y la tierra, para esto nos sirven tus criaturas altas y bajas, para esto nos criaste y conservas después de criados, para que, pues es cierto que todo esto Tú nos lo das, y no por temor que nos tengas, ni por esperanza de lo que te hemos de pagar, veamos claro tu amor que está secreto, pues tantas señales públicas de él nos manifiestas. ¿Quién será aquél tan descreído que, no habiendo pasado ni un solo momento de todos los años que ha vivido, en el cual no haya recibido bienes de Dios, no crea de corazón que Dios le ama, pues otra cosa sino el amor no le compele a hacernos mercedes? Cobran fama los hombres de dadivosos por diez o doce mercedes que hacen, son creídos los hombres por dos o tres testigos que traen en prueba de lo que dicen; ¿y por qué, hermanas, no cobrará el Señor en nuestro corazón fama y crédito de amador, pues cuantas criaturas hay, y cuanto tenemos y somos, dicen a voces que nos quiere bien Dios?

3. Y porque no pusiesen los hombres tacha en estos testigos, por ser cosas bajas para dar testimonio de tan alta cosa como es el amor que nos tiene Dios, quiso Él, por su infinito y eterno e incomprensible amor, darnos por amor a su amado Hijo, para que teniendo una prenda y testigo de amor tan excelente como el mismo Dios, creyésemos esta verdad: que nos ama Dios.

¡Oh abismo de infinita bondad, del cual tal dádiva sale al mundo, que *así lo ames, que des a tu Unigénito Hijo, para que todo hombre que cree en Él y le ama, no perezca, mas tenga la vida eterna!* (*Jn.*, 3, 16.) Alábente los cielos con todo lo que en ellos está, y la tierra y la mar con todo su arreo, porque Tú, tan grande, has amado tan grandemente a los que eran dignos de desamor. ¿Y quién será aquel que dude en tu amor, viendo dar a tu Hijo? ¿Quién será aquel que no te ame, viéndose tan amado? ¿Quién será aquel que no esperará verte en el cielo, pues por nos fué visto Dios en la tierra, y tan abajado, que podamos bien creer que seremos ensalzados por Él? Porque más fué abajarse Dios a ser hombre, que los

hombres ser ensalzados a ser participantes de Dios. Gran cosa es los hombres ser hechos hijos de Dios; mas cosa mayor es Dios ser llamado y hecho hijo de Virgen. Gran cosa esperamos en ser compañeros de ángeles, mas mayor fué ser Dios acompañado de ladrones en el día de su Pasión. Y si os parece mucho unos tales como nosotros haber de ir delante el acatamiento de Dios a gozarnos con Él y para siempre, mayor cosa fué el Hijo de Dios estar colgado en la cruz ante tanto acatamiento de gente, y con tanto propósito de padecer por los hombres, que si conviniera al provecho de ellos estar en la cruz padeciendo hasta la fin del mundo, allí lo estuviera. Porque determinado tenía de rescatar a los hombres, costase lo que costase; mas porque bastó y sobró lo que dió, no pasó más. Aunque nosotros le debemos dar gracias por lo que pasó, y por el amor con que determinó de pasar por nos mil tanto, si menester nos fuera.

Considerad, pues, esta muerte tan penosa y tan larga en la intención de Cristo nuestro Señor, y veréis que no es mucho que den vida sin fin y con gozo a los hombres que tuvieren fe y amor a este Señor, pues Él por ellos ofreció una vida tan valerosa. Asentad, señoras, en vuestro corazón lo que dice San Pablo (*Rom.*, 8), y nunca de vuestra memoria se parta: *Que cuando Dios a su Hijo nos dió, todas las cosas nos dió con Él.* Claro es que quien dió el Hijo, dará la casa y la hacienda y todo lo demás; porque todo es menos que el Hijo, y tal Hijo.

4. Pues si todo esto habéis escuchado con aquellas orejas con que se oyen las cosas de Dios, yo sé que en todas las cosas que os acaecieren sintáis el vivo amor con que Dios os las envía, y os sean todas unas luces que os declaren la benevolencia y bienquerencia que Dios os tiene, y hallaros habéis tan cercadas de saetas de amor, que no podáis (si piedra no sois) dejar de amar a quien tanto os ama. No esperaréis horas ni lugares ni obras para recogeros a amar a Dios; mas todos los acaecimientos serán despertadores de amor. Todas las cosas que antes os distraían, ahora os recogerán (1); y las que derribaban vuestra confianza, ahora os la esforzarán. Porque, decidme, ¿quién no confiará de quien ve ser tan amado, que a

(1) *Recogerán;* la edición de 1578, *regirán.*

cada momento le hace mercedes? Bienaventurado aquel a quien Dios dió sentimiento de su bondad en todas las cosas, y que de todas usa en viva fe; y miserable de aquel que hace de las armas de la confianza instrumento para desconfiar, y se le tornan carbones apagados y apagadores los encendidos carbones que Dios le envía para le encender.

5. Mirad, hermanas, todo lo que os viniere con estos ojos, y daréis al Señor alegría; porque gran descanso es para un señor tener un criado que le entienda bien lo que dice. No seáis como los edificadores de Babilonia, que pidiéndoles instrumentos para edificar, derriban. No seáis maliciosas y sospechosas: que si os saludan, penséis que os maldicen. No seáis víboras, que la dulzura de las flores que la abeja torna en miel, torna ella en ponzoña. Sabed contratar con Dios, pues ya una vez os abrió los ojos. Y no le seáis tan desabridas, que lo que Él os envía para señal que os ama, lo toméis por señal que no os ama. Él lo envía para que más y más confiéis en Él; no lo toméis para entristeceros, y derribar vuestro corazón con desconfianza. Señales son de paz, no de guerra, si vosotras mismas no estáis al revés.

¡Maldito sea este parecer propio, que tanto trabajo da a quien lo tiene, y tanto desacato es contra Dios! Este es el que no os deja reposar, y el que mil cuentos de veces os turba y angustia, y os hace que no halléis anchura donde reposar; la cual veríades tan ancha y más ancha que lo es la anchura del cielo, si dejado vuestro corto parecer, os encomendásedes en la infinita bondad del Señor, de la cual veis que tantas veces ha con vosotros usado. Gran mal es, por cierto, no confiar que os ama, después de traídas, el que os trajo a Sí estando apartadas. Os amó estando afeadas por vuestros pecados, ¿cómo no os amará ahora que os ha limpiado y emblanquecido con su sangre hermosa? No seáis de tan poca fe para con quien es razón que tanta tengáis. Poco hacéis en fiaros de quien tantas prendas tenéis. Vivid en fe de quien nunca desamparó a los que con humilde corazón de Él se fiaron. Tened cuidado, no de regiros, mas de contentaros como Dios os rigiere. Vuestra voluntad es tuerta (2), y vuestro parecer ciego: no queráis tales guiadores. Guíeos aquella voluntad sumamente buena, y

(2) *Tuerta:* torcida.

que no puede querer sino lo bueno. Rijaos aquel saber que ni engaña ni es engañado. Echad vuestro cuidado en Aquel que tan bien cuida y vela sobre los que a Él se encomiendan. Arrimaos a Aquel que os miró antes que vosotras naciésedes: dad gracias a Aquel que os trajo al conocimiento de su santo nombre, y que os tiene aparejado un reino sin fin.

6. Y porque si esto creyésedes y sintiésedes, los trabajos os serían rosas, por eso dije que me pesa que lo sintais; y si lo sentís, no os derriben, mas sea vuestra fortaleza Aquel que por nosotros se hizo flaco.

No hay más papel, y por eso no escribo más. Esta hayan por suya todos los que vosotras mandáredes, y rogad por mí.

57.—A UN HOMBRE DEVOTO.

Persuadele a que se recoja del todo en Dios.

Pax Christi, quae exuperat omnem sensum (*Philip.*, 4, 7), *semper tecum*. Recibí vuestra carta, y ruego a nuestro Señor Jesucristo os dé a entender cómo, para quien a Dios sabe buscar y tener, más le impiden las criaturas que le aprovechan. ¡Oh si quisiésemos mortificar nuestras pasiones, y dar nuestros corazones libres a nuestro Señor, como barro en mano de ollero! ¡Oh si no huyésemos de su presencia, mas estuviésemos en silencio escuchando, como dice David (*Ps.*, 84, 9), *lo que el Señor Dios habla a su pueblo, y a los que se convierten al corazón!* Sin duda le *habla una paz* y sosiego, que harta a todo el hombre, y le hace decir (*Ps.*, 72, 28): *Buena cosa me es a mí llegarme al Señor, y poner en Él mi esperanza.* Recojamos, pues, nuestros derramamientos, y cerremos las puertas de nuestros sentidos, que son *ventanas por donde sube la muerte* (*Jerem.*, 9, 21), y esperemos a Dios apartados de todo solaz y memoria de las criaturas; que, sin duda, echada toda la gente de casa, hallaremos dentro al que en todas partes está, y nuestros alborotos que tenemos no nos lo dejan gustar, por ser Él quietísimo y amador de reposo.

Cosa es ésta para espantar, que nos manda Dios tener sosiego, y no queremos nosotros. Nuestra memoria está sosegada con la memoria de sólo Dios, cerrando la puerta a las criaturas, que son unas moscas

que quitan el dulce sueño. Nuestra voluntad está muy quieta, habiendo recogido todo su amor y puéstolo en Dios. De las otras partes del hombre no es de curar, porque son semejables a bestias, y no está en nuestras manos sosegarlas del todo; aunque muchas veces de la paz y gusto del ánima desciende a la parte sensitiva, como dulce maná que viene del cielo a la tierra, para que todo el hombre diga cantando (*Ps.*, 83, 3): *Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo.* Busquemos a Dios, y bástanos. Él nos enseñará, consolará y hartará, sin haber más menester; porque a ninguno va mal sino porque huye de Él.

Leed, orad y comulgad, y tened caridad, y será Dios con vos; y rogadle por mí, que así lo hago yo por vos.

58.—A UNOS SUS DEVOTOS

Afligidos por una persecución que se había levantado: animándolos al amor de la cruz de Cristo: de cuya imitación habla regaladamente. Consejos para el tiempo de la persecucion.

1. *Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, de manera que podamos nosotros consolar a los que en toda angustia están; y esto por la consolación con la cual Dios nos consuela. Porque así como las tribulaciones de Cristo abundan en nosotros, así por Cristo es abundante nuestra consolación* (2 *Cor.*, 1. 3-5). Palabras son éstas del Apóstol San Pablo. *Tres veces* fué *azotado con varas,* y *cinco con azotes,* y *una vez apedreado* hasta que fué dejado por muerto, y perseguido de todo linaje de hombres, y atormentado con todo género de trabajos y penas (2 *Cor.*, 11, 25), y esto no pocas veces; mas como él en otra parte dice (2 *Cor.*, 4, 11): *Nosotros siempre somos traídos a la muerte por amor de Jesucristo, porque la vida de Jesucristo sea manifiesta en vosotros.* Y con todas estas tribulaciones no sólo no murmura ni se queja de Dios, como los flacos suelen hacer; no se entristece, como los amadores de su honra o regalo; no importuna a Dios que se las quite. como los que no las conocen, y por eso no las quieren por compañeras; no las tiene por pequeña merced, como los que las desean

poco; mas toda la ignorancia y flaqueza dejada atrás, bendice en ellas y da gracias por ellas al Dador de ellas, como por una señalada merced, teniéndose por dichoso de padecer algo por la honra de Aquel que sufrió tantas deshonras por sacarnos de la deshonra en que estábamos sirviendo a la vileza de los pecados, y nos hermoseó y honró con su espíritu y adopción de hijos de Dios, y nos dió arras y prenda de gozar en el cielo de Él y por Él.

¡Oh hermanos míos muy mucho amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son disfavores, y cuán honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios, y cuán alta honra nos está guardada por el abatimiento presente, y cuán blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en la guerra por Él, que sin duda exceden sin comparación en placer a toda la hiel que los trabajos aquí pueden dar. Y si algún seso hay en nosotros, mucho deseo tendremos de estos abrazos; porque ¿quién no desea al que todo es amable y deseable, sino quien no sabe qué cosa es desear? Pues tened por cierto que si aquellas fiestas os agradan, y las deseáis ver y gozar, que no hay otro más seguro camino que el padecer. Esta es la *senda* por donde fué Cristo y todos los suyos, que Él llama *estrecha,* empero *lleva a la vida* (*Mt.*, 7, 14); y nos dejó esta enseñanza, que si queríamos ir donde está Él, que fuésemos por el camino por donde fué Él; porque no es razón que yendo el Hijo de Dios por camino de deshonras, vayan los hijos de los hombres por caminos de honras, pues que *no es mayor el discípulo que el maestro, ni el esclavo que el Señor* (*Lc.*, 6, 40). Ni plega a Dios que nuestra ánima en otra parte descanse, ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor. Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas.

2. ¡Oh Jesús *Nazareno,* que quiere decir *florido,* y cuán suave es el olor de ti, que despierta en nosotros deseos eternos, y nos hace olvidar los trabajos, mirando por quién se padecen, y con qué galardón se han de pagar! ¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y

sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar, y en ella te hallo, y hallándote me curas, y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud. Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú amándome, moriste de amor de mí. Mas, ¡ay de mí, y cuánta vergüenza cubre a mi faz, y cuánto dolor a mi corazón!; porque siendo de ti tan amado, lo cual muestran tus tantos tormentos, yo te amo tan poco como parece en los pocos míos. Bien sé que no todos merecen esta joya tuya, de ser herrados por tuyos con el hierro de la cruz; empero mira cuánta pena es desear y no alcanzar, pedir y no recibir, cuanto más pidiéndote, no descansos, mas trabajos por Ti.

Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo, y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no me vistes de pies a cabeza de tu librea? ¡Oh cuán mal parece nombre de siervo tuyo y andar desnudo de lo que tú tan siempre, y tan dentro de Ti, y tan abundantemente anduviste vestido! Dinos, ¡oh amado Jesús!, por tu dulce cruz, ¿hubo algún día que aquesta ropa te desnudases, tomando descanso? ¿O fuéte algún día esta túnica blanda, que tanto a raíz de tus carnes anduvo, hasta decir (*Mt.*, 26, 28): *Triste es mi ánima hasta la muerte?* ¡Oh, que no descansaste; porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga desde los pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en Ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí resplandeciente y precioso: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con uno muy cruel para Ti, y para nosotros dulce; y lo demás del cuerpo con tantos azotes, que no sea cosa ligera de los contar. Quien mirando a Ti, amare a sí y no a Ti, grande injuria te hace. Quien viéndote tal, huyere de lo que a Ti lo conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser a Ti semejable. Y quien tiene poco deseo de padecer por Ti, no conoce a Ti con perfecto amor; que quien con éste te conoce, de amor de Ti crucificado muere, y quiere más la deshonra por Ti, que la

honra, ni todo lo que el engañado y engañador mundo puede dar.

Callen, callen, en comparación de tu cruz, todo lo que en el mundo florece, y tan presto se seca; y hayan vergüenza los mundanos del mundo, habiendo Tú tan a tu costa combatido y vencido en tu cruz; y hayan vergüenza los que por tuyos son tenidos, en no alegrarse con lo contrario del mundo, pues Tú tan reprobado y desechado y contradicho fuiste de este ciego mundo, que ni ve ni puede ver la Verdad, que eres Tú. Más quiero tener a Ti, aunque *todo* lo otro me falte—que ni es *todo* ni *parte,* sino miseria y pura *nada*—, que estar yo de otro color que Tú, aunque todo el mundo sea mío. Porque tener todas las cosas que no eres Tú, más es trabajo y carga que verdadera riqueza; empero ser Tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza; porque Tú eres el bien verdadero.

3. Olvidado me había, amados hermanos, de lo que comenzado había a hablaros, rogándoos y amonestándoos de parte de Cristo que no os turbéis y no os maravilléis, como de cosa no usada o extraña de los siervos de Dios, con las persecuciones o sombra de ellas que nos han venido. Porque esto no ha sido sino una *prueba* o *examen de la lección* que cinco o seis años ha que leemos diciendo: «¡Padecer! ¡Padecer por amor de Cristo!» Veislo aquí a la puerta; no os pese, a semejanza de niños que no querrían dar lección de lo que han estudiado: mas *confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza* (*Efes.*, 6, 10), que *os ama* para querer defenderos; y aunque es uno, *puede* más que todos, pues que es omnipotente; pues por falta de *saber* no temáis, pues no hay cosa que ignore; pues mirad si es razón que se mueva quien con estos *tres nudos* estuviere atado con Dios. Ni os espanten las amenazas de quien os persigue, porque de mí os digo que no tengo en un cabello cuanto amenazan, porque no estoy sino en manos de Cristo.

Y tengo gran compasión de su ceguedad, porque el Evangelio de Cristo, que yo en ese pueblo he predicado, está cubierto a los ojos de ellos, como San Pablo dice (2 *Cor.*, 4, 3-4), *que el Dios de este siglo,* que es el demonio, *cegó las ánimas de los infieles para que no les luzca la gloria del Evangelio de Cristo.* Y deseo mucho, y lo pido a nuestro Señor, que haya misericordia de ellos, y les dé bendiciones en lugar de las

maldiciones, y gloria por la deshonra que me dan, o por mejor decir, dar quieren; porque en la verdad yo no pienso que otra honra hay en este mundo, sino ser deshonrado por Cristo. Haced, pues, así, amados míos, y sed discípulos de Aquel que *dió beso de paz,* y llamó *amigo* (*Mt.*, 26, 50) al que le había vendido a sus enemigos. Y en la cruz dijo (*Lc.*, 23, 34): *Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen.* Mirad en todos los prójimos cómo son de Dios, y cómo Dios quiere su salvación, y veréis que no queráis mal a quien Dios desea bien. Acordaos cuántas veces habéis oído de mi boca que hemos de amar a nuestros enemigos; y con sosiego de corazón, y sin decir mal de persona, pasad este tiempo, que presto traerá nuestro Señor otro.

Y estad sobre aviso, que no tornéis atrás ni en un solo punto, del bien que habíades comenzado, porque eso sería extremo mal; mas asentad en vuestro corazón que este a quien habéis seguido es el Señor de cielo y tierra, y de muerte y de vida, y que, en fin (aunque todo el mundo no quiera), ha de prevalecer su verdad; la cual trabajad por seguir; que siguiéndola, no sólo a hombres, mas ni a demonios, ni aun a ángeles, si contra nosotros fuesen, no los temáis.

4. Usad mucho el callar con la boca hablando con hombres, y hablad mucho en la oración en vuestro corazón con Dios, del cual nos ha de venir todo el bien; y quiere Él que venga por la oración, especialmente pensando la pasión de Jesucristo nuestro Señor. Y si algo padeciéredes de lenguas de malos (que otra cosa no hay que padezcáis), tomadlo en descuento de vuestras culpas, y por merced señalada de Cristo, que os quiere limpiar con lengua de malos, como con estropajo, para que ella quede sucia, pues habla cosas sucias, y vosotros limpios con el sufrir, y vuestro bien esté cierto en el otro mundo. Mas no quiero que os tengáis por mejores que los que veis ahora andar errados; porque no sabéis cuánto duraréis en el bien, ni ellos en el mal; mas *obrad vuestra salud en temor* (*Phil.*, 2, 12) y en humildad; y de tal manera esperad vuestro bien en el cielo, que no juzguéis que vuestro prójimo no irá allá; y así conoced las mercedes que Dios os ha hecho, como no despertéis las faltas de vuestros prójimos; porque ya sabéis lo que acaeció entre el fariseo y el publicano (*Lc.*, 18, 10), en lo cual debemos escarmentar.

No hay santidad segura sino en *el temor* santo de Dios, *en el cual envejeced,* como la sagrada Escritura dice (*Eccli.*, 2, 6), para dar a entender que no sólo conviene a los principios, mas aun al fin, temer a nuestro Señor Dios. Este temor no da fatiga; mas en gran manera es sabroso, y quita toda liviandad del corazón, y hace al hombre que aun lo que bien hace no ose aprobarlo por bueno, mas deja a Dios el juicio de sí y de todos, como San Pablo decía (1 *Cor.*, 4, 3): *Yo no me juzgo a mi; mas quien me juzga el Señor es.* Este temed si queréis perseverar en el bien, y que vuestro edificio no se caiga, mas crezca firme hasta llegar al Altísimo Dios; lo cual se hace por el amor: el cual plega a Jesucristo nuestro Señor de os dar. Amén.

Rogad a Dios por mí muy de corazón, como creo que lo hacéis; que yo espero en Él que os oirá, y me os dará para que os sirva como de antes.

59.—A UN SU DEVOTO.

Cuán flaca cosa sea un hombre sin Dios, y cuán fuerte cuando Dios lo guarda en lo escondido de su rostro.

La paz de nuestro Señor sea siempre con vos.

1. Es tanta nuestra flaqueza, y tan astutos y fuertes los que nos guerrean, que no es de maravillar si alguna vez somos vencidos. mas si alguna vez vencemos; y a la verdad, nunca vencemos, mas *vence* en nosotros Cristo, que es fuerte *León de Judá* (*Apoc.*, 5, 5); el cual si nos dejase, luego *seríamos sorbidos de nuestros enemigos,* como dice *David* (*Ps.* 123, 3); mas no nos deja porque nos ama, y mayormente a los que tienen su esperanza en Él, según dice David (*Ps.* 17, 31): *Defendedor es de todos los que esperan en Él.* Y si alguna vez se nos esconde, no por eso se nos va; mas antes está *mirando por los agujeros* (*Cant.*, 2, 9), como esposo celoso, qué hace la tal ánima en ausencia de sus abrazos. Y especialmente mira si perdemos la fiucia; la cual quiere que esté tan arraigada en nosotros, que ningunos vientos de tentaciones la arranquen, mas antes la afirmen, creyendo que cuanto más tentados, tanto más amados, y cuanto más perseguidos de nuestros enemigos, tanto más mirados de Dios, cuyo cuidado y vigilancia es mayor sin comparación

para defendernos, que la astucia de nuestros enemigos para engañarnos.

2. Y la causa es porque más nos ama Él que el demonio nos aborrece; y más fuerte es que nuestra carne es flaca; y tiene un escondrijo bienaventurado, adonde, como en puerto seguro, y como en seno de madre, acoge a los que, fatigados de las tormentas de tentaciones por él, acorren a Él. De aquéste dice David (*Ps.* 30, 21): *Esconderlos ha en el escondrijo de su faz.* ¿Paréceos, amado hermano, que estaréis bien escondido y seguro y alegre en la faz de Dios?

Mas diréis: ¿Por qué la llama *escondrijo?* Por cierto con mucha razón; porque así como la faz divina no es escondrijo, sino cosa luciente, según la divinidad, así la faz de Cristo Dios y Hombre se llama *escondrijo* según la humanidad; y esto, no cuando en el monte Tabor *resplandeció su faz como el sol, y sus vestiduras como luz* (*Mt.*, 27, 2); mas cuando se desfiguró en el monte Calvario, y parecieron sus vestiduras y carne bermejas con la sangre que de Él salía en precio de nuestro rescate. Si bien miráredes su faz, amarilla con el largo ayuno, y bermeja con las bofetadas y los cardenales de los dedos en ella, y llena de lágrimas que de los ojos salían, y de sangre de la corona de espinas, verdaderamente diréis que estaba *escondido aquel rostro,* del cual dice David (*Ps.* 44, 3): *Hermoso más que los hijos de los hombres. Derramada es gracia en tus labios, por tanto te bendijo el Señor para siempre.* Por cierto, *escondido* es el más hermoso de los hombres, y más atormentado que los hombres, y tan desfigurado, que dice Isaías (53, 2-4): *No tiene hermosura ni lindeza, y vímosle, y no tenía figura*; y después dice: *Y su rostro estaba casi escondido, y despreciado, y por eso no le estimamos. Verdaderamente Él sufrió nuestras enfermedades, y nuestros dolores Él los sufrió; y nosotros tuvímosle por leproso, herido del Señor y abajado.*

3. Hermano, pues *en esta faz,* al parecer afeada, mas muy hermosa a los que la miran con ojos de fe y amor, considerando el amor que lo paró feo por hermosear a los feos, allí *esconde Dios* a los que trabajan por no apartarse de Él, y dales luz como le puedan ver en la faz, y reciban de ella tanta fortaleza y consuelo, que sientan que dijo verdad el que dijo (*Ps.* 79, 4): *Enséñanos tu faz y seremos salvos.* Esta *faz* es mirada del Eterno Padre, y de la vista resultan a nos rayos de su luz y bondad; porque por ésta

nos vienen todos los bienes que Dios nos envía. Y conociendo esto David, suplicaba a Dios diciendo (*Ps.* 83, 10): *Mira en la faz de tu Cristo;* porque mirando en ella quitará el enojo que de las nuestras desvergonzadas recibe, y nos dará hermosura para ellas. Y porque esta *faz* estuviese siempre delante del Padre, dice San Pablo (*Hebr.*, 9, 24): *Que entró Jesucristo en el cielo para aparecer a la faz de Dios por nosotros.*

4. Y pues en este espejo mira el Padre Eterno para venir a nosotros, en éste miremos para no nos apartar de Él. Otro remedio, hermano, no hay para nuestra flaqueza sino la flaqueza de Jesucristo nuestro Señor, de la cual dice San Pablo (2 *Cor.*, 13, 4), *que murió por la flaqueza, mas vive por la virtud de Dios.* Considerad cuánto pasó porque nuestras ánimas tuviesen con qué amar sus flaquezas, y porque no se diesen a los ajenos, siendo tan penosa y preciosamente compradas de su propio Señor; y cuán mal seso es apartarnos del gozo que alegra a los ángeles, por el gozo del cual gozan las bestias; y cuán mal mirado es trocar la miel por la hiel, y a Dios por la criatura. ¡Pobres de nosotros!, ¿y dónde iremos, o qué buscaremos fuera de Cristo? ¿Podremos quizá hallar otro tal Señor, otro tan dulce compañero y amigo para trabajos y placeres? ¿Dónde otro que tal sea, tan manso para perdonar, tan hermoso para mirar, tan sabio para aconsejar, tan bueno para amar? ¿Adónde otro que muera por mí con tantos dolores y amores, y que esté ahora de voluntad de tornar a morir, si yo hubiere menester otra muerte? ¡Oh cuán gran verdad dijo San Pedro! (*Jn.* 6, 69): *¡Adónde iremos, Señor, que palabras de vida eterna tienes!*

Hermano, bien estamos por Cristo adonde Él por su misericordia nos puso. No queramos probar a qué sabe estar sin Cristo, que es cosa muy amarga, y se paga con más que setenas. Miremos a sus trabajos que por nosotros sufrió, y con ellos consolemos los nuestros, y por ellos le pidamos gracia y favor, y sernos ha dada, con la cual venceremos mundo, carne y demonio, y nosotros viviremos en Dios, pues Él murió por matar nuestra muerte y darnos su vida.

60.—A UNA PERSONA AFLIGIDA.

Provecho que habemos de sacar de las aflicciones.

Aunque las nuevas no sean alegres, huelgo de las saber, para que sean espuela a mi tibieza, para llamar al remediador con mayor ahinco; y por esto no se deben dejar de escribir, y quizá hubiera aprovechado haberse escrito antes, cuando he tenido más salud para escribir y orar.

Creo que es tanta nuestra locura, que ha menester curas contrarias a nuestra estima; pues a uno a quien Dios llamó e hizo *vaso de escogimiento* (*Act*, 9, 15), le fué necesario que *le fuese dado un ángel de Satanás que lo afrentase y diese de pescozadas* (2 *Cor.*, 12, 7), enseñándole cuán afrentosa cosa era de sí mismo, y cuánta necesidad tenía de la mano de Dios. Y pues esta medicina fué necesaria para aquel tan excelente vaso, ¿qué nos maravillamos que, los que somos menores en santidad y mayores en locura, pasemos por esta ley, pues la necesidad es mayor?

En la Escritura está (*Mich.*, 4, 10): *Saldrás de la ciudad, y vendrás hasta Babilonia, y allí te librará el Señor de manos de tus enemigos*. Porque muchas veces permite Él que salgamos de nuestra secreta y pacífica morada, y vengamos a tal *confusión*—que eso quiere decir *Babilonia*—que ni nos entendamos ni podamos remediarnos, puestos en cosas tan diferentes de las que, cuando estábamos en la ciudad, teníamos, que nos espantemos y digamos: «¿Soy yo el que deseaba servir al Señor, y el que le amaba?» Somos allí afrentados, viendo la vanidad y la maldad tan señora de nosotros, para que así desagradados de nosotros, llamemos a Dios, y le confesemos ser Él nuestra salud, y entendamos estar nuestro bien en sus manos, y nuestro mal en dejarnos en las nuestras; y así andemos temblando delante de Él con un santo recelo, temiendo no nos deje, y nos hagamos pedazos. Y así andamos más seguros que con una liviana alegría, que parece espiritual, compañera de una falsa libertad, que no tome peligro ni ocasión de mal, lo cual es muy grande engaño, y que se suele muy bien pagar; y aprendemos que no hay en esta vida seguridad, sino pelea, y deseamos estar ya en la tierra de la paz. Esto es lo que nuestro Señor pretende en dejarnos *abofetear del mal ángel*; y por esto debemos

mucho mirar que le respondamos con un santo recelo y temor de la caída, y conocimiento de nuestra flaqueza, y confianza amorosa en aquellas manos, en las cuales estamos *como barro en manos del ollero* (*Jer.*, 18, 6), confiando que Él mirará a sus obras que en nosotros obra, y porque éstas no sean destruídas llevará adelante el negocio comenzado por honra de su nombre.

Lo que hacer debemos es huir con toda posibilidad de las ocasiones, pues que quien esto no hace merece ser dejado caer en ellas, y velar sobre nuestro mal corazón, para que ninguna cosa more en él sino quien lo crió, y murió para con su sangre comprarlo por morada, porque siquiera ninguno se lo pueda llevar por vía de mayor precio. Y pues ninguno en amarnos se le iguala, a ninguno tanto debemos, ninguno así nos merece, y ninguno puede ser descanso de nuestro corazón sino Él, ¿qué locura es, pudiendo plantar en mi huerto un árbol que me sea árbol de vida, dejarlo, y plantar otro que desde chico me hace enfermar, y si crece me causa la muerte? Bien está Dios en nuestro corazón, y bien está nuestro corazón en Él, pues verdaderamente *son para en uno*, lo cual no tiene con otra cosa sino con Dios.

Humillemos a Dios nuestra cerviz, y orémosle con instancia, y siempre; y *velemos sobre nuestro* corazón, no se nos vaya de él *nuestra vida* (*Prov.*, 4, 23). Y el Señor es tal, que librará sus ovejas, y sacará bien de sus caídas para gloria suya, pues por ella hace lo que hace.

61.—A UNA SEÑORA

En tiempo de Navidad. Que Dios, porque es bueno, ama al hombre.

1. El Niño nacido por nuestro bien dé a vuestra merced parte de los bienes que trae, pues tomó Él los males que nosotros teníamos. Él le dé fuego vivo de su amor, en que a vivas llamas arda; pues por encender éste en nosotros, viene tan pobre y arrecido de frío. Mientras este Niño más padece, más nos roba el corazón para le amar; y mientras más le amamos, más deseamos padecer por Él. Porque el amor huye del descanso como de una cosa contraria a su intento; y buscando los otros libertad y placer, el que ama aborrece esto, y desea ser siempre esclavo,

y trabajar por quien ama. Señora, ¿quién constriñó a Dios a hacerse hombre? No otro sino el amor. ¿Quién le constriñó que, ya que era hombre, fuese nacido en tiempo tan recio, en lugar extranjero, en casa de establo, en tanta pobreza y bajeza, que se ha de haber de Él compasión? Cierto, otro no lo hizo, que el amor que desde el cielo le trajo preso al vientre virginal de nuestra Señora; y del vientre le llevó al duro pesebre, y de allí a otros trabajos, y después a la cruz, adonde amándonos verdaderamente, nos hizo que de verdad le amemos, según Él mismo lo dijo antes (*Jn.*, 3): *Si me ensalzáredes de la tierra, todas las cosas traeré a Mí. Ensalzar de la tierra* quiere decir morir en cruz, como murió; y entonces *trajo todas las cosas a sí,* mediante el grande amor que encendió en los corazones. Porque mirando a este verdadero Amador, unos han olvidado sus tierras, viviendo en peregrinaje; otros dejado sus haciendas, viviendo en pobreza; otros se han ofrecido a trabajos y muerte, deseando más padecer por Cristo que holgar sin Él.

2. Y sea su clemencia por siempre bendita, que entre los que por este noble amor del Crucificado han olvidado sus cosas, y a sí con ellas, es una vuestra merced; no de ella, mas de Aquel que en ella obra para gloria de Él; y así no lo dejará en las flacas manos de ella sola, pues Él, y no ella de sí, lo comenzó. Alégrase, señora, en Dios su alegría, pues es cobijada con manto tan fuerte y tan blando; fuerte para la defender de sus enemigos y de sí propia, que es el mayor enemigo, y blando para la consolar entre sus trabajos, y para sentirlos como si de Él fuesen, y para darle parte de su Corazón, muy herido de amor por ella. ¿Cómo el Señor pudiera haberla esperado, traído, guardado y sustentado, si muy de verdad no la hubiera amado? ¿Cómo no le provocaran a ira las faltas de ella, si no hubiera en Él tanto amor, que cerrara los ojos a ellas, y los abrió a lo que le cumple?

3. Y diráme: ¿De dónde a mí tanto bien, que el Rey eterno me ame, y por eso me sufra, y me dé bienes en lugar de males?

Respondo, señora, que me diga ella, ¿por qué el fuego quema, y el sol alumbra, y el agua refresca, y cada cosa hace según su naturaleza? Y si dice que porque el fuego es fuego por eso quema, así le digo que, porque Dios es Dios, por eso nos ama, libremente, y hace misericordias a quien no las merece. No tiene

nada, no, nuestra soberbia de que gloriarse; mas la vergüenza y deshonra es nuestra, y la honra es de Él. De los bienes nosotros gozamos; mas la gloria, suya es. Que así lo cantaron los ángeles, nacido el Niño (*Lc.*, 2): *¡Gloria sea a Dios en los cielos, y paz a los hombres de buena voluntad!* Gloria demos, señora, al Señor de todos por las misericordias que de su mano hemos recibido. Gloria sea a Él, porque con tanto poder nos libró de las manos de aquellos, a los cuales nosotros, con miserable consejo, nos habíamos entregado. Gloria sea al que, siendo tan desgraciados, nos trajo a su gracia, y nos sustenta, y *corona con misericordia y misericordias* (*Ps.*, 102, 4), y nos da a entender que acabará lo que ha comenzado. Porque de aquel suele ser el cuidado y carga de un negocio, de quien ha de ser la honra; y quien lleva la honra ha de tener el cuidado. Y pues aqueste bendito Señor quiere ser en nosotros glorificado, y llevarse la honra de nuestra victoria, Él quiere tomar el cuidado de nuestra pelea, y Él hará que caminemos a Él por Él, y nos atará con nudo de amor tan fuerte, que ni muerte ni vida de Él no nos apartará. Él hará que le miremos con ojos abiertos, y que a todas las cosas los tengamos cerrados; y tanto se nos imprimirá en el corazón, que por su amor y memoria, olvidemos todas las cosas, y a nosotros también. Esto hará el que es piadoso y *poderoso, y es santo su nombre* (*Lc.*, 1, 49); y el que más nos ama, que nosotros sabemos decir ni pensar; porque sus obras son sobre todo sentido. A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

4. A lo que me pregunta de mi salud, mal me va, pues soy flaco; que si no lo fuese, no me quitaría tan presto Dios los dolores como me los quita.

Y a lo demás, respondo que el fuego grande, mientras más encerrado y callado, más arde. Cristo la haga discípula verdadera y fiel del enseñamiento de su amor, para que en algo sepa responder a su inefable y divino amor, como yo se lo suplico.

62.—A una señora

Que deseaba servir a Dios, y no se atrevía a lo comenzar. Anímala a que comience, fiada de Dios, que le puso el deseo. Enséñala cómo ha de amar a quien la agravió. Remedio para escrúpulos y vanagloria.

1. De vuestros santos deseos de agradar al Señor huelgo mucho, y de vuestra pusilanimidad en ponerlos por obra tengo pena; porque tengo por mal caso osar quedarse uno en la vanidad de su vida, y no osar comenzar partido nuevo por Dios, confiando del mismo Dios. Hermana, ¿y *quién hubo* desde que hubo hombres, *que esperase en Dios, y tuviese cuenta con sus mandamientos, y fuese de Él desamparado? ¿Quién le llamó* con entero y perseverante corazón *que de Él no fuese oído?* (*Eccli.*, 2, 11 y 12). Él nos anda buscando e incitando a que le sirvamos: ¿cómo es posible, pues Él es bueno y verdadero, que no salga al encuentro, y nos eche sus brazos encima, y nos favorezca cuando vamos a Él? Sí hará, cierto, sí hará, y muy más cumplidamente que nosotros podemos entender, según dice San Pablo (*Hebr.*, 9).

2. Comenzad, sierva de Dios, y comenzad arrimada a Dios, fiada de Dios, confiando que quien el deseo os dió, os dará el obrar y el acabar, pues no despierta al dormido sino para hacerle muchas mercedes después de recordado. Comenzad con denuedo, con diligencia y fervor; porque no hay peor cosa que principiante flojo, y que tiene mucha cuenta con su cuerpo de regalarlo, y con el mundo de contentarlo. Cerrad los ojos a las alabanzas humanas, y a los vituperios también, que presto veréis tornado polvo y ceniza al que alaba y al alabado, y al que deshonra y al deshonrado, y seremos todos presentados delante el juicio de nuestro Señor, donde tapará su boca la maldad, y será la virtud muy honrada. Entretanto asíos de la cruz, y seguid al que en ella fué deshonrado y perdió la vida por vos; y escondeos en aquellas llagas, para que cuando venga el Señor por vos, os halle dentro de Él, y os hermosee con sus dones, y os dé a Sí mismo, en pago que dejasteis todas las cosas por Él, y a vos con ellas. Mas ¡oh cuán poco deja quien todo lo deja, pues no deja sino lo que presto ha de dejar, quiera o no quiera! Y aun el gozar de ello es una grave miseria, pues todo lo que Dios no es, es

grave carga y dolor para el ánima. Abástaos Dios, abridle las entrañas y gozad de Él, que blando lo hallaréis y lleno de amor, mucho más de lo que pensar podéis.

3. Algunas veces me paro yo a pensar cómo una persona quiere o puede querer mal a otra, estando en medio de entrambas Jesucristo nuestro Señor, cómo puede tener desabrimiento con el cuerpo, quien tiene, o debe tener, amor con la cabeza. ¿No sabéis, hermana, que cuando el Señor resucitó y apareció a sus discípulos *se puso en medio de ellos* (*Lc.*, 24), y no a la cabecera ni en otra parte? Y esto ¿para qué, sino para que entendiésemos que está en medio de nosotros, y que no podemos querer ni hacer mal a nadie, sin que primero lo hagamos a Él? Quien al prójimo quiere mal, a Cristo, que es su cabeza, quiere mal; y quien a Cristo quiera mal, mejor le fuera no haber nacido, pues no sabe conocer aquello para que fué criado, que es para amar a este Señor. Pensad, hermana, que vuestros prójimos son cosa que a Jesucristo toca, que son imágenes suyas, que son cosa por la cual dió su sangre; y decid: «¿Cómo querré yo mal a quien mi Señor quiere bien? ¿Cómo desearé muerte a quien Él quiere dar la vida? Murió mi Señor por estas personas, y tornaría otra vez a morir por ellas si menester fuese; ¿y dejaré yo de amar a quien Él tanto ama? ¿Qué se me da a mí que me hagan malas obras, pues no las amo yo por quien ellas son, ni por lo que a mí hacen? Por Cristo las quiero: ¿qué parte son sus obras para quitarme el amor que por Cristo les tengo? Plega a Dios que sean muy grandes delante su acatamiento, y que gocen ellas de Él, y Él de ellas, para que haya más templos donde mi Señor more, más ánimas que le alaben y sirvan, más corazones que le amen, pues Él lo merece.» Y cada vez que las viéredes, decid: «¡Señor!, gozad Vos de estas ánimas, y no sean de otro sino vuestras. ¡Señor!, gocen ellas de Vos, pues Vos queréis daros a todos. ¡Señor!, vuestras imágenes son; estén tales, que representen a Vos; y a ellas y a mí y a todos dadnos perdón, gracia y gloria.» Y si la carne no quisiere decir esto, dígalo el espíritu, y alzad el corazón al Señor pidiéndole socorro, y diciendo: «¡Señor!, por tu amor, y no por ellas.» Poco a poco os hallaréis en paz; y si guerra hubiere, no seáis en ella vencida, ni digáis ni hagáis cosa que no sea buena para con ellas, ni consintáis cosa en vuestro corazón que sea perjuicio contra ellas.

4. Los escrúpulos de las confesiones son tentaciones del demonio para atormentaros, y quitaros la dulcedumbre del corazón, y dejaros sin gusto de las cosas de Dios. Porque el corazón escrupuloso no está bueno para amar ni para confiar, ni le parece bien el camino de Dios; y luego se va a buscar otros caminos donde más se deleite, por no hallar en el de Dios lo que le contentaba; y tiene la culpa el escrupuloso que levanta tranquillas donde hay paz, y no el camino de Dios, que es muy suave y muy llano. Haced burla de ellos, y sujetaos a lo que os dicen vuestros confesores, y no os dejéis llevar del escrúpulo ni de vuestro parecer, sino decid: «Mi Señor Dios no es escrupuloso: yo hago lo que me mandan de su parte; no tengo más que dar cuenta.» Daos, hermana, priesa a amar, y quitárseos han los escrúpulos, que nacen del corazón temeroso, y *el amor perfecto echa fuera el temor* (1 *Jn.*, 4, 18). Orad al Señor, y decidle: *Deus meus, illumina tenebras meas!* (*Ps.* 17). Y confiad de su misericordia, que sirviéndole vos, Él la hará con vos, y os dará a entender cada día qué os falta, para que lo remediéis.

5. También os reíd de la vanagloria, y decidle: «Ni por ti lo hago, ni dejaré de hacer. Señor, a ti ofrezco cuanto hiciere, dijere y pensare.» Y cuando venga la vanagloria, decidle: «Tarde venís, que y está dado a Dios.» Buen consejo es que los principiantes no hagan cosas que parezcan de mucha santidad; porque como son ternecitos, y su negocio todo está en flor, suele el viento hacerles daño; y esles mejor esconder sus bienes, que no demostrarlos. Y así lo haced en cuanto fuere posible, y lo que no, hacedlo sin miedo, y alzad luego el corazón al Señor, y decid: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* O decid: *Gloria Patri, et Filio*, etc.

Y por conclusión os encomiendo que echéis de vuestro corazón todo aquello que Dios no es, y améis en este mundo el lloro, soledad y humildad y trabajo: y (*Ps.* 24, 15) *vuestros ojos siempre al Señor, porque librará vuestros pies de los lazos.* Poned en obra la Ley de Dios, y veréis cómo os allana el camino y os pone vuestros enemigos debajo de los pies, y entenderéis obrando lo que no podéis hablando ni oyendo; porque en este camino aprenden poco los flojos y habladores, y mucho los diligentes obradores. Jesucristo va delante de vos; seguidle con vuestra cruz, y con Él os veréis en el cielo.

63.—A UN SU DEVOTO

Que le pidió cómo sería bueno. Enséñale que reforme sus obras exteriores, pida con humildad corazón nuevo, ame al prójimo y se disponga a padecer trabajos.

1. Recibí vuestra carta, y dígoos verdad, que si no fuese porque yo tan pocas veces os escribo por mis ocupaciones, yo os rogaría muy mucho que muy a menudo me escribiésedes, porque recibo mucho gozo en saber de vos y de vuestra casa. Mas, pues tanto yo os debo en otras cosas, no dejéis de echarme también en esto cargo (1), que todo lo pagará nuestro Señor. Huelgo que me pedís que os escriba con que seáis bueno, porque mucho tiene andado del camino el que lleva buena gana de lo andar. Mas mirad no sea como a muchos acaece, que el saber la voluntad de Dios no les sirve de ponerla en obra, mas de obligarlos a mayor pena; porque, según dice el Señor (*Lc.*, 12, 47): *El siervo que supiere la voluntad de su señor y no la hace, será azotado con muchos azotes*. Por eso no se obliga a poco quien pide ser enseñado en el camino de Dios, y creo yo que la intención con que vos lo pedís no es otra, sino para poner en obra lo que se os dijere, y por eso es mucha razón que se os diga.

2. Hermano, las buenas obras son en dos maneras: unas son exteriores, así como rezar, ayunar, dar limosna, no jurar, no mentir, no murmurar, no hacer mal al prójimo, no le enojar y otras semejantes obras. Otras hay que están en lo dentro de nosotros, que son un corazón encendido en amor de Dios y del prójimo, un profundo sentimiento de nuestra indignidad, un entrañable agradecimiento a las mercedes de Dios, una reverencia que a la divina Majestad tenemos, que nos tornamos delante de su grandeza como si fuésemos nada, con otros muchos sentimientos interiores que decir no se pueden. Las primeras buenas obras de fuera son más ligeras de hacer, y es muy de culpar el hombre que en ellas es flojo; porque el que en lo menos es perezoso, ¿cómo será cuidadoso en lo más? No tiene razón para quejarse que no le da Dios cosas ma-

---

(1) Así la edición de 1578; tal vez: *esto en cargo*.

yores quien no es para refrenar su lengua, y tener a raya su cuerpo, y ejercitarlo en buenas obras.

3. El templo de Dios tenía un portal, en el cual entraban los legos, y otro más interior donde no entraban sino los sacerdotes. Y así el oír Misa y honrar a los mayores, no hacer mal ni decir mal, con otras semejantes obras, comunes son a los cristianos que son amigos de Dios, y a los que no lo son. Mas el corazón lleno de fe y de caridad, éste es el propio don de los amigos de Dios, y que distinguen entre los hijos de perdición y de salvación. Y así como por el primer portal entran al segundo, así por estas buenas obras primeras van a este santo corazón; no porque estas obras engendren a este corazón, que sola la gracia de Dios lo da, mas porque a los que hacen, según su propia flaqueza, lo que en sí es, corresponde nuestro Señor conforme a su grande misericordia. El corazón nuevo, así como es la cosa que más nos cumple tener, así es la cosa que menos nos cumple pensar que la podemos tener de nosotros. No es fiel quien no cree que Dios le dió *el* ser que tiene; ni tampoco lo es quien piensa que otro que Dios le puede dar *el ser bueno* pues que es mejor el buen ser que el solo ser. Y los que piensan que por su saber o poder han de alcanzar este don, a cabo de muchos trabajos pasados, y muchos caminos andados y probados, hállanse estar más lejos cuanto más cerca pensaban estar

4. Por abatirnos y despreciarnos alcanzaremos lo que deseamos, más que por otra porfía soberbia. Dios es *muy alto; mas a las cosas bajas miran sus ojos en el cielo y en la tierra* (*Ps.*, 112, 6). Y en balde trabajó por le agradar quien por otra parte que por abajarse lo procura. Ya vino el Hijo de Dios a la tierra, y nos enseñó en su vida y palabras el camino para ir al cielo, y este camino es humildad, según Él lo dijo (*Lc.*, 14, 11): *El que se abajare será ensalzado.* Hermano, pues si queréis que Dios os dé corazón nuevo, enmendad primero vuestras obras, y después sentid vuestras faltas, reprended vuestras culpas, no alivianéis vuestras tachas, juzgaos en verdad, y no os ciegue vuestro amor; y sintiéndolas, no las olvidéis, mas ponedlas delante los ojos, y presentaos a Jesucristo, Salvador y Médico nuestro, y lloraos delante de Él; que sin falta Él os acallará. No hay armas tan fuertes como lágrimas de niño para su padre; ni hay cosa que así nos haga victoriosos delante de Dios como llorarnos delante de Él y quejarnos de nosotros a Él; no para que haga

justicia, mas misericordia. Llamad, que no lo habéis con sordo; presentadle todas las llagas que en vuestra alma sintiéredes, que no lo habéis con ciego; contadle vuestras miserias, que piadoso es para os remediar; confesad y comulgad, y llegándoos al Señor, sentiréis derretirse vuestra ánima de suave dulzor, y diréis: *¡Cuán grande es la grandeza de tu dulcedumbre, Señor, que escondiste a los que te temen!* (*Ps.*, 30, 20.)

5. Mas mirad que, cual sintiéredes ser el Señor con vos, así tened cuidado de ser vos con vuestros prójimos; que de otra manera hallaréis a Dios desabrido, si el prójimo os halla así a vos. Ya sabéis su firme sentencia, que *con la medida que midiéredes, os ha Él de medir* (*Mt.*, 7, 2). Pues no seáis vos corto, porque Dios no lo sea con vos. Por una cosa que vos perdonáis, seréis de Él perdonado en muchas. Por poco que vos sufrís, os sufre Él muchas cosas. Dais poco, recibís mucho; por tanto, esforzaos de guardar con mucho cuidado la ley de la caridad, que en ella está vuestra vida.

Veis aquí, hermano, cómo habéis de vivir, en breves palabras dicho. Tened cuidado de enmendar vuestras palabras y obras; y usad la oración, pidiendo a Cristo corazón nuevo y derecho, y no haciendo contra vuestros prójimos cosa que les sea cargosa, antes todo el buen tratamiento de palabra y obra que vos pudiéredes. Y así haréis lo que debéis para con vos, y para con Dios y para con el prójimo.

6. *Haced esto, y viviréis* (*Lc.*, 10, 28), con que sepáis que si habéis de ser amigo de Dios, que os aparejéis a sufrir trabajos; que si esto no hay, ¿qué es el bien que uno tiene, sino ciudad sin muros, que al primer combate es vencida? La paciencia es el escudo de las otras virtudes; y ella faltando, en un rato perdemos trabajos de muchos días. Y por eso nos amonesta nuestro Maestro y Redentor (*Lc.*, 21, 19): *En vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas;* que ésta faltando, no somos nuestros; porque así roba el juicio la ira, como el beber vino. Haced el corazón fuerte para sufrir trabajos; que sin pelear no podéis gozar de victoria; *y no se dará la corona sino a quien venciere.* No os parezcan grandes vuestros trabajos, que para lo que merecemos, y para lo que Jesucristo nuestro Señor pasó, y para el galardón que por ellos nos será dado, muy chicos son. Acordaos que presto saldremos de este mundo, y todo lo pasado nos parecerá una breve sombra, y estimaremos por mejor el trabajo que el descan-

so. Sabed vos aprovecharos de las penas, que gran tesoro traen al ánima. Apúranla (2) de los pecados pasados; porque *lo que es el fuego para el oro, es la tribulación para el justo* (*Sap.*, 3, 6), porque le dará muy apurado; mas los malos quedan más sucios, porque en lugar de ser agradecidos a Dios, quéjanse de Él; y en lugar de ser mejores con el azote, hacen pecados con los trabajos, y pierden lo que pudieran ganar, y ganan el infierno con mucho trabajo. Vos, hermano, no así; mas estad más fuerte mientras más probado.

7. En las tribulaciones prueba Dios a los suyos: y quien no es probado, no será coronado; porque según dice Santiago (1, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios a los que le aman* ¡Oh si entrase en nuestro corazón el valor de esta corona, y cuán de buena gana seríamos atribulados ahora! ¡Oh si pensásemos de corazón cuán alegres están ahora, y estarán para siempre, los que un poco lloraron acá! Hasta la tierra nos abatiríamos, con deseo de ser en el cielo ensalzados, y los placeres de acá desecharíamos, aunque nos los diesen, porque con la esperanza de aquéllos perderíamos éstos. Presto se descubrirá la vanidad de este mundo, y aparecerá el reino de Dios. Vivid ahora como extranjero; y teniendo acá vuestro cuerpo, tened vuestro corazón allá, para que cuando el Señor os llamare, no os halle durmiendo, mas aparejado para ir con Él, y para oír aquella dulce voz: *Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor* (*Mt.*, 25, 21).

64.—A UNOS AMIGOS

Que tenía en la ciudad de Ecija y habían comenzado a servir a Dios. Exhórtalos a pelear valerosamente contra mundo, demonio y carne, y a abrasarse en el amor de Dios (1).

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros. Amén.

1. Después que de vuestra presencia me partí, siempre os he tenido en mi memoria presentes; porque el

(2) *Apúranla:* purifícanla.

(1) Muchas variantes hay entre las dos ediciones de 1578 y 1595.

amor que os tengo no me consiente otra cosa. Amaos para Dios, pues que ya una vez os disteis a Él, y yo fuí testigo de ello; y por tanto, querría que no os arrepintiésedes de haberos ofrecido a Dios, pues Él se ofreció a la muerte por vos. Combates tendréis, y no pequeños, porque nuestros enemigos son muchos y muy crueles; por tanto, no os descuidéis; si no, luego sois perdidos. Si los que velan, aun tienen trabajo en guardarse, ¿qué pensáis será de los descuidados, sino ser todos vencidos? Acordaos que el placer que el pecado nos ofrece es poco y sucio y breve, y el dolor que después queda, muy grande, y la pérdida que nos viene, muy mayor. ¿Qué dolor, por grande que sea, puede ser igual con la pérdida que es perder a Dios? ¡Oh cosa para temblar en sólo oírla! Que si amamos al pecado, no tendremos parte en Dios. Quien a esto no despierta, muerto está, no durmiendo.

2. Miremos, pues, cómo vivimos, que en breve pareceremos delante de Dios a dar cuenta de nuestra vida. No nos engañen la suciedad de la carne, la vanidad del mundo, la astucia del demonio; mas miremos a Cristo puesto en la cruz, y verle hemos atormentada su carne, y deshonrado del mundo, y vencedor del demonio. ¿Quién a Cristo miró que fuese engañado? Ninguno, por cierto. Pues no apartemos nuestros ojos de Él, si no queremos tornarnos ciegos. No le parezca que le tenemos en tan poco, que aun muriendo por nosotros, no le queremos mirar. Por eso murió, porque nosotros nos esforzásemos, mirando a Él, para morir a nuestros pecados. Muera, pues, ya en nosotros *nuestro viejo hombre,* pues murió por nosotros en cruz *nuestro nuevo Hombre,* que es Cristo. Lleguemos a Él nuestras llagas, que con las suyas serán sanas. Y si el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy más lo fué a Él apartársele su alma de su cuerpo cuando murió porque nosotros para siempre vivamos.

3. Ea, pues, cobremos ánimo para seguir a tal Capitán, pues que Él va delante de nosotros en el hacer y en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con Él, porque no vivamos según los deseos de ella, mas según el espíritu. Si el mundo nos persiguiere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una acordada música, y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh Jesucristo, y cuán fuerte es tu amor; y cómo *todas las*

cosas convierte en bien, como dice San Pablo! (*Rom.*, 8, 28). Cierto, quien de tu amor se mantiene no morirá de hambre, no sentirá desnudez, no echará menos cuanto en el mundo hay; porque poseyendo a Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos, pues, muy amados hermanos, deseo de ir a ver aquesta visión, *cómo arde la zarza y no se quema* (*Ex.*, 3, 3). Quiero decir, cómo los que aman a Dios, en las injurias no sienten injurias; en la hambre, están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se queman; desechados del mundo, no se afligen; hollados, están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos; acá no conocidos, y muy familiares a Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesucristo en el corazón donde se aposenta. Y ninguno puede venir a esto, si no *se descalza los zapatos*, que son sus afecciones mortecinas, que nacen del amor propio, que es la raíz de la muerte, como el amor de Dios es causa de vida. La *tierra santa no sufre zapatos,* ni la vida espiritual los deseos del propio amor. Quien a Cristo ama, a sí se ha de aborrecer; quien a Cristo no quisiere ser cruel, no sea a sí piadoso. Los que son dulces a sí, amargos son a Cristo; y los que a sí miran, no pueden mirar a Cristo. Demos, pues, nuestro todo, que es chico todo, por el gran todo, que es Dios. Dejemos de seguir nuestra tuerta (2) voluntad, y sigamos con diligencia la de Dios. Tengamos todas las cosas por estiércol, por ganar la perla preciosa, que es Cristo; y por verle en su gloria hermoso y gozoso, abracemos acá su deshonra y trabajo.

4. Cierto, no va engañado quien tal trueco hace: porque *cuando aparezca Dios con sus Santos, y venga a dar a cada uno según sus obras* (*Phil.*, 3, 8), entonces parecerá locura lo que ahora es tenido en gran precio, y llorarán los que ahora gastan su vida en deleites; y sólo aquel será conocido de Cristo, que acá hiciere su santa voluntad. ¡Oh cuánto será el gozo de los buenos entonces, cuando honrados por Dios se asienten en las sillas aparejadas *ab aeterno,* y junto con los coros angélicos alaben a Dios su Señor! ¡Oh cuánto será el gozo de aquellos que *han de ver al Rey en su hermosura!* (*Isai.*, 33, 17.) En la cual contemplando, estarán tan contentos, que ningún seno les quedará, que no rebose de lleno de aquel licor y bál-

---

(2) *Tuerta:* torcida.

samo que crió todos los licores buenos; al cual comparada toda hermosura es fealdad, y la luz del sol es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por sí, todas las cosas juntas en comparación de ésta no son cosa, ni por algo se deben contar.

5. ¡Oh Dios, que eres todas las cosas, y ninguna de ellas, porque eres sobre todas ellas! Y ¿cuándo ha de ser el día que te hemos de ver? ¿Cuándo se ha de quebrar este vaso de barro que tanto bien nos impide? ¿Cuándo se romperán estas cadenas que no nos dejan volar a Ti, descanso verdadero de los que descansan? No miremos, hermanos, a otra parte sino a Dios. Llamémosle a nuestro corazón, y tengámosle muy apretado con nos, porque no se nos vaya; que ¡tristes de nos!, ¿qué haremos sin Él, sino tornarnos en nada? Echemos ya esto detrás que tan delante traemos, y comencemos ya *a gustar* algún día *cuán suave es el Señor* (*Ps.*, 33, 9). Corramos tras de Aquel que corrió a nosotros desde los cielos, para llevarnos allá. Vamos a quien nos llama, y con tanto amor desde lo alto de la cruz, despedazada su carne, y quemada con fuego de amor, para que más sabrosa nos sea. ¡Oh si comiésemos! ¡Oh si nos quemásemos! ¡Oh si nos transformásemos! ¡Oh si nos hiciésemos un espíritu con Él! ¿Qué nos detiene? ¿Qué nos estorba? ¿Qué nos engaña, que no nos lleguemos a Dios? Si es nuestra carne, refrenémosla. Si es nuestra honra, despreciémosla. Si es nuestra hacienda, echémosla si podemos, y si no, tengámosla como estiércol, entendiendo en ella con diligencia y sin amor de ella. Si es la mujer, dice San Pablo: *los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen*. Si los hijos, querámoslos para Dios. Y si otra cualquiera cosa, digámosle y con lágrimas: ¡No me apartes de mi Dios! ¡Oh si tanto llorásemos por Dios, que de aquella agua se encendiese fuego que quemase todo aquello que de Dios nos aparta! Las lágrimas nos lavarían, y el fuego nos quemaría, y seríamos animales santos ofrecidos a Dios en fuego.

¡Oh fuego, Dios, que consumes nuestra tibieza, y cuán suavemente ardes! ¡Y cuán sabrosamente quemas! Y ¡con cuánta dulcedumbre abrasas! ¡Oh, si todos y del todo ardiésemos por Ti! Entonces *dirían todos nuestros huesos: Señor, ¿quién es semejante a Ti?* (*Ps.*, 34, 10.) Porque del fuego del amor tuyo, nacería conocimiento de Ti. Pues quien dice que te co-

noce y no te ama, es mentiroso. Amémoste, pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta; y tras esto venga el poseerte, pues tan ricos son los que te poseen; y poseyendo a Ti, seamos poseídos de Ti y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio, poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que a Ti se convierten, sustentador de los que a Ti se llegan, glorificador de los que te sirven, y Dios de cuya perfección no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de Ti sólo eres del todo conocido. *A Ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.*

65.—A UNA DONCELLA

Que quería entrar en religión. Que es gran merced la vocación religiosa; exhórtala a la paciencia, humildad, mansedumbre y obediencia (1).

La merced que Jesucristo nuestro Señor os ha hecho en daros deseo de dejar las vanidades y falsos placeres del mundo es tan grande, que si Él con su misericordia no os da luz para conocerla y fuerzas para servirla, vos no lo podréis hacer. Él es el que tal propósito os ha puesto; que los hijos de Adán no quieren sino gozar de este mundo, y curan poco del otro. Bendito sea para siempre quien así os ha desengañado de lo que a muchos engaña, y os ha dado a entender que es mejor dejar este mundo que gozar de Él, y casaros con Jesucristo que con hombre de la tierra. Sabed conocer esta merced, teneos por dichosa en ser llamada para tal desposorio, y suplicadle que el que os hace la merced os dé gracia para saberla servir.

Y alentaos mucho para tomar sobre vuestros hombros el suave yugo de nuestro Señor que en el monasterio os echarán. Y aunque trabajos se os ofrezcan tenedlos en poco a trueco de ser esposa de Cristo; y tened entendido que aunque allá halléis algunos, los que acá dejáis son mayores, pues por un placer de acá, da el mundo cien trabajos, y por un trabajo pasado por Cristo da Él cien galardones.

Procurad mucho de ser humilde con todas, teniéndoos por menor que ellas, pues el Hijo de Dios se pos-

(1) Sobre el mismo tema, la Carta 33

tró a los pies de los Apóstoles, y se los lavó para ejemplo nuestro: y si os sabéis en este mundo humillar, seréis en el otro ensalzada; y cuanto más acá os abajáredes, tanto mayor en el cielo será vuestra gloria. Acordaos que dice el Señor (*Mt.*, 11): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.* Asentad estas palabras en vuestras entrañas, que os harán mucho provecho para toda vuestra vida; porque el humilde a todos sirve, y el manso a todos sufre. A quien así lo hace conoce el Señor por hijo suyo, como el demonio conoce por suyos a los soberbios y airados. Sed amiga de la obediencia, pues obedeciendo a vuestros mayores obedecéis a Cristo; y si en esta virtud os va bien, hallado habéis paraíso en la tierra.

Y porque para la primera vez esto basta, no os digo más, hasta que, después de entrada en el monasterio, me aviséis de cómo os va. Y plega a la misericordia de aquel Señor que para Sí os ha llamado, quiera acabar en vos lo que ha comenzado, para que en esta vida perfectamente le sirváis y después en el cielo perfectamente le gocéis.

66.—A UNA MONJA

Animándola mucho en el camino de Dios; enséñala cómo se ha de haber en las cosas que le sucedieren.

1. De ninguna otra parte es cosa justa que os comience a escribir, sino de pediros perdón de no haberos escrito, habiendo sido tan pedido por vos y tan merecido, y teniéndoos yo tan particular amor en nuestro Señor, pues que Él os me dió por hija, no para que os olvidase, mas con cuidado ayudase a proseguir el camino del cielo, en el cual Dios por su bondad os ha puesto para coronaros allá con corona de gloria, *la cual tiene aparejada* a los que le temen. Mas no penséis que, por no haberos escrito, os he olvidado en mis oraciones; antes tanto más os doy de ellas, cuando menos de cartas, por suplir con lo uno lo que tanto conozco que os debo en lo otro del escribir.

Bien creo, señora, que no le habrán faltado a vuestra merced tribulaciones de dentro y de fuera, porque ése es el camino por donde el Señor lleva a los suyos al eterno descanso, por conformarlos con su Hijo sa-

grado, que después de ser bautizado, y declarado Hijo de Dios con voz del cielo venida, fué tentado de diversas maneras. Y así el ánima llamada de Dios no debe esperar placeres, mas trabajos; no regalos, mas desconsuelos; y con lo que los mundanos huyen, que es el padecer, con aquello el hijo de Dios se ha de mantener. Aprended, señora, a manteneros con las *piedras* duras de los desconsuelos, y daréis testimonio que sois hija de Dios, pues tornáis las piedras en pan. Y aparejaos a padecer, y no padeceréis; porque cuando el padecer es amado no es padecer sino gozar, y cuando es huído más viene y más pena. Por eso no descanséis hasta que, por amor de Aquel que padeció por vos tantas cosas, padezcáis vos de buena gana las pocas que os pueden venir, y deseéis padecer otras mayores. El siervo de Dios mucho más ha de desear hacer por Él de lo que hace, y padecer de lo que padece, porque dé testimonio cómo hay fuego en su corazón, que quema y abrasa lo presente, y echa centellas lejos de sí, como dijo el Arcángel de Dios al santo Daniel (10) profeta. No os contentéis con ser tibia en el amor de Jesucristo, pues Él tan encendidamente nos amó. Muchos trabajos y angustias y vituperios pasó por nosotros, y mucho más de lo que se puede contar ni decir; mas con el grandísimo amor que nos tuvo, parecióle muy poco, y mucho más pasara de lo que pasó si más hubiéramos menester.

Los tibios en el amor de nuestro Dios ni conocen a sí mismos, ni a Él. Porque si mirasen cuántos pecados les ha soltado nuestro Señor, por cada uno de los cuales justamente los pudiera echar en las crudelísimas penas del infierno, entonces amarían mucho a quien mucho les soltó. De aquesta manera habíamos de agradecerle en no nos haber condenado, antes esperado a penitencia, como lo agradecería uno que estuviese en las penas infernales, y le sacase nuestro Señor Dios de ellas, y le diese esperanza de misericordia. Porque, cuanto es de nuestra parte, también merecíamos estar nosotros allí, según los grandes pecados y culpas que cometimos, como los que en ellas están; y sola la divina bondad nos ha defendido de su justicia, y de los lazos y asechanzas del maligno demonio: el cual nunca duerme, mas siempre vela con sus astucias por nos hacer caer en ellas.

2. Mas mirad, señora, no digáis en vuestro corazón: «Poco he pecado, y por eso poco debo porque me han

soltado.» Por cierto, muy ciego es el tal pensamiento, y lleno de hinchada soberbia. Porque dejado aparte que no hay ninguno que mucho no deba, pues que dice el Apóstol Santiago (3) que *en muchas cosas habemos todos ofendido,* es verdad muy averiguada que también debemos nosotros a nuestro Señor Dios los pecados mortales que no hemos cometido; porque aquella bondad suya que nos perdonó los hechos. aquélla nos excusó de caer en los que no caímos; porque no hay pecado que uno haga, que otro no le haría si no le tuviese la piadosa mano de Dios. Y por eso no sólo debe ser agradecido el que en mucho ha caído, mas el que en poco. Y aún más debe ser el que menos cae, que quien más cae; porque mayor bien recibe de Dios en ser tenido para no caer, que el otro en ser perdonado después de caído. Por tanto dad gracias a nuestro Señor por lo que os ha perdonado, y muchas más por lo mucho en que hubiérades caído, si no os tuviera de su mano; y amad mucho, pues debéis mucho.

3 Ningún rato haya, en el cual vuestro corazón no ofrezca a Dios sacrificios de alabanzas y de amor encendido; porque Él *mandó* (*Lev.*, 6) que *ardiese siempre fuego en su altar* que es nuestro corazón. No repartáis el corazón, mas dadlo a Aquel cuya sois. Si abrís las puertas del corazón a las criaturas, lo hallaréis duro, y triste y enfermo. No hagáis caso de todo lo criado, mas pensad que no hay sino Dios y vos, y bástaos Él. ¿Qué queréis mirar a otra cosa? Si viésedes y oyésedes todo lo que pasa en el mundo, ¿qué sería todo, sino una vanidad que pasa con una corrida, y deja desconsolado el corazón? Olvidad, pues, ahora de gana lo que presto habéis de dejar por pura fuerza; ganad honra con este mundo que a tantos engaña; dejadlo, porque os deje; morid a todo lo que pasa, y pasaos a vivir a lo que siempre ha de durar. Allá poned todo vuestro pensamiento, donde Dios es claramente visto en su gloria; porque cuando de acá salgáis el proceso del divino amor que de aquí lleváredes os suba adonde está el que mucho amáis.

No penséis que perdéis algo en perder este mundo; que lo más lucido dél es obscuro, y lo más alto es de poco valor, y lo que más florido parece se pasa como un poco de humo. Poneos al fin de vuestra vida, y veréis cuán gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca y mudable, que corre más

que correo. ¿Qué desatino mayor, que yendo, como todos vamos, de camino para la muerte, pararnos a reír y jugar como si fuésemos a la vida? Sed vos, pues, una de las que han pasado por esta vida como de camino, y han alcanzado la vida del cielo en que viven; los cuales si hubieran amado esto presente, ya se les hubiera pasado el placer, y estuvieran en eternos tormentos. Aprended, pues, en los malos de no pecar, pues tan amargoso fruto sacaron de haber pecado; y de los buenos a trabajar, pues tanto provecho les vino.

Mirad que ahora tenemos tiempo, que no lo perdamos, y ninguna ocasión que se os ofrezca de hacer bien la dejemos pasar. *Los días,* dice San Pablo (*Efes.*. 5), *son malos; por tanto redimamos el tiempo.* Y si miráis a la ocupación que este mundo ha menester, nunca os vagará a lo que toca a vuestra ánima. Cortad, si no podéis desatar; y pasad de camino olvidando lo del cuerpo, y hágase muy bien hecho lo del ánima; porque si falta hubiere de haber, más vale que falte en la comida del cuerpo, que en la santa oración o comunión. Muy pocas son nuestras fuerzas, y si las repartimos, serán muy menores; cuanto más si damos más a lo que se pasa que a lo que dura sin fin.

Volved las espaldas al mundo y romped con él, como quien públicamente se muestra por su enemigo, y volved vuestros ojos al Señor, que quiere miraros y que le miréis. ¿Dónde podéis vos emplearos que mejor os vaya, que en Aquel que *los Angeles desean mirar,* y mirándolo nunca se hartan? Básteos, si vos queréis que os baste; no busquéis otra cosa con Él, porque no quiere ser posesión del que sólo con Él no se contenta; y con mucha razón; pues Él hizo todo lo que es, tendrálo todo. No hayáis miedo de perder vuestros placeres por este placer. Poned en su mano vuestra honra, salud y vida, y todo lo que tenéis y deseáis, y decidle que tome todo lo que quisiere, cuando y como lo quisiere, y que se os de Él a vos. Rogadle que sea cruel en todo, y que sea piadoso en dárseos Él.

4. No os quejéis de trabajo que os venga; que todo es poco para tan grande bien. Y si os quisiéredes quejar, quejaos de vos, que no recibís con alegría lo que nuestro Señor envía por vuestro provecho. Pedidle que haga con vos lo que os cumple, y no lo que vos queréis; y esforzaos a hacer buen rostro a tentaciones, necesidades y condiciones ajenas y a todo lo contra-

rio que venir os puede. Probada habéis de ser, si habéis de ser coronada; por eso mirad que seáis como el oro, que se apura en el fuego, y no como paja, que se quema en él. No seáis como aquellos que quieren servir a Dios mientras no les acaece algo que sea contrario; mas en viniendo, dan testimonio que no viven con la voluntad de Dios, mas con la suya. Los que han de ir al cielo personas señaladas han de ser. ¿Pensáis vos, señora, que habiendo entrado el Redentor en el cielo tan atormentado, cual sabéis que fué de la cruz descendido, que han de entrar sus criados peinados y sin que les toquen? Agarrochados y dejarretados salen los toros del coso; así habemos de salir de este mundo, para gozar en el otro. La vida del cristiano dice San Agustín que toda es martirio, y es verdad; porque si miráis qué se pasa por no pecar, veréis que los que murieron por la fe de Cristo, y los que viven por no perder su obediencia y amor, todos son mártires: los primeros verdaderos mártires, los segundos mártires espirituales. Fuegos y tormentos muchos combatían la fe del mártir, mas muchos más combaten la castidad, la caridad, la paciencia, etc., para nos la quitar. El que perseverare con Cristo aquél será salvo: y aquel sólo perseverará, a quien Él tuviere con su mano poderosa; y aquel será tenido, que no se quiere a sabiendas derribar, mas con cuidado hiciere lo que según su flaqueza pudiere, y sin dormir, diere voces al Señor como otro San Pedro diciendo (*Mt.*, 14): *¡Sálvame, Señor!* No calle nuestro corazón, mas viendo que nos ahogamos, demos voces al Salvador, hasta que nos dé su mano y fortifique nuestra flaqueza. No callemos hasta que sintamos en nuestro corazón fortaleza del cielo, que nos tenga firmes y atados con Dios, con un ñudo tan fuerte, que ni soltar ni cortarse pueda. Amemos a Jesucristo tan de verdad, que digamos (*Rom.*, 8): *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Tribulación, hambre, o cuchillo? En todo esto sobrepujamos*; porque en la tribulación hay refrigerio, y en la hambre hartura, a quien el cuchillo de su palabra ha cortado la voluntad. Solamente nos arrimemos a Él, y nos fiemos de Él, desconfiados de nosotros; y dando a Él la gloria del vencimiento, gocemos nosotros del provecho, porque para siempre ricos, demos alabanzas siempre al que merece ser de la tierra y del cielo alabado *in saecula saeculorum. Amén.*

67.—A UNA SEÑORA

En Adviento: le persuade a recibir al niño Jesús y amarle con ferviente amor.

1. ¡Cuán ocupada estará vuestra merced en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que le ha de venir! Paréceme que la veo solícita como Marta, y sosegada como Magdalena, para con los servicios exteriores e interiores servir al que viene, pues de uno y de otro es digno y Señor. ¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios en carne, a morar entre nosotros, para *alumbrar nuestras tinieblas, y encaminar nuestros pies en la carrera de la paz* (*Lc.*, 1, 79), y haciéndonos hermanos suyos, gozar de una herencia con Él!

2. No sin causa vuestra merced desea su venida, y le apareja su corazón por morada; porque este Señor, deseado fué antes que viniese, y el Profeta (*Ag.*, 2) le llamó *el Deseado de todas las gentes*; y a ninguno se da, si primero no lo desea. Muy mal empleado es el buen manjar en el gusto que no toma sabor en él; y así es Dios en quien no lo desea. *El deseo de los pobres oye Dios* (*Ps.* 9), porque tiene sus orejas puestas en el suspiro del corazón que otra cosa no desea sino a Él; y a este tal viene, y no se le niega, según lo dice en los Cantares (4): *¡Heriste mi corazón, hermana mía, esposa; heriste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cabeza!* ¿Puede ser cosa más tierna, que la que es herida con la mirada de solo un ojo? ¿Puede ser cosa más flaca, que la que es atada con un solo cabello? ¿Dónde están los que dicen que Dios es difícil de alcanzar, y riguroso para tratar, e incomportable para sufrir? Querellémonos, señora, de nosotros, que por querer mirar a muchas partes, no ponemos la vista en Dios, y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas, para con todo nuestro pensamiento mirar a sólo el Señor. Cierra el ballestero el un ojo para mejor ver con el otro, por acertar en el blanco; ¿y no cerraremos nosotros toda vista de lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor, y asiéntelo en Dios quien quisiere alcanzar a Dios. Que como Dios sea amor, de sólo amor se deja cazar, y no tiene que ver con los que no le aman. Y *si dicen que le conocen* como lo deben conocer, *no dicen verdad,* como dice San

Juan (1 *Jn.*, 2, 4). Y este que con amor es herido, con un cabello es atado; porque lo que amor prende, el pensamiento recogido y atento lo conserva que no se pierda.

3. Y para que se diese más confianza a los hombres que podrían alcanzar a Dios, y que no huye de ellos, se hace uno de ellos, y se pone en los brazos de una doncella, teniendo Él fajados los suyos, sin poder huir del hombre que buscarle quisiere. ¡Oh celestial Pan, salido del seno del Padre, y puesto en la plaza de este mundo, convidando contigo mismo a cuantos te quisieren comer y gozar! ¿Y quién es aquel que puede sufrirse de no ir a Ti y tomarte, pues por sola hambre te das? ¿Y pides más, sino que suspire el ánima por Ti, y confesando sus pecados, te quieran a Ti y te reciban? Grande miseria es la de aquellos que, viniéndoseles el pan a su casa, ellos se quieren más morir de hambre, que no abajarse y tomarlo. ¡Oh pereza, y cuánto mal haces! ¡Oh ceguedad, y qué bienes pierdes! ¡Oh sueño y cuántos bienes nos quitas! Pues estando prometido que *todo el que busca halla, y el que pide que le darán, y al que llama que le abrirán* (*Mt.*, 7 y 21), está claro que si mal nos va, por nuestra negligencia es Pues ¿cómo, señora, ha de pasar esto así? Habiendo Dios venido a curarnos, ¿hémonos de quedar enfermos? Estando a la puerta de nuestro corazón llamando y diciendo: *Abreme, amiga mía, esposa mía* (*Cant.*, 5, 2), ¿dejarle hemos estar llamando, envueltos en nuestras vanidades, y no salirle a abrir?

4. Anima mía, ven acá, y dime, de parte de Dios te lo pido, ¿qué es aquello que te detiene de no ir toda y con todas tus fuerzas tras Dios? ¿Qué amas, si a este tu Esposo no amas? ¿Y por qué no amas mucho a quien mucho te amó? No tuvo Él otros negocios en la tierra, sino entender en amarte, y buscar tu provecho, aun con su daño: ¿qué tienes tú que ver en la tierra, sino tratar amores con el Rey del cielo? ¿No ves que se ha de acabar todo esto que ves, que oyes, que tocas, que gustas y tratas? ¿No ves que es todo esto tela de arañas, que no te puede vestir ni defender del frío? ¿Adónde estás cuando en Jesucristo no estás? ¿Qué piensas? ¿qué estimas? ¿qué buscas, fuera del único y cumplido bien? Levantémonos señora, ya, y rompamos este mal sueño. Despertemos que es de día, pues que Jesucristo, que es luz, ya ha venido; y hagamos obras de día, pues algún tiempo

hicimos obras de noche. ¡Oh si tanto nos amargase el tiempo que a Dios no conocimos, que nos fuese grandes espuelas para ahora con grande ansia correr tras de Él! ¡Oh si corriésemos! ¡Oh si volásemos! ¡Oh si ardiésemos y nos transformásemos! ¿Qué hace, señora, la criatura, pues ve a su Criador hecho hombre solamente por amor? ¿Quién nunca oyó amor como éste, que amando uno a otro, se tornase él?. Nos amó Dios cuando nos hizo *a su semejanza;* mas mucho mayor obra es hacerse Él a imagen del hombre. Abájase a nos para llevarnos consigo; hácese hombre para hacernos dioses, y desciende del cielo para llevarnos allá; y, en fin, murió para darnos vida. ¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo, y sin agradecimiento a tan grande amor!

5. *Alumbra, Señor, mis ojos, para que no duerman en tal muerte* (*Ps.*, 12); y tú que hiciste la merced, danos el sentimiento de ella; que de otra manera, el mayor bien se me tornará mayor mal. Abre, Señor, mis ojos para que te consideren descender del seno del Padre, y entrar en el de la Virgen Madre; y agradeciéndotelo mucho, humílleme yo por Ti. Véate yo en un pesebre por cama, llorando con frío, y fatigado con pobreza, y aprenda yo a desechar el regalo por Ti: suenen tus lágrimas en mis orejas, para que se ablande mi ánima, y se te dé como cera a todo lo que Tú quisieres. Y no permitas Tú que llore Dios, y no lo sienta el hombre; que no sé de cuál de estas dos cosas me maravillaría más. Sella, Señor, en mi ánima tus palabras, para que yo no peque contra Ti. Recójase en mi corazón la sangre que por mí derramaste, y todo Tú seas mi amor, porque quedes contento de cuantos trabajos pasaste por mí. A mí buscaste, por mí lo has, por mí son todas tus justas, libreas y gastos; no me vea yo ser de otro, pues tan bien me mereces Tú.

6. Ea, señora, aparéjense esas entrañas, que viene Dios a nacer, y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendidas de amor, porque el Niño ha mucho frío. Y si las tiene tibias, con el frío del Niño las calentará; porque mientras más frío padece por nos, más amor enseña tenernos; y donde más amado me veo, allí debo más amor. De fuera frío padece, mas del mucho amor que tiene, no sufre ropa; que desnudo nace, y desnudo lo ponen en la cruz; porque al nacer y al morir nos enseñó mayor exceso de amor. Apareje, señora, cuna para dormirlo, que es sosiego de contemplación. Y mire que lo trate y cure bien, que es

Hijo de alto Rey; Hijo es de Virgen, y en virginales corazones reposa de buena gana; porque la carne que Él come, carne muerta y crucificada es. Y porque tiene muchos parientes pobres, y quien a Él quiere, también ha de querer a ellos, tienda vuestra merced la mano para les dar, porque son hermanos del Criador.

Y después de nacido en ella, guárdelo bien.

Él la guarde y la salve por su misericordia. Amén.

68.—A una señora

Que había comenzado a servir a Dios: animándola a la perseverancia de la virtud y confianza en el Señor (1).

1. Una de las cosas que nuestro Señor encomendó a los hijos de Israel cuando los sacó del cautiverio de Egipto, fué que se acordasen del día en que tanta merced les había hecho (*Ex.*, 12). Encargó esto nuestro Señor tan encargado, que mandó que en memoria de esta merced, le celebrasen cada año una pascua que durase ocho días, con mucha solemnidad, comiendo en ella un cordero en memoria del que fué muerto cuando ellos fueron librados para vivir. Y si esto nuestro Señor mandaba en memoria de libertad corporal, la cual recibida, no se hicieron mejores, ¿qué debe vuestra merced hacer en memoria del día que la poderosa y piadosa mano de Dios la sacó del peligroso cautiverio en que su ánima estaba, y la puso en el camino de la tierra de promisión, no la del suelo, sino la del cielo? Y si bien me acuerdo, víspera de nuestra Señora de la Visitación fué el día de su libertad, y de las promesas que de parte de Dios con ella asenté, usando del oficio que Moisés usó con el pueblo (*Ex.*, 16); a las cuales vuestra merced creyó, como también a él creyeron; aunque algunas veces, siendo atribulados con la aspereza del camino y otras tribulaciones, se quejaban de él y ponían duda en sus palabras.

Mire, señora, la poderosa obra que Dios aquel día en ella obró, haciéndole despreciar lo que antes amaba, y, sobre el arrimo de su palabra, fiarse toda de un su ministro. Grande obra fué la que Dios hizo en

(1) Esta Carta y la siguiente no se hallan sino en el Epistolario de 1578.

secar la mar para que su pueblo pasase; mas yo no tengo por pequeña la que acá Dios obró, apartando del corazón lo que a otras tanto suele impedir. Y pues las obras de Dios no son imperfectas, ni sus promesas salen en vano, alégrese vuestra merced en haber sido tan maravillosamente librada, y espere buen suceso de su camino, qu será para entrar en la tierra celestial prometida. No se desmaye si alguna falta hubiere hecho por este desierto: que bien conoce nuestro Señor nuestra flaqueza, y también salva a los que conocen su poquedad propia y le piden perdón de sus flaquezas, como a los que con fortaleza le sirven y alaban. Y no falten, señora, la diligencia y la fe, y no la desechará nuestro Señor debajo su amparo.

2. Muchas cosas les sufrió nuestro Señor a los que del cautiverio sacó; mas cuando comenzaron a llorar, diciendo: «No podremos entrar en la tierra prometida, porque los enemigos nos tragarán como gigantes a langostas», entonces se enojó el Señor y los desechó (*Num.*, 13). Porque así como quien esto comenzó fué Dios, que todo lo puede, así quien lo ha de acabar es Él con nosotros. Tenga pues, señora, su esperanza cierta, y diga con San Pablo (1 *Tim.*, 1): *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso de guardarme lo que le encomendé para aquel día.* Todo lo que vuestra merced tenía lo dió al Señor, dejándolo por él: no piense que lo ha perdido, que en buenas manos está. Dárselo ha el Señor, y a Él con ello, el día postrero cuando querríamos haber dejado más, para recibir más.

Y pues de Dios se ha fiado, viva alegre; que no es pequeño bien haber echado tal carga sobre nuestro Señor, que nunca faltó a quien de Él se fió. Aparéjese para la corona que le han de poner; que no será otra sino el mismo Señor que se llama *corona de esperanza ataviada de gloria.* Alce sus ojos al cielo, como a casa donde ha de ir a morar, y verá cuántos gozan ahora, que pasaron aquí por este desierto. Mire cómo cumplió Dios con Abraham e Isaac y Jacob, y otros santos Padres, que los trajo desterrados de sus tierras, y perseguidos de los malos, y hambrientos, y llenos de muchos trabajos. Que piense ella que será una de las que gozan, pues ha sido una de las que han andado en peregrinaje. Recójase toda a Dios; huélguese de haber sido extranjera por Él; alégrese de haber dejado el mundo por Él; porque cuantas veces de corazón se alegrare de lo bien hecho, tantas

veces lo recibe nuestro Señor como si de nuevo lo tornase a hacer. Acuérdese de aquel fervor y esfuerzo con que tal día como hoy comenzó esta empresa; y mire delante de cuánta gente siguió la bandera de la Cruz, y séale espuelas para darse tan buen recado, que el día que ha de ser vista de toda aquella gente, y de la demás que la han conocido y oído, aparezca gloriosa, y den todos gracias a nuestro Señor, que en cosa tan flaca obró sus grandezas, y *donde abundó el pecado, abundase su misericordia* (*Rom.*, 5) para gloria de Jesucristo, del cual mana todo bien.

Al cual sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

69.—A una persona

Que tenía deseo de servir a Dios. Que se ha de comenzar por la humilde reverencia del conocimiento de sus pecados, y penitencia de ellos.

1. Devota sierva de Jesucristo: No ha[n] hecho poca impresión en mi corazón las palabras de vuestra merced, porque salen de su corazón, y corazón deseoso de comenzar nuevo partido por la honra de Jesucristo, Señor de todos, y Esposo de vuestra merced. Hanme penetrado tanto, que me han entristecido mucho, por haber faltado a deseo de ánima tan sedienta del agua de la doctrina de Dios. Y pues tomé propósito firme de, aunque otra cosa no estuviese en medio, no dejar de ir a ayudar las santas inspiraciones que el Señor en su ánima ha sembrado, pues por una sola Cristo muriera. Lo que a vuestra merced pido por amor del Señor es que no se desmaye por la falta de la cuaresma, que he hecho allá; que el Señor ordenará cómo se supla. Y entretanto comience vuestra merced a caminar hacia el cielo; que el Señor será su ayudador, el cual suele ser muy favorable a las solas y que *no tienen hombre que a la piscina les lleve.* Acuérdese vuestra merced a cuántas personas ha enseñado el Señor sin medio de maestros humanos; y pues no los deja ella de tomar por no quererlos, sino por no tenerlos, ella será una de las personas cuyo maestro es Jesucristo. Llámelo, señora, con grande ahinco y suspiro, que Él conocerá la voz de su paloma, pues Él la despertó a que viese lo que no veía, y a que cerrase los ojos a lo que veía. No atribuya vuestra merced a mí el bien que concibió, que no es obra nuestra en-

gendrar en las ánimas santas, sino de Aquel que dijo en el principio del mundo (*Gen.*, 1): *Hágase luz, y fue hecha,* Aquel mismo luce en los corazones, y habla palabras de vida, aunque nosotros somos los instrumentos. Suplíquele vuestra merced acabe lo comenzado, y que no permita cerrarse los ojos que ya una vez Él comenzó a abrir.

2. Y si me dice por donde comenzará a caminar, dígole que por una humilde reverencia que haga al Crucificado, pidiéndole entrañablemente perdón de sus pecados, y gracia para le servir. Échese muchas veces a los pies de Él, como persona culpada, y que ha traído sus pies fuera del camino del Señor, y bese los de Él, regándolos primero con lágrimas con la Magdalena. Porque quien al Señor ha ofendido, ¿cómo osará llegarse a Él sin dolor en el corazón, y vergüenza en la cara, y lágrimas en los ojos? Pues el mayor mal de los males es desvergüenza delante de Dios; y el remedio de todos los males es confundirse y llorarse delante de Él. ¡Oh, señora, y cuán mal lo miramos cuando a Dios ofendemos! Y ¿por qué? ¡Oh cuán amarga cosa es haber enojado al que con tantos trabajos buscó nuestro consuelo aun hasta morir! Nosotros despreciamos al que nos preció hasta dar a Sí mismo por nos, siendo unos malos esclavos, dignos del infierno. Meta vuestra merced la mano en su pecho y mire quién ha sido Dios con ella, y quién ella con Él; cuántas veces ella le ofendía y Él la defendía de peligros y demonios, que la quisieran llevar adonde ellos tienen su miserable morada de cárcel y fuego perpetuo. ¡Oh misericordia tan dulce de Dios, y qué nos has sufrido, disimulado, encubierto!

Y como quien anda a porfía, Tú andas tras nosotros para salvarnos, y nosotros huyendo de Ti para condenarnos. Así, Señor, nos sigues, como si la vida te fuese en seguirnos y hallarnos; y así huímos de Ti como si nuestra muerte y perdición estuviese en hallarte. Y al revés es, que tu muerte, Señor, en nosotros estuvo, pues nosotros te matamos por nuestros pecados; y nuestra vida en Ti está, pues por Ti y en Ti vivimos. Señora, ¿qué le parece cuánto tiempo se nos ha pasado sin conocer y amar a tan piadoso Dios, tan dulce Bienhechor y tan amoroso Esposo? ¡Cuán poco y pocas veces hemos vuelto nuestros ojos a Él, por ponerlos en cosas que tan presto se han pasado, y tan mal nos han burlado, y lastimado! ¿Adónde están ahora las cosas en que tanto nos ocu-

pamos? ¿Qué es de la vanidad de nuestros pensamientos y afecciones? ¡Cómo nos han engañado quedándonos con lo amargo de ellas, y cuán presto se pasó lo que parecía sabroso!

3. Sierva del Señor, ¿qué es de lo que tenéis atesorado de espirituales riquezas en vuestra ánima, en los años que habéis vivido? ¿Qué es del fruto que habéis dado, árbol plantado por amor? ¿Es fruto dulce a vuestro Esposo, o hiel y vinagre que amarga su boca? ¿A quién habéis buscado? ¿A quién habéis querido más contentar: a Él o a vos? ¡Oh pobres ciegos de nosotros, que por buscar nuestro contento, lo perdemos, y el Señor también. Porque quiera o no quiera, quien a sí como a último fin se busca, perderse tiene; quien su contento quiere, en su descontento ha de caer, pues es como idolatrar consigo mismo, y dejar a su verdadero Dios, que es único descanso de nuestras ánimas.

Volvamos, señora, la hoja; pensemos nuestros caminos errados, y volvamos los pies a los testimonios de Dios, para caminar por ellos; y pongamos nuestro corazón con Dios, y quitémoslo de nosotros. Busquemos su contento, aunque con descontento nuestro; y seamos crueles contra nos, por ser blandos para Él, pues algún tiempo por regalarnos, tanto desagradamos a Él. Crucifiquemos ya este mal hombre, y viva en nos Jesucristo bendito, pues murió por darnos su vida. Humillémonos a toda criatura por amor de Él en satisfacción de nuestra grande soberbia, y en imitación de su grande humildad; y echando de nuestro corazón toda ira de sierpes, vistámonos de la mansedumbre de nuestro Cordero. Pues es comparada a paloma el anima que ha de agradar al Señor, por estas dos virtudes hemos de comenzar, para ser discípulos de nuestro Señor, que nos dijo: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.* Porque quien no está mortificado a soberbia e ira, ¿cómo podrá seguir al Señor hasta su cruz, donde tantas injurias, desprecios y blasfemias le dijeron e hicieron? Conviene romper con el mundo y su honra, y ponernos en el más bajo lugar, y sufrir con paciencia nuestro desprecio aunque nos mofen como a locos, y traten como a malhechores. Y ¿qué mucho que las piedras se levantasen a apedrear a quien hizo tal locura, que trocó al Criador por un breve contentamiento de su sensualidad? ¿Dónde habrá entonces razón, pues cosas tan sin razón hicimos, y que sien-

do mantenidos de Dios, convidándonos con su gracia y amistad y quizá teniéndola, quisimos más placer con costa de infierno, que placer con galardón celestial?

4. Humillémonos, señora, *hasta la muerte y muerte de cruz.* Rompamos con todo fervor nuestras espaldas, pues tan malhechores habemos sido, y tan desagradecidos contra el Señor. Ya ha días que morimos al mundo, y así lo prometimos al Señor, aun delante testigos. ¿Qué hacemos en este destierro, teniendo los corazones tan metidos, enlodados y encallados en él? ¡Volemos a Dios! ¿Qué tememos las cadenas que tiene nuestra ánima? Sacudamos el yugo de nuestra vanidad; y como quien ha sido flojo y perezoso en lo más del día, démonos priesa a la tarde. No nos contentemos con cualquier vida, pues no han sido cualesquiera nuestros pecados. Y pues tuvimos fuerza para pecar, tengámosla para satisfacer. ¿Qué razón consiente que, habiendo servido con miserable diligencia al pecado, sirvamos con tibieza a la virtud; fuertes para nos manchar, y flacos para nos limpiar; y que seamos tan miserables que lo que algún tiempo el demonio alcanzó de nosotros y pudo con nosotros, que no lo alcance ahora Dios? Mirémoslo mejor, y veremos qué diferencia va del fruto que de aquellos sacamos, al que de estotro sacaremos; y que lleva mucha ventaja virtud a vicio, y Dios al demonio, y paraíso para siempre a infierno para siempre.

¡Oh, señora, y quién contará nuestro descuido y gran ceguedad, que no entendemos lo que va de reinar con Dios para siempre en el cielo, a arder siempre con Lucifer en el infierno, sino que nos estemos tan caídos en el camino de Dios, como si fuese poco en ir así o así!

Y pues el Señor ha dado algún toque a la casa y ánima de vuestra merced, respóndale, agradézcale esta merced, y comience, como le he dicho, por postrarse a aquellos sagrados pies, considerando cuántos llagados de cuerpos y ánimas se postraron allí, y se levantaron remediados y perdonados; y confíe que uno de ellos ella será.

Él la ha despertado y convidado; Él la recibirá y la enseñará. Él es el maestro que el Padre nos envió; oiga sus palabras, piense en su vida, mírese en Él puesto en cruz, como en un limpio espejo. Haga su morada (*Cant.*, 2) *en los agujeros de la piedra,* a los pies sagrados de su Señor; porque allí como paloma

estará guardada de sus pecados y demonios y de todo otro mal. Sepa gemir allí, pues es paloma del Señor; y con la sangre que allí hay y con recibir los sacramentos, en los cuales está su virtud, será esa ánima *lavada y emblanqueada más que la nieve*; y oirá algún día de la boca del Señor: *Levántate, paloma mía.* Porque a los que se humillan y se lloran con amargor de su vida, suele el Señor levantar a confianza de Él y a alegría espiritual, y a los dulces abrazos de amor; *porque es bueno, y para siempre su misericordia.*

Al cual sea gloria.

70.—A UNA DONCELLA

Que teniendo hecho voto de virginidad, se quería casar; animándola a la perseverancia en lo prometido. Enséñala cómo se ha de haber en las tentaciones que contra la castidad se le ofrecen (1).

1. La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

Si tengo de decir verdad de lo que sentí con una información, que de parte de vuestra merced me dieron, diré que tuve mucha compasión de una doncella que, por voto de virginidad, había muchos años que tenía por esposo a Jesucristo, Señor del cielo y de la tierra, y después de tan largo desposorio, con engañado y miserable consejo quería dejar aquel tan bienaventurado desposorio, cuyos frutos son virtudes sin corrupción, por hacer otro con un hombre mortal, cuyo cuerpo para en la sepultura, y se torna huesos y tierra, dejando engañados a los que a él se arrimaban y lo preciaban.

Deseo preguntaros, señora, lo que en otro tiempo Dios preguntó a su pueblo, diciendo (*Jerem.*, 2): *¿Qué tacha hallaron vuestros padres en mí, porque se alejaron de mí y se fueron tras la vanidad, e hiciéronse vanos?* Pregúntoos, señora, ¿qué tacha habéis hallado en Jesucristo nuestro Señor, porque queréis hacer divorcio de Él, e iros tras la vanidad, y ser hecha vana?

2. Nuestro Dios muy diferente es de las criaturas, y su trato también; porque, como San Gregorio dice:

---

(1) Véase AUDI, FILIA, cap. 105.

«Cuando los espirituales deleites no son tenidos, no son estimados: y cuanto más tenemos de ellos, más los estimamos.» Porque lo bueno, mientras más conocido y más tratado, más satisfacción da, y comiendo de ello no da fastidio, sino más gana de comer de él. Mas las criaturas y sus placeres parecen algo cuando no son poseídos, y engendran a los que poco saben muy grande deseo de los alcanzar y tratar. Mas como ninguna cosa puede dar más de lo que tiene, en siendo tratados descubren su poquedad y bajeza, y a cabo de poco tiempo se torna en grande fastidio lo que primero se pensaba que había de dar grande satisfacción. Vanidad es, hermana, toda criatura, y por eso no puede dar entero contentamiento. Y ley es que no puede faltar, que dondequiera que la carne busca hartura, allí ha de hallar mucha mengua y falta. Y entonces queda la tal persona confundida y arrepentida, y se maravilla mucho de su ceguedad en dejar a Dios por la criatura. Y a alguna doncella, según leemos, ha acaecido con miserable consejo perder su virginidad; y después, viendo cuán grande bien había perdido por tan bajo precio, vino a tanta tristeza, que determinó de se ahorcar, y lo hizo; pensando primero que cumplir lo que deseaba era vivir, y con mucho consuelo. Doncellas he visto que después de haber ofrecido a nuestro Señor su cuerpo por voto o propósito de virginidad, siendo tentadas por el demonio o por su flaqueza, procurando de satisfacer a su conciencia con razones verdaderas o falsas, han tomado estado de matrimonio, con escándalo de los que las habían primero visto en hábito de virginidad, y con graves descontentos de se haber casado, y con no hacérseles cosa ninguna bien, por verse a ojos vistas que Dios les contradecía y les desayudaba, y daba bien a entender que le pesaba de que su esposa se casase con otro. Escarmentad, señora, en cabezas ajenas, y pensad que también se tendrá Jesucristo por afrentado de que deshagáis el desposorio que con Él hicisteis, y que os castigará como a otras, pues hacéis lo que hicieron otras.

3. ¡Cuánto mejor consejo sería que estuviésedes firme en vuestro propósito, e imitásedes a tanta muchedumbre de santas doncellas, que estimaron en tanto su virginidad, y amaron tanto a Jesucristo, inspirador de ella, que ni por promesas, ni dádivas, ni amenazas, ni tormentos, no las pudieron atraer a que, habiéndose casado con Dios, se casasen con hom-

bre; y perdieron sobre ello la vida de este mundo, mas ganaron la eterna del cielo; y no están de ello arrepentidas. pues cuanto más padecieron por guardar la primera fe a su primer Desposado, tanto más copiosamente son galardonadas por Él con tanta copia de bienes, que el menor de ellos vale más que todo lo que acá pudieran haber, aunque se casaran con Emperadores! Porque ya veis (2), hermana, que los placeres de acá se acaban, y los señoríos también; y la mujer que hoy andaba muy rica y acompañada y servida, y llamada Majestad, que de aquí a pocos días se muere, y cesa todo, y se olvida todo, como si ninguna cosa hubiera pasado; mas las que esto desprecian, ganan lo eterno, y están en el cielo bienaventuradas, y sus memorias acá celebradas.

4. ¿Qué hay aquí que andar vacilando en si seguiremos lo celestial o lo terrenal, lo breve o lo eterno, lo que tiene tomo o lo vano, la incorrupción o la corrupción? Decidme, señora: ¿por qué habéis olvidado que el casamiento hinche la tierra, y la virginidad el cielo? ¿Por qué habéis tenido en poco lo que Dios promete a los vírgenes que guardaren el concierto que con Él concertaron, cuando se le ofrecieron en sacrificio limpio de virginidad? Leed en Isaías (6) y hallaréis que dice Dios: *Yo les daré lugar en mi casa y en mis muros, y les daré nombre más excelente que a los otros mis hijos e hijas: nombre sempiterno les daré, que nunca perecerá.* ¡Oh, si el sentido de aquestas palabras de Dios penetrase vuestra ánima, y con paladar sano gustásedes la suavidad que en ellas hay! ¡Y si viésedes con vuestros ojos, subiéndoos al cielo con vuestro pensamiento, cuán grandes bienes son éstos, y cuán de verdad los cumple Dios allá a los que en este mundo mortificaron su carne, despreciaron sus placeres y eligieron incorrupción y limpieza por Jesucristo, más que la corrupción sucia que de la carne se pega!

5. ¿No sabéis, hermana, que la que se casa con Jesucristo tiene a la Virgen María por suegra, y a Dios Padre por suegro, pues son la Madre y el Padre del Desposado? ¿No sabéis que pues Jesucristo es Rey, su esposa es Reina, y que aunque mientras vive en este mundo sea pobre y atribulada, a semejanza de como Él lo fué, que cuando venga el tiempo de las

(2) ¿Alude, acaso, a la muerte reciente de la Emperatriz?

bodas hará tan bienaventurada a su esposa, cual conviene serlo esposa de tan alto Rey? Y entonces, sentada en un tálamo con Él, le daréis gracias porque os tomó por esposa, y apartó vuestros ojos y vuestro corazón del amor de la criatura, y os mandó que a Él sólo mirásedes y amásedes como esposa leal. Y será entonces vuestra compañía con Él tan firme, y atada con nudo tan inseparable, que no sólo estaréis con Él cuando Él estuviere en su trono, mas como las vírgenes *siguen al Cordero dondequiera que va, y le cantan un cantar nuevo, que no le puede nadie cantar si no fuere virgen* (*Apoc.*, 14).

6. Pensad, pues, cuán preciosa cosa es la soledad que pasa la virgen en esta vida, y cuán valerosas las devotas lágrimas que por Cristo derrama, pues en el cielo estará acompañada con Dios y con la Virgen de vírgenes la gloriosa María; la cual, como capitana de ellas, cantará el nuevo cantar, como María, hermana de Moisés, pasado el mar Bermejo (*Ex.*, 15); y con el adufe (3) en las manos, que quiere decir su virginal cuerpo, comenzará el cantar, y seguirla han Catalina, Bárbara, Agata y Lucía (cuya vida os encomiendo leáis), con otra innumerable copia de vírgenes que conocemos y no conocemos, alegres de tanto bien que ganaron por su virginidad, y gozando para siempre de la incorrupción que aquí comenzaron (4)

7. ¿Quién habrá que, por alcanzar esto, no desprecie estotro? ¿Quién no mortificará a su carne con santos trabajos y castidad, para que así maltratada, se esconda *como grano de trigo debajo de tierra* (*Jn.*, 12, 24), para que, *muriendo* acá, *dé mucho fruto* en la eternidad? Y pues hay muchas que, provocadas con estos bienes, dejan los casamientos de acá, aunque muy rogadas, por casarse con Cristo, más razón es, hermana, que vos, habiéndoos casado con Él, no os descaséis ni tornéis atrás; pues que las buenas casadas de acá sufren con paciencia los trabajos del matrimonio, ya que está hecho. Y si el demonio o vuestra flaqueza os afligen para que dejéis lo comenzado, no por eso os desmayéis ni maravilléis, porque no sois vos la primera a quien acaece tener batalla por tener en pie la bandera de la virginidad; la cual es joya tan preciosa, que es mucha razón que no se alcance ni posea sin mucho trabajo.

---

(3) *Adufe:* pandero.
(4) Semejante argumento trata en las Cartas 24 y 38.

8. Mas no es esto sin fruto ni sin honra, porque mientras más seguida es una buena mujer, y ella no cae, tanto más honrada es acerca de su marido, y tanto mayores dádivas le da; y como vuestro Esposo Jesucristo sea mas agradecido, amoroso y fiel que todos los otros, sedlo vos a Él en no dejaros vencer de la tentación; y dirá a sus ángeles en el cielo, que tiene una esposa en la tierra que, por serle leal, pasa muchos trabajos, y por su amor desprecia otros amores. Y así recibís vos mayor consuelo—viendo que amáis a Dios tan de verdad, que por su amor dejais de gozar de lo que mucho deseábades—que pudierades recibir alcanzandolo. Y entonces diréis lo que está escrito (*Ps.*, 16): *Probaste mi corazón y visitástelo en la noche; examinásteme con fuego, y no fué hallada maldad en mí.* Esforzaos, hermana, a padecer esos fuegos, que así como son semejanza de martirio en la pena que dan, hacen semejante a mártir a quien los padece. Llamad vos a vuestro virginal Esposo y a su limpísima Madre; y tomad por abogada alguna virgen y mártir de las pasadas; y usad más a menudo el confesar, comulgar, orar y leer buenos libros. Trabajad vuestro cuerpo, y nunca estéis ociosa. Huíd conversación de todo hombre, y de mujer que no sea muy amiga de la virginidad, y tened confianza en quien os tomó por esposa, que os dará gracia para perseverar. Y si hasta aquí no os ha mucho favorecido, ha sido porque vuestro corazón ha andado cosqueando (5) y dudando sobre qué esposo tomaréis. Determinaos una vez ya a morir, antes que dejar a vuestro primer Esposo; y decidle que, pues Él conoce vuestra flaqueza, os dé fuerzas para cumplir lo que habéis prometido. Y aunque no os sintáis luego del todo libre de vuestras pasiones, no desmayéis, porque el Señor va sanando poco a poco nuestras enfermedades, y recibe la pena que nos dan —cuando no las queremos tener—en descuento de los pecados que hicimos en las consentir o flojamente despedir. De manera que, ahora el Señor nos dé paz, ahora paciencia en la guerra, todo lo ordena para nuestro provecho.

9. Y pues Dios os ha hecho merced de haber ya pasado los peligrosos golpes de la mocedad, y lleváis vuestra nao cargada de muchas riquezas, no hagáis tal necedad que al cabo de la navegación, cerca del

(5) *Cosqueando:* cojeando.

puerto, os ahoguéis en el cieno, por no esperar un poco a coger en el cielo los frutos de la virginidad que acá habéis guardado. Y no os parezca que queda mucho tiempo hasta desembarcar; que quizá se acabará más presto de lo que pensáis, y daros ha pena, si en el mundo os metéis, de por cuán breve gozo perdisteis tanto bien. Mas si esperáis, y esperáis en Dios, Él os proveerá de consuelo y contento, y daréis alegría a los que bien os quieren, y buen ejemplo a los que por ventura se habían comenzado a escandalizar; y en el cielo será recibido vuestro *Sí* como si de nuevo lo diérades; y harán fiesta los ángeles, cuya parienta es la virginidad, por el nuevo y firme propósito de la perseverancia que Dios os ha dado. A cuya misericordia plega alumbrar vuestros ojos, para conocer cuán mejor camino es el que vuestra ánima eligió, prometiendo virginidad, que el que vuestra carne quiere tomar, buscando medio para perderla.

71.—A UN ESTUDIANTE

Que le escribió la sequedad que hallaba en sus ejercicios. Enséñale en qué consiste la perfección, y cómo se ha de haber con sus padres.

Más consiste el aprovechamiento del ánima en negar la propia voluntad, y con corazón esforzado hacer aquello que el hombre siente ser agradable al Señor, que no en tener ternura de corazón y dulcedumbre devota; porque en lo uno se muestra el verdadero amor que a Dios se tiene, en el cual consiste la perfección de la cristiandad, y en lo otro puede estar escondido el amor propio, que todo lo ensucia. Por lo cual no debéis desmayar por la sequedad del corazón que decís que tenéis, mas caminar por el desierto, donde no hay árbol fresco, ni sombra que refresque, ni agua que alegre. Y si en la oración no halláis aprovechamiento, leed un rato; *et inter legendum,* meditad alguna cosa conforme a lo que leéis, mezclando la lección con la meditación; y rezad algunas oraciones vocales, teniendo delante alguna imagen de la Pasión del Señor o su cruz; y perseverad en esto aunque sintáis mucha sequedad, ofreciendo al Señor el rato que allí estuviéredes, y Él lo recibirá, pues mandó que se hiciese; y recibid al mismo Señor

de quince a quince días, o si provecho sintiere vuestra ánima, de ocho a ocho. Y vivid confiado que agradáis a los ojos del Eterno Padre por estar incorporado en su bendito Hijo; pues tenéis señales que os ha dado su amor, según Él dijo (*Jn.*, 16, 27): *Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis, et credidistis quia a Deo exivi.*

Y si vuestros padres están (1) en necesidad tan extrema, que en ninguna manera puedan vivir sin que vos entendáis en negocios, entended en ellos por la obediencia de Dios, que manda *honrar a los padres* no sólo con palabras, mas con temporal subsidio, como el Señor lo declara en el capítulo 15 (v. 4) de San Mateo. Y si esta necesidad tan grande no tienen, aunque alguna haya, dejad los lazos del mundo, y proseguid vuestro estudio, tomando para vuestro mantenimiento esa renta que decís que podéis haber.

Y sea vuestro amor Jesucristo crucificado, pues tan verdaderamente os amó, que dió la vida por vos.

72.—A UN CABALLERO [DE CÓRDOBA].

Que le está mejor residir en Montilla que en Córdoba. Que ejercite su oficio de caballero en pelear contra el enemigo de Dios, que es la propia voluntad. Aviso a ciertos noveles caballeros de Cristo.

1. Oído he las razones de vuestra merced para me persuadir que es más acertada cosa estar en esa ciudad que en esta villa; y cierto, aunque ellas son sutiles, no por eso me mueven; porque es más cierto lo que por ejemplo de Cristo se hace, y lo que por oración se alcanza, y lo que por experiencia se ve, que por humano parecer, y *forte* aficionado, se juzga. ¿Quién duda sino que vuestra merced, como morador de esa ciudad, y como favorecedor de mi poquedad, deseando mi estada ahí, es juez y testigo en su propia causa? Y por eso lo que gasta en buscar razones, gástelo en devotas oraciones; y acaecerá a vuestra merced con el predicador, lo que San Bernardo dice que ha de hacer el predicador con los oyentes: *Si persuadere, inquit, vis, gemendo magis quam clamando id facies.*

---

(1) *Están*; la edición de 1578, *no están*.

Y aunque en lo que he dicho vuestra merced me parece que excede, en otra cosa lo gana, y me edifica; conviene a saber, en la mucha paciencia que ha tenido en escribirme tres cartas sin ver respuesta mía. Estimo esto en más que el vivo razonar, cuanto va de obrar a hablar. Y es cosa que yo deseo mucho de quien me escribe; porque hallo tantos impacientes en esto, que querría más que no me escribiesen, que no que tan presto se enojasen. *De his hactenus.*

2. ¿Qué diré a vuestra merced, o qué le pediré, pues le tengo por mi señor? Que pues es caballero, que pelee, y no tenga el nombre en falso, que es la cosa que un cristiano más debe huir, pues es amador de la sencillez; y de ser tal, sea cual se nombra y parece. Bien entiendo, que la vigilancia que nuestro capital enemigo el demonio trae por nos hacer de su bando, y para que no ganemos lo que Él perdió, traerá muchas veces en la memoria de vuestra merced que *es pelea la vida del hombre sobre la tierra* (*Job*, 7, 1), y le hará alguna vez gemir con el trabajo de su molesta importunación, y le hará clamar al Señor, *a quo venit auxilium* (*Is.*, 38, 14): *Domine vim patior, responde pro me.* Y pues hay quien a vuestra merced haga acordar que vive en guerra, quiérole yo acordar que de tal manera se haya, que venza en ella. Porque de esta guerra no se puede esperar sino grande bien o grande mal; pues la joya de la victoria es Dios poseído eternamente, y la pérdida del ser vencido es perder a Dios para siempre.

¡Oh quién pudiera dar una voz que a todos los hombres llegase, y los asombrase con este temor, y los animase con esta esperanza! ¡Oh hijos de Adán!, ¿hasta cuándo ciegos, que esto no veis; sordos, que esto no oís; insensibles, que esto no os penetra hasta lo más dentro del corazón? Decid, ¿por qué os habéis rendido debajo de los pies de vuestros enemigos, y sin temor ni vergüenza, os vais las manos atadas tras de ellos? ¿No sabéis que *quien se deja vencer del pecado es cautivo del diablo?* (2 *Petr.*, 2, 19.) ¿No sabéis que *el sueldo que da el pecado es de muerte* (*Rom.*, 6, 8)—y de cuerpo y de alma—en los infiernos, y esto para siempre jamás? ¿Por qué os queréis tan mal, que busquéis vuestro mal, y os andéis dando de puñaladas vosotros mismos, enojándoos tanto porque os hacen un breve y chico enojo? ¿Por que no sentís la pérdida de Dios y de su amistad,

pues tanto sentís la de una poca de hacienda o de honra, que tenerla ni perderla no os hace menos ni más? *¿Qué responderéis en el día de la visitación y de la angustia que sobre vosotros viene* (*Isai.*, 10, 3), cuando, pasadas estas sombras, y desvanecido este humo, salgáis de esta carne que tanto amasteis, y dejando esto presente que estimasteis, seáis presentados delante el riguroso Juez, que tanto más recio le hallaréis contra vosotros, cuanto Él menos sujetos os halló para sí? ¿Qué queréis, que os conozca por sus caballeros, pues anduvisteis peleando en el real de sus enemigos, y manteniéndoos Él de sus bienes, y dándoos la misma vida que vivís, obedecisteis a las leyes de su capital enemigo y aborrecisteis las suyas? ¿Que queréis que os pague Dios lo que no le servisteis? ¿En qué razón cabe servir a uno y pedir la paga a otro? ¿Cómo ofender a uno, e irle a pedir paga como leal servidor?

No nos engañemos, ¡oh hombres!, en esto, que *no cogerá cada uno sino lo que sembró* (*Gal.*, 6, 1): *Quien en carne siembra, corrupción cogerá; y quien vida quiere coger, siembre en espíritu* (*Lc.*, 6, 24). *Que no nacen de espinas uvas, ni de los abrojos higos.*

Olvidado me había hablando con muertos como si fueran vivos. ¿Qué aprovecha tocar trompeta al que está sordísimo? ¿Qué aprovecha decir: «Oíd esto» a los hombres que aun no les entra a la primera puerta del corazón? ¿Qué haremos, señor, que está hoy cumplida aquella amenaza de Dios por el Profeta Isaías (6, 9): *Oyendo oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis*, etc.? Porque ni palabra, ni azotes, ni halago basta a despertar de este mortífero sueño, hasta que venga el fin de los miserables, y todos oigan la sentencia que los envía al infierno, y vean sus males sin remedio de ellos. Gran mal es éste, y bienaventurado aquel a quien el Señor de él libró, dándole conocimiento de sus malos caminos, y voluntad de los buenos.

Acuérdese el hombre de aquel día en que Dios le llamó, y sepa que entonces le abrió las orejas y ojos para ver y oír, como si un sordo o ciego sanara; y acordándose, agradézcalo mucho, pues le fué dado un don, si él se dispuso, que le vale más que todas las cosas, pues le fué dada amistad con el Señor, a la cual no se puede comparar cosa alguna. Y ésta sea la señal del verdadero agradecimiento, el verdadero

cuidado de perseverar, de tener sus ojos abiertos y sus orejas también. Porque muy más de culpar sería quien teniendo los ojos abiertos cayese, viendo que se cae, que el que no los tiene. Una cosa es hacer locuras un loco, y otras hacerlas el hombre que tiene juicio. Y así desagrada más al Señor la caída del que Él levantó y puso en pie, y le dió su luz con que viese, que las que dió primero que a Dios conociese y amase.

3. Por tanto, señor, avise vuestra merced a esos caballeros nuevos del Rey celestial, que no tomen el negocio de burla, pues el castigo de la negligencia y el galardón del cuidado no se dan de burla. Gran Señor es Dios, que quiere ser diligentemente servido: y al siervo perezoso no le dió menor castigo que *echarlo, atados pies y manos, en las tinieblas de fuera* (*Mt.*, 25, 30), que quiere decir, excluirlo de los bienes de Dios y su casa. Y pues por privar con el Rey, y para conquistar una poca de tierra, son menester cuidados, vigilias, trabajos y derramamiento de sangre. no emperecen ellos en esta pelea, pues Dios, cuya es, será su capitán, con cuyo brazo, cierto saldrán victoriosos. El enemigo que han de vencer, la ciudad que han de conquistar, su propia voluntad es: a ésta pongan delante de sí, y contra éste asesten sus tiros. A éste digan: Tú eres enemigo de Dios, pues quieres lo contrario de Él; y por tanto eres mi enemigo, porque soy de Dios, y amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos; no he de tener paz contigo, por no tener guerra con Dios; reine Dios en mí, y no mi voluntad: regirme tengo con lo que Él manda, y no con lo que se me antoja. Preguntaré a mi Dios que me enseñe su querer, y aquél será mi ley, aunque mi querer otra cosa quiera: duela o no, determínome de atarme con Dios, pues allende de se lo deber, pues Él se ató con la cruz por mí, cúmpleme llegarme a Él: pues todo aquel que no se llegare acá por amor, sera apartado allá de Él por desamor. Cuésteme mi sangre, y no pierda yo a Dios. Y por oír de su boca: *Gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor* (*Mt*, 25, 21), todo lo que se puede pasar es muy poco; que al fin, es temporal todo esto, y aquello eterno; esto liviano y aquello de peso. Y, por tanto, digamos de corazón con David (*Ps.*, 26, 4): *Una cosa pedí al Señor, y ésta buscaré: que more yo en la casa del Señor en la longura de los días.* Y sea la conclusión que nunca el cielo costó caro.

Nuestro Señor lo dé a vuestra merced y a todos por la sangre suya. Amén.

73.—A UNA PERSONA VIRTUOSA

Que tenía criados y familia; enséñale cómo los ha de tratar, cómo ha de llevar sus faltas y los ha de corregir.

1. Tengo por providencia de nuestro Señor el haber caído a vuestra merced en suerte sufrir esa persona; porque ¿cómo se ha de cumplir lo que muchos años ha le fué mostrado, que había de padecer en todo, sin sacar una pajica, si así no? Y también, ¿cómo había de aprender paciencia, y mortificación y humildad, sino en estas tales guerras con esa persona y con las demás de su casa? Porque aunque tenga vuestra merced muchos y buenos propósitos de padecer y de mortificarse, si no hay quien los ejercite, sueño son más que verdades. En la guerra se conoce la fortaleza; que fuera de ella todo es blasonar. Y parece ser esto así, pues que cuando algo de esto a vuestra merced acaece, se turba y se pone como la persona a quien corrige. En todo caso conviene ejercitar la paciencia; y no se puede ganar con quitar ocasiones; porque si dentro está la raíz, no hay sanidad de fuera, aunque parezca haberla por no haber quien la ejercite. Haga cuenta vuestra merced que le envió Dios esa gente para que mortificasen la mucha viveza de vuestra merced, y le parasen tal, cual se lee haber sido aquel hijo del rey, que siendo injuriado del viejo de Atenas, se rió, diciendo que se reía, porque él le daba de balde lo que le había costado muchos dineros que otros le dijesen.

2. Acuérdese vuestra merced de los desprecios que hicieron a nuestro Señor, y no pare hasta holgarse de ser así tratado, y téngase por muy dichoso el día que tal le acaeciere por dar algún placer a nuestro Señor. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, siendo muy injuriada de muchas personas, oró por ellas con lágrimas, suplicando a nuestro Señor diese a cada una una merced por cada injuria que le habían hecho; y respondióle nuestro Señor, que nunca oración tan acepta le había hecho, y que por aquélla le perdonaba todos sus pecados. No es pequeño negocio ven-

cerse un hombre, cuanto más en lo que es inclinado; y no es de pequeña estima delante de Dios ser despreciado de los que le habían de servir. Y esto acaeció a Job (19, 16), entre otros trabajos, que *su criado, llamado, no quería venir ni le estimaba.* Y el Señor padeció traición de su mismo discípulo, y deshonras y muerte de quien había de servirlo. San Agustín dice: «No penséis que viven los malos de balde en este mundo; porque Dios los tiene y sufre aquí para que se conviertan, o para que ejerciten a los buenos.» No puede ser Abel, a quien no ejercita la malicia de Caín; ni podría haber mártires, si no hay crueldad de sayones; ni se prueba la castidad, si no es perseguida, ni la paciencia sino con golpes. Así que, reciba vuestra merced eso de la mano de Dios como muy particular merced, y agradézcasela, y aprovéchese de ella, hasta que no se halle sin ella, como decía el Santo Job (30 29): *Compañero fuí de avestruces y hermano de dragones.* Y en cómo le va a vuestra merced en esto verá en qué grado está de santidad, mejor que en la dulcedumbre de la consolación, y que en los trabajos de la enfermedad; porque como esto es tan áspero de sufrir, es a Dios muy agradable de que haya amor en nuestro corazón para pasarlo por Él.

3. Esto es en lo que vuestra merced ha de imponer su corazón. Y en lo que toca al castigar, esté avisado que no lo haga cuando el corazón está alterado, sino déjelo pasar, y después corregir por amor, más como quien ruega que no como quien riñe; porque este medio es muy más eficaz para aprovechar al prójimo, que es lo que debemos pretender cuando ha errado, y no satisfacernos de nuestra injuria o de desacato que nos hicieron. Aprenda también a disimular cosas. Y aunque le parezca que no salen con tan buena crianza como vuestra merced querría, pase por ello; porque a veces se esconde nuestra ira y soberbia con decir que pretendemos que nuestro criado haga lo que debe. Cierto, es el corazón del hombre profundo; y muchas veces él mismo se engaña. Y por eso es mejor declinar a la parte de nuestra mortificación que a la contraria, y avezarnos a sufrir que nos hagan un sinsabor y otro, hasta que, como he dicho, nos holguemos y sintamos gran placer en ser así tratados.

Así que, convendrá disimular muchas veces; y como decía uno que está aquí, a otra persona muy viva:

«Señor, hágase vuestra merced tonto, y cuando sea menester reprender, sea con blandura, diciendo: Catad que deseo vuestro bien, y me da pena ver que no sois el que deseo, ni el que nuestro Señor quiere; y esto es lo que me da pena más que las faltas que me hacéis»: y así con blandura corregir. Y cuando esto no basta, por mejor tengo darles alguna penitencia de ayuno o cosa semejante, que herir con palo ni mano. Mas si fuese mucha la perseverancia, sufrirse ha darle con el bordón. Y en todo esto ha de andar la oración por ellos, que sin ésta no hay nada hecho.

4. Y quien no entiende que tener criados es tener señores, y tener a quien sufrir, y por quien rogar, no sabe qué es tenerlos, ni imita a nuestro Señor, ni al trato que tenía con sus discípulos. ¡Oh qué blando, qué amoroso, qué sufrido, qué orar por ellos, qué morir por ellos! Esto ha de mirar el mayor con sus menores, pues el Señor les lavó los pies, y dijo: *Ejemplo os he dado.*

Y sea la suma, que trate vuestra merced más a los suyos con amor de padre, y padre amoroso, que no por rigor de señor; y que haya mucho de blandura y sufrimiento y de oración, y algo de rigor, poco.

74.—A UN RELIGIOSO.

Animándole al perfecto amor de Dios, y enseñándole algunos medios para alcanzarlo.

MUY RDO. PADRE:

Pax Christi.

1. Pues que nuestro Señor Jesucristo no es servido que yo esté por ahora donde gozase de la comunicación de vuestra merced y de esos señores colegiales como deseo, sea su nombre bendito, y súfrolo en paciencia. En lo cual creo que no hago poca penitencia, porque difícil cosa es de sufrir estar apartado de quien el hombre ama. Y de verdad nunca tanto deseé la corrección de vuestra reverencia como ahora porque creo que fuera para mucho servicio de nuestro Señor. Mas, pues al que le ama todas sus cosas le parecen bien, hablaré un poquito por ausencia, hasta que Dios dé la presencia.

2. Deseo mucho, señor mío, que buscásemos a Dios nuestro bien; y esto no como quiera, mas como quien

busca un muy deseado tesoro, por amor del cual *vende todo lo que tiene,* creyendo quedar rico con tener una sola cosa, en lugar de muchas que poseía.

¡Oh Dios y Señor, y descanso de lo de dentro de nuestro corazón! ¿Y cuándo comenzaremos, no digo a amarte, mas siquiera a desearte amar? ¿Cuándo tendremos un deseo de Ti, digno de Ti? ¿Cuándo nos ha de mover ya la verdad, más que la vanidad; la hermosura, que lo feo; el descanso, que el desasosiego; el Criador, tan lleno y suficientísimo, que la criatura, pobre y vacía? ¡Oh Señor, y quién abrirá nuestros ojos para conocer que, fuera de Ti, no hay cosa que harte ni que permanezca! ¿Quién nos descubrirá algo de Ti, para que, enamorados de Ti, vayamos, corramos, volemos y nos estemos siempre contigo?

¡Ay de nosotros, que estamos lejos de Dios, y tan poca pena tenemos de ello, que ni aun lo sentimos! ¿Adónde están los entrañables suspiros de las ánimas, que una vez han gustado a Dios, y después se les aparta algún tanto? ¿Adónde lo que decía David (*Ps.*, 131, 4): *Si diere sueño a mis ojos, y descanso a mis párpados, hasta que halle casa para el Señor?* Y esta *casa* somos nosotros, cuando no nos perdemos repartiéndonos en cosas diversas; mas nos recogemos en unidad de deseo y amor, y entonces nos hallamos y somos casa de Dios.

3. Creo que es la causa de nuestra tibieza lo que uno decía, que quien a Dios no ha gustado, ni sabe qué cosa es haber hambre, ni tampoco hartura. Y así nosotros ni tenemos hambre de Él, ni hartura en las criaturas; mas estamos helados, ni acá ni allá, llenos de pereza y desmayados, y sin sabor en las cosas de Dios, y propios para causar vómito al que quiere sirvientes no tibios, mas encendidos en fuego, *el cual Él vino a traer a la tierra, y no quiere sino que arda* (*Lc.*, 12, 49), y porque ardiese ardió Él mismo, y fué quemado en la cruz, como *la vaca rufa* lo era *fuera de los reales* (*Num.*, 19, 2), para que tomando nosotros de aquella leña de la cruz, encendiésemos fuego y nos calentásemos, y respondiésemos a tan grande Amador con algún amor, mirando cuán justa cosa es que seamos heridos con la dulce llaga del amor, pues vemos a Él, no sólo herido, mas muerto de amor.

4. Justo es que nos prenda el amor de quien, preso por nosotros, fué entregado en manos tan crudas. Entremos en la cárcel de su amor, pues Él entró

en la del nuestro, y por eso fué hecho *como manso cordero delante de los que le maltrataban.* Y esta cárcel le hizo estar quedo en la cruz; porque muy mayores y más recias fueron las cuerdas y prisiones de nuestro amor, que los clavos y sogas; que le apretaron, aquéllos al cuerpo, y el amor al Corazón. Y, por tanto, átese nuestro corazón con su amor, atadura de salud, y no queramos tal libertad que estemos fuera de su cárcel; porque así como está mal sano el que de su amor no está herido, así es mal libre quien de su cárcel no está preso.

No le resistamos ya más; dejémonos vencer de sus armas, que son sus beneficios, con los cuales quiere matarnos, para que vivamos con Él; quiere quemarnos, para que, consumido este hombre viejo conforme a Adán, nazca el hombre nuevo por el amor conforme a Cristo; quiere derretir nuestra dureza, para que, así como en metal líquido con el calor se imprime bien la forma que quisiere el artífice, así nosotros, tiernos por el amor, que *hace derretirse en oyendo hablar al Amado* (*Cant.*, 5, 6), estemos muy aparejados y sin resistencia, para que Cristo imprima en nosotros la imagen que Él quiere; y la que quiere es la del mismo Cristo, que es la del amor; porque Cristo es el mismo amor, y Él nos mandó que *nos amásemos como Él nos amó* (*Jn.*, 15, 12). Y San Pablo (*Efes.*, 5, 2) nos dice que *andemos en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros.* De manera que si no amamos, desemejables estamos a Él, tenemos ajeno rostro, no le parecemos, somos pobres, desnudos, ciegos, sordos y mudos y muertos; porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y él es el que es cura espiritual de nuestra ánima, sin el cual está ella tal, cual está el cuerpo sin ella. Amemos, pues, señor mío, y viviremos; amemos, y seremos semejables a Dios, y heriremos a Dios, que con sólo amor es herido; amemos, y será nuestro Dios, porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y él es das las cosas, pues que todas nos servirán, según está escrito (*Rom.*, 8): *Los que aman a Dios en todas las cosas tienen buen fin.* Si este amor nos aplace, pongamos la segur de la diligencia a la raíz de nuestro amor propio, y hagamos caer a este nuestro enemigo en tierra.

5. ¿Qué tenemos de nosotros? Pongámonos en Dios, no hagamos caso de nos, mas de Dios; no nos

duelan nuestras pérdidas, mas las de Dios, que son las ánimas que de Él se apartan. Y porque es dificultoso dejarnos de amar, echemos lágrimas con que sea fácil de cavar esta tierra. Gimamos a Dios de lo profundo de nuestro corazón; que nuestras lágrimas hieren a Dios, aunque ellas son tiernas, y Él es omnipotente. Pensemos buenos pensamientos, porque, como dice David (*Ps.* 38, 4), *Es una fragua de fuego mi pensamiento.*

Sobre todo, metámonos, y no para luego salir, mas para morar, en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado, que allí en su Corazón, partido por nos, cabrá el nuestro, y se calentará con la grandeza del amor suyo. Porque ¿quién, estando en el fuego, no se calentará, siquiera un poquito? ¡Oh si allí morásemos, y qué bien nos iría! ¿Qué es la causa por que tan presto nos salimos de allí? ¿Por qué no tomamos estas cinco moradas en el alto monte de la cruz, adonde Cristo se transfiguró, no en hermosura, mas en fealdad, en bajeza, en deshonra? Las cuales moradas nos son otorgadas, y somos rogados con ellas, siendo negadas a Pedro las tres que pedía (*Mr.*, 9, 4).

Y si algún poquillo de fuego en nos se enciende, guardémoslo bien, no nos lo apague el viento, pues que es poco; cubrámoslo con ceniza de humildad, y callar y esconder, y hallarlo hemos vivo; y echemos cada día leña, como Dios mandaba que el sacerdote hiciese (*Levit.*, 6, 12), la cual es hacer buenas obras, huyendo de perder tiempo.

6. Y sobre todo alleguémonos al fuego que enciende y abrasa, que es Jesucristo nuestro Señor, en el Sacramento Santísimo. Abramos la boca del ánima, que es el deseo, y vamos sedientos a la fuente de agua viva; que, sin duda, poniendo la miel en la boca, algo gustaremos; y el fuego en el seno calentarnos ha. Y después y antes de comulgar tengamos algún aparejo; y los mejores son la fe cierta que vamos a recibir a Jesucristo nuestro Señor, y el pensamiento y amor de su Pasión, pues en su memoria se hace. Y así recreados, aparejémonos para comulgar otra vez; porque quien entonces se apareja solamente a ella, muy pocas veces se hallará aparejado. Corramos, pues, tras Dios, que no se nos irá; clavado está en la cruz; allí le hallaremos muy cierto; metámosle en nuestro corazón, y cerremos las puertas de él, porque no se nos vaya. Muramos a las cosas visibles, pues las hemos

por fuerza de dejar. *Renovémonos con novedad de espíritu* (*Efes.*, 4, 23), pues tanto tiempo hemos vivido en vejez. Crezcamos en conocimiento y amor de Cristo, que es Sumo Bien.

7. Y todo esto se alcanza con humilde oración y con perseverante cuidado. Más se recibe en el ánima, que se hace del (1) ánima; más es ser movida y dispuesta, que obrar ella de sí. Y, por tanto, quitemos los impedimentos nosotros, y soseguemos nuestro corazón dentro de nos; esperemos allí a Cristo, el cual *entra, las puertas cerradas,* a visitar y alegrar sus discípulos, y sin duda será con nosotros, porque de Él dice David (*Ps.*, 9): *Oyó el Señor el deseo de los pobres, y el aparejo de su corazón oyó su oído.* Y pues Cristo principalmente ha de obrar esto en nosotros, no hay por qué desconfiemos; mas fuertes en la fe de tal guiador, comencemos con fervor esta carrera, que lleva hasta alcanzar a Dios.

Y si luego no pudiéremos sujetar nuestro corazón como queremos, sufrámosle en paciencia, hasta que *Dios se levante y caigan todos nuestros enemigos* (*Ps.*, 67, 2), hasta que *despierte y mande a la mar que esté queda*; mas quiere que tengamos nosotros confianza en Él, aun entre las grandes tentaciones, aunque ya se quiera la navecilla hundir. Por tanto, no titubeemos, no desmayemos, no penemos a otros por el enojo que nos causa esta guerra continua de habernos de vencer. Algún día vendrá que *ponga Dios nuestros fines en paz* (*Ps.* 147) y *durmamos sin que haya quien nos despierte.* Y ya que no alcancemos esta tal paz luego, más vale que andemos sudando y peleando por desarraigar nuestras pasiones, que estar en sosiego por no querer seguir la perfección, y contentarnos con vida de tibios. Sin duda es muy grande parte de la perfección el trabajar de verdad por alcanzarla. Desconfiemos, pues, de nos, y confiemos en Dios, y comencemos en virtud del Omnipotente; y nuestro principio sea humildad, figurada en la ceniza, y nuestro fin sea el amor, figurado en la Resurrección; y así tendremos buena Cuaresma y buena Pascua.

8. A todos esos señores beso las manos, y me encomiendo en sus oraciones, y que les suplico que amen mucho a Dios y al prójimo, para que en el día del examen sepan bien responder, y les den el grado de

---

(1) *Del alma:* por el alma.

laureados, y sean recibidos en el colegio de los Angeles y de los Santos, adonde para siempre aprendan del Libro de la Vida, que es Dios; el cual estará abierto delante de nuestros ojos para que le conozcamos y amemos y para siempre poseamos.

Jesús sea con vuestra merced.

75.—A Tello de Aguilar (1).

Exhortándole al amor de Dios y enseñándole los medios para alcanzarlo.

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Señal muy clara es de no amar, afligir sin compasión al que ama. Creo que vuestra merced y la señora doña Leonor piensan que tengo yo el corazón de piedra o de hierro, pues que tan sin duelo se quejan de mí con palabras que me dan tormento. Certifico a vuestra merced que los amo tan tiernamente, que más he menester consuelo de como no les voy a servir, que no reprensiones y quejas. Pero ¿qué haremos, que hemos de negar nuestra voluntad por la de Dios? En la cual tengo yo confianza firme que me guía por quien Él es en la predicación de su palabra, pues es negocio que Él tiene tanto a su cargo, por tocarle en cosa que tanto ama, que son las ánimas. No lastimen, pues, ya al que tiene trabajo por disimular su pasión, y se hace fuerza por no amar tanto, a lo menos por no recibir tanto las impresiones que causa el amor.

Pero ¿qué hago? Gasto tiempo en rogar que no me den pena. Creo que yerro en ello; que más quiero que ellos descansen en quejarse de mí, si en ello aplacan su pena, que excusar a mí del trabajo que sus quejas me dan. Plega a Dios y tanta merced me haga a mi pecador, que por el bien de esas ovejicas, yo ponga mi vida; que aquel sería descanso mío, aprovecharles en algo.

---

(1) Así se deduce por la mención que hace de la señora doña Leonor [de Inestrosa], familia queridísima del P. Avila, en Ecija. (Véase Granada: Vida del P. Avila, p. 3, cap. IV, § 6.) Esta Carta no se lee en las ediciones modernas.

Oh, ¿cómo nos detenemos en palabras, teniendo tanto bien de que gozar como es Dios? ¿Por qué entendemos en otra cosa, pues en esto hay tanto que hacer? ¡Oh ceguedad de los hombres, que huyen del gozo, pensando que van a buscar algún gozo: vuelven las espaldas a quien siempre los querría abrazar y dar beso de paz! ¡Oh Dios nuestro, y amador de los hombres! ¿Cuándo tornaremos a Ti con crédito firme que nos quieres bien, y con ánima vacía de las nonadas de las criaturas, para que sea llena de Ti, oh descanso lleno de dulcedumbre, y hartura de los cielos y de la tierra! ¡Ay de nosotros, tan crueles para nosotros por perder tanto bien, y tan crueles para con Dios, pues no le queremos cumplir su deseo, que es de hacernos mercedes, y darnos besos de paz! El cual deseo es tan grande en Él, que creo, si Él pudiese padecer, le mataría, o le haría caer enfermo de amor. ¿Por qué afligimos a quien consolarnos desea? ¿Por qué huímos de compañía tan agradable? ¿Por qué quitamos los ojos de tal hermosura? ¿Por qué no queremos abrir nuestro seno, y recibir en él al que en cielo y tierra no cabe, para que, de hombres, nos tornemos divinos? ¡Oh maldita sea tal dureza y porfía y tan sin razón! Y ¿hasta cuándo ha de durar, y hemos de salir con la nuestra? Dejémonos ya vencer de las saetas de Dios tan amorosas; y siendo heridos, le heriremos a Él; y enflaquecidos, seremos fuertes; y muertos, viviremos; porque pasaremos de nosotros a Él, trocando nuestra nonada por su cumplimiento de bienes, los cuales comunica Él a quien le ama, pues de los amigos todas las cosas son comunes, y dando el corazón por el amor, todo lo demás va tras Él.

¡Oh codicia de los avarientos, y ¿dónde estás tan mal empleada si esto no sabes? Oyelo bien: que puedes ganar a Dios, si amas a Dios. Y si esto sabes y no vienes con la boca abierta, *como ciervo* herido *y sediendo a las fuentes de las aguas* (*Ps.* 41), muy necia eres, pues eres tan poca (2), que con tan poco te hartas. Amemos a Dios; amemos a Dios, y será nuestro Dios. ¡Oh Dios tan bueno, que de tan bueno, eres muy importuno, no en pedir que te den, mas en rogar que reciban, no oro ni plata, mas lo mejor que Tú tienes, que eres Tú mismo.

---

(2) *Poca:* chica, pequeña.

¿Qué os parece, oh hombres, de este don? ¿Pondréis en él alguna tacha, por achacosos y mal contentadizos que seáis? No podréis, por cierto; ninguna razón tenéis para no lo querer. Hermoso es, provechoso es, bueno, rico, sabio, piadoso, fuerte para pelear por ti, y blando para recibirte a ti, riguroso contra tus enemigos, manso en te sufrir y recibir, aunque tú eres grande enemigo, pues no le amas, habiendo tanta razón de le amar.

Mas dirá algún achacoso: No sé si querrá ser mío; que yo deseo le tengo.

Deja, por Dios, los achaques, que nacen o de pereza, o de poca fe. Pluguiese a Dios que abriésemos ya nuestros ojos, ciegos con la vista de las criaturas, y desocupados los vasos de los corazones, los pusiésemos a esta fuente de agua, que harta y refresca; y veríamos que si ahora no corre es porque está detenida, por no hallar quien quiera beber. La poca codicia y deseo es impedimento para que no corra; la mucha plática que en nuestros corazones traemos nos impide la habla de quien tanto desea hablarnos, y estos sentimientos devotos y ardores de amor, los cuales son sus palabras muy encendidas, que callando dan voces. Este, pues, sea nuestro cuidado y nuestro trabajo, apartarnos primero de le dar enojos, olvidar luego todas las cosas, por mejor acordarnos de Él, y olvidarnos, lo tercero, de nosotros mismos, pues somos una de las criaturas, todas las cuales conviene pasar, para del todo emplearnos en Dios. No nos parezca esto recio, pues lo menos de ello hemos de hacer nosotros. Lleguemos ya a nuestro Dios, desocupados los corazones acostumbrados a amar las criaturas, siquiera los tres raticos acostumbrados de la mañana, tarde y noche; y de día—quiero decir entre las ocupaciones—trabajemos de acordarnos de Dios; porque muy poca es la obra para impedir esta nuestra obra, si queremos darnos a ello y perseverar. No digamos: no puedo, a lo que no hemos probado. Mucho puede el uso y porfía, y sobre todo la gracia de Dios, que sale al camino de quien le quiere buscar. Enséñase Dios ciertamente a quien persevera a le buscar; porque, si no quisiera darse, no convidara consigo, pues es suma verdad que a nadie engañó. Metámonos en nuestro corazón y cerremos las puertas; que así entró Cristo a sus discípulos, y allí callemos, oyendo a Dios, que es mejor que hablar nosotros a

Dios; porque nuestras palabras suelen ser mentirosas, y las que hablamos, siendo habladas de Él, son verdaderas. Y siendo consolados y abrazados de Él, acordémonos de su santísima Ley, que es que como Él lo hace con nosotros, quiere que lo hagamos con nuestros prójimos.

No más; que pues *el fin de toda Ley* y mandamiento *es la caridad* (1 *Tim.*, 1), razón es que lo sea de nuestra carta prolija, escrita con caridad. Trabajemos de nos enmendar, porque es ya vergüenza pasársenos los días, y no venirnos el seso.

Jesús sea con vuestra merced y con todos. Amén.

76.—A UN SU AMIGO.

Gratitud del maestro para con su amigo. Exhórtale a no desear sino el amor de Dios.

1. Tres grados se suelen poner de la virtud del agradecimiento: El primero es conocer en el corazón el beneficio recibido; el segundo, alabarlo y contarlo con palabra; el tercero, satisfacerlo con la obra, según la posibilidad de quien lo recibió. Y mirando yo muchas veces en el agradecimiento que a vuestra merced debo, me parece que de poco me remuerde la conciencia que tendré cerca de él. Porque así como la principal parte del beneficio es el amor puro, liberal y sin interés con que se hace, así lo principal con que se debe agradecer, es el mismo corazón grato y aparejado a hacer lo que pudiere con quien le benefició, para que así corresponda corazón a corazón, y haya igualdad. Que de otra manera, pagando con amor a quien no dió con amor. más le pagan de lo que deben; y pagando con obras solas a quien dió amor, no se le paga lo que se le debe. Y porque nuestro Señor me hace merced de poner en mi corazón tan presentes los beneficios amorosos que de vuestra merced he recibido, como si siempre los estuviese recibiendo, y me da conocimiento y agradecimiento de ellos, no me angustia mi pobreza en las obras, viendo tanta riqueza en el corazón. Y si me dijere que este agradecimiento es muy estéril, digo que pues yo no puedo más, y vuestra merced no me hace mercedes con esperanza de retorno, creo que no parecerá pequeño el servicio a quien ningún servicio buscaba.

2. Díceme que me acuerde de los hijos, que tanta necesidad tienen. Digo que pongo a Dios por testigo que sí hago, y no como quiera, mas muy en particular; sino que en el no sentir allá el provecho, veo yo cuán flacas son mis oraciones; lo cual no es pequeño desconsuelo para quien no tiene otra cosa con que pagar sino con ellas. Mas siempre osé confiar de nuestro Señor—por quien Él es—mirando a la caridad que vuestra merced siempre conmigo ha usado, ha de satisfacer conforme a su verdad y bondad, pues ha dicho (*Mt.* 10, 41): *Qui recipit prophetam in nomine prophetae, mercedem prophetae accipiet.* Cartas no escribo tantas cuantas parece que sería razón; mas, cierto, lo que allí falto, en Misas lo pago; y creo que es trueco que vuestra merced no se tendrá de él por engañado. Plega a Cristo me haga tanta gracia, que yo pueda, antes que de esta vida salga, enseñar a vuestra merced con obra cuán entrañablemente me tengo por deudor suyo en el corazón. De aquesto no más.

Pena siento de la ida del Padre Fray Vicente, por la falta que hará. Súplase su ausencia con añadir oración y lección; que por cierto tengo, que a quien esto sobra, de ninguna cosa siente falta.

3. Mire, señor, cuán peligrosa está la vida, y cuánto trabajo es menester para conservar esta centellica del celestial fuego, que no sea apagada entre tantos vientos de tentaciones, y entre tanta frialdad de ocupaciones como tenemos. Y si la candela se nos apaga, nos quedaremos a obscuras. Líbrenos nuestro Señor de, *habiendo tomado el arado* del camino de Dios *en la mano, tornar atrás* (*Lc.*, 9, 62), dejando el buen camino que guía a la tierra de los vivos, y caminar a la de los siempre muertos. Líbrenos Él, que *es luz verdadera* (*Jn.*, 1, 9), de parecernos mejor la vanidad que pasa, que la verdad que para siempre dura, y escoger un breve cumplimiento de voluntad y perder un eterno. Menester es, señor, en tiempo de tanta necesidad, suplicar a nuestro Señor que *nos quiera dar su verdad y su luz* (*Ps.* 42, 3), para que las tinieblas, que tan espesas andan como en tierra de Egipto, no nos cieguen el corazón, y hagamos obras vergonzosas, y que den temor para el día que todo ha de salir a luz. Deseemos, señor, al Señor por amigo; que no hay quien sin amigo pueda vivir. Que si no le deseamos, no le tendremos: que así como no vino al mun-

do hasta que fué muy deseado y rogado, así no viene al alma si no se ve muy deseado y rogado. Y por cierto con mucha razón; porque no es razón que se dé tal manjar a quien tiene fastidio de él. Perdido parece el bien en poder de quien no le conoce. Mal empleado estaría Dios en el ánima, que aunque le tenga delante, no se le incita el apetito a le desear y amar.

¡Oh Bien sobre todo bien, y solo y suficientísimo Bien! ¿Y qué le sabe bien a quien Tú no le sabes? ¿En qué se deleita quien en Ti no halla deleite? Por fuerza quien en Ti no halla tomo, lo ha de hallar en lo que no tiene tomo; o por mejor decir, se queda sin hallarlo en cosa; porque al apartado de Ti no le puede encontrar sino falta y pobreza. ¡Oh deseo de los ángeles! ¿Y quién no te desea, y se muere de hambre de Ti, cumplimiento de nuestras faltas, y sobrado henchimiento de los más interiores senos y rincones de nuestras entrañas? Suspire a ti el extranjero, pues tú eres su tierra de tanto descanso. Búsquete quien algo busca, pues quien te halla pone fin en buscar otras cosas. Gócese de Ti y por Ti y contigo quien es amigo de gozo, pues Tú sólo haces el ánima tan de verdad gozosa, que así endulzas las congojas y las tristezas, como un fuego infinito abrasa y deshace unas muy pequeñitas pajas. Buscarte a Ti es virtud sobre toda virtud, y hallarte es bien sobre todo bien. No hay cosa que se le ofrezca a quien te busca, que le deba quitar de te buscar; porque no hay cosa que por Ti den, que no cueste, Señor, muy barato. Daban en otros tiempos de muy buena gana por Ti la salud que se perdía en las cárceles, la fama que se perdía en los pregones por las calles, la honra que se perdía en las deshonras o desprecios que en presencia se hacían a quien te confesaba; y perdían por Ti hacienda, tierra, hijos y mujeres y vida; y con sólo Tú, joya de valor infinito, se daban por bien pagados los que tantas cosas perdían; porque Tú solo eres en valor todas las cosas, y de todas pierde deseo, quien a Ti solo tiene.

4. Y ahora, Señor, aunque no haya aquel aparejo para poder así perder todas las cosas por confesión de la fe, hailo y muy grande para servirte en confesión de amor. Padecían de antes por no perder la fe; padecen ahora por no apartarse de tu voluntad. Y no sé si es más dificultoso guardar, entre tantos contrarios de dentro y de fuera, visibles e invisibles, prós-

peros y adversos, que nos quieren quitar de tu voluntad la firmeza de obediencia y caridad, que en otros tiempos lo era, entre manos de sayones, guardar sin desmayo tu fe. Aparejémonos a ser mártires de la caridad, pues no lo somos de la fe; y poniendo nuestros ojos en Aquel que en la cruz subió tan denodado para sufrir, corramos esta carrera con alegría, en cuyo fin está Dios puesto por joya, y quitando todo impedimento, alleguemos hasta el cumplimiento de la voluntad del Señor; que aquél es el centro donde ha de reposar nuestra ánima, si en algún lugar ha de estar. Llamemos cuando mal nos fuere a Aquel por quien peleamos; que no hallaremos descuidado para nuestro socorro al que nos convida a la guerra, y fué cuidadoso de nuestro bien con costa de su vida propia. Vernos tenemos delante el acatamiento de Dios; hagamos vida [tal], que *nuestra faz no sea confundida* en aquel día y para siempre avergonzada, mas llena de gloria con los que fielmente sirvieron y gloriosamente han de ser coronados. Amén.

77.—A UNA PERSONA AFLIGIDA.

Enséñale cuán bueno es el camino de la cruz, y los consuelos que el Señor da para llevarla.

Yo no tengo por cosa nueva la que vuestra merced cuenta del trabajo en que está; porque cuando veo que Dios da alguna espiritual prosperidad a alguna persona, luego espero el contrapeso del trabajo que le ha de venir. Porque así como después de la tempestad viene serenidad, y después de las lágrimas alegría, así también después de la alegría vienen lágrimas. Que de otra manera, paraíso fuera esta tierra, y no cruz. Y como el Señor del cielo, viniendo acá, escogió esta cruz para con ella vivir y en ella morir, diónos a entender que era su voluntad y nuestra salud que imitásemos su vida si la queríamos ganar para siempre.

No aciertan los que piensan que da Dios aquí los consuelos y los regalos para que nos alcemos con ellos, no, sino para que esforzados con ellos, suframos la carga que nos quiere echar. Y por esto, algunos amadores de sí mismos—y por eso flojos—no quieren tratar con nuestro Señor, porque les parece que no

los deja gozar a su placer de lo que ellos querrían; y fingen amar a Dios y ámanse a sí. Y no entienden que el amor con sólo amor se contenta, y no se busca a sí mismo; y con tener contento al Señor, lo están ellos, mortificados a su propia voluntad por vivir a la de Él; porque dos vivos en un corazón no pueden estar, por ser la casa corta *y el estrado angosto, y no hay para dos,* como dice Isaías (28, 20). Así que, vuestra merced vaya adelante, y pase por agujero angosto de cruz, y cuanto más amare la cruz, tanto más gozo tendrá de [la] resurrección, no por deseo de gozos, sino de virtudes con que agrade al Señor. Mas Él no deja al ánima sin gozo cuando ve que no lo busca, ni sin galardón a quien no tiene mucha cuenta con lo que ha de recibir, sino con lo que ha de agradar.

No sea menester comenzar cada día de nuevo, que esto suele ser causa que no se acabe un negocio; sino responder con lealtad al Señor, y estar muy fiada de la lealtad de Él para los suyos, la cual ni se puede hablar ni pensar, si por experiencia no se prueba. Todo el saber del siervo de Dios es hacer la voluntad de Él, y a ojos cerrados esperar en Él. Y con esto está tan fuerte que ninguna cosa teme, ni ninguna le vence; y con esto vive alegre y confortado, no porque le falten ejercicios (1), sino porque no tiene angustia ni desmayo en el corazón. De los cuales era San Pablo cuando decía (2 *Cor.*, 6): *Como tristes, mas siempre gozosos.* Y si alguna vez acaece ser dejado del Señor en manos de las tristezas, temores y desconfianza, no se turba, porque conoce la condición de nuestro Señor que así trata a los suyos, y que muchas veces les encubre el amor, mas no se lo quita, y los deja andar en la guerra solos, y *en la mar se les hace dormido*; para así llevarlos poco a poco a que aprendan a esperar el buen día en el tiempo del malo, y a no vivir en lo que sienten, sino en lo que de Dios deben confiar, y para que no pasen por este mundo sin cruz. Y como ellos tengan por pequeña la que toca en las cosas del mundo, hiéreles en el ánima, aunque no con pecados, con temores y desconsuelos que les nacen de no saber si agradan o no, y de cosas semejantes. Mas el fuerte amor que nos tiene le hace que en todo busque nuestro provecho. Y dichosos

---

(1) *Ejercicios:* trabajos.

nosotros que en manos de tal bondad caímos y a tal Señor conocimos.

Él es con vuestra merced, y será siempre; a Él gracias por ello y por todo. Amén.

Dios sea amor de vuestra merced.

78.—A UNA SEÑORA

Que se le había muerto su marido comendador; consuélala, y dícele cuán poco hay que desear en esta vida, y cuánto aprovechan los trabajos a quien los sabe llevar.

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced.

1. Muchas gracias sean dadas a Jesucristo por todo lo que ha hecho e hiciere, pues que *es justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras* (*Ps.* 144, 17). No plega a su misericordia que otra cosa diga nuestra boca ni sienta nuestro corazón, sino confesar que es bien hecho todo lo que hace, aunque, según el parecer de los que poco saben, otra cosa parezca; del número de los cuales deseo que vuestra merced no sea, y confío en la misericordia de Dios que no será, mas que le dará gracia para que, por muchas tempestades que combaten su ánima, de las presentes, y de las que por venir se le representan, y la traerán turbada a una parte y a otra, no quite sus ojos de Dios y de su santa voluntad, que es el norte al cual hemos de mirar en la noche y mar de aqueste mundo, para aportar al puerto de salud, que no tiene fin.

2. ¡Oh señora! y si mirásemos las cosas como cristianos, que por ser discípulos de Cristo, habemos de conocer la verdad, y no como hombres sin luz, que lloran de lo que han de gozar, y ríen de lo que han de llorar, ¡cuán claramente veríamos que hace Dios merced, y mucha, al que de este destierro lo saca, y con lo que decimos «muerte» da fin a nuestros trabajos y a sus ofensas! ¡Oh vida tan falsamente dicha «vida», pues tantos trabajos y muertes engendras de cuerpo y ánima! ¿Y qué diré de tu engaño? Que si quien vive tiene trabajos, la misma vida le es muerte, y le es ocasión de impaciencia y de otros pecados; y si siente prosperidades, hácese vano y olvidadizo del Dador de la vida; y ésta es muerte, aunque *tenga*

nombre de vida. ¿Pues por qué había de ser amada una cosa que, cuanto más próspera viene, tanto más debe de ser temida? Bienaventurado aquel que ha escapado de tus lazos, que en todos los momentos y negocios tienes armados, no para llevarnos oro o plata, mas para cazar nuestras ánimas, más valerosas que oro ni plata; y son tales y tan sutiles, que ninguno por ti pasa sin ser enlodado, y tanto, que contar diez años de vida no es sino contar diez años de caídas y engaños y trabajos que hemos vivido. ¿Pues qué remedio para no caer en tus lazos? Por cierto, Dios lo da cuando nos saca de tu jurisdicción tan trabajosa y cruel, y nos pone adonde no sintamos tus combates ni alteraciones; mas libres de tu yugo hagamos gracias al que quebrantó nuestras cadenas y nos dió libertad.

3. No llore, pues, vuestra merced «la muerte» a solas, llore «la vida», y de gracias a Dios que le ha ya medio librado de aqueste cieno, y la librará cuando Él sea servido del todo. Digo «medio librado», porque el marido y la mujer una cosa es, y lo medio de vuestra merced que está fuera de aqueste mundo, está bien y en libertad; y lo medio que es vuestra merced, está acá en cautiverio y miseria. Y si bien siente cuán miserable cosa es vivir aquí, suplicará de corazón a nuestro Señor que lleve presto la parte de acá con la de allá, donde juntas y enteras, den gracias a Dios por haberlas librado de muerte, y puéstolas en el abismo de la vida, que es Dios. No esto por impaciencia o por desesperación, mas por deseo de no dar más enojos al que merece servicios, y por deseo de ver al que es toda luz y hermosura. ¡Oh luz que alegras a los que te ven, y así alegras, que ningún rincón dejas en ellos sin alegría! ¿Y cuándo gozaremos de tu hermosura? Que otra no sea nuestra comida, ni habla, ni riqueza, ni deleite, ni vida, sino ver a Ti y gozar de Ti, vida, manjar, tesoro, gozo y todo nuestro bien ¿Qué nos detiene de ver esta deleitable visión? ¡Oh si pluguiese a Ti, que por amor de Ti, se nos tornasen amargos todos los placeres presentes, y nos fuesen dulces los trabajos de acá, porque son camino muy cierto para Ti, pues Tú fuiste aquí tan abundante en trabajos, y así entraste en tu gloria!

4. Señora, abramos los ojos y no queramos engañar a sabiendas a nosotros mismos, pues la verdad de Dios nos desengaña, que dice (*Act.*, 14, 21) que *por*

tribulaciones hemos de ir al descanso. Y no seamos como siervos mal criados, que cuando no se hace como ellos quieren, murmuran de su señor; mas fiemos del amor con que Dios nos ama, y diga la carne flaca lo que dijere, que la verdad [es] ésta: Que lo que Dios ha hecho en llevar al señor comendador, que sea en gloria, ha sido muy bien hecho para él y para vuestra merced. Para él, que pues él vivió y murió como cristiano, de creer es que Dios le dará galardón como a buen cristiano; y si no le da luego el galardón de cristiano perfecto, que es ver a Dios, a lo menos tendrá galardón de cristiano pecador y arrepentido, que es purgatorio, donde hay certidumbre de ver a Dios. Y verdaderamente creo que si oyésemos su ánima, nos diría: ¿Por qué me lloráis, pues yo estoy contento con lo que Dios de mí ha hecho? ¿Qué tenéis bueno en esa vida en la cual me queríades? ¿Hay otra cosa a que me podáis convidar sino a dolores, enfermedades, miserias de cuerpo y de ánima? Baste lo pasado, y sea bendito el que de ello me sacó; no lloréis a mí, mas temed vuestra vida, y hacedla tal que merezcáis ser presto sacados de ella, y gozar de la de acá. Estas cosas, señora, aunque otros no las creyesen, es razón que vuestra merced las crea, pues fué testigo de su largo purgatorio que en su enfermedad tuvo, y con tanta paciencia, que no sólo yo, mas cuantos le veían, daban gracias a nuestro Señor. *Y pues Dios no castiga una cosa dos veces* (*Nah.*, 1, 9), razón es que esperemos que Dios será Padre de consolación en el otro mundo, a quien en éste fué Padre castigador.

5. Mas ya veo que vuestra merced dice que no duda en esto, sino que la pena que tiene es porque queda ella acá entre tantos trabajos: A lo cual digo que el mayor consuelo de quien ama es saber que le va bien a quien ama, aunque a él venga trabajo; y pues así es, vuestra merced debe tener esto por grande ganancia, pues fué para provecho de quien amaba. Y si bien quiere mirar, hallará que aunque le dejó nuestro Señor entre muchos trabajos, todo es para su provecho, pues a quien más trabajare, más galardonará. Y si se siente flaca para ellos, sea su fiucia en Aquel que tanto más favor de secreto da, cuanto más parece que quita en lo público. No está nuestro arrimo en carne ni sangre, que ya vive, ya muere; mas en Dios vivo, librador de los que en Él tienen esperanza, aunque

todos los demás les falten. Y si los fingidos amigos nos faltaren en las necesidades, no desmayemos; mas creamos que, en lugar de todos y por todos, basta y sobra este tan fiel, que mientras tuviéremos esperanza y amor en Él, no nos dejará.

6. Y aunque otra ganancia no se saque de las tribulaciones, sino ir más veces a Dios que íbamos de antes, no es pequeña merced, pues de la comunicación de Dios tanto bien nos viene. Estas sean las armas de vuestra merced en todas las guerras que le vendrán; éste es el consejero en todas sus dudas; éste su consuelo en todas sus angustias; éste su provisor en todas sus necesidades; su amigo, pariente, padre, marido y todo su bien. Y tenga una cosa por cierta, que no para otro fin le quita delante estas cosas, sino para que tome a Él en lugar de ellas; y tanto mejor le irá a vuestra merced con Él que con ellas, cuanto va de Él a ellas. Solamente ella vaya a Él, y con esperanza de su misericordia, que antes faltará agua en el mar y luz en el sol, que misericordia en Él para el corazón quebrantado y humillado. Y si vuestra merced quiere aprovecharse de Dios y recibirle, pues Él se quiere dar, yo sé que antes le dará gracias por lo que le ha enviado, que quejas. Recoja su corazón a Dios, y encomiéndese a Él con todas sus cosas.

7. Hágase dura para los trabajos, pues el delicado Hijo de Dios tantos trabajos tomó por nosotros; y cuanto mejor rostro les hiciere, más ligeros le serán de sufrir; y cuando mucho fatigaren, váyase a Jesucristo, y piense en el agonía que tuvo en el huerto, y en la palabra que dijo al Padre (*Lc.*, 22): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha;* y esta misma diga vuestra merced con el corazón y la boca lo mejor que pudiere. Y si considerare que esos trabajos no se los dió otro sino la bendita mano de Dios, creo que no le serán graves de sufrir, mas que le diría: Señor, pues Tú me los envías, yo los recibo, que no es razón que sea tan mal criada, que torne yo la cara a cosa por Ti enviada. Y pues los trabajos que un ministro de Dios nos pone en penitencia los sufrimos de buena gana, ¿por qué no de muy mejor los que Dios nos envía, aunque sean mayores, pues Él es mayor? No durará para siempre, ni andaremos siempre debajo la vara del castigo de Dios. Día vendrá en que arroje la vara y enojo, y nos abrace como a hijos queridos; y tanto más le seremos aceptos cuanto mejor

rostro y paciencia mostráremos entre los castigos. Poco es el trabajo que envía en comparación del galardón que a quien lo sufriere dará; y pues a los más trabajados más descanso se dará, merced hace mientras más envía, no mala obra. Seamos varoniles en el sufrir, seamos hijos verdaderos en el obedecer, que Dios será abundante en el galardonar, y hará verdaderas las promesas que en su nombre a los que sufren tribulaciones con paciencia promete.

Aquel Señor que es Padre de consolación, y sabe y puede y quiere confortar y consolar los corazones de los que a Él se encomiendan, dé a vuestra merced su favor y consuelo; pues que la Escritura dice (*Oseas*, 6): *Que Dios hiere y sus manos dan salud; y el que da la llaga, da la medicina.* A Él se den gracias y alabanzas siempre y en todas las cosas, y en todos los lugares del cielo y de la tierra. Amén.

79.—A UNA DONCELLA.

Astucias del demonio para sacarla del bien comenzado. Que ruegue con la paz a la persona enojada.

1. Dios dé a vuestra merced tanta gracia cuanta yo le deseo, y cuanta es menester para perseverar en el bien comenzado. Porque bien sé yo que el demonio no ha de cesar de combatir por mil maneras, ya abierta ya solapadamente, para, si pudiera, destruir lo que Dios ha edificado. Unas veces pone gran desmayo en camino tan trabajoso, y amontona delante los ojos tantas cosas, que parecen insufribles, y que no hay remedio para las poder llevar. Y si la persona se quiere esforzar en Dios, confiando de su favor, procura de derribar esta confianza diciendo que no tiene Dios cuidado de aquestas cosas: Y cuando más no puede, hace entender que no sirve la persona a Dios, y que mejor le serviría en otra parte, y píntale los inconvenientes que de presente tiene, y los aparejos que en otra parte tendría; lo cual no lo hace él porque desee nuestro bien, sino por quitarnos el que tenemos, de lo cual recibe él pesar.

2. Mas aunque sus astucias sean muchas y grandes, más es la misericordia de Cristo, y su poder para nos ayudar y sacar vencedores, si nosotros no queremos volver las espaldas huyendo de la guerra. Diga-

mos a nuestro adversario, que los trabajos que delante nos pone no son tan grandes como él pinta; *que aun no hemos resistido hasta derramar sangre peleando contra el pecado*, como dice San Pablo (*Hebr.*, 1, 2); que mayores trabajos pasan otros por amor del mundo y de lo de acá; y por eso es razón que no sea para menos el que a Dios sirve, para pasar por Él, que el que al mundo para trabajar por él, pues el galardón del mundo es mal tras mal, y el de Dios es grandísimo bien tras pequeño mal.

3 Y si miramos la vida de nuestra Vida, que es Jesucristo nuestro Señor, habremos vergüenza de nos quejar, pues nunca le vimos sino pobre y huyendo en la niñez, o entre perseguidores cuando grande, o entre angustias de muerte que le hacen sudar sangre, y después remata su vida entre bofetadas, azotes, espinas, clavos y cruz. ¿Qué es nuestro trabajo cotejado con el más pequeñito de aquéstos? Y pues queremos parte en el cielo con Él, no nos descontente su compañía en la tierra. Porque Él determinado está de no tener por compañero en su gozo, sino al que lo fué de sus penas; y su cruz quiso que fuese la puente por do pasásemos al descanso; y otro vado ni paso para el cielo no hay, sino la compañía de los trabajos y mortificación del Señor. Y a quien éstos no parecen bien ni los quiere pasar no tiene que ver en *el reino que está aparejado desde el principio del mundo.*

Por tanto, esforcémonos en el Señor, y armémonos con las armas de su pasión y penas, que en ellas hallará nuestra ánima tanta fortaleza, que ninguna cosa la puede vencer. Y tome la esposa a su Cristo como *manojo de mirra,* y traiga la amargura de Él *en el corazón* (*Cant.*, 1, 12), para que pensando en las penas de Él, se consuele en las propias, y lo tenga por mercedes, como lo son; y ámelas tanto que se halle con ellas favorecida y llena de joyas, y tiemble de verse sin ellas. Y siéntase como desnuda cuando no está vestida de la librea de su Esposo, que es angustias y trabajos. Y así huirá el demonio, que nos quería hacer dejar el camino de Dios, contándonos que pasábamos mucho, viéndonos amar los trabajos por amor de Aquel que por nos los pasó.

4. Y no nos engañe con decirnos que es muy larga la jornada que hemos de andar, porque puede ser que tengamos poco de vida; y lo que nos parecía que nos había de durar muchedumbre de años, no

durará aun muchos días; y por eso hemos de tener vivos alientos, esperando que cada día será el fin de nuestros trabajos, y decir a nuestra ánima: Sufre esto algún día, que posible es que estés al fin de tu vida, y que poco tiempo te atormentará. Que, cierto, mas verdadero pensamiento es éste, que no el que el demonio nos trae; y a más vemos acabárseles la vida esperándola muy larga, que sucederles la longura de años que ellos pensaban.

5. Y si quiere hacernos entender que en otras partes sirviéramos más a Dios, aquello es un engaño con que a muchos ha sacado del buen camino en que estaban, prometiéndoles otro mejor, y ellos, de necios, perdieron el que tenían, en que Dios les había puesto, y por alcanzar el mejor cayeron en el malo, y de allí en el infierno: y dejaron aviso para que no sea uno ligero en mudar lugares debajo de mejor servir a Dios. La mudanza que se hace de mal a bien buena es, y poco engaño se debe en ella temer; mas querer uno del buen lugar pasar al que le parece mejor, peligrosa cosa es, porque suele muchas veces nacer del deseo flaco para resistir lo que Dios le envía, y no del fervor de mejor vida; mas el descontento que su impaciencia y poca virtud le causa, le pone el deseo de hacer mudanza: y como la enfermedad se va en el ánima, en viniéndole alguna prueba como las primeras, luego siente lo que primero; porque no por mudar lugar se le mudó el corazón, y ve después que era engaño lo que pensaba ser buen deseo. Por tanto, conviene ser constantes en lo comenzado: y si el demonio trae inconvenientes y estorbos que hay en la parte que estamos, decir que en otra los habrá quizá mayores y más peligrosos; y aunque no los veamos, podémoslo creer, porque no hay lugar sin ellos: y que dondequiera que hay bien hay estorbo, y por eso se quiere quedar con los que tiene, y dar buena cuenta de lo que Dios le encomendó.

6. Esté vuestra merced confiada que Dios fué servido de su venida, y es servido de su estada; y con saber esto no sentirá sus trabajos; porque dichoso es aquel que a Dios agrada, aunque le cueste mil vidas. Tenga firme en la guerra, y sufra de toda parte combate; que los ojos de Dios la ven, y *conoce a sus ovejas,* y viene luego al balido que dan. Él proveerá de esfuerzo. Y aunque alguna vez caiga con la

carga, no se espante, sino levántese luego, y pida mayor fuerza a nuestro Señor, que así somos todos, y bien nos conoce nuestro Señor, y no se espanta de nuestras flaquezas; al cual le contenta mucho el corazón humillado, y que conoce su propia flaqueza, y está colgado de su misericordia. Esta será con vuestra merced, y la consolará y atribulará, cada cosa a su tiempo; y en lo uno y otro recibimos merced, porque todo nos es menester, hiel y miel, hasta que toda la hiel se convierta en miel, saliendo de este destierro y gozando de nuestro Señor en su reino, en el cual plega a Dios yo vea a vuestra merced.

7. Parte me cabe a mí de su pena: Dios sea bendito, que así lo permite. Y de verdad se le deben gracias, pues que quiere ejercitar nuestra paciencia para darnos mayor corona. Señora, acuérdese de la cruz del Señor, y cuántos sudores pasó debajo de ella, hasta que cayó en el suelo, y lo levantaron a rempujones y sin misericordia; mire que nuestros trabajos ni afrentas no son como aquéllas, y que nos hace merced en enviarnos algo de lo que Él pasó. Creo yo que estaba vuestra merced segura, y por eso se ha desconsolado tanto, como no estaba apercibida. No se desmaye por eso, que mujer es, y no ángel, y flaca, y no santificada. No se espanta Dios de nuestras flaquezas, ni quiere que desmayemos por ellas, sino como el niño que cae y luego se levanta y corre como primero.

8. Basta ya lo que ha estado triste; por amor de nuestro Señor que deje la tristeza, que no hay de qué tenerla. Porque si hubiésemos de mirar a enojos, ¿quién duraría con quién? Ni padres con hijos, ni maridos con mujeres, ni nadie con nadie. *No se ha de poner el sol sin que se acaben los enojos* (*Eph.*, 4, 26); y quien primero ruega con la paz, aquél lleva la corona doblada; y pues hasta aquí ha ganado tantas coronas, no pierda ésta; y cuanto se le hace más de mal, tanto será su corona mayor. Y esto le pido por amor del Señor, que rogó por los que le estaban crucificando, y lavó y besó los pies a Judas, que le fué a vender: ¡cuánto más es razón que hagamos nosotros a quien bien nos quiere, aunque algún enojo haya tomado!

9. En lo que vuestra merced hizo, hizo muy bien; y así lo haga de aquí adelante; y si sobre ello le dieron palos, bien empleados vayan. Y en esto quiero ver si me ama, en que luego olvide todo lo pasado,

y deje la tristeza, y se alegre con el Niño Jesús, y con la Virgen recién parida, que está muy alegre. Bien veo que le pido mucho; mas a quien mucho ama mucho le hemos de pedir.

El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Amén.

80.—A UNA DONCELLA.

Animándola a que sirva a una enferma por amor de Dios.

Aunque quisiera yo ver a vuestra merced en mucho descanso, más le deseo ver en que mucho gane su ánima. Y como nuestro Señor la ama muy de verdad, hace lo mismo con ella; porque bien pudiera Él ordenarle vida que no tuviera trabajo; mas no quiso sino que tome parte de penas ajenas, a semejanza de Él, que siendo sano, enfermó de nuestros dolores. Bien aventurada vuestra ánima, señora, la cual cumple lo que dice San Pablo (*Hebr.*, 10): *Hubisteis compasión de los presos, como si vosotros estuviérades presos.* Porque así siente vuestra merced el mal de esa señora como si suyo propio fuera, y aun creo que más. Y por eso debe estar muy alegre, porque cuanto por una parte le lastima, por otra gana grandísimas coronas. Porque servir a un enfermo, aun sin mucho amor, es gran cosa, cuanto más con tanto amor, que hace estar tan enfermo al sano como al doliente. Tesoro, señora, atesoráis para el cielo; no os ahitéis, pues vuestro galardón será el mismo que os crió. Nuestras deudas perdona Dios por las ajenas que a cuestas tomamos.

Holguémonos que nos dé Dios en que le podamos satisfacer; y pues sois esposa, servid con amor a vuestro Esposo, el cual está enfermo cuando una oveja suya lo está; porque palabra de su boca es que dirá el día postrero (*Mt.*, 25): *Enfermo era, y servísteisme; tomad el reino que os está aparejado.* Y no dejéis de le suplicar que esfuerce a la enferma y os esfuerce a vos, no para quitaros los trabajos, sino para acrecentaros fuerzas y amor, con el cual llevéis su cruz como Él la llevó por vos. Él renunció sus consuelos por tomar vuestras tristezas y penas. Decid vos que así lo quiere vuestra ánima, y que no deje

de enviar algo en que se vea cómo le amáis; porque gozar con Dios no hay quien no lo quiera; mas trabajar por Él, eso es señal de amor verdadero, y sólo el amor de Cristo ha de durar.

Hágaos Él tal cual Él desea y yo le suplico. Amén.

81.—A UNOS SUS AMIGOS ATRIBULADOS.

Del amor que Dios y Cristo nos tienen, de donde procede enviarnos preciosos trabajos, y ayudarnos a padecerlos.

1. Bendito sea Jesucristo nuestro Redentor, Señor, Padre, y Maestro que por tantas vías busca nuestro bien, enseñándonos su amor, aunque de los que poco saben y aman no sean sus obras entendidas ni recibidas con la reverencia y agradecimiento que sería razón; del numero de los cuales suplico al mismo Señor, saque a vuestras mercedes, y les dé *lumbre con que vean la lumbre* (*Ps.* 35, 10) de aquesta verdad, de lo cual vendrá la obediencia y agradecimiento. Porque ninguno habrá, si extremamente malo no fuere, que no reciba de buena gana lo que es su provecho, y que no agradezca a quien se lo envía, mayormente siendo enviado con mucho amor.

¡Oh Amador! ¡Oh amor, de nosotros muy verdadero y probado, Jesucristo bendito! ¡Y quien dudará [de] tu amor, habiendo sido de él testigos el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos está! Tú, Señor, lo diste y porque nos amas lo diste; que ni esperas provecho de nuestros servicios, ni nos lo debes, pues todo lo que tenemos es tuyo. Ni hay otro motivo en Ti para hacernos mercedes, si[no] tu sola bondad, en la cual nos amas verdaderamente. Señor, desde que oídos tenemos, otra cosa en nuestras orejas no suena sino: «Bien os quiero.» Porque, si sordos no somos, ¿qué otra cosa es la vida. [la] salud, el pan, el vino, la tierra y el cielo, y todo aquello con que *vivimos y nos movemos y somos,* sino voces que pregonan el amor que nos tienes y pides? Lo cual sentía bien San Agustín cuando decía: «Todas las cosas me dicen a voces que te ame.» Y esto es por lo que hemos dicho, porque nos dicen que Dios nos ama.

Mas porque estos testigos son bajos, por ser criaturas, el mismo Criador nos vino a testificar su amor

con el testimonio más cierto que hay; el cual es no sólo *dar*, porque aquello poco duele, mas *darse* y padecer por nosotros; lo cual es tanto mayor señal de amor, cuanto va de su persona a los dones. Y este testimonio, porque sin duda fuese de nos recibido, firmólo con su muerte, habiéndolo escrito con su sangre; que pues no se puede más por uno pasar, por muy amado que sea, que morir por él, sepan los hombres que son amados de Cristo, pues puso por nosotros lo último que se pudo poner.

2. ¿A qué propósito esto? Para acordar a vuestras mercedes que confíen que los quiere bien Cristo. ¡Oh palabra alegre en las orejas de los pobrecicos, la cual tienen los ángeles en gran reverencia! ¡Oh palabra, que nos dice la causa de cuanto bien tenemos y esperamos tener! Porque no de otra parte ni principio nos viene, sino porque somos amados de Cristo. ¡Oh si en otra cosa no hablásemos ni escribiésemos, sino que nos quiere bien Cristo! Y este amor, aunque sólo basta para hacernos ricos y en hora buena nacidos, porque grande bien es hallar gracia en los ojos de tan alto Rey; mas su amor no es estéril, antes su amar es hacer bienes. Y como San Agustín dice: «No amas, Señor, y desamparas.» Por lo cual reverenciemos, agradezcamos, y con fe y amor participemos de los merecimientos que Cristo nos ganó; y confiando en lo mucho que nos amó, dejemos todo pecado, y desterrada toda tristeza que suele venir en las tribulaciones, desterrada toda cobardía que suele combatir a los flacos, alanzando todo descontento que suele venir con lo adverso, *hinquemos las rodillas* de nuestro corazón *a este Padre de las misericordias y Dios de toda consolación* (*Efes.*, 3, 14), que nos amo y amará, y agradezcámosle la merced que nos hace en enviarnos señales de amor; porque verdad dijo el que dijo (*Hebr.*, 12, 5, 6): *Fili mi, noli negligere disciplinam Domini; nec fatigeris dum ab eo corriperis; quem enim Dominus diligit, castigat; flagellat autem omnem filium quem recipit.* Y puesto que duela, hemos de mirar el principio de donde sale y el fin donde va a parar, y con esto conformar nuestra voluntad.

3. Los que miran no más de las manos de Dios engáñanse muchas veces, juzgando su Corazón por sus obras; mas los que le miran a su Corazón no son engañados, antes tienen el verdadero conocimiento de las obras, pues conocen de dónde nacen y dónde van

a parar. No se engañe nadie, pensando que la prosperidad que Dios envía es siempre señal de amistad; porque algunas veces suele ser señal de recísima ira: ni huyamos de lo adverso pensando que es ira de Dios, porque casi siempre suele ser señal de su amor. Y pues *con amor*, y lo que más es, *por amor* nos atribula, debemos agradecérselo, pues no se debe menos al padre cuando castiga a su hijo que no se pierda, que cuando le halaga amorosamente. Y si miramos que la intención del Señor es nuestro provecho y su gloria, adoraremos a su Majestad, que tanta merced nos hace, aunque el medio nos parezca amargo. Esto se nos dió a entender en la reina Esther (5, 2), que *besó el cabo de la vara dorada del rey Asuero*; porque aunque la vara de nuestra corrección nos espante, mas mirando *el fin* o *cabo* de ella, que es nuestro provecho y gloria de Dios, debemos besar este fin, aceptando lo que el Señor nos envía.

4. Y esto no será muy dificultoso de creer a quien cada día (1) manda purgar con acíbar y otras cosas más amargas a los que bien quiere, haciendo en ellos justicias y amándoles mucho. No es mucho que un cristiano tome la purga que Dios le da para sanarle su ánima, pues que el hombre toma la purga que el hombre médico le da para sanarle el cuerpo; y en la purga de Dios está cierta la salud, en las otras no; y del celestial Médico estamos ciertos que no errará en dar más o menos, porque todo va dispensado por un saber infinito, que no se le puede disminuir ni crecer, mas en el del suelo podemos dudar. ¿Pues qué sinrazón sería quien pide licencia y confianza a sus enfermos cuando los cura, que no la tenga en Dios cuando le cura? Esforcémonos en Jesucristo nuestro Señor, que de cierto no nos dará más purga de la que podamos beber.

5. Y aun, porque de buena gana la bebamos, bebe Él con nosotros; lo cual sintió San Pablo cuando decía de Jesucristo (*Hebr.*, 2, 9), *que por la gracia de Dios gustó la muerte por nosotros*. Sobre lo cual dice Crisóstomo, que así como el médico gusta primero la purga amarga por hacer la salva y quitar el espanto al enfermo, así Cristo, por quitarnos el temor de los trabajos y muerte, lo quiso primero gustar por nosotros. ¡Oh si mirásemos cómo bebió Él toda la purga

(1) ¿Serían médicos o enfermeros los destinatarios?

sin estar enfermo, porque nosotros lo estábamos! ¡y cuánto acíbar hallaba en ella cuando decía (*Mt.*, 26, 39): *¡Padre, si es posible, pase este cáliz de Mí!* Mas mirando nuestro remedio y salud que de su trabajo venía, mirando la voluntad del Padre que así lo había ordenado, dice: *Mas no como yo quiero, sino como Tú.*

¡Oh palabra, que hace al que de verdad la piensa y ama, ser invencible de carne, mundo y demonio e infierno! ¿Quién puede dañar a quien dice de corazón: *No como yo quiero, sino como tú?* Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de Él; y esto no en las prosperidades (que aquello, poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un «¡Gracias a Dios!», un «¡Bendito sea Dios!», que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades. Estas son *las trompetas* en las cuales nos está mandado que *alabemos a Dios* (*Ps.*, 150, 3), porque son hechas a golpes; y ésta es la música a las orejas de Dios más acepta que le podemos cantar.

Bien veo yo que estas cosas más presto se dicen que se hacen, y que es más ligero consolar que sufrir, y que no se conoce el cristiano en saber consolar a los otros, mas en saber consolar a sí en la tribulación. Mas en todo esto *fiel es el Señor* (1 *Cor.*, 10, 13), cuyas manos hieren y consuelan, y en cuya fortaleza ha de ser nuestra confianza.

6. No debemos derribar nuestro corazón, por más que las penas crezcan, porque tanto más aparejo hay para que parezca la fortaleza de Cristo en nosotros, cuanto nuestras flaquezas fueren mayores. Y esto es lo que nuestro Señor dijo a San Pablo (2 *Cor.*, 12, 9): *La virtud* (quiere decir *la fortaleza*), *en la flaqueza es más perfecta.* La *fortaleza;* no la *tuya,* que no la tienes, como lo pruebas: mas la *mía,* más fuerte parece mientras *tu flaqueza* fuere mayor; porque cuando Dios defiende una cosa muy perseguida y muy enflaquecida, parece ser fuerte (2), pues a cosa tan flaca sustenta contra tantas flaquezas. Y pues la intención del Señor es demostrar su gloria, y mientras nosotros más atribulados y con menos fuerzas, más aparejo hay para que Dios gane honra, fortaleciéndonos con su

---

(2) *Parece ser fuerte:* muestra Dios la fortaleza que tiene.

fortaleza; no debemos desmayar, por mucho que crezca la tempestad; mas mientras ella más crece, más confiar y decir al Señor: «Esta es tu hora.» Esto rogaba David al Señor cuando decía (*Ps.*, 70, 9): *Cuando faltare mi fortaleza, no me desampares, Señor.* Y pues que esto es así, digamos con San Pablo (l. c.): *De buena gana me gloriaré en mis flaquezas, porque more en mí la virtud de Cristo.* Flaquezas llama a las tribulaciones. Si en sustentar Cristo a San Pablo en ellas, moraba *la virtud,* que es la fortaleza, *de Cristo,* en San Pablo parecía la honra de la fortaleza de Cristo. Y, por tanto, San Pablo, que antes *rogó tres veces al Señor que le quitase la tribulación* porque le dolía; la cual no creo, ni es de creer, que era tentación de la carne, mas otro trabajo, ya no pide que le sea quitada, porque ve que teniéndola, y no siendo derribado, parece *la fortaleza* de Cristo en *la flaqueza* de él. Y porque nuestros ojos no deben mirar a nuestro descanso, sino a la gloria de Cristo, dice San Pablo, que *está contento con ellas,* pues sucede en gloria de Cristo, aunque sea con trabajo. Así que, hermanos, no pensemos que la victoria de esta pelea ha de ser por nuestras fuerzas a solas; Cristo nos pone en ella, y Él quiere la gloria de la victoria; Él peleará por nosotros y con nosotros. No desmayemos, *y veremos el favor del cielo ser con nosotros* (2 *Paral.*, 20, 17).

7. Aprovechémonos de esta medicina para conocer cuan flacos somos, lo cual es principio de salud; y cuán miserable cosa es vivir sobre la tierra, y cuán colgados estamos de Dios, y cuánto nos ama, *pasando,* no a más no poder, *por nosotros,* mas de su gana, lo que a nosotros tan recio nos parece de sufrir. Porque, a la verdad, nunca hombre, por contemplativo que sea, tanto conoció los dolores y amores de Cristo, como quien pasa algo de ellos. Sepamos también cuán necios somos en pecar, pues nos obligamos a otros mayores dolores; y cuán bueno es Dios, que mereciendo nosotros estar en continuos dolores acá y allá, nos hace merced (3) del infierno de allá, y nos ayuda para pasar lo de acá, satisfaciendo por nuestros pecados y ganando en el cielo coronas. Estas y otras doctrinas aprenderéis en la tribulación mejor que en cuantas escuelas y púlpitos hay, y más de verdad; porque en

(3) *Nos hace merced de:* nos dispensa de.

estos lugares se suelen oír con las orejas, estando quizá el corazón en otra parte; en la tribulación óyese: que Dios enseña con obras.

8. No piense vuestra caridad que solamente es menester fortaleza para pelear en el campo por Cristo; en la cama y casa hay aparejo para ganar coronas; y no cualesquiera, porque la pelea de la enfermedad y dolor no es cualquiera. Cierto es que cuanto la cosa que nos viene es más contraria a nuestro querer, tanto es más recia la pelea, y más agradable a Dios la victoria. Pues por cierto (a lo que yo alcanzo y experimento), cosa es muy desabrida la enfermedad, mayormente si trae dolor. Y cuando uno, con el favor de Cristo y por Cristo, viene a hacer tan buen rostro al dolor y desabrimiento de ella como a la salud, paréceme que tiene gran victoria de su sensualidad, y será su corona grande.

A esto nos debemos esforzar, como Séneca decía; porque si el dolor es poco, no es mucho que se sufra; y si es mucho, no es poca, mas mucha la gloria que de sufrirlo se sigue; y por esto no hay excusa para no sufrir.

9. Cuanto más si miramos a la alta ordenanza de Dios, que, como dice San Pablo (*Rom.*, 8, 29), *predestinó a sus escogidos a ser semejables a la imagen de su Hijo*. Pues si hemos de ser semejables en la gloria, también en los dolores; porque no es razón heredar con Cristo los gozos del cielo, y no querer parte con Él en los dolores del suelo. Oigamos lo que dijo a sus discipulos, y a nosotros con ellos (*Lc.*, 22, 28-29): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; y yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino*. De estas palabras parece claro que los que quisieren sentarse a la mesa a gozos eternos con Cristo, primero les conviene sentarse con Él a sus trabajos que tuvo en el suelo; porque *a éstos dispone el reino, como su Padre a Él*. ¡Oh si tuviésemos ojos para ver cuán gran soberbia es no contentarnos con pasar por la ley que Jesucristo pasó, y no aceptar el reino con la condición que su Padre se lo dió a Él! Notorio es que el Eterno Padre únicamente ama a su Unigénito Hijo: mas por eso no dejó de *disponerle el reino* con tantos dolores y deshonras como pasó. Pues ¿por qué yo pensaré que el Señor no me ama aunque me envíe trabajos? ¿Por qué no

me gloriaré, que me trata como a su Hijo? ¿Por qué no le daré gracias, pues que me viste de la librea de su amado Hijo? ¿Por qué no tendré esperanza que me hará participante en su gloria, pues me veo serlo en sus trabajos?

¡Oh bendito seas, Dios y Señor y Padre nuestro, que quisiste que tu amado Hijo fuese *el primogénito de todos sus hermanos* (*Rom.*, 8, 29), dándole más gloria que a otro alguno, y quisiste que fuese también el principal, y que no tuviese igual ni segundo, en el padecer dolores y otros trabajos! Hicístelo metro y mensura de nuestra perfección y gloria, para que uno, mientras más llegado a su vida en este mundo, más perfecto sea; y mientras más llegado a Él en el otro, más gloria tenga. Pues si bien miramos qué tuvo Cristo en esta vida sino trabajos, mientras más fuéremos trabajados, más conformes, más cercanos a Cristo; y por eso más ciertos de serlo en el cielo, adonde *limpiará Dios las lágrimas de nuestros ojos* (*Apoc.*, 7, 17), adonde nos recibirá como Padre amador de sus hijos, adonde nos coronará la pelea de acá, adonde parecerá mejor el cristiano que va herido y ensangrentado de la guerra de este mundo, que el otro que saliere sin herida.

82.—A UNA DONCELLA

Regalada de Dios, enseñándola cómo se ha de haber en medio de los favores que no debe desear.

DEVOTA ESPOSA DE JESUCRISTO:

1. ¿Qué os parece quién es Dios? ¿Qué os parece cuán bueno es, pues se inclina a amar y tratar con la podredumbre de la criatura, que no siendo digna aun del pan que come, le dan por manjar y posesión al Criador de todas las cosas? El ingenio humano no puede alcanzar esto, ni los ángeles pueden dar gracias suficientes a nuestro Señor por la merced que hace a un pobre gusanillo en acordarse de él y visitarlo. El mismo Señor se alabe, que se conoce; Él se bendiga, se ame y se goce; que otro no hay que le pueda bastantemente engrandecer ni dar gracias por lo que hace con nos, si Él no.

2. Y así, hermana, cuando viéredes sus misericordias sobre vos, y vuestra grande indignidad e insuficiencia para le agradar y servir, salid de vos, como

de casa angosta, y de una pura flaqueza, y sepultaos en el mismo Señor en quien está vuestra vida. No viváis en vos, que moriréis; arrojaos en Él, transformaos en Él, dormid en Él, y encontraréis con aquel dulcísimo panal que sobrepuja toda dulcedumbre. Y mientras más amada os viéredes, más os afrentad viendo cuán bueno es Él, y mala vos. Sabed distinguir entre el oro que de Él os viene, y el lodo que vos sois; y no creáis que subís más en su conocimiento, de cuanto bajáis en el vuestro. Porque así como a una ánima, que a Dios gusta, no hay cosa más dulce ni más olorosa ni preciosa que Él, así no hay cosa más hedionda en su mismo acatamiento que ella misma, considerando lo que tiene de sí. Un perro muerto trae en sus narices quien a sí mismo se conoce; y no se podría sufrir, si no se fuese a Dios, y viviese en Él, y mirase a Dios en sí y en su ánima.

3. Y así, hermana, os encomiendo que ningún don del Señor os lleve mucho los ojos, sino conocerle a Él para amarle, y a vos para aborreceros y despreciaros. Porque muchos ha habido que por tenerlos le han desagradado, porque les entró el polvo de la vanidad y del propio contentamiento, y sin entenderlo ellos descontentaron al Señor. *Malo es el corazón del hombre* (*Jer.*, 17, 9), y tan ciego, que muchas veces tiene cosas que él no entiende, y velas el Señor con sus lucientes ojos que miran a los abismos, y por ellas da lugar justamente a nuestro adversario para que nos engañe, pensando nosotros que vamos acertados. Y la principal causa es por tener un corazón con una secreta vanidad y complacimiento, con algún deseo, aunque pequeño, de cosas que pueden traer alguna singularidad o alteza. Y derríbalos el Señor tanto más bajo, cuanto ellos piensan que van altos. Y por esto la seguridad, en el temor del Señor está, que hace a un hombre temblar en sí mismo, y buscar más lo que le aprovecha que no lo que tiene grandeza y novedad; antes huye de ello, y suplica a nuestro Señor que lo lleve por camino llano, pues según su flaqueza, aun en lo llano caerá. Y aunque esto muchos lo digan, pocos lo sienten en el corazón; porque heredamos de Adán una tan secreta y arraigada vanidad, que sin lumbre de Dios no puede ser conocida, y menos curada.

4. He dicho esto para amonestaros que importunéis al Señor os dé su luz para conocer vuestra vileza muy de corazón; y que os ponga en el postrer lugar

en todos sus otros dones, salvo en conocerle y amarle, y conoceros a vos y despreciaros; porque de esta manera vuestro camino irá seguro, y el demonio huirá de vos, y gozaréis de aquel Señor que desea dárseos todo por vuestro, si vos os atreviéredes a ser del todo suya.

83.—A UNA DONCELLA

Afligida y temerosa, consolándola en sus aflicciones y animándola en sus temores.

1. Más querría reñir con vos que regalaros; por ventura sanaríades más aína, como las mujeres que, por ser tratadas de sus maridos un poco áspero, se hacen ellas fuertes y para mucho. Vos andáis porque os digan que Dios está bien con vos; y yo no os lo quisiera decir: y durmiérades en la cruz por cama, y comiérades en ella como en mesa, y morárades a la continua en ella como en casa. Y así lo quiere el Señor cuando os esconde el amor que os tiene, y a cabo de vuestra vejez no lo entendéis, y estáis más tierna que una niña, y pedís leche a cabo de tantos años.

2. ¿Qué habéis, sierva del Crucificado, que tanto os quejáis? ¿Quién os asombra, que tanto teméis? ¿No sabéis que no suelta Cristo tan presto las ánimas que una vez toma? ¿No sabéis que, aunque es celoso para sus esposas, y las castiga por cosas al parecer muy livianas, que no por eso las deja de amar? Antes porque las ama, y por no quitar de ellas su amor, por eso las castiga; y mientras más castigadas, mayor prenda les da que no las desama. Porque Él dice que amenaza al ánima mala: *Yo quitaré mi celo de ti.* Y si no sois castigada, ¿de qué os quejáis? Y si lo sois, ¿por qué os desmayáis, pues que el serlo os había de dar a entender que es *celo de amor* el que al Señor mueve a trataros así, y no ira de quien mal quiere? Y si os parece que el castigo dura mucho, sufridlo por amor de Él, que fué castigado sin culpa.

3. Y creo yo que todo ello, o lo más, vos misma os lo habéis tomado por pura ignorancia, temiendo do no había que temer; y vos misma pagáis, no culpa pasada, que no la hubo, sino presente necedad que os atormenta. Y aunque dicen que el loco por la pena es cuerdo, vos no acabáis ya de abrir los ojos a ver

que no es todo eso sino sombra y fantasma, que os quiere quitar vuestra paz, y que se os atreve el demonio a espantaros como a niña con máscaras feas, sin haber sino un león lleno de paja. Sentíos de aquella afrenta, y tomad ánimo de persona amada del Rey celestial, y comenzad a ojear al demonio y a vuestra necedad, que han hecho nido en vuestra cabeza. Y sabed que el Señor tiene paz con vos: no tengáis vos guerra con Él. No se diga de vos lo que dice Job (15, 21) del malo, que *habiendo paz, sospecha que hay asechanza.*

4. Vos os conocéis a vos, y por eso teméis y estáis inquieta; mas no conocéis o no pensáis en Jesucristo, y por eso no gozáis de la paz que cantaron los ángeles cuando nos nació, y que da al ánima a la cual se da a conocer y amar. Sabed, señora, que tiene bondad para querer bien a las tales como vos; y esta bondad no se la puede quitar toda vuestra maldad junta, aunque fuese mayor de la que es. Por eso decid a quien otra cosa os dijere, que tarde viene, y que habéis creído al amor de Jesucristo, y que vivís en fe y amor de Él, y que de su amor no habrá tormento que os aparte, ni de su confianza flaqueza alguna que os derribe.

5. Ya os disteis a Él, y Él os recibió; ni vos os habéis dado a otro, ni Él ha soltado su derecho de vos, y suya sois, y Él es contento que lo seáis, aunque a todo el infierno le pese. Y Él saldrá con su empresa al fin, que es el salvaros delante la faz de vuestros enemigos, para que viendo quebrados sus lazos, que os habían armado, y ser querida de Dios, y favorecida la que ellos deseaban echar a perder procurando que desesperase, sean confundidos y remordidos, y aprendan con su propio daño, que al que Dios defiende, poco pueden ellos empecer; antes mientras más le persiguen, más le aprovecha; obrándolo esto la bondad suma, que convierte los males en bienes, y endereza los yerros, y de las caídas saca avisos y provechos para gloria perpetua suya. Por la cual Él os ama y amará para que vos le glorifiquéis, y sus trabajos que en la cruz pasó no sean perdidos.

6. Por eso haced cuenta que habéis dormido, y oíd a San Pablo, que dice (*Rom.*, 13) *que es hora ya de recordar*; y con la nueva alegre del Niño que nace, quitad el luto de la tristeza; y vestíos de gozo, pues los ángeles anunciaron gozo *a los pastores y a todo el*

pueblo por haber nacido el Salvador; a cuyo pesebre os remito, para que moréis por aquestos días; y el que fué reclinado en Él sea todo vuestro amor. Amén.

84.—A UNA MONJA

En tiempo de Navidad; en que la anima a recibir al Niño Jesús; y enséñale cómo lo ha de concebir y dar a luz, y tratar y guardar.

SEÑORA:

1. Hágale muy buena pro el Niño nacido en el portal de Belén, y de allí en su corazón; que, como nació para muchos, espero yo de Él que una de muchos es vuestra merced, y que no sólo nació para ella, más nació de ella: pues dice Él (*Mr.*, 3, 35), que *quienquiera que hiciere la voluntad del Padre, que está en los cielos, aquel es mi hermano y hermana y mi madre*: y si a alguno está esto bien, lo está a las monjas, las cuales por ser vírgenes, tienen más semejanza con la Madre Virgen que lo parió, que no otras personas; y se huelga mucho el Niño de ser concebido, nacido y envuelto y tratado de cuerpo virgen, porque Él es virgen: que de Él es escrito (*Cant.*, 6): *Que se apacienta entre los lirios,* que significan las flores de la virginidad. Y aunque vírgenes, no han de ser estériles, pues que eran malditas las estériles en Israel (*Deut.*, 7, 14), y significaba aquella esterilidad del cuerpo a la del ánima. Porque serlo en el cuerpo no es culpa ni peligro para el ánima, mas serlo en lo del ánima es causa de ser maldito de Dios, como lo fué la higuera, que por tener hojas y no fruto, fué de Él maldita (*Mc.*, 11).

2. No esté, pues, la doncella en el cuerpo sin fruto en el ánima, y éste sea el Niño Jesús, bendito, por el cual es bendita la que lo concibe. Este se concibe con el amor del corazón, y nace cuando sale el amor a la obra. Aunque alguna vez acaece lo que dice Isaías (37): *Venir los hijos hasta el parto, y no haber fuerza para los parir;* que es cuando uno está con sus buenos deseos, y nunca se atreve a ponerlos en obra, por pereza, o por temor, o por otra cualquier causa. Estos serán acusados y condenados en el juicio de Dios por personas que ahogaron los hijos que habían concebido, pues que nunca sacándolos a luz de la

obra es matarlos dentro del vientre. ¡Ay de éstos, que se les pasa toda la vida en deseos, y les halla la muerte sin obras, y van al lugar donde no sólo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, mas serán castigados porque no efectuaron las buenas inspiraciones! Tornarse han contra ellos sus propios hijos, como fueran por ellos si los sacaran a luz. Señora, no sea ella de aquestos, mas diga como dice Isaías (26, 9): *Mi ánima te deseó en la noche, y mi espíritu en mis entrañas; en la mañana velaré a ti.* Aquí está junto *deseo* con *obras,* pues *desea de noche* y *se levanta por la mañana,* por no ser como el perezoso, del cual dice la Escritura (*Prov.*, 26, 14): *Que se está en deseos, sin levantarse de su sueño y cama* de mala costumbre para velar al Señor.

3. No esté, señora, sin este Niño, por mucho que le cueste, porque todo es barato, aunque a trueco de Él le pidan la vida. Y páralo: no con tristeza como Eva parió, mas con alegría como la Virgen María. Quiero decir, no sirva al Señor con quejas ni tristezas, sino con ánimo voluntario, que le parezca todo lo que hace que no es trabajo de media hora: que asi decía Jacob por amor de Raquel (*Gen.*, 29) y San Bernardo decía: «Lo que yo paso por Jesucristo, a duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.» Muchos conciben buenos deseos con placer; mas al tiempo del parir la buena obra sienten tan grande dolor, que no quieren restituir lo que deben, perdonar a quien les injuria, dejar sus placeres; los cuales son muy al revés de nuestra Señora y Madre del Niño, que lo parió con mucha alegría, para darnos ejemplo que así hagamos nosotros, y tengamos por tan gran bien el *ser madre de Él,* que cualquier pena que se pase en las obras, se nos torne alegría, *porque nos ha nacido hombre en el mundo* (*Jn.*, 16, 21), que es Hombre y Dios.

4. Mas quiero, señora, avisarle de una cosa que mucho le cumple: que de tal manera se goce con el Niño que le ha nacido, que no se descuide en la guarda de Él, porque no se le maten o no se le muera. Porque, casi en naciendo, luego se levanta Herodes contra Él con deseo de le matar. Y por esto avisa el mensajero de Dios a José *que lo quite de allí y lo lleve a Egipto* (*Mt.*, 2); dándonos a entender que en naciendo Cristo en el ánima, luego se levanta el demonio con deseo rabioso de nos matar el bien que en el

ánima nos ha nacido. Y por esto nos hemos de gozar con temor, porque la demasiada seguridad no nos traiga a peligro, y tengamos más pena por haber perdido el bien, que placer por haberlo tenido. Muchos ha habido que supieron ganar, y se vieron ricos con los bienes del ánima; y porque se descuidaron de criar lo que había en ellos nacido, se lo mataron o se les murió de hambre. A Isboset mataron dos malos hombres porque se durmió la portera, que estaba ahechando el trigo (2 *Reg.*, 4); porque quien no tiene vela sobre su corazón para discernir quién entra en él, si es trigo o si es paja, poco tiempo durará con la vida. Y por esto nos amonesta la Escritura diciendo (*Prov.*, 4): *Con toda guarda guarda tu corazón, porque de él procede la vida;* y mal puede guardar quien duerme, ni discernir paja de trigo quien tiene los ojos cerrados. ¡Oh cuántos no miraron que es menester ser prudentes en el servicio de Dios, y no oyeron lo que dijo San Pablo (*Ephes.*, 5): *No queráis ser hechos imprudentes; mas entended cuál es la voluntad del Señor!* Y por no saber apartar lo verdadero de lo aparente, fueron poco a poco engañados; y del descuido vino el sueño, y de aquél la muerte al que guardaban. Vele mucho, vele el pensamiento de la persona que tiene en su pecho a Jesucristo, y mire con siete ojos quién es el que entra en el ánima; porque tan gran bien, como es conservar a Dios en el ánima, no se deja poseer de los descuidados ni necios, y pagan después con lloros su poco saber, que tan caro les costó; y plega a Dios no con infierno.

5. Otros hay que aunque no haya Herodes, que es el demonio, que les mate su Niño, ellos mismos lo dejan morir de hambre; porque se dejan vencer de la pereza, y tras ella viene la pobreza, y así mueren de hambre sus hijos, y el padre fué el que los mató. Raquel decía a su marido Jacob (*Gen.*, 30): *Dame hijos, si no, yo moriré;* y así lo dice la gracia que en el ánima mora; porque si no se ejercita en producir frutos de sí, poco a poco viene a morirse; y ¡ay de aquel que queda sin ella! ¡Oh malaventurada pereza! ¡Oh malaventurada ocupación, que fué causa que se nos fuese la gracia, por la cual éramos amigos del altísimo Dios! ¡Y malaventurado descuido que en cosa tan preciosa hubo, a trueco de cuidar cosa de tanta vileza! El solo decirlo y oírlo da grande espanto, y nos debe ser suficiente motivo para desterrar toda pere-

za; y puesto silencio a todo lo que estorbare, pueda entender en dar mantenimiento de buenas obras, palabras y pensamientos, al Niño que nos nació; porque no nos acaezca lo que a la higuera que el Señor maldijo porque no tenía fruto, sino hojas de vana apariencia (*Mc.*, 11). Y si Él nos maldice, ¿quién nos bendecirá? Secarnos hemos de raíz, y después secarse ha todo lo que en nosotros hubiere, que no quedemos para otro (1) sino para arder en el fuego como leña muy seca.

6. Pongamos, pues, cuidado en el Niño nacido, y guardémoslo de las asechanzas del demonio, como el ángel avisó a San José; y vivamos como diligentes obreros en el ejercicio de la Ley de Dios, para que demos de comer al Niño y no se nos muera. Y no esperemos al punto que está para morir, dándole entonces el mantenimiento; mas traigámosle vivo, y gordo, y alegre, contento y harto, dándole muy bien de comer con abundancia de buenas obras; porque si lo dejamas enflaquecer, allende que no es buen padre quien así trae a sus hijos, muchas veces acaece de tanta hambre y flaqueza venir a morir; y por esto quien le desea la vida, guárdelo de flaqueza y enfermedad. Y no ame el pasear, sino el trabajar, quien tiene hijos de mantener; y así lo haga quien tiene a Jesucristo en su corazón. Pues que los hijos de los reyes son curados de sus amas con gran cuidado, y aun con gran galardón o castigo, según hacen el oficio; mas por mucho que sea, es mayor el que nuestro Señor da al que bien lo haya criado en su corazón. Porque si el Niño muere, el ánima muere; y así, so pena de la vida del ánima, ha de trabajar de guardar la vida del niño; mas si vive, le será dada vida, y vida eterna, siendo el mismo Dios Hombre galardón de la tal ánima en los reinos celestiales, manteniendo Él a ella, y cuidándola, y velándola y defendiéndola, hartándola, y dándole todo lo que ha menester, y que le sobre muy sobrado. De esta manera paga Dios a sus madres que le conciben, y amas que lo crían.

7. Plega a Él dar a vuestra merced gracia para que sepa servirle muy a contento de Él. Y ésta dará si la pide; como hizo su verdadera y natural Madre, que pidió con instancia la gracia para saber tratar al que reverenciaba como a su Dios y amaba como a

(1) *Otro:* otra cosa.

Dios e Hijo, y fuéle dada. y nunca le hizo servicio que a Él desagradase. De esta Madre sea vuestra merced devota, porque, a ejemplo de Ella, sepa criar su Niño; y pidiéndole su intercesión. mire su diligencia y cuidado.

85.—A UNA PERSONA DEVOTA.

Trata de la humildad y soberbia, y de la perfección del divino amor.

1. Dios dé a vuestra merced buenas Cuaresmas, y que así tome la ceniza de fuera al principio de este santo tiempo, que permanezca siempre en el ánima la santa humildad significada por ella. Porque a quien Dios le da conocimiento y dolor de quién ha sido el tiempo que anduvo apartado de Dios, librádole ha de la peligrosa ceguedad de la soberbia, y hácele capaz de todos los bienes espirituales que le conviene tener. Porque, como la Escritura dice (*Eccli.*, 10, 15): *El principio de todos los males es la soberbia; y quien la tuviere será lleno de maldiciones;* quiere decir, de vicios. Porque así como no suele andar un rey solo, así acompañan a la soberbia muchos pecados. Y, por el contrario. nunca la humildad está sola, pues, como Santiago (4) dice: *A los humildes da Dios su gracia,* la cual es madre de las virtudes. El soberbio busca su honra, y afligese con la deshonra; el humilde avergüénzase de que le traten bien, y huélgase con su desprecio, porque entiende que en aquello se hace justicia, la cual él ama, como verdadero justo que es. Todo le falta al soberbio, porque por mucho que tenga y le den, se tiene por digno de más; y todo sobra al humilde, porque aun de la tierra que huella se conoce por indigno, y los mismos infiernos tiene por pequeño castigo para sus pecados. El soberbio con nadie cabe, ni aun consigo sólo; mas el humilde, con todos, porque a todos se abaja y a todos sufre, teniéndolos por mayores en su corazón. Parece al soberbio cosa muy recia ir tras la voluntad ajena, o del hombre o de Dios. mas el humilde sujétase y apócase, y así cabe por la puerta angosta de hacer la voluntad ajena, o de la criatura o del Criador.

2. Grandes son los bienes que vienen en la ceniza de humildad; y no conviene a nadie estar sin ella, si no quiere estar sin Dios; porque como dijo San

Agustín: «¡Cuán alto eres, Señor, y los humildes de corazón son casa tuya!» Y la divina Escritura (*Is*, 66, 2) dice: *¿A quién miraré, o sobre quién descansará mi espíritu, sino sobre el pobrecillo que tiembla de mis palabras?* Esta humildad, que hace al hombre sentir de sí bajamente, no es cosa baja, ni fruta que nace en la tierra; en el cielo está, y Dios la da a cuantos la tienen allá y acá. Y por eso, lo principal que ha de hacer es pedirla al Señor de ella; y después, procurar cada uno de escarbar en su estiércol, revolviendo con mucha diligencia sus propias faltas y su propia flaqueza; porque entre aquellas poquedades y vilezas se suele hallar esta joya preciosa. Y por nuestros pecados, hay tanta materia de nuestras faltas que examinar y llorar, que si no es quien quiere quitar los ojos de sí mismo, otro no hay a quien no sobren causas para humillarse y avergonzarse. Y ¡ay de nosotros si somos de aquellos de los cuales dice Dios (*Jerem.*, 3, 3): *Frente de ramera se te ha hecho; no quisiste haber vergüenza!* Y en otra parte se queja de otros diciendo (*Jerem.*, 6, 15): *Con la confusión no se confundieron.* Porque ¿qué cosa puede haber más fea, que la desvergüenza en la persona que tiene razón para avergonzarse? ¿Y quién hay que ose alzar los ojos a Dios ni a sus criaturas, si considera cómo ofende a Él y se hace indigno de ellas?

3. ¿Quién hay de nosotros que no falte al perfecto amor de Dios, pues ni le amamos *con todo el entendimiento,* creyendo su verdad con tanta firmeza como convenía, y teniendo aquellas consideraciones, y pensamientos y avisos de como mejor le servir? ¿Quién le ama *con todo su corazón,* no dando parte del amor a sí ni a otro sino en Dios o por Dios, y renunciando el propio interés, ha pasado a amar a Dios por el mismo Dios? Y quien mirare cuán poco mortificadas tenemos nuestras pasiones, y cuánta guerra hace al reino del amor de Dios, verá cómo no ama a Dios *con toda su ánima.* Y mandando el Señor que le amemos *con todas las fuerzas,* hacémoslo nosotros con tanta tibieza cuanta Él nos perdone. Porque las fuerzas que empleamos en cumplir con nuestro amor, y lo mucho que de nuestra codicia está vivo, nos hace faltar a Dios en la diligencia de le servir y en el fervor de su amor. San Agustín dice: «El crecimiento de la caridad es disminución de la codicia; y entonces será perfecta la caridad cuando no haya codicia ninguna.» Y

llama *codicia* al propio desordenado amor que cada uno tiene a sí mismo. Y como no hay nadie de los que de Adán vienen—sacando a Jesucristo nuestro Señor y a su sacratísima Madre—que no haya tenido algún exceso de este propio amor, no hay quien no haya faltado en algo a la perfección del divino amor; porque cuando mi amor está vivo, está muerto el de Dios; y entonces está el hombre en pecado mortal; y cuando vive y reina en mí el amor de Dios, con el cual tengo propósito de no le ofender mortalmente, entonces estoy en gracia, aunque falte algo al perfecto amor de Dios porque quiero cumplir algo con mi amor o de las criaturas. Y de esta falta de amor nos viene la falta en las otras obras, porque él es como vida de ellas.

4. De aquí viene faltar en el amor del prójimo, no habiendo compasión de sus males, ni gozándonos con sus bienes, como de cosa muy conjunta a Dios, y adoptados en el sacramento del Bautismo por hijos de Él. Y también les faltamos en las obras, porque faltamos en el amor de Aquel que dijo (*Mt.*, 25, 4): *Lo que a uno de estos chiquitos míos hicisteis, a mí me lo hicisteis*. Y de falta de estos dos amores, que son las raíces de las buenas obras, nacen otras muchas faltas en lo que obramos, aunque no todas veces sean tales que sean pecados; antes muchas, haciéndose en gracia, son meritorias de la vida eterna. Mas de estas tales, si en verdad y humildad vivimos, hemos de dar la gloria a Dios, y agradecerle que nos ayudó a querer el bien con nuestro libre albedrío, y a que fuese meritorio por la gracia que por su misericordia nos dió; y no por esto dejar de escudriñar las faltas que en otras obras hacemos; porque más segura cosa es pensar a menudo en lo que nos falta, que en lo que tenemos de la virtud. Y tened por cierto que, por mucho que penséis y escudriñeis, aun se os quedará mucho escondido, por lo cual os convenga decir con gemido al Señor (*Ps.* 18, 13): *Límpiame de mis cosas ocultas*. De aquí viene no amar al prójimo como Dios quiere o no tanto como Él quiere; de aquí no sufrirle, ni huir de le dar enojos: de aquí, finalmente, todas las otras faltas que mancillan nuestra ánima, como podre que siempre mana de una llaga. Mayores son nuestras faltas, que pensamiento humano puede alcanzar; y sólo aquel que crió nuestro corazón, y lo ve claro, puede comprender nuestra flaqueza cuán grande sea; y muchas veces parece sucio delante su juicio lo que al nuestro parece ser muy perfecto.

5. Por tanto, debemos, como Job (9, 28) decía, temer *todas nuestras obras,* aunque parezcan buenas, no pareciéndonos bien ellas ni contentándonos en lo secreto de nuestro corazón. Porque aquel sólo agrada a Dios que a sí mismo desagrada. Aquel es delante de Dios justo, que conoce venirle la gracia y la justicia de la misericordia de Dios. No hay a Dios más contraria cosa que el corazón que bien se parece, porque no tiene vaso en que Dios eche las riquezas de su misericordia, y quédase en su propia pobreza, y se quedará, por no querer abajarse, para que corran a él las aguas de la gracia, con que viviese contento en Dios, y llevase fruto *como el huerto adonde abundan las aguas* (*Is.,* 58, 11). Todo nuestro bien de Dios viene; y quien creyere que puede de sí mismo poder menear la lengua para *decir a Jesús Señor* (1 *Cor.,* 12, 3), él mismo se hace Dios, pues se atribuye lo que es de sólo Dios. Y quiere Dios dársenos, con condición que conozcamos esta verdad, que en Él y de Él, y no de nosotros, viene nuestro bien; y mientras más bien tenemos, más deudores somos; y más tenemos de que nos acusar, pues no respondemos a mayores mercedes con mayores servicios, y a mayores gracias con mayores agradecimientos.

6. El que es enseñado por la Verdad divinal, ninguna cosa atribuye a sí mismo sino el no ser y el pecar. Porque quitado todo lo que Dios le dió cuando lo crió, y cada día le conserva, no hallará ser sino nada; y en nada se tornaría, como de nada fué hecho. Y quitado el favor de Dios, que por Jesucristo nos es comunicado, ¿qué sería del más santo, sino ser lo que fué Pedro cuando lo negó, o Pablo cuando andaba persiguiendo al que lo había redimido, y lo que cada uno prueba en sí que era antes que el Señor pusiese su mano sobre él, quitándole aquel corazón viejo y dándole uno nuevo? La justificación no es sino una resurrección del ánima que estaba muerta en pecados, y ahora vive por *el espíritu de la vida* que Dios le infundió por la muerte de su Hijo bendito. Y así como sería muy loco un cuerpo que atribuyese a sí el vivir y el moverse, y no al ánima que en él está y le da vida, así es muy ciega el ánima que la vida de las buenas obras que siente tener piensa que es de sí misma y no *del espíritu de la vida* que Dios le infundió. Y algunas veces castiga Dios a estas almas quitándoles lo que les había dado, porque viéndose no poder ver, ni oír, ni gustar, ni obrar lo que antes podían, sientan

que otro era el que en ellas obraba la vida, y ellas lo recibían; y que otra cosa no son, sin la gracia de Jesucristo, sino lo que es el cuerpo cuando el ánima se va de él.

7. Por tanto, hermana, no veáis otra cosa en vos sino faltas; que no tenéis otra cosa de vuestra cosecha. Si el Señor os desconsuela, mirad cuán flaca y floja os paráis, con cuán poca conformidad recibís lo que tan bien merecéis. Si os consuela, mirad con cuán poca humildad lo recibís, siendo razón de, tanto más abajaros, cuanto más Dios os honra; y tanto más avergonzaros de quien vos sois, cuanto Dios más bien os trata, como si fuérades buena. Pensad cuán poco sabéis aprovecharos de las inspiraciones y hablas del Señor; y cuántas veces os dice el Señor una cosa, y cuán presto la olvidáis sin la poner en efecto, siendo razón que cada palabra de Él os durase para toda la vida, sin ser menester decíroslo otra vez. Pensad cuántas veces pone Dios en vos buen licor, y vos, con tener vuestro corazón lleno de agujeros, se derrama muy presto lo que fuera razón que mucho tiempo guardárades: y algunas veces, siendo razón que cuanto Dios más consuela, tanto más no olvidemos de los consuelos de acá, y se pare nuestra ánima más cerrada y entera y dentro de sí, para otra vez recibir a Dios, acaece consolándonos Él hacernos livianos por nuestra propia liviandad. y derramar más nuestro corazón que estaba antes.

8 ¿Qué diremos de nuestras flaquezas sino que, bien examinado, no hay cosa que a derechas hagamos, y que antes era razón que de cualquier cosa que nos acaezca nos corramos de cuán defectuosamente va hecha, que pasarnos por pensamiento que hemos hecho cosa que sea de mirar? Claro es que si un paje sirve al rey, y no le hace bien la reverencia, que le castigan; si respondió, y no tan presto, castíganlo; si se tardó en el recado, también; y. en fin, no se contentan aquellos a quien servimos con que hagamos lo que dicen, sino que ha de ser bien hecho, para no avergonzarnos y reprendernos. Pues decidme, hermana, ¿quién de nosotros tiene a nuestro Señor la reverencia tan profunda como es razón? ¿Dónde está el adorar a tan altísima Majestad con un entrañable temblor, como lo hacen los del cielo, de los cuales se canta en la Misa: *Tiemblan los poderes?* ¿Dónde está la vergüenza que de aquel saber infinito tenemos, que sabe muy bien quien nosotros somos, y nos ve muy claramente?

¿Dónde la obediencia tan presta, que no esperamos que nos digan la cosa dos veces? ¿Dónde la discreción para saber servir y agradar? ¿Dónde el agradecimiento a sus inefables e innumerables beneficios? ¿Dónde, finalmente, el servicio del cuerpo y de ánima, que a tan gran Dios y Señor se le debe?

9. Cierto, quien ojos tiene para ver, no ve en sí sino una profundidad de miserias y faltas; y cuando a la noche se toma cuenta qué tal ha sido aquel día, otra cosa no halla sino males que ha hecho en hablar, obrar y pensar, o bienes que ha dejado de hacer por no haber amado a Dios y a los prójimos como debía, no haber sido agradecido a Dios, no haber sufrido a sus prójimos, con otra innumerable carga de cosas que había de tener y no tiene. Y si algo de bien ha hecho con el favor de nuestro Señor, halla o que lo ha maculado con soberbia o vanagloria, o con pereza, o con no responder como debía, o con otras dos mil faltas que Dios le da a conocer, y con otras dos mil que aun no las ve, mas cree que las hay, y por tal se tiene, y la menor parte de sus males cree que es la que conoce. Porque así como cree que Dios es más bueno de lo que él conoce, así también que él es más malo de lo que él alcanza. Y aunque Dios le hace mercedes, no se atribuye a sí cosa de ellas, sino las faltas que hizo en no responder ni aprovecharse de ellas como debía. Y esto es andar en verdad, dando a Dios lo que es suyo, que es todo el bien sin ninguna mezcla de mal. Y con esta consideración arraigada en las entrañas, como verdad dicha por la boca de Dios, desarrímase de sí como de *caña quebrada,* y anda siempre arrimado a Aquel que todas las cosas sustenta. Mírase a sí misma, y no ve sino qué llorar, y mira a Dios, en cuya bondad confía, sin temor de verse desamparada. Y como Él sea tan fiel, que no deja a los que a Él van, y tiene tanto cuidado de ellos, que antes faltará agua en la mar y luz en el sol, que la misericordia de Dios, por esto corren y vuelan, porque Dios los lleva; y no caen, porque Dios los tiene; no yerran, porque Él los rige; ni serán condenados, porque el Señor da su reino a los que son como niños.

10. Hermana, pues entended a vos, pues el Señor tanto lo quiere; y de todo lo que en vos pasare apartad la gloria para Dios, y la deshonra y vergüenza para vos; y poned vuestra esperanza de salir con lo comenzado, en aquel Señor que os puso en el camino, no cierto para dejaros en el medio de él, mas para lle-

varos a la compañía de sus esposas que en el cielo tiene. Mucho os quiere honrar allá, no procuréis la honra de acá: con el olor de tan excelente convite no es razón que os hartéis con la vileza de acá, que no hay en la tierra cosa que sepa (1) bien a quien un poquito gusta de sabor celestial. Volved las espaldas a todo, que presto lo habéis de dejar, y no pongáis vuestro corazón en lo que tan presto se pasa. Muy poco es lo que por Dios podéis pasar, aunque vos sola pasásedes todo lo que se puede pasar; porque mirando al infierno que habéis merecido, y al paraíso que os ha de dar, pues os ha puesto en el camino, y a lo que Él por vos pasó, no es de poner en cuenta ni mirar lo que vos pasáis o pasaréis. Tened a Dios por tan precioso, que todo lo que os costare penséis ser muy poco; y que aunque os cueste la vida, que lo compráis muy barato.

Allá veréis cómo no fuisteis engañada en el trueque que habéis hecho; mas viendo llamar de *locos* y *malaventurados* a los que pusieron aquí su corazón, y embaucados con esto presente, olvidaron lo que Dios prometió, daréis alabanzas a nuestro Señor, que yendo vos engañada os desengañó; y mirando a la tierra, os alzó los ojos al cielo; y siendo esclava de la vanidad, os hizo hija de Él; y viviendo sin la esperanza de las promesas divinas, os ha puesto en camino para que podáis esperar que Él os ayudará a bien vivir, y después a bien morir; y acabado este destierro, os lleve a la tierra de los vivos, que es la presencia clara de Dios, adonde tengáis tanto bien, que a sólo Dios pertenezca conocerlo, así como a Él sólo pertenece darlo y poderlo dar. Y esto hará el Señor, no por vos, sino por Él, *porque es bueno y para siempre su misericordia* (*Ps.*, 117, 1). Al cual por todo y de todo y en todo sea gloria y alabanza por todos los siglos de los siglos. Amén.

———

(1) *Sepa;* la edición de 1578, *saber.*

86.—PARA LA CIUDAD DE UTRERA (1).

Del descuido que hay en buscar los verdaderos bienes, y cuáles son; y de la obligación que tienen los que rigen los pueblos; y cómo se habrán los súbditos con ellos, y todos entre sí.

1. La gracia y paz de Jesucristo sea siempre con vuestras mercedes.

Lo mucho que conozco que debo a ese pueblo, y lo mucho que veo que de él soy amado y le amo, me hace vivir con cuidado de cómo no hago obras con que sirva algo de lo mucho que debo, y se manifieste lo que amo. Por lo cual me pareció, ya que por presencia no puedo amonestaros, señores y hermanos, por carta lo haga, y deciros que busquéis a Aquel que sólo es bien verdadero, y suficiente hartura de nuestros deseos, esperando en Él, que conforme al amor con que soléis oír las palabras de Dios por mi boca, y al deseo con que os la[s] hablo, pondrá nuestro Señor su potentísima mano en vuestros corazones, para que la palabra que mi pluma escribiere en aqueste papel, la escriba su poderoso dedo en vuestras almas, y quede la mía alegre con veros hechos *carta,* escrita con el dedo de Dios, transformándoos en Él y semejables a Él, para perpetua gloria suya y provecho vuestro.

2. Gran descuido ha caído en los hijos de Adán acerca de lo que a sus ánimas cumple, andando a porfía la bondad de Dios para hacerles mercedes, y nuestra malicia para buscar nuestros males. Quien bien considerase cuánto cuidado ha tenido Dios de nuestro remedio, daríale muy entrañables gracias por haberse querido ocupar tan de hecho en el bien de una criatura que tan poco a Él importa; y condenaría a los hombres por muy culpados, por no querer aprovecharse de remedio tan grande. ¡Qué cosa es considerar cómo, estando Dios enojado con los hombres, y no sin causa, mas con muy sobrada, y tan justa, que muy justamente nos pudiera enviar a tormentos eternos, quiso antes salvarnos y perdonarnos que condenarnos. y tomar por hijos a los que habían sido malos esclavos! ¡Oh bondad sin término: y cuán sin término nos amaste, cuando (*Jn.*, 3, 16) *tanto amaste al mun-*

---

(1) Esta carta no se halla en Montaña, aunque sí en la edición «Apostolado», de 1927.

do, que diste a tu único Hijo, para que todo hombre que en Él creyere, e hiciere penitencia, se salve! Y siendo Tú el injuriado y quejoso, rogaste al injuriador con la amistad; y porque ésta no se podía hacer sin que la injuria a Ti hecha se satisficiese, Tú mismo diste al culpado con que pagase, para que viese que de verdad tenías gana de su amistad, pues de gracia le perdonabas, y tan a tu costa le dabas con que te pagase.

3. Cosa, Señor, es ésta tan nueva, que dieses tu Hijo inocente para que el pecador tu deudor, cuando con el debido aparejo recibe tus Sacramentos, tomase de sus tormentos, y pagase sus deudas (conforme a la disposición que llevare a recibir tus Sacramentos, y más por parte del Sacramento) y gozase de sus abrazos el que merecía tu maldición. ¿Quién nunca tal oyó, que entregue Dios a su Hijo a cruel muerte de cruz, para que los que merecían muerte de infierno alcancen con la buena vida vida del cielo? ¡Condenan al inocente, y absuelven al culpado! ¡Y que maldigan al bendito de todos los siglos, para que caiga sobre los malditos aquella bendición soberana (*Mt.*, 25, 34): *Venid, benditos del mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo!* Muere la Vida, y viven los muertos. Deshonran la honra, y son los despreciados levantados a tanto precio, que sea Dios Hombre su precio. ¿Qué diremos a estas cosas, pues tanto Dios nos amó, que por nos (*Rom.*, 3, 32) *no perdonó a su propio Hijo, mas entrególo por todos nosotros?* Esta es la paz de toda parte firmísima, que Dios había prometido de enviar al mundo, diciendo (*Jer.*, 29, 11): *Mirad que yo pienso pensamientos de paz sobre vosotros.* Cierto, gran paz es ésta, que esté Cristo entre el Padre y nosotros, y ofrecido por nuestros pecados, los deshace todos, cuanto es de su parte. Porque más sin comparación agrada al Padre aquel valeroso y poderoso sacrificio de su propio Hijo precioso en la cruz, que le pueden desagradar todos nuestros pecados. Grandes voces dan nuestros pecados, pidiendo venganza a las orejas de la justicia de Dios; mas muy mayores voces da la sangre de Cristo pidiendo perdón para el penitente. Porque como dice San Pablo (*Hebr.*, 12, 24): *Allegado os habéis a un derramamiento de sangre, que da mejores voces que la de Abel.* Aquélla pide venganza, ésta perdón: aquélla justicia, ésta misericordia para todo el mundo, y aun para los mismos que la derra-

maron, si penitencia hicieran; pues ya no suenan los pecados, por muchos y grandes que sean, porque la sangre del inocente Cordero los hace callar. ¡Oh sacrificio muy más poderoso que la culpa de Adán y nuestras ofensas! ¡Oh peso que vales a Dios, y por eso haces que nuestras ofensas no pesen, por pesadas que sean! ¿Quién es aquel que no agradece esta gran misericordia, y no goza de tan gran medicina? El que pone duda en este valor, infiel es como Caín, que por conocer *su propia maldad* (*Gen.*, 4), no conoció la bondad de Dios.

4. Y quien cree tan gran precio y remedio, ¿qué hace que no lo toma con la penitencia? Esto es lo que sobre toda manera es de sentir, ver el remedio venido, y estar los pecados todos perdonados de la parte de Dios, y que haya hombres que se están adeudados con ellos, por no querer hacer penitencia, como si Cristo no hubiera muerto. La paz, en la cruz se ganó; pues ¿por qué están muchos enemistados con Dios? Abierto es el cielo; ¿por qué los hombres lo cierran con sus pecados? ¡Oh dolor! ¿Que haya hecho Cristo una medicina para nuestras ánimas, con la cual sanemos de nuestras graves y pestilenciales enfermedades de las pasiones, y que nos estemos tan sujetos a ellas como si no hubiera venido la medicina, o como si costara tan barato, que fuese poco lo que perdiésemos? Trabajo costó a Cristo la humildad, ¿por qué no la tomas? Entrañable dolor le costó tu descanso; ¿por qué tienes tu ánima entristecida con remordimientos de la mala conciencia, pudiendo gozar de gozo y descanso, que de la presencia del Espíritu Santo nacería en ti? Pues la carne de Cristo fué azotada y crucificada para que la tuya fuese casta por Él; ¿por qué no eres casto? ¿Así tienes en poco sus trabajos inmensos? ¿O piensas acaso que no le dolía su sagrada Pasión? Oye que dice Cristo por Isaías (43, 24): *Servir me hiciste por tus pecados, y trabajo me diste en tus maldades*. Era el hombre siervo de los pecados, y sirvió Cristo por él padeciendo penas; comió el hombre la manzana dulce, y causó acedía al gusto del Justo. ¿Qué misericordia es ésta, Señor? ¿Quién nunca vió hombre siervo de otro, por mucho que le amase, ni por mucho galardón que de él esperase, que quisiese servirle de cada y cuando que el otro enfermase de hacer excesos, que sangrasen y purgasen a él por el otro, y lo que es más, que si el otro hurtase, que le azotasen a él, y si fuese traidor, que lo matasen a él y dejasen al otro? No se halla este amor

en la tierra, ni entre iguales con iguales, ni entre menores con mayores, ni entre parientes ni amigos; y hallóse en Jesucristo nuestro Dios y Señor que se obligó Él a *servir por nuestros pecados,* pagando lo que nosotros habíamos hecho y merecido con nuestros excesos. ¡Oh Dios eterno, y sirviente de hombres! ¿Y quién no se confunde de su soberbia, oyendo decir al Hijo de la Virgen (*Mt.*, 20, 28) que *no vino a ser servido, sino a servir, y dar su ánima en rescate de muchos?* Y dijiste, Señor (*Lc.*, 22, 26), *que quien era mayor que se hiciese menor, y quien precedía, como quien fuese esclavo, a semejanza de Ti,* que tanto te abajaste a servir a los hombres, no tan sólo con buenas palabras, mas con recios azotes y muerte de cruz.

5. Aprended, mayores, a trabajar por los menores; aprended, regidores y jueces de pueblos, a buscar el bien común, aunque sea con vuestras pérdidas de haciendas y muerte. Las veces tenéis de Aquel que por ser buen Pastor, murió Él por el pro de sus ovejas; pareced en el amor a Él, pues parecéis en la dignidad. Oficio público tenéis, no tengáis corazón particular; no miréis lo que a solos vosotros cumple, mas lo que a todos, aunque con daño vuestro. El lugar que tenéis es para aprovechar a todos, y para que tengáis un acuerdo del bien común con olvido del vuestro. No es el pueblo ordenado para vuestro provecho, mas vosotros para el del pueblo. De Dios esperad el galardón y descanso de vuestra administración; que acá no esperáis sino trabajos por el buen público, contradicciones por hacer justicias. Bien tiene Dios con que os pague, si os atrevéis a perderos en este mundo por la ganancia de sus ovejas que os encomendó. No os faltará el galardón, si no os falta la lealtad del servicio: ni tampoco el tormento, si desleales os hallare. Presto probaréis lo uno o lo otro; porque escrito está (*Sab.*, 6, 6): *Presto y espantablemente os aparecerá Dios; porque juicio duro será hecho a los que tienen mandos.*

6. Y vosotros, hermanos, a quien Dios puso debajo del yugo de vuestros mayores, mirad que así como ellos son obligados a os amar como a hijos, así vosotros sois obligados a los reverenciar como a padres; habéislos de amar entrañablemente; ni en presencia ni en ausencia no decir cosa que no sea razón. Manda el Apóstol San Pablo (*Rom.*, 13, 5) que los cristianos *sean sujetos* a los jueces, aunque infieles; ¡cuánto más lo debemos ser a los que son particioneros en la creencia de Jesucristo, y herederos del reino de Dios!

Manda que les seamos obedientes, *no sólo por el temor del castigo, mas por la conciencia;* dando a entender que agrada a nuestro Señor la reverencia y obediencia de corazón a los que rigen. Sean, pues, los mayores benignos para con los menores, buscando el bien de ellos; mas los menores no los desprecien por los ver abajar, antes tanto más los honren, cuanto más ven que no quieren usar de majestad, por mirar a la caridad. No debe ser en poco estimado, quien por amor se desprecia.

7. Y todos generalmente guardad la unidad del corazón, que Cristo oró al Padre diciendo (*Jn.*, 17, 22): *Quiero, Padre, que sean una cosa, así como Tú y Yo somos una cosa.* No haya división—que es cosa del infierno—entre los llamados a la santa cristiandad que se llama Reino de Dios; no traigan pleitos por disensión los que son hijos de paz; no haya maldiciones entre los que esperan poseer el reino de Dios por una bendición; no haya envidias entre los que son miembros de un cuerpo, entre los cuales el uno se goza del bien del otro, y se entristece del mal; no fantasías entre los que adoran a Aquel que el jueves de la Cena se hincó de rodillas delante de sus discípulos, y después de los haber lavado los pies, dijo (*Jn.*, 13, 15): *Ejemplo os he dado, que así como Yo he hecho, así hagáis vosotros.* No tenga lugar la codicia entre los que oyen (*Jn.*, 13, 34): *Mi mandamiento es que os améis unos a otros como Yo os amé.* Sed, pues, hermanos, tales, que (*Mt.*, 5) vuestra *vida glorifique a vuestro Padre que está en los cielos*; sed tales, que deis testimonio que sois hijos de Dios, y que esperáis su reino, que nunca se acaba. Daos priesa a sembrar *en trabajos y lágrimas* (*Ps.*, 125), que *en alegría cogeréis*; sembrad, no en carne; porque de ella no sacaréis sino muerte, mas en espíritu, que da vida (*Gal.*, 6, 10): *Mientras tiempo tenemos, obremos bien a todos,* aprovechemos a todos; ninguna oportunidad para hacer dejéis pasar sin ponerla por obra. Para esto es la vida presente, para ganar la otra. No hagáis del camino fin: en el cielo esperad vuestro bien; acá poneos a lo que Dios quisiere, que es trabajar. Consolaos con la buena esperanza que Cristo nos dió de su Reino. Mirad por los enfermos, y recreadlos; por los hambrientos y necesitados, y ayudadles; dad tierra, y daros han cielo.

No perdáis vuestra buena costumbre de confesar y comulgar a menudo, porque no digáis (*Ps.*, 101, 5):

Mi corazón se secó, porque me olvidé de comer mi pan Sed amigos de la palabra de Dios leyéndola, hablándola, obrándola.

Tened paz en vuestros corazones, obedeciendo en ellos a Cristo, y contentaos con aquello que Él os envía; servidle como El quiere, y no como vosotros queréis. Tened paz en vuestras casas, mirando cada uno no sea pesado a su compañía. Tened cuidado de bien doctrinar a vuestros hijos por halagos y castigos.

Amaos todos en Cristo, y seréis todos ricos; porque siendo los corazones unos, también lo será la hacienda. Sed cuidadosos de vuestras costumbres, sed apacibles a vuestros prójimos, sed hijos de obediencia a Dios nuestro Señor; y en galardón de estas cosas esperad el reino de Dios, adonde plega a Él nos veamos

87.—A UNA MUJER DEVOTA

En Adviento. Enséñala cómo ha de aposentar al Señor.

El cuidado de aparejar posada a nuestro Señor y de saberlo tratar, no se debe pasar por alto en el tiempo que el Señor viene a convidarse consigo mismo, deseando aposentarse en nuestras entrañas. Y si esta merced entendiésemos, bastaríanos para engrandecerle a Él, y estimarnos a nos y desestimar todo lo que acá hay. ¿Qué mayor grandeza de Dios, que no tomar asco de nuestras llagas, y bajarse a morar en nosotros, siendo los cielos chicos e impuros para ser casa de Él? ¿Qué cosa es ver a Dios a la puerta de una ánima, llamando y rogando que le dé posada para bien de ella? ¿De qué me maravillaré más, de pedir Dios, o de negarle su criatura lo que le pide su Criador? ¿de convidarse Dios, o desconvidarle la criatura? ¡Oh hijos de Adán ciegos! ¿a quién decís no? ¿a quién cerráis la puerta de vuestro corazón, pues éste es el que lo hizo, y el solo que lo puede contentar y hacer bienaventurados? Dios os quiere, y no le queréis; míraos Dios, y volvéis las espaldas vosotros; y siendo amados, desamáis.

No seamos, señora, de aquéstos; agradezcámosle que nos quiere por casa, pues Salomón le agradeció que le dió licencia para hacerle una casa fuera de sí. Oigamos este mensaje de Dios, que quiere venir a nos, como le oyó la bienaventurada María, que toda se

ofreció por *esclava de Dios* (*Lc.*, 1), y conozcamos esta merced; y tengámonos por indignos de ella, diciendo con San Juan (*Mt.*, 3): *Yo tengo de ir a Ti, ¡y Tú vienes a mí!* Y pónganos cuidado la grandeza del Huésped para ataviarle la casa, aunque no como su alta dignidad pide, mas a lo menos cuanto nuestra flaqueza pudiere; pues que en ninguna cosa nos podemos y debemos mejor emplear, que en dar posada apacible al que nos crió, y a quien la ha de ser nuestra en su reino. Volvamos las espaldas a todo, por volver a este Señor los ojos, y tratemos con Él, de manera que comencemos aquí los negocios de su amor, que duren para siempre en el cielo, pues esta vida no nos fué dada sino para ganar la que no tiene fin en compañía de Dios y de sus cortesanos. La humildad le pone el cimiento a la casa, las paredes las cuatro virtudes, el alto de ella es la caridad, porque es cumplimiento de todo.

Déla Cristo a vuestra merced tanta gracia, que ella dé a Él todo su corazón, y Él a ella a sí mismo.

88.—A UNA SEÑORA.

Penada por la ausencia de su hijo. Animándola a padecer por Cristo y a imitación de la Virgen Santísima.

SEÑORA:

1. Sospecha tengo que vuestra merced está trabajada; y aunque yo mucho desee su consuelo, más deseo su provecho; y por eso más la querría ver con penas y con paciencia, que con descanso y con devoción. Porque más agrada a Dios la obediencia en los trabajos, que las gracias que le damos en la prosperidad.

2. Acuérdese de los trabajos de la Virgen nuestra Señora; que en el sólo trago de la Pasión de su Hijo, y en aquella tan penosa vista cuando le vió llevar a justiciar con ta pesado madero a cuestas, tan desemejado que apenas le conocía, pasó más pena que todas las madres con el no ver a sus hijos. Mire cuántos tormentos sentiría la que vió delante sus ojos pasar al que más que a sí misma amaba. ¿Qué sentiría cuando en sus brazos tuvo muerto, y tan maltratado, al que conocía ser Hijo de Dios y suyo? Y después de resucitado y subido a los cielos, estuvo muchos años

ausente de Él, con mucha más pena que las otras madres, porque más que todas amaba a su Hijo bendito. Pues si nos preciamos de ser servidores de nuestra Señora, ¿por qué no la acompañaremos en sus trabajos? Si alzamos nuestros ojos a la mirar cómo estaba al lado de la cruz de nuestro Señor, miremosla con corazones atribulados, conforme al que Ella tenía. Porque no se huelga un desconsolado que lo vayan a hablar con corazones muy alegres. Y así, quien quisiere la comunicación de nuestra Señora y de su Hijo bendito, quiera también parte en sus penas. ¿Cuándo a tal Hijo y tal Madre faltaron en este mundo trabajos? ¿Cuándo vino placer, que no fuese luego mezclado con gran desconsuelo? Toda la vida no fué sino un penoso destierro, y una muy grave cruz, y hasta que de aquí salieron no supieron sino tormentos: y ya que descansan, no quieren que sus servidores tengan ojo a lo que ahora tienen, mas a lo que cuando aquí vivían pasaron.

3. Señora, el descanso guardado está, y muy grande es; echemos mano aquí del trabajo. Muchos hay que son amigos de mesa de nuestro Señor, mas pocos de tribulación; y de estos pocos conviene que seamos si queremos ser sus amigos. Ayudémosle a beber su purga, y en aquello se verá que le queremos bien. No es pequeño negocio ser amigos de Jesucristo, y sólo el padecer declara quién es amigo fingido o verdadero. Y aunque amargue este trago, bébalo; que si mira por quién se bebe, cuán presto se pasará, y cuán grande será el galardón, sabrá muy bien, por el gran dulzor que en él hallará, y se quejará porque le dan tan poquito de él. Enséñese a amar, pues que es amada; y sepa que aquel ama de verdad a Dios, que del todo se da a Él y ninguna cosa deja de sí para sí. No haya miedo de ponerse y perderse en las manos de Dios, que todo lo que en ellas se pone queda salvo, y lo que no, será perdido sin falta. Sentencia es del Salvador (*Jn.*, 12): *Que quien se ama se perderá; y quien se pierde, se ganará.* No mire a lo presente, que cuantos a ello han mirado han sido engañados; alce sus ojos al cielo, para donde fué criada, y pida que la lleven allá, y cueste lo que costare.

4. Ninguno de cuantos allá están pasó aquí sin mayores trabajos que vuestra merced tiene; y si algunos los pasaron menores, en purgatorio los pasaron más recios sin comparación. Porque ha ordenado nuestro Señor que ninguno goce de sus gozos, si no tuviere

aquí parte en sus penas. Y pues con sus amados, que allá ahora tiene, esta ley ha guardado, no nos llamemos nosotros agraviados, ni queramos, aunque en nuestra mano estuviese, pasar por aquí, sin acompañar a Cristo y a su Madre en sus penas. Este es el camino del cielo, andemos por él. Este es purgatorio de nuestros pecados; no nos parezca mal. Esta es la empresa de que los amigos de Dios se han de arrear, que el pasar placeres, quienquiera lo hace. Acuérdese de lo que nuestro Señor nos ha dicho (*Jn.*, 16), como quien bien sabía lo que había de acaecer: *En verdad, en verdad os digo, que llorareis y plañiréis* (1) *vosotros, y el mundo se regocijará. Vosotros os entristeceréis, mas vuestra tristeza será en alegría tornada. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque ha venido su hora; mas cuando ha parido niño, ya no se acuerda de la apretura, por el gozo de que ha nacido hombre en el mundo. Y así vosotros ahora tenéis tristeza; mas otra vez os veré, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo ninguno os lo quitará.* Esto dice nuestro Señor; y, por tanto, hasta que nazca este hijo, olvide estotros; y hasta que el Señor la vea sufra con paciencia su destierro; que más presto vendrá que piensa.

89.—A una señora

Temerosa de parecer delante de Dios; animándola que confíe en el Señor, y mirando a su majestad vaya delante de Él (1).

SEÑORA:

1. Déme licencia para reñirle, no porque tiene desconsuelos, ni lo que me escribe; que aquello, cruz de Cristo es, y muy preciosa, y nunca ella tanto bien mereció, de ser ejercitada de sus enemigos porqu sirve a Cristo; mas ríñole, porque no se acuerda de las palabras que de parte de nuestro Señor le he dicho, con las cuales no sería menester que de nuevo le diese aviso; y esto, no por huir mi trabajo—que más pasaría—, sino porque ella no perdiese lo que podría ganar si fuese avisada. No tengo que le decir cosa de nuevo, sino acordarle lo que le he dicho: que su llamamiento

---

(1) *Plañiréis;* la edición 1578, *plantearéis.*

(1) Esta Carta no se lee en las ediciones modernas.

fué del celestial Padre, que por merecimiento de su Hijo, la quiso tomar por hija, y como a tal mantenerla y tratarla, ya con consuelos, ya con desconsuelos; que así trata Él a sus hijos. Él es el que la ha guiado hasta aquí, y la ha tenido en su amistad; y si Él con ella no hubiera andado, no hubiera estado en pie; y débele gracias por el camino en que la puso, en el cual valen más los desconsuelos, que en el otro los consuelos.

2. Marañas son del enemigo para le quitar la confianza, y desbaratarla toda, como a quien le quitan el arrimo que la sustenta: que no es menor tentación la vergüenza de ponerse delante de nuestro Señor. Porque si mira a sí misma, nunca lo merece; si a los merecimientos de Jesucristo, siempre puede llegar con corazón arrepentido y humillado; y no había ella de turbarse por esas cosas, pues tiene doctrina que ha de orar como quiera que se sienta, y gastar buenos ratos en ello. Suplícole tenga vigor en su ánima para despreciar estas cosas; que si siempre aquí se está, nunca saldrá de pañales, ni gozará de lo que desea, que es el trato del amor. Asiente ya con confianza que el Señor la ama, y es con ella; y si alguna duda viniere, como en este mundo suele venir, pelee con ella, y pase adelante. Y si esto vence, entenderá en cosas mayores; que es ya vergüenza estar tanto tiempo engañada del enemigo con esta flaqueza del corazón.

Plega a Cristo de le dar su virtud para que con mucho ánimo le sirva; que esto es lo que más ha menester.

90.—A LA SEÑORA DUQUESA DE ARCOS (1)

Que sentía varios espíritus de amor y temor, rigor y blandura. Declárale lo que son estas cosas, y cómo se ha de haber en ellas.

1. Leído he con atención, y más de una vez, las dos cartas de V. S.; y después de haber pedido a nuestro Señor lumbre para responder a ellas, me parece que veo a Rebeca preñada de dos hijos, y que *el uno pelea contra el otro* (*Gen.*, 25, 22), y a las ve-

(1) Eralo Doña María, hija de la marquesa de Priego, familia tan favorecida por la santa amistad del M. Avila. (Véase la edición «Montaña», t. I, pág. 393.)

ces prevalece el malo contra el bueno. Y paréceme ver un Abel justo, y un mal Caín envidioso, hasta desear y procurar la muerte a su buen hermano (*Gen.*, 4). Y paréceme que veo un Faraón, que no quiere que viva varon del pueblo de Dios (*Exod.*, 1), y *un dragón acechando a una mujer, para en pariendo, tragarle su hijo* (*Apoc.*, 12). Y para que más claro parezca lo que digo, que anda el tirano Herodes por matar a Dios Niño (*Mt.*, 2), nacido en el portal de Belén. Mas acuérdese V. S. que, siendo Dios consultado sobre la guerra que sentía Rebeca en su vientre, por la cual estaba tan penada, que llegó a arrepentirse por haber deesado los hijos y por haber concebido, responde Dios (*Gen.*, 25, 23): *Dos gentes están en tu vientre, y dos pueblos saldrán de ti; y el uno vencerá al otro, y el mayor servirá al menor* (2).

2. En el angustia que esta preñada tenía por la guerra que dentro de sí sentía, podrá ver vuestra señoría la que tiene dentro de sí. No hay paz entre los dos espíritus que dentro de sí siente V. S., como no la había entre Jacob y Esaú dentro del vientre de su madre Rebeca. Y no querría que hubiese llegado la pena hasta hacerle decir lo que Rebeca dijo: *Si así había de ser, ¿para qué era menester concebir?* Palabra es de persona amiga de descansar en esta vida, y por no pelear, quiere quedarse sin merecer la corona que excede todo ser y valor: la cual no es otra cosa sino el riquísimo y abundantísimo Dios. No sea vuestra señoría como los flojos de Israel (*Ex.*, 16), que a cada cosita trabajosa que se les ofrecía en el desierto, luego se quejaban y se arrepentían de la salida de Egipto; mas ponga sus ojos en quien la sacó, que Él la defenderá del calor *del sol que no la queme, y de la luna* y frío y tinieblas, *de la noche* (*Ps.*, 90). para que no encuentre con malos encuentros, pues que Dios ha tomado a su cargo este negocio, y mandado que confíe de Él.

3. Viniendo más en particular a la respuesta de sus cartas, digo que casi cuanto hay que responderle todo le está ya respondido de parte de nuestro Señor; sino que ella no asienta en ello, ni sabe valerse con el adversario, aunque le han dado armas con que lo vencer. Entienda V. S. que el espíritu que está dentro de ella, y la convida con amor y confianza y anchura de corazón y blandura, es espíritu de Dios y de

(2) Véase la Carta 96, n. 3.

verdad; y el que la estrecha, y hace dudar, y desmayar, y enojar contra Dios y contra los prójimos y contra sí misma, y parecerle todo mal, es espíritu del demonio y de mentira. Y esta diferencia nota la Santa Escritura que había entre Jacob y Esaú, que *Jacob era blando, y Esaú lleno de vello blanco y áspero.* Y en esto está engañada, pensando que esos males que siente en el corazón son de su propia cosecha, no lo siendo. Porque cierto es que el espíritu sólo de vuestra señoría no sería tan desacatado contra nuestro Señor, ni tan malicioso, ni tan ignorante, como parece en las cosas que en ella pasan. Porque hacerle entender que en todo cuanto hace peca, y aun mortalmente muchas veces, es cierto ser mentira y del demonio pues ella misma entiende y ve que no hay tal. En conclusión, entienda V. S. que, aunque en su corazón hay algunas raíces de mal, como en corazón que viene de Adán, lo edificado sobre ellas, del demonio es, y los alborotos levantados, del demonio son por matar a Jesús, que en su anima ha nacido por su sola bondad. Y ésta es cosa tan usada en este camino, que casi no hay quien por esta ley no pase. porque en contrapeso de gozar de Dios, le han de dar que sufra al demonio. Y pues es ley tan general de que Dios usa con sus amigos, pase vuestra señoría por ella, pues es una de ellos, y asiente en su corazón que esto ha de ser asi, y que por aquí van al cielo. Y conociendo quién es cada uno de los que hablan dentro en ella, será cosa fácil alcanzar victoria; pues descubierta la verdad, la creemos, y descubierto el engaño, lo descreemos y lo aborrecemos.

4. La muerte de las afecciones a toda criatura que Dios le pide es muy justa; y así está dicho por boca de San Pablo (1 *Cor.*, 7): *Los que tienen mujeres, como si no las tuviesen; y los que usan de las cosas de este mundo, como si no las usasen.* Y esta muerte no quita el amor de los prójimos, ni quita el amor de las cosas de Dios; porque como después de la muerte del Señor vino su Resurrección, así después de esta muerte de todas las cosas viene una resurrección, que es una nueva vida. en la cual el ánima se alegra con todas las criaturas de Dios, y las ama y abraza, gozando de ellas en el mismo Dios. Y esto es lo que le han dicho, que puede amar al Señor en Sí mismo, y lo puede amar en (3) todas las criaturas. y gozar de

(3) *En;* las ediciones de 1578 y 1595, *con.*

Él en ellas. Y pues lo dejan en su elección, haga lo que más paz diere a su corazón, pues es señal que aquello es lo que más a Dios agrada; con condición, que viva con cuidado no se pegue el corazón tanto a ellas, queriendo amar en ellas a nuestro Señor, que sienta que se le aparta el corazón del amor de Dios. Mas mientras no hubiere este peligro, sino un amoroso talante para con Dios en las criaturas, goce enhorabuena de Él en ellas; aunque más veces debe usar el amar y gozar del Señor en sí a solas, porque es cosa más lejos de los peligros, que de la memoria de las criaturas suelen venir. Así que no le pese de morir tal muerte, pues es medio para alcanzar mejor vida, que es vivir a Dios, y no sin gran gozo de V. S.

5. La confianza que ha mandado el Señor que tenga en Él, es justo que la tenga, pues le enseñó el abundantísimo mar de su amor, que no tiene término. Y no la engañe el maligno espíritu, diciéndole que el amor que Dios le tiene mostró tenerlo a todos; y con ser así, se pierden muchos por no se aprovechar de él. Porque una cosa es amar Dios, cuanto es de su parte, a todos, y ayudarles para que se salven, y otra cosa es amar con afecto más particular, que es hacer que una ánima le ame a Él; que esto es señal que Dios la ama con particular amor, y que es una de sus escogidos, que Él *ab aeterno* predestinó, no por merecimiento de ellos, sino por mostrar Él su bondad en ellos, porque no pareciese sola la justicia en castigar a los reprobados por sus pecados, sino también la gloria de su misericordia en querer guiar sus escogidos al cielo.

6. Cierre V. S. las orejas a las muchas pláticas que el demonio y su propio corazón le trajeren, diciendo: ¿Para qué me quiere a mí Dios llena de tanta inhabilidad para el bien, tan sin provecho para él, y, en fin, con tantas faltas, que yo misma me aborrezco a mí, y que juzgo ser cosa muy justa que Dios no me ame? Porque todo esto es de no conocer *los tesoros de la bondad de Dios* (*Rom.*, 9) ni el secreto de su voluntad con que escoge vasos indignos en que enseñe las riquezas de su misericordia. Y esto suele nacer de una secreta raíz de soberbia, con la cual querríamos, o no haber menester a Dios, o si lo hubiésemos menester, que no nos diese de gracia lo que nos da; o a lo menos que, ya que no lo merecemos, no lo desmereciésemos tanto. Este es el mal consejo de nuestro corazón, y la herencia del hurto de la divinidad

de Dios, que nuestra madre Eva quiso hurtar. Y por esto no nos consolamos de ser amados de Dios, o no lo creemos, porque no querríamos que fuese verdad ser amados, siendo tan dignos de ser aborrecidos; y como en nosotros no hay quilates de bondad para sufrir tachas ajenas sin desgracia, ni tenemos amor para amar cosas que son tan menguadas, no podemos creer que Dios lo tenga, por pensar que es como nosotros; y no mirando que ha dicho Él (*Isa.*, 55): *Como son ensalzados los cielos de la tierra, así lo son mis caminos de los vuestros.* Y si en todos los caminos que Él anda es maravilloso y alto, mucho más en los caminos de su misericordia para con sus escogidos; los cuales son de Él tan amados, que es para sacar de juicio a quien lo conoce. Y si en cosa es maravilloso Dios, en ésta lo es más que en criar los cielos y la tierra y cuanto en ellos hay. Porque si esto crió, no hubo quien le contradijese, pues no hubo quien le hiciese resistencia. Mas amar donde tanto desmerecimiento y desagradecimiento y pecados hay—o habría de nuestra propia cosecha—, esto sobrepuja a todo juicio; tanto, que no hay ninguno que no quede ahogado en la admiración de tanta bondad. Y porque esta bondad más parezca, anda buscando Dios personas a quien amar, que son más indignas de ser amadas; y como San Pablo dice (1 *Cor.*, 1): *Escoge las cosas flacas, necias, bajas y para menos*, y allí pone sus ojos, para enseñar Él la grandeza de su bondad en amar Él a los tales; y las de su poder y saber defendiéndolas y rigiéndolas para su gloria, como Él lo dijo (*Isa.*, 43, 21): *Este pueblo escogí yo para Mí, éste contará mi alabanza.*

7. De manera que este negocio en gracia se funda, no en propio merecimiento ni habilidad. Y quiere Dios que sepa quién es Él en bondad, y le glorifique; y si no puede alcanzar quién es Él en bondad y cuán grande es *en Sí mismo*, a lo menos sepa cuán grande es en bondad *para con ella*, y que le alabe y le ame, y se fíe de Él. Y cuanto ella es menos para esto, más parecerá quien Él es. No se desmaye en ninguna manera por verse tal, ni pare su vista en sí misma, sino luego pase a Dios, y diga: ¡Oh bondad admirable, que a cosa tan indigna amáis! ¡Oh bendita paciencia, que tales faltas sufrís! Señor, no he menester mirar los cielos ni la tierra, ni todas las otras hermosuras que en ellos criasteis, para rastrear y conocer algo de vuestra hermosura y bondad, sino mirar mis mal-

dades y mi fealdad que de mí misma tengo, y allí veo vuestra bondad mejor que en todas las otras cosas. Señor, ¡que con todo esto me amáis! ¡Que no me echáis de delante de vuestros ojos, siendo yo cosa tan fea y leprosa de mi propia cosecha! Señor, ¡que a tales criaturas dais la hermosura de vuestra gracia y amor! Verdaderamente más me amáis que nadie, y más que yo misma, pues lo que nadie me sufriera, y aun lo que yo no me sufriera, vos me lo sufrís. Y desámome y desgráciome yo conmigo, y Vos no, Señor.

Este, señora, es Dios. Este, que es mayor en bondad que todos: éste, que tengo harto que hacer en creer cuán bueno es, éste es Dios. Este, tan rico en bondad y amor, que arde como fuego en agua, éste es Dios. Y así como su ser es infinito e incomprensible, así lo es su bondad y amor. Pues si *Dios,* como San Juan (1 *Jn.,* 4, 8) dice, *es amor,* y Dios es infinito, ¿qué se espanta que la ame el Señor siendo ella quien es? ¿Dios no es mayor que no ella? Cierto, sí. Pues lo mayor vence a lo menor, y la mayor bondad vence a toda maldad; y así Dios es bueno para con ella, y la limpia, justifica y hace agradable, aunque ella sea quien es, hija de ira y de perdición de su propia cosecha.

8. Esto asiente así en su corazón, y por esto dé gracias a nuestro Señor, que quiso que fuese una de sus escogidas, y de las que hallen gracia delante de sus ojos, y que es amada de Él. Y donde este amor hay, todo lo encubre, según que está escrito (*Prov.,* 10): *La malquerencia despierta rencillas, y el amor apaga las levantadas.* Todo esto encubre el amor: *Todos los pecados encubre la caridad,* como lo dijo San Pedro (1 *Petr.,* 4). Y éste principalmente es el amor que Dios tiene a sus ovejas, de las cuales dice (*Jn.,* 10): *Que ninguno se las quitará de sus manos,* ni ellas tampoco se le irán, porque Él las tendrá; y si las dejare caer, levantarlas ha. Si quiere gozar de esto, crea que cabe esto en la bondad de Dios, y alégrese en que tal Dios la ha tomado por suya. Y si su corazón le dijere que ¿cómo es posible?, dígale que Dios todo lo que quiere puede, y que quiso Él darle su amor; y lo que Él da, ella lo puede muy bien poseer, no por título de merecimiento, sino de merced. Y diga: No soy digna de ser amada; mas sin serlo, Él es digno de ser amado; y para esto ama, para dar su amor. Y pues nuestro Señor le da gracia para no

caer en culpas mortales—que no lo son las que comete—, esté confiada que está en su gracia. Porque si Dios tiene bondad para de enemigos hacer amigos por la sangre de su Hijo, tenerla ha para amar a sus hijos, aunque en esas faltas pequeñas caigan.

Y esto respondo a lo que V. S. me pregunta, que ¿en qué confiará que está en gracia? Digo que en tener propósito de no ofender a Dios mortalmente, y pesarle de le haber ofendido; y pues esto le ha dado, no sospeche enemistad habiendo paz.

9. Vengamos a lo que más pena le da a V. S., que es verse presto despojada de lo bueno, y llena de lo contrario; lo cual nace de la poca experiencia que tiene en este camino. Esto, señora, hace el demonio, y permítelo Dios para que saquemos de ello muy grandes bienes. Conviene que pruebe nuestra locura una y muchas veces cómo el bien que tenemos no es nuestro. Porque apenas hay cosa en que tan presto queramos pecar, como asir en la honra y complacimiento de lo que somos. Es menester que lo que teníamos muy asentado y fijo lo veamos, a cabo de un credo, tan lejos de nos, que ni aun el rastro no nos quede, y que nos veamos tan sin arrimo, que en ninguna cosa hagamos pie, para que así veamos que no estamos en nuestros pies, sino en las manos de Dios, y que es pura limosna la que nos hace en darnos lo que nos da. Y si le parece que es recia prueba ésta, y que menor bastaba, digo que plega a Dios que ésta baste. Porque según es nuestra locura, veces acaece haber estado en punto de perdernos, y en visitándonos Dios, luego pensamos que algo habemos hecho y merecido por aquello que nos viene. Y no sin causa dijeron aquellos Padres del Yermo, que la postrera batalla y la más importuna es la de la soberbia, y por esto ha menester más continua y más recia cura; y ésta es, como digo, verse el ánima tan desamparada y toda llena de infierno, y que pierda los bríos de: «Puedo, valgo y sé valerme por mí.»

Mas en estos trances no se desbaratan los experimentados; más entienden el negocio, y aunque afligidos, no desesperados; mas sufren su cauterio como pueden, esperando que se les pase aquella tormenta, y venga bonanza; mayormente cuando piensan: «Otras veces me he visto en esto, y me ha librado Dios.» Lo cual no entienda V. S. que basta para quitar la pena, mas basta para que no se desbaraten con ella. Y aunque sienten sentimientos de odio con Dios, y

desesperaciones muy interiores, y verdaderamente sentimientos del espíritu del demonio, no se derriban, sino—como quien sufre un frío recio de ción (4)—están debajo de aquel azote, no consintiendo en nada de aquello, sino sudando por no irse tras de ello, y esperando que se les pase. Y si hablan entonces, disimulan lo que tienen; y si rezan, otro tanto. Y al fin hacen lo que han de hacer, aunque vayan sin corazón y contra corazón, y buscan cómo se les pase aquel rato, hasta que torne nuestro Señor con su luz; y tornada, no desmayan por lo pasado, que bien saben que ha sido obra del diablo, sino entienden en humillarse a nuestro Señor y en agradecerle lo amargo que les dió, y la visitación que les visita, y creen que una es medio para la otra, porque así lo enseña la experiencia, que tras gran batalla, gran consuelo, y tras gran consuelo, gran guerra.

10. Así que, señora, lo que V. S. ha de hacer en esto es no turbarse dentro del corazón, aunque lo de encima se turbe. Diga a nuestro Señor: Aunque yo estoy mudada, Vos el de ayer sois; y aunque os escondéis, conmigo estáis, según vuestra promesa que decís (*Ps.*, 90): *Con Él estoy en la tribulación*; y pues conmigo estáis, sea enhorabuena: estemos juntos, y sea en cruz: mirad por mí, pues que yo no soy para ello. Y refrene la ira cuanto pudiere, y el desabrimiento. Y aunque esté, a su parecer, en el corazón, crea que no está en el corazón interior, sino en el exterior; y no se turbe, porque no tiene Dios la principal cuenta con aquello que se siente, sino con lo interior; como acaeció a Santa Catalina de Sena, que siendo molestada muy reciamente de imaginaciones deshonestas, dijo al Señor: ¿Y dónde estábades Vos, Señor, cuando yo tal padecía? Respondió el Señor: En ti estaba; y en esto lo verás, pues te desplacían esas imaginaciones: que si yo no estuviera dentro, aplaciérante. Así que halla el ánima dentro de sí aplacimiento; mas con lo de más adentro desplácele y aborrécelo; y esto es lo que mira Dios.

Hable V. S. con paz, y hágase lo que se hubiere de hacer con paz, sufriéndose con paciencia, como sufriera a otro que aquello tuviese. Y no hay de qué tomar pena entonces por estar así con esto, porque no es cosa que es en su mano, ni en que tiene culpa; y si alguna hay, es muy poca Y aunque le parezca

---

(4) *Ción:* terciana o calentura intermitente.

que está sin amor, y que no puede llamar a Dios, no se fatigue, que la misma tribulación llama a Dios, el cual *tiene cuenta con el trabajo y dolor,* como dice David (*Ps.*, 10, 14). Si se acostumbra a no tomar pena, irále en gran manera mejor; y mientras más pena tomare, peor le irá; que esto quiere el diablo, como a uno que ven que se corre, más lo persiguen los pajes. Disimule con ello, no haga caso de ello, no ponga allí el corazón, mírelo como a una obra del demonio, y con todo el sosiego que pudiere dejarlo pasar, e irle ha mejor. Otra vez le aviso que no se amargue por ello, e irle ha bien; y créame, que entonces con cuan fea ve que está, agrada al Señor tanto y más que cuando está muy devota; porque si cuando está muy devota está de placer, cuando está tentada, está de provecho; y éste es el que quiere Dios; mas no para Él, sino para ella.

11. Las ocasiones que para esto da, conviene que quite en todo caso, que son pensar que cada cosita es pecado; y que ya que caiga, se levante luego, y se vuelva a Dios. Esto se ha de curar muy de raíz. De pecado mortal esté muy confiada, por la bondad de Dios, que no la dejará caer en él; y si cayere, verá muy claro lo que es. Porque en los que aman a Dios y lo temen, no suele así acaecer, que los deje caer Dios, si no es queriendo ellos a sabiendas derribarse. En los veniales crea que, por mucho que se mire, ha de caer alguna vez; y asiente en su corazón que por estas faltas no se va nuestro Señor, ni se enoja del todo, sino que le agrada mucho la humildad del propio conocimiento, y la libertad del corazón con que van sus hijos a Él a pedirle perdón con buena gracia; y con esto se lo da, sin más alborotos, que son más dañosos que las mismas caídas. Y si a ella le parece que es cosa recia recibir con amor a gente que así cae, digo que por eso es Él, y no ella; y si ella no tiene bondad para hacerlo así, no quiera quitarla al que la tiene para lo hacer; porque aunque se la quiera quitar, no podrá.

12. Entienda en las cosas de casa sin pusilanimidad, con alegría, pensando que Dios se contenta de ello, y que Él se lo manda, que así es la verdad. Y no piense que le anda Dios poniendo lazos en todas las cosas, sino con corazón esforzado y alegre, llevando a Dios delante, riña y mande, y haga lo que conviene, en fe que agrada a Dios en ello. Y aquel dejar de hacer las cosas, porque le parece mejor no hacerlas,

por quitar la propia voluntad, es engaño del diablo, y huya de él; sino haga lo que ve que conviene según buena razón, y lo que es menester hacer y cumplir. y no tener el corazón caído y sin nervios, sino un corazón que tenga dentro de sí otro corazón y esfuerzo. Que una cosa es dejamiento de corazón, y otra recogimiento de corazón. Los dejados son flojos, y están caídos, como un corazón descoyuntado y sin fuerza; los recogidos traen el corazón esforzado y unido, y no caído, sino alzado a Dios y a lo que es menester; no mortecinos, sino avivados y diligentes en lo que conviene; y aunque ocupados en Dios, no faltan a lo que son obligados, sino como pueden se esfuerzan a cumplir con ambas cosas. Verdad es que el recogimiento quita mucho la memoria; mas para esto hay remedio de escribir lo que se ha de hacer, y mirarlo muchas veces; y así remédiase con el papel en la mano. Y la persona que tiene casa que regir, es bien que salga algún poco más de su corazón para cumplir con lo que debe, que si no tuviese casa a su cargo; y esto se ha de hacer con fe, creyendo que agrada a Dios en ello, y no pensando que nos quiere hacer reventar; *porque sus mandamientos suaves son para quien lo ama* (1 *Jn.*, 5, 3); y las horas del recogimiento puede V. S., mudar a tiempo más desocupado.

13. Y no ha de pensar que teniendo tan buen Padre en el cielo, como tiene, que no ha menester a nadie; porque este Padre es amigo de caridad y humildad, y quiere aprovechar a unos por medio de otros, y quiere salvar a unos por medio de otros; y por esto ha de esperar en Dios, y que todo su remedio viene de Él; mas si quiere Él, por mano de quien Él quisiere, le hará bien. Dirá V. S. pues: Señor, yo quiero buscar vuestro favor por medio de cuantos pudiere, pues no sé por medio de quién me habéis de salvar. Y con esto se humille a todos; porque es posible que haya Dios elegido para medio de su salvación la oración de una persona de muy poca virtud; de manera que su esperanza, por sí (5) y por medio de otros la haga buscar cuantos pudiere.

14. Y el no querer ser de las más altas en santidad se remedia con ofrecerse tal cual es a nuestro Señor, y no querer ella nada para sí, sino que Él la ponga

(5) *Por sí;* las ediciones de 1578 y 1599 dicen *que por sí;* es obscuro el contexto.

donde Él quisiere, y que allí estará contenta: y suplíquele que sea en el más chiquito lugar del cielo, con que esté muy contento Él; y sepa estimar cuán gran bien es hallar gracia delante de Dios, y verá que no hay gracia pequeña; y cuando este pensamiento combatiere, diga: *No mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha* (*Mt.*, 26).

15. El pensamiento que le viene, cuando ha confesado, que no queda bien confesada, es tentación del diablo. No torne a confesar, sino comulgue, y diga lo que se le olvidó a nuestro Señor, pues que no son pecados mortales.

16. El servir a Dios es para ser regalada de Él unas veces, y otras para que ella le regale a Él: y cuantas más veces hiciere lo segundo, será mejor sierva: que los regalos Él los guardará para el otro mundo, donde mientras Él fuere Dios no dejará de regalar a los suyos. Espere un poco y contentarla ha nuestro Señor en esto. Entretanto pásese con lo menos que pudiere, no porque no tiene Jesucristo amor para ello, sino porque a ella es más provechoso; y trabaje de no le ser incrédula; mas crea y confíe ser amada de Él, aunque no le muestre regalo ninguno. Y si dice que sobre qué prenda, digo que sobre muchas que Dios le ha dado.

17. A lo que dice que no tiene condición para servir a Dios, digo que la mayor parte de esa condición, o, por mejor decir, imaginación, es causada por el demonio, y tentación suya es. Dios se contenta con ella; no tiene con quien más cumplir. Para eso la tomó, y la llamó para hacerla de mala, buena. Poco a poco se mudan las condiciones: súfrase, pues Dios la sufre; y procure de ir ganando algo de mejoría, aunque sea poca.

¿Desea tener vida con buena esperanza, y amor sin contradicción? Deseo es de carne, por holgar y vivir a su placer. Quien a servir entra, a voluntad de su Señor ha de andar; y de tal Señor, que nos lleva por do más nos cumple. Ofrézcase a la voluntad de Dios, y no elija por dónde ha de ser salva, que Él tiene cuidado de ella. El ser inconstancia que pide, Él vendrá, que temprano es (6). Y no crea V. S. que a los que sirven a Dios nunca les falta sentimiento del amor que a nuestro Señor tienen, y de la esperanza;

---

(6) Así las ediciones de 1578 y 1595: no aparece el sentido de la frase.

más veces les falta que tienen cabellos. Mas ¿qué por ello? Pruebas son para ver si saben llevar cruz y navegar con vientos contrarios. Y aunque no sienten siempre que Dios los ama, créenlo aunque sin gusto; y si este crédito les quitan, no se fatigan, con pensar: «Dios lo proveerá.» Y como les ha acontecido esto muchas veces, no se turban; y cuando mucho le acosan diciendo: «Dios no te quiere bien», dicen ellos: «Si Dios no me quiere bien, yo lo quiero querer a Él, y seguirle hasta la muerte; y aunque no tengo claro conocimiento del amor, esto tengo, que por ninguna cosa le quiero ofender mortalmente; y en esto veo que lo amo y quiero más que a mí.»

18. Holguéme cuando leí que me tenía cansado, más que cuantos he tratado; porque diciéndole yo que se engaña, y creyéndolo, entenderá V. S. que si a mi poca caridad no cansa, menos cansará al fuego de ella, que es Dios. Y otras mayores barajas he visto, y en mayores guerras me he hallado, y con la gracia del Señor he estado contento en ellas.

No tengo lugar para más escribir, que es víspera de Ramos, y ayer fué día de sermón. Dios sea luz de V. S., y acabe en ella lo que ha comenzado. Tenga esta confianza, no para que la haga descuidada, sino agradecida y esforzada.

91.—A UNA DONCELLA TRABAJADA

Enseñándole cuán gran merced del Señor es enviar trabajos en esta vida, y por qué los envía a sus siervos.

1. Deseo tengo que vuestra merced esté muy consolada entre sus trabajos, y sea muy agradecida al que se los envía, y los abrace muy de corazón como a verdaderas reliquias de Jesucristo nuestro Señor, y ciertas prendas de su amor, y diga como David (*Ps.*, 22): *Tu vara y tu báculo, ellos me han consolado.* Porque aunque la carne sienta desconsuelo en ellos, el espíritu es razón que tome consuelo, viéndose tratado como lo son los amados de Dios, los cuales, probados con diversos géneros de tentaciones y tribulaciones, fueron hechos hábiles para ser en el reino de Dios galardonados. Porque aquella paz y descanso de allá ganarse tiene con guerras de acá; así como las piedras y madera que se puso en el templo de Salo-

món primero fueron labradas fuera del templo, y después puestas, sin que en la casa de Dios se oyese golpe de martillo ni estruendo de sierra. Y pues vuestra merced se ve martillada, entienda que la apura (1) Dios, y le quita lo tosco que de Adán trae, para ser asentada entre aquellas preciosas piedras que hacen la casa de Dios.

2. Confíe, señora, que es amada del Señor, y que los trabajos no son de enojos que tiene con ella; mas quiere que cante lo que está escrito (*Ps.*, 16, 3): *Probaste mi corazón, y visitástelo en la noche; examinásteme con fuego, y no fué hallada en mí maldad.* Grande alegría es al ánima el ser hallada fiel al Señor en el día de la prosperidad y en la noche de la tribulación, y ser examinada con cosas que le duelen, y mucho duelen, y responder (*Ps.*, 43, 18): *Todas estas cosas vinieron sobre nosotros, y no te olvidamos, ni hicimos cosa mala en tu Testamento.* Y a esto[s] dice Jesucristo nuestro Señor (*Lc.*, 22): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones: Yo os dispongo el reino, como mi Padre me lo dispuso a Mí.* Y aunque parece el Señor riguroso en estos azotes, y suele el ánima temer y temblar entre ellos, el Señor la asegura diciendo: *De noche y de día la guardo: no tengo enojo con ella: a deshoras le daré una bebida, porque no se visite contra ella.* En lo cual parece bien la inefable misericordia de nuestro Señor, que tanto cuidado tiene de su viña, que *en un tiempo y en otro la guarda,* y por eso la visita a deshoras con unos nuevos trabajos, *porque no se visite contra ella* con los trabajos del otro mundo, pues no es posible pasar al cielo sin ellos.

Grande es su misericordia en darlos aquí, donde son menos y menores, y *comienza a juzgar aquí a los de su casa* (1 *Petr.*, 4, 17) para no tener que juzgarlos allá, sino consolarlos, y emplear su enojo con los ajenos que aquí fueron malos y prosperados.

3. Por tanto, señora, este consuelo envío a vuestra merced en sus trabajos, que son guarda para su ánima, y prendas del bien que le han de dar en el cielo, y guerra cuya corona es el mismo Dios; al cual tanto más crea ser agradable, cuanto más se viere de su mano bendita trabajada. Y si le dieren pena, respóndale a su ánima que se espere un poco; vendrá la mañana, pasarán las sombras, y vendrá la luz,

---

(1) *Apura:* purifica.

y el Señor la hartará con su vista; y en enjugándole las lágrimas, le hinchará sus labios de risa y de gozo. Bendiga al Señor que la ha hecho ser suya, y confíe en Él, que no la pondrá a mal recado, pues no suele amar y descuidarse de lo que ama. Quienquiera ama a sus cosas; mas Dios mucho más. Y pues vuestra merced es de Él amada, duerma sobre seguro, y no dude de alegrarse en todo lo que le acaece, creyendo que son mercedes de nuestro Señor; el cual quiso ser joya de los trabajos de vuestra merced, para que mirando en ella, le parezcan todos pocos. Porque ¿quién será aquel que se ose quejar que se le vende Dios caro, por mucho que le pidan, aunque sean mil vidas, pues Él es de valor infinito? Déle gracias muy de corazón, porque le dió gracia que a Él sólo vuestra merced amase, que a Él sólo mirasen sus ojos, que en Él sólo pusiese su confianza, y que a Él sólo quisiese por fin de sus trabajos y descansos; que pues Dios esto le ha dado, Él dará lo que le falta, Él acabará su obra, Él sanará y Él salvará su enferma, y dará galardón a su trabajadora, y pondra en su reino a su redimida. Presto vendrá este día; esté vuestra merced en espera de él, y diga como Jeremías (*Tren.*, 3): *El Señor es mi ración: yo le esperaré.*

4. Y así como la esposa casta no quiere en ausencia de su esposo ver fiestas, ni tomar pasatiempos, ni otras cosas de consuelos presentes, guardando sus ojos y su corazón para gozar de su esposo, así vuestra merced, colgada de aquel Señor a quien dió su amor y de quien es esposa, téngase acá por extranjera, y allá esté su corazón a do está su tesoro; y a los placeres y trabajos que le vinieren diga: *El Señor es mi ración: yo le esperaré.* Convidada soy a comida tan bienaventurada; más quiero estar con hambre y en espera de tanto bien, que hartarme de las presentes vanidades, y perder la gana de aquella comida. Fiel es Dios, y *bueno para los que en Él esperan y le buscan; yo le esperaré y le buscaré* (*Tren.*, 3, 25); pues a quien dió gracia para buscarle, da para hallarle.

Y aunque algún día aflija, Él alegrará con su vista y para siempre, y dará el galardón de las buenas obras en el cielo, adonde vuestra merced dirá: Ya tengo lo que busqué, gozo por lo que pené, poseo lo que deseé. Y allí verá cómo el Señor ha tenido de ella cuidado desde que en el vientre de su madre fué

criada, hasta llevarla a las sillas del cielo; y dará entrañables gracias a su bondad, y mayores por los mayores trabajos que por los mayores descansos, pues fueron méritos más ciertos para ganar el cielo que los consuelos. Y pues esto se ha de alcanzar, espérelo primero vuestra merced, para que el Señor reciba de ello servicio; y ensanchemos el corazón en medio de la tribulación, y con esperanza de tanto bien, suframos el mal presente. Déle Cristo a vuestra merced tanta abundancia de su amor con que, como el óleo nada encima el agua, ande su gozo encima de los trabajos (*Cant.*, 8), *y las aguas muchas no le puedan apagar la caridad*; mas como viva llama, más y más arda mientras mayores trabajos el Señor le enviare; el cual sea todo bien de vuestra merced.

92.—A UNA MONJA

Cercana a la muerte: Consuélala y anímala, y enséñale lo que en aquel tiempo ha de hacer.

DEVOTA SIERVA DE JESUCRISTO:

Envióme vuestra merced a decir que estaba en las postrimerías, y que me acordase de ella, que ahora era tiempo. Así, señora, se hace; y aunque las nuevas que me da son para dar pena a la carne, mas mirándolas con ojos cristianos, son para alegrar el espíritu; y así lo debe estar el de vuestra merced, como el Señor dice en el Evangelio (*Lc.*, 21): *Cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención.* Porque aunque Cristo la libertó de la cautividad de pecados mortales por la bondad y merecimiento de su sangre, mas queda el poder caer en ellos, y queda el caer en veniales, y queda el cautiverio del cuerpo tan sujeto a miserias, que hace gemir a un San Pablo y a otros como él, según él lo cuenta y dice (*Rom.*, 8) que *estaban esperando la redención de su cuerpo*. Allá, señora, no pecará mortal ni venialmente; porque por la sangre del Cordero, que por nosotros se derramó, no tendrá que ver con infierno, donde siempre pecan, sino con purgatorio, donde aunque penan, no pecan; y de allí saldrá a ver a su Esposo, y a gozar de los bienes que le ganó, con los clavos en las manos y en los pies puesto en la cruz. Y pues es cosa más maravillo-

sa ver a Dios puesto en la cruz, que verse vuestra merced puesta en el cielo, espero de su bondad, que pues la tuvo para hacer lo más, la tendrá para hacer lo menos. Allá, señora, la llevará consigo; allá se la llevará; que el desposorio, que cuando acá profesó, con Él se celebró, algún día se había de concluir con estar en el cielo Esposo y Esposa. Allí se verá en tanta anchura y abundancia, que dé por bien empleado su encerramiento y trabajos de acá.

Y después darle han un cuerpo, que aunque sea el mismo en substancia que acá tenía, mas será tan diferente en la salud, vida y otras cosas, que se alegrará con él, mucho más que acá le da pena. Toda entera, señora, toda entera, cuerpo y alma ha de estar bienaventurada y hermoseada, como conviene a la honra de quien por esposa la tomó, que es Jesucristo, el cual es Señor del otro mundo y de éste.

Por esto no esté desmayada, con qué merecerá cuando muera. Todo lo puede Jesucristo, y Él la ama, y no la desamparará. Que, pues en el tiempo de navegar la ha guardado entre las tempestades de esta vida, no la dejará perder al tiempo del desembarcar. Póngase muy en sus manos, ofreciéndose de corazón a Él para vida o muerte, o para lo que Él quisiere; y pídale perdón por su sangre de todo lo que le ha ofendido; y confesada y comulgada, arroje sus pecados y a sí misma a los pies de Jesucristo, y pídale una gota de su sangre con que sea lavada, y tenga confianza que así lo hará.

Apártese de comunicación cuanto su enfermedad lo sufriere; que el Señor cuando quiso morir, así dejó a sus discípulos, para en soledad orar a su Padre (*Lc.*, 22); dándonos a entender que en este trance así lo debemos hacer. Y su plática sea con Jesucristo y con su Madre bendita; y para que su flaqueza esto no impida, será bien mirar una imagen del Crucifijo y su Madre par de Él. Dé gracias a Dios muy de corazón por las mercedes que le ha hecho, así generales como particulares; y métase en las llagas de Jesucristo, que es la Iglesia (1), de donde la justicia no sacará a los malhechores arrepentidos; y allí descanse, y espere, que por aquella sangre y muerte, irá a gozar en el cielo de la vida que nunca se acaba.

Sea Jesús con vuestra merced.

---

(1) Alude al derecho de asilo, de que gozaban las iglesias.

93.—A UN DESCONSOLADO

Porque no hallaba la paz que quería. Enséñale a no desmayar por sus faltas, confiando en el amor que Dios nos tiene. Consejos sobre la oración y comunión.

Leyendo la de vuestra merced, y viendo que dice que no sabe valerse en prosperidad ni adversidad, y de la sequedad de corazón y batalla de pensamientos que no le dejan reposar, se me acordó de un viejo de los Padres, que habiendo consolado muchas veces a un mozo, y dádole reglas cómo se hubiese, y con todo esto el mozo decía que no hallaba descanso, ni aquel aprovechamiento en su corazón que quería, preguntóle el viejo: «¿Qué tanto ha que estás sirviendo al Señor?» Respondió el mozo: «Ocho años.» Respóndele el viejo: «Yo ha que lo sirvo veintitantos, y no puedo hallar el reposo que tú buscas; ten paciencia, y espera en el Señor.» Esto dice a vuestra merced, porque me parece que se desconsuela y turba mucho con sus faltas, lo cual tengo por muy peor que las mismas faltas. No conoce vuestra merced las entrañas de nuestro Señor que con sus hijos tiene, y por eso no se sabe llevar y soportar a sí mismo, y hace consigo como haría con otro que hiciese con vuestra merced lo que Él hace con Dios. Mayor y mejor es Dios que el hombre, y préciase Él en este negocio de blandura de decir: No soy yo como el hombre. Así lo dice en un Profeta (*Oseas*, 11): *Non faciam furorem irae meae; quia Deus ego, et non homo.* Los que a sí se miran, y no a Dios, viven desabridos y desmayados; y de aquí nace la flojedad (1), madre de todo mal.

Un amor nos tiene el Padre en su Hijo, que no se les quitará por estas faltas, pues no son mortales; y el grande *amor cobija la muchedumbre de los pecados* (*1 Petr.*, 4, 8) y ama, no obstante ellos. Porque *los ríos* de las maldades *no pueden apagar aquella* encendida *llama de amor* (*Cant.*, 8, 7) que en el pecho de Dios arde; pues vemos que estando tan llenos de pecados y tan húmedos con estas aguas, con repugnancia de ser encendidos en el amor del Señor como leña verde y mojada, sopló tan fuerte el espíritu del Señor que echó fuego en nuestras entrañas, que apa-

(1) Así la edición de 1595; la de 1578, *flojura*.

gó el agua de nuestra maldad haciendo bien a los malos. Quien este amor ha experimentado, ¿por qué anda dudoso del amor del Señor, pues se ve por su bondad libre de aquellas grandes humedades de primero? No bastaron las primeras para que el Señor no [*atrajese a sí*] (2) *a quien amó* (*Jer.*, 31, 3); no bastarán éstas para que eche de sí al que recibió. Quiere Dios ser conocido por amoroso, pues lo es; y que la gloria de esto sea conocida ser suya, pues, sin se lo merecer, nos ama. Y si quiere hallar un gran libro para leer cuán bueno es Él, mire cuán malo es vuestra merced, y crea que Dios le ama, y verá un retablo de hermosura de amor, pintado en la vileza de sus propias maldades.

He dicho esto para que entienda que no se huelga Dios que sus hijos anden desabridos, aunque sea por sus propios defectos; mas quiere que luego miren a Él, para templar la tristeza que les viene de mirarse a sí mismos. Quiérelos esforzados, mirando que son amados, y no pusilánimes, viendo que deben ser aborrecidos. Y por esto conviene ir poco a poco y con buena esperanza en este camino, cantando al Señor, *que es bueno, y para siempre su misericordia* (*Ps.*, 135, 1) en traer, en sufrir, en amar, en glorificar. Y en esto respondo a lo que vuestra merced me pide, cómo conocerá a Dios y tratará con Él. Digo que lo que ha menester conocer de Dios es, quién es para con vuestra merced; y esto conocerá entrando en cuenta con sus misericordias, desde que de nada le crió, hasta el punto en que estuviere cuando lo pensare; y pidiéndole lumbre para conocer sus misericordias por no ser ingrato, dársela ha poco a poco, y conocerá quién es Dios, pues tanto ha hecho por un tan indigno, y cobrará un ánimo esforzado y amoroso para tratar con Dios. Y este es el modo como Él quiere que traten con Él los suyos, y estén con amor y confianza.

No conviene fatigar la cabeza con el recogimiento, porque este negocio es de pura gracia del Señor. Paréceme que antes de la oración vuestra merced lea algún libro que trate de lo que quiere después pensar, porque con esto se recoge un poco el corazón. Y es mal hecho dejar la comunión, aunque falte la

(2) Las ediciones consultadas leen: *no trabajase así a quien amó*, frase que apenas admite razonable sentido.

devoción, como quien no se quiere llegar al fuego si no está caliente. Nunca pase de ocho días; y si hubiere alguna particular necesidad, o mucha hambre de Él, recíbale alguna vez en la semana. El aparejo ha de ser la buena orden que tenga en toda la vida y semana; según uno decía, que nunca hacía particular preparación para comulgar, porque cada día hacía todo lo que podía. Mas bien será que haya más templanza en la cena la noche antes, y particular pensamiento de esta palabra: *Ecce sponsus venit; ecce Rex tuus venit tibi; praepara in occursum Dei tui.* Y Cristo sea su luz.

94.—A UNA DONCELLA

Que había comenzado a servir a Dios. Que reconozca el beneficio de haber sido llamada para Dios; y corresponda con amor, gratitud y obediencia.

DEVOTA SIERVA DE JESUCRISTO:

1. Perdonadme que no os he escrito esforzándoos en el propósito santo que nuestro Señor os ha dado, y en la guerra que contra los demonios tenéis por el nuevo camino que habéis comenzado. Y conozco en esto mi descuido; porque así como el padre, que según la carne engendra, es obligado a mantener lo que engendró, así a quien Dios da una ánima para que, mediante su santa palabra, la engendre para el servicio de Dios, es obligado a la recrear, regalar, enseñar y esforzar en lo comenzado. Placerá a su misericordia y me dará gracia para hacer lo que hasta aquí he faltado, porque vos seáis consolada y yo salga de culpa.

2. Lo primero, doncella, que me parece que debéis de hacer, es conocer el gran beneficio que de la mano de Dios habéis recibido en haberos dado corazón que desprecie lo presente, y haceros amadora de lo que no se ve con estos ojos, ni oye con estas orejas, ni se toca con estas manos; mas gústase con la limpieza del ánima, y es cosa que más que todas éstas juntas vale sin comparación. San Pablo ruega a Dios que dé a entender a los de Efeso (1, 16-18) *el grande bien para que son llamados*; y yo suplico lo mismo para vos, para que conociendo el gran valor de *vuestra es-*

peranza, seáis más agradecida a quien os llamó, y holléis de mejor gana estas poquedades de acá, como a quien lo diesen oro, de buena gana dejaría el lodo y estiércol.

3. ¿Sabéis, hermana, para qué os llama Dios? ¿Sabéis cuál es el fin del camino que habéis comenzado? ¿Sabéis cuál es la joya de vuestra pelea, y la corona de vuestra victoria? Dios mismo es. No puede vuestro bien subir en el precio; ni tenéis por qué desear lo que las reinas poseen, pues, en comparación de vuestro Amado, todo lo otro es como nada, y más da pesadumbre que contentamiento. ¡Oh cuán dichosa habéis sido en haberos puesto Dios en el camino para Él! ¡Y con qué alegría es razón que corráis, aunque sea metiéndoos por lanzas, a gozar de los dulces abrazos de vuestro Padre y Esposo, con que os está esperando, para en compañía de otras doncellas, que dejaron lo que vos dejáis, y amaron lo que vos amáis, haceros para siempre gozosa y bienaventurada en Él! ¡Oh si viésedes las coronas de las que hollaron la carne, despreciaron el mundo, escogieron aquí el más despreciado lugar, y con entrañas encendidas amaron a nuestro Señor! ¡Cuán buen trueco hicieron!: lo terreno por lo celestial, el gozo que presto se pasa, por el que no tiene fin; y finalmente, trocaron lo criado, y alcanzaron al Criador, con el cual reinan, no arrepentidas por lo que dejaron, mas muy gozosas con lo que hallaron, y para siempre poseen. ¡Bendito sea Dios, que en el número de estas dichosas os hizo dichosa, y os alzó vuestros ojos para que mirásedes a Él, y quitándolos de la vanidad, los empleásedes en la verdad!

4. Amadle mucho, doncella, pues Él os ha amado mucho, y primero que vos a Él. Que si lo miráis, dormida estaríades en el sueño del olvido, mas vuestro fiel Amador no dormía olvidándoos a vos; mas veló sobre vuestro remedio, y acordóse de vos atrayéndoos a sí. Mucho le amad, que mucho le debéis, pues os perdonó en lo que caísteis, y os libró de lo que pudiérades caer; todo aquello contad por perdonado, que hiciérades si no os guardara su mano. Y por eso todos le deben, ahora caigan y los perdone, ahora no caigan y los preserve. Pues ¿en quién vos mejor os podéis emplear, que en servicio de tan buen Señor, que así tan piadosamente os sufrió, esperó y para Sí llamó, para daros nombre de esposa, y teneros guardado tálamo limpio, y corona de Reina como convie-

ne a esposa de Rey celestial? *Alegraos otra vez; otra vez os digo alegraos* (*Philip.*, 4, 4); y sabed estimar vuestro bien que en Jesucristo tenéis, pues es vuestro Esposo el que es mayor que los ángeles; y al que ellos llaman Señor, podéis vos llamar Esposo, porque lo quiso Él así. ¿Qué le daréis vos por estas mercedes? ¿Qué haréis vos por Él? Conoced que este bien no se puede pagar ni servir; merced es y gracia, no galardón de merecimiento. Porque antes que una persona conozca a Dios, ¿qué tiene sino desmerecimientos muchos, y ninguna cosa buena delante el acatamiento de Dios? Amada fuisteis, y de balde lo fuisteis; y conocedlo así, para que más sabroso os sea el bien, cuanto, sin merecerlo vos, os fué dado. Y eso poco que sois ofreceos en perpetuo sacrificio a nuestro Señor, y decidle: Señor: por Vos vivo, para Vos quiero vivir; vuestro amor me guardó y me llamó, para amaros quiero vivir. ¡Oh Señor, y quién tuviera muchas fuerzas para con todas amaros y deciros (*Cant.*, 2): *¡Mi Amado a mí, y yo a Él!* Vos me amasteis con [*todo*] *Vos*, entregándoos *todo* por mí en manos de crueles sayones: yo me ofrezco en manos no crueles, sino piadosas, que son las vuestras, para que hagáis Vos de mí a vuestro querer, y viva yo para Vos y no para mí. Que con el amor y agradecimiento le tendréis contento en lo que toca a Él.

5. Conviene más que miréis cuán amigo fué Él de obedecer y de humillarse, pues fué sujeto a criaturas, siendo Él su Criador; y andaba a la voluntad de ellas el que, por su querer se rige el cielo y la tierra; y quiere de vos que seáis mansa y humilde, a semejanza de Él, blanda y callada, obediente y sosegada como una paloma; porque, pues Él es Cordero, vos debéis ser cordera (1), para que seáis semejables, para ser Esposo y esposa. Preciaos mucho de ser obediente, aunque sea en cosas muy duras, pues vuestro Esposo lo fué *hasta la muerte de cruz*. Porque obedecer en lo que no da pena, no es mucho de agradecer; mas en lo que no hemos gana, es contado por muy gran sacrificio, que huele muy bien delante de Dios.

6. Y con estas dos cosas estaréis armada contra las astucias del diablo, para que si os quisiere traer al pensamiento lo placentero que hay en el mundo, le respondáis: ¡Mejor es mi Jesucristo! Y si os quisiere desmayar, que no habéis de salir con lo comen-

(1) *Cordera;* las ediciones de 1578 y 1595 traen *paloma.*

zado, decidle: *Quien lo comenzó lo acabará* (*Phil.*, 1, 6), que es Jesucristo. Él me amó antes que yo le amase; ahora que lo quiero no me desamparará. Si os dijere que habéis pecado mucho, y que no habéis de ser perdonada, decidle que vuestro Esposo a todos los que le piden perdón perdona, aunque fuese al mismo demonio. Y si os trajere vanagloria de que habéis pecado poco y hacéis mucho bien, decidle que ninguno hay que pueda decir tener pocos pecados, ni que hace todo lo que puede en servicio de Dios. Y si algo os dijere que hagáis, decidle que no sois vuestra, sino que tenéis a quien obedecer; y con la señal de la cruz y nombre de Jesús, y firme y perfecta fe en el corazón, no os podrá nada empecer (2). No le hayáis miedo, antes le despreciad. A sólo Cristo temed, y a Él reverenciad y amad; el cual os haga muy suya como yo se lo suplico y deseo. Amén.

95.—A UNA DONCELLA.

Animándola al encerramiento y vida de trabajos y menosprecio del mundo.

Desde acá me parece que recibo consuelo con el crédito que tengo de vos, pensando que andáis ahora con más cuidado en el camino de nuestro Señor que cuando yo estaba allá; que para ser buena hija así lo habéis de hacer. Porque las buenas mujeres casadas, en ausencia de sus maridos se prueban, y las buenas hijas, en ausencia de sus padres; y de esta manera prueba nuestro Señor a las ánimas, que muchas veces se les esconde, y las deja en sequedad y tristeza, para ver qué paciencia tienen, y si le sirven como de antes, o si van a buscar consolaciones de fuera, como les faltan las de dentro

Mirad, hermana, el fin de las cosas, y no seréis engañada por ellas; que en una sepultura para toda la flor del mundo y la lindeza de la carne; y gusanos comen al cuerpo, por mucho que a placeres y regalos se haya dado; y con gran hedor demuestra la carne lo que es y cuán engañado es quien la sigue. ¿Qué es de los malos que ante nos han pasado, por grandes placeres que hayan tenido? ¿No están sus cuerpos tornados polvos, y sus ánimas en fuegos eternos, por

(2) *Empecer:* dañar.

unos breves y sucios deleites, que se pasaron así como sombra? ¿No están en amargura sin fin, sin tener un solo momento de consuelo, los que, viviendo acá, huían del trabajo, buscaban la vida ancha, y daban a su cuerpo contentamiento? ¡Oh cuán de buena gana trocarían ahora la vida regalada que pasaron, con la que otros pasaron en aspereza! Mas no hay allá lugar de arrepentimiento, sino de recibir cada uno lo que acá hizo. Y para esto es la discreción, para, en este breve tiempo que tenemos, escoger el trabajo, por no caer en aquel que para siempre dura; y hacer fuerza a nuestros deseos, por no caer en aquel lugar donde todo se hace contra los deseos de quien allá va.

¿No es mejor penar aquí un poco por Cristo y con Cristo, que arder allá para siempre con Lucifer? ¿No es mejor escondernos un poco al mundo, y después en el reino de Dios parecer gloriosos delante de todos, que, por querer gozar de un poco de humo, perder esto y aquello? Porque el malo tan poco goza acá como allá, pues la mala conciencia le da acá amargura y tristeza, y allá el infierno le atormenta; mas quien por Cristo pasa trabajos es consolado por Él, y con la alegría de la buena conciencia y con la esperanza de su galardón vive contento, y tórnansele los trabajos rosas. Mas ¡triste de aquel que anda atemorizado con su mala vida y a sombra de tejados, huyendo de Dios, y no queriendo que viniese la hora para parecer delante del Señor! Porque este tal, aunque se ría con el cuerpo, y aunque dé a su carne lo que desea, nunca siente placer. por el gusano del corazón que le está siempre royendo.

Y pues esto, hermana, entendéis, escoged lo mejor, y haced de vos sacrificio a nuestro Señor, ofreciéndoos a la cruz por Él. Y si os parece cosa recia un encerramiento tan grande, miradle a Él clavado en una cruz en lugar tan estrecho, que por no caber los dos pies juntos, fué menester poner un pie sobre otro. Y sabed que así se gana la anchura del cielo, mejor que con los anchos y grandes edificios del suelo; porque el Señor lo ha determinado así, que por cruz, y no por anchura, vayan a Él. Presto vendrá nuestro día, y dejaremos este destierro, y parecerá ser cuerdo quien aquí se escondió, y entendió en ataviar su conciencia; y parecerá loco quien quiso gozar de la sombra y humo, y perdió lo que para siempre es durable. El Espíritu Santo sea siempre con vos, y os haga tal como yo os deseo.

96.—A UNA SEÑORA

Que sentía muchos impedimentos en el servicio de Dios, enseñándola la confianza que debe tener en el Señor.

1. La lumbre y fuerza del Espíritu Santo sea siempre en el ánima de vuestra merced.

Los que por el profundo mar navegan con nuevas de alguna tierra lejos, y muy sana y muy rica, que van a buscar y esperan hallar, suelen pasar grandes trabajos, ya de tempestades de la mar, ya de falta de mantenimiento, ya de otros peligros que hay en la mar, especialmente cuando no se ha navegado por allí; y con la esperanza de la tierra rica sufren todo lo que les acaece, aunque pierdan la vida. Y pues hay en la tierra tanto esfuerzo para padecer mucho en busca de cosa pocas (1), no se desmaye vuestra merced, a quien Dios ha dado nueva del bien que en los cielos tiene aparejado para los que le aman; mas sufra mucho, pues anda en empresa tan grande. Y no se maraville de quedar algunas veces como encallada, y que no ve luz ni norte donde atine, sino que todo le parezca tinieblas; que Dios quiere meter a los suyos en tales trances, que ellos, por necios que sean, ven muy claro que no les aprovecha su juicio ni fuerzas; mas no los desampara ni deja en aquel abismo de obscuridad y desmayo; mas sácalos, o luego, o al tiempo que a Él place, y salen humillados y más confiados de Dios. Verdad es que después vienen a otros trances, que tan poco se puede el hombre aprovechar de aquella merced que Dios le hizo en sacarle, como si no hubiera pasado; y quedan del todo tan pobres como de antes. Y así trae el Señor a los suyos tan colgados de sí, que tiemblan mirando en qué abismos caerían si de arriba no viniese socorro. Y quiere Él tomar este negocio por suyo, y estar más cerca de su siervo, cuando al siervo parece que está más lejos; y aunque el siervo no pueda confiar con aquella firmeza que querría, no deja Dios de le guardar, para que así vea el hombre que *Dios es fiel* (1 *Cor.*, 10, 13), que no deja a los suyos, aunque ellos falten en muchas cosas.

2. Como redoma de vidrio en manos de hombre que

(1) *Pocas:* pequeñas, de poco valor.

juega de manos, que la echa muchas veces en alto, que piensan los otros que se ha de caer y hacer cien mil pedazos; mas el diestro jugador tómala muy seguro en la mano, y tórnala a echar, hasta que ya se les quita el miedo a los que lo ven, y tienen por tan diestro al jugador, que se admiran de su destreza: no tema la pecadorcita, mas confíe que la mano poderosa de Dios la tiene en su mano, y la echa en alto y en el profundo, mas siempre le ha ido bien, por la fidelidad de Dios que la ama; y aunque ella tiembla y no halla la fiucia y firmeza en su corazón que querría, [sepa] que mudándose ella, no se muda Dios; mas allí en medio de los torbellinos y de los grandes despeñaderos, allí puede estar confiada, pues está escrito (*Jn.*, 10): *Las ovejas que tengo en mi mano, ninguno me las quitará.* Y por la bondad de Él, puede pensar que ella es oveja de Dios.

3. Acuérdome que los tiempos pasados deseaba con grande agonía (2) Rebeca, mujer de Isaac, tener hijos; y rogó su marido a Dios que se los diese, y luego concibió; y a cabo de ciertos días sintió dos hijuelos andar en su vientre, con tanta brega uno contra otro, como si fuera un torneo o batalla. Espantada de esta novedad y fatiga con sentir guerra dentro de sí, vase a su marido y díjole: *Si así había de pasar este negocio* de tener hijos, *no sé* para qué los deseé, ni *para qué concebí:* ruégote que me digas ¿qué es esto, o qué significa? Pónese el marido en oración, y respóndele de parte de Dios: Que aquellos dos hijos significaban *dos pueblos* que *saldrían de ellos; y que el mayor de aquellos niños serviría al menor,* aunque el mayor era guerrero y combatidor de sus hermanos (*Gen.*, 25, 21); y así sosegóse (3).

Señora, si desea vuestra merced saber qué es lo que tiene, oiga: Dos hijos trae en su alma, y el uno pelea contra el otro, y dan pena a la madre. El uno es instinto e inspiración de Dios; el otro es tentación del demonio; y el uno es manso, lleno de paz; el otro es turbación y regaño. Consuela el uno a su madre en los trabajos que pasa, y dícele que se pasarán presto, y que más merece Dios que sufra por Él; y el otro dice que vida tan larga y siempre trabajos ¿quién los ha de llevar? El uno esfuerza, diciendo que Dios acabará lo comenzado; el otro desmaya y

(2) *Agonía:* ansia.
(3) Carta 90, n. 1.

trae desesperación, tanto, que fatigadas algunas madres con pelea tan cruda y continua, dicen: Si estos puertos hay que subir en el camino de Dios, ¿para qué me metí en este camino? Mas dice el varón por consejo de Dios, que no tema la buena mujer; que, de estos dos hijos, ha de prevalecer el menor, y mandar al mayor; y que con esta esperanza se consuele y sufra su trabajo. Primero, señora, tuvimos el mal pensamiento y el mal corazón que el bueno; y por eso el mal hijo es el mayor; y después viene el bueno, y ve ahí la guerra entre ellos. Mas como el bueno sea cosa de Dios y siempre vence, sepa toda criatura que siente esta guerra, que vencerá el menor al mayor, y le pondrá tan sujeto, que no ose rebullirse él, ni pensamiento que venga de él.

4. Por eso, señora, pues Dios ha vencido en vuestra merced hasta aquí, espere que vencerá de aquí adelante; y aprovéchese del ruin hijo para ver cuán ruin es la madre que le engendró. Ese hijo es propio suyo, y de ella sola; que el bueno infundido es por el Espíritu Santo; y suya es la gloria, no nuestra. En todo la sacará Dios victoriosa, porque toca así a su honra. Con estos tormentos apurará (4) esa ánima, y la hará vaso escogido suyo, y sacará mil provechos si está atenta ella; y aprenderá a sufrir faltas ajenas, viendo cuán poco puede quitar las propias suyas hasta que las quita Dios; y acabarse ha de purgar de mil cosas, que sin tribulación ni prueba, no se pueden quitar ni entender; porque escrito está (*Eccli.*, 34, 9) que *el varón que no es tentado, ¿qué sabe?* Y de pedir leche de niña, vendrá a comer pan con corteza; y en lugar de lo que me envía a decir cerca de mi ida, me enviaría a decir palabras de grande, como Dios le ha enseñado que se han de decir. Esperando estoy este día para hacer fiesta en él, como lo hizo Abraham cuando destetó su madre a su hijo Isaac (*Gen.*, 21, 8). Mas si tan presto no viniere este día, no recibiré yo pesadumbre de *hacerme flaco con el flaco para ganarlo para Cristo* (1 *Cor.*, 9, 22). Y servir así o así, y todo el tiempo de mi vida, lo tendré por muy grande merced de Dios, como hasta aquí lo he tenido. Cristo la guarde debajo de sus alas. Amén

(4) *Apurará*: purificará.

97.—A LA MISMA.

Que el camino del cielo es la cruz, y cómo se llevará con alivio.

1. Señora: Ya sabe que no ha de costar poco el cielo; ya sabe que, unos de una manera y otros de otra, no se ha de salvar nadie sin cruz. Y que no está en manos del hombre escogerla, sino que ha de tomar la que el Señor da. Porque si el hombre la escogiese, ni le sería provechosa, ni se probaría la obediencia de la voluntad que a Dios se debe, sujetándonos a Él en lo que queremos y no queremos. Muy mejor sabe Él lo que nos envía, que nosotros lo sabemos pedir; y por esto hemos de pasar adelante, aunque sea por puertos muy agrios y agujeros muy estrechos que nos hagan sudar; y saliendo de una guerra, entrar en otra, y decir cada día: *Ahora comienzo* (*Ps.*, 76, 11). Porque esta santa porfía es la que vence al demonio, y agrada al Señor. Porque no es arremetida, sino la larga perseverancia que cobija al hombre hasta su fin: como la vestidura que hizo Jacob a su hijo Josef (*Gen.*, 37), que llegaba hasta el calcañar, cubriéndolo todo. Adelante, señora, adelante, que *por fuego y agua hemos de pasar al descanso* (*Ps.*, 65, 12) Más merece el Señor que se pase por Él. Mucho más será el descanso que el trabajo; pues será mayor en calidad, y mayor en el durar. Todo lo de acá tiene fin; lo de allá no.

2. Los que se cansaron en el desierto, y se desmayaron, por ser el camino largo y duro, y los enemigos grandes como gigantes (*Exod.*, 13, 29), desagradaron al Señor y fueron de Él desechados, porque se contentaban más de haber estado en Egipto en cautiverio que [de] haber salido tras el Señor por camino áspero; y perdieron sus trabajos pasados, por pereza de no sufrir los presentes. San Pablo cuenta de los trabajos de los Santos Patriarcas y Profetas (*Hebr.*, 11) alabando en ellos mucho la longanimidad del corazón, que es una virtud que hace al hombre muy largo en el esperar, y nunca ahitarse de la tardanza de las promesas de Dios. Y por esto dijo Dios por Isaías (28): *El que creyere no se dé prisa.* Lo cual el Señor dijo porque, mandando anunciar por boca del Profeta la venida de su Unigénito al mundo quizá habría algunos que pensasen que había de ser a cabo

de pocos años; mayormente, como el Señor decía, que de ahí a poquito vendría. Avísales, pues, que no traten con Él, ni con sus promesas como hombres de corto corazón, oyendo hoy y esperándolo mañana, sino que sea su creer sin mucho aguijar, esperando luego lo prometido.

Baste, señora, que el camino que vuestra merced ha caminado ha sido por desierto; y como dice Jeremías (2, 6) *por tierra de sed, y que tiene imagen de muerte*. Y paréceme que el desierto no es acabado; más queda que andar. Y a las veces queda, al cabo de la jornada, una gran cuesta para subir a la ciudad adonde vamos; y al cabo de la copa de la purga suele estar lo que más amarga; y al cabo del cautiverio de Egipto fué la persecución mayor contra el pueblo de Dios, que nunca había sido. Y aunque por una parte dé esto desconsolación, porque parece agua caliente sobre quemadura, y viene sobre tanto cansancio, por otra es cosa que debe consolar, pues tras la cuesta está la ciudad, y acabado de beber el suelo de la purga, no hay más que beber; y tras la grande persecución de gitanos (1) viene la liberación de la mano poderosa de Dios, y uno es víspera de otro.

3. No conviene, señora, desmayar por la grandeza de los enemigos, no por sus astucias, no por tormentos que den; que tanto será más acepta a su Señor, cuanto más fuere perseverante en mayores tormentos por Él. En cruz conviene estar hasta que demos el espíritu al Padre; y vivos, no hemos de bajar de ella, por mucho que letrados y fariseos nos digan que descendamos, y que se seguirá provecho de la descendida, como decían al Señor (*Marc.*, 15). La cruz se tomó por Él, y Él la ha ayudado a llevar hasta ahora; y si alguna vez es tan pesada, que hace arrodillar, así también hizo a nuestro Señor; y no se maravillará Él que nuestra flaqueza arrodille, pues su gran fortaleza arrodilló; lo cual Él quiso hacer para que no desmayasen los flacos, cuando con el peso de los trabajos algunas veces les parece que, no pudiendo sufrir tanto, quedan atollados con tristeza y como con alguna desconfianza, y sin aquella alegría en el padecer que otras veces. Bien sabe el Señor nuestra masa, bien sabe nuestra mancha; que en la frente la traemos escrita para con Él; no se maravilla de nuestras flaquezas, y más ama nuestra humilde

(1) *Gitanos:* egipcios,

confesión de nuestra falta, que nuestro engreimiento con la justicia. Padre nuestro es, guía es de nuestro camino; aunque alguna vez se esconde a los caminantes, como la estrella a los Reyes, no por eso los dejó, que luego les tornó a enseñar su luz, con la cual se gozaron de gozo nuevo, como quien tenía tristeza por haberla dejado de ver.

4. Por estas mudanzas pasaron los siervos de Dios que ahora reinan con Él: ya con lumbre, ya a obscuras; ya con esfuerzo para vencer todo el mundo y todos los trabajos, ya con tanta flaqueza que una paja les parecía un quintal, y no podían pasar adelante, apesgados de su propia pesadumbre, y parecíales cosa recia andar en estas mudanzas; y como dice Job (14): *Nunca permanecer en un estado mismo;* y David dice (*Ps.*, 29): *Que a la tarde hay lloro y a la mañana alegría;* y otras veces hay tarde alegre, y mañana triste. Queramos o no, por esta mar hemos de navegar, que nunca está queda. Diferencia ha de haber de quien reina en la tierra firme del cielo, a los que navegamos en la mudanza continua de la mar. Y debemos contentarnos con que no huyamos de la guerra, aunque algunas veces nos hieran en ella; que, en fin. *no desechará Dios a su pueblo,* como dice David (*Ps.*, 94); y se acordará del amor del desposorio cuando le siguió en el desierto (*Jer.*, 2). No tiene el Señor olvidado lo que por Él ha pasado; no la tiene olvidada en lo que ahora pasa. En tormentos está por su honra y amor; Él sacará a puerto su nao, y ojeará los cuervos que vienen a ensuciar su sacrificio (*Gen.*, 15, 1). Así trató a otros sus siervos acá, y así los libró y galardonó; y después cuentan con más alegría lo que acá más pena les dió.

Pensemos qué placer será del demonio si en sus manos nos asiese, y que burla haría de ver que goza él de nuestros trabajos; y por otra parte pensemos qué placer daremos al Señor y a sus ángeles en ser fieles en lo que nos puso, y con cuánto gozo *cantaremos las misericordias del Señor para siempre* (*Ps.*, 88, 1) en el cielo por habernos librado de las miserias y lazos de aqueste suelo. Él sea luz y esfuerzo de vuestra merced, amén, para que todo lo pueda confortada por Él.

93.—A LA MISMA SEÑORA.

Animándola a lo mismo que en las pasadas.

1. Mi ánima ama a la de vuestra merced, porque Dios la ama, y porque de su bien me ha de caber a mí no poca parte. San Pablo dice que aquellos a quien predicó eran *su gozo y su honra y su corona* (*Phil.*, 4, 1); porque recibiendo por su boca la palabra de Dios, habían mudado su vida y entrado en el camino de Dios. Y así daban muy grande gozo a San Pablo; porque allende que se alegraba del bien de ellos, esperaba también el galardón el día postrero, por haber sido instrumento mediante el cual Dios había ganado aquellas ánimas. Por eso les llama *corona;* porque así una como corona hermosea y honra la cabeza de quien se la pone, así los que fueren salvos por la predicación de uno le honrarán y alegrarán como hermosa corona de ricas piedras. Y siendo esto así, no es mucho de agradecerme que yo quiera el bien de su ánima; porque el bien de ella es mío, por haber Dios héchome esta merced de me la haber dado por hija, y me la ha de dar por una de las piedras de mi corona, que en aquel día me dará, si yo perseverare en serle fiel en el llamamiento que me ha llamado.

2. Y porque, señora, es vuestra merced piedra que ha de poner en corona, quiere nuestro Señor labrarla muy bien; que no es razón que pongan en corona piedras toscas y de ningún valor; que aquéllas han de ir a los infiernos, pues no recibieron la labor y esmalte del espíritu del Señor. Mas *las piedras vivas*, de las cuales se edifica la celestial Jerusalén, son aquí labradas con tantos golpes, que parece que las quiere nuestro Señor quebrar, y que sin compasión les da golpes nuevos, aun antes que se haya quitado el dolor de los dados. Mas no las quiere quebrar, sino apurar (1); no destruir, sino hermosear y parar tales, que cuanto acá parecían más maltratadas, tanto más resplandezcan el día postrero delante el acatamiento de Dios. Entonces parecerá misericordia lo que aquí parecía crueldad; y asentará Dios a sus piedras labradas cada una en su lugar, y en tan bienaventurado lugar, que el menor de ellos es de más estima que

(1) *Apurar:* purificar.

los reinos e imperios, y que cuantas cosas se pueden pensar. ¡Oh bienaventurados golpes, que en tal descanso han de parar, y bienaventurado trabajo que ha de ser pagado con abrazos de Dios! Hiérenos, Señor, aquí cuanto mandares, porque allí nos halagues; haznos llorar, porque nos enjugues las lágrimas; desconsuélanos en todo, porque gocemos de Ti, que eres el todo; y sénos aquí riguroso, porque nos guardes para allá tu misericordia. En este mundo desterrados estamos, y como en víspera de Pascua y arrinconados; el cielo es nuestra tierra, y nuestra fiesta, y nuestra anchura; y por eso, como quiera nos pasaremos aquí, para que cuando aparezca la gloria de Dios, *aparezcamos nosotros en gloria* (*Col.*, 3, 4), y celebremos aquella alegre Pascua con tantos ciudadanos que aquí primero celebraron la vigilia.

3. Señora, dé gracias a nuestro Señor, que la trata como trató y ha de tratar a sus muy queridos. Que a su Unigénito Hijo, que es la principal piedra, mire qué de golpes le dieron, que le labraron de pies a cabeza; y aquellos golpes también le lastimaron a la segunda piedra del cielo, que es la Virgen nuestra Señora; y así conforme al asiento que a cada uno han de dar, así aquí ha de ser labrado. Y si esto conviene aun en los justos, ¿qué diremos los pecadores, sino bajar la cabeza y decir: Señor, poco me castigas para según yo merezco? Poco es todo lo que yo puedo pasar, aunque todos los trabajos yo solo pasase; porque quien el infierno merece, ¿qué pena de acá le debe parecer grande? Conozcamos, señora, que nos es Dios piadoso, aun cuando más riguroso parece; que cierto así es; pues a quien aquí castigare, allá no le castigará, mas consolará; porque escrito está (*Nah.*, 1, 9) que no juzga Dios una cosa dos veces. Todo lo que pasamos merecémoslo; mas es Dios tan piadoso, que por los azotes que nos envía, nos perdona los pecados, y nos los cuenta en servicio para darnos corona por ellos. Y pues los trabajos de acá excusan el purgatorio, y hacen ganar el cielo, ¿quién no los amará cuando vienen, y aun pedirá a Dios más y más de los que tiene, y estará triste cuando no los tiene? Quien a Cristo y a su reino conoce, no tiene en este mundo compasión de sí; porque tanto más cree ser apto a Él cuantos más trabajos pasa por Él. Y así decía aquel amoroso Ignacio: «Fuego, cruz, fuerza de bestias, cortamiento y apartamiento y quebramiento y destrucción de miembros, y destruimien-

to de todo el cuerpo, y los azotes del diablo; todas estas cosas vengan sobre mí, porque yo merezca alcanzar a Jesucristo. Ninguna cosa me aprovecharán las cosas de este mundo, ni el reino temporal. Mejor me es morir en Cristo, que reinar en los fines de la tierra.» Estas cosas dice aquel Santo, como quien conocía y amaba a Jesucristo, y veía cuán bien empleado es todo por le ganar.

4. De esta manera, señora, se esfuerce vuestra merced a padecer purgatorio de sus pecados. Y aunque no hubiera pecado, se había de esforzar a pasar trabajos por el puro amor de Jesucristo, que por ella tantos pasó sin haber hecho por qué. Y así se lo diga, que aunque ella lo debe, que lo quiere pasar por amor de Él, como si no lo debiera; y conforme a su corazón, así lo recibirá el Señor, como empresa que vuestra merced trae por amor de Él. En los amores de acá otras empresas se dan; mas en los de Dios el padecer es la empresa. Y quien no es fuerte a padecer mucho, no diga que ama a Cristo mucho, porque no hay amor sin dolor acá. Espero en Dios que, así como acá le da dolores y trabajos, en el otro mundo le tiene guardado descanso. Aunque harto galardón es padecer por tal Señor; y así como ninguna cosa hay tan para desear en la otra vida, como gozar con Cristo, así no la hay en esta otra tal, como padecer con Él y por Él. Sufra de buena gana, pues que ha de ser coronada; que los trabajos que pasa le vienen para ganar corona.

99.—A UNA SEÑORA

Afligida con trabajos, exhortándola a sufrirlos con confianza en el Señor.

Aunque los temores aflijan mucho, este consuelo puede vuestra señoría tener, que son temores vanos, y que no tiene por qué tenerlos.

Y en esto verá quién somos; pues cuando andábamos sin respeto ni temor de Dios, no temíamos; y cuando tenemos algún respeto a Él, no nos podemos valer de temores, habiendo de ser al revés; pues al que no teme a Dios le están hechas amenazas graves, que son para hacer temblar a los muy altos; y al que teme a Dios le está mandado que se consuele y confíe en la misericordia de Él, que está prometida a los que le temen.

En prueba está V. S., y por ese fuego ha de pasar, para que vea y entienda y toque con sus manos quien es, y quién sería, y se torne polvo y ceniza en sus ojos, y desconfíe de toda su habilidad y fuerza; y así pobre y llagada, ha de aprender a ser mendiga, importunando las orejas de Cristo, pidiéndole alguna limosna. No puede la vanidad de nuestra soberbia y propio aplacimiento ser curada, sino con dejarnos Dios en nuestras manos, para que así veamos quién es aquel de quien nos hemos enamorado, y de quien nos hemos contentado. Y cuando hubiéremos bien entendido quien somos, y huyéremos de nosotros como de pestilencia, y nos fueremos a Jesucristo, pidiéndole nos favorezca contra nosotros, seremos de Él remediados.

Espere V. S. la cura, y cura con fuego, que por ella vendrá la salud. No se desmaye, no se canse. Sea ella su cruz; quizá algún día fué ella su ídolo. No se dé tanta priesa a sentir sus temores; que escrito está (*Isa.*, 28): *Quien creyere no se dé priesa*. Porque nuestro Señor quiere que del todo nos sujetemos a su voluntad y la esperemos. Y como algunos no han andado camino de voluntad ajena, háceseles de mal cuando dan algún paso fuera de la propia. La suma (1) es que nuestro Señor quiere dejar a V. S. se vea y conozca, para que las mercedes que después le hiciere no se alce con la honra de ellas, mas tenga muy visto quién es, y quién sería si por Él no fuese. No se haga pusilánime, pues quiere servir a Dios; porque a los tales manda Él que tengan un león de esfuerzo en el corazón; y hacen afrenta a nuestro Señor los que le quieren servir y no se confían de Él. Y pues Él ha traído a V. S. estando ella lejos, no la dejará estando ya cerca. Quien a la ajena tomó por hija, no dejará a la que ya lo es; y ésta sea su prenda de lo que hará, el mirar lo que ya ha hecho.

Y no me falta deseo de ir por allá; mas si vuestra señoría quiere mirar esto que aquí digo, creo sentirá alivio: y sirva a nuestro Señor con buen corazón, y sentirá el remedio; que en Él está.

---

(1) *La suma:* el resumen.

100.—A una señora.

Que es gran merced de Dios sentirse amada de Su Majestad en las contrariedades.

Como cuando los padres oyen comenzar a hablar a sus hijos pequeños se alegran mucho, aunque la palabra no vaya muy bien pronunciada, porque aquélla les da esperanza que el niño hablará perfectamente adelante, así me ha acaecido a mí con la carta, oyéndole decir a V. S. que en no tener habilidad para hacer un examen no se desconsolaba, sino entendía que nuestro Señor le quería mostrar la inhabilidad que ella tiene de sí, y que era para bien de ella, y se consolaba con ello. A Dios gracias, señora, que hablan los niños, que hablan los mudos, que entienden los tontos, y cuanto más V. S. quisiere. Otra vez gracias a Dios, del cual sólo viene esta merced, que uno se sienta amado cuando en lo exterior parece desfavorecido.

Siga esta vena que Dios le ha mostrado, y cave hasta que llegue al cabo: y en todo lo que no hallare lo que desea, entienda que le quiere Dios enseñar cuán poco puede V. S. de sí, ni aun sabe lo que le cumple. Y esté toda puesta en las manos de la misericordia de Él, tomando lo que le diere con hacimiento de gracias, ahora sea pan, ahora sea piedra, entendiendo que todo es para bien de ella. Y con esta receta podrá oír los sermones, y podrá hacer todo lo demás con contento de nuestro Señor. Ponga ella su pobre caudal, y espere de nuestro Señor lo que le cumple; y aquello piense que le cumple, que Él le envía.

Plega a su inmensa bondad abrir con gracia sus ojos para que vea cuánto tiene por qué desconfiar de sí propia, y cuánto para confiar en el Padre de las misericordias, que, por remedio de los viles esclavos, dió el propio Hijo. En aquellas entrañas que tal hazaña hicieron encomiendo a V. S., y en ellas procure morar y acudir en todas sus cosas.

101.—A UNA SEÑORA

Que se había consagrado a Dios; avísale que sea agradecida a Su Majestad.

Ya habrá vuestra merced entendido cómo, entre las cruces que nuestro Señor quiere que llevemos, es una el no poder ayudarnos uno a otro a llevarla, aunque lo deseemos; y pues nos hemos ofrecido a su voluntad, conviene que en todo, sin sacar nada, la adoremos y abracemos en nuestro corazón, para que así con su gracia ganemos merecimientos de vida eterna, y hagamos lo que debemos a la obediencia de tan gran Señor y piadoso Padre. Lo cual he dicho por el no escribir tanto a vuestra merced.

Mucho se alegró mi corazón en el nuevo deseo del espiritual matrimonio con el celestial Rey (1); y muchas gracias se deben dar a tal bondad, que así ha llevado a vuestra merced poco a poco, hasta subirla a la dignidad de esposa, que es la de mayor honra y amor que hay. Y porque con tanta alteza no se desvanezca la cabeza, le avisan que sea humilde con Dios y con los hombres, y así yo se lo he avisado en las cartas días ha.

Para con el Señor traiga vuestra merced en su memoria aquello de Abraham (*Gen.*, 18, 27): *Hablaré yo al Señor Dios mío, aunque sea yo polvo y ceniza.* Téngase por una pequeña hormiga que está sobre la tierra, y que la sacó la piadosa mano de Dios de los infiernos, do ella por sus pecados merecía estar; y ande cargada con el peso de los beneficios de Dios, dándole el tributo y alabanza y gracias que ella pudiere, por no caer en el mal vicio de la ingratitud. Porque cuando Dios descarga a uno de sus pecados, cárgale con obligación de le dar gracias y de le servir como a Señor, de cuya mano tanto bien ha recibido. Y también traiga en su memoria la palabra de nuestra Señora (*Lc.*, 1, 38): *He aquí la esclava del Señor*; y por tal se tenga, pues de su parte es esclava, y mala esclava, y toda su honra es Dios, y así le llame. Conviénele, señora, ser rica en amor; pues que como el Señor dice (*Malach.*, 1): *Si Yo soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me tenéis? y si soy*

---

(1) Parece aludir al voto de castidad hecho por persona seglar.

vuestro Padre, ¿qué es de la honra que me catáis? así dirá: Si soy vuestro Esposo, ¿qué es del amor que me tenéis? Esto, señora, le ha de pedir que le dé, para que ella se lo dé a Él; y con amor, le parecerá bien. y estará su ánima hermosa; y con amor, será rica en merecimientos; y con amor, se atará con nuestro Señor, como se atan acá los que se casan. Procure mucho de apurar su ánima de toda cosa que no es Dios; y si algunas faltas hiciere, límpielas luego con la vergüenza y dolor, y con la confesión, para que siendo del Señor perdonadas, vaya adelante la hermosura de su ánima; la cual aunque los pecados veniales no la quitan, obscurecen la vivez del color del ánima, que es imagen de Dios; y por eso, y por otros daños que traen, debe procurar de huirlos cuanto en sí fuere, y abundar en buenas obras, para que, como dice San Juan (*Apoc.*, 22): *El que es justo sea más justificado.*

Para con los prójimos tenga humildad, teniéndolos por más dignos de las mercedes de Dios que ella, y téngase por esclava de ellos. Reverencíelos en su corazón, y en lo de fuera según conviene al regimiento de la casa. Acuérdese muchas veces de que el Señor lavó a sus discípulos los pies, y haga ella en su corazon lo mismo, y haga por ellos los buenas obras que pudiere con un amor entrañable, como a miembros de nuestro Señor, mirando lo que Él dijo (*Mt.*, 18, 33): *¿No fuera razón que tuvieras misericordia de tu prójimo, como Yo la hube de ti?*

El voto que vuestra merced desea hacer, cese ahora; conténtese con los dos que tiene hechos (2); y en lo demás, guarde lo que dice San Pablo (1 *Cor.*, 7): *Los que usan de este mundo, como si no usasen de él.*

Sea Dios su hacienda y riqueza.

102. — A UNA SEÑORA TRABAJADA.

Animándola a llevar la cruz.

1. La venida de vuestra merced sea muy en hora buena; y cuanto más trabajada, tanto venga más en hora buena; y cuanto menos refresco halló, tanto más en hora buena: que con estos tales golpes se fabrica

(2) Por el contexto parece indicar que cese el voto de pobreza.

la corona que vuestra merced busca, y se gana el amor del celestial Rey, del cual ella de su gana quiso ser cautiva. Ya sabe que no hay amor sin dolor, y mucho mayor en el de Dios, porque es más verdadero amor; el cual ha de ser probado con trabajos, como oro con fuego; y el que queda en pie aquél es el fino, y el que hace que el Señor diga (*Lc.*, 11): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; Yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a mí.* Crea, señora, por cierto que si, cuanto yo más trabajada la veo, más me parece que la amo, o a lo menos más tiernamente, ¿qué hará aquella divinal Bondad, sino más y más querer a quien más ve padecer por su amor? Y esto entendía bien San Andrés cuando decía: «Tanto seré más acepto a mi Rey, cuanto por Él más padeciere.» Y esto desean todos los que a Dios desean; porque no en gozar con Él, sino en padecer por Él consiste nuestro amor.

2. Y pues vuestra merced ha vendido a sí misma, y cuanto tiene, por comprar esta joya, no se desmaye si le piden mucho por ella, que más y más vale; y señal es que se la dan, pues tanto le hacen pasar; que si no le dieran, no le pidieran; si no la tuviera el Señor en su amor, no la metiera en trabajos. En guerra está, tenga esperanza de la corona. La cruz le dan, confíe que le dan al que se puso en ella; que Él y ella casados son; y por eso está fijado con clavos, porque sepan todos que quien a ella tiene, tiene a Él, y quien a Él quisiere llevar, ha también de llevar a ella; porque *a los que Dios juntó, el hombre no los aparte* (*Mt.*, 19, 6). Consuélese, pues, vuestra merced en sus peregrinajes y trabajos, y hágales rostro de sierva de Cristo, que pues tiene la esposa, que es la cruz, no se le negará el Esposo, que es el Crucificado. Y sea por donde Él quisiere, o como Él quisiere, ¿qué se le da a ella, si Dios es así contento? Ya se dió a Él, no conviene tornarse a tomar. En el punto que deseó su amor, se obligó a ser mártir de él. No le pese por pasar mucho por el Señor; que no es pequeña honra del caballero ponerle su rey en los pasos de mucha afrenta; y cuando los otros duermen, que él vele; y cuando están sin armas comiendo y holgando, que esté él armado y en pie, y si es menester derramando la sangre. Mas esto tiénelo él por una grande merced, porque es señal que el rey tiene de él mucha confianza, pues le pone en mayores trabajos que a otros.

3. Conviene, señora, que dé buena cuenta cada uno de lo que el Señor le ha encomendado; y que a quien le ha puesto en más peligrosos y trabajosos trances, no se tenga por más desdichado, mas por más amado. Y si viere a otros estar en paz, y a sí mismo en guerra, no se aflija ni desee trocar su suerte por la ajena; mas que sea agradecido a quien le tuvo por fiel para le encomendar mayores trabajos; y espere de la mano de quien le trabaja corona copiosa de todos ellos. Que si el hombrecillo es fiel a Dios en llevar con fuerza de amor la carga pesada, ¿cuánto más será Dios fidelísimo en galardonar a su caballero? Este galardón le está, señora, guardado, que es el mismo por quien trabaja. Aparéjese a pasar más por Él, que mucho más y más merece que se pase por Él. Y sepa que a ninguno engañó, que de Él se fiase. Los Profetas *andaban por los montes y cuevas, necesitados, angustiados, afligidos* (*Hebr.*, 11), y muchas veces mofados de los hombres, y abofeteados y muertos; los Apóstoles y mártires desterrados de sus casas, tierras y parientes; desconocidos de sus amigos y perseguidos de todos; encarcelados, en frío, desnudez y hambre y peso de las cadenas; azotados, apedreados, deshonrados y hechos como un poco de estiércol en los ojos del mundo; y así fueron preciosos en los de Dios, y fueron tenidos por amigos de Él, y gozan ahora de Él. Y pues que a Dios le va por juramento que *no tendrá parte en Él quien no toma su cruz y le sigue* (*Mt.*, 10), más razón hay de haber compasión de los que viven sin trabajos, pues no gozarán del descanso, que tomar pena de los que nos vienen. No es posible descansar aquí, y allá poseer a Dios, y vivir a nuestro querer.

4. A pospelo hemos de ir de todo lo presente para alcanzar lo que está por venir. Y más me alegro de ver el camino tan cierto por donde el Señor la ha llevado y lleva, que si la viera llena de consolaciones. Señora, no es quienquiera el Señor a quien ama; no haga cobarde la recuesta de su amor, por el cual hombres y mujeres, viejos y mozos tantas cosas pasaron. A Dios creyó, de Dios se fió, a Dios amó, a Dios busca, y por su amor pasa lo que pasa: si le duele, mire la causa del padecer, y hallarse ha dichosa en el padecer por tal Señor. *Gózanse los Apóstoles de ser azotados por el nombre de Cristo* (*Act.*, 5); gócese vuestra merced en lo que pasa por Él, que si bien agradece estas mercedes, Dios le dará otras mayores. ¿Qué

piensa que es ya la guerra acabada? Esfuércese, que mientras más creciere en amor, más carga le han de echar; y pues no la quiere el Señor para pequeños bienes, no le han de costar pequeños trabajos.

5. Abaje su cuello al yugo del Señor, y a ojos cerrados vaya tras Él. No quiera *comer del árbol de la ciencia de bien y de mal* (*Gen.*, 2), parándose a mirar lo mucho que padece, y que fuera mejor ir por otro camino: que si a esto abre sus ojos, todo irá perdido, y luego desmayará, y se le andará la cabeza alrededor, como acaeció a nuestros padres primeros, que por comer del árbol de la ciencia, perdieron de comer del árbol de la vida. Señora, no cure de su propio juicio, sino viva en fe; no escudriñe, sino a ojos cerrados fíese de Dios; cate que en la hora que quisiere ella aquesto o aquello, sale de la obediencia del Señor, el cual quiere que con perfecta sujeción nos sujetemos a Él, sin preguntarle por qué nos lleva por tal o tal camino; sin murmurar de Él por qué nos sacó de Egipto y trajo a desierto de tanta aspereza y amargura. Conviene al hombre tornarse ciego y más que ciego, por seguir a Dios; tornarse necio para seguir al que todo lo sabe. Y la sabiduría de los santos consiste en negar su parecer y su voluntad, y seguir a ojos cerrados la de nuestro Señor. Y si alguna vez les venía su propio juicio a decir: «Recio camino es éste, errado va, mejor fuera por aquí o por allí», desechaban este pensamiento como habla de la serpiente que preguntó a Eva (*Gen.*, 3): *¿Por qué os mandó el Señor que no comiésedes de este árbol?* A lo cual si ella respondiera: «Yo no soy juez, para juzgar los caminos de Dios, sino sierva, que ha de obedecer su voluntad con santa simplicidad», no cayera en lo que cayó.

Señora, no consienta a su juicio que pregunte nada de lo que en ella el Señor hace. No le diga que la lleva por desierto espantable; mas con entera fe adore lo que Dios quiere, y sin entender por dónde la llevan; que el que está en los cielos y la ama, sabe el cómo y por dónde; y lo que Él envía, eso conviene; y le dice desde allá: *Ese es el camino, camina por Él* (*Isai.*, 30, 21). Ya sabe de cuánto tiempo está avisada; no se le haga de nuevo lo que conoce de Dios que quiere que pase. Él lo quiere, Él sea bendito, que en todas las cosas la quiere probar; no deja acíbar que no le da, para hacerla muy agradable delante sus ojos; y cuanto más martillada, más reluciente; y

mientras más extranjera, ciudadana. Y por el desconsuelo presente, le ha de dar muy grandes consuelos.

Cristo sea luz y esfuerzo, y consuelo de su ánima. Amén.

103.—A UNA SEÑORA

Que le preguntó qué haría para ser muy santa. Respóndele que se dé a la humildad, y al amor de Dios y del prójimo.

Las cartas de vuestra merced he recibido, y aunque no respondo a todas, no deje vuestra merced de preguntarme lo que quisiere, si quiere ser muy santa como dice; porque lo otro ni es de humildes, ni obedientes, y, por tanto, no es de santos.

Lo que vuestra merced ha de hacer para ser muy santa es, lo primero, tenerse por muy mala, y tener a Dios por muy bueno, del cual sólo es hacer a los malos buenos, y a los buenos mejores, ayudándose ellos de sus favores que da. Conviene, señora, ser muy leal a nuestro Señor Jesucristo, para darle toda la gloria del bien que tenemos; porque si en ésta le tocamos, en la niña de los ojos le tocamos, y quedarnos hemos sin honra y sin bien.

Item, conviene amarle mucho, para tener mucha santidad; porque el amor hace la santidad; y quien más ama, más santo es. Y pruébase este amor ser verdadero en guardar las palabras de Dios, y en padecer cruz por Él; y mientras más dura y seca, tanto más se parece (1) el amor de quien la lleva.

Item, se prueba el amor en el propio desprecio y propia abnegación, como el Señor dice, que *quien quiere ir tras Él, se niegue a sí mismo* (*Mt.,* 16, 24). Gran enemigo de su propio parecer y de su propia voluntad es el que a Dios ama mucho, y agradece mucho a quien le ayuda a vencer estos enemigos con contradecirle y darle enojos. Y hasta que uno tiene este celo de Dios contra sí mismo, vengándose de sí con la penitencia que puede, y holgándose que otros venguen a nuestro Señor de él, poco ha caminado en el camino del perfecto amor de nuestro Señor, el cual hace santamente aborrecerse a sí mismo, para de verdad amar al Señor y a sí mismo.

---

(1) *Se parece:* se muestra.

Item, la prueba del perfecto amor de nuestro Señor es el perfecto amor del prójimo, el cual crece como crece el de nuestro Señor, y hace al que lo tiene tan uno con todos los prójimos, como son los miembros de un cuerpo; y de aquí nace la oración cuidadosa por todos, y el hacer penitencia por ellos, si puede.

Sea Cristo su amor para siempre.

104.—A UNA SEÑORA AFLIGIDA.

Cuán gran merced de Dios es hacernos mártires de su amor.

Dilatado he la respuesta de la carta de vuestra merced, esperando tener alguna mejor disposición, para con mejor aparejo pedir a nuestro Señor la respuesta que vuestra merced ha de responder a Él; y como todavía dura mi indisposición, parecióme no esperar más, porque no es justo dilatar la respuesta mucho tiempo a tan gran Señor, pues en sabiendo su voluntad, es razón que le demos la nuestra.

Ya vuestra merced ha oído de mí muchas veces que el mayor favor que en este mundo Dios hace a los suyos es padecer por amor de Él. Y esta merced es tan grande, que por tal la concedió el eterno Padre a su amantísimo Hijo, y el Hijo la concedió a los muy amados de Él, honrándolos con hacerlos semejables a Él, y dandoles prenda, que pues los hace semejables en el padecer, los hará también en el reino. Y así, señora, vuestra merced se debe tener por indigna de tal misericordia, y agradecerla de todo corazón al Señor que la hace, y acordarse de aquella palabra que la Sacratísima Virgen María dijo (*Lc.,* 1): *He aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu palabra.* Y cuando David envió a decir a aquella buena y prudente mujer Abigail que la quería tomar por mujer, ella, conociéndose por indigna de tal dignidad, respondió (1 *Reg.,* 25): *He aquí tu sierva para lavar los pies de tus criados.*

Téngase vuestra merced por esclava, que de su voluntad se ofrece a servir a su Señor y sus siervos en cualquier cosa que Él mandare, honrosa o deshonrosa, de descanso o de pena, de vida o de muerte. Y un día, cuando quiera comulgar, diga al Señor con reverencia y amor: Señor, yo no soy digna de padecer

por vuestro amor; mas pues vuestra Bondad esta merced me ofrece, yo la recibo y la consiento, con que Vos, Señor, con la misma bondad me deis la fuerza para llevar vuestra cruz para gloria vuestra, pues conoceis mi flaqueza. Y luego diga: *En vuestras manos, Señor, encomiendo el espíritu mío* (*Lc.*, 23, 46). Y reciba a su Señor con mucha confianza, que le dará esfuerzo para padecer lo que le enviare; y vuestra merced procurará pedir oraciones para lo mismo

Nuestro Señor la haga mártir de su amor.

105.—A una señora muy afligida.

Aliéntala a la batalla, poniéndole delante las razones que tiene para confiar en el Señor.

1. La gracia y consuelo del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

Alguna pena tengo de no haber recibido carta o encomiendas de vuestra merced; porque temo que lo impide, no el olvido, mas alguna grande tribulación. procurada por el demonio para hacerle mal, y permitida por nuestro Señor para hacerle bien. Y tanto más creo que es ésta la causa, cuanto mas creo que ha de poner ahora todas sus saetas el adversario para turbar la paz y salir con alguna ganancia; por lo cual conviene, señora, que a la mayor guerra ponga mayor resistencia, y la persecución no le sea causa de desmayo, mas espuelas para mas encomendarse a nuestro Señor, y freno para más regidamente vivir. Que ya sabe que no hay otro mejor camino para agradar a Dios, sino aqueste de los trabajos. Y ya sabe que quiere que los suyos no piensen que están de Él olvidados, aunque estas cosas les vengan; mas que *contra esperanza esperen* (*Rom.*, 4, 18), y puestos los ojos en Él lo traspasen todo. Y aunque sientan dentro de sí disfavor y *respuesta de muerte,* la confianza les esfuerce y profetice que les ha de librar el Señor con mucha ganancia.

2. El Apóstol dice (2 *Cor.*, 1): *Hágoos saber, hermanos, la tribulación que pasé en Asia, que fué sobremanera, y fué sobre mis fuerzas, tanto que me daba fastidio el vivir, y dentro de mí tenía ya respuesta de muerte; mas esto fué para que no confiemos en nosotros, mas en Dios, que resucita a los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros, y en el cual*

esperamos que nos librará, ayudándonos vosotros en la oración. Señora, pues mire si es razón que nos quejemos los pecadores de ser tratados como lo fueron los grandes amigos de Dios, y que huyamos de lo que purga nuestros pecados, y nos hace hábiles para recibir la corona del reino de Dios. Sepa, señora, que le conviene tener guerras grandísimas, y vida que le parezca muerte, y un puro traslado del purgatorio, para que así entienda cómo trata Dios en esta vida a sus escogidos, uno de los cuales vuestra merced puede confiar que es, a gloria de Dios. El Apóstol dice (2 *Cor.*, 4): *Cada día somos traídos a muerte por amor de Jesucristo.* Y en otra parte (2 *Cor.*, 12, 8) suplicó al Señor *que le quitase la tentación del demonio que le atormentaba mucho*; y oye que le responde Cristo que *bien está así, y se contente con que esta en su gracia.*

3. Por tanto, señora, no se derribe con flaqueza, ni desmaye por las grandes guerras; que este Señor que las permite la sacará victoriosa. No suelen los marineros dejar perder las naos ya que las tienen en el puerto o cerca y con buen tiempo, habiendo pasado primero muchos trabajos con ellas en el tiempo de la tempestad y en medio del golfo. Y tampoco dejará nuestro Señor perder la ánima que, estando en golfos tan peligrosos, la guardó, y no permitió que se sumiese en los infernales tormentos, mas sacóla con tanta muchedumbre de maravillas, que dan esperanza que no desamparará hasta el fin a la que tanto amor ha mostrado en los principios y medios. ¿Adónde está, sierva de Cristo, vuestra confianza, si después de tantas prendas de amor, aun desconfiáis ser amada? ¿Es, por ventura, el Señor semejable a los que enseñan amor y no lo tienen? Antes cierto, es tan amador, que aun cuando de fuera parece que castiga y desama, entonces ama, y más ama. No sospeche vuestra merced enemistades, que en verdad no las hay. El Cordero bendito pagó nuestros pecados, y nos ganó la bienquerencia del Padre. ¿Qué causa hay de desconfianza donde tal Redentor y Medianero tenemos? Si mi dicho valiese, diría que creo muy creído de la bondad de aqueste Señor, que así como por Sí mismo sin nuestros merecimientos sacó esa ánima de sus ofensas, así por Sí mismo la ha de guardar entre todas las guerras, y llevarla hasta su presencia en el cielo, no obstante sus faltas y ruindades, pues son veniales, y le da dolor de ellas. Él hará como quien

es. y mirará a sus llagas que en las manos tiene, y no sólo a las obras de nuestras manos, y a los pensamientos de nuestro corazón; porque Él guiará como estemos en pie, o nos levantará después de caídos; mas a gloria suya coronará a la que pelea, y alegrará a los que la aman.

4. Humíllese mucho a Dios y a los hombres; que no hay otra arte para escapar de los lazos del demonio, sino ser chiquito, porque David dice (*Ps.*, 114): *El Señor guarda los chiquitos: humilléme yo, y libróme Él.* Ármese mucho de paciencia, pues lo que sufre lo sufre por Dios; y no se enoje por mucho que dure la guerra, porque suele el demonio ser importuno por vencer con sola importunidad. Y si no sintiere el ánima cual desea, preséntela a este Señor, que es Médico de ellas, y espere con largueza de corazón su medicina. *Él* vendrá, cierto, y entrará en su ánima, y mandará a la mar que sosiegue, y le reprenderá de poca confianza (*Mt.*, 8, 26), y le abrazará con mayor suavidad que antes ha sido la amargura.

Acá no hay olvido ni descuido en la encomendar a nuestro Señor; espero de Él que oirá las oraciones de los pobres.

Él sea alegría de vuestra merced en el cielo, y aquí esfuerzo para mucho padecer por Él, como yo lo deseo.

106.—A una señora viuda.

Consolándola en la muerte de su marido y animándola a llevar su trabajo.

1. Dilatado he el escribir a vuestra merced, creyendo que mi carta será poca parte para aliviar la gran tristeza que me dicen que vuestra merced tiene; y tenía por mejor acuerdo hablar con el Señor del consuelo, encomendándole a vuestra merced, que hablar con ella por cartas. Y como con tanta instancia se me han pedido, que me da testimonio del mucho deseo que de ellas se tiene, y porque el Señor es poderoso de hacer lo que quisiere mediante unas letras muertas, quise hacer lo mandado y lo debido, suplicando al Señor nuestro sea Él servido obrar en el corazón de vuestra merced el consuelo que yo le deseo.

Querido ha nuestro Señor que vuestra merced pruebe a qué saben las angustias que en este valle de lágrimas se suelen coger, y no de cualesquiera, sino de

las más principales. Sea su nombre bendito, sus juicios adorados, su voluntad cumplida; pues lo que debe criatura a Criador es toda reverencia y sujeción, no sólo en lo placentero, mas en lo que mucho duele. Y por probar Dios esta obediencia nos suele herir en lo que más delante de nuestros ojos luce, para que entendamos que por el Señor grande, grandes cosas hemos de hacer y de padecer. Grande amor tenía Abraham a su hijo Isaac, y en aquél le quiso Dios probar (*Gen.*, 22). Grande lo tenía Job a sus siete hijos, y en un día se los llevó Dios (*Job*, 1). Y así suele hacer a todos los que ama, porque por esta vía ellos declaran el amor que tienen a Él, y Él tiene ocasión de hacerles grandes mercedes.

Bien entiendo, señora, que la carne no entiende este lenguaje, y que solamente se ocupa en sentir su dolor y pérdida, sin tener cuenta con otras cosas. Mas si Dios en nosotros está, hemos de refrenar su sentimiento, y hacerla obedecer a la razón y voluntad del Señor. Y aunque mucho duela, no la hemos de dejar salir con la suya; mas acordándonos de la angustia de nuestro Señor, que le hizo sudar gotas de sangre, y dijo (*Lc.*, 22): *Padre, no mi voluntad, mas la tuya sea hecha,* hemos de decir nosotros lo mismo, si queremos ser conocidos por discípulos suyos; pues a ninguno conoce por vasallo en la tierra ni por compañero en el cielo, si no llevare a cuestas su cruz (*Mt.*, 10) y le siguiere como oveja a pastor, aunque le cueste la vida.

2. Dígame, señora ¿de qué nos podemos quejar en nuestros trabajos, pues en ellos son nuestros pecados deshechos, y nosotros semejables al Hijo de Dios? Porque ¿qué desacato tan grande será no querer pasar los esclavos por la ley que pasó su Señor, y los hijos adoptivos por la que pasó el natural? ¿Quién más amado, que el mayorazgo de Dios Padre? ¿Y quién más penado de diversas penas, que Él? *Varón fué de dolores, y que supo trabajos* (*Is.*, 53); y si se pueden contar las gotas de la mar, podránse contar sus angustias. Pues ¿parécele que es razón que siendo el Hijo de Dios angustiado y *entristecido hasta la muerte* (*Mt.*, 26), pasemos nosotros sin beber con Él hiel y vinagre? ¿Adónde está la vergüenza, si le queremos dejar padecer a solas, y gozar con Él en su compañía? Desengáñese toda criatura, y sepa que si el Rey del cielo *entró en su reino por tribulaciones* (*Lc.*, 24), por aquel mismo camino hemos nosotros

de entrar. No hay otro camino sino Jesucristo, y éste crucificado; y quien otro buscare, no lo hallará; y si por otro caminare, perderse ha, y verá que aunque es cosa desabrida padecer aquí, que lo es más padecer en la otra vida.

3. ¡Oh ceguedad de los hijos de Adán, que no tienen cuenta con lo advenidero, con que en lo presente les vaya bien! No miran lo que les aprovecha, sino lo sabroso; no a razón, sino a pasión. Y por esto se lloran cuando se habían de llamar bienaventurados, y se gozan cuando se habían de llorar. ¿Qué es toda la presente prosperidad, sino un humo que poco a poco se va deshaciendo, hasta que no se ve cosa de él. ¿Y qué son los años de nuestra edad, sino un breve sueño, que recordando (1) de él, nos hallamos burlados, y en teniendo un trabajo, por chico que sea, nos hace olvidar los placeres pasados, y aun danos pena de haberlos pasado? Pues si tanta instabilidad hay en esto, ¿por qué no buscamos lo otro? Y pues vemos faltarnos esto de entre las manos cada día, ¿por qué no buscamos aquello que de verdad dura, y hará durable nuestra bienaventuranza?

Señora si hasta aquí hemos tenido ceguedad en los ojos, abrámoslos ya. Y si la prosperidad nos decía que en este mundo había algo de que contentarnos. *la hiel* de la tribulación, *puesta en nuestros ojos*, dénos luz para ver que somos en este mundo verdaderamente miserables, y que no estamos en nuestra tierra, mas en muy penoso destierro; y alzando nuestro corazón al cielo, sea nuestra conversación allá. Este es el fin por que el Señor ha azotado a vuestra merced, para que más y más tenga cuenta con Él, cuanto menos tiene sobre la tierra con quien tenerla.

4. No piense que se deleita Dios en sus penas; y pues es misericordioso, duélese de sus lágrimas; mas quiere ponerle ese acíbar que tanto le amarga, para que despedido el corazón de todo humano consuelo, en sólo Dios ponga su arrimo. Quitádole ha Dios. mas es para darle, porque así lo suele hacer. Viuda la ha hecho, mas es para ser Él marido de vuestra merced, pues su nombre éste es, el *Padre de huérfanos (Ps.*, 67). Muchos trabajos se le ofrecerán en su viudez, y en muchas cosas echará menos al que las remediaba; y en muchos hallará poca ayuda y poca fidelidad, y menos agradecimiento; mas en todas estas cosas quie-

(1) *Recordando:* despertando.

re Dios que recurra a Él, y platique sus penas con Él, y como con verdadero Padre descanse con Él. Y si de corazón le llamare y de sus manos se fiare, cierto, hallará refugio en todas sus penas y guía en sus caminos; y muchas veces, sin saber cómo ni por dónde, hallará sus negocios hechos muy mejor que ella pensó; y entenderá entonces cuán amigo es Dios de atribulados, y cuán de verdad mora con ellos y procura por ellos. Y si alguna vez no diere a vuestra merced lo que ella desea, será por darle lo que le cumple: que este celestial Médico así lo suele hacer con los que con Él se quieren curar, que mira más con lo que han de sanar, que con lo que les da sabor al paladar. Vuestra merced no se aparte de sus manos y cura, aunque mucho le duela. No le pida que se haga lo que ella quiere, mas lo que Él. Sus armas sean oraciones y lágrimas, no perdidas por lo que el Señor le quiso llevar, mas vivas porque el Señor quiera a él perdonar, y a ella salvar.

5. ¿Qué aprovecha, señora, la demasiada pena que me dicen que toma, sino, tras la pena que tiene, añadir también culpa? ¿Ahora sabe que como no tenemos licencia para vanamente reír, tampoco para demasiadamente llorar? Sino que en uno y en otro hemos de estar obedientes a la santa ley de nuestro Señor. ¿Qué se queja, señora, qué se queja? O es pecadora, y es purgada con este trabajo, o es justa, y es probada para ser coronada. Lo uno o lo otro que sea, conviene hacer gracias al Señor muy de corazón, y entender en amar *el fin del castigo,* aunque la medicina sea desabrida. Que esto nos quiso decir la Escritura, que cuenta *haber Esther* (5) *besado el cabo de la vara del rey Asuero.* No se le pase, por amor de Dios, el tiempo en hartarse de llorar; mas entienda ya en alzar su corazón al Señor, y aparejarse ella para este paso por donde se ve a otros pasar.

Basta ya, señora, basta ya la fiesta que a la carne se ha hecho; enjugue ya sus ojos, porque no se pase el tiempo en llorar muerte, pues le es dado para que gane la vida. Acuérdese que el Señor echó fuera de casa a los que lloraban una moza muerta, diciendo (*Marc.*, 9): *Que no era muerta, sino que dormía*; porque entre cristianos el morir no es sino dormir, hasta el día del despertar a tomar nuestros cuerpos, para reinar con Cristo en cuerpo y en ánima. Y piense vuestra merced que por quien llora no está muerto, sino duerme, y sueño de paz; pues vivió y murió como

buen cristiano. ¿Qué le pesa a vuestra merced tanto, porque a quien amaba lo sacó el Señor de este lugar tan miserable, y lo llevó camino de salvación? Y si le dejó trabajos, tómelos de buena gana, porque él vaya a descansar. Y si mucho siente su ausencia, consuélese, que presto le irá a ver; pues nuestros días tan cortos son, y tan poca ventaja nos llevamos en el morir. Entienda que el Señor se lo llevó porque estaba bien aparejado, y a vuestra merced dejó para que bien se aparejase.

6. Y pues en el estado de casada sirvió a Dios en alegría, sírvale en la viudez en paciencia y en trabajos; que si allí ganaba treinta, aquí sesenta; y tendrá una vida, si no sabrosa, a lo menos provechosa para purgar sus pecados, para imitar al Crucificado y para ganar muy de verdad su reino eterno. Y para todo esto debe pedir gracia al Señor con oraciones y lágrimas, y debe usar leer algunos libros devotos, y recibir el celestial pan del Santísimo Sacramento, y levantar su corazón caído, y caminar: que para llegar al cielo *largo camino le queda*; y si allá ha de entrar, no será éste el postrero trabajo que ha de pasar; porque es de tanto valor la joya que espera, que es Dios, que por mucho que cueste, nunca fué cara; y pues vuestra merced la ha de haber, gócese con la esperanza, y no se queje con el trabajo, mas diga: Tanto es el bien que espero, que no siento los males que tengo. Todo lo cual haga Jesucristo en vuestra merced, amén, como yo se lo suplico y deseo.

107.—A UN SU AMIGO.

Consolándole en la muerte de un hijo único.

Sea nuestro Señor bendito por todo lo que ha hecho, pues allende de haberse cumplido su santa voluntad, lo cual debe ser al cristiano grande alegría, ha hecho muy grande merced a nuestro hermano, e hijo vuestro, en alzarle el destierro que en este mundo padecía, y llevarlo a su propia tierra, que es la vista del mismo Dios. No conviene, y por ninguna vía conviene, que los que le amábamos estemos de esto penados, pues el amor verdadero, bienes verdaderos ha de desear a quien ama, y gozarse cuando le vienen; y estos tales no los hay en este mundo, aunque todos juntos a uno se den. Gocémonos, pues, en el

Señor, que multiplicó su misericordia con nuestro amado, y por medio de quitarle una vida transitoria, y que no tiene más de vida que el nombre, lo llevó a la que de verdad lo es, y eternalmente.

¿Qué pudiérades vos, hermano, con ser su padre, desearle ni buscarle que tan bien le estuviera, como lo que el celestial Padre ha hecho con él? Hale sacado de la peligrosa guerra de este mundo, y llevádole a la tierra de paz, donde goce de las victorias que aquí ganó contra los pecados, que son los enemigos de Dios. Y pues quien tiene corazón del mundo se suele gozar cuando su hijo es prosperado en los bienes del mundo, el padre cristiano que ha de tener corazón de cristiano, que es celestial, gócese con más razón con haber venido a su hijo un reino, que aunque no se vea acá, no por eso deja de ser verdadero, antes por eso más cierto y verdadero, porque no es a estos ojos visible. No penséis que se os ha muerto, pues no es muerto quien con Dios vive. No lo lloréis, pues él goza de la fuente perpetua de la alegría.

Y si a vos os hace falta con su ausencia, acordaos que los padres por el bien de los hijos suélenlos enviar a otras tierras, y con saber que están bien, sufren con paciencia y alegría la pena que la ausencia suele dar. Dad al Señor gracias que quiso tomar por siervo e hijo al que de vos salió, y lo quiso hacer su ciudadano en el cielo, y que vea su faz a cosa tan vuestra. Alegraos, que no estaréis ya congojoso qué será de mi hijo, qué le acaecerá, si ha de ofender a Dios, si ha de llevar hasta el fin el bien comenzado; pues ya han visto vuestros ojos que ha acabado su vida en servicio de Dios nuestro Señor, y le fué *fiel hasta la muerte,* y por eso *le ha dado corona de vida* según su promesa (*Apoc.*, 2, 10).

Bien acabado está este negocio; entended ahora cómo se acabe bien el que os queda, que es el vuestro, procurando de imitar en él al que en edad era menor. Si verlo deseáis, trabajad de ir al cielo, que allá lo hallaréis, y cierto sin ningún deseo de tornar acá. Y pues los mozos tan presto se mueren, no tardarán los viejos de ir; y por esto es bien darnos prisa a servir al Señor, como quien muy presto ha de ir a verlo. El Señor quiso que vuestro hijo fuese delante para que vuestro corazón no tuviese acá que amar, pues no tenía sino a él; y allá se fué vuestro pensamiento do va vuestro amor, para que muriendo a este mundo, viváis a las cosas del servicio de Dios,

y os sea grande ayuda para ello vuestro hijo muriendo, como lo era viviendo: lo uno llevándoos el corazón consigo, lo otro rogando al Señor por vos. Y pues tales favores tenéis, esforzaos a ello, para que allá os gocéis con él en el Señor, y del Señor en sí mismo, viendo su faz, adorando su Majestad, y poseyéndole eternalmente para su gloria y vuestro descanso.

Y entretanto será bien hacer algunas buenas obras por el difunto, porque si alguna cosa le detiene en purgatorio, el Señor se la suelte.

Sea Cristo vuestro consuelo. Amén.

108.—A UNA SEÑORA

Que padecía trabajos, animándola a llevar su cruz con la esperanza del premio.

Sí, señora, sí sé que vuestra merced está en cruz, y no a solas; que no pienso yo que nuestro Señor la ama tan poco, que la quiera tener lejos de Sí. Su cama, señora, y su mesa, la cruz fué; en ellas ha de poner a sus amados, si lo quieren ser. Y no se turbe vuestra merced porque no hay cosa que le consuele, pues ha oído que el Señor dijo puesto en cruz: *Busqué quien me consolase, y no lo hallé* (*Ps.*, 68, 21). Desamparado de su Padre dijo que estaba (*Mt.*, 27, 46); y esto excede a todo nuestro desamparo, por mucho que sea, como también sus dolores exceden a los nuestros. Ténga[se], señora, firme en la cruz. No quiera descender de ella por descansar. Ofrézcase a la voluntad de Dios para que haga de ella su voluntad, sin que le resista. Déjese llevar de tan buen Padre adonde Él mandare, y diga como dijo Santo Tomás: *Vayamos, y muramos con Él* (*Jn.*, 11). Mire que este negocio no es palabras, sino obras, y finos dolores y desamparos; y no tiene uno más amor, del que parece en el tiempo de la tribulación. Y cada cosa tiene su tiempo: aquí hemos de padecer con el amor, y hacer que abracemos la cruz; en el otro mundo nos hará gozar del mismo Dios. Sufra, señora, al amor su carga, que Él se lo pagará con mil tanto en el cielo. Y acuérdese que se le ha ofrecido por sierva tantos años ha, y que no desdiga en el tiempo de la prueba, sino que le sea leal, para que por tal sea coronada en el cielo. No espere acá otra fruta, sino hiel y vinagre, y lo demás de la cruz; y mientras

más se le acercare la libertad eterna, más recios trabajos ha de pasar.

Mas ¡dichosa avenida de tormentos, que sacarán el ánima de tan penosa cárcel, y la presentarán delante su Criador limpia, hermosa, y pasada por fuego resplandeciente! No es esto cosa de carne y sangre, mas virtud del Señor, que da a los que se la sujetan, para que así como con flaquezas y tormentos Él venció y entró en su reino, así Él en ellos haga lo mismo, y los lleve consigo victoriosos y para siempre bienaventurados. Dígale, señora, a su cuerpo y ánima: «Descansad en esta esperanza, y aquí no esperéis sino cruz, y es esto lo que os conviene.» Hágase en buen hora la voluntad del Señor en nosotros, que nadie nos quiere tanto como Él, y Él por su bondad nos pondrá en cobro. Esfuércese vuestra merced, y corramos nuestra carrera juntos, y llevemos nuestra cruz acá en la tierra, para que allá en el cielo nos gocemos juntos.

Dios sea con vuestra merced, como yo se lo suplico y deseo.

109.—A UNA SEÑORA ENFERMA.

Qué hará para conservar la paz del corazón.

1. A nuestro Señor gracias, porque con el crecimiento de enfermedades del cuerpo hace que crezcan mercedes en el ánima. Y si así ha de pasar, supliquémosle que «corte y queme», como San Agustín decía, porque en lo interior, y que ha de durar, nos enriquezca; pues todo lo que por tal joya como es Dios se diere y padeciere es muy poco, y de ningún valor, si no es por su gracia.

Lo que vuestra merced debe procurar es recogerse toda, y ser como vaso entero sin agujeros, para que el licor que nuestro Señor en ella echare no se salga por aquí o por allí. Los agujeros del corazón las afecciones son, cuando en otra cosa se ponen que no sea Dios o por Dios; y así conviene renunciarlas todas y trocarlas por el amor de Dios; que así como antes amábamos las criaturas por parentesco u otro respeto, ya no se amen sino por Dios y en Dios. Es esto un morir, y un resucitar: muerte a todo amor, mirando la criatura en sí, y resurrección mirando a la criatura en el Criador, o a Él en ella, que es lo que me-

jor suele armar a los que siguen el recogimiento. Y he dicho esto porque no piense vuestra merced que quiere Dios ser Él sólo amado en sí y no en las criaturas; pues es cierto que dió dos mandamientos del amor, y entrambos se han de cumplir. Aunque el amor no es más de una virtud, por la cual amamos a Dios por Dios, y al prójimo por Dios y en Dios.

2. Conviene que vuestra merced traiga muy gran cuenta de guardar la paz y sosiego del corazón, por reverencia de aquel Senor que en él mora, que es tan amigo de paz, que se llama *Príncipe de paz* (*Isa.*, 9), y *pacífico* (*Ps.*, 119, 7), y aun *la misma paz* (*Mich.*, 5, 5). Y así ha de huir de toda congoja, temor, ira, desabrimiento, deseo con ahinco, tristeza demasiada, y alegría también, y vivir en una paz, en cuanto le fuere posible, que a cualquier rato que el Señor quiera visitarla, no la halle turbada ni inquieta. Y primero que hable o reprenda algo, encomiéndese mucho a nuestro Señor para no turbarse; y no reprenda hasta que esté en paz. Y por eso se debe acostumbrar a mortificar cuando algún enojo o falta hicieren, y humillarse a recibirlo en venganza y satisfacción de lo que ha ofendido a nuestro Señor; y después de aprovechada ella, podrá aprovechar a otros, que éste es el fin de la corrección.

Esta paz se alcanza con estar confiada de nuestro Señor como de verdadero Padre, y con no tener voluntad ninguna más de la de Él, y ésta abrazarla con todas sus fuerzas, y gozarse y regocijarse en ella. Y hasta que halle un entrañable gusto en que se cumpla en ella la voluntad de nuestro Señor, aunque sea con trabajos, menosprecios, dolores y todo lo demás, por adverso que sea, no descanse ni piense que ha aprovechado en el camino de Dios. Y en sus mismos dones que le diere, su principal gozo sea porque Él se contenta, y por tener con qué más contentarle a Él.

3. Para el trato familiar con nuestro Señor, para el cual Él la llama, conviene mucho el recogimiento del pensamiento, y vivir dentro de sí. Y esto ha de ser con la mayor suavidad que pudiere; porque la humana flaqueza siente mucho que la encierren y no la dejen callejear; y por eso conviene poco a poco acostumbrarse a esto, unas veces entrando muy dentro de sí, y otras estando como ni dentro ni fuera: y si alguna vez salen de sí a mirar las criaturas, es para mirar a Dios en ellas, y nunca alejarse de sí

misma, sino traerlo luego al corazón, y allí, como abeja solícita, hacer su morada y su miel. Dejar del todo el cuidado de la casa, no entiendo que lo quiere nuestro Señor, mayormente no habiendo en ella a quien se pueda encomendar que tenga habilidad para ello. Mas mire vuestra merced a qué cosas se extiende la habilidad de N., y aquéllas le puede encomendar; y lo demás provéalo vuestra merced con todo el sosiego posible, y rogando a nuestro Señor que, con poco cuidado de vuestra merced, lo guíe Él, pues obra sin congoja y sin trabajos.

4. Esto es lo que se me ofrece que decir para prosecución del camino por donde nuestro Señor la quiere llevar. Su misericordia suplirá lo que aquí falta con que vuestra merced sienta siempre de sí como de gran pecadora, y diga como San Pablo (1 *Cor.*, 15): *Yo no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.* Acuérdese un hombre de quién era él cuando vivía por sí, para que agradezca a Dios, cuando le da gracia para vivir en Él. Y porque me parece muy bien un hecho que hizo un hombre sabio a este propósito, se lo contaré; y fué que siendo rico y sabio y de linaje, se casó con una labradora de una aldea, no por afección torpe, sino con juicio de razón, por tener mujer que le fuese humilde, agradecida y obediente, viéndose casada con quien a duras penas merecía servir. Y porque las ropas, y joyas, y todo el más aparato que le dió, como a mujer de hombre tan calificado, no la ensalzase, tomó la ropilla vil y pobre que ella traía vestida cuando la recibió, y colgóla en su palacio donde ella muchas veces la viese, y con esta memoria de la pobreza pasada nunca se ensoberbeciese con la honra presente. Así que, señora, mire vuestra merced la pobreza en que vivió en tiempos pasados, y nunca de ella se aparte profunda humildad, agradecimiento y amor a quien tantas mercedes le ha hecho y le ha de hacer.

Él sea por siempre bendito. Amén.

110.—A UNA SEÑORA

Que le preguntó cómo podría estar desconsolada y a la vez alegre de estarlo.

Una carta de vuestra merced recibí, y bien veo la razón que tiene en desear que yo la ayudase, siquiera con cartas, a llevar la cruz que por amor de nuestro Señor ha tomado sobre sus hombros; aunque, como vuestra merced dice, mi poca salud es causa de faltarle, más que falta de voluntad.

Lo que vuestra merced desea saber de qué es que por una parte esté atribulada de dentro y de fuera, y por otra contenta de estar donde está, digo que, como Rebeca traía en su vientre dos hijos que entre sí peleaban, así en nosotros tenemos [dos] deseos, unos que proceden de nuestro hombre exterior, y otros del interior. El primero huye de la cruz y busca el temporal descanso; el segundo, como ama a Dios y las cosas eternas, ama la cruz y trabajos como medio para se salvar. Y debe dar vuestra merced gracias a nuestro Señor porque le da fuerzas para no irse tras lo que su sensualidad quiere, porque eso es una señal que Cristo mora en ella, pues vence en ella como Él venció, tomando la cruz por obediencia del Padre, aunque su carne deseaba no padecer.

Esfuércese vuestra merced a llevar la cruz que ha tomado sobre sí, pensando en la que Cristo tomó por amor de ella. Y cuando se viere muy fatigada y cargada, acuérdese de aquella agonía en que Cristo estuvo, *hasta sudar gotas de sangre que regaba la tierra* (*Lc.*, 22, 44); y con todo esto prevaleció tanto el amor que a vuestra merced tuvo, para hacerle decir que quería más la salvación de ella, que escapar Él de tormento de cruz. Y si esto pasó el que es nuestro Criador y Señor, y ni nos debe nada, ni espera provecho de nosotros, ¿cuánto más es razón que vuestra merced diga en sus trabajos: «Señor, por vuestro amor quiero pasar esto, pues Vos pasasteis por mí muy mayores cosas? Hágase vuestra voluntad en mí, y no la mía; pues Vos, Señor, buscáis mi bien, y yo mi mal; Vos me buscáis el cielo, yo huyo de él, y me querría quedar con los deseos de la tierra.» Y tenga, señora, por cierto que si se atreviere a seguir a nuestro Señor por el camino de la cruz, que es dolores, pobreza, desprecio y desamparo de

criaturas, que Él se lo pague tan bien pagado aun acá, que le pese por no haber sido agradecida a los trabajos que le ha enviado. Y así, señora, le encomiendo que cada día le dé particulares gracias por todos los trabajos exteriores e interiores que en toda su vida le haya enviado, y le pida gracia y fuerzas para los de aquí adelante los agradecer como muy particulares mercedes, y tenerlos por señales de su salvación.

Tenga esto como cosa asentada y determinada en su corazón, que el camino por donde ha de ir es cruz; y que mientras más se acercare al fin de la vida, mayor ha de ser su cruz: que así acaeció a Jesucristo nuestro Señor, al cual nosotros hemos de imitar. Y procure de entender en cómo ha de sufrir condiciones ajenas con aquella blandura que Dios la ha sufrido y sufre. Y si es menester reprender a alguien, sea, como San Pablo (*Gal.*. 6, 1) dice, *en espíritu de blandura, considerando a ti mismo no seas tentado*. Para sí sola sea cruel, y para todos blanda; sus faltas le parezcan grandes, y ríñase y castíguese mucho por ellas; mas de los otros haya compasión y aliviane (1) sus faltas, y temple con misericordia la reprensión y castigo. Y de esta manera le será nuestro Señor blando y piadoso, según Él lo ha dicho, *que con la medida que midiéremos, seremos medidos* (*Mt.*, 7, 2). El cual sea esfuerzo y consuelo de vuestra merced para le servir y aprovechar a otros por su amor.

111.—A UN DEVOTO.

Animándole a buscar a Dios en la obediencia y humildad, y enseñándole cómo el recogimiento no está atado a lugar. Dificultad en hacer mudanzas.

Vuestra carta recibí, y lo que a ella hay que responder es que os acordéis que no hay en esta vida persona que viva sin trabajos, y que quejarse de ellos es quejarse de ser hombre, pues para ellos nacimos. Y si os parece que con estar encerrado tendríades vuestra ánima más recogida, mirad que no es pequeño fruto del ánima la obediencia en cosas que nos desagradan, y la humildad en los oficios bajos.

---

(1) *Aliviane:* disculpe, haga ligeras.

Y creed que el hombre cuidadoso del recogimiento, y que pone su confianza en Dios, muchas veces se halla recogido en las calles y plazas como si estuviese en su celda. Y los que atan su devoción a lugar particular, luego la pierden perdido el lugar, y aun muchas veces les falta en su propio lugar. Y la causa de ello es por quererla ellos allí, y no se esforzar a buscarla en todas las partes y obras en que por obediencia entienden. En la cual os debéis mucho fundar, sin escoger vos esto o aquello, pues es cosa a Dios tan agradable, que excede a todo lo que el hombre hiciere guiado por su propia voluntad, por bueno que parezca ser.

El P. Fray Luis de Granada irá por allá; haced con mucha confianza lo que él os aconsejare. Sea el Espíritu Santo con vos siempre.

Como soy enemigo de las mudanzas, y las tengo por tan sospechosas, soy tardo en dar respuesta en lo que toca a ellas, hasta que por las oraciones de vuestra merced haya más lumbre para el camino, porque no se ande a ciegas, y se hallen más estorbos de los que se querrían huir. Suplico a vuestra merced lo solicite con nuestro Señor, y en habiendo satisfecho (1) en mi corazón, lo haré saber a vuestra merced. Y entretanto le encomiendo mucho el sosiego del ánima; porque acaece a algunos perder el tiempo y aparejo que Dios les da, pensando en el que desean tener, y quédanse sin gozar de uno y de otro.

Haga vuestra merced cuenta que no hay más de un día de vida para vuestra merced, y que éste es cuando amanece, y gástelo como si fuese el postrero con todo el cuidado que pudiere. Y cuando venga el deseo de otra cosa, respóndale (*Mt.*, 6, 34): *No queráis pensar en mañana.* Y ejercítese en quebrantar su voluntad; porque cuando uno huye de donde hay aparejo de la quebrantar, es como huir de la guerra; y como huye siendo cobarde, y se lleva la flaqueza consigo, en viniendo la ocasión se halla tan flaco como primero, porque mudó el lugar, y no el corazón. Dé vuestra merced buena cuenta de esa casa y aparejo que tiene, y entonces tendrá lengua para pedir a nuestro Señor otro mejor: que de otra manera decirle han que quien destroza lo que le dan, ¿para qué le han de dar otra cosa mayor?

---

(1) *Satisfecho:* satisfacción, seguridad.

112.—A UNA DEVOTA SUYA.

Que ame ardientemente a nuestro Señor, y le pida su amor, pero con sosiego de corazón.

1. Esperando he estado ver alguna carta vuestra para saber de la salud de vuestra ánima, y para alegrarme si está cual deseo, o penarme si no. Yo suplico a Aquel que por vos vivió y murió, para daros con su vida ejemplo y con su muerte fuerza, que desde que no sé de vos, hayáis ido en crecimiento del divino amor, pues por amor fuisteis criada, redimida, llamada y ganada, y que *no deis tal mancha en vuestra honra* (*Eccli.*, 33, 24) que siendo amada de un tan alto Rey, dejéis vos de le responder al mismo tono, diciendo lo de la Esposa (*Cant.*, 2): *Mi Amado a mí, y yo a Él.* ¡Oh hermana, y qué merced nos hizo Dios en darnos licencia para le amar, y de convidarnos a ello, haciéndolo primero Él, guardando con nosotros la ley de verdadero amador, que es hacerse uno con lo que ama! ¿Quién hizo a Dios hombre, y, como San Pablo dice (*Philip.*, 2), *ser hallado en hábito y manera de hombre,* sino el amor que tuvo a los hombres, para que, tomando Él nuestra pobre compañía, tomásemos nosotros la rica de Él? Hízose semejable a nosotros para hacernos semejables a Él; desciende Él para que subamos, y murió para que vivamos, y toma nuestras cargas para que libres y desembarazados, corramos a Él con el ímpetu del amor, estimulados con las agudas espuelas de sus beneficios.

2. Amad, hermana, a tan fuerte amador; y porque de vos no tenéis el amor que Él os pide, pedídselo vos a Él, para que tengáis qué le dar; y con obras piadosas, y con santos trabajos, y ferviente oración, *no deis silencio al Señor,* como dice Isaías (62), hasta que envíe en vos el fuego de su amor, con el cual dulcemente os queméis, y sabrosamente ardáis, y santamente viváis. Y si no os lo da luego, no dejéis de le importunar: porque suele Él probar a sus deseosos con dilación del deseo, para que cuando les diere el deseo de su corazón, tanto mejor les sepa la merced, y mejor la guarden, cuanto con más trabajo alcanzada y más tiempo deseada. Y también lo dilata porque quiere ser amado de verdad, y para esto es menester ser deseado de verdad y con perse-

verancia; porque quien se cansa de andar buscándolo, también se cansará de pasar otros trabajos que vienen con el amor. Y así conviene que en esperar sus mercedes, y en todo, andemos sujetos a su voluntad, aunque Él no ande a la nuestra; y andar contentos con la hambre, pues son llamados *bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia* (*Mt.*, 5). ¿Y cuál justicia más justa, que amar una ánima a su Criador? ¿Y cómo dejará de dar este amor a aquel que tan justamente lo pide? No perdáis, pues, vuestra hambre de las ansias del amor; mas pasad vuestra hambre con esperanza de la hartura; que acá o allá os veréis junta con el que desea vuestra ánima, y los senos de ella tan llenos del bálsamo de la vida que aviva los celestiales y cuanto vive, que todos vuestros huesos digan (*Ps.*, 102, 1): *Bendice, ánima mía, al Señor.*

3. Y acordaos de lo que os encomendé, que vayáis paso a paso en este camino; porque queriendo andar muy apriesa, no tropecéis y caigáis. Porque escrito está (*Prov.*, 16): *El que es apresurado en andar, tropieza.* Y también dice (*Prov.*, 28): *Que es más segura la hacienda que se gana poco a poco, que la que de golpe.* Y por esto, así tened diligencia en buscar esta merced, que vaya acompañada de entrañable sosiego, fundado en que (*Jn.*, 3, 27) *ninguno puede tener más de lo que nuestro Señor le diere.*

Y mirad mucho vuestra vida, no haya en ella algo que desagrade a los ojos de Dios, y os sea estorbo para que no os dé lo que pedís. Porque quien pretende tener trato de amor con el Rey celestial, conviene que viva con mucho aviso de dentro y de fuera: porque estando en la tierra, y querer comer aunque sea de las migajas de los del cielo, no se puede hacer sin grande mortificación de lo de la tierra, y mucha limpieza de vida.

Sed, pues, agradecida a la merced que el Señor os ha hecho en poneros en esa poca de buena vida, que podáis conjeturar que estáis en su gracia; y que ya que no os acrecentase más virtud, bastaría ésta para salvaros por su misericordia y para vivir consolada; pues no es poco tener esperanza de ir al cielo, aunque sea pasando por purgatorio, y aunque sea con los menores, pues allá ninguno es pequeño. Y no os digo esto para que viváis en tibieza, hartándoos con el poco amor que tenéis; mas para que se os quiten los desabrimientos y desmayos que

por no alcanzar luego todo el amor que deseáis, podríades tener. Pedid mucho amor, porfiad por él, y la perfección de él os ponga cuidado de trabajar; y ese poco que el Señor os ha dado, tomad en prenda de que Él os dará más. Decid con los Apóstoles (*Lc.*, 17): *Acreciéntame, Señor, la fe.* Pedid mucho amor, como la Magdalena, para que vuestra esperanza sea muy firme de gozar en el cielo del Señor que acá deseáis.

Él sea vuestro favor, lumbre y amor ahora y siempre.

113.—A una señora devota.

Que recoja las piedras que el demonio le tira para ponerlas en su corona.

Plega a nuestro Señor esté vuestra merced como yo deseo; que no en balde se dijo ser el amor cosa llena de temor cuidadoso. Mas, en fin, tengo en el Señor confianza que mirará, como en Jeremías (2, 2 y 6) dice, *el amor con que se desposó con Él* en el tiempo de sus principios, y de cómo le siguió *por el desierto, en la tierra sin camino y llena de trabajos, y que tiene semejanza de muerte.*

Él es muy agradecido a quien con amor le sirve; y en el tiempo de nuestras flaquezas, cuando está nuestra virtud para faltar, entonces mira Él al tiempo que fuimos fuertes, y a la intención amorosa que le tuvimos, y socorre a nuestra miseria con la abundancia de su misericordia. Por eso esté vuestra merced con el corazón esforzado, y como dice San Pablo (*Hebr.*, 10): *No queráis perder vuestra confianza, porque tiene gran galardón.* Y ésta es la que el demonio querría quitar o enflaquecer, para derribar al que a él derriba; cuanto más siendo mujer, de cuyas manos él se tiene por más despreciado de ser vencido, como dijo Abimelech a su escudero (*Judic.*, 9): *Mátame tú, porque no se diga que una mujer me mató.* Y había la mujer arrojado un pedazo de un terrón desde la fortaleza. Y así haga vuestra merced cuando el demonio le diere combate; arrójele a Jesucristo, y déle con Él en la cabeza, que por ser hombre se llama tierra, y así morirá el enemigo. Y si le parece que todavía se queda vivo, sepa que le es gran dolor, y de muerte, el verse vencido.

y ser ocasión que vuestra merced gane corona, pensando él que le había de hacer caer en cadenas.

¡Qué mayor mal para su enemigo, que ayudarla a ser ella muy grande en los ojos de Dios! Que, cierto, si los ojos de vuestra merced viesen el tesoro que tienen ganado con resistir tantas veces al demonio, no hay duda sino que templaría bien lo amargo de sus trabajos con lo hermoso y rico de sus coronas. Tantas piedras preciosas tiene para su corona, cuantas veces ha resistido a los consejos del demonio; y tanto ganado de descanso, cuantas veces sufrido con paciencia sus pesados trabajos que le trae. Por eso no se canse de ganar piedras preciosas, aunque al tirárselas le hieran un poquito con ellas, porque en tirándole, luego son suyas. Y mire que resista a la desaprovechada tristeza, que es principio de muchos males; sino confiada en el Señor, y alegre con su amor, huéllelo todo y parézcale poco, como dice San Bernardo: «Mi trabajo, a duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.» *Huelle al dragón y al león,* y téngale él miedo a ella, y no ella a él; y dígase a sí misma: *El Señor es mi ayudador, ¿a quién temeré?* (*Ps.*, 26). El Señor tiene cuidado de mí, ¿por qué me dará descontento cosa que me viene? *El Señor me rige,* muy bueno va. El Señor se sirve de mí; no quiero otro bien, aunque sea muy a mi costa. Porque hallándola el demonio esforzada y apercibida, no la pueda derribar, y tema de la acometer.

El Señor que la llamó la conserve, y haga tal cual yo se lo suplico. Amén.

114.—A una señora.

Que nuestro Señor envía trabajos para acibarar los deleites. Que sólo busque el contento de Dios.

En todo caso querría que V. S. persuadiese a su corazón que el lugar de su descanso es el cielo, y que acá no hay sino pena y miseria. Y mirar que ningún amigo tuvo Cristo que no viviese accsado de mil maneras de trabajos hasta entristecerse, penarse y llorar, suspirando por su tierra, que es la vista de Dios; y de esta manera fueron bien recibidos allá. Porque ninguno lo es, sino quien primero mucho lo

desea; y para mucho desearlo, es menester que nos pongan acá acíbar en nuestra boca, para que destetados de lo que bien nos sabe, busquemos nuestro propio manjar, que es el espiritual y advenidero.

¡Oh señora, y cuánta es la corrupción de nuestro apetito! ¡Y cuán tarde nos sabe bien al corazón lo que nos trae provecho! ¡Y cuánto nos saboreamos en lo dañoso y liviano! ¡Cuántas sofrenadas son menester contra nuestro corazón para que no tome gusto en lo transitorio! ¡Y cuán de buena gana corre a ello sin que le pongamos espuelas! Grande es nuestra enfermedad, y gran remedio ha menester, y éste procura el Señor por mil artes; y no son de las menores amargarnos y penarnos, para que, como locos, seamos con la pena cuerdos, y heridos va[ya]mos a buscar remedio en Él, y Él de muy buena gana nos lo dé. Conviene, señora, hacer el corazón a trabajos, y como a medicinas de nuestra ánima, amarlos, o a lo menos sufrirlos con igual corazón; porque más razón es que queramos nuestra salud eterna con alguna costa, que nuestra muerte por huir de trabajos.

Trate V. S. con nuestro Señor muy a menudo; trate con profundo conocimiento de su propia necesidad; trate con un corazón sujeto a la ordenación de su providencia, y que sobre todo desee tener contento a este tan inmenso Señor. No quiera que Él le diga a ella lo que ella quiere oír, sino que le tome la voluntad y la ponga en la de Él. Esta sea, señora, su oración, éste su pensamiento, cómo se dará del todo y con amor muy sujeta a la santa voluntad y Ley del Señor, y ésta le sepa más dulce que la miel y el panal. No se hace esto así tan fácilmente, si no se despega el ánima de lo que se lo puede impedir, ni se alcanza sino con importuna oración. Mas ¡dichosa hora en que se da, aunque mucho haya costado! Y si viniere V. S. a recibir de la mano del Señor alguna centella de su amor, entonces será su corazón ensanchado en mitad de las tribulaciones, y huirán las congojas, nieblas y desconfianzas, y pondrá de muy buena gana sus cosas en las manos del Señor, y esperará de ellas buen suceso, pues de tales manos no sale sino lo mejor. Acuérdese V. S. que el Señor mete en peligros, y saca; y envía recios dolores, para que sea con grandes voces llamado, y muy glorificado cuando hubiere librado de ellos; y por esto no se desmaye, no se desconfíe; traiga su cruz con alegría, que en algo que duela se ha de experi-

mentar el amor, y con ello se ha de servir al Señor y ganar el eterno reino.

El dé a V. S. mucha copia de su santo Espíritu, para que, fortalecida con él, la sirva en grande alegría. Amén.

115.—A UNA SEÑORA (1)

En tiempo de Adviento. Con qué disposición ha de recibir a Jesucristo. Miseria en que cae el ánima que echa a Dios de sí por el pecado mortal.

1. La gracia y paz del Espíritu Santo sea en el ánima de vuestra merced, y le ayude en este santo tiempo a aparejar su ánima para el Niño que ha de nacer, sin tener casa propia, en las ánimas que lo quieren recibir. Extranjero viene y en mucha pobreza: déle vuestra merced su ánima, porque le diga el día postrero: *Huésped era, y acogísteisme* (*Mt.*, 25, 38).

2. Mas mire que así como no hay cosa tan para desear, como aposentar este Niño en el ánima, así no hay cosa que más cuidado y diligencia pida, que tenerle aparejada casa a su voluntad. En humildad y pobreza viene, humildes y pobres le han de recibir: a trabajos viene, con trabajos se le ha de ataviar la casa en que ha de morar: casto es, y a castos ama; y aunque es Niño y chiquito, es Dios y muy grande; y por eso no es pequeña cosa aparejar posada al gran Dios. Delicado es nuestro Señor, y por un pecado mortal, que muchos fácilmente cometen, no entra en el ánima; y también por otro se va, y después de ido, no viene tan presto como se va; mas da bien a sentir, en la dificultad del tornar, con cuánta diligencia debe ser guardado cuando le tenemos.

3. ¡Oh señora, y qué rico está quien a Dios tiene! ¡Y cuán muchas veces al día había de mirarse su seno, preguntando al Señor si estaba ahí! ¡Qué cadenas le había de echar de rogativas y lágrimas, suplicándole lo que dice David (*Ps.*, 21): *¡Señor, no te apartes*

(1) Sospechamos que esta señora sea una mujer noble que vivió en Córdoba amancebada y a quien Dios convirtió por los sermones del M. Avila, el cual, con admirable fortaleza, la libró de las garras de un personaje de quien tenía tres hijos. (Véase Granada: VIDA, P. 3.ª, c. 4, § 7.)

de mí! ¡Cuán enfrenado ha de andar el hombre, porque no haga cosa en que dé enojo al Señor, y de enojado se vaya! Porque si Él es todos los bienes, ¿qué será perderlo, sino caer en todos los males? Cosas dolorosas siente el ánima que a Dios ha perdido, que en ninguna manera las pudiera creer, aunque todo el mundo se las dijera. Lo cual parece bien en nuestros padres Adán y Eva, que mirando Eva la fruta del árbol vedado, parecióle muy hermoso, y que si ella comiese de él, le sería muy dulce, y le sería gran bien; mas después de comido, se le abrieron los ojos para ver tantos males que por ello le vinieron, que experimentó a su costa que fué mayor el amargor de haber quebrantado el mandamiento de Dios, que había sido el placer de haber comido del árbol. Y entonces vió que lo que le parecía que el fruto vedado era *hermoso y sabroso,* era engaño del diablo, que le hacía trampantojos, y le ponía fastidio de los frutos que Dios le mandaba comer, pareciéndole desabridos; y le parecía que en aquello que Dios le vedaba estaba el sabor y bien escondido.

4. ¡Oh cuántos han sido por falsas imaginaciones engañados del diablo, prometiéndoles contento y sabor, que después han llorado amargamente, porque dieron crédito al que sabían ser mentiroso y padre de mentira! Y unos, a cabo de muchos trabajos y lágrimas, a duras penas tornaron a cobrar la amistad de Dios, aunque toda la vida vivieron con aquel puñal en el corazón: «¿Cómo ofendí a Dios, habiéndome Él hecho tantos bienes?» Y paréceles que no gozan del alegría del perdón, con el continuo dolor y vergüenza que tienen por la ofensa. Otros hay que idos una vez, nunca más tornan, como gavilanes que, idos de la mano de su señor, hallan carne que comer, y de encarnizados no tornan. Y después de haber gustado manjares de ángeles, vienen a deleitarse en manjares de puercos. *Y de éstos*—dice San Pedro (2 *Petr.*, 2, 21)—*que les fuera mejor no haber conocido el camino del Señor, que después de conocido dejarlo*; y que *les acaece como al perro, que come lo que una vez vomitó, y como a puerco, que se revuelca en el cieno* de una parte y de otra. Y el Señor dijo (*Lc.*, 9, 62) que *quien pone la mano en el arado y mira atrás, no es bueno para el reino de Dios*; antes queda hecho mundano, y propio para ser escarnecido de los demonios, y puesto en escarmiento para que otros no ofendan a Dios. De esta manera se per-

dió la mujer de Lot, que habiéndole Dios hecho tan gran merced, de librarla del fuego que vino del cielo sobre Sodoma y Gomorra, donde ella moraba, y mandándole que no mirase atrás, no obedeció; y *en tornando la cabeza atrás, quedóse hecha estatua de sal* (*Gen.*, 19, 26), en que lamen las bestias. Y es de mirar que, si tan reciamente castigó Dios a la que no había sido pecadora en su ciudad, solamente porque no obedeció el mandamiento de no tornar atrás, ¿qué espera el pecador, librado de los castigos de Dios por su grande misericordia, si despreciando tan grande bondad, vuelve su corazón a los fuegos pasados, y a las ollas podridas de carne de Egipto?

5. Guarde Dios, por quien es Dios, a toda ánima de caer en males tan grandes; porque, como dice San Pablo (*Hebr.*, 10): *Espantable cosa es caer en manos de Dios vivo.* ¿Quién es el hombre para que pueda sufrir a Dios enojado y airado? Porque así como un grandísimo fuego se traga una pequeña pajita, así la fuerte ira de Dios traga a las ánimas y cuerpos de los que de Él se apartan. Y así como, cuando la mujer muy querida ha hecho adulterio, se enoja el marido más mientras más querida había sido de él, así [es] el enojo de Dios, muy incomportable contra el ánima que Él había sacado de cautiverio de pecados, y de esclava hecho libre, y de desnuda de gracia, muy rica y vestida, y de mala esclava, muy honrada y amada mujer. ¿Qué merece la que ingrata a tantas mercedes, no digo hace adulterio a su tan piadoso y honrado marido, mas aun le pasa por el pensamiento con muchas leguas? ¿Quién así piensa dar bofetada a quien tantas por ella pasó, y tornar a crucificar y deshonrar de nuevo, a quien fuera razón de antes untarle las heridas recibidas, que darle otras de nuevo? ¡Qué maldad para asombrar, dejar a Dios por el demonio, y estando en camino del cielo, meterse de pies en infierno, y querer más tratar con Dios enojado, que con Él apacible y manso!

6 No he escrito, señora, estas cosas para que yo piense que este mal ha de venir por vuestra merced; porque mi confianza no está en ella, mas en Aquel que tan piadosamente la rescató del cautiverio en que estaba, y le ha enseñado tanto su amor, que ha dado bien a entender que no ha tomado el negocio de burla, ni quiere que ella ni yo lo tomemos. En este Señor, que tan fielmente ama, tengo mi confianza, que no en vuestra merced, que tan mal responde al amor

fiel. Mas he escrito esto para que barrunte algo del peligro en que está, y más y más se encomiende a nuestro Señor, y siquiera no se pierda el tiempo en admitir pensamientos desaprovechados. El Señor ha de sacar esto a luz, y ha de acabar lo que ha comenzado, y no me ha de quitar a mí esta corona; por eso tenga paciencia, que lo que Dios me ha dado, ella no me lo ha de quitar. Acá tiene vuestra merced muchos siervos y siervas de Dios, que con muy gran cuidado la encomienden a su misericordia. Él la haga muy cumplida con vuestra merced. Amén.

116.—A una señora afligida

Y tentada del demonio. Esfuérzala que lleve adelante la bandera de Cristo.

Señora, ¿qué tiene? ¿qué la duele? No haya miedo, que el Fuerte es su defendedor, y la Madre del Fuerte es su patrona. No piense que la han olvidado; que no es sino que se huelgan de verla en pruebas, para que los demonios queden confundidos en tornarse sin ganancia, y Dios sea glorificado, que hace victoria en las cosas flacas, y su ánima quede hermoseada, y mientras más martillada, más aparejada para ser candelero de oro en el templo de Dios. Ea, señora, levántese del polvo de la tristeza, y sacúdase de lo que nuestro enemigo le trae, *y no dé mancha en su honra* (*Eccli.*, 33, 24), pues la suya es de Dios. No me entristezca a mí con verla caída, sino alégreme con su victoria, y véala yo tener en pie la bandera de Cristo, aunque le cueste la sangre. Muerta sí, vencida no; y la corona que tiene resplandeciente no la obscurezca. Y si el demonio porfía, porfíe ella; si él la quiere derribar, levántese ella por dar contento a nuestro Señor, y por no perder lo servido. Acuérdese qué gozo es haber sido fiel a Cristo, para que oiga de la boca de Él (*Lc.*, 22): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; Yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí.* Sea compañera de nuestro Señor, y diga como San Ignacio: ¡Tormentos, cruces, quebrantamiento de huesos, y todos los tormentos por arte del demonio inventados, todos vengan sobre mí, sólo con que yo merezca ver a mi Señor Jesucristo en su gloria! Y pues tiene esperanza que lo ha de ver, tenga es-

fuerzo para padecer. Y mire que no le tomen de sobresalto; pues tanto antes que le viniesen estos trabajos le han sido dichos. Escogióla el Señor para mártir de amor, y para que beba su cáliz con Él; no se escandalice en lo que le envía, que Él dijo (*Mt.*, 11): *¡Bienaventurado el que no se escandalizare en Mí!*

Bueno va, señora, bueno va, pues el que es todo Bueno así lo quiere. Persuadido estoy que la ama, que la cuida y que no da licencia a nuestros enemigos para fatigarla, sino para bien de ella. Él la ha de sacar de esta angustia, como de otras ha hecho; por eso cobre esfuerzo, que ángeles la cercarán que no demonios; y el mismo Dios está presente, sino que calla cuando están apaleando a su sierva, como hacía a San Antón. Ahí está el Señor viendo su pelea; por eso hágalo varonilmente. Que así como a los elefantes les ponen delante sangre para que se esfuercen a pelear, así para que la sierva de Cristo sea esforzada, es bien que esté presente su Señor y su Amado, para que a ella le crezca el esfuerzo mirando a Él, y antes muera que sea cobarde. Haga hazañas, señora, y sean de amor, y como llama viva, salga la fe y el amor diciendo: «De Cristo soy, no conozco a otro. A Él me encomiendo, no temo a nadie. Mi ánima le he dado, ¿cómo se la podré quitar? Padecer quiero por Él, y ésta sea mi parte en este mundo. Y aun no he comenzado, que mi trabajo liviano es; y si es pesado, con el amor me parece liviano. Aquél es mi confianza que a nadie faltó. Más creo la verdad de Él, que las mentiras del demonio; más quiero morir en el camino de la verdad, que vivir fuera de él.»

Señora, ya sabe que las obras del demonio son tinieblas, y sus palabras mentiras; dígales un NO, y cierre su puerta; y si viniere a llamar, disimule con él, y como pudiere, llame, o desee llamar, a nuestro Señor, y no se derribe ni se desmaye; mas *sea probada y hallada fiel, y examinada con fuego, y no se halle en ella maldad* (*Ps.*, 16, 3); que el Señor proveerá de socorro, *y vendrá sobre la mar a la cuarta vigilia de la noche* (*Mc.*, 14) y la mandará sosegar.

El que la ha guardado, Ése la guarde y defienda de todo mal para honra de su santo nombre. Amén.

117—A UN SACERDOTE ENFERMO.

Que la paz y fortaleza del cristiano está en creer y obedecer a Dios, y no en escudriñar con nuestro corto juicio los juicios profundos de Dios; y que en esta conformidad con la voluntad de Dios consiste la perfección.

1. Alguna razón tendríamos para desatinar en los acaecimientos que suceden, si no mirásemos a aquel tan verdadero tino, Dios, que ninguna cosa hace, ni hacer puede, que muy bien hecha no vaya. Y quien tras este tino atina, nunca desatina; porque el crédito (1) que Dios sabe lo que hace, y que lo hace por nuestro bien, lo conserva en paz, sin sentir aquellos grandes alborotos y desasosiegos, que los que a su propio parecer miran, sienten; los cuales quieren medir la altura del cielo con pequeña vara, y la anchura de él con chico palmo, cuando piensan escudriñar los altos y ocultos juicios de Dios que sobre nosotros hace; y esto por su flaca y poco sabia razón, que para las cosas de Dios es como ojos de lechuza para los claros rayos del sol. De manera que la paz en el creer está, no en el escudriñar; en el obedecer con simpleza (2) lo que Dios envía, no en pensar que otra cosa fuera mejor; en ser regido, no en regir; en seguir los ojos cerrados tras esta luz divina, que errar no puede, no en tenerlos abiertos a escudriñar lo que alcanzar no podemos, y lo que nos hace verdaderamente ciegos, consistiendo nuestra luz en seguir la divina.

2. Esta es la carrera que San Pablo desea que todos tengamos cuando dice (*Rom.*, 15, 13): *Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace in credendo; ut abundetis in spe, et virtute Spiritu Sancti.* Dice *Dios de esperanza* porque había dicho antes: *Erit radix Jesse, quae exurget regere gentes, in ipsum gentes sperabunt*; y pues para esto vino al mundo, para que, muriendo por nosotros, nos enseñase su amor, razón es que se llame *Dios de esperanza,* pues también se llama *Dios de amor,* y el mismo amor: *Quia Deus charitas est* (1 *Jn.*, 4). Y no hay cosa que más nos levante a esperar, que el ser amados de Dios;

---

(1) *El crédito:* la persuasión.
(2) *Simpleza:* sencillez.

y no hay señal tan clara de este amor, cuanto es de su parte, como el haber dado por nosotros su vida Pues este *Dios de esperanza,* dice San Pablo, *os hincha* (3) *de paz y gozo,* no en escudriñar lo que hace, mas *en creer* con simplicidad que Él es la verdadera sabiduría de los que en este destierro vivimos. Y los que de esta manera le creen y aman *abundan en esperanza y fortaleza de Espíritu Santo*; porque mientras uno menos discierne, y más se fía y ama, más esperanza le crece; porque cree que mientras más a ciegas se arroja en Dios, tanto más seguro está Porque, como San Agustín dice: No es Dios tal, que arrojándonos en Él, hurte el cuerpo y nos deje caer; que los que caen es porque no se osan arrojar en Dios, queriendo más vivir en su voluntad y parecer, que les parece luz y razón, que en el de Dios. Y de esta esperanza amorosa que del echarse en Dios nace, procede *la fortaleza.* Porque no hay cosa más flaca que quien tantea su vida por su parecer, ni más fuerte que quien no cuidando del suyo, se somete al de Dios. El uno a cada paso se queja; el otro nunca. El uno a cada paso ve que temer y que le descontente, porque lleva sus ojos abiertos mirando acá y acullá; el otro, como no tiene ojos, no se espanta (4), mas muele muy buena harina andando alrededor de su centro, Dios, cuyo saber y bondad cree ser tanta, que basta saber y querer regir a los suyos.

3. Todo esto he dicho, carísimo Padre, por acordaros que no os turbe vuestro seso la enfermedad que el Señor os ha enviado para su gloria y prueba de vuestra *obediencia,* la cual *agrada más* a su divina Majestad *que las víctimas y sacrificios,* según fué dicho al desobediente rey Saúl (1 *Reg.,* 15, 22). No tanteéis lo que hiciérades estando sano; mas cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo. Y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien? Mirad que la enfermedad, en el cuerpo es; guardad mucho no pase al anima, pues para salud del hombre de dentro aflige Dios al de fuera. Y entonces no pasa, cuando el ánima no se descontenta de lo que el cuerpo padece, antes se ofrece a la vo-

---

(3) *Hincha:* llene.

(4) Parece aludir al animal que con anteojeras da vuelta alrededor de una piedra de atahona.

luntad de Dios, sacando salud de la enfermedad. Creedme, Padre, que así cría Dios a sus hijos, quitándoles al mejor tiempo el sabor de la boca, para que aprendan a, en todo y por todo, ser desnudos de sí, y estar prontos a volverse acá y acullá a la voluntad de Él. Y aunque duele este despegar de nos nuestras afecciones, no mira nuestro piadoso Padre a lo que nos es más sabroso, mas a lo que nos es provechoso. Y así saca Él a sus hijos de entre pañales, como dicen; porque hasta que esté uno todo desnudo de sí, y vestido del querer de Dios, muy niño es; y como niño, se enoja y se huelga, y llora y ríe, y teme y espera a cada paso; la cual edad es cosa penosa para vivir muchos días en ella; y aun peligrosa, porque es *maldito el niño de cien años* (*Isai.*, 65, 20). Por lo cual, aunque el santo Isaac fuese hijo de prometimiento divino, y su mismo nombre quiere decir *gozo o risa*, no empero leemos que su padre Abraham hiciese fiesta de alegría cuando le nació *la alegría*; mas cuando entristeció a su *alegría*, que fué *cuando destetaron a su hijo* (*Gen.*, 21, 8), que suele ser un paso bien triste para los niños. Mas por allí conviene pasar a los que en Cristo nacen, para que probándolos Dios con una cosa y otra, dándolés acíbar, que son cosas contra la voluntad de ellos, los hace (5) varones que coman, no leche de consuelos, ni cumplimientos de su voluntad, mas pan duro de perfecta obediencia.

118.—A UNA DONCELLA.

Aconséjala el cuidado del buen propósito que Dios le ha dado. Que todo lo de este mundo se pasa como humo; y que en los ocupaciones traiga el corazón recogido.

1. Es tanto el cuidado que de vuestra ánima me pone nuestro Señor, que me constriñe a continuamente en mis oraciones tener memoria de vos, suplicándole que os dé gracia para acabar lo que por su bondad habéis comenzado. Y esto, hermana, no lo agradezcáis a mí, que soy un descuidado, mas a aquel Señor que tomó sobre sus hombros todas nuestras cargas, y cuidado en su Corazón de todas nuestras ne-

(5) *Los hace;* así las ediciones de 1578 y 1595.

cesidades; y porque os amaba a vos, me manda a mí que de vos me acuerde.

2. Y, por tanto, os amonesto de parte suya, que miréis con diligencia el tesoro que el Señor en vos ha puesto, pues el corazón os da testimonio y gran conjetura que lo amáis. Y así os alegrad por haber sido del Señor llamada y amada, que también temáis de la cuenta que os ha de pedir de la gracia que en vos, según podamos conjeturar, ha puesto. Porque (*Lc.*, 12, 48) *a quien mucho da, mucha cuenta le pide*; y ninguna dádiva hay tan grande, como dar a uno corazón nuevo y propósito espiritual de agradar al Rey de la Majestad; y por eso ninguno tan cuidadoso debe andar, como a quien el Señor ha dado este don celestial, porque no se le torne en ocasión de mayor condenación lo que, por la liberalidad de Dios, le fué dado para su eterna salud. No conviene, hermana, a la que camina para el cielo detenerse en cosa alguna de la tierra; ni la que a Dios quiere, volver sus ojos a cosa criada. Mirad bien, y veréis que muy poco habéis dejado por Dios, aunque mil mundos dejáredes. Porque allende que todo lo criado, en comparación del Criador a quien vos buscáis, es como un grano de mijo, y mucho menos, en comparación de la grandeza del cielo, es bien que sepáis que el mundo se pasa, y sus deleites con él; y sólo aquél permanecerá para siempre, que al eterno e inconmutable Dios se arrimare.

3. Si no, preguntad ahora a los que en este mundo menospreciaron la flor de él, y escogieron el trabajo y la mortificación de la carne, si se han pasado o permanecen para siempre. Cierto, si viésemos las eternas coronas que en el cielo poseen, no querríamos en este mundo cosa alegre de Él, mas de corazón lo despreciaríamos, y querríamos ser hollados de todos por allí ser honrados de Dios. ¿Qué es toda la carne y sus placeres, sino lodo sucio y *florecilla de heno* (*Is.*, 40) que presto se pasa? ¿Qué es el mundo y sus honras sino humo, que él se consume sin quedar rastro de él?

4. Hermana, allí poned vuestro deseo donde están los verdaderos y eternos bienes; allí enviad *vuestro tesoro donde el ladrón ni polilla os lo lleve* (*Mt.*, 6). No pongáis en peligro aquel reino por meteros en tráfagos de acá; no os lleguéis a los peligros, porque quizá caigáis, y quebrada la redoma de la conciencia, se os pierda el bálsamo de la gracia que en ella os dió

Dios. Desembarazada caminad al eterno descanso, y no os contentéis con hacer ese negocio como quiera, mas lo mejor y más seguro que vos pudiéredes. No como los del mundo, que ponen mejor cuidado en sus cosas que en sí mismos, y por eso aprovechan en ellas y están perdidos en sí. Mas vos, a quien Dios abrió los ojos para conocerle, no os ceguéis a sabiendas con el polvo de las cosas presentes; mas vivid en luz de verdad, poniendo vuestro cuidado en vuestra ánima, cómo estará más hermosa y agradable al que la crió; y en las otras cosas, pasar de camino, no dándoles el corazón, aunque hayáis de ocuparos en ellas.

5. *Las manos y el corazón,* dice Jeremías (*Tren.*, 3), *hemos de levantar al Señor*; porque sepamos que, aunque entendamos en obras de manos, no hemos de tener el corazón allí en tierra caído, mas levantado al Señor, y hacer por su amor la obra que estamos haciendo; y así la obra, que de sí era baja, se hace alta, y la alzamos a Dios, pues la hacemos, no por otro apetito, ni por el interés transitorio, mas por respeto del celestial Rey. Y de esta manera nunca os faltará tiempo para pensar en Dios nuestro Señor; porque cuando haya ocupación, o cuando no la haya, si amáis, siempre estará vuestro pensamiento donde estuviere vuestro amor; y andaréis entre los trabajos descansada, y entre las ocupaciones libre, y no caeréis aunque se os ofrezcan tropiezos. Porque la persona que de dentro no anda ocupada con Dios, y siempre delante la presencia de Él como si le viese, a cada cosita que se le ofrece, luego es enlazada, porque vivía fuera de sí, como la gallina que de casa sale, presto la hurtan. Mas quien dice, como David (*Ps.*, 15): *Veía al Señor siempre en mi acatamiento,* y anda siempre en su corazón comunicando con Dios, está fuerte en lo que se le ofrece, porque luego se recoge dentro de sí a su Dios; vuelve las espaldas al lazo, y queda sin ser preso de él. Y así, hermana, no os descuidéis, porque después no lloréis. Que más ligera cosa es evitar las caídas, que después de la caída, levantarse como conviene; más vale estar sano, que después de enfermo sanar; y mejor es tener a Dios siempre en el ánima, que después de lo haber echado, tornarlo a meter en nuestro corazón.

6. Por tanto, *velad y orad porque no entréis en tentación* (*Mt.*, 26). Y usad el leer libros buenos, y el confesar y comulgar las veces que pudiéredes. Y

sed mansa aun con los airados, y humilde con los soberbios; y sed vos la esclava de cuantos en vuestra casa hubiere; esto por amor de Aquel que se abajó a servir a sus Apóstoles hasta hincarse ante ellos de rodillas en el suelo y lavarles los pies. Miraos vos en aqueste espejo; y si viéredes que no conformáis con él, lavad vuestra mancha con lágrimas, pesándoos mucho por que, siendo una hormiguilla, no os abajéis, siendo Dios abajado por vuestro amor. Y atreveos a seguir la obediencia, humildad, caridad y paciencia de aqueste Señor; que cierto, siendo compañera en el padecer, lo seréis en el gozar; y llevando parte de la cruz, llevaréis parte del reino; el cual os dé el mismo Jesucristo, que vive y reina por siempre en los siglos de los siglos Amén.

119.—A UN CABALLERO AMIGO SUYO (1).

Que los trabajos ponen esperanza en los justos y temor en los pecadores; y el amor que los justos tienen a Dios los hace mártires en vida.

1. A Cristo gracias, que ha hecho a vuestra merced participante en dolores, que es la prenda del cielo que más cierta hay en la tierra, pues es la más semejable al Señor, que del cielo descendió por darnos lumbre para que esto amásemos, y esfuerzo con su ejemplo, y gracia con su merecimiento. No le parezca a vuestra merced crueldad la dispensación de las obras de Dios; que como su galardón no es liviano, no quiere que el medio para lo alcanzar sea liviano; ni hay cosa más ajena de ser cosa de burla y de palabras, que lo que el Señor tiene aparejado para los que le aman. Para que esto se conozca y se estime, es bien que así sean tratados los que de ello han de gozar, para que el mundo se desengañe, pensando que viviendo de burla, han de ir a gozar de galardón de verdad. Avisa el Señor a los suyos, y amenaza a los ajenos; porque a los unos dice que sientan de su galardón grandemente, pues con este rigor lo da; y a otros dice que cómo piensan esca-

---

(1) Sospechamos si este señor, «de corazón tan esforzado para las guerras del Emperador», será el Conde de Feria, don Pedro Fernández de Córdoba, a quien va dirigida la Carta 14.

par de las manos de su rigor siendo enemigos, si así son tratados los hijos e hijas escogidos para grande bien.

2. Si miramos este rayo de rigor y justicia, que son dolores, hallaremos ser grande ocasión para esperar y para temer; y en lo uno es glorificada la misericordia de Dios, y en lo otro la justicia. Espere descanso el trabajo; tema trabajo quien acá no le tiene. Porque como en cualquiera persona, por justa que sea, haya muchas cosas que merezcan castigo, aunque no de infierno, y éste hase de dar, si no se purga con tan grande exceso de amor, que la contrición valga por castigo, como en la Magdalena y otras, claro es que aquí o en purgatorio será menester pasar por fuego. Y aunque los que no tienen aquel grande amor de Dios, que causa grande dolor, que vale por la satisfacción, les parezca que se les hace agravio en ir ellos salvos por fuego, y los otros sin él, están muy engañados en esta cuenta. Porque el amor grande de Dios en la tierra, donde Dios es ofendido, causa mayor dolor que los que vuestra merced tiene; y en esto se ve ser así, cuando, quien a sí ama, tomaría de buena gana lo que vuestra merced tiene, porque le quitasen su dolor. Y de esto no nos debemos espantar, pues hay personas que por no verlos pasar a vuestra merced, lo pasarían ellas, en señal que da más pena el amor que uno tiene, que el dolor que pasa otro. Y si vuestra merced ama a una persona mucho, no querría que a él se le quitasen los dolores, si había de ser con condición que se le pasasen a ella, en señal que le dolerían más en ella que le dolerían en él. Pues si esto puede el amor de la criatura, ¡cuánto más lo podrá el amor del Criador, infundido por el santísimo Espíritu del Señor, que excede a toda otra fuerza! Y así es grande verdad que, así o así, no hay quien escape de padecer para ir a gozar. Y quien de esta ley se quejase, quéjese de ser hombre y porque no le hicieron ángel; y quéjese de la justicia y razón, pues toda ella pide que la virtud ha de ser con trabajo, y a ésta corresponde el galardón.

Mas ¡oh Señor!, ¿y quién osará quejarse de Ti porque le tratas con rigor, pues luego le tapas la boca con que *así amaste al mundo, que a tu Unigénito diste* (*Jn.*, 3, 16), para que a poder de trabajos, dolores y muerte que de Él cargase, el mundo evitase los del infierno y gozase del cielo? ¿Quién, Señor, se osará quejar, viendo reciamente tratados a tus más ama-

dos, y que andan a porfía en tu palacio los favores y los dolores, y que digan, mandándolo Tú, a uno de tus favorecidos: *Porque eras acepto a Dios fué necesario que la tentación te probase* (*Tob.*, 12, 13)? Pues si con esta carga das tu gracia, amor y cielo, y a Ti mismo, no nos quejemos, no, del contrapeso, pues es Dios el peso.

3. No deje vuestra merced caer el corazón debajo de los trabajos; mas acuérdese que algún día deseó hacer y pasar algo por Dios. No es Dios sordo a las hablas de nuestro corazón. Él dió a vuestra merced lo que él por mejor estimaba; y si ahora le parece recio, confíe de quien lo envía, que dará fuerzas para lo llevar. Acabarse ha lo que duele, sucederá lo que dará descanso; y no será aquello como esto, sino sin comparación mayor. Y si vuestra merced dice que renunciaría aquello por no pasar esto, no es bien dicho ni de corazón generoso, el cual más quiere verse en peligros y trabajos por la virtud, que estarse ocioso sin ejercicio. Y no es bien que teniendo vuestra merced el corazón tan esforzado para las guerras del Emperador, lo tenga flaco para las de Dios. No le piden acá que rija un ejército entero como Capitán general, sino que lleve bien la carga de su pica, y dé buena cuenta de su lugar; no sea cobarde vuestra merced en lo menos, pues tiene ánimo para lo más. Métase todo en la Pasión del Señor, y aprenda, en lo que pasa, lo mucho que el Señor pasó, y el grande amor que le tuvo; pues pudiéndolo redimir por otra vía, no quiso sino a costa de dolores, y muy recísimos. Y así es, que como Él en una hora amaba más a su Padre que todos los hombres juntos, así en una hora pasaba más dolores que todos los hombres; y en toda la vida de ellos no hubo amor igual al suyo, ni dolor.

4. Esfuércese vuestra merced a querer pasar algo por Él. No sea esclavo, pues le quiere y trata por hijo. Que el padre a su hijo azota; y vuestra merced lo está, y por esto se puede tener por hijo; ame a su Padre. Salga ya de sí, y dese a Dios; dígale: Señor, seguiros quiero, aunque por dolores; esta ofrenda os quiero ofrecer. No os quiero dar cosa de poco precio, sino que me cueste mi sangre, porque me digáis como a Abraham (*Gen.*, 22, 16): *Quia fecisti hanc rem, et non pepercisti unigenito tuo propter me.* Mire, si Dios agradece a un hombre que da su hijo por Él, cuánta razón es que el hombre agradezca que

Dios dió el suyo por él; y aquél sólo lo agradece, que en recompensa, da a Dios su propio hijo, que es lo que más en su corazón le duele, para que se pase porque Dios lo quiere. Mire vuestra merced en este dechado el amor que Dios le tuvo; mas sea para sacar de él, que como le dieron sangre y dolores, dé él lo mismo: como le dieron pena, dé él lo mismo. Que cierto, si así responde a los dolores de Dios con dolores, Él responderá a los dolores de vuestra merced con tal galardón, que se agrade mucho de haberlos pasado. Y aunque la carne no crea esto, la fe supla la falta, que cantar tiene vuestra merced (*Ps.*, 89, 15): *Laetati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti; annis quibus vidimus mala.* Así sea. Amén.

120.—A UNA MUJER DEVOTA.

Que Dios nos pide el corazón desocupado, y cuánto importa tomar la voluntad de Dios por nuestra.

Acreciénteos Dios las buenas Pascuas, pues en haberlas vos tenido las he recibido yo.

Gracias a su misericordia que os ha dado mayores prendas de ser vuestro, pues os ha dado mayor deseo de ser suya. Pídeos como a tal el corazón desocupado, pues cada uno quiere morar en su casa; y así de aquí adelante os veláreis, no como a vos, sino como a cosa de Dios, y tendréis gran cuidado de morir a todas las cosas, y echarlas de vuestro corazón, diciéndoles: «No impidáis el lugar del Señor»; pues aunque se lo dé todo desembarazado, aun es muy poco. Atreveos a morir un poco antes, y comenzaréis a vivir. Y vuestra pelea sea contra vuestra voluntad, dándosela a Cristo las más veces que pudiéredes y lo mas entrañablemente que pudiéredes; y decid a vuestro corazón: ¿Cuál es más razón que sigáis, la voluntad del Señor o la tuya? Pues por seguir la tuya te has perdido, y por seguir la de Dios te has ganado. Tu amarte ha sido aborrecerte y echarte en los infiernos; mas el amarte Dios ha sido hacerte bienes. De manera, que con más razón te puedes fiar de la voluntad de Dios que de la tuya, pues lo has hallado más fuerte en querer tu bien, que a ti mismo. Toma, pues, esta voluntad buena por tuya, y deléitate en la cumplir, y a ninguna cosa te muevas por la

tuya, sabiendo que lo que de ella naciere es fruto de imperfección.

Decid muchas veces con el corazón y algunas con la boca: *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha* (*Lc.*, 22, 42). Y en todo lo que hiciéredes y pensáredes y habláredes, buscad el solo contentamiento de Dios, y hallarlo habéis en el comer, y en el dormir, y en el hablar, y en el callar; y viviréis consolada en todas las cosas, porque en todas las que no son malas hallaréis al Señor. Y aprovecharos ha para esto la doctrina de nuestro Señor, que dice (*Mt.*, 16): *Quien quiere venir tras Mí, niéguese a sí mismo.* Y aprovecharos ha, que cada vez que comulgáredes hagáis renunciación de vuestra voluntad en la de nuestro Señor, y el pedirle muchas veces por merced, que pues vos no se la podéis dar, la tome Él, y os dé la suya por vuestra. Y aunque sean pocas (1) cosas, no dejéis salir a vuestra voluntad con lo que quiere, sino contradecidle; y amad a quien os la contradice, porque el ensayarse en las cosas pequeñas aprovecha para las mayores.

Cristo os favorezca para que del todo seáis suya. Amén.

121.—A una señora

En la semana de Pentecostés. Que la hambre de nuestro corazón no la puede hartar, sino el Espíritu del Señor: el cual para aposentarse en él quiere hallarlo vacío de toda afición de criaturas; y cómo lo entristecen los tibios y flojos; y que la fiesta de Espíritu Santo es disposición para la de Corpus Christi.

1. Muy ilustre señora: Deseo tengo de saber de qué parte se mantiene ahora el corazón de vuestra merced. Porque si miramos a la semana en que estamos, es del Espíritu Santo, el cual da lumbre al entendimiento, infunde amor en la voluntad, y fortaleza en el cuerpo; con los cuales *tres panes, tenemos que poner delante de nuestro amigo, que viene del camino* (*Lc.*, 11, 5), hambriento y cansado; porque la hambre que nuestro corazón siente andando fuera de sí, y ocupado en las criaturas, suele el Espíritu San-

(1) *Pocas:* pequeñas.

to quitar dándonos pan de hartura. Y ¡ay de nos, si no sentimos la falta que en las cosas criadas hay, y no nos tornamos ya a nuestro corazón, siquiera cansados de haber hallado falta y mengua donde pensábamos que había algún sosiego! ¡Oh válame Dios! ¿y cuándo hemos de tener ánima casta y leal a su esposo Cristo, dándole nuestro amor puro, desnudo de la bajeza de las criaturas? ¿Cuándo hemos de entender de verdad que el varón de nuestra ánima es Cristo, y que nos crió Él para Sí, y que Él es muy propio para nosotros? ¿No basta lo que muchas veces hemos probado cuando mal nos va en la tierra, y que nunca nuestra ánima ha tenido descanso, paz ni sosiego, sino cuando, conociendo su propia mengua y poquedad, se va a Dios y es de Él recibida? ¿No vale más un rato de aquéllos, que toda la vida de los que a la vanidad viven? ¿No será ya tiempo de decir a todo lo criado: No os conozco, por aparejar morada limpia y desocupada al que nos crió?

2. Pláceme mucho que lo hemos con un Espíritu Santo, y tan santo, que no quiso venir a los discípulos del Señor hasta que el cuerpo de Él se les quitase delante; para que conozcamos su condición qué tal es, y le aparejemos templo, donde otro no more si Él no. Y huelgo mucho que vuestra merced con gracia de Él se habrá aparejado, y le habrá recibido, y estarán Él y ella contentos; huélguese vuestra merced con Él, porque Él *gozo* es. Y mire que dice el Apóstol San Pablo (*Ephes.*, 4): *Que no entristezcamos al Espíritu Santo de Dios, con el cual estamos señalados para el día de la redención*, que es el juicio final. Aquel *entristece* a este Espíritu, que con pereza y caimiento de corazón anda flojo, y hace cosas que no agradan a este Altísimo Huésped; el cual, como es fuego, quiere que su siervo sea ferviente, y ande muy vivo, echando siempre leña de buenas obras, y soplando con santos pensamientos, para que este celestial fuego no se apague en nosotros, pues nuestra vida está en tenerle vivo; y así manteniendo nosotros este fuego, mantiénenos Él; y aun lo que le damos, Él nos lo da. De manera, señora, que de esta parte buen manjar tiene vuestra merced en esta semana, pues la habrá celebrado no en carne, como los que se contentan con el solo estruendo de las festividades; mas habrá celebrado fiesta de Espíritu en el espíritu, según el Señor dice (*Jn.*, 4): *Que quiere adoradores espirituales.*

3. Ahora veamos cómo le va con el olor de la fiesta del Cuerpo del Señor, que tan presto viene. Porque para los corazones cristianos, grande afrenta será no oler este santo Pan antes que venga su fiesta, pues le olieron los Magos desde tan lejos, y aun los Profetas y Patriarcas mucho antes que encarnase. ¿Qué mejor nueva, que la de ver andar a Cristo por las calles entre nosotros, andar entre nuestras manos, delante de nuestros ojos, y al que no cabe en cielo ni en tierra, ver encerrado en una pequeña cortina de accidentes de pan, y después entrar en nuestro tan pobre e indigno pecho? Señora, no oiga vuestra merced estas nuevas con orejas sordas; despierte a su corazón, y dígale que se halle muy atento a tan gran merced y obra de Dios; y que vomite todo otro manjar que tenga, para que hambriento, se harte de este celestial Pan de que comen los ángeles. Dígale que vele estos días, porque entonces no se duerma; y pues es semana de Espíritu Santo, pídale gracia para saber sentir la fiesta del Cuerpo que fué concebido por Espíritu Santo. Y cuando venga la fiesta del santísimo Cuerpo, vendrá con él el Espíritu Santo; porque por merecimiento de Cristo descendió este Espíritu. Y cuando el cuerpo de Cristo se nos da con Él se nos dan sus merecimientos, según la medida de la disposición que llevamos.

4. De manera que una fiesta ayuda a otra, y es aparejo para otra; y pone gana de comer para la otra. Que no hay aquí lo que en los carnales convites, que los muy hartos en la comida no han gana de comer a la noche. De fiesta en fiesta anda el ánima comiendo con nuevo sabor, cumpliéndose lo que Dios prometió (*Lev.*, 26): *El trillar de los panes alcanzará a la vendimia y hasta la sementera, y comeréis vuestro pan en hartura.* Bendita su bondad, que tan largamente nos provee, no como quiera, sino dándose Él mismo a nosotros. El Hijo nos es dado, y por Él el Espíritu Santo; y dándosenos estas dos Personas, no se queda el Padre sin dársenos: nuestro es Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ya comenzamos acá la contratación que en el cielo hemos de tener. Agradezcámosle sus misericordias, aparejémonos para recibir las que quedan, y con corazones levantados de la tierra, celebremos las fiestas del cielo, para que de regocijos temporales pasemos a los eternos, en los cuales vuestra merced se vea. Amén.

122.—A UNA SEÑORA DE TÍTULO.

Que Dios envía los trabajos para dar esfuerzo, si desconfiando el hombre de sí, espera en el favor del Señor.

Quien tiene pico para pedir cruz, tenga hombros para llevarla; y quien se precia de amores, ha de tenerse por muy honrada en los dolores; y a quien Dios le pareció bien, ninguna cosa que por Él le pidan le ha de parecer mal; y quien le quiere, a sí misma se ha de aborrecer. Porque como ninguna cosa, si Dios no, basta al ánima, ninguna, si el hombre no se le da a Él, le contenta a Él. Así que menester es salir de flojo quien a Dios ama, y para esto envía el Señor la espuela del trabajo. Y si le parece a V. S. que ha menester más paciencia y esfuerzo, pídala a quien la pone en el ejercicio; y pídala sin tasa, y sin cotejarla con la que otro tiene o tuvo, que quizás quiere nuestro Señor dar más; porque no hay tasa en sus misericordias. Y espérela de Él; que para eso envía el trabajo, para dar el esfuerzo. Que bien conoce Él la flaqueza de nuestra carne, y especialmente la de algunos como yo; y para ser Él glorificado, suele en el vaso de mayor flaqueza poner los tesoros de su fortaleza. De manera, que lo que sirve para desmayar mirando a sí mismos, sirve para esforzar mirando a Dios.

Solamente haya en nosotros lealtad de conocer quién somos, y de agradecerle lo que de Él recibimos; de arte, que no atribuyamos a su divinidad nuestras culpas, ni a nuestra animalidad sus gracias; y pidiéndole con vergüenza y con fe, y esforzándonos en la guerra sin huir, sin duda veremos el socorro de Dios sobre nos, hasta que nos alegremos con la cruz por la grandeza del amor, como el Señor lo hizo por nos, y digamos (*Galat.*, 6): *No plega a Dios yo me glorie en otra cosa sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo.*

Comience V. S. la guerra del amor padeciendo dolores, y diga como San Ignacio cuando fué llevado preso: «Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo.» Porque como San Agustín dice: «Si no has comenzado a padecer, mira que no debes haber comenzado a ser perfecto cristiano.» Razón es, pues, que no vivamos más tiempo en balde, sino que comencemos a entrar en la escuela de la cruz, en la cual quien más padece es mejor discípulo y más amador del

Maestro, y más amado de Él. Y a trueque de esto, quien más pudiere padecer, más padezca y por más privado se tenga y conforme a su Señor. Y si del primer voleo no pudiere la nueva discípula tomar la presa, no desmaye; que primero son ruines lectores los que después salen buenos. El ejercicio y el esfuerzo y la gracia sacarán maestra a V. S., si ella no rompe el libro, ni quita los ojos de las letras, ni se hace sorda a la lección que le diere el Maestro Él sea su luz y fortaleza. Amén.

123.—A UNA SEÑORA ENFERMA.

Que con la tribulación se descubren los verdaderos amigos, se perfecciona la virtud y se purgan los pecados.

Dicen que está vuestra merced mejor del cuerpo; creo lo estará en el ánima; que aunque vuestra merced siempre la tenga buena, a lo que yo creo, mas lo bueno en la tribulación se hace mejor. Porque *la paciencia,* como dice Santiago, *tiene obra perfecta* (*Jac.*, 1, 4); y es la causa, porque quien bien lleva la tribulación da testimonio que el amor que tiene a Dios no es palabrero, sino obrador, pues no falta en el tiempo de la tribulación, que es el tiempo donde se prueban los amigos ser verdaderos, y donde se descubren los fingidos. Acuérdese vuestra merced de los dolores de nuestro Señor, y tenga por merced suya tener parte en ellos, y como tal se la agradezca cuan de corazón pudiere. Porque así como no es propia señal del cristiano amar a quien nos ama, sino también a quien nos aborrece, ni tampoco lo es dar gracias a Dios cuando nos sucede lo próspero, porque aquello aun los malos lo suelen hacer. Dé vuestra merced gracias por lo que su Esposo le envía, como preciosas joyas, de las cuales nadie es digno, según lo mucho que valen. Y como crecieren los trabajos, crezca la confianza en el Señor que los envía; porque pues son testigos del amor que nos tiene, razón es que a más testigos, más creamos. No se deleita, señora, nuestro Señor en vernos trabajados, no; sino porque nos desea ver enriquecidos en nuestras ánimas, y que en este mundo purguemos nuestros pecados, y con trabajos ganemos y merezcamos el cielo, por esto nos envía estas joyas, que son medio para alcanzar

estos bienes. Ofrézcase vuestra merced de corazón en sus manos, pues son de padre, y más que de padre; y confíe en su pasión, que por ella será vuestra merced favorecida de Él, y alcanzará lo que más le cumple. Y mire que salga de la cama con más amor y más confianza en nuestro Señor. El cual sea salud entera de vuestra merced, que así se lo suplicamos acá.

124.—A UN SU AMIGO.

Que las tribulaciones que Dios envía son para que el hombre acabe de conocer su flaqueza, y así se disponga para recibir los bienes y tesoros de Dios (1).

1. Esfuerce Cristo a vuestra merced con su virtud, pues ya ha probado por experiencia la propia flaqueza; que la falta de este conocimiento suele ser causa de no ayudarnos el Señor. ¡Oh cuán mala bestia es este nuestro corazón, y cuán de verdad lleno de senos, y cuán tarde se despoja de su propia fiucia, por ser amigo de se adorar como a Dios! Conviene, y mucho conviene, que nos traiga el Señor arrastrados, hasta que, como a malos siervos, a poder de palos nos venga algún buen temor, y algún poco de seso, *ita ut vexatio det intellectum* (*Is.*, 28), y salgamos de nos, como de mala casa, y con gemido y sentimiento de nuestra necesidad, llamemos a Dios, que nos enseñe la luz de sus misericordias, pues tan mal nos va con las tinieblas de nuestra miseria. Llamémosle, y estemos atentos a lo que nos dice, y no dejemos pasar el soplo del Señor, como si fuese de carne. Y gimiendo con la cruz que nuestro propio corazón nos causa, pasemos arrimados a la del Señor, donde descansemos de los tormentos que la nuestra nos da. Y pues en la suya hay más bien, que mal en la nuestra, y murió Él para darnos vida, no pierda nuestra desconfianza ni nuestra pereza tesoro tan grande y tan cierto como en Él tenemos.

2. Y si no alcanzáremos lo que deseamos de las riquezas de Dios, no por eso perdamos el sosiego del corazón: pues el ser muy privados suyos es tan particular don suyo, que no a quien lo quiere, mas a quien Dios quiere se da; y dase a pocos; y *forte* no

---

(1) Esta carta no había pasado a las ediciones modernas.

quiere el Señor que seamos nosotros de aquéllos. Supliquémosle sea Él glorificado en nosotros, y que nos conserve las misericordias que nos ha hecho, de darnos corazón que le crea y ame, aunque como flacos; y agradecidos a esto, esperemos lo demás que nos quisiere dar, y sea en paciencia y no en desmayo; que cuando el hombre no piensa, está el Señor más cerca; y cuando los de Israel fueron más maltratados en Egipto, estaban en víspera de su liberación.

125.—A UNA SEÑORA

En la Cuaresma. Que Jesucristo en la cruz es un espejo en que parecen las manchas de nuestra alma, y medicina con que se curan nuestras enfermedades; y que llevar parte de su cruz es empresa de grande honra; y del ansia por comulgar.

1. Si en la noche del Nacimiento del Señor llevaron a vuestra merced al monte Calvario, y le dieron compasión del Crucificado, y lágrimas con que lavar sus pies, de creer es que ahora, en Cuaresma, y cerca del tiempo en que se representa su pasión, la tendrá el Señor por tan moradora de aquel monte, que de allí no la deje salir. Bien está allí, señora. Dígale al Señor como San Pedro (*Mt.*, 17): *Bien es que nos estemos aquí,* y será mejor petición. Porque él deseaba el monte donde había el descanso; en estotro hay trabajo; y por esto lo postrero es señal de mayor amor; pues no en el descansar, mas en el penar se demuestra y emplea el amor del Señor. Estése, señora, en las llagas de su Señor, pues por sanar las de ella pasó Él aquéllas. Y si no es para pasar ella por Él otras tales, sea para agradecérselo a Él, y para compadecerse con Él, y llorar porque sus pecados le pusieron en aprieto tan grande. More allí, señora, no de paso, como por venta, como *los que pasaban por el camino y movían sus cabezas blasfemando del Señor* (*Mt.*, 27, 39), sino esté de reposo muy fijada par de la cruz, como la Virgen y Madre, y el amado discípulo y las otras santas mujeres. Porque los que de paso se pasan por este beneficio tan grande, ni lo conocen, ni agradecen, ni les queda más que el sonido; y algunos, como son los infieles, con blasfemar de Él, porque no se paran a mirar despacio esta gran maravilla

de amor. Mas el cristiano que mora aquí, dice de corazón (*Ps.*, 131): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí.* Y si la esposa no está enclavada en el corazón donde su Esposo está enclavado en el cuerpo, ¿cómo escapará de nombre de desamorada y desagradecida?

2. Allí, señora, hallará remedio para la ponzoña de las falsas alabanzas, y avergonzarse ha de verse ella honrada y pregonada por buena, viendo al que de verdad es bueno y santo, de éstos ser pregonado por malo y engañador. Allí verá cuán poca razón hay para pensar que es digno de estima, en cuanto es de su parte, lo que ella hace; pues tan falto es, cotejado con lo que el Señor hace allí, y con lo que ella debía hacer. Mírese, señora, en este espejo, y verá bien las manchas de su rostro; pues aun cuando más mansa ha estado, si se coteja con la mansedumbre de Él, será su mansedumbre como ira; y su obediencia cotejada con la de Él, será muy suelta, y su humildad muy soberbia. Mas el mundo ciego piensa que no hay otros pecados, sino los que él conoce por malos. Otros son los ojos de Dios, otra la regla con que nos mide, en la cual muchas veces se halló falto lo que en los ojos de los hombres parecía muy justo y cabal. Por tanto, cuando esas lisonjas ponzoñosas le dijeren, diga dentro de su corazón lo que dijo San Pablo (1 *Cor.*, 4): *El que me juzga, el Señor es.* Y acuérdese luego de cómo el Señor fué pregonado por malo, y suplíquele que no permita Él que ella lo sea por buena; y calle su boca, que el Señor lo verá. Y mire bien que cuando sea despreciada, que se goce mucho de ello; que quizá no permite el Señor que le digan mala palabra, porque no tiene ella fuerza para la sufrir.

3. Quien quiere algo de la cruz del Señor ha de recibirla como a una preciosa reliquia, con mucha reverencia y agradecimiento, y estimarla en más que otro estimara todo el tesoro del mundo. Y porque hay pocos que estimen como deben las reliquias de la cruz, por eso el Señor no se las da; porque quiere que su cruz sea honrada y muy amada, y llevada con gozo. Y así déjanos en nuestra niñez, sin enviarnos ejercicios de varones; cuanto más si nos derribamos con impaciencia o demasiada tristeza en alguna cosa de estas que nos envía. Así que, señora, si tiene mucho amor del Crucificado, Él le dará parte de su cruz: mire bien que la reciba como empresa de grande honra, como dice a la Esposa (*Cant.*, 8): *Ponme como*

sello en tu corazón y sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como muerte.

4. Y en la pena que tiene por no poder recibir al Señor las veces que quiere, no se turbe; que ya le he dicho que quiere el Señor que le cueste algo; y es mucha razón, pues las ánimas costaron tanto a Él. ¿Piensa ella que en diciendo nuestro Señor: «Sean mías las ánimas», luego se le rindieron? ¿Piensa que el amor que vuestra merced tiene a nuestro Señor, y el señorío que Él tiene sobre ella, costó poco a Él? No por cierto; que su sangre derramó como un esclavo, en trueque de que su ánima sirviese a Él y fuese de Él. Pues así conviene hacer al ánima que lo quiere alcanzar; que lo sude primero, que lo llore, que lo importune, que sufra malas palabras y aun malas obras; y todo le parecerá poco por recibirlo una vez; y si no se lo dieren, ya habrá ganado mucho en haber sufrido algo por Él; y así no sale en balde el buscar a Dios. Negócielo con Él; y si Él dice sí, no habrá quien lo estorbe; y si se le pusieren a estorbar, no saldrán con ello; y si salen, entienda que ella no ha bien negociado con nuestro Señor, que le quiere decir: «Da voces más altas», y tome este consejo. Y cuando le diere gana de comulgar, piense como si estuviese comulgando, y suplique a nuestro Señor, pues es todopoderoso, que le dé allí, comulgando espiritualmente, lo que le diera si comulgara sacramentalmente; y placerá a su bondad, y no la dejará tornar ayuna, si ella va bien aparejada y de dos o tres días antes. Y por esto no piense que ha de dejar de confesar sus pecados al confesor después; sino hasta que tenga lugar para decirlos al confesor, digo que los diga a nuestro Señor.

5. Y en todo caso tenga su corazón en paz, y conserve la obediencia y humildad con sus mayores y Prelados; que este es el camino de nuestro Señor, y no conviene salir de Él; y esfuércese a pasar adelante en sus ejercicios, que aunque cuando se hace parece que no se saca provecho, sí se saca, y después se siente. Y el Señor mirará algún día a los que han andado mucho tras Él; y vale más un día que Él mira, que los tres de trabajo que anduvieron tras Él. La corona le está aparejada en el cielo: Dios será su ayudador, y no la olvidará. Persevere en la obediencia *hasta ver al Señor de los señores en Sión* (*Ps.*, 83). El cual la haga muy suya, santa y salva.

126.—A UNA DONCELLA

Que se llamaba Inés. Felicítala por la Pascua y la exhorta que trabaje por parecerse a su Esposo, el Rey celestial.

El CORDERO que murió por sus ovejas, y resucitó para bien de ellas, os dé muy buenas Pascuas, y os haga muy conforme a su santa voluntad, pues para esto os llama a su servicio.

Hermana, cuando desposan acá en el mundo, preguntan si son «para en uno» el esposo y esposa; y la que quiere ser esposa de nuestro Señor Jesucristo, ha de trabajar de ser muy conforme a Él, no en riqueza de vestidos vanos, ni oro ni plata, sino en lindeza de buenas costumbres. Y si bien lo miráis, vos debéis tener cuidado de esto, porque el Señor os quiere por esposa, y vuestro nombre *Inés* vale tanto como CORDERA; y pues el nombre de Él es CORDERO, y el vuestro CORDERA, mirad que le parezcáis en la obra como en el nombre: sed mansa entre los enojos, sed humilde entre las afrentas, sed blanda en sujetar vuestra voluntad, sed piadosa en lo que a los prójimos toca, sed amiga del trabajo como CORDERA que sacrifican. Y miraos muchas veces en Jesucristo vuestro espejo, para que veáis si estáis fea o hermosa; y mirarse ha Él en vos, y bienaventurada seréis por ser mirada de tan alto Rey. Y pues ya estáis prendada de su amor, id creciendo cada día en bondad. Y tened una santa soberbia, como *Santa Inés,* para despreciar todo el mundo entero por amor de Jesucristo bendito.

Y para que os acordásedes del CORDERO del cielo, os llevaron ese cordero; miradlo con ojos cristianos, y acordaos de nuestro Señor cuando lo viéredes. Y hágaos el Espíritu Santo muy gran sierva suya. Amén.

127.—A UNA SEÑORA.

Que no hay mayor prueba del amor a Cristo, que padecer trabajos por Él: y que para vencer al demonio, el remedio es confiar mucho en Dios y tener el pensamiento bien ocupado.

1. Bueno llegué acá, gracias a nuestro Señor; y aunque di acá con mi venida mucho gozo, bien creo

que di allá con mi partida más pena, por ser el amor mayor. Plega a nuestro buen Jesús que el gozo de acá y pena de allá sea todo para servicio suyo, como espero que lo será; pues acá se entiende en algunas cosas de que es servido, y allá recibe en sacrificio la pena que se pasa.

Y no piense vuestra merced que es al Señor cosa desgraciada (1) o de poco valor ofrecerle sacrificio de penas; pues habiendo Él gozado tanto de ellas, no podrá sino amarlas en nosotros como en Él, y darnos a beber del cáliz que su Padre le dio, y pedirnos testimonio si le amamos, como el Padre pidió a Él, y Él lo dió cuando dijo (*Jn.*, 14): *Para que sepa el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí;* y el negocio a que iba era a padecer muerte de cruz, porque las injurias a la Majestad del Padre hechas, fuesen satisfechas con pagarlas Él, siendo humillado y acoceado, porque la honra del Padre fuese estimada. Así, señora, hemos nosotros de responder a nuestro Señor diciendo: «Para que Él vea cómo le amamos, esforcémonos a padecer. No tengamos el corazón caído con la carga, mas levantémonos a padecer; y en esto enseñemos el amor que al Señor tenemos pues no hay mayor prueba de amor que padecer por el amado.» Y por esto dice el Apóstol Santiago (1, 4) que *la paciencia tiene obra perfecta.* Y como los que tinen sentido de carne juzgan una cosa por mala por serles amarga, así los que tienen el del espíritu la han de oler por buena por ver en ella trabajos; porque éstos alegaba el Apóstal San Pablo en prueba de que era Apóstol enviado de Jesucristo (2 *Cor.*, 11), y de éstos se gloriaba, como suelen contar por honra las hazañas que han hecho.

2. Eche, pues, vuestra merced su cuenta, y mire si su obra tiene sello, y hallará que desde el primer día hasta ahora está llena de sellos, porque está llena de tribulaciones de dentro y de fuera, de hombres y demonios, de su sangre y de extraños; para que vea en su obra una semejanza de cruz de nuestro Señor, y tanto más la conozca por de Dios, cuanto más la viere arreada (2) de estas señales. No sea ella como los judíos, que se escandalizaron en nuestro Señor porque no trajo descansos y prosperidades temporales, antes trajo lo contrario. Y por esto, así como monas

(1) *Desgraciada:* desagradable.
(2) *Arreada:* adornada.

royendo la cáscara amarga, pensaron que todo era así, y así arrojáronlo lejos de sí, y perdiéronlo, y fueron ellos perdidos. Mas la Iglesia cristiana tanto más lo conoce por su verdadero Esposo y Ungido, cuanto más pobreza y desprecio y trabajos trae. Así como hizo la hija del rey Faraón, que viendo ir por el río abajo una cestica de mimbres, y en ella iba un niño, que ella sacó, dijo (*Ex.*, 2, 6): *De los niños de los hebreos es este infante.* Y ¿en qué lo conoció? En la pobreza, y en ir a tanto peligro: así el verdadero cristiano conoce a su Cristo por verle ir sobre aguas de tribulaciones, y todo al contrario de la carne y sangre.

3. Y así como Él es conocido por esta señal, así sus obras lo son, que no han de ir reguladas con el humano juicio, sino con fe; y que acaecen cosas en ellas, que sola la fe basta a dar satisfacción, y toda razón se turba, y deja a obscuras a quien a ella se arrima. ¿Quién dijera que habían de hallar los Reyes Magos al Rey del cielo en un tan pobre portal y pesebre? Y por esto ellos iban adelante a lo buscar en alguna casa grande y rica, conforme al que nació, pues esto parecía conforme a razón. Mas la estrella no quiso pasar de allí, mas echaba nuevos rayos, como haciéndose toda lenguas, y diciendo: «Aquí está, donde no pensáis»: hasta que creyendo a la estrella más que a su propia razón, entraron, y hallaron, y adoraron al que buscaban, y gozaron del fruto de su fe, y escaparon del peligro de su razón, que los quería engañar. Sea nuestro Señor bendito, que aunque en vuestra merced ha habido peleas, y muy grandes, entre razón y fe, que en fin ha vencido la estrella, y ha quedado hollada la razón, por muchos colores y afeites que traía; los cuales con la luz de la fe son descubiertos y conocidos por puros engaños. Pase adelante, señora, pase, y hágase fuerte en fe, y no en razones; y parézcale muy bien Jesucristo en todo lo que hace, hará y ha hecho con ella, acordándose de la palabra que dijo a los discípulos de San Juan (*Mt.*, 11): *Bienaventurado es el que no se escandalizare en Mí.*

4. Esté muy asentada, que este a quien siguió es Jesucristo, este por quien todo lo dejó es Jesucristo; y contenta con haberlo perdido todo por Él, esté muy rica. Porque quien más pierde por Él, más glorioso es en el reino de Dios. Y para esto es bueno tener mucho, para poder perder mucho por Él, y tener grande

honra delante de su acatamiento y delante los justos, donde cada uno contará lo que por su Dios dejó. Y mire bien no deje hollar su corazon de lo que una vez ella holló, ni lo deje vencer de lo que una vez venció, porque no se diga de ella que tomó lo que dejó, y que *después de se haber desnudado la ropa mala, se la tornó a vestir* (*Cant.*, 5, 3). Esté firme, libre, esforzada, como el día que comenzó la guerra. Y las marañas que el demonio le trajere, huellelas, diciendo como David (*Ps.*, 17): *En favor de mi Dios pasaré el muro.* Porque muchas veces representa el demonio unos *muros* tan altos, que hace decir a los flacos lo que dijeron los hijos de Israel (*Num.*, 13), que *las ciudades de la tierra de promisión eran cercadas con muros que llegaban hasta el cielo, y que tenían moradores tan grandes, que comparados los hijos de Israel con ellos, parecían langostas con gigantes*; y así desmayaron, y perdieron la tierra que ya tenían en las manos. ¿Qué hemos de responder entonces nosotros sino decir: «*En mi Dios pasaré el muro,* por alto que sea; en mi Dios hollaré dragones y leones; y Él vencerá los gigantes con las langostas; pues mientras más flaqueza hay en mí, más honra gana su brazo en vencer conmigo a los fuertes.» Y viéndola sus enemigos fuerte y alegre, enflaquecerán ellos y entristecerse han. Porque como sean envidiosos, nuestra alegría los mata, y nuestra tristeza los aviva.

5. Y mire bien que no esté un momento ociosa; porque no hay persona tan santa, que se pueda valer, si tiene plaza al demonio, escuchándole sus marañas y pensamientos que trae. Y hace muy mucho al caso para quien tiene pelea con él, tener alguna ocupación que le haga tener atención, para que olvide algo de lo que el demonio trae. Porque de otra manera, aunque se trabaje por desechar, no podrá; y mi veces acaece dar el combatiente consigo en el suelo, derribado con el peso de la tristeza. Y entonces se huelga el demonio de verle caído como a bestia debajo de carga, y lleno de tristeza y amargura y caimiento de corazón; y de allí llévalo a otros pensamientos peores, como se llegan moscas a la olla que no hierve. Y este es su tiro para contra los que están solos, derribarlos con esta tristeza y pereza. Por esto decían los viejos santos (3), que cuando el solitario hace la celda, se ríe el espíritu de la pereza, y sienta par de

(3) Así suele llamar el autor a los Padres del Yermo.

la celda sus reales. Y por esto no hay cosa de que tanto los solitarios huían como de estar sin alguna ocupación que les ayudase a cerrar la puerta contra los pensamientos del demonio; y ya mudaban una, ya otra, trayendo el corazón con fervor, sin dejarlo caer; y con esto andaban siempre fuertes, y no hallaba el diablo por dónde les entrar. Y este es muy mejor modo para pelear que no otro, aunque no consientan en los pensamientos: porque a bien librar, aflacan la fe, entibian el amor, y hacen perder el tiempo mirando: «Esto y esto me trae, y esto viene de aquí, y estotro de allí.» Porque aunque esto no sea consentir, es andar el ánima angustiada, y ocupada solamente en defenderse de los golpes que le dan; mas de la manera que he dicho, anda más guardada, y los enemigos más lejos, y con un fuerte vigor, que pone espanto a los demonios. Y así decían los Padres, que era imposible tener los pensamientos quedos, sin estar el cuerpo ocupado en alguna cosa, y no poder llegar uno a la perfección si por aquí no pasaba.

He dicho esto porque creo que grande alivio sería para vuestra merced no estar siempre a las manos con sus enemigos, sino hurtarles el cuerpo: como cuando uno anda por hablar al otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le da lugar. Bien sé que, aunque todo se haga, que ha de haber combates, y lanzarse los pensamientos del demonio; sino digo esto para que no tuviese tanto poder, y no diese con ella en el suelo, cargándola de amarguras y flaqueza de corazón.

El Señor que la llamó y la ha guardado, la tenga siempre de su mano, y la haga muy agradable siempre en sus ojos, como yo se lo suplico y deseo. Amén.

128.—A LA MISMA SEÑORA.

Que las enfermedades son aguas y afeites con que se hermosea el ánima; y se han de sufrir a ejemplo de Cristo, que por hermosear las nuestras con su sangre, la derramó con ferviente amor.

Priesa, señora, priesa, que es tarde, y hemos andado poco, y queda mucho por andar para llegar al lugar de la eterna holganza. Dicen que está bien cargada de enfermedades; sea en buena hora, que así estará hermosa delante los ojos de Dios, como esposa

ataviada con preciosas joyas. Y aunque sean costosas, todavía se han de amar. Que por mucho que a vuestra merced cueste el estar hermosa y agradable a los ojos de Dios, más le costó a Él, pues a poder de tormentos pagó nuestros pecados que nos afeaban, y con el lavatorio de su preciosísima sangre nos emblanqueció más que la nieve. Y no es razón que, trabajando Él tanto por nos, le dejemos solo en su cruz, sino que con mucho amor y alegría le acompañemos, no sólo mirando lo que padece, mas padeciendo juntamente con Él. Porque no sé cómo se compadezca su amor viéndole pasar tanto, y no querer tomar parte de sus penas, pues Él tomó las nuestras con tan excesivo amor. Y pues que el descansar era suyo, y el padecer nuestro, derecho tenemos para le pedir penas, pues le pedimos lo que es nuestro. Sino que donde no hay amor no hay querer padecer; y donde poco amor, no se desea; y si algo viene, parécenos mucho; y luego pedimos que nos quiten de la cruz, como gente que tiene poca fuerza de amor.

Priesa, pues, señora a padecer, que hasta aquí regalo ha sido nuestra vida; y si otra cosa nos parece, es por nuestra tibieza, que con poco se contenta. Priesa a nos humillar, a nos despreciar, y querer ser por su amor despreciados, Que la cruz tres brazos tiene, y todos amables y deseables para los que aman al Señor, que en ella se puso; tormentos, desprecio y pobreza son. Y algunos no quieren ser abrazados con ninguno; otros no con todos; mas el amor verdadero por juntarse con quien ama, todos tres los quiere, y hace un *ramal de tres cuerdas,* que le ata con su Señor, *y difícilmente se rompe* (*Eccl.*, 4, 12).

Con tanto se ha de juntar amar al prójimo, pues nosotros fuimos la verdadera y pesada cruz que el Señor llevó, y nosotros le apretamos como viga de lagar, y le hicimos derramar su santísima sangre; y así hemos de amar y sufrir a los prójimos, y darnos por esclavos de ellos, mirando en aquel Señor que el Jueves Santo se arrodilló delante sus discípulos y les lavó los pies con agua, y el viernes siguiente lavó las ánimas con sangre de sus sacratísimas venas. No sea nadie suyo, alzándose consigo mismo, pues nos compró Cristo por precio muy justo, y nos mandó que por su amor amásemos con corazón, palabras y obras y verdadera paciencia a los prójimos, haciéndonos esclavos por amor, a semejanza de Cristo, que se hizo nuestro hasta morir por nosotros con amor.

Esta es, señora, la prisa que nos hemos de dar para que el Señor nos halle aparejados para las bodas eternas, y nos haga compañeros de su gloria, que tiene aparejada para los que aquí le aman, y por su amor cumplen sus palabras, y llevan cruz, y sirven a prójimos por Él.

Yo he predicado unos días; ya he caído. Debe ser, como no soy para hacer penitencia, ni llevar cruz tomándola yo, échala el Señor y pónemela de su mano. Ruéguele vuestra merced, ya que no soy para tomarla, sea con su gracia para llevarla, como es digna cruz de tal mano dada. Y el mismo Señor crucificado sea amor único de vuestra merced para siempre.

129.—A una señora.

Que el cáliz del Señor es dulce considerando que Dios lo envía; y que al verdadero amador no hay cosa amarga, sino es ser Dios ofendido.

¿Qué hace V. S. de callar? Si es de muy ocupada con nuestro Señor, callaré yo. Si de muy triste, quejarme he yo, porque el cáliz que el Señor envía con amor, se recibe con desagradecimiento y desamor. No es razón, señora, no es razón que entristezca cosa a la criatura, viniendo dispensada por la mano de su Criador. Porque nos ha de ser cosa tan preciada el contentamiento de Él, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere. Porque si no, ¿dónde está el amor, si la voluntad no es una, en lo uno y en lo otro? A Dios gracias, que como por amor atribula a los suyos, por amor les da consuelos. Porque la pena que sienten, es en ver a quien aman ser ofendido o poco servido, doliéndose de culpas ajenas como si fueran suyas; y su consuelo en las penas, es ver que Dios las envía y se sirve que ellos las pasen. Todo es poco y muy poco, sino el contentamiento del Señor de todo.

No plega a su Majestad *que tal mancha demos en nuestra honra* (*Eccli.*, 33, 24), que a otra parte miremos que a Él. Sople el viento de nuestra inconstancia de donde soplare, perseveremos en mirar a Dios, que *Él sacará nuestros pies del lazo* (*Ps.*, 24), y después de los vientos contrarios, *vendrá a nos sobre la mar, y entrando en nuestra nao hará bonanza* (*Mt.*, 14). No viene esto todas veces tan presto como que-

rriamos, porque *a la cuarta vigilia de la noche* vino el Señor a sus discípulos. Mas bástenos esperar que ha de venir a remediarnos, aunque no sepamos el cuándo; y si se tarda, quiere probar nuestra fiucia, y quiere probar nuestra paciencia, y dar ocasión a nuestro amor en que se ejercite. Porque cuando es verdadero, más crece con el soplo de la tribulación; y trabajando por no ser desleal, hácese mucho más leal, por cumplir lo que está escrito (*Prov.*, 17): *En todo tiempo ama el que es amigo.*

A nuestro Señor plega fortalecer a V. S. con la fuerza de su santo amor, para que ni aguas ni vientos lo apaguen; mas como viva llama queme todo lo que le contradijere, y con los vientos crezca más, a gloria del que la ama, y se le tiene guardado por galardón en el cielo.

130.—A UNA SEÑORA.

Que Dios envía con igual amor lo próspero y adverso; y que en la adversidad se ha de echar el áncora en las manos de Dios.

1. A Dios gracias por todo lo próspero y adverso, pues todo lo envía Él, y con amor de aquellos a quien lo envía. No hay cosa desabrida en el gusto del amador de Dios, pues halla la semejanza de su corazón. En lo que le envía Dios halla su amor amor, y con esto se satisface, sin tener cuenta qué color o sabor tiene *el ramo,* pues ve que *la raíz* es tan de estimar. Y pues vuestra señoría quiere tratar con nuestro Señor, o, por mejor decir, Dios quiso que tratase con Él, no le parezcan mal las leyes de esta amistad, pues el Amigo es rectísimo y sin maldad, y todas sus carreras son *igualdad, peso* y *medida.* No le parezca a vuestra señoría fuera de ley de amor darle un tiempo gusto de la miel, y en otro de hiel; porque, entre estas mudanzas en los efectos, uno es el corazón de su Amado, que por una vía y por otra procura el bien de ella. Y cuando le parece que no le envía bien, hácelo Él por no enviárselo pequeño. Pequeño es el amor que no padece algo por el amado; y sin amor no hay bien, y el amor sólo es el bien. Y por esto quiere Dios dar a sus amados su amor; y amor no para descansar, sino para trabajar, porque ricos en el amor trabajado, tenga el Señor ocasión de llevarlos adonde sean muy más ricos en amor, y muy lejos de traba-

jos; y amen y gocen, y no como acá, que aman y desean, aman y trabajan, y al mayor amor sucede mayor trabajo, o de pena de la ausencia del Amado, o de le ver ofendido, o de verse tan probado, que se siente flaco en la prueba, y quizá dudoso en si de Dios es amado.

2. La áncora que entre estas tempestades ha de tener a V. S. en pie y firme, será una libre y verdadera renunciación de sí toda, y de todas sus cosas en las manos de su amantísimo Padre, con la cual quede desapropiada de todo, y el Señor Señor de ello, sin más osar entremeterse ella en lo que de ello ha de querer Él hacer. Sea en mudanzas que al ánima acaecen, sea en trabajos del cuerpo, haga ella lo que siente que Dios le manda, con cristiano cuidado y diligente prudencia, y tenga confianza que el suceso será muy bienaventurado, como guiado de mano de Padre sapientísimo, poderosísimo y amorosísimo, cuyo intento es pedir que le pongan los negocios en las manos, no para olvidarlos, sino para que no lo echemos a perder con nuestra necedad, o no los podamos acabar con nuestra flaqueza, o no busquemos nuestro mal a sabiendas. ¡Oh dicha tan grande, querer Dios, y pedirlo Él encargarse de nuestros negocios, y que estemos ciertos, que pues con ellos se convida, es así como dice, pues es muy lejos de su verdad el engañar a nadie! Y ya que no se quisiera encargar, dijéralo claro. Mas su bondad le mueve a que lo haga, y su amor a que lo diga, y a nosotros nos asegura su grande verdad, por lo cual dijo (*Ps.*, 88): *Lo que sale de mis labios, no lo dejaré salir en vano.* Y pues la ley de los que se aman es que se ayuden en los cuidados, esté V. S. descuidada con el cuidado de Dios. Y cuando la tristeza o tempestad le combatiere para que torne a tomar lo que había renunciado, diga lo que San Pablo decía (2 *Cor.*, 1): *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardarme lo que deposité para aquel día. Poderoso* le llama, y *amoroso* lo cree y *verdadero.* Ser poderoso, de su ser le viene, y ser bueno y leal y verdadero; y por esto es causa de nuestra esperanza, y de nuestro descanso en el cuidado que de nos tiene.

3. Camine V. S. con su cruz en compañía de su Señor, y entienda que el amor que le han dado no es para holgar, sino para trabajar. Porque no quiere Dios que estén sus dones ociosos, y éste menos, porque es el mayor de todos, y de tal condición, que no puede

estar ocioso si vivo está. Su ser es hacer o padecer; y como vivo fuego que del cielo vino, está en movimiento continuo subiendo hacia allá. Y por dificultad de la empresa no se arrepienta de la haber comenzado, pues sabe que ella no se metió en ello; y quien desde el cielo se le dió a conocer, y tan lleno de amor, ese mismo dará fuerza para andar y acabar el camino. Vuestra señoría no estime en poco la merced; no se haya flojamente con ella, no se desmaye, si alguna vez faltare, que no es amigo este celestial Padre de ánimas desabridas que le turben el corazón que es aposento de Él. Bien conoce su alteza nuestra bajeza; y como David (*Ps.*, 102) dice, *nuestro figmento* (1); y se contenta mucho de nuestro humilde conocimiento, que confiese nuestra flaqueza con sosiego y confianza de perdón mirando a Él. Porque así como le hace injuria quien no conoce sus propias faltas, así también quien conocidas no se consuela con la bondad de tal Padre. Y de esta manera será su camino seguro, y el Señor le dará luz en las tinieblas. Si ella la espera sin desbaratarse de lo comenzado, poco a poco la irá enseñando y doctrinando de cosas que ella no sabe.

131.—A una señora.

Que en la tierra donde Dios fué aheleado hay que beber hiel para llegar adonde hay toda dulcedumbre.

Bien va así, ilustrísima señora, bien va así. Más vale hiel que miel, en la tierra donde Dios fué aheleado. Así van a la tierra que mana leche y miel, donde Dios será visto faz a faz, y *no habrá gemido ni dolor,* porque el Señor omnipotente *enjugará las lágrimas* (*Apoc.*, 21, 4) que acá hizo llorar; y como supo acá entristecer, nos sabrá allá alegrar. Pase vuestra señoría con esfuerzo su carrera, no como quien corre de burla, sino, los ojos puestos en la joya, enamorada de la hermosura de ella, diga que *no son dignas las pasiones de esta vida para la gloria que se descubrirá en nosotros* (*Rom.*, 8, 18). Y pues ya está avisada que conviene morir a todas las cosas, no quiera ella vivir a lo que Dios quiere que muera, sino viva a Aquel que, por comprarle su vida y su amor, perdió Él la

(1) *Figmento:* nuestra compostura o hechura de barro.

suya por amor. ¿Qué hay que pensar en esto? Dios se dió por ella, y se ha dado a ella, ¿quedarse ha ella consigo misma, alzándose con su corazón, y hurtando su amor a quien tan justo se le debe? San Pablo (2 *Cor.*, 5) dice que *para esto murió Jesucristo, para ser Señor de vivos y muertos, para que los que viven no vivan para sí mismos, sino para Aquel que por ellos murió.* Y pues el título de nuestra compra es tan justo, seamos por amor de Aquel que nos compró, y no, cierto, para matarnos ni maltratarnos, sino para hacernos participantes de Él.

¿Dónde mejor podremos estar, que en Él? ¿Cúyos mejor podremos ser, que de Él? Él es la bondad y todos los bienes. Y si de otro somos, ni aun mantenernos podremos, cuanto más ser bienaventurados; mas quien de Él fuere, alégrese, que escrito está (*Ps.*, 32): *Bienaventurada la gente de la cual el Señor es su Dios, y el pueblo que escogió para heredad suya.* Mire vuestra señoría quién tendrá mejor labrada la heredad, Dios o la criatura. Y aunque Él dé golpes, y meta la reja del arado, y rompa la tierra, tierra es, y para que acuda con mucho fruto lo hace; porque si le perdonan el hierro, quitarle han la bienaventuranza de la fertilidad. Vuestra señoría tenga los ojos en el Señor, esté colgada de su contentamiento, y pues en tan buenas manos está, descanse el corazón de ella; que el ánima que en Dios ha puesto su fe y amor, entre los peligros tiene su paz. Él sea esfuerzo de V. I. S. y todo su amor.

132.—A UNA SEÑORA

En Semana Santa. Esfuérzala a padecer trabajos por amor de Jesucristo; que no ponga tasa en padecer, porque es ponerla en el amor. Alaba sus comuniones.

Dios dé a vuestra merced muy buena Semana Santa; quiero decir, muy gran sentimiento del vivo amor que nuestro Cordero Jesús tuvo en ella, y de los puros dolores que le acompañaron hasta que su ánima del cuerpo salió. Muchos fueron, más que la mar; mas muy más fué lo que amó, que lo que padeció: y si fuera menester padecer más, nunca se cansara, porque no tiene tasa su amor.

¿Entiende, señora? No se contente con lo que pa-

dece, aunque sea mucho; porque si en el padecer ponemos tasa, en aquel punto la ponemos en el amor; y en éste no es razón que la haya, pues la tasa de él es amar sin tasa. Ame, señora, a nuestro Señor, y salten centellas vivas de su amor, que son fervientes deseos de padecer por Él: que la Esposa dice (*Cant.*, 7): *Salgámonos al campo, mi Amado, y veamos si nuestra viña ha florecido, y si las flores se han tornado en frutos, y si han florecido las granadas.* El *salir al campo* es un desembarazar el pensamiento, y una libertad que Dios da, con que el ánima no es ocupada ni impedida por cosa de acá. Y allí se para a mirar qué *deseos buenos* tiene, y si de ellos salen *buenas obras,* porque no sean deseos vanos. Y aunque tenga deseos y obras, no se contenta si no *han florecido las granadas,* que, quiere decir, si tiene deseos de derramar la sangre por Jesucristo; porque aquello es darle verdaderamente el amor, pues *ninguno lo tiene mayor, que dar su vida por quien ama* (*Jn.*, 15). Y aunque demos la vida por Cristo, aun es poco: debemos desear tener muchas, para darlas todas por Él, pues una sola que Él por nos dió, vale más que todas las de los hombres y ángeles.

Por tanto, señora, pues nuestra vida es poca, esforcémonos a dársela a nuestro Señor. Y como el amador de sí mismo tiene todo su deseo y pensamiento en «cómo descansare y huiré del padecer», sea el nuestro «cómo más padeceré por nuestro Señor». Y no nos contentemos con padecer lo que Él nos envía, sino salgámosle al camino, deseándolo primero que venga. Que si nosotros hubiésemos hambre de cruz, el Señor nos daría mucho de ella; porque escrito está (*Prov.*, 10): *Que no afligirá Dios con hambre el ánima del justo.* Mas como luego nos hartamos y damos arcadas, no nos da sino poquito, porque no lo vomitemos todo, hasta que se nos va ensanchando poco a poco el estómago, y nos va sabiendo el padecer dulce; y entonces está nuestra ánima sana, pues le sabe bien su manjar, que es el Crucificado.

Y mucho huelgo de las comuniones de vuestra merced; porque para llevar cruz, menester es recibir al que la llevó en sus hombros, pues Él es el que la lleva en nosotros; y así lo haga vuestra merced, aunque el demonio no quiera.

Y mire bien no se haga escrupulosa a cabo de rato con las confesiones; que son artes de nuestro enemigo para quitarle la paz. Bien confesada está, y a lo

que podemos conjeturar, también perdonada; entienda más en amar que en temblar, y en confiar que en escrupulear; que esto es lo que el Señor más quiere de ella.

133.—A UNA SEÑORA.

Que la miseria del hombre es tan grande, que muestra Dios su grandeza en remediarla.

1. Recibí la carta de V. S., y anteayer escribí a V. S.; mas todavía había que responder, a esta presente, respuesta de hacimiento de gracias a la fuente abundantísima de ellas, y respuesta de reprensión a nuestra maldad, que a tanta bondad no se deja, no la ama, no la sirve, no la conoce como debe. ¿Qué le parece a V. S. quién es Dios? ¿Qué le parece quién es la criatura? ¿Ha visto cosa tan buena? ¿Ha visto cosa tan mala? No veo para qué somos buenos, sino para que más se demuestre quién es Dios, amando y librando a unos tales; y a Él gracias, que le servimos de algo, siendo ocasión que su gloria aparezca más clara en la obscuridad de nuestras tinieblas. Si el Altísimo toma por su honra hacer mercedes a unos tales, ¿quién le irá a la mano? ¿Quién desmayará por sus faltas, si el Señor quiere *enseñar sus riquezas en los vasos miserables para gloria de su misericordia?* (*Rom.*, 9, 23). Alabada sea tal bondad, de donde tales obras proceden.

2. ¡Qué razón es que deseemos ver corazón del cual tales frutos proceden! ¿Qué le parece a V. S. que será la admiración y el amor y el gozo que, cuando a este inmenso mar de bondad veamos, tendremos, si parece que no cabe en nosotros cuando una centella de sus obras nos enseña acá? Si sus manos son tan hermosas, ¿qué tal será su faz, sino la misma hermosura infinita, que saque los corazones de sí mismos y los ponga en Sí mismo, transformándolos en Él, y más contentos con ser de Él, que con ser suyos propios, y nadando de gozo en las mismas entrañas de Él, hechos un espíritu con Él, tan unidos como está un hierro metido en una fragua con el fuego, poseído de él, y tan lleno de él que parece ser fuego? ¡Ya viniese aquel día, cuando tuviésemos presente la hermosura del todo Hermoso, para que viéndolo delante los ojos, no se nos fuesen a otra parte, pues tan mal empleados fuera de Él son!

3. Entretanto, señora, trabajemos de alzarlos a Él; que según su palabra que en David dice (*Ps.*, 24): *Mis ojos siempre al Señor, porque Él sacará mis pies del lazo.* Y otro remedio igual no lo hay, que en el tiempo de la necesidad acorrerse luego el niño al Padre; y Él es tal, que luego lo recibe en sus brazos, aunque el mismo niño no lo entienda. Y es tanta su largueza, que, de mucha, no puede la humana miseria creer con sus fuerzas que es esto verdad; porque nunca su corazón llegó a aquel quilate de bondad ni lo vió en otro. Y como unos flacos ojos, que mirando al sol, no tienen fuerza para ver tanta luz, así acaece a nuestra flaca vista con las obras de Dios. Mas la fe ensancha el corazón a creer que, aquello que nos parece tan sobre nuestro juicio, aquello tan sobre todo merecimiento y medida, aquello es Dios, y propio rastro y señal de Él; y cada vez que le falta el esfuerzo para comprender esto, adora aquello que así sobrepuja a todo su juicio, y poco a poco va oliendo y rastreando a Dios, conociéndole ser Él por el rastro de ser la cosa muy maravillosa. Y pues esto es lo que el Señor de V. S. quiere, déselo ya, y darle ha descanso, pues desea la salud de ella; y *la voluntad de Él es la santificación de ella* (1 *Tes.*, 4, 3). Y cuando fiucia le faltare, aprovéchese de la misericordia; pues ha días que le dije, que entre otras señales de ser amada de Dios, tomase ésta por una, decírselo yo.

Y hace muy mal en pasar liviano por sus mercedes; porque aquello es de ánima floja y no avivada, que no tiene peso para pesar cada cosa en lo que es. Y verse ha esto ser así cuando la luz del Señor viene, que hace conocer y estimar en lo que es razón lo que El hace por nosotros; y sabe muy bien reprender la pesadumbre de nuestra confianza, y la pereza de nuestra tibieza, que con tales prendas aun no se fía, y con tales espuelas no anda ligero. Y de esta manera misma respondiera aquel Padre a V. S. si se le diera relación clara de la enfermedad, la cual nuestro Señor curará en su tiempo, pues ha tomado a su cargo ser médico de su ánima, para que mucho resplandezca su gloria, cuando de tan enferma la parare muy sana; y diciéndole ella (*Jer.*, 17, 14): *Sáname, Señor, y seré sana; sálvame, y será salva; porque la honra mía Tú eres,* le responda Él (*Ps.*, 34): *Yo soy tu salud,* tu bien y tu paz; quien te ha dado cuanto bien tienes, librado de muchos males; quien

te amó antes que fueses, y te hará bienaventurada con tenerme a Mí, a toda tu voluntad, y sin temor de perderme. Esto esperemos que hará *el que es poderoso, y cuyo nombre es santo* (*Lc.*, 1, 49), inmenso en misericordias, y potentísimo para cumplirlas.

134.—A una señora en Navidad.

Que Jesucristo, encubriendo su fortaleza y mostrando flaqueza, nos descubrió su inmenso amor: y que nació Niño para hacernos niños en su confianza.

San Pablo *se hizo todo a todos para ganar a todos* (1 *Cor.*, 9, 19-22); y si él lo hizo, por virtud de Cristo lo hizo; que él así lo confiesa, que *moraba y obraba en él Cristo* (*Gal.*, 2, 20). Y pues el siervo esto hizo, y con espíritu del Señor, el Señor ¿cuánto más lo hizo y hará? ¿No ve vuestra señoría cuán propio viene a hacer para conformarse con los pequeños? ¿No ve cuán chiquito, cuán niño, cuán sin dar muestra sino de que hace frío, y que Él es delicado? Escondida está la grandeza, y manifiéstase la flaqueza, y ¡cuán a su costa! Y pasa cochura por hermosura, pues mientras mas descubre lo flaco, más descubre lo hermoso. ¿Qué cosa hay más flaca, que llorar, y después morir, y en un palo de malhechores? Mas ¿qué cosa más hermosa, que amar Dios a sus criaturas hasta hacerse niño pobre, y crucificado por ellas? *Aparece la humanidad y benignidad* (*Tit.*, 3, 2), porque apareció la flaqueza, y se escondió la fortaleza y grandeza; y cuanto parece descrecer en lo grande, parece crecer en lo bueno y amoroso. Y digo «parece», pues en Él no hay crecer ni menguar, sino para nuestra consideración.

Y pues tan chico y tan grande está, tan sin rigor de grande y tan acompañado de blandura de Niño, no sé qué se hace vuestra señoría, por qué no *pasa* de sí *a Belén a ver este Verbo de Dios hecho Niño* (*Lc.*, 2, 15), pues ve cuán propio está para ella, que siempre, desde que de Él es, le ha sido niña ella a Él, y Él padre y ayo, que de la mano la ha traído, y por ella ha hablado y ha obrado lo que ella ni sabía, ni podía, ni quería. Mire bien en el pesebre, y verse ha a sí misma, y verle ha hecho ella para ganar a ella; para que pues ella es tan sin saber, fuerza y virtud como niña, sea del todo niña en la malicia y en todo mal,

¿Por qué será grande en la malicia, y niña en la bondad, habiendo de ser, como dice San Pablo (1 *Cor.*, 14), *niños en la malicia y grandes en el sentir?* ¿No ve cuán arrimado está un niño a «su padre», cuán asegurado de él, cuán colgado de él, cuán esforzado con él? Que su único refugio, en todo lo que le viene, «su padre» es, con corazón y con boca; y ni por pensamiento le pasan malicias, de desconfianzas con «su padre», ni otra cosa más de «mi padre». Bastarnos debería, señora, esta palabra «mi padre», si nosotros fuésemos niños e hijos. No más que «mi padre», señora, no más, no más: todo lo otro es mi enemigo, mi perdición, mi flaqueza, mi engaño. No haya «yo» en arrimo, no «yo» en amor, no «yo» en nada, sino «mi padre» en todo y en mí.

Y entonces entenderá V. S. cuánta parte de sí ha sido ella, y cuánto ha tomado para sí, y quitado a Dios. Y cuanto le ha quitado, tanto ha perdido; porque no hay salud ni bienandanza, sino en Dios. Cuanto ha tomado de sí, ha perdido de Dios; y por eso restitúyale lo que le ha tomado, y restituírsele ha Dios. Sea niña pequeña, para que le diga su Señor (*Cant.*, 8, 8): *Nuestra hermana es pequeñuela, ¿qué le haremos para el día que le han de hablar?* Toma Dios a su cargo a los pequeños, para los guardar *en el día que los hablan* las tribulaciones, y en el día *que les habla* Él, o de parte de Él. Y si flaquezas hay en estos tiempos, es por no ser el hombre niño, y tener tan gran ceguedad, que siendo pequeño, se tenga por grande y por algo. Flaqueza es ser flaco, mas insufrible cosa es no tenerse por tal. Esta luz pida vuestra señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida a su bienhechor, y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar a Dios su honra, y de levantar ídolo contra Él; mas en verdadera niñez se dé a Él. Y lo que no fuere niñez de Jesús, y ayudándola Él con su gracia. Y no niñez de Jesús, y ayudándola Él con su gracia. Y no haya miedo a trabajos, que es vergüenza, con tal Padre.

Y holguéme mucho de que desee estar tan firme en la verdad del propio conocimiento.

135.—A UNA SEÑORA.

Que no ha de escoger el hombre la cruz, sino llevar la que Dios le diere.

Si las penas nos viniesen las que nosotros queremos, no serían penas, y seríamos privados de la compañía de la cruz de nuestro Redentor, que es el mayor mal que nos podría venir. Hanos de venir lo que más desabrido nos es, porque así ha de ser curada nuestra voluntad, hasta que ninguna cosa nos venga que nos sea desabrida; y entonces seremos siervos de Jesucristo, que dijo (*Lc.*, 22): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha.* Y pues Él, por su gran misericordia, tiene cuidado de enviar a vuestra merced la salud de su ánima, no la reciba como herida que llaga, mas como medicina que sana. Haga gracias a su Salvador, y cíñase con fortaleza a pasar cosas mayores; que aun no nos ha venido lo que a verdaderos siervos del Crucificado suele venir, ni lo que nosotros debemos de desear. Todo lo que de fuera nos viene, hemos de pensar que lo envía Dios desde lo alto con misericordia, y pensar de dentro que merecemos muy mucho más, y no huir nuestro purgatorio, por mucho que duela. Cuando Dios ordenare que vuestra merced comience a padecer de verdad, y le enviare lo que ella más huye de padecer, entonces confíe que es amada de Él, y tenga esperanza de ver con alegría la faz del Señor. No es palabras el camino de Dios, y por eso no se desmaye en las pruebas; mas esfuércese en Dios que le envía la guerra para la coronar con victoria; y recójase a Él en la larga oración, hasta sudar gotas de sangre si es menester, poniendo delante sus ojos al dechado de nuestra vida, Jesucristo nuestro Señor, que oró tres veces, y con tanto trabajo, sin ser luego oído, hasta que *corrió la sangre y regaba la tierra* (*Lc.*, 22, 24).

Sujétese del todo a la voluntad del Señor, y tórnese como un poco de lodo, y diga al Señor: *Yo soy lodo, y tú, Señor, el ollero; haz de mí a toda tu voluntad* (*Rom.*, 9, 21). No la halle Dios vestida, mas del todo desnuda de la propia voluntad; porque por pequeña cosa que tenga sin estar mortificada, le dará no pequeña pena y desasosiego. De Cristo es por justísima compra; no le pese de serlo, ni huya del tratamiento de Él; mas de todo corazón le pida que la

lleve para Sí por donde Él sabe y quiere, y no por donde ella quiere, aunque sea con tener extrema deshonra delante los ojos de todo el mundo. Mire que dé buena cuenta de esta lección que el Señor la ha enviado; porque si no, otro día no le enviará lo que a ella cumple, sino lo que ella quiere, y será por su mal. Cobre en Dios esperanza, y pelee varonilmente; que de esto y de más es digna el amistad de nuestro Señor, y no se puede gloriar de amador quien no pasa mucho por el amado. Esfuerce Dios a vuestra merced, tanto que baste ella [a] esforzar a los flacos y consolar a los tristes y déle perfecta obediencia a su santa voluntad, y perfecta fe en su bondad. Amén.

136 — A un Sacerdote.

Que procure juntar la oración con la acción: fortaleza en el ministerio sagrado. Consejos para la dirección espiritual.

1. Esfuerce Cristo a vuestra merced para que no falte al servicio de Él, pues todo nuestro bien en serle leales está.

Trabajo es mirar uno por sí solo, y más que doblado por sí y por otros; y pocos hay que sepan cumplir con estas dos partes, que no defrauden a alguna, según cada uno se aficiona más o menos. Parece tan dura cosa a quien se mira, entender en lo que al prójimo toca, que del todo se le quita la gana, viendo sus necesidades presentes, a las cuales le parece ser más y primero obligado. Y hay otros que viendo algún provecho que hacen en los otros, se olvidan de sí; y éstos corren mayor peligro. Lo que yo de vuestra merced deseo es, que así como nuestro soberano Maestro la noche de su Pasión se levantaba de orar, e iba a visitar sus discípulos, y de ellos tornaba a la oración, mezclando la una vida con la otra, así vuestra merced lo haga, no descuidándose de lo uno por lo otro. Y bien veo cuán pesada es esa carga que a cuestas tiene; y cuán templado y armado conviene andar para que a ellos aproveche, y así no se dañe; mas la dificultad de la obra no ha de ponernos desesperación, mas mayor cuidado y vigilancia, como para cosa que más lo ha menester.

2. Grande es la flaqueza que en nuestros días se usa, donde apenas hay hombre de los que dicen que

sirven a Dios, que ponga hombros a cosas dificultosas. Todo lo queremos a nuestro sabor, y que lo que decimos sea luego tomado; y siendo nosotros en muchas cosas flaquísimos, espantámonos mucho de flaquezas ajenas; blandos en las nuestras, airados en las ajenas, habiendo de ser al contrario la paciencia en las ajenas y el celo ferviente contra nosotros. Sudores de muerte se han de pasar algunas veces en los negocios de Dios; y su siervo ha de estar como insensible, sufriendo y llamando al Señor. Longánimo y magnánimo le conviene ser al que en Dios espera y contra el demonio pelea; porque los otros, o se tornan del camino, o andan tan flojos y con tantas caídas que es como si no anduviesen. Pase vuestra merced con su cruz, e invoque al crucificado, que por las ánimas murió; y crea que no las tiene olvidadas, por mucho que las deje padecer; mas quiere Él que nos cuesten algo a nosotros, por hacernos merced de tomarnos por ayudadores en obra tan alta, y galardonarnos como el Padre hizo a Él. Suya es la obra; ministros suyos somos nosotros, y quiere experimentar nuestra fe y caridad y paciencia, con que no veamos luego el provecho que deseamos, y así hácenos merced, y no poca, aun cuando parece que no nos oye.

3. Lo que vuestra merced debe a esa gente desconsolada decir, es que tomen los diez mandamientos de Dios, y los cinco de la Iglesia, y los guarden, y con éstos se salvarán. Y si más quisieren hacer, sea en buen hora, con que no piensen que si les sucede faltar, que por eso están perdidas; que casi todo el mal les viene de ser deseosas de devoción y sentimientos, y en esto piensan que está su salvación. Y si tanto hincapié hiciesen en la guarda de los mandamientos de Dios como en esotras cosas, mejor les iría, porque saldrían con ello y tendrían paz. Déselos vuestra merced por escrito, y dígales que piensen en aquello, e irles ha bien. Y si orar quieren, háganlo, con condición que piensen que van a obedecer a Dios que manda orar, aunque no saquen consuelo ninguno. Lean y recen sus oraciones vocales, pensando en aquello que rezan o en aquello a que rezan, y tengan ojo a la guarda de los mandamientos, y aprendan a tener en merced a Dios que les dé gracia para los cumplir; y si alguna vez resbalaren, vayan al remedio del *corazón contrito y humillado*, y crean que *la sangre de Jesucristo limpia nuestros pecados*; y confesando, estén sosegadas. No quieran llevar esto

por fuerza, pues la santidad es dádiva de Dios. Hagan como muchas personas buenas, que se contentan con guardar la Ley del Señor con una sana voluntad, sin suspirar a devociones; cuando el Señor otra cosa quiera, Él despertara.

Vuestra merced me encomiende a Dios, que yo así lo hago por vuestra merced.

137.—A UN AMIGO.

Cómo se han de pasar los últimos años de la vida.

Pídeme vuestra merced que le avise de algunas cosas que le sean provechosas a su salvación; petición por cierto justa, y digna de ser concedida, si hubiese en mí facultad como hay voluntad.

Señor mío, cuando un hombre comienza a usar de razón había de comenzar a ordenar su vida para el día de su muerte, de tal manera, que su vida fuese un cuidado de cómo estaría aparejado para que la corona de gloria asentase bien sobre su cabeza. Mas ya que en esto haya descuido, débese llorar y enmendar; y cuando viene ya la edad más madura y anunciadora de la muerte, debemos con nuevos alientos esforzarnos a remediar nuestras flaquezas pasadas, y de todo corazón entender en el aparejo para nuestra muerte; el cual, no sólo es no deber nada a nadie, no estar en pecado mortal, mas con *frutos dignos de penitencia* (*Lc.*, 3, 8) deshacer los males pasados, para que pesados en balanza justa nuestros males y bienes, y siendo de nuestra parte la misericordia de Dios, pese tanto nuestro cuidado en el servicio de Dios, como algún día pesó el cuidado del mundo.

Conviene ser limosneros, caritativos, devotos, pacientes, y humildes, para recompensar lo que de esto en otros tiempos nos faltó; y andar con un santo fervor, como abeja que hace miel, buscando cómo más y más nos llegaremos a Dios con el corazón, pues en la edad ya estamos más cerca de ser presentados delante de Él. Porque de otra manera ¿qué responderemos a nuestro soberano Juez, si fuéremos descuidados en lo postrero de la vida, lo cual Él por grande merced nos concedió para enmienda de la pasada y aparejo para ganar la eterna?

Por tanto, señor, afloje en los cuidados temporales para estar vigilante a lo que más importa. Salga

con su corazón del mundo antes que lo saque Dios en el cuerpo. Guarde gran reposo en su ánima, aunque pasen carretas por él; y como hombre que va corriendo una posta en que la vida le va, que no vuelve aun la cabeza a otras cosas, así haga él a lo de acá. Diga en su corazón: A la muerte me llevan, ¿qué se me da a mí de lo de acá? A Dios voy, no quiero enlazarme en otras cosas; porque si aun trabajándolo así, muchas veces me veo ocupado y detenido, ¿qué será si no lo trabajo? Piense, señor, que comienza ahora a servir al Señor; y acuérdese de los propósitos que algún tiempo tuvo, y pídalos al Señor, y empléese ahora en ellos, pues está más experimentado que antes para mejor los guardar.

Su vida está en llegar su ánima a Dios; y para esto ha de trabajar por tener su corazón desasido de lo de acá; y mirando esto como cosa que mañana dejará, entender en su lección, oración, confesión y comunión, y pensar que no vive acá sino para hacer algo por Dios y para sufrir cosas que no quiera. Conviénele ser muy blando en lo uno, dando el corazón a Dios y haciendo lo que pudiere por sus prójimos; y ser duro como piedra en sufrir lo que Dios le enviare; que ni aprovecha bien obrar sin llevar cruz, ni trabajos sin buena vida. Y si esto parece recio, miremos a nuestro Señor y Maestro cuán lleno de entrambas cosas fué; y tales quiere que sean, en su modo, sus servidores. Que, pues Él pidió a su Padre, y lo alcanzó, que *donde Él ahora está, allá estén sus servidores* (*Jn.*, 12, 26; 17, 24), razón es que no huyamos en el destierro de estar con Él donde Él estuvo, pues deseamos estar adonde ahora está. Y aunque esto sea muy penoso, aquello es más sabroso, pues es más gozar de Dios que el padecer acá por Él. Y siendo avisados que *si juntamente padecemos, hemos de reinar juntamente* (2 *Tim.*, 2, 12), no seamos incrédulos a estas promesas, ni perezosos en las ganar, porque tras este breve trabajo, gocemos de aquel descanso sin fin.

Esta haya por suya la señora su mujer, y juntos se ayuden y esfuercen a ser compañeros en el provecho espiritual, para que se vean entrambos en el cielo con Dios, pues acá los juntó en la tierra.

138.—A UN SU AMIGO ESTUDIANTE.

Dícele cuán tirana es la tibieza, la cual hace injuria a Dios y despeña al ánima en abominables pecados.

1. Vino la carta de vuestra merced mezclada de nuevas de alegría y de pena. Lo primero, por decir que le iba mejor de las antiguas enfermedades; y lo segundo, por haberse habido tibiamente en los ejercicios de la virtud. Demos a nuestro piadoso Señor gracias por la salud; demosle quejas de nosotros por lo malo que hemos hecho.

¡Oh tibieza en el bien! Y si este nombre de tibieza fuese entendido de los que tan experimentado es, no tan de ligero nos dejaríamos vencer de él, porque temeríamos ser cautivos de un tirano tan cruel y tan cargoso; y tanto, que ninguna cosa hay que por Dios se haga ni se sufra, aunque sea la misma muerte, que sea pesada, si la tibieza está ausente; y una paja hace tanto peso al tibio, que lo derriba en el suelo, y le hace dejar lo comenzado, y aun arrepentirse de lo haber comenzado; y le hace entender ser amargo de sí lo que es más dulce que la misma miel. El estómago de los que por el desierto venían era el desabrido, que no el maná que Dios enviaba, que *contenía en sí todo deleite* (*Sap.*, 16, 20); y ellos eran tan ciegos, que no se quejaban de sí mismos, ni de los malos humores que tenían, sino del manjar, que de sí era sabrosísimo; y por esto pedían otros, con los cuales pensaban ser hartos y contentos. Diéronselos; mas costóles la vida (*Num.*, 11, 33). Para que entendamos, si mal nos saben las cosas de Dios, que no hemos de desear las contrarias, aunque nos parezcan deleitables, porque cierto, está en ellas la muerte; mas echar de nos el sinsabor que en nosotros está, y entonces con paladar sano tendremos verdadero y sabroso gusto en el manjar que Dios da a sus hijos.

2. Esto, señor, tenga por cierto si con pereza y tibieza negocia el negocio de Dios, que allende de ser desleal al Señor, que con tanto ardor de amor negoció nuestro negocio, tomando la cruz por nos con grande denuedo, sobrándole amor, y faltando qué padecer; mas aun vivirá una vida tan miserable, que de penada la haya de dejar. Porque como el tibio no

goza de placeres de mundo, por haberlos dejado con un poco de buen deseo, y como, por falta de diligencia, no goce de los de Dios, está como puesto entre dos contrarios, que cada uno le atormenta por su parte, padeciendo desconsuelos bravísimos, que le hacen, en fin, dejar el camino y con miserable consejo buscar *las cebollas de Egipto* (*Num.*, 11, 5) que ya dejó, porque no puede sufrir la aspereza del desierto. Ponga vuestra merced en una balanza los trabajos que se pueden pasar siendo uno diligente y viviendo en fervor, y los que pasa el tibio porque no quiere pasar éstos, y verá que son los de los tibios mil tanto mayores de los del que vive en fervor. Cosa es ésta maravillosa, que halla más deleite el que sirve al Señor con diligencia en el velar, orar, ayunar y en todo lo que se ofrece de trabajo, que el tibio en regalos, y en parlas y en todo lo demás. Riéndose está el tibio por defuera, y carcomiéndose de dentro; y llora el justo, y alegrase en el corazón.

Pues ¿por qué, por huir unos pocos de trabajos, caemos en otros mayores, y queremos más morir de hambre, que trabajar un poco para comer? ¿Por qué no entendemos que Dios es joya de nuestros trabajos, y que tal joya no se debe ganar bocezando (1) y durmiendo y mano sobre mano? Hayamos vergüenza de tener la lengua tan larga, diciendo que queremos a Dios, y la bolsa tan cerrada, no queriendo dar por Él un poco de diligencia. ¿Así se honra a Dios? ¿Así se estima? Que se quede sin Bien tan valeroso quien en tan poco le aprecia, ésa es la justicia, y así lo ha sentido el mismo Señor cuando nos manda *velar y estar aparejados, como siervos que esperan a su señor, para le abrir cuando llamare* (*Lc.*, 12, 36); y ha dicho que *quien no toma su cruz y le sigue, no es digno de Él* (*Lc.*, 14, 27). Pues llevar cruz, no es cosa de flojos, sino de amadores del Señor, que en ella se puso, e imitadores de su esfuerzo, y por eso compañeros de su victoria: que los otros hoy comienzan, y mañana [lo] dejan, y poco a poco vienen a del todo dejarlo, según el Señor lo ha amenazado, diciendo (*Apoc.*, 3, 16): *Porque eres tibio, vomitarte he;* que es dejar caer al hombre en mayores y más feos pecados. Y pues en este camino hay tantos ladrones para nos robar y matar, tantos lazos en que caer, tantos estorbos para pasar no conviene irse durmiendo quien

(1) *Bocezando:* bostezando.

en tanto peligro va. Y si alguna vez hemos visto aun peligrar los que parecía que iban cuidadosos y recatados, ¿qué esperamos los descuidados, sino a cada paso caer en manos de nuestros enemigos con miserable cautividad?

3. Seamos, señor diligentes, ahora sea por frialdad de temor, ahora por calor de amor, y no permitamos reinar sobre nos tibieza, que, como hiel, hace amargo al hombre el camino de Dios, y a Dios el servicio del hombre. Miremos cuánto debemos de lo pasado, miremos cuán llagados de presente, y cuán en peligro para lo por venir. Y pónganos espanto un infierno que está debajo de nos, y un cielo encima nos convide; y avergüéncenos que nos están mirando los ojos de nuestro Señor, para nos recibir por suyos, o reprobar por extraños. Ahora sea mirando lo que nos cumple, ahora sea por dar contento al Señor, desenvolvamos las manos, y comencemos a obrar con diligencia: porque, según dice la Escritura (*Prov.*, 6, 11): *Si fueres diligente, venirte ha tu mies abundante, así como fuente.* Y hallaremos ser verdad lo que Dios promete a los suyos, que es (*Jn.*, 4, 13), *una agua, que quien la bebe nunca más tiene sed.* Y si esto aquí da, allá ¿qué dará? Si en el tiempo de la guerra hay tal refresco, en las fiestas de la victoria ¿qué habrá? Hagámonos *fuerza;* que aquel reino así se ha de buscar (*Mt.*, 11, 12). Y tanto aprovecharemos en el camino de él y en el agradamiento de Dios cuanto a nos mismos nos negáremos, e hiciéremos fuerza a nuestras inclinaciones.

Paréceme que no se hable en estudio hasta haber a lo menos pasado un año de rozar las malas matas y raíces que en su ánima hay; y si fuere poco un año, gastará más. Por eso dése prisa, pues hasta estar medianamente este negocio hecho, no se ha de entender en otro ninguno.

139.—A UNA PERSONA ESCRUPULOSA.

Que no desmaye por las culpas ligeras: que piense menos en sí, y más en Dios que la ama.

Bien parece, hermana, que no sois para prueba, ni habéis salido de la niñez, pues en dejándose de reír el celestial Esposo con vos, luego ponéis sospecha que está con vos enojado. ¿Adónde están las particulares misericordias que de su mano bendita habéis recibido, en testimonio que particularmente os ama?

¿Así habéis de olvidar cuánto os ha regalado? ¿Y tan presto habéis de pensar que quita Dios su amor de quien una vez tan de verdad lo ha puesto? ¿Para qué os ha dado tantas prendas, sino para que le fiéis algo sobre ellas? Fiadle este crédito, que os ama, aunque ahora no os lo muestre. Y pensad que no seréis en ello engañada, pues que ya os he dicho otras veces que el amor que al Señor tenemos no ha de ser tal que nos derribe con demasiada tristeza, si en alguna culpa liviana caemos; que de esa manera, ¿quién de los hombres tendrá descanso ni paz, pues todos pecamos? Quiere el Señor que os arriméis a Él, y os gocéis en Él, y que pongáis vuestras llagas en las suyas, para que quedéis sana y consolada, por recias y sensibles que sean las vuestras.

¿Hasta cuándo habéis de andar escarbando tanto como escarbáis en vuestro muladar, que no sacareis sino cieno, y de mal olor? Acabad ya de creer que no por vos, sino por Jesús crucificado, habéis de ser sana y amada. Y no os desmayéis tanto por vuestras faltas, pues, por los frutos que de ello sacáis, podéis ver que no agradáis al Señor en ello. Mejor será tener un corazón varonil y esforzado, mirando el bien que por Jesucristo habéis recibido y tenéis. Y así lo mirad, que os doláis de vuestros pecados, y viváis con cuidado de no le ofender; mas no que perdáis vuestra paz y paciencia si os viéredes caída, pues os he dicho muchas veces que tal cual sois os ama el Señor.

Contentaos con ser amada por su Bondad, aunque por vos no merezcáis ser amada. Si una esposa parece muy hermosa a su esposo porque él la mira con ojos de mucho amor, ¿qué va en ello que ella no sea tan hermosa, pues lo es en los ojos de su esposo? Si a vos sola miráis, daros ha asco de vos, y desmayaréis viendo tanta miseria. Mas ¿qué os falta, pues tenéis en el cielo quien os ama, y a cuyos ojos parecéis bien, porque os mira por los agujeros de sus llagas que por vos padeció, por las cuales os dió su gracia, y suple vuestras faltas, y os sana y hermosea? Descansad, pues ya sois sierva del Crucificado, y olvidad las turbaciones pasadas como si pasado no hubieran; que de parte del mismo Señor os digo, como otras veces os he dicho, que Él lo quiere así. Corred de aquí adelante vuestra carrera con ligereza, como quien ha echado de sí una carga pesada que le impedía; que aunque luego no venga la

serenidad deseada, no os fatiguéis, que a las veces se camina más con tempestad que con buen tiempo, y se merece más con la guerra que con la paz. El que os redimió os regirá como os cumple para ser salva. Fiaos de Él, pues tantas razones tenéis para ello; y lo que escarbáis en vuestra miseria, escarbadlo en su misericordia, y sacaréis de ello más provecho que de lo primero. Esta os cobije con su dulcedumbre eterna. como yo lo deseo, y suplico y espero, pues para eso os llamó.

Encomendadme al mismo Señor por amor de Él.

140.—Para D. Antonio de Córdoba.

Que fué a estudiar a Salamanca, y le hicieron rector. Que en el negocio de servir a nuestro Señor no bastan deseos tibios sin obras. Muestra el daño que traen en los principiantes las ocupaciones que se pueden excusar.

La ida a esa Universidad sea enhorabuena y estada.

Ya vuestra merced sabe que en este negocio de servir a Cristo no bastan deseos tibios, si no se acompañan con obras verdaderas. y con sudores algunas veces que son como de sangre. Y temo yo mucho no espante a vuestra merced la dificultad del camino, y pierda lo dulce del meollo por amargarle mucho la cáscara. Breve es el puerto que hay que subir en el camino de Dios, y después de él probamos lo que está escrito: *Ducam te per semitas aequitatis; quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui* (*Prov.*, 4). Y entonces prueba el hombre que es *suave el yugo de Cristo,* pues Él da la mano a los que han sufrido las tentaciones por Él, y consuela a los llorosos, y medicina los corazones quebrantados. ¡Dichoso trabajo, aunque otro consuelo no hubiera, sino el que se alcanza por tener en pie la bandera de Dios, queriendo más sufrir los golpes pesados de la tentación, que gozar de mala paz, teniendo guerra con Dios!

Humíllese mucho vuestra merced a nuestro Señor: gima, delante los ojos de su misericordia, su propia miseria; que no hay camino para que bien nos vaya, si no es el favor del cielo; y no hay camino para que éste venga, sino el conocimiento *profundo* de nuestra desventura, *dando voces de aquellas honduras al Señor* (*Ps.*, 129) que mora en lo alto, y no desecha

a los que están apesgados con la carga de sus miserias, *y sumidos,* como dice Jeremías (38), *en el lago, y una piedra sobre ellos.*

Y bien me parece la conversación que quiere tomar con esos Padres de la Compañía de Jesús; porque el bien que ahora sienten en esa ciudad de ellos, ha muchos días que yo lo siento. Solamente mire vuestra merced no sea en balde el buen ejemplo que viere (1). Y plega a nuestro Señor sea servido de, siquiera por dar contento a vuestra merced, llevarme por allá.

La excusación de vuestra merced es justa en haber aceptado la rectoría, pues tan calificadas personas se lo aconsejaron, y tantas personas le constriñeron. *Sed obsecro, domine,* no se descuide, ya en la mar metido, pues no sin causa temió a la entrada en él; que yo, cierto, receloso estoy que nuestro adversario urdió esto para le impedir de su camino que a Dios llevaba. Porque como las ocupaciones, aunque buenas, no se hayan de imponer a los principiantes, porque suelen turbarlos, por no tener puesto en paz lo que a ellos toca, ha hecho mucho mal a muchos por esta vía, y hécholes parar en lo que el golondrinillo que sale a volar antes de tiempo, el cual como no tiene fuerza para proseguir su vuelo en alto, ni para tornar a su nido a do se estaba, cae en manos de muchachos, que juegan con él y después le matan.

Y tanto este negocio es más sutil, cuanto viene debajo de buen celo, el cual deben de temer los principiantes poco menos que el propio pecado; porque si en ellos alguno hay, justo es celarse a sí mismos, y fuera de esto es un gran despeñadero de muchos. Vuestra merced tenga muy gran temor de las que le parecen cosas buenas; porque por aquí suele *el demonio meridiano (Ps.,* 90) engañar a los que con tinieblas abiertas no pudo. Y no se arroje vuestra merced a reformar grandes cosas, ni piense que fué puesto ahí para ello; pero antes tema no sea castigo de sus pecados. Y si su corazón le prometiere grandes provechos ahora en el oficio, no le crea, antes se postre delante del Señor con temor, suplicándole le tenga, no pierda aquello poco que le había dado de su conocimiento. Y si en algo se hubiere de entender, sea después de muy encomendado a nuestro Señor, y

---

(1) Lo que sigue falta en la edición de 1578, y lo tomamos de la de 1595.

cosa que no tenga tanta dificultad, que se crea de cierto que ha de costar a vuestra merced mucho de su ánima, y al cabo ser el provecho incierto. Otro hará esas cosas, o vuestra merced otra vez. *Nunc, domine mi, te ipsum rege, inspice, et vias tuas diligenter scrutare, et quia parum habes olei, responde petentibus: Ne forte non sufficiat nobis et vobis* (*Mt.*, 25). Y con este temor religioso, aun en lo bueno, y con llamar a nuestro Señor *ex corde,* y con que no pierda su estudio, podrá ahora pasar este paso peligroso sin lesión. Lo (2) cual conceda Cristo por su sangre. Amén.

141.—PARA JUAN DE DIOS.

Encarécele que obedezca en todo al P. Portillo.

Mucho consuelo me disteis con que guardasteis bien el concierto que entre vos y mí quedó, de lo que tocaba a obedecer al Padre Portillo en la administración de los pobres; y si vos siempre hiciésedes así, viviérades más consolado, e yo también. Porque tengo gran temor no os engañe el diablo, rigiéndoos por vuestro parecer. Que cuando no puede acabar con uno que haga malas obras, hácele que haga desordenadamente las buenas: y lo que no tiene orden no puede durar, y luego se dividen unos contra otros, queriendo uno echar por una parte y otros por otra; y el Señor dijo en el Evangelio (*Lc.*, 10): *que todo reino dividido será destruído.* Por tanto, hermano, tened gran cuidado de sujetaros a parecer ajeno, y no os engañará el diablo. Porque un Santo dice, que el hombre que se cree a sí mismo, no ha menester demonio que le tiente, que él se es demonio para sí. Y aunque os parezca bueno lo que hacéis, sabed que también pone el diablo lazos en lo bueno como en lo malo; y aunque al principio parezca ir bien guiado, al cabo da con todo en el suelo y hace que haya rencillas, y otros pecados, y descubre el lazo que tenía armado al que poco sabía. Ruégoos, hermano, otra vez, por amor de nuestro Señor, me hagáis esta caridad, que toméis agora el mismo concierto y obediencia, hasta que nuestro Señor quiera que yo vaya allá, o vos vengáis a verme do yo estuviere. Porque cuando estoy donde vos estáis, no se me da mucho, aunque algún poco os

---

(2) *Lo;* la edición de 1595 dice *la*.

desmandéis; mas en ausencia se han de parecer los amigos y hijos obedientes a sus padres; y hanse de guardar no hagan cosa con que les den enojo cuando lo sepan, sino vivir tan bien, que cuando se vean, se gocen en nuestro Señor.

Y pues nuestro Señor quiso que yo tuviese cuidado de vos, y Él nos juntó en hermandad y amor, hagámonos a una, y veréis cómo huye el demonio, y lo venceremos con el favor de Jesucristo; que por eso el demonio anda por quitar esta obediencia y paz, como hace el lobo para matar a la oveja, que primero la hace apartar de la compañía de las otras, y a la sola presto la ase. No creáis al engañador, sino a nuestro Señor Jesucristo, que es muy amigo de obediencia, y *fué sujeto a nuestra Señora y San José,* y esto para darnos ejemplo, que si Él, sabiendo tanto, obedecía a los que eran menores, que así nosotros nos obedezcamos y sujetemos unos a otros por su amor.

E mirad mucho que las mujeres que traéis para servir a Dios os son grande impedimento y costa, y sería mejor no tener que guardar, sino casarlas luego, o ponerlas con señoras a quien sirviesen; que de otra manera ellas se perderán y darán con todo en el suelo.

Y los que viéredes que son chismosos, no los consintáis en vuestra compañía, que son para disfamar el Hospital; que aunque a vos os parece que es falta de caridad echar a alguno, engañáis os; porque veces hay que, por no hacer enojo a uno, echáis a perder a muchos; y cuando está un miembro podrido, córtanlo, porque no se pierda el hombre entero; y si alguno de compasión no quisiere cortar aquella parte podrida, no sería compasión, sino gran crueldad, porque por no lastimar una parte, mataría todo el hombre. Así que, hermano, alguna vez es menester negar algo que nos piden, y echar al que no es bueno, para el bien del Hospital, y otras cosas de éstas, que vos no sabéis; y como lo queréis guiar por vuestro juicio, erráislas, y después castigaros ha Dios, y pensábades vos que le servíades. Porque Dios no os llamó a vos para regir, sino para ser regido; y por eso no le servís sino cuando obedecéis. Y entonces no temáis cosa ninguna, porque Él no os pedirá cuenta de lo que por ajeno consejo hiciéredes. Y si a mí me queréis bien y me obedecéis, yo os pongo en mi lugar al Padre Portillo, y lo que él os dijere, os lo digo yo, y lo que con él tratáredes, tratáis a mí; y esto hasta que Dios quiera que nos veamos.

Cristo os tenga siempre de su mano, amén; y rogadle por mí, que yo así lo hago por vos.

142.—Al Padre D. Antonio de Córdoba (1)

Que había entrado en la Compañía de Jesús. Que agradezca muy de corazón tan señalada merced: se ofrezca muy de verdad al Señor, y le dé todo su amor.

1. Sabida la mudanza de vuestra merced, y las causas de ella, he dado gracias a la inmensidad de la bondad del Señor, que tan de veras ha buscado a vuestra merced, y tan misericordiosamente lo ha hallado, y fuertemente llevado adonde, sin impedimentos de ocupaciones extrañas, pueda darle todo su corazón por morada sosegada y apacible, en la cual Él trate y tenga sus deleites, según Él lo acostumbra hacer con sus escogidos. No son éstas pequeñas mercedes, ni se pueden pasar sin conocimiento y agradecimiento, pues tengo creído que este es el sacrificio que el Señor muy de propósito pide en recompensa de sus mercedes, y por falta de esto ha quitado a muy muchos las dadas.

2. Y tanto más conviene a vuestra merced mirar esto, cuanto su merced fué mayor, por los peligros que le amenazaban mayores, por la grandeza de su persona, y ocupaciones que según el mundo le acompañaban. Y así ha hecho nuestro Señor muy gran hazaña en dar a vuestra merced luz para que, dejadas todas las cosas, le vaya a buscar. Adore vuestra merced a Dios, y tiéndase en el suelo, conociendo su nada (2) delante de su alta Majestad, y agradeciendo *en intimo corde* la merced recibida. Ofrézcase en perpetuo don a Aquel cuyo es por muchos títulos; y no es de los menores haber buscado y hallado al perdido, y puéstole en el lugar de los honrados de su casa por su sola bondad. ¡Qué corazón hay que no se enternezca con esta merced, y de verse prevenir de tal Amador que amó a quien le aborrecía; y andando a porfía su bien y nuestro mal, nos ha tan poderosa y aventajadamente vencido, que no se ha contentado con enviar mensajeros de fuera y de dentro, mas tómanos

---

(1) Así lo dice el Lic. Muñoz. Obras. (Edic. Montaña, tomo II, pág. 436.)

(2) *Su nada;* la edición de 1578, *su nihil.*

por la mano, como a otro Lot, y sácanos del lugar de peligro al monte donde nos salvemos! (*Gen.*, 19, 16.)

3. No olvide vuestra merced esta salida de Egipto, que es cosa en que intervienen grandes maravillas de Dios, y no se acaba sino por el derramamiento de la sangre del Cordero (*Exod.*, 12 y 13), que ha dado voces delante del Padre, pidiendo que sea aplicada a la ánima de vuestra merced, limpiándola de todo terreno deseo, y consagrándola al ejercicio del amor santo del Señor. Oído ha sido Cristo orando por vuestra merced, según podemos conjeturar; dádole ha el Padre esta joya, para que, de vil, la haga preciosa, y sea puesta en la cabeza del mismo Cristo, como jornal de sus grandes trabajos que por las ánimas pasó. Grande fué su guerra, y salió vencedor; y dale al Padre ánimas que corran tras Él y le adoren, *et vinctis manibus post illum currant* (*Is.*, 45), aparejados a le servir, pues por conjeturas, se ven redimidos por Él. Parte es ya vuestra merced de Cristo, despojo es de su victoria, tierra que le ha cabido en suerte para que la labre y riegue y haga fructificar.

4. ¡Oh dichoso vuestra merced, si sabe conocer su dicha, y de quién y por quién le ha venido! Pídale vuestra merced, pues tanto le han dado sin merecerlo, que no consienta esta Bondad que a otro sirva su corazón si a Él no; que no miren sus ojos sino a tal hermosura y a tal Dios, bueno en Sí, y bueno para vuestra merced. Gran carga le ha sido echada, en trueco de las muchas de que le han descargado; porque es deudor de entrañable amor y diligente servicio a nuestro Señor, que le ha descargado y *dado ligereza de ciervo* para correr sus caminos. En esto piense, y esto agradezca. Y porque es tan pobre para pagar, como lo fué para merecer lo recibido, haga cesión de bienes en las manos de su Señor, pidiéndole le tome por suyo y a su cargo para servirse de él a su contento, y suplicándole haga Él lo que quisiere de nos, y en nos; pues *praestat sui juris esse quam nostri* Mucho creo he hablado para un ánima a quien Dios habla, a la cual suele ser fastidiosa, y con razón, toda humana habla; mas el alegría que en el Señor he tomado, y el mandarme vuestra merced le escribiese, han sido la causa. Plega a la Bondad soberana, que tan piadosa le ha sido, acabe en él lo comenzado para perpetua gloria suya. Amén (3).

---

(3) Lo que sigue no se halla en la edición de 1578, pero sí en la de 1595.

5 Yo hago diferencia de los títulos con vuestra merced, dejando los que según el siglo perecedero le convenían, y le escribo—como a persona del todo ajena de este, y doméstico de Cristo—otros que a este instituto son convenientes. Y pues vuestra merced esto ha deseado, y es cumplido, cuide que, pues ha aborrecido los nombres de este siglo, aborrezca los afectos de él, y de todo corazón se pase al siglo por venir, *cujus pater Christus est*; el cual no tanto consiste en tiempo presente o futuro, cuanto en espíritu, el cual viene tras la carne, pues *non prius quod spirituale, sed quod animale* (1 *Cor.*, 15); y por eso se llama *saeculum futurum*. Y tanto más debe vuestra merced cuidar esto, cuanto más trabajoso le será hacerlo; pues quien más tiene que dejar, más dificultosamente lo deja, y los mayores impedimentos hacen correr con menos ligereza. Y esto es lo que tiene quien más alto es en este mundo; lo cual no conoce hasta que quiere correr hacia el otro; y cuanto más aprisa, tanto más lo sentirá. Y entonces se desengaña por experiencia de lo que el mundo cree, ser mejor lo alto de aquí que lo bajo y pobre. Así creo habrá acaecido a vuestra merced, si ha comenzado a seguir a Cristo de verdad, o lo sentirá si comenzare.

6. Y lo que en esto le debe consolar es que el Señor, que quiso por criado al más impedido y aherrojado, dará mayores fuerzas para le servir, que a otro no tan inhábil diera. Y así se represente vuestra merced delante del Señor que le llamó y quiso, suplicándole que, aunque sea más a costa y a más vergüenza de vuestra merced, le dé todo aquello con que le sirva mucho, pues mucho le debe. Y mírese como a persona que acude con diez, con lo que otro acudiera con veinte; y pida perdón de tener ocupado aquel caudal con tan poca ganancia, haciendo gracias al dadivoso Señor, cuyas obras son grandes para los pobres. Y viviendo con temor y temblor de verse tan indigno de tal lugar, názcale de aquí la debida reverencia a todos los prójimos teniéndolos encima de su cabeza, y haciendo por ellos, como esclavo por señores, lo que pudiere, mirando cuán misericordiosamente lo ha hecho Cristo nuestro Señor con él. Y tendrá buena esperanza de salir con el negocio, si tuviere este conocimiento que he dicho; y gastará bien su vida, si cada día tuviere por el postrero.

Cristo sea con vuestra merced. Amén.

143.—A UN CABALLERO AMIGO SUYO.

Que no está la virtud en huir la dificultad del lugar o del oficio, mas en vencerla. Que no haga diligencia por llevar al Maestro a la Corte.

Dos cosas se ofrecen sobre que escribir a vuestra merced: una toca a él, otra a mí; y si le parece, sea una, pues la caridad nos hace uno.

1. Querría que estuviese contento vuestra merced y sosegado en ese asiento, y trabajase por avenirse bien con él, porque su pereza no fuese causa que se quejase del oficio, y huyendo de él se llevase a sí mismo, y dondequiera que fuese hallase inquietud, por llevar consigo la raíz de ella. Crea, señor, que hemos menester otras armas que huir; porque si a éstas nos acostumbramos, de toda parte huiremos, porque en toda parte hemos de hallar batalla que ejercite nuestras fuerzas; y si rostro no hacemos, seremos miserablemente vencidos. Más sana cosa es quejarse el hombre de sí mismo, que de su oficio; y mejor siente quien se descontenta de sí mismo y echa la culpa a sí, que quien se descontenta de los otros y de lo que le acaece, echando la culpa a lo que es ejercicio, y no mirando que la tiene el ejercitado. Y es cierto que si estas cosas supiesen hablar, con mayor razón se quejarían de nosotros, que nosotros de ellas.

Por tanto, vuestra merced pida gracia a nuestro Señor para saber valerse con su ocupación, y que le adapte a él para su oficio, para que si conviniere dejarlo, no sea [como] cobarde, que no es para defenderse, sino como siervo de Cristo, que vence en lo que le ha puesto, y lo deja por poco, buscando lugar de mayor servicio del Señor. Esté sobre aviso de refrenar las cosas que más son conformes a su inclinación, y sea tardo en querer enmendar a los otros, porque no pruebe a costa suya que *perversi difficile corriguntur* (*Eccl.*, 1, 15); y que más fruto se saca de examinar cada uno su conciencia callando y oyendo, que de querer remediar la ajena. Mucho hace, cierto, quien tiene bien labrada su conciencia, y huye de descubrir su ganancia, porque no se la lleven ladrones. Para muy pocos es el bien hablar y el demostrar su justicia; porque nunca se había de demostrar, sino cuando fuese tan cumplida y firme, que

no recibiese alteración ni movimiento arundíneo (1). Y pues esta firmeza no tenemos, no nos tratemos como firmes, porque no caigamos como flacos, y lloremos como imprudentes.

2. La segunda cosa es quejarme de vuestra merced porque me quiere llevar a parte para donde no soy. Porque aunque su intención sea buena, creo que no va acertada. Y estoy tan puesto en esto, que creo que no sólo no ministra a la voluntad del Señor en esto, mas que la contradice o estorba. Y digo estorba, porque ya que Él sea servido de la ida, no lo es que se negocie como se negocia; porque negociarlo vuestra merced es, en mis ojos, lo mismo que negociarlo yo; y alabarme vuestra merced es lo mismo que yo. Y ya le avisé de esto acá, y halo olvidado. Y pues me pide que le diga si hace bien en ello, digo que creo que no. Y si no me creyere, a lo menos yo habré declarado mi corazón, y no se quejará con razón quien hubiere trabajado por alcanzar el *sí* de allá, y le respondieren acá con un *no*. Porque, señor, otros pensamientos pienso ahora, que no ir a Corte; y plega a Cristo, cuyos son, no impidan mis pecados la ejecución de ellos. Que ya tiempo sería de hacer, más que de hablar, y de entender en la residencia que de mi oficio se me ha de tomar. Y por eso querría que vuestra merced hablase poco y muy templadamente de mí, no demostrando todo lo que me ama, porque a ninguna cosa aprovecha, y a muchas daña; mas antes, pues tan uno mío es, se avergüence como yo haría cuando oyere hablar bien de mí, y les quite estimación, que *forte* no es verdadera.

Y si me pregunta qué ha de responder si le dijeren si iré allá enviándome a llamar, diga que no sabe, pues es así la verdad. Y si le preguntaren si cree que iré, diga que cree que no. Y preguntado cómo lo cree, diga que yo le he escrito, que ahora tengo determinado de no ir; y que si el efecto viniese, no sé qué haría; mas que ahora me parece que sería mejor no ir, y creo que así me parecería entonces. Y digo esto porque mi flaqueza, y la poca certidumbre de mí, no me deja que osadamente diga: Esto haré.

Por tanto, vuestra merced se apacigüe, y con un *no sé*, se puede cumplir con quien en ello le hablare: porque no les dé algún crédito de mi ida, y les haga escribir, y quede vuestra merced y ellos afrentados.

---

(1) *Arundíneo:* de caña, que se mueve a todo viento.

y yo notado por mal criado o porfiado, y reciban algún escándalo. Y pues conoce de mí que hablo *in sinceritate,* lo que siento; mire lo aquí dicho, y no exceda de ello. Deje a nuestro Señor, que no es Él servido que vuestra merced sea medio de esto, *nec in hoc operam tuum desiderat.* Antes digo que creo que o le enoja o le impide.

No hay de acá que escribir a vuestra merced, sino que me he estado este verano en una casa de campo, y por eso no he predicado a sus monjas; hacerse ha con ayuda de Dios nuestro Señor. Él tenga a vuestra merced en su seno, porque no se le pierda.

144.—A UNA PERSONA ENFERMA.

Que los trabajos vienen de la mano de Dios y tienen grande premio llevados con paciencia. Avisos para pasar la enfermedad con algún alivio.

1. La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced.

Oyendo las enfermedades corporales que vuestra merced pasa, tengo de él compasión: y oyendo la paciencia con que, por la misericordia de Dios, las pasa, me gozo, considerando que si afligen el cuerpo, enriquecen el ánima; y que por el trabajo que de presente dan, dará Dios a vuestra merced eterno descanso. Bendita sea su misericordia, que ordenó que los trabajos se pasasen en esta presente vida, que por larga que parece, es muy breve; y los galardones de ellos fuesen en la vida que nunca se acaba. Conozca vuestra merced esta misericordia, y agradézcala de corazón a Dios, y tómelo per prenda de ser hijo, pues Dios se ha con él como Padre, cuyo oficio es reprender y castigar con misericordia a sus hijos, para, mediante el castigo, perdonarles sus yerros, y hacerlos avisados para que de aquí adelante sean más avisados en le servir.

2. Ofrézcale vuestra merced a nuestro Señor la aflicción que pasa; que aunque mirada por sí sola, aun no basta para pagar uno de los menores pecados que ha hecho; mas con el valor de la gracia del Señor, y juntándolas con su sagrada Pasión, no sólo es purgatorio para nuestros pecados, mas servicio que será galardonado en el cielo. Los jueces de acá, si castigan a un culpado, no tienen más que ver con él, porque no son más de jueces para dar a cada uno lo

que merece. Mas como Jesucristo nuestro Señor no solamente es Juez, sino Padre nuestro, cuando castiga a un hijo suyo perdónale el yerro, y galardónale la paciencia y obediencia con que recibió el castigo. Y por esto los que entienden las cosas con lumbre del cielo, tienen por una merced señalada de Dios que los castigue aquí, donde el castigo es menor y con más consuelos, y se purgan los pecados, y se ganan nuevos merecimientos; que no en el purgatorio, donde se padece mucho más; y aunque se purga el pecado, no se gana gloria de nuevo. Y en este sentido decía San Bernardo: «Sea yo, Señor, azotado, porque se me cuenten los azotes en merecimientos.» Y así lo diga vuestra merced, pues el provecho es tan grande y eterno.

3. Mas aunque esto no hubiera, eslo (1) nuestro Señor padeciendo por nosotros sin culpa, tan atractivo de nuestro amor para con Él, que aunque no tuviéramos pecados por que pagar, su amor nos había de hacer escoger antes los trabajos que los descansos, por evitar la vergüenza que es ir el esclavo en un caballo y con mucho regalo, y su Emperador y señor a pie, cansado y derramando sangre por él. No plega a Jesucristo, que tanto se enseñoree la tibieza en nosotros, que habiendo sido Él humillado y trabajado en la tierra, queramos nosotros grandezas y descansos en ella. Acompañémosle aquí en su cruz, y cierto le acompañaremos en la gloria de su reino, según la palabra que Él dijo (*Jn.*, 12, 26): *Donde yo estoy, estará mi sirviente,* y el verdadero servicio es obedecerle; y Él quiere servirse de vuestra merced en que esté en esa cama con las aflicciones que Él sabe. Y si quiere ser siervo suyo, no ande pensando en esto o en estotro servirá mejor al Señor, mas cerrados los ojos, acepte lo que le envía, y déle muchas gracias por ello, y entienda que lo que Cristo le da con su paternal amor, le es muy más provechoso que lo que él con su humana prudencia pudiera pensar. Y si su parecer y carne no se contentare de ello, repréndale como el Señor a San Pedro diciéndole (*Jn.*, 18, 11): *El cáliz que mi Padre me dió, ¿no quieres tú que lo beba?* Sea cuan amargo fuere a la carne lo que nos viniere, que por enviarlo el celestial Padre es justo que nos sea muy sabroso al espíritu, y lo bebamos con mucha paciencia y hacimiento de gracias, repitiendo

---

(1) *Eslo;* la edición de 1578, *es lo que.*

muchas veces aquella saludable palabra de obediencia que Cristo dijo sudando gotas de sangre (*Lc.*, 22, 42): *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra, sea hecha*. Pídale vuestra merced que, por aquella agonía en que entonces estaba, sea servido darle fuerzas para decir la misma palabra con todo su corazón; y que aunque mucho crezcan los dolores, sea mayor el amor y la paciencia, de manera que *las muchas aguas no la puedan apagar* (*Cant.*, 8, 7); porque la paciencia en los trabajos dádiva es de Dios, y a Él se debe pedir.

4. Procure vuestra merced también algunos ratos le lean libros de buena doctrina; y el confesar y comulgar a menudo le será muy eficaz medio para tener la obediencia de Dios en pie entre sus trabajos. Tenga alguna imagen de la Pasión del Señor en que mire, y verá cuán poco es lo que padece, en comparación de lo que el Señor padeció, y habrá vergüenza de quejarse en su poco. viendo al Señor tan callado y sufrido en su mucho. Encomiéndese muy de corazón a Él y a su Madre sagrada, y tome por abogado algún Santo, y tenga esperanza en las misericordias de Dios, que pues le ha dado gracia de confesar sus pecados con dolor de ellos y propósito de enmienda, y le da aquí su purgatorio, y recibe el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, que sobre estas prendas quiere que confíe, que pues no juzga una cosa dos veces y *no desprecia el corazón contrito y humillado* (*Ps.*, 50, 19), hará con vuestra merced *según su gran misericordia*, para que como aquí le ha hecho gemir y llorar, puesto en el cielo diga (*Ps.*, 88, 1): *Las misericordias del Señor cantaré para siempre*. Aparéjese para esta merced, que no tardará mucho en venir.

145.—PARA EL P. ANTONIO DE CÓRDOBA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

Estando cercano a la muerte. Dale el parabién de la partida a gozar de lo que acá trabajó en la religión; y levántale mucho en confianza del reino por medio de la sangre de Jesucristo.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

1. Aunque acá se dice que está vuestra merced de

(1) Así lo dice el manuscrito 6.311 de la Biblioteca Nacional.

camino para *la tierra de los vivos,* que puedo pensar que cuando ésta se escribe, por ventura vuestra merced estará gozando ya de los dulces abrazos del todo dulce Jesús, todavía me pareció escribir a vuestra merced dándole la enhorabuena de su promoción a la prebenda de la celestial Jerusalén, donde sin cesar es Dios alabado y visto faz a faz. Vaya enhorabuena, carísimo Padre, vaya enhorabuena a ver todo el Bien, y poseerlo eternalmente. Vaya enhorabuena al seno del celestial Padre, donde Él recibe a sus corderos con gloria, a los cuales aquí apacentó con su gracia, y corrigió con su disciplina. Ahora, Padre mío, verá la merced que Dios le hizo en llamarlo para la vida religiosa, y darle gracia para que, despreciando el mundo, le siguiese a Él por el camino de la cruz, pues el pago de ello será arle el cielo por la Religión, y gloria por la cruz que por su amor ha llevado.

2. ¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que tiene bondad para dar gloria a los gusanos de la tierra, levantando *de pulvere egenum. ut sedeat cum principibus populi sui!* (1 *Reg.*, 2). ¡Bienaventurada la hora de la muerte corporal, pues por ella se sube a tener silla con los Príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios! ¡Oh día. fin de los trabajos y de los pecados, y en el cual el hombre sube a comenzar a servir al Señor de verdad; y no como acá, donde se desconsuela el hombre por los servicios tan imperfectos que le hace! Porque acá anda el hombre cosqueando (2) y hambreando con deseo de agradar a Dios y de servirle con todo su corazón; mas en el cielo cúmplese este deseo tan cumplido, que todo el hombre es empleado en el servicio y alabanza de Dios, sin que alguno se entremeta a lo impedir. ¡Bendito sea Dios. que tan presto quiso coger a vuestra merced para su granero, *porque la malicia no mudase su entendimiento* (*Sap.*, 4) y para enseñarle las riquezas de su bondad. que por tan pocos años de servicio da galardón eterno!

3. Este es Dios, señor, éste es Dios; éste es el fruto. de su Pasión; éste es el valor de su gracia; ésta es nuestra buena dicha. caer en manos de tal Señor. conocerle y amarle. aunque con muchas faltas; mas éstas límpialas Él con su sangre, haciéndonos participantes de sus Sacramentos; y el amor paternal que nos tiene le hace ser fácil en perdo-

---

(2) *Cosqueando:* cojeando.

nar nuestras culpas, y muy copioso en galardonar nuestros servicios; y por medio del mar Bermejo nos lleva a la tierra prometida, *apartando de nosotros nuestros pecados cuanto aisla el oriente del occidente* (*Ps.*, 102), y ahogándolos en su sangre; de manera que aunque los veamos, será verlos muertos, y que nos den materia de alabar al Señor, *qui equum et ascensorem in mare proiecit* (*Ex.*, 15).

4. Vaya, señor, con la bendición de Dios nuestro Señor, a gozar de las riquezas de su buen Padre, que la lanza en la mano, y derramando su propia sangre, le ganó, que nunca deja de acudir a los que en Él ponen su esperanza y amor. Falta nos hará, soledad nos causará; mas pues Dios se la dió a vuestra merced esta buena suerte, tengámosla los que le amamos por nuestra. Y los que acá gemimos, gocémonos con vuestra merced, como los hermanos de Rebeca, que se va a desposar con Isaac, que es el *gozo*, y le decimos (*Gen.*, 24): *Frater noster es, crescas in millia millium, et semen tuum possideat portas inimicorum tuorum*

5. No digo a vuestra merced cómo se ha de aderezar para esta fiesta, que allá tendrá quien le diga y le ayude a pasar de las manos de los hombres a las de Dios. Y el Señor que vino al mundo por él, y subio a la cruz por él, ese sea en socorro de vuestra merced, porque, *etsi ambules in medio umbrae mortis. non timeas mala* (*Ps.* 22). Llámele vuestra merced, que aunque esté *in ventre ceti*, oye a los suyos. Llame a su Madre bendita, que también es nuestra; llame a los santos, que son nuestros padres y hermanos; que con tales favores, no tema perder el celestial reino. Y si el Señor quisiere que pase por purgatorio, sea su nombre bendito, que con esperanza de verlo, todo se pasará de buena gana.

Cristo, que por vuestra merced murió, le acompañe a su muerte, y le reciba en sus brazos, salido de esta vida. Dígale vuestra merced lo que Él dijo a su Padre (*Lc.*, 23): *In manus tuas, Pater, commendo spiritum meum.* Y espero de su misericordia que será de Él recibido como hijo, y tratado como tal heredero de Dios, y juntamente será heredero de Cristo.

146.—A UN CABALLERO.

Que la persona que siente haberse resfriado en la virtud, tiene razón de sentirlo mucho, por el mal presente y peligro de caer en mayores males; y el remedio es, llorando lo pasado, comenzar con nuevos alientos.

1. El que algún tiempo vió su ánima aprovechada en la virtud, y de presente la ve desmedrada, tiene mucha razón de penarse, y procurar remedio por cuantas vías pudiere. Porque si se siente la diminución en los bienes temporales, ¿cuánto más se debe sentir en los del ánima, que verdaderamente lo son? Job (29, 2) decía con suspiro *que deseaba estar como en el tiempo de su mocedad, cuando el Señor le guardaba, y lucía su candela sobre la cabeza de Job.* Estas y otras cosas que dice que antes tenía, y al presente le faltaban, más debían ser sentimientos regalados y devotos que del Señor tenía y entonces le faltaban, que no virtudes de que al presente careciese; porque pues tan buena cuenta dió de sí en el tiempo de la prueba que es el tiempo en el cual se ve de verdad qué fuerza tiene uno, no tenía por qué quejarse que el Señor no le guardaba, ni velaba su lumbre sobre él. Sentíase desconsolado, no sólo de fuera, mas también de dentro; y por esto dice, que *quién le diese ser como antes era y estaba.* Y si de esto se queja, ¿qué es razón que haga quien siente desmedro en la misma virtud, y siente irse su ánima apartando poco a poco, no sólo del sentimiento de Dios, que algún tiempo tuvo, con que se consolaba, mas de la guarda de su Ley y conformidad con su voluntad?

2. Y aunque este mal es grande por la pérdida presente, es muy mayor por la que se teme. Porque víspera de gran caída es la pequeña caída; y *de ser vomitado, la vida tibia* (*Apoc.*, 3, 16). Dios, por su preciosa Pasión, guarde a todo hombre de este mal, pues es tan grande, que dice San Pedro (2 *Petr.*, 2, 21) *serles mejor a los tales no haber conocido el camino del Señor, que después de haberlo conocido y caminado por él, dejarlo* y entrar en los malos caminos. Y no sin gran misterio dijo el Señor al enfermo de treinta y ocho años (*Jn.*, 5, 14): *Mira que ya estás sano; no quieras más pecar, porque no te acaez-*

ca otra cosa peor. Pesarse deben estas palabras y temerse, pues son recia amenaza, y dichas por boca de la misma Verdad; y suelen muchas veces ejecutarse en los que no le temen, ni ponen remedio para no caer en ellos. *Acaéceles cosa peor,* porque los pecados en que después caen, son más calificados en culpa que los de antes. Como quien cae con los ojos abiertos, o con ojos cerrados; como hombre que tiene seso y hace obras de loco, o como quien no tiene seso, o muy poco; como hombre que debía toda su vida agradecer y servir la merced recibida, o como hombre que no ha recibido. Una cosa es encontrar al Rey por la calle, y viendo quién es, no le hacer cortesía, y hacerle desacato, y otra no le conocer, o poco, o no mirar quién es el que pasaba por la calle. Muy grande merced hace Dios a quien le da conocimiento de sus pecados, y conocimiento con amor de Dios; mas a mucho le obliga, *pues conforme a la dádiva* —dijo el Señor (*Lc.*, 12, 48)—*que había de ser la cuenta de ella.* Y si es mal no dar bien en pago de bien, ¿qué será dar mal por el bien recibido, y responder con ofensas en lugar de servir? *Acaéceles cosa peor* a éstos, pues suelen pecar más que antes, y con peor circunstancia que antes; y vienen poco a poco a endurecerse y secarse de manera, que aun no son para hacer el bien que de antes hacían, no sólo cuando estaban prósperos en el Señor, mas aun antes que el Señor los llamase a su servicio. Suspiran entonces, aunque con corazón duro y desabrido, por haber un poquito de bien, y no lo hallan, sino sienten que *el cielo les es de metal y la tierra de hierro* (*Deut.*, 28, 23), porque no llueve en ellos gota de agua que les ablande el ánima, ni les dé fruto con que les mantengan. Y aquellos que en algún tiempo eran visitados y llovidos con muchas inspiraciones, a las cuales no se dignaban responder, ya desean una y no la alcanzan. Así son castigados *los ricos fastidiosos* (1), con matarlos de hambre, como el rico avariento era castigado con sed (*Lc.*, 16, 24). Y de dureza de corazón a infiernos, muy pocas leguas hay; pues dice la Escritura (*Eccli.*, 3, 27): *Cor durum habebit male in novissimo.* Y el sanar de este mal es cosa cara, y de gran privilegio de nuestro Señor, como San Bernardo dice: *Nullus unquam duri cordis adeptus est salutem, nisi quem forte Deus misertus sana-*

---

(1) Antífona de primeras vísperas del Corpus.

verit, et abstulerit ab eo cor lapideum, et dederit cor carneum. Estos son los paraderos de los malos hijos, que despues de recibidos por tales, y tratados como tales, olvidan al Señor suyo, *qui possedit, fecit et creavit te* (*Deut.*, 32, 6). Y quien de esto no tiembla, ya da testimonio que tiene duro corazón; y tanto más debe temer cuanto menos teme.

3. Y por esto, señor, prevengamos señales de que quiere venir; y cuando vemos que se caen terrones de la pared, pongamos remedio, pues somos avisados del peligro. Temamos mucho el desmedro de un solo día, y no dejemos pasar sin castigo el defecto, aunque parezca pequeño; y digo *aunque parezca,* porque en la verdad ninguno es pequeño, pues tanto mal nos hace; aunque unos son mayores que otros. Entendamos que este mal viene por una de dos causas, que son: o por no agradecer bien el bien recibido, o por guardarlo negligentemente. San Bernardo dice que la causa por que, dando Dios a muchos bienes grandes sin que ellos se los pidiesen, les niega otros chicos que ellos pedían, es por haber sido ingratos a los primeros mayores, por lo cual se hacen indignos de recibir los menores. Y no es cosa nueva perderse los bienes, aunque grandes, de quien les pone mal cobro, como que no sea menester (2) trabajo para conservar lo ganado. Así que, señor, agradezcamos de nuevo el bien recibido, y pongamos cobro de nuevo en lo que nos queda, porque no se acabe de perder y nosotros con él.

4. Aflojemos en otros negocios para entender bien en éste, pues que fuerzas pequeñas, repartidas en muchas partes, se tornan casi ningunas. Y débese contentar quien ha recibido bienes del cielo, con guardarlos y ser ricos en ellos, aunque haga alguna falta a los bienes de acá. Porque si se quiere cumplir muy por el punto con lo de acá, temo que ha de ser a costa de lo que más vale. Pues está el mundo tan *en maligno,* y nuestras fuerzas son tan pequeñas, que somos como flaca candelica entre muchos vientos, que en faltando diligente guarda, se nos apaga. Tal es la desventura de los que vivimos en este destierro; y por eso los que seso tienen, gimen y temen y desean salir de aquí. Haga vuestra merced cuenta que ésta es su principal hacienda, honra, salud y

---

(2) *Como que no sea menester:* como si no fuese menester.

vida, y aquí ponga su ojo derecho y en lo demás el izquierdo. Y si algo se ha de perder, sea lo que se ha de perder por mucho que lo guardemos; y quede en salvo aquello que, si nosotros no lo perdemos, nos salvaremos para siempre. Jacob puso en la delantera del peligro la mujer e hijos que menos amaba, diciendo (*Gen.*, 33, 2): *Que si algún mal acaeciese, fuese en aquello y no en lo más amado*; y cada día en lo temporal hacemos lo mismo, perdiendo lo menos por guardar lo más. Entendamos, pues, que mejor es tener buena conciencia, que mucha hacienda; tener nombre delante de Dios, que en la tierra, y así en lo demás.

5. Y procurando con penitencia y confesión amansar al Señor por lo pasado, comencemos nuevo propósito y nueva vida con alientos nuevos, muy enojados contra nosotros, porque hemos sido ingratos a nuestro Bienhechor, y descuidados en lo que nos cumple.

Los ejercicios de penitencia, oración y lección y frecuencia de sacramentos no se deje, aunque se haga secamente; y la humilde oración y quebrantado corazón no falte; que la misericordia del Señor, que está esperando que va[ya]mos a Él para nos hacer bien, nos saldrá al camino, y nos cobijará con el manto de su misericordia, y dará nuevas fuerzas para que de nuevo y con fervor le sirvamos, y ganemos nuevos méritos para su reino. A Él plega hacerlo así con vuestra merced para perpetua gloria de su bondad.

Los libros que vuestra merced pregunta me parece que le convienen: *Confesiones* de San Agustín y *Meditaciones*; *Morales* de San Gregorio, *Summa mysteriorum fidei*, de Titelman, y el Cartujano.

Dios sea con vuestra merced siempre.

147.—A UN CABALLERO.

Exhórtale a conservar la gracia de Dios y no perderla por los bienes temporales.

1. Muchas veces me acuerdo de vuestra merced, y hácelo el amor que le tengo. Y no hay vez que, con su memoria, no se cause en mi ánima un temor y temblor, considerando los muchos peligros en que esa ánima está, por la cual tanto nuestro Señor ha hecho, que a poder cansarse, cierto Él lo estuviera muy mucho; mas ya se cansó cuando tuvo carne pasible, y

de aquellos cansancios resulta el cuidado que sin cansancio ahora tiene de los que a sí trae.

¡Oh señor, y con cuánta razón vuestra merced debe ser agradecido al bien recibido, y cuidadoso por la guarda de él *a lo menos*; y temeroso no se le vaya de entre manos! Y dije *a lo menos*, porque el que tiene conjeturas que ha recibido de Dios el don de la justificación, debe obrar como diligente negociador, para que *con cinco gane otros cinco* (*Mt.*, 25, 20), creciendo en el bien que Dios comenzó, y ganando cada día más parte del cielo, pues está la puerta abierta para más cada día ganar. Que cierto es que si a uno dijesen que había un camino muy largo, por los pasos del cual diesen grandes bienes, y por un solo paso diesen valor de un reino, y que aunque en toda la vida quisiese un hombre andar por él, nunca le quitarían su galardón, y tan copioso como por el primer paso que dió no habría en el mundo—de los del mundo—quien no fuese tan paseador, que a duras penas descansase. Pues si la codicia de lo visible esto obraría, ¿qué es razón que obre el amor de lo invisible y eterno, sino un vigilante cuidado en andar el camino de Dios con alientos tan nuevos, y más, que los que el primero día tuvimos? ¿Quién será tan mal mirado, que no se tenga por muy deudor de Dios, por tantos dones como de Él ha recibido en pago de tantos males nuestros? ¿que no corra con diligencia a servir como pudiere a Señor tan benigno? ¿que mirando de dónde el Señor le sacó, no se atreverá a alejarse cada día más y más del lugar del infierno y de la maldad del pecado?

2. No parece dolerse bien de la ofensa, quien con diligencia no procura estar de ella muy lejos. No agradece suficientemente al Señor este don, a quien se le va el pensamiento de él, y se le envejece con el tiempo, ni se despierta a nuevas gracias y nuevos servicios, conociendo cada día más, como quien tiene más luz, esta tan grande merced, que la llama David (*Ps.*, 20, 4) *bendiciones de dulcedumbre*; pues es mucha razón que crezcamos en el ser nuevo de la gracia que el Señor nos dió, y no quedar contentos con quedarnos siempre chicos. Dije que *a lo menos* debemos ser cuidadosos por la guarda de aqueste don, porque a buena razón hemos de ser acrecentadores de mayores bienes, cada día más.

3. Y de aquí es que, como yo vea estar la candelica de vuestra merced combatida con tantos vientos, y vea su flaqueza entre tantos y tan grandes y astu-

tos enemigos, tiemblo sobre él, como una madre sobre un hijo, que no osa gozarse del bien que le ve, con el temor de que le puede perder. Señor mío, ¿cómo le va? ¿Está vuestra merced en pie delante su Dios? ¿Vive delante la Vida? ¿Tiene aposentado a Dios en su corazón? ¿Hay unión de amor entre Dios y su ánima? ¿Por ventura hay entre ellos alguna rencilla o desconveniencia, que haya causado el cuidado del siglo, y el poco cuidado de agradar a su Señor? Temo de oír la respuesta, y no puedo estar sin oírla. Si buenas nuevas me da, alegrarse ha mi ánima en el Señor, y darle ha gracias por haber guardado lo que ganó. Y si otra cosa hay, dolerme ha; mas saberlo quiero; porque no me quiero estar yo sin dolor, estando vuestra merced en algún espiritual daño o enfermedad. Parte espero de su corona, parte quiero de su pena. Y si algo de esto hay, no deje añejar las llagas, ni hacer nudos ciegos a las ataduras de los pecados. Quiebre presto lo mal atado; que no tiene licencia para estar apartado de Aquel que en cruz por él se ató con muy recios clavos.

4. Diga a todas las cosas: Apartaos de mí, que no soy vuestro, ni debo ser mío. Sea lo que fuere, sea quien fuere, vaya lo que fuere, no tiene nadie razón, ni justicia, para llevar por suyo a vuestra merced, sino Jesucristo, que lo crió y tomó por hijo, y después de haber sido pródigo, lo recogió y honró, y dió nueva ropa y dulce abrazo de paz, y le tiene guardada silla de gran descanso en el cielo, si guardare sus mandamientos. De este Señor es este hombre: aunque aleguen de su derecho todos los hombres, no hay quien tan justamente lo comprase, siendo él, por otro título, suyo. Porque ¿qué es morir Dios por nos, sino comprar con mucha costa lo que ya era suyo por creación? Y sacarnos de los infiernos, y darnos de nuevo su amistad, ¿qué es, sino multiplicar títulos sobre una misma cosa, y tan grandes, que cada uno de ellos es muy justo para llevarse a todo el hombre tras sí? ¡Oh traición de los hijos de Adán! ¿Qué es lo que hacéis cuando prevalece en vuestro corazón otra cosa contra Jesucristo, o que no sea Jesucristo? ¿Cómo podéis decir *no* al que tan obligados sois a servir, aun con pérdida de vida? ¿Así os ciega un tan pequeño título que cualquiera cosa puede tener para llevaros, y ponéis en olvido tantos y tales que tiene el Señor de los cielos?

5. Váyase, señor, el mundo de nuestros corazones.

pues presto se ha de ir de nuestros ojos; y cuando viéremos que algo en él florece, llevémoslo a soterrar y pisar con la sepultura, que allí nos darán verdadera relación de ello, y tal, que nos quite de ello, y cuidado de todo lo que acá es buscado con pestilencial codicia. ¿Qué mejor peso y medida quiere para no ser engañado, y para no recibir uno por otro, que el llevarlo luego a la muerte de Jesucristo, que condenó lo que el mundo estima, y a la muerte nuestra, que nos hace ir desnudos, solos y abatidos, y ser pisados de los pies de nuestros criados? Y acuérdese vuestra merced de esto, pues allende del temor que todos debemos tener de aquel paso, tiene vuestra merced otro muy particular; porque tiene otro particular conocimiento de él: que casi no faltaba un dedo para pasar del todo por él a la parte de la eternidad.

Mire, mire no le engañe la falsa apariencia y pintadas máscaras; que no son sino máscaras, con que convidan y engañan ánimas. Y si estas sombras le parecen bien, alce el corazón al cielo, donde están las verdades de esto que acá parece algo. Y así ni tendrá envidia del que viere ir delante en estas cosas, ni tendrá aun de buena gana lo que por fuerza no puede dejar. No se embarace en la tierra, pues tiene prendas del Señor, que le quiere llevar al cielo; las cuales son su sacratísima muerte, el conocimiento y amor del Crucificado, y recibir los santos Sacramentos, por lo cual se da en la santa Iglesia perdón de los pecados, y adopción de hijos de Dios, y por esto herederos. Busque las sombras el que no espera las cosas de tomo. Tome la brevedad el que no ha gustado de los bienes espirituales, que duran para siempre; y regocíjese locamente en las prosperidades de acá, quien no ha sentido en su corazón cuán dulce cosa es echar lágrimas por haber ofendido al Señor, y cuán bienaventurado en arrimarse a Jesucristo, y vivir para El.

6. Y pues el Señor nos ha llamado por su misericordia, y nos ha dado conocimiento de su Hijo Jesucristo, no vivamos según la carne, ni recibamos consejo contra este consejo. Que en cosa tan manifiesta, con buscar y estimar el contento de Cristo, menospreciando el mundo y todas sus cosas, no es menester parecer de nadie. Ni nos muevan las vanidades, por muchas y muy usadas y conocidas que estén en el mundo. *Pasa el mundo y su deleite*, como dicen San Juan (1 *Jn.*, 2, 17): *mas el que hiciere la*

voluntad del Señor estará con Él para siempre. Porque quien se arrimare a lo inestable, caerá con ello: quien adorare a ídolo, semejable a él será hecho; y quien a Cristo amare—y aquel le ama que al mundo desama—, éste será el sabio, el alto, el que ha de ser ensalzado para asentarse en el reino con el mismo Jesucristo, como Él se sentó en la diestra del Padre. Más vale allí ser el menor, que acá el mayor. Por tanto, si nos deleita el reinar, deseémoslo en el eterno reino. Este dé Cristo a vuestra merced. Amén.

PARTE TERCERA *

148.—A UNOS CANÓNIGOS

De cierta iglesia de estos reinos. De los efectos de la luz que se da con la gracia; y que a los principios se debe esconder, y hablar de ella poco y obrar mucho.

1. Sabido he por carta la merced que Dios ha hecho a vuestras mercedes poniendo en ellos sus ojos, para que ellos los pongan en sí mismos y en Él, y vean cuánto hay que gozar en Él, y cuántas cosas para huir de sí mismos, y estar mal consigo, y cuán muchas para querer a quien, más que ellos a sí, les ha amado. ¡Oh locura grande nuestra, que pensando que nos amamos, nos aborrecemos, y buscando, a nuestro parecer, el bien caemos en todos los males! ¡Oh misericordia grande de Dios, que siendo perdidos con nuestro amor, nos gana con el suyo, amándonos, y haciendo que nos parezcamos mal, y estemos bien con Él! Esta es la primera luz que el Señor da al alma, donde viene; darle a entender cuán mal ha respondido al tratamiento de Dios, dándole abrojos en lugar de uvas, y hiel en lugar de miel; y hacerle desplacerse tanto a sí mismo, que no ve cosa en sí, que no sea de llorar. Ve males que ha hecho, o bienes que ha dejado de hacer: ve cuán vacíos y sin meollo son los que ha hecho; y llora sobre todo, haber sido causa que el Hijo de Dios fuese tan maltratado como en su Pasión, y haberle él añadido dolor a dolor, en haber sido ingrato a la sangre que por él derramó. Está tan espantado de su pasada ceguedad, que como hombre que de nuevo ve una cosa muy nueva, suele darse una palmada en el muslo, en señal del gran toque que su corazón ha recibido de la

---

(*) Por primera vez en las OBRAS de 1595 se añadió al Epistolario una Tercera Parte, que comprende estas 30 Cartas, que forman nuestra Tercera Parte, y tres más, ya publicadas en el primitivo Epistolario, a saber; los núms. 64, 140 y 142 de la presente edición.

admiración de aquello. Acaece un espanto, cual no se puede decir ni entender, si no es de aquellos a quien Dios da esta luz. De aquestos era aquel que en Jeremías (31) dice: *Postquam ostendisti mihi, percussi femur meum*, que es lo mismo que he dicho (1). ¡Oh señores, y qué [cosas] están encerradas en aquel *ostendisti!* ¡Oh qué de cosas, que de novedades enseña Dios, con las cuales hace *herir* al hombre *su muslo* de espanto, cuando Dios de su mano enseña al hombre que ha hecho por él, y qué ha hecho el hombre contra Él; qué bienes perdió cuando pecó, y a qué males se obligó!

2. Pues cuando les da a entender que, en lugar de la ira que merecen y eterno castigo, los quiere Dios dar perdón, y tomarlos por hijos, y darles silla en el cielo, espántanse de ver tan inmensa bondad, derramada sobre vasos de tanta inmundicia y tan dignos de ira. Considera el hombre que, si Dios no estorbara a los demonios, ya muchas veces le hubieran llevado al infierno; y tiénese por deudor a Dios; y como si allá hubiera entrado, y Dios le hubiera sacado, pregunta a Dios que ¿quién le ató las manos a su justicia, pues no le echó en los infiernos como él merecía? Y ve que habiendo Dios enviado allá otros, y por ventura con menos pecados, ha durado él acá, sólo para mostrar la grandeza de su misericordia. Y engéndrasele de esto un desplacer de sus pecados, y un ver cómo él ha sido su propia perdición; y un agradecimiento y amor entrañable a nuestro Señor, viendo lo que le debemos, pues de los males en que el hombre se metió, Dios le libró, y le sacó de la muerte en que él se había derribado.

3. De aquí nace el cuidado de le agradar; y de ofrecer toda su vida a servicio de quien se la dió. Porque hace el hombre cuenta como si estando en el infierno le dijera Dios: ¿Qué harás por Mí, y sacarte he de ahí a vida y estado con que te puedas salvar? Y pues no hubiera cosa que él no la diera o hiciera, conoce deber servir a Dios con todas sus fuerzas, pues le sacó del infierno sin le pedir esta condición, sino fiándola del agradecimiento del hombre. Hácese esta cuenta entre otras: Si en el tiempo pasado corrí sin freno ninguno tras mis pasiones para perderme, ¿no correré ahora con mucha ligereza tras las virtudes para salvarme? ¿Por qué no alcanzará de mí la limpieza lo que en algún tiempo

(1) San Jerónimo, allí.

alcanzó la suciedad? ¿Por qué no valdrá Dios tanto en mis ojos, cuanto algún tiempo valió el diablo? Teniendo mal señor y mal galardón, era obediente; ahora que Dios me ha tomado por hijo, con prometimiento de eterno reino, ¿seré más flojo en reinar con Dios, que lo fuí para arder con el diablo? *Humanum dico, propter infirmitatem carnis vestrae,* dice San Pablo (*Rom.*, 6); porque aun no nos hemos de contentar con dar *igual* diligencia a lo de Dios, que algún tiempo dimos al servicio del demonio, sino mucha mayor, pues las causas son tanto mayores.

4. He dicho esto para que sepan vuestras mercedes que, así como tienen mucho por que alegrarse, por verse librados del lazo y pozo infernal, tienen también que cuidar y que temer si han de saber tratar con Dios, y guardar y emplear el talento recibido. Muchos he visto ponerlo en mal cobro, y perderlo presto, y después suspirar por una gota del agua que antes en abundancia bebían, y no la alcanzaron. Oféndese mucho la Majestad divinal, después que uno le ha conocido, que lo deje a sabiendas, y caiga, como la Escritura dice de Balam (*Num.*, 22) *con los ojos abiertos*. Porque los pecados hechos antes de este conocimiento son como obras de loco o de ciego, que no tiene seso sino de carne; como si uno encuentra al Rey y pasase sin hacerle cortesía, porque va el hombre tan tonto y tan fuera de sí, que viendo no ve, oyendo no oye. Mas si le han dicho: Este es el rey, y tiene conocimiento y amor de él, hale reverenciado y servido algunos días, ha llorado las ofensas que le hizo algún tiempo: grande ofensa se le hace al Señor, que sea estimado en menos que un pecado en el corazón de aquel a quien se ha descubierto, y se ha hecho amar. Y por esto deben vuestras mercedes velar, porque los ladrones que nos andan rodeando no roben lo que Dios por su misericordia dió. Porque si a los cuidadosos algunas veces acaece perder algo de su caudal, por la mucha sutileza e importunidad de los enemigos, ¿qué esperamos que puede acaecer a los descuidados, sino perderlo todo y en poco tiempo?

5. Conviene mucho, para guardar la gracia de Dios, hablar poco de ella y obrar mucho con ella; porque así como los sentimientos de la gracia tenemos experiencia que se nos pierden con el pecar, así con el obrar se nos acrecientan; que voz de la gracia es la que dijo Raquel (*Gen.*, 30): *Dame hijos, y si no*

me los das, moriré; y el Señor quitó el talento (2) al siervo que no obraba con él (*Mt.*, 25). En todo caso, señores, entiendan que este negocio no es de palabras, sino de obras; y que conviene más a principiantes quitar sus ojos de vidas ajenas, para no tener que hablar de ellas; no ser reprehensores ni censores de lo que no está a su cargo; porque tanto más perderán la vista de sus propios defectos, cuanto más la pusieren en los ajenos. Visto he muchos que, habiendo recibido lumbre de nuestro Señor, con la cual conocían su perdición, abrieron tanto los ojos a mirar los defectos ajenos, y la boca a hablar de ellos (aunque a su parecer era celo, y no desprecio), que lo que sacaron de ello fué hallarse vacíos en su corazón del bien que habían recibido, y los otros nada enmendados. Muy gran negocio hace el que sabe guardar lo que Dios le ha dado; y mucho tiene que remediar en su casa a quien Dios ha abierto los ojos para conocer sus propias faltas. Y los que, salidos de los graves pecados en que estaban, están muy contentos, como que ya no queda más que hacer, están engañados, y deben pedir a nuestro Señor les acreciente la lumbre para que vean y bien se conozcan, y verán que a duras penas han comenzado los que pensaban haber acabado. Y por eso mucho conviene recelarse de sí, y tomar las ocupaciones más necesarias. Porque como a los principios esté el corazón tierno en el bien, no tiene fuerza para que le pongan otra carga, más de la que él mismo se tiene en responder a Dios, y en pelear con las propias pasiones. Y cuando a los principios este recogimiento y cautela se guarda, en no entremeterse el hombre en cosas que le distraigan, crece el bien comenzado, como árbol que le quitan las ramas más bajas, y como fuego escondido que más y mas arde. Y cuando después viene su tiempo, tiene el hombre fuerza para tomar ocasión y ocupaciones, y no ocuparse en ellas; y por esperar un poco de tiempo da fruto maduro, como dice David (*Ps.*, 1): *Quod fructum suum dabit in tempore suo.* Lo contrario de lo que acaece a los que, por darlo antes de tiempo, lo dan mal sazonado, y quedan ellos sin el sabor de lo que pudieran gustar, y los otros con mal sabor de no ser aprovechados como lo debían ser.

Querría que la ocupación que vuestras mercedes me

(2) *El talento al siervo;* la edición de 1595, *al siervo el talento.*

dicen tienen de visitar enfermos y estar con los que quieren morir (3), se usase muy templadamente, especialmente en el hablar, aunque sean cosas de Dios. Porque, según he dicho, la salud del principiante consiste en no descubrir lo bueno que tiene en su corazón. Sean muy amigos de la sagrada lección, y de la oración y de la Comunión; y con estos ejercicios crecerá en ellos el bien comenzado, hasta que lleguen a la medida y estado espiritual que la divina Bondad les quiera comunicar. A la cual plega tener a vuestras mercedes debajo de su amparo, para que ninguna astucia de los enemigos, ninguna propia flaqueza los pueda apartar del amor de Jesucristo, pues en esto está todo nuestro bien.

La indisposición me ha hecho haber menester mano ajena.

149.—Para un su devoto.

De cuán gran ceguedad es por los bienes temporales perder los eternos.

1. La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Una carta recibí los días pasados hecha en Sevilla; y aunque con ella holgué mucho, más me holgara en hallarme allá, para gozar, señor, de vuestra conversación, que tantos días había deseado. Plega a Cristo nos veamos en el cielo, adonde reposen todos nuestros deseos, poseyendo al que es verdadera hartura de ellos

Mucho, señor, querría que el humo de estas cosas perecederas no cegase nuestros corazones para impedirnos la vista de las eternas. ¡Cuán mal trueco hace quien por lo de fuera, que no es sino corteza o cáscara, pierde lo que de dentro se posee, que es el verdadero fruto! ¡Ay de aquel que tiene más cuidado de la hacienda que de la conciencia, y que pone a peligro su ánima por asegurar la vida del cuerpo! No así, hombres, no así, mas como hizo Joseph (*Gen.*, 39, 12), que por guarecer la castidad, *dejó la capa en manos* de quien le quería robar su tesoro del ánima. Sentencia es de Cristo (*Mt.*, 5, 29), que *si nuestro ojo derecho nos es ocasión de pecar, lo saquemos y lancemos de nos.* El *ojo derecho* es el amor que tenemos a la hacienda, honra, vida o parientes; el cual, si con la demasía nos es ocasión de pecar, así como quien por

(3) *Los que quieren morir:* los que están para morir.

el amor de estas cosas ofende a nuestro Señor, nos habemos de extrañar a él, y cortarle de nos, porque no nos extranemos a Dios. Ninguna cosa nos debe ser tan amada, que no la holleimos, si nos estorba estar bien con Dios. No se da la amistad del reino soberano sino a quien piensa que compra barato, aunque le cueste la misma vida; que los que quieren cumplir con sus afectos y con el amor del Señor, muy engañados están, amando a Dios como a una de las otras cosas, queriendo Él ser amado sobre todas.

2. ¡Oh engaño de los hijos de Adán! Y ¿quién los engañó? Y ¿quién los desengañará? ¿Quién les sacó los ojos para traerlos alrededor *moliendo esta pesada tahona* como otro Sansón (*Judic.*, 16, 21), viviendo al querer de los vicios y al desplacer de nuestro Señor? ¿Quién les hará entender que andan engañados en buscar primero los dineros y después la virtud? Y si algún caso acaece, donde todo no lo puede tener, quédase sin virtud por no quedarse sin el dinero, poniendo la luz en tinieblas y las tinieblas por luz. ¡Oh si Dios abriese los ojos de aquéstos, y cuán amargamente llorarían, viendo cuán mal truecan! Por dicha ¿no es mejor la amistad de Dios, que con las virtudes se gana, que todo lo que desearse puede? Por dicha ¿no *son más para desear los mandamientos de Dios que millares de oro ni plata?* (*Ps.*, 118, 72; 18, 11). ¿Adónde está un verdadero peso para pesar cada cosa en lo que es, para no vivir en mentira? Los hombres huyen todos de ser engañados en lo que poseen; ¿por qué no huyen con mayor diligencia de serlo en lo que más les va? Quéjanse si son engañados en las cosas que compran en la mitad del justo precio, y no les podemos apaciguar de pedir remedio para su engaño; y están tan prestos a perder el ánima por una poca de ganancia, o por una murmuración u otro pecado, que no los podemos atraer a que ellos lo sientan, para que digan: Engañado estoy, deshágase tan gran maldad. Más vale, hombres, más vale el ánima que perdéis, que todo lo que en trueque de ella se os puede dar. *¿Qué aprovecha ganarlo todo, si a ti sólo pierdes?* (*Mt.*, 16, 26.) ¿Qué aprovecha tenerlo todo bueno, si a ti sólo tienes malo? ¿Qué aprovecha ganancia en la bolsa, y daño en el ánima; y gran nombre delante de los hombres, y ser ignorado delante los ojos de Dios? Vendrá día, y cierto vendrá, cuando destruya Dios *todos los que obran maldad* (*Ps.*, 5, 7), y ¿qué aprovechará entonces lo que aquí más buscaron? ¡Oh día de cuenta de todos los

días, y cuán poco eres mirado, y por eso tan poco temido! ¡Y qué a rienda suelta corren los hombres por esta florecilla que tan presto se pasa, y que cada día ven que se pasa de entre las manos, y nunca falta quien la quiera tener, aunque ella se les vaya huyendo.

3. No es aquí, señor, nuestro reino, no nuestro descanso. ¿Qué es esta vida, sino un camino desde nuestra casa hasta el lugar donde nos han de matar? pues que cada día más caminamos, y no a otra parte sino a la muerte. ¿Quién sería, pues, tan desatinado, que llevándole a matar, y muy aprisa, se acongojase por no ir muy subidamente vestido, o se divirtiese a entender en vidas ajenas, o le deleitase mirar algunos juegos, o se penase porque no le quitaron bien el bonete? (1). Pues ¿cuántos vemos, por nuestros pecados, tan fuera de sí, que yendo, como todos vamos, al paradero de la sepultura, y cierto más corriendo que una saeta, unos se detienen en vanos vestidos, otros en humillo de honra, otros se enojan muy de corazón que no se hace lo que ellos quieren, y lo que quieren es cosa que ni les excusa su perdición ni les alcanza su bien? ¿Qué es aquello que así nos cegó para hacer de la eternidad tiempo, y del tiempo eternidad? Así han despreciado los hombres el eterno bien que Dios en el cielo les promete, como si fuera temporal; y así han puesto todo su amor en esto perecedero, como si esto fuese lo eterno. ¿Cuantos habrá que pasen por esto *como extranjeros*, según San Pedro nos manda (1 *Petr.*, 2, 11), y asienten sus corazones en lo por venir como en su ciudad y reposo? Diga la lengua lo que quisiere, pues las obras dicen que somos ciudadanos de este mundo, pues tanto deseamos y procuramos ser engrandecidos y abastecidos; y deseamos ser al otro mundo extranjeros, pues no procuramos ser ciudadanos de allá.

4. ¿Pensamos quizá que se ha de ganar este reino sin mucho cuidado? Por cierto, aun los cuidadosos tienen que hacer, y lo tienen en duda: ¿qué será del descuidado, sino perderlo del todo? Nuestra vida lucha es; *y quien lucha*—dice el Apóstol (1 *Cor.*, 9, 25)—*q de todo se desembaraza, para ga ar la corona*. Parejas corremos, y la joya es el reino de los cielos; mas no todos los que corren llevan la joya, sino quien mejor corre. ¡Cuán gran necedad sería atarse el hombre los pies, y pensar que había de llevar el premio

---

(1) *Bonete:* gorro (anticuado).

que se da a quien muy bien corre! Y no es menos quien enlaza su anima con afectos pesados, que no le dejan correr hacia Dios. Manda Dios (*Mt.*, 5, 39): *Quien en un carrillo te hiere, vuélvele el otro;* que quiere decir: Si te injuriare, no sólo no te vengues de la injuria recibida, mas ten el corazón aparejado para sufrir otra si te viniere; y i otra viniere, vuelve otro carrillo, que es aparejarte más; de manera que antes se canse el otro de hacerte mal, que tú de sufrirlo; porque mayor ha de ser la bondad tuya, que la maldad ajena. ¿Pues cómo podrá correr este camino quien tiene grillos del amor de su honra? Este hace que la injuria se vengue, porque, según San Gregorio dice: «Ninguno siente la deshonra, sino el que ama la honra.» Pues si este amor no se quita, ¿cómo correremos?

Si manda Dios que antes muramos que pequemos un pecado mortal, ¿cómo lo cumpliremos, si no quitamos las cadenas del amor demasiado de la vida? Cadena es la codicia que no nos deja guardar la verdadera proximidad (2). Cadena la envidia, cadena la ira, cadena, y raíz de las otras, el amor de sí mismo. ¡Qué necedad es pensar que siguiendo un hombre lo que su placer quiere, puede correr la carrera de los que corren a Dios! Contentándose a sí, piensa que puede contentar a Dios, y viviendo consigo, quiere vivir con el Señor.

4. Despertemos ya por amor de Dios; despertemos antes que nos despierte el infierno; y sepamos que *el reino de Dios es tesoro escondido, y quien le halla vende todas las cosas para comprarle* (*Mt.*, 13, 44), teniéndose por más rico con sólo esto, que con tener todas las cosas. No es menester quedarse un hombre sin hacienda para ganar este reino; mas es menester, por el amor del reino, quitar la ocasión del amor demasiado de la hacienda, y de la honra, y de la vida regalada, de nuestra voluntad. Desnudos nos quiere Cristo, para que pasemos a Él, pues Él desnudo murió por nosotros. Desnudo está quien, lo que tiene para su vida y honra, lo tiene puesto debajo de la voluntad de Cristo, haciendo de ello, no lo que quiere la honra o deleite, mas lo que quiere Cristo; y que lo tiene en tan poco, como si no lo tuviese, aparejado antes a ponerle fuego a todo, que ir contra la amistad de nuestro Señor en un solo pecado ni ofenderle.

---

(2) *Proximidad:* los deberes con el prójimo.

Y aunque entienda en hacienda, no ha de ser por el amor que le tiene, mas porque Dios lo manda. Si vive, no porque ame a la vida, haciendo en ella su postrer paradero, mas quiérela para Dios, para ponerla por él antes que ofenderle. Y si se viste, no toma consejo con la vanidad de cómo será por los vestidos estimado; mas con la palabra de Dios, que manda usar de estas cosas, no por superfluidad, mas a honesta necesidad. Y así éste no se tiene por suyo, mas por de Dios; no mira lo que él quiere, mas lo que Dios manda; tiénelo todo, y a sí, debajo de los pies, por tener a Dios sobre su cabeza. Manda Dios, y obedece él; rige Dios, y va tras ello él; y así como la sombra sigue al cuerpo, así la voluntad de éste sigue a la de Dios.

Estos son los *hijos de la obediencia* (1 *Petr.*, 1, 14), a los cuales está prometido (*Lc.*, 22, 30) *que se sentarán a la mesa de Dios,* para que así como el Hijo verdadero de Dios por obediencia padeció, y así entró en el reino, así los hijos adoptivos por obediencia entren allá. No es razón que, habiendo uno servido a los mandamientos del turco, vaya a pedir salario al Emperador, porque luego le responderá: «Págueos a quien habéis obedecido»; y así responderá Dios a quien ha vivido en obediencia de sus apetitos cuando vayan a pedir la gloria.

5. Muchas gracias a Cristo, que de esto nos avisó; porque si queremos mirar en ello, no nos hallaremos burlados en Cristo, que tanto nos estima. El aviso éste es (*Mt.*, 7, 21): *No todo aquel que me llamare Señor, Señor, entrara en el reino de los cielos; mas quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en ellos, aquél entrará en la gloria.* ¿Qué es menester más, pues la palabra de Cristo no puede faltar? Y ¿quién será aquel que a aquesto no despierte, pues va en ello, no reino de tierra, mas el del cielo? Si *allá no entra sino el que hace la voluntad de Dios,* estudiemos en esto, hablemos en esto, aconsejemos esto, miremos con vigilancia aquello que los hombres tenemos, que no esté conforme a la voluntad de Dios. Y porque nuestra vigilancia no basta, llamemos al mismo Señor que nos ayude, conozcamos nuestra miseria, y pidámosle de corazón misericordia. No es el Señor que nos ayuda tal, que se niegue a quien de entrañas le busca. Si de verdad le llamásemos, cierto nos abriría; y aquél llama de verdad, que llama con oración y buenas obras. Y aquél, llamando será oído,

que oyó a su prójimo cuando le llamó, y ayudó en su necesidad, y le perdona sus yerros, y no hace mal a los otros, y sufre con paciencia lo que le hacen a él. *Estos son la generación de los que buscan al Señor* (*Ps.*, 23, 6) *y estos le hallarán.*

Vayamos, pues, a correr esta carrera, que bienaventurados son los trabajos que por alcanzar tal joya se pasan; y pasarse han presto, mas el galardón durará para siempre. Atesoremos allí, que bástanos poseer a Dios. Y no perdamos el tiempo que para esto nos es concedido, mas para esto vivamos, para que vivamos para siempre. Y así pasaremos de la bajeza a la altura, del destierro a la propia tierra, de esta pobreza a la riqueza, que poseeremos en los siglos de los siglos. Amén.

150.—A UN HIJO DE PENITENCIA.

Cuánto importa perseverar en el camino del Señor, combates que el demonio da para impedirlo; y poder de la fe para vencerlos.

1. Son tantos los peligros que nos están de continuo amenazando, que sería bien que los que deseamos salvarnos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, muy de continuo nos incitásemos y amonestásemos a mirar por nuestra salud, para que así, velando a nuestros enemigos, evitásemos sus continuos lazos que traen a muerte. No debe nadie, hermano muy amado, estar sin recelo; pues que dice San Pedro Apóstol (1 *Petr.*, 5, 8) *que nuestro adversario, el demonio, anda rodeando, buscando a quien trague.* Y pues tal enemigo tenemos, que tanto sabe y puede, y tanto desea nuestro mal, que en ninguna cosa entiende sino en dañarnos, no debemos estar descuidados porque no nos trague, haciéndonos caer en algunas tinieblas de errores o de pecados, y haga burla de nosotros porque nos dormimos en tiempo de vela. El Profeta David dice (*Ps.*, 139, 6; 141, 4) *que le escondieron los soberbios, lazo en el camino que andaba.* Pues ¿cómo pensaremos nosotros que no corremos peligro? Y es de mirar que, no sólo tiene puesto lazo a los que andan fuera del camino de Dios, mas dice: *En el camino que andaba me escondieron lazo.* Este camino es el del conocimiento y amor de Dios, en el cual arma el demonio lazo a los que andan por él. No pensemos que basta haber comenzado, porque de los

muchos que comienzan, pocos perseveran. Mas ¿qué aprovecha comenzar, pues (*Mt.*, 10, 22) *el que perseverare aquél será salvo?* Ropa hasta los tobillos hizo Jacob a su hijo José (*Gen.*, 37, 23). Vida buena, y que dure, y llegue a nuestras postrimerías habemos de tener para ser amigos de Dios.

¡Oh cuántos, entrados en el camino de la verdad, han sido trastornados por sutiles engaños de este demonio! *Los cuales*—según dice San Pedro (2 *Petr.*, 2, 21)—son tan malaventurados, *que les fuera mejor nunca haber nacido en ellos la verdad, que después de conocida dejarla*. La gracia que el Señor da debe con mucho gozo ser recibida, porque con ella se nos da esperanza de ser siempre salvos; mas debémosla tener con recelo, no se nos pierda por nuestra culpa lo que el Señor nos dió por su bondad. Y porque el demonio sabe cuán miserablemente caen los que, después de encaminados, salen del camino, trabaja más por derribar al que ya caminaba, que por estorbar al que no entró en el camino.

2. Mas, pues, que este enemigo es tan de temer, y la carga tan peligrosa, ¿qué remedio tenemos? El mismo San Pedro, que nos avisó el peligro y combate, nos enseña el remedio para no ser vencidos, diciendo (1 *Petr.*, 5, 9): *Al cual resistid fuertes en la fe*. Esta es la defensa fortísima contra todas las asechanzas del demonio. Quien ésta tiene, no ha menester más para la batalla. Lo cual confirma aquel gran caballero de Jesucristo, San Pablo, el cual dice (2 *Cor.*, 2, 11) que *conoce las astucias de Satanás*; y por eso es muy de mirar qué armas, qué arte, qué golpe nos enseña para vencer a este que tantas artes y maneras tiene para combatirnos; y la enseñanza es aquésta (*Ephes.*, 6, 16): *En todas las cosas tomad del escudo de la fe, con el cual podáis apagar todas las saetas encendidas del malo*. ¡Oh cuán ardiendo vienen las tentaciones del enemigo! ¡Oh cuán enherboladas son sus saetas de hierba mortal, y encendidas con infernal fuego! Y aunque así sea, es más fuerte la fe para apagar aquel fuego, que el fuego para arder en esta agua.

¿Qué puede el demonio traer, que no vaya vencido y corrido, si la fe le ponemos delante? Contra él se tornan sus tiros cuando con la fe nos escudamos. No tiene él en todas sus artes sino estas dos para engañar a los hombres, conviene a saber, hacerles que no crean las cosas invisibles, y que crean las visibles. Y pues quien fe tiene, cree lo que no ve ya es el de-

monio vencido cuanto a la primera pelea; y quien tiene viva fe, desprecia lo que ve que no es conforme a la Ley de Dios, ya queda la segunda vencida. ¿De dónde vinieron tantas victorias a tantos millones de mártires que del demonio triunfaron? ¿De donde tanto vencer a reyes y a sabios y a un mundo entero? ¿De dónde aborrecer tantos premios como les prometieron, y abrazar tantos tormentos con que los amenazaban? Y lo que más es, aborrecer amor de hijos y mujeres, y de todo lo que en este mundo amaban, y por sólo agradar a Cristo, desagradar a todo lo que no es Él. Cierto, no de otra parte, sino de la fe, que les mostraba cuán grandes bienes son los que con aquello ganaban, y cuán breves los que despreciaban. Y esforzados con esto por una parte, y mirar que Cristo murió primero por amor de ellos, por otra, eran hechos invencibles, y (*Cant.*, 8, 7) *las muchas aguas* de las tribulaciones *no pudieron apagar* el encendido fuego de *la caridad* de Cristo que ardía en sus ánimas. Poco podía el cuchillo de hierro, porque el cuchillo de la palabra había traspasado sus afecciones de la carne, y avivado las del espíritu. ¿Qué aprovechaba amenazar con hambre a los que comían, y estaban hartos del pan celestial? No aprovechaba quitarles la hacienda, porque estaban hartos de Dios; y si les deshonraban, teníanse por más honrados en ser deshonrados por Cristo. Y a este solo Señor mirando, parecíales los azotes picaduras de moscas, y los tormentos ser cosa de burla.

¡Oh fe, esfuerzo de corazones, victoria de los tiranos, sosiego de los turbados, ojo de las cosas invisibles, y fundamento de todo el fundamento espiritual! ¡Perla preciosa, sin la cual cuanto uno más tiene, más pobre está; camino sin yerro para Dios, fuera del cual quien más anda menos anda, y pensando que sube al cielo, baja al infierno; puerta por donde entre Dios a nosotros, disposición para dársenos el Espíritu Santo! ¡Honra de Dios, del cual, mientras cosas más altas creemos, y que sobrepujan a nuestra razón, más le honramos y más nos le sometemos! ¡Oh *columna de luz,* que en la obscuridad de este mundo (*Exod.*, 13, 21) *alumbra a los hijos de Israel* para entrar en la tierra de Promisión; causa de vida (1) a los justos: *Justus ex fide vivit!* (*Rom.*, 1, 17.)

---

(1) *Causa de vida;* la edición de 1595 dice: *casa de vida,* pero parece error, porque no responde al texto latino: El justo vive *de la fe.*

Mas quien es incrédulo, no estará derecha en él la honra de Dios en el mundo, pues por ella se hacen los milagros que dan testimonio de su infinito poder. Esta es la luz, que es la primera cosa que Dios cría en el ánima cuando la justifica. Y así como, antes de la distinción de las cosas, crió una nube de luz (*Gen.*, 1, 3), y después de aquella poca de luz sucedió este sol (*Gen.*, 1, 16) que tiene tanta abundancia de ella, así en el ánima donde la luz de la fe viviere, sucederá la copiosa luz de ver a Dios en el cielo. Esta conviene tener, porque, así como Dios entró en el vientre de María haciéndose hombre, *porque ella creyó la palabra que le fue dicha* (*Lc.*, 1, 45), así venga Dios en el ánima por la palabra de la fe. Abraham fué justificado por la fe (*Rom.*, 4, 9), y *los que tienen fe son verdaderos hijos de Abraham* (*Gal.*, 3, 7); al cual prometió Dios que enviaría *uno de su semilla, en el cual fuesen benditos todos los linajes del mundo* (*Gen.*, 22, 18); y así como son sus hijos los que creyeron que *había de venir* este Prometido, así también los que creen *haber venido*. Esta es *la obra que habemos de obrar, para alcanzar mantenimiento que nunca perece* (*Jn.*, 6, 27); y la obra que dice en el Evangelio: *Creed en aquel que Dios envió,* que es nuestro Señor Jesucristo (v. 29).

3. Mas miremos que esta fe no ha de ser estéril, mas llena de frutos y flores; flores han de ser de buenos deseos, y frutos de buenas obras. Porque de otra manera, acaecerle ha lo que a una higuera, que pasando por ella nuestro Señor Jesucristo, y habiendo gana de comer higos, llegó a ella, y como viera que no los tenía sino solas las hojas, maldíjola diciéndola (*Mt.*, 21, 19): *Nunca de ti nazca fruto para siempre; y en aquel punto se secó.* No tuvo aquella higuera culpa de no tener higos, pues el Señor no se los había dado, ni era tiempo de tenerlos; mas significa aquella higuera a nosotros, que somos árboles plantados en el huerto de su Iglesia, los cuales no nos habemos de contentar con solas palabras buenas, ni sola confesión de la fe, sin tener frutos de buenas obras; porque de otra manera maldecirnos ha el Señor cuando nos muramos, e iremos adonde nunca más demos fruto. Y porque no pensemos que hemos de aguardar tiempo para dar frutos maldijo el Señor la higuera en tiempo que no era tiempo de higos; por darnos a entender a las higueras vivas que no digamos: Cuando sea viejo serviré a Dios; cuando acabare este negocio que traigo entre manos, entenderé en mi conciencia; cuan-

do venga la Cuaresma, me confesaré, y perdonaré, y restituiré; mas dejadas todas las longuras, demos fruto en todo tiempo; y por decirnos el Senor esto, maldijo la higuera, que ninguna culpa tenía. Y plega a Dios que entendamos lo que tan dicho nos esta, y que tanto nos cumple; y que no nos acaezca lo que vemos que a otros acaece, que se echan buenos y amanecen muertos, y siéntanse riendo en una silla, y no se levantan sino para la sepultura. Estas y otras semejantes burlas acaecen por acá, y pueden acaecer por allá, y nosotros todavía buenos que buenos, o por mejor decir, malos que malos.

¡Oh dureza de corazones! ¡Oh descuido tan perjudicial! ¡Oh olvido tan digno de reprensión! ¡Y cuándo ha de venir este día que despertemos, mirando cuán mal se ha gastado la vida pasada, y cuántos peligros hay en la por venir! ¿Cuándo tan de corazón serviremos a Dios, cuanto algún tiempo servimos al mundo, carne y diablo? ¿Por qué no me deleitaré tanto en buscar y mirar la honra de Dios, cuanto me deleité en buscar la mía? Si mi vida era en seguir mi voluntad mala, ¿por qué de aquí adelante no será en seguir la buena, y muy buena, de Dios? ¿Por qué ha de valer conmigo más la suciedad que la limpieza? ¿la bondad menos que la maldad? ¿el diablo más que Dios? Y, finalmente, ¿por qué no me dan en rostro mis males, y me dan buen olor y sabor los bienes que siempre debiera haber amado? Basta para los hombres lo hecho, basten los enojos dados a Dios. *Tornen los malos a su corazón* (*Isai.*, 46, 8), y digan a Dios, no de burlas, no a media cara, no interesadamente ni a tiempos, mas en todo y por todo y por siempre y con todo: Sirvamos, loemos y adoremos a quien para siempre sea bendito en todos los siglos de los siglos. Amén.

151.— Para D. Antonio de Córdoba

Que pretendía entrar en la Compañía de Jesús, estando enfermo. Que el llevar la cruz en compañía de Jesucristo se ejercita mejor en las enfermedades sufridas con paciencia.

1. Hace vuestra merced muy bien en estar contento con servir en la casa del gran Señor de oficio de enfermo: porque el pasar de obrar bien a padecer, es mejorar Cristo a los suyos y subirlos de aula de me-

nores a mayores. Porque, cierto, para este destierro no hay cosa que así nos cumpla, como el llevar cruz en compañía del Señor que la amó, y con amor murió en ella; y ésta mejor se ejercita en enfermedades desabridas a la carne, que nunca causaron vanagloria, que en salud, aunque bien empleada. Grandes fueron las obras que el Señor hizo en esta vida mortal; mas en el padecer excedió a todos y a todas, para que entendiésemos aquello que dice el Apóstol Santiago (1): *Tened, hermanos, en sumo gozo veros en diversos trabajos;* y lo que el mismo dice *que la obra de la paciencia es perfecta.* Así que, señor, sea vuestra merced grato a la enfermedad, y agradecido al Señor que la envía; y si esa cruz y carga fuere de él bien recibida subirle ha el Señor a otras más interiores y más crecidas, que Él tiene para dar a sus muy amigos, para conformarlos con Él, cuya Cruz fué grandísima en lo visible, y muy grandísima en lo invisible. Y aunque a vuestra merced parezca le quitaron otros oficios por no haber dado buena cuenta de ellos, no por eso deje de ser agradecido a quien así lo ha hecho; porque el ser corregido de mano de tal Padre y con tanto amor, hace que sea antes menester humildad, para que el mucho consuelo no exceda, que paciencia para sufrir el castigo.

2. Con todo, estoy medroso, si ha de saber vuestra merced aprovecharse de sus calenturas; porque suelen algunos principiantes relajarse en el ánima con las enfermedades del cuerpo, cuando no son tales que les pongan en el peligro de la muerte. Es cosa muy al reves hacer de la medicina ponzoña, y tomar achaque de empeorar de lo que Dios para mejorar envía. Llámele vuestra merced de corazón, y suplíquele que pues le hiere *el muslo de la carne* (*Gen.*, 32, 25), que sea para andar más aliviado en el espíritu; y pues es para que en el cuerpo pague con dolores lo que en el cuerpo pecó, no sea causa para acrecentar nuevas deudas lo que es dado para satisfacer por las pasadas. Viva con recato de sí mismo, y no crea a su cuerpo en todo lo que le pidiere, y ofrézcalo a la cruz del Señor, en compañía del Santo Espíritu suyo, y no lo desechará Él, pues tuvo par de su cruz ladrones en cruces. Y ya que no pueda tener ejercicio de meditación o lección como querría, no deje de hacer algo lo mejor que pudiere, y sin grave daño de su salud; que el Señor es tan poderoso, que da fuerzas a quien ve trabajar, y tan buenas, que algunas veces da más dádivas a los que, enfermos y en cama, no pueden orar,

que a los que muchas horas lo hacen; y por ventura querrá usar con vuestra merced de esta misericordia, pues no le cuesta más de quererlo.

3. Y pídole por amor de nuestro Señor *ut non circumferaris omni vento doctrinae* (*Ephes.*, 4), y que estime aquellos por cuyas manos ha recibido misericordia del Señor (1), imitando al ciego, que ninguna persuasión humana le quitó el crédito bueno de Aquel que le había curado de ceguedad perpetua; lo cual él tenía por señal grande de la bondad de su Maestro, cuando decía (*Jn.*, 9): *Si peccator est, nescio: unum scio, quod cum caecus essem, modo video.* Y aunque esto decía, bien creía que era Justo, como por su santa porfía parece, y por la merced que el Señor le hizo, dándosele a conocer en el templo en pago de la fe que defendía. Yo he oído algunas cosas que los émulos de estos Padres dicen; mas ninguna he visto ser razonable, ni creo que la hay. Y paréceme bien que el defenderlos vuestra merced sea más con mansedumbre y pocas palabras, que no de otra manera; que el Señor tiene mucho cargo de estas cosas, y es amigo que se lleven con toda blandura y tolerancia.

Y Dios more con vuestra merced siempre, pues por él murió.

152.—A D. ANTONIO DE CÓRDOBA (1)

Al cual pretendía llevar a la Compañía de Jesús.

Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas, río abajo y río arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza, y los prenda del todo el anzuelo. Por lo cual no se maraville vuestra merced si tantos golpes nuestro Señor le da, contradiciendo a lo que llevaba pensado y deseado; que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de vuestra merced recios de tomar y rebeldes a morir, y han menester que a poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan en vuestra merced sino la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor. Entienda vuestra merced la sofrenada, y las señas que le hace su Señor; porque así como es alabado *et acceptus Domino minister intelligens* (*Prov.*, 14), así

---

(1) Alude a los Padres de la Compañía de Jesús, muy perseguidos entonces en Salamanca, donde residía don Antonio de Córdoba.

(1) Véase la edición Montaña, t. II, pág. 435.

es vituperado quien no entiende, no sólo las palabras, mas ni aun los azotes del Señor. Entienda que no hay cosa que tanto le cumpla, como ser desatinado de su propio tino, y que *omnis sapientia tua devorata sit, ut sic clames ad Deum, et ae necessitatibus tuis liberet te* (*Ps.*, 106, 27). ¡Qué idolatría más dañosa, que fiarse un hombre de su parecer! ¡Y qué casamiento más monstruoso, que estar el hombre casado con su propia voluntad! De aquí nacen monstruos tan espantables cuan abominables, que meten a quien los engendró en los abismos de los infiernos: si no quite vuestra merced que uno siga su parecer, no ame su voluntad, y quitarle ha el infierno.

Para esto, tal ofrézcase, como un poco de barro en las manos de este Soberano ollero, y dígale lo que está escrito: *Fictor noster es tu, nos vero lutum* (*Isa.*, 64); y tenga por muy acertado lo que le viene contrario a su voluntad; porque tal es la de los hijos de los hombres, que por sólo desear una cosa, tiene resabio y sospecha que no es buena; porque lo que agrada al malo, ¿cómo nos fiaremos de ello? Tenga vuestra merced cuidado en el tino de cómo Dios le guía, y de esto se le ha de pedir cuenta; y cuando esta ciencia supiere, será sabio delante de Dios; de suerte que no le enamore cosa que debajo del cielo haya, por preciosa que le parezca, sino en todo buscar el contentamiento de Dios; y cuando éste es que no alcancemos cosa alguna, aquello es toda la riqueza del mundo y del cielo; pues el contento de Dios es el mismo Dios, y quien éste ama, ama a Dios; y quien este tiene, a Dios tiene

En cuantas quejas da vuestra merced de sí, creo que tiene razón, por ser hombre y no estar en el cielo: y hace vuestra merced bien en quejarse, porque (2) así se suelen quitar las que nuestro Señor tiene contra nosotros, que serán, cierto, más de las que nosotros entendemos. Porque ¿quién entenderá las riquezas de la bondad de Dios y las faltas de nuestras miserias? Plega al Señor nos dé luz para ver estos dos abismos tan diferentes, para que la vista del nuestro no nos desmaye, confortada con la del Señor; que de otra manera dirá el más estirado: *Cor meum dereliquit me* (*Ps.*, 38), de ver en sí tantas deudas pasadas, presentes y que tiene por venir. No sé qué hacemos con este miserable de nos, ni para qué lo queremos tener por nuestro ni a nuestro cargo; démoselo a

(2) *Porque así;* la edición de 1595, *que por así.*

quien tiene bondad para lo sufrir, y sabiduría para lo curar y regir; que cierto Él irá cargado de una cosa harto pesada e insufrible, si no fuere su amor incomprensible.

Gran ayuda es para negarnos vernos tan enemigos de nosotros mismos; y ser tan miserables sirve para no haber codicia de nosotros, sino darnos, y echarnos de casa, aunque mucho nos costase. Y con todo esto, suena el pregón de la divinal bondad, que David sale al campo, perseguido sin culpa, y que se lleguen a él los adeudados (2 *Reg.*, 15), y que tienen angustia y amargura de corazón. Bendito sea Cristo, amén, que tan rico es en paciencia y bondad, que el Padre fió de sus manos tan donosas ovejas como somos. Y lo que peor es, que estemos tan ciegos, que rogándonos Él que, a trueco de ser nuestro Él, seamos nosotros suyos ¡ay de nos!, todavía buscamos a nos, *et quae nostra sunt, non quae Jesu Christi* (1 *Cor.*, 13); y nos queremos poseer, no más de por ciega afición, sin querer probar cuán sabrosa y justa y provechosa cosa es ser de Cristo y andar a su voluntad.

Cristo le dé su luz en todo, amén, y sea todo de vuestra merced.

153.—A UN AMIGO SUYO

Que Dios había llamado por medio de su predicación a la vida espiritual.

1. A muchas obligaciones que vuestra merced me echa con sus cartas respondo tarde y mal; y aunque de ello me confundo, *sed non emendor,* con pensar que ha dado Cristo a vuestra merced alguna migaja de su caridad; y la primera condición que ella tiene, según lo atestigua aquel que mucha tenía y bien la conocía (1 *Cor.*, 13, 4): *Quia patiens est.* Plega a la inmensa fuente de ella de la acrecentar en vuestra merced, hasta que sea bastante hasta dar la vida por enemigos, pues Cristo la dió por nosotros.

Quéjase vuestra merced de sequedad, aunque creo no es queja, sino relación que da al que ama de la disposición de su alma. Y digo, que cuando la sequedad no llegue y entibie a la virtud, no es cosa que debe dar mucha pena, pues lo que se arriesga es perder una suavidad en las cosas de nuestro Señor; aunque los que de ella se saben aprovechar, suéleles ser espuela para más dejarse y más pasarse a Dios. Y por-

que deseo a vuestra merced bien en lo mucho y en lo poco, le deseo amor *fuerte, sabio y dulce*, pues Aquel a quien debemos amor le son debidas. Mas si El no da sino el *fuerte y sabio*, será para, por otros modos que no sabemos, hacernos otras secretas mercedes; para con éste desatinarnos, ejercitar nuestra caridad, que es mucho menester para tratar con Él, que es sapientísimo, y amigo que nadie lo sea en sus propios ojos. Así, señor, el cuidado de vuestra merced sea seguir las fuerzas que nuestro Señor le da, y no faltará su gracia, y darle gracias por lo que entiende y no entiende; y en esto está la salud.

2. Andando la edad, y viendo experiencias de cuán poca parte es el hombre para efectuar negocios, por pequeños que sean, se confirmará vuestra merced más en la buena costumbre que ha comenzado a tomar en lo del callar; y verá que se hace muy bien el negocio, hablando muy a la larga con Dios, y a la corta con el hombre. Indecible cosa es nuestra ignorancia, nuestro adelantarnos, nuestros necios celos, y a duras penas puede ser creído, sin habernos costado errar en muchos. Porque heredamos de nuestros primeros padres un secreto deseo de divinidad, aunque robada, que nos hace imitarles en ello, y querer que las cosas se hagan como y cuando nos parece, con otras secretísimas raíces que no se ven sin lumbre del cielo; ésta no se puede alcanzar sin oración larga.

3. En los negocios de esas almas, que vuestra merced desea remediar, digo lo dicho, que se encomiende el negocio de corazón al Señor, y se tenga esperanza en el uno y otro. Y no esté vuestra merced congojado, pues ha conocido tener padre en el cielo, que le llamó para sí, y le será guía en su camino. Gaste lo mejor que pudiere el rato de vida que de presente le da, y por el venidero no esté congojoso; sino, haciendo cuenta que nadie le puede quitar a Dios sino su propia pereza, pelear con ésta, y si la venciere verá que la plaza es celda y los negocios ocio. Más diligencias pide el camino en que Dios a vuestra merced ha puesto, de la que por su carta dice que pone en el llegarse a los buenos ejercicios con perseverancia; y si en presencia fuera, contárale cosas acaecidas a personas que son flojas en los ejercicios, en que vuestra merced viera cómo no tiene nuestro Señor por pequeño mal ser uno lunático, ya ejercitándose, ya no. Señal clara es de ánimo cautivo de propia voluntad el hacer bien cuando se le antoja, y cesar otra vez por lo mismo; y como falta la propia negación, van manchados cuan-

do no hacen y también cuando hacen, porque viven consigo. Y los castigos del Señor a éstos, es no darles copia de Sí cuando ellos la quieren, pues ellos no se la dan a Él cuando Él la pide. Y por esto conviene pedirle perdón de la poca perseverancia, y enmendarla con entera renunciación en las manos del Señor de lo que de los ejercicios saliere. Ose perderse por nuestro Señor obedeciendo lo que manda, y no mire lo que sale de allí; que ahora sea sequedad, ahora devoción, todo es merced, pues todo es contentamiento del Señor; y cuanto pudiere estar vivo a contentarse con éste, y muerto a buscar el propio, tanto le irá de bien.

4. Ningún rato gaste vuestra merced en pensar si será bien aceptar o repudiar aquel negocio de que escribieron se haría sin duda, porque es señal de corazón no ofrecido al recogimiento, y que presto pierde el tiempo presente con cuidado de cosas por venir. Olvídelo, y suplique a nuestro Señor no le traiga en tentación, pues conoce su flaqueza, y viva sin congoja en el corazón celebrando fiesta al Señor; de arte que, pregunta[n]do a su corazón qué cuidado tiene, le responda: Ninguno, sino de dar este ratico mi corazón al Señor. Lo que fuera de esto sale no es bueno, por muy colorado que venga. Y aquí entra el pensar mudarse a otra parte. Efectos son todos esos de corazón tibio y no ocupado en lo que le llamaron, que es trato continuo con el Señor que cada momento le mira y le pide que le mire, *y le abra el corazón a Él, pues es suyo* (*Prov.*, 23, 26), y lo niegue a todo lo que Él no es. Desvergonzado de un hombre, en cuyo corazón Dios quiere reposar y darle reposo, y él anda por acá y por allá trabajando, y dice que para buscar reposo. *Entrese en sí y muérase allí*, que allí hallará su vida y su salud; y *nacerle ha un sol* (*Malach.*, 4, 2) que le quite todas esas tinieblas y tristezas, y sabrá lo que no sabe. Humildad pide esto, y trabajo de tener encerrado su corazón; mas para eso murió el Señor, para que tengamos esfuerzo para morir nosotros por Él y hacer esto.

Cristo sea su luz. Y guardese de saber más por especulación de cosas de oración, que por práctica; que el Señor es maestro de los niños: *Et abscondit se et sua a prudentibus* (*Mt.*, 11, 25)

154.—Para un caballero de estos reinos

Discípulo suyo. Sobre el recogimiento del corazón.

¿Qué aprovechan espuelas cuando el jumento es tan perezoso como yo? Y juntándose con esto la carga de mi poca salud, no es maravilla que no escriba ni responda. Esta se escribe con tanta *angustia temporum* (*Dan.*, 9, 25), que no sé si irá de provecho.

Heme alegrado de *la ablactación del niño* (*Gen.*, 21, 8) (1), aunque sé que algunos mueren entonces por no tener fuerzas para comer pan con corteza. Mas como tenga [a] vuestra merced por *hijo de promisión* como a Isaac (*Gen.*, 17, 19), espero de Jesucristo que no morirá con manjar de piedras, sino que *lo gustará*, como Cristo *el vino mirrado* (*Mt.*, 27, 34). El consentimiento le quitará Dios; el sentimiento será tormento de cruz para gloria del que nos amó en ella; y rogándonos nuestros enemigos que descendamos de ella, queremos más confesar a Cristo y estar en ella, que negar y descansar.

Ya sabe vuestra merced la suma y omnipotente bondad de nuestro celestial Padre, que llega a sacar bienes de males, y calor de frío; y por esto no desmaye de verse apartado de alas de padre que en la tierra vive (2), ni de hallar esterilidad donde pensaba hallar mantenimiento abundante. Ose vuestra merced estar a solas con Cristo, no [por] desperdiciar los medios de los siervos de Él, mas por obedecer su ordenación, cuando quiere que quede vuestra merced sin abrigo en la tierra. Porque entonces es costumbre usada del Señor nuestro hacer mercedes visibles y mayores, que por medio de los suyos las hacía; y aprende el tal hombre que tiene Dios, y muy buen Dios, y dice (*Jn.*, 8, 16): *Non sum solus, quia Pater mecum est.* Y comienza a crecer en la fe, y ensancha su oración en el amor, siendo ayudado del amor con que ve ser amado. Y así crece con lo que parecía y temía que había de desmedrar, y halló compañía en la so-

---

(1) *Ablactación:* destete. Alude al convite que Abraham celebró cuando fué destetado su hijo Isaac, y lo aplica a alguna tribulación que sobrevino a su dirigido.

(2) Parece aludirse, a sí mismo, que era el padre espiritual.

ledad, y anduvo sin báculo el flaco. No falte cuidado de recibir al que es todo nuestro bien; este siempre diciendo con verdad (1 *Reg.*, 3, 9): *Loquere, Domine, quia audit servus tuus.*

Encastíllese en su corazón; que, aunque es de flaqueza de vidrio, el que a él vendrá a morar lo hará tan poderoso, que todo lo que lo quiera combatir será vidrio, y el más fuerte que acero. Y por no hacer esto hay flaqueza en el corazón cuando la hay, según está escrito (*Oseas*, 10, 2): *Divisum est cor eorum; nunc interibunt.* No hay lugar seguro donde asentar el corazón, sino en el secreto encerramiento y escondrijo interior, donde no entra sino sólo Cristo *januis clausis* (*Jn.*, 20, 26). Y fuera de aquí, andan a tanto peligro, como moza liviana fuera de casa entre malos hombres. Y si hubiese justo castigo, y bien ejecutado por cada salida a callejear el corazón, *forte* escarmentaríamos, como hace un jumento; aunque quien atento estuviere, luego verá el castigo que del cielo viene sobre el mismo corazón *quando diligit movere pedes* (*Jerem.*, 14, 10); y es lo que luego se sigue, *et Domino non placuit.* Uso quiere este negocio, que después el mismo corazón se está quedo, aunque le abran la puerta, como ave doméstica en jaula. Y esta es la raíz de todo aprovechamiento, porque a los pies de Cristo lo ha de haber, si verdadero ha de ser.

Christus Jesus sit cum omnibus. Amén.

155.—A un caballero de estos reinos
Su discípulo, que estudiaba Filosofía (1).

Una de vuestra merced recibí, llena de buenas nuevas acerca de la oración y obediencia. A nuestro Señor di gracias por ello; y a vuestra merced suplico que conozca el valor del metal, y la indignidad de quien lo recibe, y la grandeza de quien lo da; porque si cualquiera cosa de éstas pide agradecimiento, ¿qué hará donde todas tres concurren? Y usar bien de los mismos dones, es gran parte para que el Dador de ellos los conserve y acreciente. Y, por tanto, tenga vuestra merced cuidado de guardar su ánima limpia de imaginaciones desaprovechadas y pensamientos mortecinos, para que no impidan la secreta habla con el Señor, que pide silencio con las criaturas; porque

(1) Sospechamos que esta Carta y la siguiente van dirigidas al P. B. Antonio de Córdoba, S. J.

hablar a ellas y a Él, es imposible. Aun a San Agustín parece que para la perfecta oración debe el ánima callar aun a sí misma; y un viejo de los Padres dijo: *Non est perfecta oratio monachi, quando monach s quod orat intelligit.*

Bien creo que miradas estas cosas en sí, no serían nada ayudadas por el estudio de la filosofía humana; mas pues le es mandado a vuestra merced, tómelos sin dudar y sin contradecir; que la obediencia verdadera, *sepulchrum est propriae sententiae, et propriae voluntatis.* Que no es nuevo este don celestial hacer milagros en la tierra; y por uno de llos tengo crecer principiante en la oración, y salir con ella, usando juntamente estudio de artes (2).

Ya ve vuestra merced cómo sabe Dios alumbrar los partos sin presencia de predicadores, y más a sabor que cuando estuvimos presentes. A Él gracias por sus misericordias, y plégale que no sean solamente exteriores y transitorias, sino que nos sean motivos para entrar dentro de nos, a recibir otras tanto mayores, cuanto va de ánima a cuerpo, que son las que Dios pretende dar por medio de éstas.

En lo que vuestra merced manda de mi vida, le suplico lo deje a lo que nuestro Señor me encaminare, sin recibir deservicio de ello, porque Él me encaminará el cómo y el cuándo; pues a lo que siento, menos oportuno tiempo es para mí ir a ser presente en regocijos, que a dolores de parto.

A la ciudad hablé el lunes; dicen que se recibió bien. Todo lo encamine nuestro Señor como sabe que más le hemos de servir; y Él haga a vuestra merced todo suyo, lo cual es cuando su solo amor reina en nosotros: porque si de Él no somos, ¿con quién nos ira bien?

156.—Para el mismo caballero

Cómo se han de tratar los negocios sin inquietud de corazón.

La voz del mensajero que se parte me toma de noche y sin papel, y con las ordinarias indisposiciones. El Señor Todopoderoso le diga a vuestra merced por Sí lo que le había de decir por mi pluma, pues no hay en mí merecimiento ni aparejo.

---

(2) *Artes:* filosofía.

Las quejas que vuestra merced tiene de la prudencia son justas; admítalas y hágales justicia, temiéndose siempre del enemigo tan astuto y andándole contando todos sus pasos para conocer sus engaños. Y en estas tentaciones el conocerlas es vencerlas. Haga consigo la cuenta que el otro monje hacía: No vine a juzgar a nadie, sino a ser juzgado de todos. Dígase vuestra merced: No vine a ser celador, si no es de mí; no me pone Dios en estado de guía, sino de ser guiado. Y ¿quién es tan desatinado, que piense acertar en lo que Dios no le pone? pues que *omnis plantatio*, etc. (*Mt.*, 15, 12). Y si por obediencia conviene dar algún parecer, pídaselo a nuestro Señor, y délo con temor, y como cosa que la ofrece para que sea examinada por ajeno juicio, y no con determinación; de arte que lo arroje con tanta libertad, que ni quiera que sea aprobada ni ejecutada porque a él le pareció, ni que por aquello valga algo, sino que se haga en aquello lo que a otros pareciere, o aceptando aquel parecer o desechándolo; entendiendo que ya cumplió vuestra merced su obediencia, y que no tiene más cosa propia en aquel negocio.

Los que tienen lumbre del cielo, o los que han aprendido a poder de caídas, tanto temen los buenos deseos de cosas particulares, como los acometimientos de los malos; y por alguna manera, más, por ser el engaño de ellos más difícil de entender y de vencer. Y este temor les hace no arrojarse luego a recibirlos, sino a estarse en su puesto, encomendando al Señor aquel deseo, y preguntando. Y este temor es principio de salud; y el fin de ella, en ésta se puede aquí mal declarar; mas para quien tiene a quién obedecer, todo es declarado con contarlo y recibir el consejo. Cuando se hubiere conocido servirse Dios de los negocios, y convenir que se traten, ha de ser de modo que Su Majestad no se ofenda de quien los tratare; porque si (1) hinche el corazón de cuidados y distraimientos, mayormente fuera de tiempo, no es tratar justamente lo justo. Bueno es tenerse por ministro mandado, y no por guía del negocio; ni por maestro mayor, sino por mozo de: «Daca aquello; haz lo otro.»

Cuando viniere el cuidado fuera de tiempo, decir: «No me manda mi Señor ahora nada de eso; no tengo yo que pensar; todo irá errado por ir de mi cabeza; cuando mi Señor me mande que haga, he de ha-

---

(1) *Si;* la edición de 1595, *se.*

cerlo; oiré y haré.» Y para esto es bien tener tiempo determinado para estos cuidados porque no vengan a hacer estruendo cuando el hombre ha de estar en silencio con Dios. Y si dan congoja que inquiete, entender que no es aquel el camino de Dios, ni cumplimos su palabra de *Nolite solliciti esse* (*Mt.*, 6, 31). *Labor enim exercendus, sollicitudo tollenda*; pues dice el Señor que confiemos en el celestial Padre para quitarla. Quien la tiene, cierto, siente que el negocio pende de el, y que su saber le puede encaminar en él. Y por esto se ha de persuadir el cristiano que no es de provecho, aun para el mismo negocio, aquella angustia inquieta, ni aquel demasiado pensar vedado por la Escritura (*Eccli.*, 30, 22): *Non afligas temetipsum in consilio tuo*. Digase a sí mismo: Dios lo ha de hacer, no yo; *forte* no quiere Dios que se remedie esto por aquí; y si lo quiere, con paz ha de ser y con ganancia mía, y no con pérdida. Y así procurar que el corazón ande celebrando siempre el cristiano *sabatismo* que dice San Pablo (*Hebr.*, 4, 9), y de que diga al Señor: Venid a *mi corazón*, que *desembarazado está* (*Ps.*, 107, 2), y no tengo cosa que me estorbe de oíros y hablaros. Y tiene vuestra merced razón de pedir socorro de oraciones para ello, porque no así fácilmente se alcanza.

El Señor que llamó a vuestra merced para Sí, le conserve en su gracia, y después le lleve consigo a su eterno descanso.

157.—A UN RELIGIOSO SACERDOTE

Su discípulo. Que en ningún tiempo se debe un religioso descuidar; y el peligro que hay en la tibieza; y algunos motivos para despertar el fervor espiritual

1. Porque no sea que Vuestra Reverencia se endurezca en la Religión, pensando que en andar con el hábito a cuestas, que no hay más sino andar y andar así flojamente y olvidado en el camino de Dios, y si hace algo, más es por miedo del Prelado, que no por el servicio que desea hacer a Dios en ello; le hago saber que en las obras hechas así flojamente sin caridad, más ofende a Dios que otra cosa. No se confíe de su confianza, que aunque parecen buenas, algunas veces no son aceptas, como tenemos ejemplo en el fariseo (*Lc.*, 18); que *ayunaba dos veces en la se-*

mana, y daba sus décimas; y él *fué reprobado, y el publicano justificado*. Cierto, más es de llorar el religioso flojo, que el pecador engolfado en vicios; porque el pecador ve que pena y anda en el camino de perdición; pero el religioso que no lo es de costumbres, sino de hábito, con su vana confianza va a parar en el infierno, como de los tales el Profeta dice (*Ps.*, 48): *Sicut oves in inferno positi sunt*. ¿Quién son éstos, sino religiosos, que son comparados a *las ovejas*, que son en sí mansas y no ofenden a nadie? Y que vayan, así mansas, a *parar en el infierno*, cosa cierto es de gran lloro; por eso mire que está escrito (*Jer.*, 8): *Maledictus qui facit opus Domini negligenter, vel fraudulenter*.

Mire que tiene oficio apostólico y grande; no se engañe, que en el grado que anduviere, así le tomará Dios cuenta. Por eso no le acontezca como a las vírgenes locas, que pensando que iban con sus lámparas a buen recaudo, al tiempo que fué menester no hallaron óleo en ellas (*Mt.*, 25); pero aunque eran vírgenes como las otras, no por eso entraron mejor en el cielo; y esto causó su vana confianza. Y de aquí es que está escrito: *Qui confidit in cogitationibus suis, impie agit* (*Prov.*, 12, 2).

2. Por eso procure siempre consejo de hombres espirituales, y que le guíen, y no vaya descuidado a parar adonde no piensa, sino procurando saber la diferencia que hay de servir a Dios o no le servir. ¿No procurará Vuestra Reverencia de saber esto, pues le va tanto en ello? Pruébelo un año, recogiéndose en la celda, apartándose de murmuraciones y pláticas ociosas que ahogan al espíritu; y si no se hallare bien con ello, vuélvase a su mala costumbre; pero hasta probarlo no lo deje. ¿Por qué piensa que andan algunos tan flojos y tibios? Porque nunca lo quisieron procurar, ni tuvieron constancia para ponerlo por obra; y ya que algunas veces lo comenzaron, fué por algún poco tiempo; y haciéndoseles la cuesta áspera de subir, tornaron a caer.

¿Sabe la diferencia que hay entre el religioso que sirve a Dios y el que no le sirve? Yo se lo diré, por ver si bastará decírselo de palabra; y es breve de saber: que el religioso que sirve a Dios, tiene acá gloria de mayor perfección; y a la contra, el que a Dios no sirve, tiene acá infierno, y después infierno perpetuo de mayor corrupción. ¿Quiérelo ver claro? Mire lo que dice nuestro Señor, Redentor y Maestro

Jesucristo (*Mr.*, 10): *Amen dico vobis, nemo est qui reliquerit domum, aut fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem propter nomen meum, qui non accipiet centies tantum in hoc saeculo, et in futuro vitam aeternam.* Pues que me lo ha de pagar acá Dios *cien veces tanto* en este mundo, si le sirviere bien, en consolaciones y gustos espirituales, que no hay cosa, sin comparación en el mundo todo, que se pueda comparar con ésta, como lo sé de personas que sirven a Dios en la Religión, que se lo paga Dios tan pagado acá, que no digamos cien veces, pero millares de millares más; y *después* con todo esto les da *su gloria.* Y al contrario, al que no anduviere bien en este camino, ¡qué lástima le es de haber! Que trabaja acá en una vida tan penosa como es la del religioso, que todos lo ven; está toda su vida sin consolación alguna, sino trabajo sobre trabajo; y después de esto, cuando piensa ir a descansar, se va a tomar nuevos tormentos y trabajos, mucho mayores que los primeros sin comparación, y aquellos eternos, sin esperanza de haber fin de ellos.

3. Por cierto, digna cosa es de llorar vernos puestos en tan gran peligro. De esto tenemos ejemplo de un santo ermitaño, que le dió Dios lugar para que pudiese ver el gran peligro en que estaba puesto en esta vida; y como lo considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto, y cubrió su cara, que no podía ver sino solamente la tierra que iba a pisar; y nunca más quiso hablar a hombre, y jamás alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan gran peligro como vive el hombre. Y como le venían a ver muchos a la celda, viendo la gran mudanza que había hecho, le preguntaban qué hacía, que para qué era aquel extremo. Él nunca les respondía otra cosa sino: ¡Dejadme, que soy hombre! Por eso, por amor de Dios no nos descuidemos con confianza vana, hasta que lleguemos al puerto seguro sin fin. Pues que habemos escogido penitencia, y nuestro hábito la demuestra, no aflojemos en ella, que la vida es breve y la gloria eterna. ¿Qué aprovecha comenzar la vida de la penitencia y no acabarla? ¿O para qué se busca descansadero? ¿Por ventura no está escrito (*Apoc.*, 2): *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae?* ¿Por qué procedemos con tanto descuido y flojedad en esta peregrinación?

4. Tome Vuestra Reverencia ejemplo en Cristo, cómo comienza, cómo persevera y cómo acaba; si hubo

flojedad y descuido en su comienzo, medio o fin. Que al fin, si quiere ser compañero en su gloria, es menester que le sea compañero en esta miseria que Vuestra Reverencia tiene, como está escrito (2 *Cor.*, 1): *Si fuerimus socii passionum, et consolationum erimus.* ¿Qué le aprovecha al que entra en una batalla una y dos veces, si al cabo vuelve las espaldas huyendo? Más le valiera no haber entrado. Haga como hizo Jonatás, que peleó con gran trabajo y afán *hasta la tarde contra los filisteos.* ¿Qué se entiende aquí por *los filisteos,* sino contra los enemigos? ¿Y *hasta la tarde,* sino hasta la muerte? Por eso no aparte la mano de lo comenzado, que si la aparta, la del cielo se apartará de Vuestra Reverencia. *No se acuerde de las ollas de Egipto,* ni mire atrás, pues Dios le ha hecho tan gran merced de apartarle de la compañía de los malos, y traerle a la de los buenos; porque no le acontezca como a la mujer de Lot, que se volvió *en estatua de sal,* y no quiera ser de los que dice el Señor... Por eso anímese, y *no dilate,* como está escrito (*Eccli.*, 5, 8), *de día en día*; y no aguarde hasta la hora de la muerte, cuando sobrevinieren otras tribulaciones y angustias. No se descuide tanto; muy presto vendrá la angustia de la muerte, y ni a mozo ni a viejo perdonará. Y muy más peligroso es el descuido en el viejo que en el mozo, viendo que está cargado de años, y que se descuida, y viendo el poco tiempo que tiene, se duerme. Peligrosa cosa es, y muy al contrario de la voluntad de Dios, como parece claro en el ejemplo que el Señor nos dió en el huerto con San Pedro, que viéndole el Señor que dormía descuidadamente, se fue a él dos veces a despertarlo: *Simon, dormis?* (*Mr.*, 14). ¡Oh Señor! ¿No veis que es viejo y lleno de canas, y que ha trabajado, y ha andado cansado? Dejadle dormir un poco; llamad aquel mancebo que tenéis cabe Vos, San Juan, para que vele con Vos, que podrá mejor que este pobre viejo. ¿Para qué tenéis tema con él? No hacía esto, sino daba tras su viejo, porque le faltaba mucho de andar, y poco tiempo para darse a Dios, como hizo con San Juan.

Por eso todos se guarden, en cualquier estado, de flojedad, y más el viejo que el mozo, porque se le acaba la jornada y tiene el fin muy cercano, no buscando jubileos (1) en la Orden, diciendo: Sirvan los

(1) *Jubileos:* jubilaciones, exenciones de las observancias por razón de antigüedad, etc.

mancebos, que nosotros ya hemos servido treinta y cuarenta años. Querría yo saber si vienen a servir a la Orden, o a Dios. Si dicen que a la Orden, diré que tienen razón, que los mancebos les tomen la carga. Pero si dicen que vienen a servir a Dios, miren que se engañan mucho. Un santo que aflojase a las veces del fervor de la devoción, osaré decir que este tal santo no está en el cielo; que al fin, *qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit* (*Mt.*, 10). ¿No saben que manda nuestro Señor, Redentor y Maestro Jesucristo (*Mt.*, 16): *Tollat crucem suam quotidie*, cada día, sin aflojar, hasta la muerte: *in canticis*, cada noche, *serviamus illi in sanctitate, et justitia coram ipso omnibus diebus nostris?* (*Lc.*, 1.)

5. Por eso ninguno, aunque más santo sea, no deje la penitencia. Mirad a Job (42) cuán justo era y decía: *Idcirco ipse me reprehendo, et ago poenitentiam in favilla et cinere.* Miren a San Juan Bautista, santificado en el vientre de su madre, la penitencia que hizo tan grande. Y todos esos santos Apóstoles no aflojaron de asperísima penitencia, aunque tenían palabra de Aquel en cuya boca nunca fué hallada mentira, y *antes pereceria el cielo y la tierra, que su palabra* (*Lc.*, 10); que sus nombres *están escritos en el cielo*, y que irían allá; ¡y nosotros, desnudos, y cargados de pecados a que estamos sujetos, y en duda de nuestra salvación, si no hacemos penitencia, o en la comenzada aflojamos, en la vejez buscando regalo, eximiéndonos del coro! No quiero que el viejo haga más de lo que pueda sufrir; pero en lo que pudiere llevar, ¿por qué no seguirá a los santos y a los otros? ¿O saben otro camino para el cielo, o están mejor alumbrados? Es cosa clara que no. Pues si no, ¿por qué no procuran seguirlos? ¿Con qué ánimo quieren que vayan y caminen este camino los mozos, si ven aflojar a los viejos tan reciamente? Guárdese Vuestra Reverencia, por amor de Dios, no haga de manera, que pierda en la vejez lo que ganó cuando mancebo en la Religión. Por eso hasta llegar esta nave al puerto, ninguno se asegure de su vida, siempre procurando servir más a Dios; pues escogimos el camino y carrera estrecha para ir al cielo, andemos por ella, no declinemos *ad dexteram, nec ad sinistram*; y no sea que digamos, después que salgamos de esta carne, y viéremos que habemos errado el camino, aquello que está escrito (*Sap.*, 5): *Ambulavimus vias difficiles, et viam Domini ignoravimus.* ¿Quién anda

más dificultosamente que el religioso? Tantos superiores que le mandan, tantas obediencias de día y de noche, tantos ayunos y abstinencias, ya todos lo saben por experiencia; y con todo esto, al cabo nos hallamos y nos hallaremos burlados, y veremos que *ignoramos el camino del Señor*. Por eso es necesario volver sobre nosotros, y seguir el consejo del Sabio, para mejor volvernos a Dios (*Eccli*, 7): *In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.*

6. Cuatro son nuestras postrimerías: *la muerte*, el juicio, el paraíso y el infierno. Miremos la muerte cuán breve vendrá, cuán breve es esta vida, que, como dice el Apóstol Santiago (4, 15): *Quae enim est vita nostra? Vapor est ad modicum parens*; que se compara al viento, como dice Job (14), que presto pasa: *Acordaos que viento es mi vida. Transitus est tempus nostrum.* Pues viendo que tan poca es nuestra vida, hemos de sacar eternidad mala o buena; ¿por qué no procuraremos de andar este camino como lo hemos de andar, pues tan poco tiempo tenemos? Como lo amonesta bien el Apóstol (*Galat.*, 6): *Dum tempus habemus, operemur bonum*; que al mejor tiempo se nos acortará el hilo de la vida, y ya que nos queramos morir, querremos entonces obrar y no podremos. Por eso, por amor de Dios, se tenga esto siempre en la memoria, el gran arrepentimiento que tendremos en la muerte de lo poco que hemos servido a Dios cuando teníamos salud, y no podremos volver a hacer penitencia en lo que faltamos, como está escrito (*Sap.*, 2): *Non est reversio finis nostri.* Siempre es menester tener este fin delante de los ojos, porque, como dice muy bien un Doctor: *Religiosi autem, qui ambulant sine consideratione finis proprii, efficiuntur tepidi, inquieti, murmuratores, ambitiosi, iracundi, loquaces, sensuales, histriones, et duriores quam saeculares; et nisi Deus per suam misericordiam ad poenitentiam eos revocet, aut conservet, in mala labuntur praecipitia, quibus numquam postea liberantur.*

7. Volvamos también a mirar *el juicio*, que no podemos escapar de él, ¡cuán horrible será! Allí se descubrirán nuestros pecados delante de todo el mundo y del cielo, y delante los buenos y malos. De esto se acordaba bien el glorioso Jerónimo, como él lo dice: *Sive comedam, sive bibam, sive aliquid faciam, semper videtur in auribus esse: Mortui, venite ad judicium!* No nos veremos allí; que si echáremos los ojos arri-

ba veremos al Juez airado; si abajo, el infierno; dentro de sí, la conciencia, remordiéndose; de parte de fuera, el mundo ardiéndose; a la diestra una infinidad de demonios esperando el ánima para llevarla consigo; a la siniestra los pecados acusándonos. Allí aparecerá Dios airado a los malos, y terrible y espantoso. En grande aprieto se hallarán allí; aun los buenos estarán temblando. No queramos saber más que el partido que quería hacer Job (14) con Dios, siendo tan justo, diciendo: *Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas me, donec transeat furor tuus; et constituas mihi tempus, in quo recorderis mei?* Pues si este santo pedía esto, ¿qué haremos nosotros, miserables pecadores, aquel día? ¿Qué diremos? Sino que nos acontecerá lo que a aquel que entró en las bodas sin vestidura de boda, que preguntándole cómo había allí entrado sin vestidura de boda, *obmutuit.* Por eso avísanos (2), porque *cum apparuerit, habeamus fiduciam, et non confundamur ab eo in adventu ejus.* Porque *si el justo apenas se salvará, los pecadores ¿adónde irán?* como lo dice San Pedro (1 *Pet.*, 3). *Omni tempore sint vestimenta tua candida;* como quien dice: Venid siempre ataviados de virtud, que no sabéis cuándo os llamarán.

8. Miremos también en *la gloria* lo que nos está aparejado eternalmente, como lo hacía el Profeta (*Ps.*, 118): *Inclinavi ad faciendas justificationes tuas propter retributionem.* Así, inclinemos nuestro corazón, porque con esperanza de tan gran gloria, llevemos mejor y con más ligereza los trabajos. No queramos perder una gloria tan perpetua y tan buena por este momento terreno. Hagamos como Moisés, del cual dice el Apóstol (*Hebr.*, 11): *Estimó Moisés pasar los trabajos con los hijos de Israel, y salir con ellos de Egipto, llegando a la tierra de promisión.* Procuremos no volver las cabezas atrás a las ollas podridas de Egipto, sino, como Moisés, echar los ojos a lo alto y todos los trabajos se harán fáciles.

9. Pero ya que no nos mueva ninguna cosa de las dichas ni nos podamos volver a Dios por amor, un remedio queda—y no nos pueden dar otro—, y es que nos volvamos por temor, mirando la pena perpetua del infierno que está aparejada, como lo aconseja el Profeta (*Ps.*, 9): *Convertantur peccatores in infernum, omnes gentes quae obliviscuntur Deum;* como

---

(2) *Avísanos;* avisemos (1595).

quien dice: Ya que estáis tan obstinados, pecadores, que olvidáis del todo a Dios, volved a mirar el infierno en que caeréis, y esto os hará volver a Dios; que si esto no basta para convertiros a El, no se qué bastará. Para siempre jamás pena, y tantas diversidades de penas, que no se pueden explicar; que, como dice San Crisóstomo, así como hay en el cielo muchos merecimientos de gloria, así en el infierno hay muchos merecimientos de pena.

10. Por eso volved sobre vos, *et facite bonum, et quare moriemini? dicit Deus Israel. Revertimini, et vivite: quoniam Deus mortem non fecit, nec laetatur in perditione malorum* (*Ezech.*, 18). Como parece claro en esta su venida; que venía tan manso a darse a todos, y más a los sacerdotes, que tal oficio tenemos, y estamos en tal alto grado, que somos sagrario del Hijo de Dios; que lo que la Virgen soberana trajo en el vientre nueve meses, lo encerramos nosotros cada día en nuestro pecho, y que en la Misa nos ponemos en el altar en persona de Cristo a hacer el oficio del mismo Redentor, y hacémonos intercesores entre Dios y los hombres para ofrecer sacrificio; oficio que no tienen los ángeles. ¿Qué serafín bastará para este oficio? ¿Qué penitencia bastará que hagamos? No habíamos de estar sino emparedados. ¡Bien se siente en nosotros; que como hacemos el oficio, así alcanzamos la gloria! ¿En qué está esta flojedad y desacato, sino en que no procuramos de hacer lo que se debe hacer? El que tal oficio tiene es semejante a un carbón. ¿Cómo, pues, una ascua tan viva, que cada día encerramos en nosotros, no nos quema las entrañas? La razón es porque no le tenemos puesto leña en el pecho, donde se encienda cuando le recibimos; no tenemos el pecho lleno de buenas obras y deseos que podríamos hacer, sino que cada día nos confesamos, y siempre tornamos a caer en lo que confesamos, y nunca nos enmendamos ni aprovechamos más un día que otro, ni lo procuramos, que es peor. ¿Pues qué es esto? ¿Por ventura no recibimos gracia en el Sacramento? No hay falta en el Sacramento; y pues que, como está escrito, no la puede haber, ¿cómo no aprovechamos en este camino? ¡Oh sacerdotes! Esta es nuestra confusión, ésta es falta nuestra, cuando no mirásemos otra cosa, sino ver que es un oficio tan grande y tan excelente, y que con él no podemos aprovechar. Procuremos de aprovecharnos.

11. ¿Qué queremos que nos haga Dios más, sino darnos a sí mismo? Ya digo, a nosotros nos echemos

la culpa; nuestro es el descuido grande; nuestra es la flojedad, y el desacato grande; nuestra pura pereza, nuestros deseos desordenados, nuestras pláticas vanas y ociosas; todo el tiempo se nos pasa en niñerías. Que esta ascua viva donde halla aparejo de calor confírmale, y fortalécele y hácele constante en sus obras, y le guía por camino derecho; vuélvele de hombre carnal en espiritual, en ángel encarnado; hácele andar con fervor, con un temor grande de le ofender, mirando cómo le sirva mejor hasta que sale el ánima de sus carnes. Si afloja algo de las cosas corporales alguna vez, no afloja de la devoción, y siempre arde en su corazón.

12. Estos se apartan por temor, y por conservar este amor y ardor, no perdiendo tiempo en murmuraciones, pláticas vanas y cosas que matan esta lumbre; no se les da por todo el mundo un cuarto; más quieren un rato de celda, que todo el tesoro de Venecia. No los lleva cualquier viento del monasterio, considerando el oficio que tienen. Y aunque son raros éstos por nuestros pecados, nunca faltan; siempre Dios obra por su misericordia, porque nos den ejemplo para que andemos tras ellos, y tomemos dechado de aquel que viéremos que anda en el camino y la vía de Jesucristo más recta y derechamente que los otros; y sigámosle, y andemos tras él, y salgamos de tanta flojedad y tibieza, y no nos descuidemos tanto en este camino, pues vemos el gran oficio que tenemos; que Dios nos ayudará, y en nuestra mano está, como dice el Profeta (*Ps.*, 118): *Anima mea in manibus meis semper.* Y en otra parte (*Eccli.*, 15, 17): *Deus ab initio constituit hominem rectum, et reliquit eum in manu consilit sui. Apposuit tibi aquam et ignem: ad quod volueris, porrige manum tuam.* Y en otra parte (*Jonás*, 3): *Ecce ego dedi vobis diem vitae, et diem mortis; convertatur unusquisque a via sua mala, et ab iniquitate quae est in manibus suis.* Que si descuidáremos de este camino de la penitencia, será la culpa nuestra, y no de otro; y así nosotros pagaremos las penas, y no otro por nosotros. Y andando el camino de la penitencia, y trayendo al Señor delante de nuestros ojos, amándole y sirviéndole, será premio nuestro en la eternidad de su gloria.

158.—A SANTA TERESA DE JESÚS.

Aprueba el libro de su Vida y el espíritu que la mueve. Dale algunos consejos prudentísimos para evitar ilusiones (1).

La gracia y paz de Jesucristo nuestro Señor sea con vuestra merced siempre.

1. Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podría yo, con el favor de nuestro Señor, aprovecharme algo de la doctrina de él; y gracias a Cristo que, aunque lo he leído no con el reposo que era menester, mas heme consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda. Y aunque, cierto yo me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y a quien me lo encomienda, me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, a lo menos en general.

2. El libro no está para salir a manos de muchos, porque es menester limar las palabras de él en algunas partes, y en otras declararlas. Y otras cosas hay que al espíritu de vuestra merced pueden ser provechosas, y no lo serían a quien las siguiese; porque las cosas particulares por donde Dios lleva a unos, no son para otros. Estas, o las más de ellas, me quedan acá apuntadas, para ponerlas en orden cuando pudiere, y no faltará cómo enviarlas a vuestra merced (2); porque si vuestra merced viese mis enfermedades y otras necesarias ocupaciones, creo le moverían más a compasión que a culparme de negligente.

---

(1) Santa Teresa envio al Maestro el libro de su VIDA, del cual dice: «Yo deseo harto se dé orden como lo vea (el Maestro), pues con ese intento comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada; que ya no me queda más para hacer lo que es en mí.» Sobre el empeño de Santa Teresa de que el Maestro viese el libro, y el consuelo con que recibió la presente carta, véase OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS (Edic. P. Silverio), t. I, págs. CXVIII-CXXII. Confrontamos el texto con el que trae el P. Silverio, t. II, pág. 208.

(2) ¿Envió estos apuntes el Maestro a la Santa? ¡Sería interesantísimo conocerlos!

3. La doctrina de la oración está buena por la mayor parte, y muy bien puede vuestra merced fiarse de ella y seguirla; y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos.

El modo de enseñar Dios, al ánima, *sin imaginación y sin palabras* interiores ni exteriores, es muy seguro, y no hallo en él qué tropezar, y San Agustín habla bien de él.

4. Las *hablas interiores y exteriores* han engañado a muchos en nuestros tiempos; y las exteriores son las menos seguras. El ver que no son de espíritu propio es cosa fácil; el discernir si son de espíritu bueno o malo es más dificultoso. Danse muchas reglas para conocer si son del Señor; y una es, que sean dichos en tiempo de necesidad o de algún gran provecho, así como para confortar al hombre tentado o desconfiado, o para algún aviso de peligro, etc. Porque como un hombre bueno no habla palabra sin mucho peso, menos las hablará Dios. Y mirado esto, y ser las palabras conforme a la Escritura divina y a la doctrina de la Iglesia, me parece de las que en el libro están, o de las más, ser de parte de Dios.

5. *Visiones imaginarias o corporales* son las que más duda tienen, y éstas en ninguna manera se deben desear; y si vienen sin ser deseadas, aun se han de huir todo lo posible [aunque no por medio de dar higas, si no fuese cuando de cierto se sabe ser espíritu malo; y, cierto, a mí me hizo horror las que en este caso se dieron, y me dió mucha pena] (3). Debe el hombre suplicar a nuestro Señor no le lleve por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus santos se la guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino llano, como lleva a sus fieles amigos; y con otros buenos medios debe procurar el huir de estas cosas.

Mas si todo esto hecho, duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no induce su vista a vanidad, sino a mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y dura esto por mucho tiempo y con una satisfacción interior que se puede sentir mejor que decir, no hay para qué huir ya de ellas. Aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sino comunicarlo luego, con quien le pueda dar lumbre; y éste es el medio universal que se ha de tomar en

---

(3) Véase la Autobiografía de Sta. Teresa, cp. 29. Las palabras encerradas entre corchetes no se leen en la edición de 1595.

todas estas cosas; y esperar en Dios, que si hay humildad para sujetarse a parecer ajeno, no dejará engañar a quien desea acertar (4).

6. Y no se debe nadie atemorizar para condenar de presto estas cosas, por ver que la persona a quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo a la bondad del Señor sacar de malos gustos, y aun de pecados, y graves, con darles muy dulces gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa a la bondad del Señor? Mayormente que estas cosas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte, antes algunas por ser más flaco; y como no hacen a uno más santo, no se dan siempre a los más santos.

Ni tienen razón los que por sólo esto descreen estas cosas, porque son muy altas, y parece cosa no creíble abajarse una Majestad infinita a comuni ación tan amorosa con una su criatura. Escrito está, que *Dios es amor* (1 *Jn.*, 4, 16), y si amor, es amor infinito y bondad infinita; y del tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor, que turben a los que no le conocen. Y aunque muchos le conozcan por fe, mas la experiencia particular del amoroso, y más que amoroso, trato de Dios con el que quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto donde llega esta comunicación. Y así he visto a muchos escandalizados de oír las hazañas del amor de Dios con sus criaturas; y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace. Y siendo razón que por ser la obra de amor, y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, de allí mismo sacan ocasión de descreer, de donde la habían de sacar de creer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

7. Paréceme, según del libro consta, que vuestra merced ha resistido a estas cosas, y aún más de lo justo. Paréceme que le han aprovechado a su ánima; especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse de ellas. Han durado mucho, y siempre con provecho espiritual. Incítanle a amor de Dios, y a propio desprecio, y a hacer penitencia. No veo por qué condenarlas; inclínome más a tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmen-

(4) De esta materia trata extensamente el Beato en su libro AUDI, FILIA, cap. 50-55.

te si es cosa no acostumbrada, o dice que haga alguna cosa particular y no muy llana: en todos estos casos y semejantes se debe suspender el crédito, y pedir luego consejo. *Item*, se advierta que aunque estas cosas sean de Dios, se mezclan otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. *Item*, ya que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ello, pues no consiste la santidad sino en amor humilde de Dios y del prójimo, y estotras cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su estudio a la humildad, virtudes y amor del Señor. También conviene no adorar visión de éstas sino a Jesucristo en el cielo o en el Sacramento; y si es cosa de santos, alzar el corazón al Santo del cielo, y no a lo que se me representa en la imaginación; baste que me sirva aquello de imagen para llevarme a lo representado por ella.

8. También digo que las cosas de este libro acaecen aun en nuestros tiempos a otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es abreviada para hacer ahora lo que en tiempos pasados, y en vasos flacos, para que Él sea más glorificado (5).

Vuestra merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho; y dé gracias a nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento, y amor de penitencia y de cruz; y de esotras cosas no haga mucho caso; aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy muchas de ellas son de parte de nuestro Señor, y las que no son, con pedir consejo no le dañarán.

Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas (6), pues no las tengo; pero la oración de vuestra merced lo ha hecho: pídole por amor de Jesucristo nuestro Señor se encargue de le suplicar por mí, que Él sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuestra merced haga lo que le suplico. Y pido licencia para acabar ésta, pues quedo obligado a escribir otra.

---

(5) Sobre esta efusión de gracias místicas en los tiempos del M. Avila habla brevemente en el AUDI, FILIA, capítulo 17.

(6) El Beato se hallaba deshecho por la enfermedad en el último año de su vida.

Jesús sea glorificado de todos y en todos. Amén (7).
De Montilla, 12 de setiembre de 1568 años.
Siervo de v. m. por Cristo

JUAN DE AVILA.

159.—A UNA MONJA, HIJA SUYA ESPIRITUAL.

De la misericordia que hace Dios a los que llama a religión; de los ejercicios de una religiosa, y de la obligación que tiene a Dios.

SIERVA DE JESUCRISTO:

1. Algunas veces he pensado si nuestro Señor os ha llevado de esta presente vida a gozar de Sí, pues estando acá, y estar tanto tiempo sin hacerme de saber de vuestra ánima, me parece cosa casi increíble. Aunque algunas veces es tanto lo que da acá nuestro Señor a sentir de Sí mismo, que no se acuerda el ánima de nadie, por estar toda ocupada en Aquel que es todas las cosas. Plega a su bondad que la causa de vuestro no escribirme sea ésta, porque no sólo no me quejaré, mas en gran manera me alegraré; porque ¿qué otra cosa debo yo desear al ánima que en Dios amo, como verla toda ocupada en amar y ser amada de nuestro Señor, pues éste es el fin de lo que con vuestra ánima he trabajado, y de lo que Dios con vos ha hecho?

2. Esposa de Jesucristo, ¿cómo os va con Él? ¿Tenéisle muy asentado, muy querido en vuestro pecho? ¿Hiere el cuidado de tenerle contento a vuestro corazón, para buscar su santa voluntad, aunque sea contra la vuestra? Porque su amor, aunque es gozo y descanso del ánima, por otra parte no le deja reposar, sino, como perpetua espuela, anda aguijando y solicitando al ánima, para que cada día más y más procure de agradar al que ama. Y por esto se compara con el fuego, que es cosa que no está quedo, mas siempre la llama viva está obrando y subiendo hacia arriba. No tiene que ver este amor con tibieza, ni sabe descansar sino en su Señor. Y este es amor de esposa leal, que vos, señora, es razón que seáis, pues lo sois en la profesión, y tenéis interior llamamiento para poner en obra a lo que de fuera

---

(7) Fray Luis de Granada, hablando de esta carta, dice que trata «de materias muy espirituales y delicadas, que no son para todos». (VIDA DEL P. M. AVILA, p. I, cap. III. § 12.)

sois llamada. No os olvidéis del día en que a vuestro Esposo os ofrecisteis en mano de vuestro Prelado; ni del día en que vuestro Esposo metió la mano en vuestro corazón, y os dió a conocer a vos misma y a Él, cuando dijo en vuestro corazón: *Hágase luz* (*Gen.*, 1, 3) y huyeron tinieblas y tristeza, y como quien ve la lumbre del cielo, vive en alegría y sabe por dónde ha de ir sin tropezar. Porque si de estos días os acordáredes, veréis que en el primero quedasteis obligada a poner muy particularmente vuestro amor en nuestro Señor (1), pues el contrato del matrimonio obliga a cada una de las partes a amar a la otra: y en el segundo día el Señor os demostró el amor que os tiene, y os dió a vos fuerzas para pagarle vos, según vuestra flaqueza, el amor que le debéis. Porque de vuestra parte, ¿qué tenéis vos, sino obligación, y no de qué pagar, ni cómo salir de ella; como pobre adeudada, que merece estar en la cárcel *presa en mendicidad y hierro*, como dice David? (*Ps.*, 106). Mas el rico Jesucristo os dió de la riqueza de su gracia, con que le conozcáis y améis, y podáis vencer lo que os contrasta, y derribar al fuerte Goliat, que es el demonio, peleador contra los que a Jesucristo quieren servir.

3. No es razón, señora, no es razón que olvidéis lo que debéis, ni lo que os dieron para pagar; y por lo que os dieron quedáis más obligada a servir a Dios, pues el ser monjas es de muchas, y el recibir lumbre y favor particular del cielo para servir al Señor no es de muchos. Abraham dones dió a los hijos de sus menos principales mujeres; mas al hijo legítimo de la más querida mujer su herencia le dejó, para que entendamos la diferencia de los dones que Dios da en esta vida a unos y a otros. A Dios gracias, que *vuestras cuerdas y suertes cayeron en lo mejor* (*Ps.*, 15, 6), pues os fué dada gracia para mudar vuestra vida, para despreciar el mundo de todo corazón, para despreciar a vos misma, y para obedecer a vuestra Prelada como a madre, y amar a todos como hermanos, y a Dios más que a la lumbre de vuestros ojos. Esta es la razón celestial que os fué dada, para que vos fuésedes rica y abastada en Jesucristo puesto en la cruz; y de allí os viene la mudanza tan favorable y saludable que en vuestra vida hicisteis, la hermosura invisible que en vuestra ánima fué puesta. ¿Qué resta, sino que, como quien tiene de las riquezas del mundo, luego toma criados para las

(1) *Pues;* la edición de 1595 dice: *y pues.*

guardar, así vos seáis cuidadosa en guardar las que nuestro Señor os ha dado, para que no vengais a empobrecer en el ánima después de haber sido rica, que es vida muy más trabajosa y triste que la de los que nunca supieron qué eran riquezas?

4. Acordaos de lo que vuestro Esposo dice (*Jn.*, 5, 14), y pensad que lo dice a vos, como es verdad: *Ya estás sano; mira no quieras pecar más, porque no te acaezca otra cosa peor.* Vivid en un santo recelo, si habéis de poner en guarda lo que nuestro Señor os ha dado; si habéis de ganar *cinco talentos con los cinco* que os dieron (*Mt.*, 25); si habéis de tener *óleo en vuestra lámpara* (*l. c.*), no unos pocos de años, sino hasta que suene la voz de la muerte en vuestras orejas: *¡El Esposo viene, salidlo a recibir!* Porque si con este cuidado vivís, bien ocupada andaréis, y no tendréis lugar de poner vuestros ojos en cosa del mundo; porque este cuidado basta para dar en que entender y enflaquecer; la Escritura dice (*Eccli.*, 31, 1) que *basta para quitar el sueño.* Y si no lo tenéis, pesarme ha mucho, porque faltando éste, luego se entra la vanidad, curiosidad, y tantas cuentas con vidas ajenas, cuanta falta de mirar por la propia, y poco a poco viene el ánima a ser siete veces peor que de primero. No espero de vuestra caridad tales frutos, llenos de tanta amargura, mas de bendición y dulcedumbre, *como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas* (*Ps.*, 1), que con hoja y con fruto alegra al que lo labró. Y si por humana flaqueza os habéis algo descuidado, como suele acaecer, despertad luego, y no pase el sueño adelante, porque no sea sueño mortal; y pedid perdón a nuestro Señor, *que es benigno y misericordioso* (*Joel*, 2, 13), y aunque se enoja con los defectos de los que ya le conocen, y los castiga, no desecha a los hijos, mas castígalos, no con furor, mas con vara de Padre. Idos luego a Él, aunque penséis que lo habéis enojado; que para eso os enseña el enojo, para que se lo quitéis con vuestra humildad y propósito de enmienda. Luego os perdonará, y muchas veces os hará particulares mercedes en pago de vuestros descuidos.

5. No os dejéis endurecer con la tibieza, que es muy mala enfermedad de curar. Ni os desmayéis porque no os estáis siempre en aquel fervor que era razón; y sois mujer, y no ángel; flaca, y no con firmeza. El mayor placer que a vuestro enemigo podéis dar es quedaros caída en el camino, como atollada en el lodo, y quebrantada con la desconfianza, y como

a quien ya no toca el negocio del cielo. Quiere el Señor que *sintáis de Él en bondad* (*Sap.*, 1, 1) y que no desecha a los que, conociendo la propia flaqueza, van a pedir remedio y fuerza. Y es tanta nuestra soberbia, que muchas veces, por sanarnos de ella, nos deja caer en cosas que estaban muy lejos de nos; y caídos, levántanos; y conociendo por experiencia quién somos, agradecemos quién es para con nosotros, y vivimos de ahí adelante con mayor cuidado y recelo de no tornar a perder lo que ya una vez perdimos. Y así nuestro sapientísimo Médico y amantísimo Padre saca medicinas de nuestras heridas y vida de nuestra muerte, y muestra su bondad en nuestra maldad; y aunque peleamos nosotros contra Él con armas de pecados provocativos a que nos deseche, sale su bondad vencedora, haciéndonos mil cuentos de beneficios.

6. Servid, pues, a este Señor con todas vuestras fuerzas; y si así lo habéis hecho, dadle por ello gracias; y si le habéis faltado, tornad a Él con verguenza y propósito de enmienda; y consolad vuestra ánima con los santos Sacramentos y remedio que dejó; y comenzad el camino de nuevo, y aprended a no tropezar en lo que más veces tropezasteis, para que seáis de aquellos que dice San Pablo (*Rom.*, 8): *Que a los que aman a Dios, todas las cosas se les tornan en bien;* y que *aunque caen, no se quiebran, porque el Señor los tiene debajo su mano* (*Ps.*, 36, 24).

Y entre estas cosas, acordaos de mi pobreza, para pedirme delante del Señor misericordia. Y dad mis encomiendas a todas las personas que en esa casa sirven al Señor: el cual sea vuestro eterno amor. Amén.

160.—A UN PREDICADOR.

Contra la tentación de la desconfianza; y de los bienes que tenemos en Cristo.

1. No tenga vuestra merced queja de mí, le suplico, sino *dónemelas*, como dice San Pablo (1 *Cor.*, 12), pues Dios nos donó las que contra nos tiene. Ya sabe vuestra merced mis faltas, que bastan a hacer cualquier falta en el servir; y otras veces falta mensajero como ha faltado de donde he estado y ahora estoy; si no hay quien me avise de él, yo no sé dónde le busque. Suplícole crea que en cosa de más importancia tengo amor para le servir.

2. Por tentación cierta tengo la desconfianza de salvación que vuestra merced dice; y no sólo por cier-

ta, mas por necia; que tal nombre merece la que no se quita con los bienes que tenemos en Cristo, como si este negocio fuese obra de nuestras manos, o premio de nuestros méritos, y no antes gracia de Dios por Jesucristo. Ensanche vuestra merced su pequeño corazón en aquella inmensidad de amor con que el Padre nos dió a su Hijo, y con Él nos dió a sí mismo, y al Espíritu Santo y todas las cosas. Reciba esta gracia con hacimiento de gracias y goce de Dios, pues Dios se le da. Y si le desmayan sus deméritos, acuérdese que una de las dádivas que el Padre en Cristo nos da, es suelta de nuestras deudas, y amansamiento de la ira que merecían nuestros pecados. ¿Qué duda de perdón, pues no duda de la pasión que por los pecados pasó? ¿Qué aprovecha confesar que *Cristo murió por nuestros pecados, justo por injustos* (1 *Petr.*, 2), si no cree que su muerte mató nuestros pecados? Y si son muertos, ¿por qué los teme? Pues los hijos de Israel, a quien Dios sacó de Egipto, *viendo a sus enemigos ahogados en el mar* (*Ex.*, 15) no temieron, mas cantaron alabanzas a Dios, tomando materia de ello en los mismos enemigos que los habían perseguido primero, y a quien antes habían temido.

3. Y aunque no tengamos tan cierta fe de que nuestros pecados nos son perdonados, cuan cierta la tenemos que el Señor murió por ellos, por no saber de cierto si su satisfacción se aplica a nosotros; mas *el corazón nuevo* que Dios nos dió cuando nos llamó para Sí, si no es señal de su amistad y perdón, con la cual podamos tener confianza que estamos de Él perdonados, *el espíritu de hijos* que nos dió cuando nos dió amor con Él como con Padre, ése tenemos por prenda, que en el corazón de Dios somos estimados por hijos, pues en el nuestro le estimamos a Él por Padre; pues es blasfemia pensar que amando yo a Dios, no me ame Él a mí, siéndome dado el amor de su mano. No *sienta* vuestra merced *del Señor* en cortedad y estrechura, mas *en bondad* (*Sap.*, 1), como nos está mandado. Y alce los ojos a la señal de nuestra salud, Cristo, a la prenda de nuestra esperanza, al agradamiento del Padre, participando de la cual somos agradables a Él, y tenemos, por su sangre, cierta la vida delante del trono de Dios. Y si le parece que sus obras son menguadas y faltas, así es la verdad. Mas ¿qué parte es eso para desconfiar? Por Cristo fuimos hechos de enemigos amigos, y por Él conservados en su amistad. Más fuertes contrarios de estar bien con Dios teníamos en nuestros peca-

dos, primero que a Dios conociésemos, que lo son ahora las faltas que hacemos; y como no pudieron los pecados pasados estorbar la fuerza de la gracia que en Cristo nos fué comunicada, tampoco podrán los pecados estorbar la amistad, pues estamos incorporados en Cristo, amado del Padre. Buena cosa es sentir nuestra falta y pobreza, mas con condición que sintamos la largueza y riqueza de la misericordia de Dios, y glorifiquemos su bondad en nuestra maldad, pues sufre con amor a hijos tan faltos, ruines y miserables. ¿Por qué priva vuestra merced a Dios de esta gloria, de ser ancho en el amor para con sus hijos? Que, por la fe y amor que a su Hijo tienen, les sufre las faltas que ellos tienen y cometen, habiendo ellos llorado sus pecados y hecho verdadera penitencia de ellos.

4. Persuádase ya que hay bondad en Dios para le amar, y que hay merecimiento en Cristo para ser amado por Él; y viva en hacimiento de gracias por los bienes recibidos, y también [por] (1) el perdón de sus pecados, que cada día comete y cada día recibe; *y pelee las guerras del Señor con alegría,* como se dice de Judas Macabeo (1 *Mac.,* 3). Y con darle Dios lo que le da, espere de gozarle en su reino, aunque haya de pagar *en fuego* temporal *el heno, paja y madera* que hubiere en su ánima (1 *Cor.,* 3, 15). Anhele siempre a mayor aprovechamiento; mas vaya fundado sobre quietud y confianza, que si no creciere más, esto le basta para su salud. Porque si a sí mismo se mira, como todos seamos llenos de faltas, nunca en su alma faltará desmayo ni sentiría ser amado; y andando así, ¿cómo servirá el Señor, ni contentará a su Santo Espíritu, que en nosotros mora, pues es Él alegre y nosotros le entristecemos con nuestra angustia y desmayo, contra lo cual San Pablo dijo (*Ephes,* 4): *No queráis entristecer al Espíritu Santo del Señor?*

5. Es la suma, que conozca sus faltas, y le parezcan muy grandes, y las llore y gima por la confesión y penitencia; pero mayores los bienes que en Cristo tenemos, por el cual confíe ser amado, con mucho hacimiento de gracias; y si más no le dieren de lo dado, eso basta para esperar la salud eterna.

---

(1) [*Por*]; la edición de 1595 dice: *con.*

161.—A un discípulo Sacerdote.

Que los trabajos exteriores se deben desear por el servicio de Dios.

Muy reverendo Padre y señor mío:

1. Recibí la carta de vuestra merced, y obró en mí lo que otras suyas; conviene a saber: hacimiento de gracias a nuestro Señor por los dones que le da, según las palabras dan testimonio de lo que está en el corazón. Y también obró en mí mucha confusión de haberme llamado maestro y padre del que ya pensaría hacerme nuestro Señor merced de acertar a ser su hijo y discípulo. Y especialmente me confundió, y aun penó, venir en el fin de la carta, que había muchas que me escribir, y que no lo hacía, por guardar el decoro de oyente y discípulo. No es cosa que se puede llevar adelante, porque no es cosa que pierda yo por querer aprovechar a vuestra merced. Y si de este arte lo ha de hacer, harámе oír y callar.

2. No sé si el otro día le escribí se guardase de un yerro que he visto en algunas personas que se tienen por espirituales, y es despreciar los corporales trabajos y aflicciones tomadas por amor del Señor. Y si lo escribí, no hay nada perdido en tornarlo a decir; y si no, es necesario escribirlo. Después que la lumbre—señor—de nuestros ojos, Jesucristo, vivió en este mundo en tantos trabajos, y murió con tantos dolores, quedaron sus siervos tan hambrientos de padecer, que excede a la hambre que los hombres mundanos tienen de descansar. Y no sólo se contentan de sufrir el trabajo que les viene, y más el que es necesario para evitar que el hombre no caiga en algún pecado; antes buscan todas las vías que pueden para poder hallar algún trabajo, y con él mostrar el amor que a Jesucristo penado tienen, como Él lo mostró para con nosotros en los trabajos que pasó (1). Así como el tibio no querría trabajos, mas los que vienen súfrelos con paciencia por no ofender al Señor, así el ferviente amador de Jesucristo no querría descanso, y si alguno por fuerza ha de tomar, súfrelo con paciencia porque lo mandó Jesucristo. De manera, que así como el tibio tiene los consuelos en deseo, y el trabajo en paciencia, así el verdadero cristiano

(1) Véase el Audi, Filia, c. 76.

tiene el trabajo en deseo y el descanso en paciencia. Esto viene del espíritu de Cristo, que obra donde perfecto está lo que en el mismo Cristo obró, que fué amor de trabajos, para más enseñar el amor. Y de aquí es que así como consuelan a un tibio cuando le viene el trabajo, así a un cristiano cuando le viene el descanso; porque el uno sufre el trabajo y no le ama, y el otro sufre el descanso y no le ama.

3. Y esto es parte de lo que nuestro Señor Jesucristo nos dijo, cuando nos mandó llevar la cruz, si queremos ser sus discípulos. Digo parte, porque lo principal en que consiste la cruz, es la muerte del parecer y voluntad propia y de las racionales pasiones; esto es el hombre viejo que ha de morir conforme al hombre viejo de Cristo que murió en la cruz. ¿Cuál es este hombre viejo? El mortal y pasible cuerpo. Muerto ha de ser en nosotros este hombre malo que he dicho.

4. Mas aunque éste sea el principal *llevar de cruz*, no se ha de quitar lo que es también parte, aunque sea menos principal. Y aunque San Pablo dice: *Exercitatio corporalis ad modicum utilis est* (1 *Tim.*, 9), no quiere el siervo de Jesucristo dejar de agradarle ni aun en una cosa mínima. Y porque no cayésemos en este error dice en otra parte (1 *Cor.*, 9): *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo*. No entiendo yo esto que lo decía porque era tentado de carne (como algunos entienden *el estímulo* de que se queja), mas quísolo por cura preservativa, y trabajaba su cuerpo por no venir a enfermar (2 *Cor.*, 4), contando los trabajos que pasaba: *Semper mortificationem Jesu Christi in corpore nostro circumferentes*; adonde llama *mortificación de Cristo*, que es la misma cruz, a los corporales trabajos. Y en otra parte dice (*Gal.*, 5): *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt*. Si quisiera entender solamente la crucifixión de los afectos, bastaba decir, *cum vitiis et concupiscentiis*; mas diciendo *carnem*, con el mismo cuerpo lo ha. Y esto explica él muy bien a los Corintios, 6, adonde pone, entre las cosas en que se deben ejercitar los ministros, los corporales trabajos como ayunos y vigilias; de manera que todo el hombre ande en cruz, pues todo Cristo anduvo en ella; el ánima por la compasión y memoria de Jesucristo crucificado, y por mortificación del viejo hombre que es dicho; el cuerpo también en cruz por corporales trabajos; porque así todo el hombre sea conforme con Cristo penado, pues ha de serlo con Cristo glorioso.

5. *Haec dixi,* porque debe cada uno medir las fuerzas que Dios le dió, y emplearlas en hacer y padecer todo cuanto pudiere, no sólo mirando si es menester para otro buen fin, sino aunque no sea sino para ser conformes con Jesucristo trabajado, no por necesidad, sino por amor. Aunque ni el cilicio, ni pobre cama, y semejables cosas, tomadas por amor de Jesucristo, nos salven; *sola enim crux Christi est salvifica*; mas a lo menos sea imitación de aquella extrema pobreza y aspereza de Cristo crucificado, lo cual no es de tener a poco, si no falta el amor de Cristo: *Gloria enim magna est sequi Dominum. De hoc hactenus.*

Otros dos puntos tenía pensado de escribir, y no hay tiempo; escribirlos he, porque no se me olviden, con condición que me escriba lo que hay que enmendar sobre aquesto.

162.—A LOS PP. D. DIEGO DE GUZMÁN Y DR. LOARTE

Que querían entrar en la Compañía de Jesús: avisos para aprovechar en la virtud.

1. Lo primero, quiten los ojos de querer aprovechar almas por este modo ni por aquél; ni hagan cuenta que las hay más de para desear el bien de ellas y pedirlo a nuestro Señor, mas no para elegir este modo o aquel de aprovechar, antes resistir a este pensamiento como a una clara tentación.

2. En ninguna manera piensen que entran a juzgar lo que los otros hacen; antes traigan en la boca aquel dicho de un monje: *Ego iudicari veni.* Y de este peligro se deben (1) guardar mucho, especialmente quien piensa que sabe algo; porque hay grandes resbaladeros en él, y llegan alguna vez hasta perder la gracia del Señor. Crean que Dios rige a los que rigen, y que tienen para lo que mandan algún particular motivo que ellos no saben; y ellos no juzguen, sino desembarácense con (*Jn.*, 21, 22): *Quid ad te? Tu me sequere.* Y de otra manera, vivirán muy desconsolados e inquietos. Tengan por gran merced de nuestro Señor la obediencia, y esperen que nuestro Señor por sus mayores les declara su voluntad: la cual esperanza no ha de estribar en la sabiduría del superior, sino en la promesa de Jesucristo, que da su

(1) *Se deben;* la edición de 1595: *se pueden.*

ayuda a quien se humilla; y si fe tuvieren en el obedecer, gozarán de gran paz, y en breve aprovecharán mucho.

3. Entiendan que, aunque no tengan aquella libertad que parece convenir para ganar almas, y que los ponen en otros ejercicios diferentes, no por eso se han de inquietar. Porque como de la conservación y aumento de esta Orden dependa mucho provecho de ánimas, aquello que para esto va ordenado, aunque sea fregar escudillas, es convertir almas, y se debe hacer con gran consuelo, enderezando sus vidas a que se gasten en acrecentamiento de esta Orden en aquello que les mandaren; y quitando los ojos de otros medios que se ofrezcan, los pongan en aquello que les fuere mandado, teniendo esto por primer intento; y lo estimen, no tanto por lo que ello es, como por ser mandado, teniendo por merced de Cristo ser miembros de este cuerpo, en el cual Él es servido.

4. Estarán aparejados a cruz, y a ella han de pensar que van (2), trabajando de no dar a otros que sufrir, y sufrirán ellos lo de los otros. No se turben con la diversidad de las condiciones que en las comunidades suele haber; mas piensen que hasta que uno es probado con prójimos, es muy poco lo que de Dios tiene. Y a esto principalmente enderecen sus fuerzas, a no ser inquietados ni impedidos con prójimos; a llevar injurias con alegría; a ser hollados como lodo; a ser *los novísimos* (*Lc.*, 14, 10) a ejemplo de Cristo; y miren que no anden descuidados en esto, porque en faltando el cuidado, está cierta la caída, por la guerra continua que hay. Pongan sobre sí los ojos, y no curen de hacerse maestros de otros; y en ello no hablen, si no fuere siendo mandados.

5. Traten el negocio [de su aprovechamiento] (3) con la reverencia que se debe a negocio de Dios, acordándose de que se han llegado a ver *la celestial visión en zarza de cruz* (*Ex.*, 3) y que *es tierra santa* adonde están, y que no sufre mortecinos afectos. Esfuércense mucho en Cristo *et in potentia virtutis ejus* (*Ephes.*, 6, 10) a negarse a sí mismos, no sólo en sensualidad, mas en voluntad, y principalmente en entendimiento: porque éste es el derrama solaces, ene-

---

(2) La edición de 1595: *han de pasar, porque van.*

(3) *De su aprovechamiento;* falta en la edición de 1595.

migo de la paz, juez de sus mayores, padre de disensión, enemigo de la obediencia, ídolo puesto en el lugar santo de Dios. Otra y otra vez les encomiendo que lo derriben, y reine Dios por fe en él, muy confiados que lo que sus mayores les mandan es la voluntad del Señor; y esto, y no otro, tengan por consuelo en todas sus cosas, y por refugio en todas sus dudas; y mientras esto les durare irles ha bien.

163.—Para un cura de almas

A quien Dios había hecho merced de llamarle a la vida espiritual. Varios consejos para perseverar en el fervor.

1. La enfermedad de la tibieza es asaz peligrosa; y mucho más si es de muchos días. Conviene que si ha sido huéspeda de vuestra merced, que no sea moradora; porque como es mujer que gasta y no gana, en poco tiempo se come la hacienda ganada en mucho, y deja pobre a su dueño; y de allí viene a ser más que pobre, pues viene a morir (*Apoc.*, 3, 16) *vomitándola* Dios con dejarle caer en algún pecado mortal. Y cierto, quien conociese de verdad el daño de esta enfermedad, en sólo oírla nombrar le daría tanto temor, que éste le hiciese cerrar la puerta, y a trueque de cualquier trabajo no recibirla en su casa.

2. Los remedios particulares para este mal, en cuanto toca a la oración, me parecen los siguientes. Lo primero mezclar en todas sus ocupaciones la memoria y presencia de Dios; que pues ellas (1) son piadosas, ayudan a acordarse de Dios. Si habla vuestra merced con su parroquiano que salga de pecado, o que haga lo que debe, esté de fuera con él y de dentro con Dios, pidiéndole le dé lo que vuestra merced pide a su oveja. Si va por la calle, otro tanto; y *si tuviere el ojo de la intención sencillo* (*Lc.*, 11, 34), que no buscare en los negocios sino a Dios, fácilmente se recogerá, sin llevar consigo las imágenes de las cosas que trató en los negocios.

3. Lo otro, estando en oración, despiértese a mirar cómo habla con aquel Señor de quien los ángeles tiemblan de reverencia; y cuando vagare el pensamiento, tórnelo con suavidad y otras veces con dar

(1) *Ellas:* las ocupaciones.

se un bofetón, como a siervo malo, que habla con su señor sin reverencia.

También puede pensar a un sentenciado a muerte, y ya el cuchillo a la garganta, que pidiese perdón al juez, y que por ventura se lo daría, con que ahinco se lo pediría.

Sirve también el hacer cuenta que aquel rato está muerto o muriéndose, y que está presentado delante el juicio de Dios, y que no tiene que acordarse de nadie, sino decir: Rogad por mí.

Item, antes de recogerse, leer en algún libro devoto, y también tomar una disciplina.

Item, decir algunas palabras vocalmente, sacadas de la afección de su corazón, o de los Salmos, o de otras partes, que le inflamen a algún buen sentimiento y le despierten; porque mejor es oración vocal ferviente, que oración mental tibia.

Item, guárdese de pecados veniales, porque éstos apagan el fervor de la caridad; y procurar de vivir de manera, que cuando se recoja no tenga nuestro Señor que castigarle con enseñarle la cara airada, o con no mirarle; porque en aquel rato suele Él castigar con esto a los que se han desmandado en otras cosas.

Item, pedirle al Señor espíritu de devoción, y guardar bien lo que le diere; porque *delicata est divina consolatio*.

Item, determinarse de no dejar sus ejercicios, seco o devoto, sino perseverar diciendo: Yo no vengo aquí sino porque el Señor lo manda, y por estar en cruz como Él estuvo.

4. Lo postrero, aunque no tenga vuestra merced tanta devoción como si no tuviese ocupaciones, no se fatigue; pues no es posible, si no fuese por algún muy particular don, tener tanta con ocupaciones, y muchas, como estando sólo noche y día en su celda; pues la fecundidad de Lía recompensa el ser algo cegajosa (2). Y así procure vuestra merced tener la más que pudiere; mas no desmaye si no alcanzare lo que quisiere; que las ánimas en cuyo provecho vuestra merced entiende, algo valen, pues costaron a Jesucristo su sangre.

5. Obligar por vía de precepto a reiterar confesiones, y cuando no hay algunas de las causas que los

(2) Lía, mujer fecunda de Jacob, imagen de la vida apostólica, en la cual la fecundidad espiritual recompensa de no tener tan quieta oración.

Doctores ponen, no es seguro; mas mirando que las que mucho se usan, como vuestra merced dice, son en gran manera dudosas si llevan las condiciones que los Doctores piden, tengo por cosa muy acertada y que se debe mucho procurar, que cuando tienen más sentimiento de este Sacramento y del aparejo que requiere, hiciesen una confesión general. Y el provecho está claro, pues ya que *valgan* las confesiones, hay gran probabilidad para creer que fueron *informes* y no dió el Sacramento gracia por falta de disposición; y para que esta gracia se dé es menester otro mejor movimiento. Y esto es [por] no saberse aparejar para haberlo estas tales personas fuera de confesión, pues aun en ella vemos cuán mal lo hacen. Y hace mucho para esto ver cómo, en viniendo en un hombre llamamiento de Dios a mejor vida que la pasada, su mismo corazón le pide que se confiese de toda su vida. Y así tengo por enseñanza de Dios, y cosa que se debe muy mucho procurar y persuadir al penitente, cuando preguntándole de confesiones pasadas dice haberlas hecho, como muchos las hacen, tarde y mal. Mas si el penitente no quiere menear su vida pasada, no es obligado el Cura a le compeler cuando, como digo, no hubiese alguna causa de las que ponen los Santos, ni el confesor a preguntarle sino desde que se confesó. Mas cuando clara tiene alguna sospecha, pregunte, y haga lo que más conviniere a aquella ánima, y es el confesar una confesión general, si él quisiere hacerla.

6. Cuando el ánima se siente recogida, no debe el hombre dejar de decir Misa por haber tenido polución sin culpa; y aunque alguna livianilla conozca, con confesarse y dolerse de ello será mejor decir Misa. Mas si está distraído y con feas imaginaciones de la polución pasada, mejor es abstenerse, con que no sea muchas veces, porque si lo es, traerlas ha el demonio para este efecto, que lo suele hacer. Y cuando no hay la tal distracción, de esta o de otra causa que venga, o parezca desacato decir Misa, no se debe dejar. Y así, los que viven vida concertada y no dejan sus buenos ejercicios, dícenla aunque se sientan sin aquel fervor y llamamiento interior que San Buenaventura dice que debe sentir el ánima para decir Misa o comulgar. El tenía este sentimiento, y así no decía cada día Misa; otros, con Zaqueo, reciben al Señor *con alegría,* y no les va mal de ello, porque a lo menos no tornan atrás, como experimentan tornar si la dejan.

7. Para quien se les pega algo de vano complacimiento de ser visto devoto en la Misa, por mejor tengo refrenar la exterior devoción y lágrimas, y pedir al Señor se las guarde para la celda.

8. De salud me ha ido muy mal todo este invierno, y me ha quitado el predicar muchos meses ha. No se si, cesando los fríos, me irá mejor.

El socorro de las Misas y memoria que vuestra merced me hace, le pague nuestro Señor, y me dé gracia para que yo responda, siquiera como flaco, a hacer algo que parezca a lo de vuestra merced. Quisiera saber cómo va en los negocios de nuestro Señor; el padre nuestro. Cristo, que es el dueño de ellos, sea favor de todos los que en ellos entienden, y sea amor único de vuestra merced.

164.—Para un conocido.

De la ceguedad del mundo, y de la diferencia que hay entre el premio que da a los que le siguen, y el que alcanzan los que siguen a Cristo.

Mucho me he holgado con las cartas de vuestra merced oyendo las misericordias de nuestro Señor que en esa ciudad obra. Costámosle caro; no es maravilla que, viéndonos enajenados de sus enemigos y nuestros, se apiade de nosotros, y nos saque de servidumbre tan dura, y nos traslade a su luz y reino, donde hay toda verdad, paz y consuelo.

Grande es, por cierto, la ceguedad del mundo; y viendo ser *el Príncipe de él condenado* (*Jn.*, 16, 11), le quieren seguir, y ser participantes en su deshonra y tormentos, convidándolos el Príncipe de la paz con su compañía. ¿En qué juicio cabe querer más arder con Lucifer, que reinar con Cristo, dando el uno tan poco por llevar al infierno, y pidiendo el otro tan poco para dar el cielo? Y aun lo que pide Él, Él lo da: pues por su gracia cumplimos lo que nos manda en su Ley. Estas cosas tan claras no las conoce el mundo, porque él está en ceguedad, y como el Señor dice (*Jn.*, 14, 17): *No puede recibir el Espíritu Santo, porque no le conoce ni ve.* Pues ¡triste del mundo! Si no puede recibir al Espíritu Santo forzosa cosa es que reciba al espíritu malo. Y de aquí le vienen los males: que, como gente guiada por espíritu de error y maldad, hacen cosas conformes a su corazón. Mas sentencia es firme de Dios (1 *Jn.*, 2, 17) que *el mun-*

do se pasa y sus codicias; y que el que hace la voluntad del Señor vive y permanece para siempre.

Triste de aquel a quien hallare el dia postrero debajo de la bandera del demonio; pues por el mismo caso es [d]el bando contrario a Cristo; y a quien tiene por contrario a Cristo, ¿quién le defenderá? Pronto vendrá el día, y cierto vendrá, en que se vea, y todos lo vean, qué diferencia va de seguir las leyes mundanas o las celestiales. Condenado será quien a sí se amó; el que vivió con su voluntad, atormentado será, y ninguna cosa será hecha a su voluntad; mas quien dejare la suya por hacer la de Dios, gozará de contentamiento eterno, y no habrá cosa que se haga contra su querer para darle pena.

¿Qué tal es Dios, que no pide, sino para dar? Y pide poco, para dar mucho; porque Él es mucho en bondad. Si demanda nuestra voluntad, es para dárnosla después en el cielo; y si nos quita acá de placeres, es para dárnoslos en la eternidad. ¿Quién no se dejará llevar por Señor tan bueno, que todo su cuidado es mirar cómo dará, y más dará, y no para su voluntad, hasta darse a Sí mismo? ¡Oh dichoso día para corazón que le ha de poseer! Y dichosas orejas que tal palabra oyen y ponen por obra.

165.—A UN SU DISCÍPULO.

Que se deben dejar todas las cosas por Cristo, y cuánto bien ganamos perdiéndonos.

CHARISSIME:

Pues que vos no os acordáis de me hacer saber de vos, quiero yo ganar esta joya; que pues vos habéis sido primero en hacerme buenas obras, no es mucho que yo lo sea siquiera en palabras.

Deseo veros desenredado del mundo, para que, vuestras cadenas sueltas, pudiésedes correr tras el que corrió hasta la cruz, para desde allí correr al descanso del cielo. No es cosa ligera ser uno cristiano en las obras. Regla es muy santa, que los que tienen el corazón partido, pasan mucho trabajo, y corren mucho peligro en este negocio; el cual sólo es el que nos debe poner cuidado, porque ¡ay de nos, si lo hacemos mal! San Pablo dice (1 *Cor.*, 7, 32): *Quiero que todos estéis sin cuidado;* esto es, que cuanto faltare el cuidado en lo temporal, tanto lugar hay en lo es-

piritual; para lo cual es menester mucho, porque mucho es lo que va en ello, y muy mucho es este Dios a quien hemos de servir. No os ocupeis, pues Dios os ha librado; no os hagáis sujetos de tierra, a quien hizo herederos del cielo. ¿Qué podéis tener, aunque todo el mundo tengáis? ¿Tenéis, quizá, más contento o seguridad de vuestra salvación? Sabed que *a quien mas dan, más cuenta le han de pedir* (*Lc.*, 12, 48), y debajo de las mayores dignidades hay peligros para mayores maldades; escondeos porque no os hallen los que siempre *andan buscando a quien traguen* (1 *Petr.*, 5, 8).

No lucheis vestido (1 *Cor.*, 9, 25), porque no ganaréis la corona; no corráis con grillos, que os cansaréis y no llevaréis la joya. Si el más aparejado para la lucha suda para vencer, ¿qué espera el mal aparejado sino ser vencido? *Salid de Sodoma, y salvaros habéis en el monte* (*Gen.*, 19, 17), que *todo este mundo está puesto en el mal* (1 *Jn.*, 3, 12). Y no sólo de ella, mas *de sus alrededores,* que son las ocasiones para caer. Quien trata la miel, algo se le pega; y *quien trata la pez, será con ella entiznado* (*Eccli.*, 13, 1). Y así es difícil cosa tratar negocios corporales y no perder algo del ánima. Si estuviérades metido en yugo de matrimonio, dijéraos vuestro peligro, mas amonestáraos a paciencia y cuidado; mas estando libre, dígoos que no son para vos cuidados de acá, y que no quiero que tengáis paciencia para ser esclavo de la tierra, mas que busquéis *alas de paloma para descansar* en Dios (*Ps.*, 54, 7). San Pablo amonesta que compremos (1), *porque los días son malos* (*Ephes.*, 5, 6). Haced vos así, que esta ocasión y oportunidad que ahora tenéis de seguir a Cristo en reposo, no la vendáis por codicia de tener más dineros; mas compradle, aunque os cueste cuanto tenéis. *El reino de Dios es margarita preciosa, y quien la halla, todo cuanto tiene vende para comprarla* (*Mt.*, 13, 45), y con ella sola se tiene por más rico, que con todos los bienes; no duda perderlo todo, aun hasta su vida, por ganar esta rica y cierta esperanza de ser heredero del cielo. No negará Dios a quien todo lo niega por Él. Dad os, que dárseos ha; perdeos, que hallarlo habéis, y a vos con Él. Porque así como el que a sí se busca, pierde a Dios y a sí mismo, también quien a Dios

---

(1) No hace sentido esta palabra: San Pablo dice que *rescatemos el tiempo.*

busca, halla lo que busca, que es a Dios, y también a sí mismo que no se buscaba. No es menester dilación para cosa tan clara y tan buena; no seáis como los yernos de Lot (*Gen.*, 19, 14), que se hicieron sordos a quien les amonestaba salir de Sodoma, y la pena de su dilación fué ser quemados con los otros por el fuego que del cielo llovió. *Con mucha prisa* (v. 22) decían los ángeles a Lot que saliese, y no quieren que haya dilación en huir del peligro, porque no sean envueltos en él, hallándose burlados, los que pensaban que no les comprendería.

Hermano, no dió Cristo licencia al mancebo que le quería seguir, que viniese a ordenar su casa y hacienda, antes le dijo (*Lc.*, 9, 62), que *ninguno que ponía la mano al arado y torna atrás, es bueno para el reino de Dios*; y esto, porque sabe cuántos se han quedado pescados del mundo en el corazón, por haberse llegado con las manos a sus negocios. Si no podéis presto desatar negocios, cortadlos; que si algo esperáis, nunca veréis ese día. ¿Qué os pena la temporal pérdida, pues Cristo promete aquí *ciento y tanto, y después la vida eterna?* (*Mt.*, 19, 29.) Ensanchad el seno para recibir los bienes divinos, y no os fiéis en cosas perecederas, porque no perezcáis vos con ellas. Básteos Dios, pues basta a los ángeles. Y para que de mejor gana quiera ser de vuestra parte, no toméis otra parte; que quien a Él tiene, todo lo tiene, y le sobra todo. ¿Por qué queréis hambrear migajas de criaturas, teniendo tal hartura de mano del Rey? Esforzaos a servir a Dios, que alcanzarlo habéis. Tanto alcanzaréis de Él, cuanto perdiereis de vos; tanto os consolará, cuanto por Él trabajáredes; y tanto seréis ensalzados, cuanto acá humillados (*Mt.*, 23, 12). Atreveos un poco a confiar de Dios todo esto presente, y os será dado lo que no se puede decir ni pensar; porque sobre todo pensamiento será lleno y abastado quien por Él se empobrece. Porque así como Dios es grande, así lo es para los que se apocan para Él, para manifestación de su eterna e infinita bondad y por eterno provecho de ellos. Esperadlo no aquí sino en el cielo, adonde plega a nuestro Señor Jesucristo nos veamos. Amén.

166.—Para un discípulo predicador.

Contra la vanagloria que suele a los tales tentar. Cómo ha de dirigir a unas jovencitas.

1. El Espíritu consolador y virtud de lo alto more siempre con Vuestra Reverencia, y obre en él el premio de la gloria de Cristo, pues el oficio suyo es aquéste, según el Señor lo dijo (*Jn.*, 16): *Ille me clarificabit.* Para lo cual conviene vivir con cuidado, porque el limpísimo Espíritu limpia morada requiere; y la deidad muy alta, pide reverencia profunda; y la bondad infinita es muy celosa, si ve que en otra parte se pone un poco de amor. Lo cual considerado, tenemos mucha razón de temer y angustiarnos; porque no es pequeño negocio querer un hombre, criado *del limo de la tierra,* tratar con Dios y ofrecerle digna morada, y así vivir que agrade a los ojos de tan gran Majestad. *Ad haec, quis idoneus?* Aquel por cierto, y no otro, *quem ipse elegit, et gratia sua dignatus est.* Espero yo en Él, que uno de ellos es Vuestra Reverencia para perpetua honra de este Señor *qui suscitat de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperem, ut sedeat cum principibus, et solium gloriae teneat* (*Ps.*, 112). Este es el que hace de los lobos corderos, y de los perseguidores devotos, y de los que volvían las espaldas hace continuos contempladores de su hermosura. Este defenderá esa su ánima *a sagitta volante in die* (*Ps.*, 90), como la ha defendido *a negotio perambulante in tenebris. Nemo scit (inquit Augustinus) quas vires nocendi habeat gloriae magnus amor, nisi cui ipsa bellum indixerit.* Mas peleando Dios, según su promesa, por nosotros, Él hará desaparecer nuestros enemigos así como humo.

2. San Bernardo, siendo molestado algunas veces de esta sabrosa ponzona, hacía cuenta que estaba ausente de la muchedumbre del pueblo que le daba honra, y así escapaba del canto engañoso de esta sirena. Santo Tomas hacía una cruz encima del corazón, y decía (*Ps.*, 113): *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Y vino a tanta pureza, que ningún movimiento sentía de aqueste mal. Y con mucha razón, porque ¿qué cosa más para huir, que el robo de la honra de Dios, y diciendo con la boca que miren a Dios, querer con el corazón que quiten sus ojos de Él, y los pongan en una vileza? Voces son las

cosas criadas que *cantan la honra y gloria de Dios* (*Ps.*, 18), imágenes o pisadas para traer en conocimiento del Criador. ¿Qué cosa más al revés se puede pensar, que lo que es ordenado para otro se desordene contra él, y se quiera hacer de camino término, y de medio fin? Aparte Dios tal ceguedad de los sus ojos por la dignidad de su honra. Y si alguna vez esta vanidad nos tocare, debemos alzar el corazón al Señor, diciendo: *Tibi, Domine, gloria!* u otras semejantes palabras, y despreciar aquel impuro movimiento, hasta que poco a poco se haga el ánima a no mirar en ello, como suele mirar en no querer hurtar la hacienda ajena, aunque mucho se lo rueguen.

3. Por el fruto que nuestro Señor da, se den gracias a Él; porque tampoco es en nuestra mano hacerlo, como que la tierra dé fruto no lloviendo del cielo. Y aunque el galardón del sembrador no esté colgado del fruto que nace, mas de la caridad de la honra de Dios y del provecho del prójimo, y de los trabajos que por ello pasa; mas todavía se debe gozar porque lo (1) haya Dios hecho instrumento y aposentador para que Él more en las almas; según nos enseñó Jesucristo, cuando una vez que leemos *haberse gozado, fué en espíritu.* y venidos los discípulos de predicar (*Lc.*, 10, 21); dando a entender en esto, que el gozo del cristiano no ha de ser otro, sino de ver el Evangelio publicado y recibido. En este *gozo* (2) no ha de tener parte la vanidad; mas ha de ser *en el Espíritu Santo,* gozándose de la conjunción de las ánimas con su Dios, y atribuyéndole a Él buen suceso de este negocio.

4. Y pues Dios ceba a Vuestra Reverencia con darle a comer esas ánimas, muertas al pecado, y vivas a Él, cobre aliento, y ceñido de la espada de la palabra de Dios, *haga sangre* en los pecados, enemigos nuestros, y saque la presa de la boca del león, y los peces que en el profundo de la mar están, y ofrézcase a todo trabajo, hasta muerte de cruz, *no dando sueño a sus ojos, ni descanso a sus pestañas, hasta que halle* y gane muchas ánimas, *donde Dios se aposente* (*Ps.*, 132), y como en cama descanse; para que siendo imitador del fidelísimo Hijo, que con tanto cuidado buscó la honra del Padre, y *manifestó a los hombres su nombre.* sea participante en aquella bienaventurada

---

(1) *Lo:* los (edic. 1595).
(2) *Gozo:* negocio (edic. 1595).

promesa, dicha por la boca de la Verdad (*Jn.*, 12): *Ubi ego sum, illic et minister meus erit.*

5. Y esas doncellitas, que me dice ha Dios despertado para buscarle, las encomiende mucho al Señor, y las rija con prudencia, no dejándolas llegar tanto a Dios, que caigan con el gran peso, y sean cegadas con la mucha lumbre, y se arrepientan por no haber tomado el consejo del Sabio (*Prov.*, 5): *Mel invenisti? Comede quod sufficit tibi; ne forte satiatus evomas illud.* Téngales la mano a la frecuencia de la comunión y oración; y esté cierto que no se enojará Dios de ello, ni les negará en su rincón lo que en el altar les había de dar. Y no les deje hacer voto de virginidad hasta que pasen años de oración sobre ello; porque no se deje livianamente lo que livianamente se tomó.

No se alegre con la prosperidad, ni se derribe con la adversidad; mas el un tiempo espere al otro, y siempre confiado de Cristo, que le dará su favor, el cual sea con él siempre. Y esté sobre aviso, que si es pregonero de Cristo, ha de ser probado.

167.—Para el mismo.

De los provechos de la tentación y por qué lo permite Dios nuestro Señor.

Dos cartas de vuestra merced he recibido, y, según mi flaqueza, he encomendado al Señor lo que en ellas venía; y sea Él bendito, que ha dado algún alivio a la tribulación pasada, haciendo en esto lo que suele, que es enviar bonanza después de la tempestad; porque lo uno y lo otro es menester para aprovechamiento de sus siervos; los cuales no menos alabanzas le deben dar cuando los deja desabridos y les quita lo que desean, que cuando los lleva con dulcedumbre y regalo; antes más le deben agradecer cuando los libra del propio contentamiento—el cual es muy anejo a la prosperidad—, y los guarda seguros debajo de su vara de la tribulación mirando más a lo que les cumple, que no a lo que bien les sabe.

Y mucho he holgado que vuestra merced haya conocido la gran fuerza de las interiores batallas, para que más y más conozca la pobreza propia y la grande necesidad que del continuo favor de Dios tiene. ¡Oh Padre mío! y si Dios soltase un poquito, y dejase soplar los vientos, y alborotar la mar de nuestro cora-

zón, ¡cuán claramente vería la maravilla que Dios hace en tener a una ánima que no se ahogue entre tanta muchedumbre de olas, que llegan al cielo! Y allí conocería cuán de verdad está dicho que el hombre *es polvo y ceniza*; y quedaría tan asombrado, que, como un niño chiquito, andaría con la oración continua pidiendo a nuestro Señor. Y allí vería con cuánta razón es alabada la fe, pues basta a tener en pie a un hombre, y resistir tantas olas de tempestades, que parece que le quieren tragar, y dicen (*Ps.*, 3): *Non est salus ipsi in Deo ejus!*

Esta es la fe, por la cual (*Rom.*, 4) *in spem contra spem credimus*; y la anchura de nuestra ánima, que entre todos esos alborotos osa decir (*Ps.*, 3): *Tu autem, Domine, susceptor meus es, gloria mea, et exaltans caput meum.* Y pocos hombres hay tan fuertes en ello, que a los primeros encuentros no sientan algún desmayo. Y por eso permite Dios que sus siervos entren muchas veces en estos peligros, para que viéndose librados maravillosamente por la mano de Dios, cobren ánimo para otras veces, esperando el favor de Dios, al cual sintieron fiel en la tribulación pasada, y así vaya su fe adelante, *et mutent fortitudinem, assumant pennas, ut aquila, volent et non deficiant* (*Is.*, 4).

Una sola cosa me descontenta un poco, que es verle librado tan presto; y háceme sospechar que se había flacamente en la pelea, pues tan presto le sacaron de ella. Aunque bien creo que no será ésta la postrera. Por tanto, enmiende en esotras, si alguna flaqueza hubo en la pasada, y no descanse hasta que aprenda a vivir en el fuego sin quemarse, hallar paz entre la guerra, y tornar las piedras en pan; porque en esto consiste nuestro verdadero aprovechamiento, por ser cosa que no va manchada con nuestro propio interés ni voluntad, que son dos lepras que tarde nos dejan; aunque algunas veces están escondidas; y tanto más peligrosamente engañan, cuanto más seguridad parece que hay. Por tanto, el siervo de Dios vele mucho sobre ello, y agradezca y reciba de buena gana lo que viniere en contrario a su parecer, voluntad e interés, pues con ello se purifica y vence sus enemigos.

168.—Al mismo

Animándole a predicar. De la poca estima en que hoy día están las cosas del divino servicio, y de la perdición del mundo.

Tenía tan deseado saber de vuestra merced, que no me fué pequeña alegría ver su carta. Porque como me había escrito su indisposición, y no había sabido de su mejoría, no podía estar el amor sin pena. A Cristo gracias, que dió fuerzas para predicar su nombre; Él dé gracia para que sea recibida nueva tan alegre, provechosa y honrosa.

Mas ¡ay de nos!, que hemos venido a tiempo, que está el corazón del hombre casado con la tierra; y de este casamiento ¿cómo saldrán hijos para el cielo? No se puede ver el sol sin lumbre del mismo sol, ni puede Dios ser alcanzado sino por favor del mismo Dios. *Del cielo ha de ser lo que ha de subir al cielo* (*Jn.*, 3, 13); mas la tierra no puede subir allá. Pienso yo, Padre, que estamos a la fin del mundo, pues estamos en el cabo de los pecados y olvido de Dios; y no sé adónde puede llegar mas esta dureza y desprecio de la palabra de Dios, e insensibilidad para los negocios del alma.

No tiene que ver la negligencia de *los yernos de Lot,* que les parecía hablar su suegro *de burla* (*Gen.*, 19), con la que ahora hay, pensando que está Dios burlando cuando habla; ni se teme su amenaza, ni se cree su promesa, ni se estima su alteza, ni hay quien ame su bondad. ¡Oh joya de tanto precio, y qué lástima es verte tan mal apreciada, y que no hay cosa en la tierra que no tenga amadores, y tú, Señor, sin ellos, o con muy pocos, o muy flacos! Dé, Padre, voces, délas muy grandes, que no hay bien sin Dios, no hay hermosura sin Dios, y que tan puestos habían de estar los ojos de las criaturas en sólo Él, como si no hubiese otra cosa sino Él. No estorben, no, las sombras a la estima que se debe a la Verdad; ni las chiquitas gotas de la fuente grande detengan al sediento, que no vaya a beber de la misma fuente. No es, cierto, justo que se ponga Dios en olvido porque dió dádivas a los hombres, pues crió las cosas para que por ellas pasasen a Él. Gravemente le hemos ofendido en *usar* de lo que habíamos de *gozar,* y *gozar* de lo que habíamos de *usar,* quitando la gloria que se

debía *al incorruptible Dios* (*Rom.*, 1, 23) y dándola a la vanidad de las criaturas.

El remedio de esto es la penitencia y vergüenza delante de los ojos del Señor piadoso, que quiere nuestro remedio y nuestra vida, aunque le hayamos ofendido, y tantas veces merecido nuestra muerte; mas cumple a ojos vistas: *In illa die vocabit Deus ad fletum, ad planctum, ad calvitium, et ad cingulum, et ecce gaudium* (*Is.*, 22). Mas mire la terribilidad de lo que se sigue, la palabra que oyó el Profeta: *Si dimittetur iniquitas haec vobis donec moriamini.* Y si no se perdona, *donec moriamini,* no se perdonará después; que no es de las livianas (1) que se perdonan allá. ¿Cómo perdonará Dios a quien le ha ofendido, y se ríe y no tiene pellizco en su corazón de haber despreciado a su Padre, Dios y Señor? No sería esto misericordia, sino falta de justicia, y cosa muy contra razón, cual a Dios no conviene; cuyas obras son juicio, peso y medida.

Sed de iis satis, que nunca hay *satis.* Trabajo es hoy hablar a los pueblos con tan poco provecho, y trabajo ver a Dios ofendido y callar.

169.—Al P. D. Antonio de Córdoba, de la Compañía de Jesus

Estando enfermo: del bien de la paciencia en las enfermedades.

¡Qué rico y contento debe estar vuestra merced ahora con sus calenturas! Creo que no las daría por todo el oro del Perú. No puedo creer sino que como vió al Licenciado (1) con ellas, de envidia de tanto bien, proveyó Dios que gozase lo que deseaba, y tuviese compañía en ellas a quien tiene compañía en el amor. Nuestro Señor sea bendito en todo y siempre, cuya mano sabe dar lo que conviene, mejor que nosotros desearlo, y al cual habemos de estar tan de-

---

(1) Se refiere a las culpas veniales que se perdonan a los que mueren en gracia.

(1) Así llamaban al Padre Francisco Gómez, natural de Fregenal, discípulo del Maestro Avila, insigne teólogo y dos veces Rector del Colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba. Fué muy dado a las austeridades corporales. (Véase Licenc. Muñoz, edición Montaña, t. I, páginas 438-441.)

votos y agradecidos y reverentes en el tiempo del trabajo, como del consuelo. Y aunque la salud se emplee bien, no nos escandalicemos que el Señor la quite, porque quiere probar a los suyos de una parte y de otra, para que de cualquiera parte caigan bien co[mo] figura cuadrada. Muy bien gastaba Job (1, 21) su hacienda, y *quitósela el Señor,* porque quien había ganado coronas de buen despensero de pobres, la ganase en ser él buen pobre, y enriquecer más su ánima con la pérdida, que antes lo era con la abundancia, y servirse más el Señor con tener paciencia en el trabajo que antes en servirle con salud. Porque, como San Crisóstomo dice: «Nunca tanto ganó en todas las limosnas que hizo como en aquel: *Sicut Domino placuit, etc., sit nomem Domini benedictum.*» Así que, señor, aunque la salud de vuestra merced se emplease bien, más se huelga Dios con la paciencia en la enfermedad, porque es cosa donde más se ejercita el amor, que con la ganancia de la salud. Él sabe lo que envía; y sepamos recibirlo nosotros, y guardemos la conformidad con su voluntad, *et usque ad mortem crucis.*

Sospecha tengo de vuestra merced, y del Licenciado, y de él más, que algunos excesos de penitencia han sido causa de la enfermedad; y si no fuera porque están enfermos, yo les riñera agriamente; mas sanaran y hacerse ha; que no menos debe ser reñida la voluntad propia, aunque sea en cosas buenas, que en otras no tales, pues la misma voluntad propia las hace malas. Esto me atrevo a escribir a vuestra merced porque está algo mejor. Al Licenciado no oso, porque está enfermo.

Sea el Espíritu Santo salud entera de vuestra merced, y le haga vencedor en todo.

170. —Para un su conocido

Que tenía cargo de unos enfermos.

Días ha que recibí una carta de vuestra merced, por la cual vi la merced que nuestro Señor le ha hecho en tomarle por instrumento para hacer misericordia con sus prójimos, o por mejor decir con Él mismo, pues es tanto su amor con ellos, que toma por hecho a Él lo que a ellos se hace. Sepa, señor, agradecer esta merced, y conózcase por indigno de ella; pues no es a todos dado emplearse en las obras de nuestro Señor, y gozarse de la merced, mirando que Dios quie-

re recibir de él servicio, por tener ocasión de galardonarle; y tema su flaqueza y la alteza de la obra, y no sea vuestra merced hallado falto en ella. Acuérdese de la diligencia que ponen los hombres en los negocios que sus señores les encomiendan, cuanto más si tocan a los mismos señores en sus personas. Y viva vuestra merced confiado, mirando que le ha nuestro Señor encomendado una cosa, por cuyo amor perdió Él la vida; y llámele, pidiéndole gracia, y espérela de Él, pues le dió la primera. Y traiga siempre delante sus ojos al mismo Señor puesto en la cruz, y cercado de nuestros pecados y de nuestros dolores, y por Él esfuércese a sufrir pesadumbre de pobres, y a saber llevar a cada uno como es menester, *haciéndose todo a todos para que aproveche a todos* (1 *Cor.*, 9, 22).

Y entre estas cosas no olvide vuestra merced su propia ánima, y déle el cebo que ha menester para estar fuerte. Porque algunos hay que, so color de aprovechar a otros, dejan sus ánimas sin oración, sin lección y sin semejantes ejercicios, y así faltan en la obra exterior, o la hacen mal hecha; porque faltando el interior esfuerzo, todo va lleno de flaqueza; y para tener éste, es menester ganarle de nuevo; que de otra manera, no hay caudal, por grande que sea, que no se gaste, si sacan de él y no gana[n]. Por esto es comparada la oración con mucha razón al sueño, porque en ella cobra el ánima nuevos espíritus, como el cuerpo en el sueño; y la palabra de Dios es manjar, porque restaura lo que con las ocupaciones, aunque buenas, perdemos.

El camino es estrecho (*Mt.*, 7, 14); mire vuestra merced no se aparte a una parte o a otra, o entendiendo en él sólo, o en los otros con olvido suyo. Haga como el Señor, que velaba y oraba *hasta sudar gotas de sangre* (*Lc.*, 22, 44), y luego visitaba y consolaba a sus discípulos, y después tornaba a la oración; para darnos doctrina que se ayudan maravillosamente tratar con Dios y hacer bien a prójimos, y que lo uno y lo otro es menester. El Señor le enseñará, y allá tiene personas con quien puede tomar consejo sobre el orden que puede tener en particular sobre ese negocio.

Cristo, que lo comenzó, lo acabe para su gloria y honra.

171.—A UN RELIGIOSO DISCIPULO PREDICADOR.

Del bien de las tribulaciones, y cómo hemos de desear no salir de ellas, mirando a Cristo.

Días ha que recibí una carta de vuestra merced, en que decía haber menester regalos. Yo no los he enviado, ni enviaré en ésta, porque no [lo] puedo creer, ni es razón que lo crea. Porque el alma que conoce y ama al Crucificado, no sólo no busca ser regalada, mas huye de ello, y busca con ansias de amor estar siempre colgada en dolores y espinas, por no verse de otro traje vestida, de Aquel a quien ama. Confúndase mucho, y no ose mirar a su Señor, cuando mirándose a sí, se halle en consuelo, y a su Señor tan sin él, que *no tiene adónde reclinar su cabeza;* y pídale con grande instancia que le ponga a él donde Él está, pues desea ser uno con Él. Y en esta soledad y angustia no se le apoque la fe, mas crézcale esfuerzo de verse solo; porque sabe que su Señor es compañía de solos, y pone sus ojos sobre desamparados, de los cuales es muy amigo.

Y si contra él se levantan leones fuertes y dragones que le quieran tragar, y *le dicen que no tiene salud en su Dios* (*Ps.*, 3), no los crea, pues se ve claro amarle, aunque no lo guste, y se ve señalado con la señal donde Él mira, que es la pobreza, fatiga y tribulación. Y no sólo no los crea (1), mas al contrario, crea ser más querido mientras más atribulado. Y aunque tenga algún temor de remordimiento de culpa, tampoco se desmaye, porque viéndose castigado, espere de cierto ser perdonado; y él mismo suplique al Señor que no le perdone, sino que le azote; porque él sabe que si el Señor le desecha, no lo hace de corazón, y tiene por cierto ser el castigo el mensajero de la paz y perdón; el cual desea tanto, que por alcanzarlo no hace mal rostro a lo amargo del azote; mas dice que es tanto el bien que espera, que no siente el mal que tiene.

Pues habiendo el Señor hecho a vuestra ánima merced de darle su conocimiento y amor, como creo yo, que no bastarán las aguas para ahogaros, y los enemigos para atemorizaros, ni las congojas para penaros. *Quod infirmum est Dei, fortius est hominibus* (1 *Cor.*, 1): y una centellica que en vuestra ánima ha

---

(1) *Y no sólo no los crea...*; la edición 1595 dice: *y no sólo no los creímos, al contrario, mas creo...*

puesto es más fuerte que todo lo que contra vos se puede levantar. Así que, Padre mío (*Ps.*, 26, 14), *conforte su corazón, y sostened* (2) *al Señor*, porque no le desamparará. Aunque el vientre de la ballena le trague, finalmente le echará en la tierra, y de allí le llevará al cielo, adonde goce con Él para siempre. Amén.

172.—A OTRO DISCÍPULO SUYO

Que estaba atribulado.

Esta tarde vi una letra de vuestra merced, y pues que Dios le ha dado a entender que *por tribulaciones hemos de ir a su reino* (*Act.*, 14, 21), no se debe desmayar por las que le envía. Pruebas son de amor, no señales de reprobación; que como es señal propia de cristiano amar a quien no le ama, así no lo es, ser devoto y agradecido a Dios cuando envía lo que queremos. Él es nuestro Señor, y nosotros sus sujetos. Algún día se había de probar la obediencia que le debemos, porque no fuese obediencia de nombre. *A Abraham tentó* (*Gen.*, 22, 1); mándale dejar su casa y tierra (*Gen.*, 12, 1), y después mandóle matar su unigénito hijo; y porque obedeció en simplicidad de fe, sin mirar a sus razones, *fué llamado amigo de Dios* (*Judit*, 8, 22). Y lo que más es, el Unigénito de Dios Señor nuestro fué probado con obediencia muy agria, mandándole su Eterno Padre que se ofreciese a beber el cáliz muy amargo de la Pasión. Aunque su carne sintió trabajo de esta obediencia, para dar a entender que era hombre verdadero, y como tenía hambre, cansancio y tristeza, así tenía también temor natural; mas enteramente y de corazón se ofreció todo a la voluntad de su Padre, y quiso que aquélla fuese cumplida, queriendo más quedar con la obediencia que quedar con la vida. Y porque así se humilló y obedeció, fué ensalzado y clarificado por su Padre (*Phil.*, 2, 9), y quedó hecho ejemplo de obediencia a los hijos adoptivos, al cual mirando, se esforzasen a obedecer, aunque dura cruz les fuese impuesta, y esperasen con certidumbre que siendo obedientes, serán ensalzados, y hallarán gracia delante de los ojos de Dios.

Y pues vuestra merced es hijo adoptivo en la sangre del Hijo natural Jesucristo, no le sea molesto pasar por la ley que pasó su Señor; que aunque nues-

(2) *Sostened:* esperad (latinismo de *sustine Dominum*).

tras culpas merezcan cualquier castigo que nos sea enviado, es tanta la misericordia del Señor, que mediante el castigo perdona nuestros pecados, y después nos da corona de gloria, porque sufrimos lo que justamente merecemos. Y no es pequeño bien desquitar un hombre lo que debe, y que faltándonos los merecimientos, nos quite Dios los azotes por servicios. Con la tribulación el justo es probado, y el pecador es guardado; todos debemos recibirla con hacimiento de gracias, así por nuestro provecho, como por el contentamiento de nuestro celestial Padre, al cual debemos estimar en tanto [que] cuanto Él estuviere contento, estemos nosotros, aunque muy afligidos, muy pagados. Él enviará bonanza tras aquesta tempestad, porque así lo suele hacer. Y como la prosperidad se pasa presto, y le sucede adversidad, así ésta también se muda, y viene el tiempo del consuelo. Por lo cual es bueno el consejo del Sabio (*Eccli.*, 11, 27): *Que en el día de los males no te olvides de los bienes, y en el de los bienes no te olvides de los males,* para que viviendo en una igualdad templada, no seamos combatidos con los vientos de la instabilidad, ya subiendo hasta el cielo, ya descendiendo hasta los infiernos: mas nuestros ojos puestos en Dios, estemos fijos, teniendo cuenta no tanto con lo que nos viene como quien lo envía; y bajando nuestro cuello a su azote, esperar de Él su misericordia, la cual cobije a vuestra merced siempre, y le haga bienaventurado. Amén.

173.—Para un discípulo suyo

Que estaba enfermo. Que Dios castiga un poco, para premiar sobreabundantemente.

Paréceme que el amor que Cristo os tiene no es cualquiera, pues os ha tornado a visitar con sus tercianas. Hermano, añadid fe y paciencia, pues Él añade en qué os ejercitéis. Sedle muy de veras agradecido, que os aflige en lo poco para haceros mil bienes en lo que de verdad es. ¿No sabéis que es buen trueco, a trueco de penas de cuerpo recibir bienes de ánima? *Nisi forte* pensáis que *Christus delectetur in poenis filiorum suorum: sed punit et percutit, ut sanet; mortificat, ut vivificet;* y no da sólo un papirote, que, temprano o tarde, no lo pague con abrazos. Vuestros ojos verán, vuestra ánima lo gozará lo que ahora os hace pasar. Y con mucha ventaja excede el bien al mal; porque es mucha la ventaja del obrar *miseratio-*

nes al obrar *punitiones*. Suyo es el hacer mercedes, y nuestros los castigos; porque si no le compeliésemos a castigar con nuestras malas obras, Él dulce es, y *no tiene amargura*; mas como Él es mayor que nosotros, así usa con mucha más ventaja el hacer mercedes que le son propias, que el hacer castigos, que son como obra ajena a Él. Por tanto, hermano, regraciadle de corazón esas mercedes. Sed hijo de fe, que cree amor en lo que parece ira, y ganancia en la pérdida. No miréis la mano que os lastima, sino el piadoso corazón que os quiere hacer mercedes, mediante el azote. Amad de verdad al que de verdad os ama, *Nam qui diligit filium, assiduat illi flagella* (*Eccli.*, 30, 1); y cuando convenga, Él quitará el azote, pues es Padre que dispensa lo que mejor nos está. *In hac spe dormi et requiesce* (*Ps.*, 4, 9).

174.—A UN DISCÍPULO SUYO.

Sobre la conformidad en los trabajos.

Bendito nuestro Señor, que os dió su mano en tiempo de tanta necesidad; que en ello os da a entender que os ama, pues no os desampara. No os pese de ser trabajado, pues los trabajos son prueba de nuestra fe, y nuestra fe nos alcanza corona, y la corona es tan grande que todos los trabajos son pequeños para la alcanzar. Con todo, esto se pasará presto, y ya se va pasando; haced de manera que de esto que se pasa os aprovechéis a sacar lo que para siempre ha de durar, pues a ese fin lo envía nuestro Señor.

Mirad mucho no juzguéis según vuestro sentido los juicios de Dios, que erraréis más que el ciego en juzgar colores, y que un animal en juzgar un ángel. Adorado debe ser Dios en todo lo que hace, no juzgado; obedecido, no murmurado. Si a vuestros juicios miráis, pareceros han desastres vuestros acaecimientos; mas mirad el saber con que vienen dispensados, y aunque no lo alcancéis vos, creeréis a lo menos que de saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada, tan acertada que el fin de ella es vuestro provecho; porque el amor que el Señor os tiene en su Unigénito Hijo no le dejará hacer otra cosa, sino buscar el bien de aquel por cuyo amor entregó su Hijo a dolores de cruz.

Alabadle en todo, aunque vos no lo entendáis, confiado en Él siempre, y cuanto más azotado, más confiado; que escrito está (*Habacuc.*, 3, 2): *Cum iratus*

fueris, misericordiae recordaberis. Y todo lo tened por misericordia, aunque os parezca ira; porque si es ira, es ira de Padre, que hiere para sanar, y castiga para tener ocasión de más galardonar. No os querais para este mundo, y ahorraréis las penas que los trabajos suelen traer. En el cielo está vuestra morada; pensad que se os vende muy barato por mucho que os pidan. Y día vendrá en que estiméis en más lo que habéis pasado, que todos los placeres del mundo juntos.

Paréceme que por ahora os estéis quedo, pues tan bien sois recreado, y tomaréis algunas fuerzas; las cuales cuando el Señor os las diere, os enviaré a decir lo que debéis hacer.

Cristo sea vuestra luz, para que en todo acertéis.

175.—A OTRO DISCÍPULO SUYO.

De la seguridad que hay en servir a Dios por trabajos más que por consuelos.

Algunas de vuestras cartas he recibido, y he dado gracias a nuestro Señor por daros salud, y su bendita ayuda para estar en gracia delante sus ojos, llevando adelante el bien que en vos ha comenzado; y así confiad en Él que lo hará hasta el fin, pues *sus obras son acabadas* (*Deut.*, 32, 4). Merced es esta que os ha de hacer, y no merecimiento vuestro. Ni os ha de dejar en vuestro cuidado o regimiento, mas Él por su gloria ha de tomar la mano del negocio de vuestra salud, y como sapientísimo médico, ya con los halagos, ya con las señales de ira, dando una vez luz de consuelo, y otra amargor de ajenjos, ya escondiéndoseos para probar vuestra fe, ya demostrándoseos para acrecentarla, y con otros mil modos que Él tiene, dará vuestra ánima sana, sin sentirlo vos hasta que lo estéis. No os turbéis, hermano, en vuestro juicio, ni para gloriaros cuando os parece que os va bien, ni tampoco deis sentencia sobre vos pensando que ya es todo perdido, cuando sentís en vos lo que os descontenta.

Malo es el corazón del hombre, y no se puede escudriñar (*Jer.*, 17, 9), sino del saber del mismo Dios, y a Él, y a su juicio debéis remitir la sentencia del cómo os va, y caminar vos en buena confianza de su misericordia, y en religioso temor de su alta Majestad. *No os apartéis a una mano ni a otra* (*Prov.*, 4, 27); no os fiéis de santidad ninguna, si le falta el temor santo y casto que hace humillarse, mirando ser ajeno el bien que tiene, y hace estar colgado de las

orejas de Dios, suplicándole con oración continua no le quite el bien que por su bondad le ha dado, el que sin injusticia le puede quitar. Ni tampoco creais a espíritu ninguno, que por graves tentaciones que os vengan, ni desconsuelos interiores, ni por tinieblas y angustias en que vuestra ánima estuviere metida, os (1) quisiere hacer desmayar, y os dijere que desconfiéis del Señor que os ama. Decidle que si dijera que confiárades en vos, tuviera razón (2), pues no teneis sino flaqueza; mas *que* en la salud común (3) *no tengáis vos salud* (*Ps.*, 3, 3), decidle que miente, y acertais en ello. Más os ama Cristo de lo que pensais; sino que conviene que se os esconda este amor; porque quizá conocido, os sería mayor ocasión de peligro de vanidad, que la sospecha que teneis del no ser amado os es desesperación. Porque sin duda menos hombres pueden recibir la prosperidad sin mezcla de alguna elación, o demasiado contentamiento del dulce manjar que les dan, que la amargura de la tribulación.

Por tanto, pensad que el Señor os guarda en puerto de seguridad, debajo de la cáscara amarga de la tribulación, para que no os corrompáis con la mucha dulzura, mas seáis preservado con lo amargo de la mirra. Y de esto no os debe pesar, pues debéis escoger lo que eternamente os será provechoso, más que lo que temporalmente os diera un poco de consuelo. Y en las espirituales consolaciones no se saca tanto provecho cuanto deleite. Ni os será demandado cuántos consuelos tuvisteis, mas cuántos desconsuelos sin faltar en la fe y amor padecisteis; creyendo que aquello recibe Dios en servicio, que siendo contrario a vuestra sensualidad y propia voluntad, lo aceptasteis vencido de su amor, y no aquello que un hombre, por sensual que fuese, lo tomaría de buena gana. Porque si esos regalos fuesen el verdadero servir a Dios, no tendría Él tan pocos servidores, pues hay muchos que, por acá o por allá, buscan las consolaciones. Los cuales no entienden cuán ajeno es de Dios no consolar cuando conviene a sus llorosos y trabajados, y tan ajeno le es el parecerle bien los que, quitando los ojos de su penosa cruz, los ponen en buscar consuelos, pensando que mientras más tienen de ellos, más amados son y mejor les va. Y no miran cuán pobres parecerán el día que *escudriñe Dios a Jerusalén con candelas*

(1) La edición de 1595: *o os..*
(2) *Tuviera razón*, para haceros desmayar.
(3) Dios es la salud común.

(*Sofon.*, 1, 12), y nos pida cuenta, si de lo más profundo de nuestro corazón le amamos a Él, y a nosotros para Él, y en Él y por Él, o a Él por nosotros y para nosotros. Y entonces parecerán muchas obras ser carnales e inficionadas del propio amor e interés, que resplandecían como el fino oro en los ojos de quien las hacía.

Por tanto, hermano, más seguro vais del propio contentamiento e interés viniéndoos cosas que os causan amargura. Sólo el amor de Dios os convide a las sufrir, hasta que nuestro Señor os provea de otro estado, en el cual tengais tanta fortaleza de Espíritu Santo. que abundéis en *caridad y paz y gozo*, teniendo vuestras pasiones holladas, y vuestra ánima embalsamada de gracia; y aunque tengáis el gozo, no lo queráis para vos; mas lo empleéis con mayores fuerzas al que os le dió, sacando del todo crecimiento de mayor amor, pues por amor os fué dado.

Aquel Señor que se acordó de vos, olvidándoos de Él, os esfuerce en el interior hombre para que lo sepáis adorar, obedecer y amar, enviando en vos su Santo Espíritu, que os guíe a la tierra de la perpetua caridad. Amén.

176.—Para una religiosa, hija suya espiritual.

Que los desvíos de Dios no son señales de desamor; y que nuestra salud pende de su bondad, más que de nuestros merecimientos; y contra la desconfianza.

1. Muchas vuestras he recibido después que de esa ciudad partí, en algunas de las cuales me significábades los trabajos en que vuestra ánima estaba, y en otras el consuelo que el Señor os había comenzado a dar; y creo que en algunas de ellas decíades haberos del todo sido tornada la paz y consolación que primero teníades. A ninguna de estas cartas he respondido, o porque mis pecados impiden que yo no tenga gracia para consolaros, o porque vos teníades confianza en mi poquedad. Ahora a la postre recibí una carta, en la cual me decís estar tan afligida o más que primero; pedísme que os escriba. Dióme pena vuestra pena, y ésta me ha movido a os rogar que, por amor de Jesucristo crucificado, no os dejéis cegar de las tinieblas que la demasiada tristeza suele traer, mas que os acordéis cuán fiel es el Señor a quien vos os ofrecisteis, y cómo es cosa usada a su sabiduría infi-

nita salvar a los suyos por medios que ellos no saben, escondiéndoles el amor que los tiene, y enseñándoles algún rigor; y esto no por cruel, mas por verdaderamente misericordioso, sabiendo Él que nuestra enfermedad va más segura debajo del azote de la tribulación, que encima de las palmas de la prosperidad. Muy agr[i]a cosa os parecerá la desconsolación que tenéis; no podréis sufrir el peso de la airada cara de nuestro Señor que decís que os muestra, y desvíos que decís que os da. Mas yo os digo, hermana, que cuando ahora tiene la tribulación tanto peligro, tanto peligro tiene la consolación. Y mucho más debe ser temida la prosperidad que la adversidad; porque en la una corre el ánima peligro de perder a su Dios, y en la otra, aunque padece trabajo, él mismo la incita a más llegarse a Dios. Y si decís que el peso de la desconsolación algunas veces pone en riesgo el ánima con la impaciencia, verdad es; mas sabed que muchas más veces, y con trances más peligrosos, peligra el ánima con la dulzura de la consolación.

2. Acordaos del Apóstol Santiago, que con la gracia del Crucificado, tenía por gloria los trabajos de la cruz; y aunque *de fuera le cercaban guerras, y dentro temores* (2 *Cor.*, 7, 5), su ánima estaba guardada como en puerto seguro. Mas era tan grande el peligro que corría *de la bonanza de las* consolaciones y *revelaciones,* que si no permitiera Dios que sobrevinieran algunas tempestades de trabajos interiores y exteriores, que con grandes *pescozadas* abajasen su cuello para que no se ensalzase, corriera peligro por ocasión del consuelo, al que no habían podido derribar los muchos desconsuelos; y así lo amargo fué cura de lo dulce, y *el ángel de Satanás* (2 *Cor.*, 12, 7) fué ocasión de provecho al que, de la comunicación con Dios, se levantaba, por su propia flaqueza, ocasión de caída. Pues en aqueste *vaso de escogimiento* (1) esto acaeció, y le fué necesario el padecer para librarse de los peligros del gozar. ¿qué os maravilláis vos que haya Dios mezclado vuestro gozo con lloro, y *se haya tornado vuestra arpa en llanto* (*Job*, 30, 31), y vuestras dulces comunicaciones con Dios en desabridos desvíos de Él? Sus ojos ven lo que no ven los vuestros, y sabe muy bien la vanidad de vuestro corazón, que no sería para sufrir el peso del favor divinal, o habiendo algunos excesos de trabajos corporales con la

---

(1) *Vaso de escogimiento:* vaso de elección.

dulcedumbre del gusto divino, o teniéndoos en más que a los otros que de estas consolaciones carecen, o por otras muchas faltas que en la maldad de nuestro corazón caben, cuyo abismo no se puede escudriñar sino de Aquel que lo hace (*Jerem.*, 17, 9).

3. Y si no hay en vos necesidad de esta medicina, porque quizá, aunque Dios os enseñaba favor, no cayérades en estos males, otras muchas causas hay por que el Señor trate [así] a los suyos, todas las cuales paran en amor, aunque al humano sentido parezcan desamor. Ya sabéis que se suele decir: Quien bien te quiere, te hará llorar: y la Escritura (*Prov.*, 27, 6) dice *que son mejores las llagas del que nos ama, que los falsos besos del que nos aborrece.* Y tened por cierto que el Señor os ama, y por eso os trata de esta manera; porque escrito está (*Hebr.*, 12, 6): *Castiga el Señor al que ama, y azota a todo aquel que recibe por hijo.* Y así como en tiempos pasados enviaba Dios a sus amados espantables martirios por manos de crueles sayones, poniéndolos en graves guerras, para después darles hermosas coronas, así ahora, pues han cesado los exteriores martirios, envía a sus amados otros interiores, tan grandes o mayores, aunque secretos, que los exteriores. Porque acullá martirizaban los hombres y consolaba Dios, y con la fortaleza del más fuerte eran sobrepujados los tormentos que daban los flacos; mas acá el que desconsuela es nuestro Señor que se esconde, y los demonios, como crueles sayones, por mil artes atormentan al ánima, que es más sensible que el cuerpo; del cual tormento muchas veces redunda al mismo cuerpo. Y está el hombre entero todo, de dentro y fuera, puesto en desconsuelo de cruz; gime y pide socorro a nuestro Señor, y no sólo se hace sordo y escondido más que detrás de siete paredes, mas aun siente que el Señor se desvía de ella, no sólo no dándole favor, mas aun enseñándole el disfavor, como lo hizo con la Cananea, que primero no la respondió, y después la llamó de perra (*Mt.*, 15, 26). Hora es aquélla de grande angustia; y en ninguna parte halla el ánima reposo, como cuando uno se ahoga en un profundo mar, sin hallar en qué hacer pie, o como el que está atado de pies y manos, y prueba a levantarse, y no puede. Porque así como aquel a quien Dios consuela, ningún tormento ni pena le puede desconsolar, así al que Dios desconsuela ninguna cosa le puede alegrar.

4. Mas por tal desierto e imagen de muerte con-

viene ir a los siervos de Dios tras su Señor, y por aquellas tinieblas y tristezas conviene pasar para llegar al descanso. Este martirio ha de pasar por su Esposo el ánima que por Él desea traer empresa de amor; y entre estas espinas se ha de espinar la que quiere ser conforme a su Cabeza espinada; y estos tragos ha de beber, y estos sudores ha de sudar la que quiso compañía con aquel que el Jueves Santo en la noche, *estando en agonía* cruel, *sudó* por su cuerpo *gotas de sangre* (*Lc.*, 22, 44), en testimonio de que *su ánima estaba triste hasta la muerte.* ¿Pensábades, por ventura, que era cosa muelle el servir a Cristo? ¿O que comenzaste pequeño negocio cuando comenzaste de le amar? *Morir* conviene *cada día*, como hacía San Pablo (1 *Cor.*, 15, 31), a los que pelean las peleas del amor, y ser crueles contra sí mismos, *como unos vasos perdidos* (*Ps.*, 30, 13), por no faltar a la fidelidad del amor, al cual nunca bien sirvió el flojo ni el desconfiado: el uno porque busca su propio regalo, habiendo de buscar el contento de su Amado; el otro porque, no creyendo ser amado, enflaquece en el amor.

5. Y de estos males libra la fe, junta con obediencia, haciéndonos creer que Dios nos ama, y entonces más cuando más se esconde su amor, y cuando más riguroso y cruel se nos muestra. Porque la condición de la verdadera fe es creer no sólo con prendas y señales, mas sin ellas; y no sólo sin ellas, mas contra ellas, pareciendo en esto a cualquiera virtud, que allí demuestra su mayor fuerza y resplandor, donde menos ayudas y mayores impedimentos se ofrecen. Aquél es verdadero amor, que ama al que merece ser desamado; y aquélla verdadera paciencia, que sufre las sinrazones e injusticias; y entonces la castidad merece muy buena corona de gloria, cuando en diversas tentaciones ella está firme. Y así, sabed conocer el verdadero valor de la fe verdadera, que (*Rom.*, 4, 8) *cree y tiene esperanza* en la verdad y bondad de Dios *contra la esperanza* — o desesperación — que la razón humana o los sentidos podían causar. Y con ella vemos lo invisible, por escondido que esté; y por mitad de las lanzas—que son los disfavores de Dios que sentimos—entramos, y llegamos hasta lo más secreto del corazón de Dios, y conocemos que nos ama, aunque muestre señales de desamor; las cuales entonces estimamos según verdad, cuando las tomamos por prueba de nuestra fe, y ejercicio de nuestro amor, y acrecen-

tamiento de nuestra corona, y materia de nuestra obediencia.

6. Si no, decidme, ¿cómo será probada la mujer casta, sino con combates, y contrarios a su castidad? ¿Y cómo se probará vuestra fe, sino con sentir señales de desamor, que os muevan a desconfiar? No os penéis porque vuestro Esposo quiere probar vuestra fidelidad; que cosa es muy usada entre esposo y esposa; y el fin de ello suele ser aumento de mayor amor; el cual no es razón que lo tengáis ocioso, porque en él está vuestra vida y vuestro tesoro, y para hacer este oficio os escogió Dios; y si ejercitarlo queréis, ha de ser con amor sin que sintáis ser amada; queriendo vos, y siguiendo al que parece que huye de vos; porque el que no ama sino cuando siente que es amado, no es verdadero amador, pues tiene respeto a sí mismo. Mas en esto se verá si sois Cananea, en que, siendo injuriada y desechada, importunéis al Señor; y siguiendo al que huye, y humillándoos al que os trata como a perra, no le dejéis de amar pura y sencillamente, como si sintiésedes grandes regalos y favores de Él; que al fin os responderá: *¡Mujer, grande es tu fe; hágase como tú quieres!* Mas estad vos determinada de serle fiel, y que le digáis de corazón: «Yo, Señor, os quiero amar, aunque Vos no me améis; yo os quiero buscar y enseñar buena cara, aunque Vos huyáis de mí. Ameos yo, y haced de mí lo que fuéredes servido.» Y así, tornárseos han los disfavores en ejercicios de verdadero amor, con el cual debéis de quedar más contenta que con los disfavores penada.

7. Y no sólo en ello agradaréis a Dios, mas aun ganaréis para vos muy grande corona; porque a la medida de los desconsuelos se ha de cortar la ropa del gozo que en el cielo nos han de dar (*Ps.*, 93, 19); y de *las semillas* de las lágrimas hemos de coger *los manojos* del alegría (*Ps.*, 125, 6). Y no por ser consolados y devotos hemos de ser coronados, mas por ser trillados con diversidad de tentaciones, y por gustar gustos de hiel, que tengan imagen de infierno y tormentos de él, sufriendo con ánimo igual todas estas cosas, creyendo ser *pocas* y *livianas,* en comparación del *sobrexcelente peso de gloria que* en los así humillados y mortificados *será revelada* (2 *Cor.*, 4, 17); y preciarnos de ser obedientes a la ordenación de Dios, no sólo en lo que bien nos sabe, mas aun en lo que nos lastima. Porque de otra manera, ¿qué mucho

hace la esposa en obedecer al esposo en lo que a ella trae contento, pues para aquello no es menester amor, mas la propia codicia basta para engendrar aquella obediencia? Y no se yo con que ojos le mirará, pues Él por ella obedeció al Padre en la obediencia de tanto trabajo, diciendo: *No como yo quiero, sino como tú quieres sea hecho* (*Mat.*, 26), diciendo ella al contrario: «No como tu quieres, sino como yo quiero»; queriendo ser llevada por otra regla que su Cabeza fué, y que la voluntad siempre buena de Dios sea torcida, para se conformar con la nuestra, que busca, no lo que verdadera y eternalmente nos cumple, mas lo que parece nos da algún temporal descanso.

8. *Despertad*, doncella, *del sueño* en que estáis, *porque ya es hora* (*Rom.*, 13, 11); *tomad el escudo de la fe*, pues que Dios os armó con él: desechad vuestros desmayos, creyendo que sois amada, aunque no regalada; y quejaos de vos, que un poco de disfavor presente basta más para derribaros, que los muchos favores pasados para teneros en pie. Muy al revés lo hacéis; porque siendo razón que en el tiempo de la tribulación os acordásedes de la pasada consolación, creyendo que lo que ahora tenéis es para probaros qué tanto fiáis de Dios, ponéis (2) vos sospecha en el amor, creyendo más a la señal y hoja, que a la raíz y verdad. No tenéis causa para estar desmayada, aunque estéis trabajada; porque el Señor no se ha ido de vos, sino fingió que se iba, y quiere ver qué hacéis vos, como la madre que se esconde detrás del paramento, para mirar y escuchar lo que el niño hace y dice pensando que la ha perdido, mas después sale y lo consuela con nuevos regalos.

9. Y si tenéis temor que por vuestras faltas e ignorancias os ha dejado y dado carta de partición (3), muy engañada estáis, porque en mayores caídas Él consuela, diciendo: *Tú has fornicado con muchos amadores; mas tórnate a mí, y yo te recibiré* (*Jerem.*, 3, 1). Aunque Él quiere que sus siervos conozcan las faltas en que caen, no quiere que se desmayen ni demasiadamente entristezcan; porque suele en esto recibir mayor deservicio que de la misma caída. Ni tampoco quiere que, la falta que es como un grano de mijo, la tengan por muy grande elefante; y muy menos quiere que tengan por pecado lo que no lo es. De manera que, no habiendo caído y estando penada

---

(2) *Ponéis;* la edición de 1595: *o ponéis.*
(3) *Carta de partición,* en señal de repudio.

como estáis, ofendéis a su verdad; si hubiérades caído, ofendéis a su misericordia en no creer de llano que os ha perdonado, y ofendéis a su amor sospechando de Él que os ha olvidado, y ofendéis a lo que os envía teniéndolo por mensajero y señales de ira, siéndolo de verdadera misericordia.

10. Atreveos, pues, ya a salir de vuestro estrecho sentido, y *sentid de Dios en bondad* (*Sap.*, 1, 1), como conviene a la honra de Dios; y no viváis tan ciega, que queráis medir el corazón bueno de Dios por las reglas del vuestro apocado; ni penséis que os será ahora riguroso Juez el que en otro tiempo y en negocios mayores os ha sido piadoso Padre. No miró a vos cuando os perdonó y llamó, sino a la sangre que por vos derramó; ni está ahora colgado de vuestras manos para amaros por ellas; mas vos estáis puesta y escrita en las suyas, según Él lo dice por Isaías (49, 16), y por ellas os ama, y con ellas os guarda, aun cuando a vos parece que os da bofetadas. Más es misericordia suya vuestro remedio y salud, que no merecimiento vuestro. Hija sois que por vía de herencia, y no de trabajo de jornalera, habéis de heredar; confiad de Dios y dadle gloria, porque en cosa tan indigna pone sus ojos y a cosa tan baja a tanta alteza ha de ensalzar. Y sabed que no ha menester cosa de vos; y si algo quiere, es que le deis *sacrificio de alabanza* (*Ps.*, 49, 14), confesándole por vuestro gracioso perdonador, y piadoso levantador de vuestras caídas, y velador nunca dormido (*Ps.*, 120, 4) para haceros mercedes, y para sacar bienes de vuestros males, y vuestro sapientísimo guiador, que os lleva y salva por tales caminos, que a vuestra ignorancia parecen rodeos muy descaminados. Todo esto hace por su sola bondad, mirando quién es Él: lo cual pesa más para salvaros, que vuestra maldad para condenaros; y vos lo debéis creer así, que no es mucho que lo más venza a lo menos, y Dios a la criatura. Y sea la última conclusión, que como vuestra bondad no fué parte para que Dios os amase y llamase, así hará Él que vuestra maldad y flaqueza no impida a las misericordias que os ha de hacer para siempre.

Continuad vuestras comuniones, y écheos Dios su bendición, que a mí muy bien me parecen, y en el día que tenéis señalado comulgad, y Dios os dará fuerzas para que no os dañe, pues no tiene enojo con vos. Él sea vuestro amor, pues lo es Amador.

177.—PARA TORREBLANCA

Doncella recogida en Córdoba. De lo que vale un alma, y el cuidado que se debe tener de que no caiga; y que cuando cae, tenga esperanza y se levante (1).

1. No sé por qué palabras os dé a entender la culpa que me acusa, y la pena que temo. Miro el mucho tiempo que ha pasado sin escribiros, habiendo vos sido encomendada a mí para que, mediante mi cuidado, vuestra ánima fuese aprovechada en el servicio del celestial Rey, pues Él fué servido de recibiros por suya, mediante su palabra que os prediqué; y he hecho como mal siervo de Cristo, que negligentemente he tratado su negocio, que tan de verdad tenía por suyo, que le hizo a Él cuidadoso, y aun dar la vida por él. Y no sólo he pecado contra Él, mas contra vos. A Él he sido mal siervo, y a vos he sido mal padre, pues ni he conservado la hacienda, ni mantenídoos a vos con el mantenimiento de su palabra, *cuyo despensero me hizo, para que a su tiempo, prudente y fielmente, diese a cada uno lo que ha menester* (*Lc.*, 12). Duéleme mucho tal negligencia, y temo, como culpado, el castigo de mi culpa; no tanto que el Señor me azote o atribule o castigue con fatigas y tormentos, como con permitir que a vuestra ánima no le vaya bien. Porque a quien no sabe qué es cuidado de hijos ni criarlos, justicia es que los vea morir, y muertos delante sus ojos, porque el dolor le atormente, y le haga abrir los ojos que su descuido cerró.

2. Señora—oso decir *mía*, pues sois esposa de mi Señor—, ¡quién supiese cómo os va, para tener descanso con vuestro bien, o recibir tormento de tristeza con vuestro mal! ¡Quién supiese que duran vuestras fervientes lágrimas, que lavaban vuestra ánima delante el acatamiento de vuestro Esposo, y la humedecían con devoción, para que diese fruto al Señor de ella! ¡Y si duran vuestras vigilias, en las cuales solíades hablar en secreto y soledad con Aquel que vuestra ánima ama, pensando en los dolores que por

---

(1) Esta carta bellísima descubre el corazón paternal del Maestro para con sus hijos espirituales. Compárese con lo que escribe a un predicador. (Carta 1.ª, n. 3.)

vuestro amor pasó, y deseando vos por el suyo pasar algo semejable a Él! Plega a su misericordia no hayáis perdido vuestro santo silencio, que era habla con Dios: vuestra rica pobreza, que os hartaba más que todos los bienes del mundo; el desprecio de vos, que os daba valor delante el Señor, y la santa mudanza de vuestra vida, que tenía maravillados a quien os miraba, y alababan a Dios en vos. Plega a Él no oigan mis oídos que la sierva de Cristo está otra que solía. No sea tal, que con otro viva ni a otro mire, ni otra cosa piense, sino en sólo Cristo, al cual se ofreció. No haga trueco en que sea engañada, que *habiendo gustado el don celestial* (*Hebr.*, 6, 4), y habiendo comido de las migajas de la mesa de Dios, venga después a probar de la amargura de Egipto, y los manjares que comían los hombres desechados de Dios; y hartando aquí su cuerpo de manjares de puercos, y después ardiendo en compañía de demonios.

3. Sierva de Jesucristo, ¿qué tal estáis? ¿qué tal estáis? Plega a Cristo estéis bien delante de Él; porque San Pablo decía *estar su vida en ir bien a sus hijos* (*Tesal.*, 3, 8); y aunque no con aquel fuego, mas con un poquito que Dios me da, os oso decir que la mía está en iros a vos bien delante de Dios. ¡No me place vivir en cuerpo, si mi hija está muerta en el ánima! Ni entrará placer en mí, hasta que sepa que el Esposo vuestro, que en vos aposenté, tiene morada en vuestro pecho. Y si otra cosa hay, yo tengo la culpa, y yo haré la penitencia; y no estéis vos enojada de Él. No me lastiméis, hermana, más que mi culpa y el amor que a vuestra ánima tengo me lastima. Y si enojo tenéis de mi negligencia, amansaos con mi confesión llena de vergüenza y dolor; y creed que con el favor del Señor, vos me veréis muy enmendado. Y por esto debéis olvidar cómo os fuí mal padre, pues Dios olvida con esto a los que fueron malos hijos y siervos. Y si más satisfacción queréis, tomadla vos de mí la que os pluguiere, y tornad al camino, si de él os habéis apartado, o hacedme saber que estáis en él, porque yo sepa que os va bien, y tenga fuerza para sufrir la penitencia que darme quisiéredes por mi descuido. Digo descuido en el escribir, mas no en acordarme de vos; porque en esto no ha permitido nuestro Señor que haya sido descuidado; porque fué tan grande el amor que por veros sierva de Dios os cobré, y entrasteis tan dentro en mi

corazón, mirando que obró Dios en vos sus misericordias, que nunca más de mi seno habéis salido, aunque no ha sido para os esforzar y consolar en este camino. Perdonadme, hermana, por amor de Jesucristo: y no seáis cruel contra vos, y sedlo contra mí en todo lo que mandáredes.

4. Amad al Señor; que no merece Él mal ninguno por el descuido del siervo. Y si le habéis olvidado, ya lo conocéis, que ha prometido que recibirá al que se le hubiere ido. Y perdonando vos a mí, perdonará Él a vos, y os hará misericordias como al principio, y os mandará que *cantéis los cantares de vuestra mocedad* (*Oseas*., 2, 15), cuando os llamó para Sí, que fué el tiempo de vuestra *juventud* y nacimiento. No deis gozo a los demonios, pues ya una vez los hicisteis llorar; no entristezcáis a vuestro ángel; pues ya dió gracias a Dios, alegre de vuestro llamamiento; no deshagáis *la fiesta que en el cielo se hizo el día de vuestra conversión* (*Lc*., 15). Y si, por mis pecados, algo de esto ha pasado, no desmayéis, que el Señor tenderá sus brazos y os recibirá, pues por vos se tendieron en cruz; y suele Él amar más al que huyó de la guerra y se torna con mayor esfuerzo, que al que nunca huyó y siempre fué tibio. Guerra es ésta, en la cual, no por recibir heridas se pierde la victoria, sino por huir de la batalla y darse por vencido. Cobrad ánimo, y comenzad de nuevo, que a Cristo hallaréis aparejado para os ayudar; y viendo Él vuestra humildad y vergüenza, no os confundirá; viéndoos postrada a sus pies, no os alanzará, ni dará de coces; y llamando vos a los que en el cielo están, por intercesores, no se harán sordos a las voces que a ellos diéredes estando acá. Y porque yo tengo la culpa del mal, si alguno hay, yo haré la penitencia, y suplicaré al Señor levante y restituya lo que mi negligencia derribó, y mire a que Él comenzó la obra, y no a que yo no la supe conservar. Y hacerlo ha así, porque es amador de las ánimas y *disimula los pecados de los hombres por la penitencia* (*Sap*., 11, 4). Él por quien es os tenga guardada *debajo de sus alas*, y graciosa delante de Sí, y castígueme a mí en todo lo que fuere servido; por el cual os pido me escribáis, aunque me conozco ser indigno de la respuesta.

PARTE CUARTA *

178.—A D. PEDRO GUERRERO (1)

Electo Arzobispo de Granada. Compadécele por su promoción al arzobispado. Promete ir a visitarle lo antes posible. Le aconseja se dé a la oración y a la predicación. Modo de gobernar, sencillez en el trato de su persona. Que busque predicadores.

REVERENDÍSIMO Y MUY ILUSTRE SEÑOR:

1. ¿Qué le parece a vuestra señoría cómo *non est in potestate hominis via ejus, ut dirigat gressus suos?* (*Jer.*, 10, 23). Es cierto que después que oí la nueva de la promoción de vuestra señoría no cesé de maravillarme de la altura de los juicios de Dios; y esto no sin temor, cómo pone en lugar alto y a muchos peligros el que estaba contento con su suerte; pónele donde *alius praecingat te, et ducat, quo tu non vis* (*Jn.*, 21, 18), quien no miró con otros ojos a las prelacías, sino como a muy pesada cruz, donde el Prelado es crucificado, andando hecho esclavo de tantos, y tan malos de contentar. Compasión muy entrañable me ha causado vuestra señoría, porque se me traslucen los muchos gemidos que esta pesada carga le ha de hacer dar; pues es cierto que *celsitudo culminis est vera tempestas mentis;* y que *quot homines quis principare videtur, tot super humeros portat*; *¿et quis sustinebit?* Mas ya no hay que hablar en

---

* Comprende las cartas publicadas después del siglo XVI.

Los nn. 178-184 se hallan en la edic. de 1618, fols. 11-19.

(1) La amistad entre el M. Avila y D. Pedro Guerrero se remonta al tiempo de los estudios, que hicieron juntos en la Universidad de Alcalá. (Granada, VIDA DEL P. M. AVILA, cap. 1.)

esto, pues está hecho el casamiento, sino entender en cómo se llevarán las cargas del matrimonio, de arte que aunque con trabajo, *tamen sine Dei offensa.* Y para esto tuviera yo por señalada merced de nuestro Señor poder luego echar a mis cuestas todo lo que pudieran llevar, pues no de otra manera me lastima la carga de vuestra señoría, que si mía propia fuera, convidando y aun constriñendo a esto muchas causas pasadas y presentes, las cuales no es razón olvidar; y espero en nuestro Señor ordenará cómo este mi deseo salga en obra, pues del que da gracia para desear se puede esperar el efectuar.

2. Yo tengo tantas trampas—que así llamo a mis ocupaciones—, que no así luego (2) puedo desembarazarme, y esme necesario visitar unos pueblos, aunque no creo me detendrán mucho; y el cuándo será no lo sé. Señalar tiempo en que vaya, nunca lo suelo hacer, por no decir cosa que después no pueda cumplir, de lo cual huyo mucho. A lo que más me extiendo es a decir lo que pienso hacer, dejando el efecto de ello a la voluntad del Señor, sin que me quede cerrada la puerta para hacer lo que más conforme a ella me pareciere. Y bien entiendo que de esta parte (3) de Pascua no he de poder desocuparme; ésta pasada, o a lo más *Corpus Christi*, pienso quedar libre de acá, y poder ir allá, si otra cosa, como digo, no se ofreciere que me haga probabilidad ser la voluntad del Señor otra cosa. Lo que a vuestra señoría suplico es: Lo uno, que con sus oraciones y sacrificios lo encomiende al Señor, porque mi ida no sea por humana voluntad, sino a mucho contentamiento del Señor; y lo otro, que fíe esto de mi corazón, pues está muy de verdad deseoso de acudir a vuestra señoría en carga tan pesada; y crea que este mi deseo es obligación más fuerte que cualquiera otra que me pudieran echar; y para entretanto, me atrevo a apuntar algunas cosas, las cuales yo creo son a vuestra señoría manifiestas, mas descansaré yo con decirlas.

3. Lo primero que vuestra señoría se convierta de todo su corazón al Señor, frecuentando el ejercicio de la oración, encomendando a la misericordia divina el buen suceso del bien de sus ovejas, y pidiendo sustento del cielo para que tenga qué darles; porque si

---

(2) *No así luego:* no tan luego, no tan pronto.
(3) *De esta parte:* antes.

de allá no viene, ¿qué les podrá dar sino cosa que no les engorde ni vivifique? Que de Moises leemos que en todas sus dudas acudía al tabernáculo del Señor, y de allí salía enseñado de lo que había de hacer, y con fuerza para ponerlo en obra. Y Salomón, con oración, alcanzó sabiduría para regir su pueblo (3 *Reg.*, 3, 12). Y oración ha de ser el incensario con que el Prelado amanse al Señor, como Aarón cuando *stetit inter vivos et mortuos* (*Num.*, 16, 48). Aprenda vuestra señoría a ser mendigo delante del Señor, y a importunarle mucho, presentándole su peligro y el de sus ovejas; y si verdaderamente se supiere llorar a sí y a ellas, el Señor, que es piadoso: *Noli flere* (*Lc.*, 7, 13), le resucitará su hijo muerto. Porque como a Cristo costaron sangre las almas, han de costar al Prelado lágrimas; y será bien que cada día vuestra señoría diga misa, si muy legítimo impedimento no hubiere.

4. Lo segundo, sea el ejercicio del predicar, el cual ha de ser muy continuo, como San Pablo dice (2 *Tim.*, 4, 2), *opportune, importune:* que pues los lobos no cesan de morder y matar, no debe el Prelado dormir ni callar. El Arzobispo D. Gaspar de Avalos (que sea en gloria) a ninguna fiesta dejaba de predicar, aunque fuesen tres a reo (4), sino cuando decía Misa de pontifical; y es buen ejemplo para los Prelados cuya es la mies, y por eso más frecuentes en el segar.

El remedio de los colegios consiste en tener buen Rector y buenos colegiales; y por maravilla hay quien con verdad informe de quién es virtuoso. Paréceme que vuestra señoría debe tener muy particular cuidado de conocer los que hubiere; y apareéjese vuestra señoría a sufrir importunaciones sobre admitir indignos, y aun a sufrir odios y blasfemias: *Quia a pravis maledici, a Christo benedici est.*

Particulares amistades de caballeros ni de otras personas excuse vuestra señoría; porque son dañosas: y quieren hoy los amigos de los Prelados que lo que piden se les conceda, por injusto que sea; mejor es estar sin ellos.

No tengan a vuestra señoría en posesión (5) de que no castiga, porque le menospreciarán. Como la menos gente tiene espíritu de amor, dáñales la blandura, y

(4) *A reo:* seguidas.
(5) *Posesión:* opinión.

menester es que entiendan que no se han de burlar con el Prelado. Y aunque en las palabras sea blando y dulce, sea en las obras duro y rígido cuando sea menester. San Gregorio dijo esto bien: *Talem Praelatus exhibeat se, ut ridens timeri, et iratus amari possit;* y el PASTORAL de el es cosa muy buena.

5. Cama de seda no cumple, ni paños de corte tampoco. *Episcopus vilem supellectilem, et tamen eam pauperem habeat, et authoritatem dignitatis suae fide et vitae meritis tueatur,* dice un Concilio.

6. Conviene favorecer el Colegio de Santa Catalina, porque de allí se han de proveer oyentes para la Teología; y pues hay en el también Rector, vuestra señoría le favorezca; y creo, según he dicho, no sólo para los que han de estar allí, mas en los otros colegios.

7. Menester eran predicadores devotos y celosos para discurrir por el arzobispado a ganar almas que tan perdidas están; ¿mas dónde los hallaremos? Saúl llamaba a su compañía a cualquier caballero fuerte de quien tenía noticia; hágalo así vuestra señoría, para que sea en su tiempo *bellum potens adversus Philistaeos* (1 *Reg.*, 14, 52); pues sin caballeros no se puede hacer la guerra.

Una persona discreta y fiel es menester para que examine necesidades de pobres que están en sus casas, para que les provea lo necesario. No se me ofrece ahora a quién; yo pensaré y avisaré.

Y perdone vuestra señoría mi atrevimiento, que el amor lo ha hecho; y sea el Espíritu Santo maestro y fuerza de V. I. S. para que en todo acierte y con todo salga. Amén.

De Montilla a 2 de abril.

El Canónigo ordinario es bueno para Limosnero.

Siervo de V. I. S. = *Juan de Avila.*

179.—A D. PEDRO GUERRERO

Arzobispo de Granada. Aconséjale que envíe predicadores por su arzobispado, que sean personas de vida ejemplar.

REVERENDÍSIMO Y MUY ILUSTRE SEÑOR:

Desde principio de octubre me ha ido de salud tan flacamente, de un dolor de cabeza y corrimiento a los ojos, que no he podido hacer esto, aunque lo he

deseado; y aunque ahora ha cesado el dolor, no el corrimiento, que, según dicen, va a más andar a hacer catarata. *Sed* (*Rom.*, 14, 8) *Domini sumus, sive vivimus, sive morimur.*

Lo que he deseado decir a V. S., movido con deseo de verle aliviada su carga, que tanto le aprieta, es que convenía que V. S. enviase por su arzobispado, a lo menos por los lugares donde moran cristianos viejos, y de los moriscos si entienden nuestra lengua, a predicadores y confesores, tales que se pueda decir de cada uno (*Prov.*, 31, 11): *Confidit ei cor viri sui;* porque estos tales son los que hacen guerra al demonio, armados del celo de la honra de Cristo, que tan despreciada está hoy, y de la salud de las almas. por quien Él dió su sangre, *et non est qui recogitet* (*Isai.*, 57, 1). El Obispo de Badajoz (1) ha enviado seis predicadores por el obispado, según él me ha escrito. y da a cada uno cuarenta mil maravedís y cuarenta fanegas de trigo; y aun si yo le enviaba algunos, dijo que daría más, si tuviesen necesidad de socorrer a padre o hermanas: porque de éstos hay algunos que, aunque por lo que a ellos toca iban por sólo el mantenimiento, son forzados buscar algo más para proveer a quien no pueden dejar de hacerlo sin pecado.

He pensado en una buena pieza para esto, y es el Maestro Hernán Núñez (2), natural de esa ciudad, y está ahora en Baeza; ha hecho muy gran provecho en muchos pueblos. Tiene una rentilla con que se mantiene, y no toma nada de nadie; porque para unas migas y una ensalada que come, tiene harto en su rentilla; aunque como ha usado este rigor muchos años, no sé si está algo gastado. Pídenlo ahora muy aprisa de Caravaca para cierta buena obra. Deseo que se emplee así en las ovejas de V. S., y con él un confesor. Y parece que hay muestras del provecho que de esto resultaría en ese arzobispado, en el que los dos de la Compañía hicieron en su casa; y este clérigo no es de menor virtud. Si a V. S. esto

---

(1) Eralo D. Juan de Ribera, después Patriarca de Valencia. A él dedicó Fr. Luis de Granada la VIDA DEL M. AVILA.

(2) El Maestro Hernán Núñez, natural de Granada, fué durante veintiocho años insigne discípulo (*criado* se llamaba él) del M. Avila; gran predicador, de vida austerísima.

parece, sería bueno escribir V. S. al Dr. Carleval (3) una carta, en que le dijese como esto tiene pensado, de enviar por el arzobispado hombres que tengan celo de Dios, y que tiene relación del Maestro Hernán Núñez, y que lo quería emplear en esto; que vuestra señoría le ruega le hable de su parte, y le persuada a ello, y le busque un compañero para confesar. Y le avise si sabe de algunos de éstos de esta hechura, porque V. S. fía de él la elección de ellos. Y que en lo del mantenimiento, si ellos desean ánimas, con poco de lo temporal se contentarán; y que vuestra señoría se holgará mucho de les proveer según su necesidad, y que sobre esto no se desconcertarán. Y esta carta ha de ser presto, antes que el dicho Maestro vaya a otra parte.

Y tengo este medio por muy provechoso para los cristianos nuevos, los cuales viendo buen ejemplo, que no buscan sino ánimas, se suelen convertir más que con palabras; pues aquella caridad dejóla Cristo, encendida por él, en los corazones de sus ministros; y es tan fuerte, que lo vence todo. Porque ¿quién se defenderá de un corazón que desea el bien, y bien eterno, a otro, y está aparejado a morir por él? Dícenme que lo que en la tierra del Japón más mueve a los gentiles a convertirse por los de la Compañía (4), es ver que han ido tantas leguas de tierra y mar a buscar la salvación de ellos sin propio interés, y con grandes trabajos y peligros de muerte.

5. Y porque los ojos se quejan ya, dará vuestra señoría licencia para acabar; y quedarse ha para otro día lo de los sermones del Santísimo Sacramento. Sea el Espíritu Santo luz y fortaleza de vuestra señoría reverendísima, y éstas sean las buenas Pascuas que el Señor dé a V. S.

De Montilla a 22 de diciembre.

Siervo de V. S. R., que sus ilustres manos besa = *Joannes de Avila.*

---

(3) *Carleval:* Don Bernardino Carleval, discípulo del M. Avila, patrono de la Universidad de Baeza, donde residía el M. Hernán Núñez.

(4) Las cartas que desde la India y el Japón escribía San Francisco Javier producían gran conmoción en Europa.

180.—A un Prelado de Granada.

Que envíe predicadores y confesores a los pueblos, con objetos de propaganda. Del cuidado que ha de tener de los niños de la escuela.

Reverendísimo y muy ilustre señor:

1. Pláceme que a V. S. se le ofrezcan muchos religiosos para la obra de doctrinar los pueblos; mas mucho temo que son pocos los que para este ministerio son aceptos. Porque la experiencia nos enseña que son menester hombres que siempre residan en los pueblos, aunque se muden de unos en otros; y hombres de mucha virtud, porque los peligros son mayores; y que tengan celo y humildad para andar por las calles con los niños y por las plazas, y otras cosas de este modo de vivir, que hay pocos que las tengan, y los que las tienen no han de estar ocupados en sus ministerios. Por tanto, si V. S. hallare de estos hombres libres (1), acéptelos; y los Religiosos serán, para la temporada del año, ayuda.

2. Bien sería que llevasen a los pueblos algunos rosarios de cuentas; y si fuesen cuentas benditas, sería mejor. *Item*, algunos libros devotos, como los de Fray Luis, y algunas cartillas. *Item*, algunas imágenes del santo Crucifijo y nuestra Señora y San Juan, para que los predicadores las diesen a los pobres de los pueblos para que recen, poniéndoles algunas imágenes en sus casas, y para que lean; y sería bien empleado lo que V. S. en esto gastase; y los pueblos han menester todas estas salsas para comer su manjar. Rosarios, imágenes, han de ser muchos; y los ricos cómprenlos de las ciudades.

3. Porque la Cuaresma es tiempo muy conveniente para comenzar en buenas costumbres sin tanta nota de novedad como en otros tiempos, traigo a la memoria a V. S. lo que toca a la buena institución de la edad pueril, que tan perdida está. Conviene que, pues los que andan a la escuela y otros, tienen edad para oír misa, la oigan domingos y fiestas; y será el modo, que señalaren algunas iglesias donde vaya poca gente,

(1) Clérigos no sujetos a obediencia de sus superiores, como los religiosos.

y hospitales, adonde los maestros de las escuelas lleven a oír misa domingos y fiestas. Y para que los maestros quieran hacerlo, debeseles rogar y encargar; y para que los niños quieran ir, también se les debe rogar; y para que los padres los quieran enviar, débeseles predicar la obligación que tienen los niños de oír misa, y cómo los padres no los llevan consigo, y [no] tienen aparejo por la mucha gente que hay en las iglesias, y que deben agradecer y aceptar este medio que se les da. Unos se excusan con que han menester los domingos sus niños; pues como los envían entre semana, los podían enviar la fiesta, siendo a hora cierta y que menos falta les hagan. Se podía hacer que, vayan a su escuela, y el maestro los lleve a oír misa, e idos a misa, dígaseles devotamente, y antes o después digan ellos la doctrina, y decláreseles algún mandamiento o artículo con algún ejemplo, que es lo que más les mueve. Y dígaseles el gran bien que recibieron en el santo Bautismo; y que si lo han perdido, es el remedio la confesión, y decláreseles cómo lo han de hacer, y cuán grave pecado sea callar algo por vergüenza, con sus ejemplos, y así se podrán ir.

4. Allende de esto conviene que vaya cada día un sacerdote, que tenga don para ello, a las escuelas; y dicha la doctrina, les declare algo de ella, como se hizo en la misa; y los amoneste a la confesión y les enseñe cómo la han de hacer pensada y verdadera. Y los maestros de ellos tendrán cuidado de castigarlos si juran y mienten, y de otras cosas semejantes. Y si parece que está cumplido con los niños de la doctrina, para los otros conviene que se publique cuán mal orden de república es que mientras en misa los domingos y fiestas, estén jugando muchos de ellos por las calles, y que muchos de ellos por la edad tienen obligación para oír Misa, y convenía que se encargase a algún hombre devoto que anduviese por las calles a los llevar a la iglesia adonde los otros niños oyen misa; los alguaciles también por su parte, y para éstos era menester comunicarlo con el Corregidor.

5. Y si en la Cuaresma se tañe a la doctrina después de Completas, para que vayan a ella los niños, y las niñas aparte; y allí se les diga y se les predique, especialmente de la vergüenza de la confesión, que es cosa que más toca a mujeres; y a unos y a otros se les dé doctrina cómo pasen aquella edad con limpieza, y con alcanzar buenas costumbres para adelante; porque decirles la doctrina es para que la tomen de corazón, que es bueno.

6. En lo que más va, que se nombren confesores para unos y otros niños, muy escogidos, con celo de ánimas y con prudencia, para que no hagan como de burla las confesiones, sino muy de propósito y despacio; pues según Gersón dice, pocos niños halló que estuviesen bien confesados. Requiérese mucha prudencia para saber sacar los pecados sin enseñarse lo que no saben; y aprovecharles ha leer los tratados de Gersón, que hablan en esto; y mucho más si saben orar y llorar por las ánimas, que por tan poco precio se venden al demonio, habiendo sido compradas por Cristo a precio de su preciosísima Sangre. Esto les ha de enseñar V. S. a los confesores, para que estimen estas almas, y el aprovecharlas en esta edad en lo que es razón. Y los maestros de escuelas tendrán cargo de decirles: «Vos y vos, aparejaos para confesaros tal día.» Lo mismo se ha de enseñar a los maestros de niños y de gramáticos; y de unos y de otros se ha de hacer V. S. muy amigo, y hablarles algunas veces. Y los confesores estén aparejados para luego confesar los niños; y no se han de ocupar en otras confesiones; y dígales la doctrina. Y cuando han de confesarse, si pareciere que las fiestas en las tardes se lleven a los niños de las escuelas al campo, y cuando vengan digan la doctrina, y les prediquen un poco será muy bien, aunque sea a costa de darles alguna frutilla.

7. A la hora del sermón sería bien que no hubiese lección en el Colegio Real, ni aun de gramática, sino que todos fuesen al sermón, y los gramáticos los llevasen sus maestros, porque no fuesen a otros negocios; y si pudiesen dar lugar propio para ellos en la iglesia, sería bien. Convendrá que se les haga plática algún día.

8. Los domingos y fiestas, mientras en misa, se cierren las tiendas en que venden las cosas necesarias para el mantenimiento humano. Parece que con más razón sería cerrar las de las mujeres públicas hasta dicha la misa mayor de la mañana, pues es tan breve término. Mas como en esa ciudad se apelan (2) tantos negocios y revocan, no sé si será éste uno de ellos. Alcáncelo V. S. con nuestro Señor, y luego comuníquelo con el Corregidor. Convendrá que prediquen algunos días a estas mujeres. V. S. verá allá el

(2) *Apelan.* Parece aludir a la Chancillería, adonde se apelaba en las causas civiles y criminales.

medio para ello; y de esta Semana Santa será razón que cierren sus puertas y tiendas hasta Pascua, o pasada Pascua.

Suplico a V. S. me perdone tan larga carta, que el cuidado que me da la carga tan pesada que vuestra señoría tiene sobre sus hombros me hace hacer estas demasías. Cristo ayude a V. S. para que pueda llevarlas de manera que agrade a sus ojos, y vuestra señoría merezca corona de *fiel siervo y prudente*, y oiga; *intra in gaudium Domini tui* (*Mt.*, 25, 21) y muchos con Él y por Él.

De Montilla a 10 de marzo. = *Joannes de Avila.*

181.—Al Sr. D. Pedro Guerrero

Arzobispo de Granada. Que procure se supriman los perjurios en los tribunales de justicia (1).

Reverendísimo e ilustrísimo señor:

Lo que en ésta diré sabe V. S. mejor que yo, y le duele más que a mí, como quien tiene más caridad; y con todo eso me atrevo a hablar en ello, siquiera por descansar.

1. Ya sabe V. S. las muchas ofensas que se cometen contra la divina Majestad en quebrantarse juramentos hechos por escribanos, y por acusados en causas criminales, pues son tantos, que en un día y en un pueblo se cometen cada día muy muchos; y mirando los que se cometen en toda España, parece que no hay corazón cristiano que no reviente de dolor. Dicen que ahora entienden en el Consejo en acrecentar el arancel; y aunque esto se haga, no creo se cura la llaga como conviene a la honra de Dios; porque es tanto el exceso en que están acostumbrados, que también pasarán del término que se les pusiere, como el que les estaba puesto; y no se evitando las ofensas de la irreverencia al santo nombre de Dios, todo lo demás es de poca estima.

2. Bien sé que dirán aquellos señores: Ya nosotros les señalamos justo estipendio; si ellos quieren llevar más, no les damos nosotros causa, ellos la toman por ser malos. Mas si ellos saben que, así como

(1) Véase sobre este asunto la Carta núm. 11, § XIII.

así, han de perjurarse, ¿de qué sirve poner los juramentos, pues que cesa el fin de, *omnis controversiae finis juramentum?* El superior cristiano no se ha de contentar con que él no peque, ni con que los súbditos no pequen por causa del señor, sino con que Dios no sea ofendido de él ni de los suyos, pues un buen hijo no se contenta con no dar a su padre enojos de aquí ni de allí. Cuánto más que pensar, que con tomar juramento y no serles causa positiva que lo quebranten, cumplen, es claro engaño; pues tienen obligación de mirar cómo se guardan las leyes, y especialmente las que *versantur circa Dei offensam evitandam.* Y en ofensa tan calificada como ésta es, y vemos que se sabe que se perjuran, y ni en residencia ni fuera no se hace cosa para evitar el perjurio; salvo cuando alguno quiere mal a algún escribano y pide que le castiguen, y prueba sus malos recaudos.

3. Una cosa he visto, que las pragmáticas que el rey quiere de verdad que se guarden, que cierto se guardan; porque no se contentan con mandar, sino con tener mucha cuenta en la ejecución. Y pues vemos aquí tanta disolución, señal es del poco cuidado que hay que Dios no sea ofendido. Y no nos maravillemos si Dios castigare a su pueblo por tantos juramentos quebrantados, pues por el que Saúl quebrantó, aunque fué hecho con engaños y quebrantado con buen celo, castigó Dios el reino con tres años de seca enteros (2 *Reg.*, 21, 1-9). Y así dice San Jerónimo, que por los perjurios *venit sterilitas frugum temporalium,* y aun *spiritualium.* Si deseamos no ser vencidos de turcos, no ser azotados de Dios con pestilencia, y otras cosas, *aufer offendiculum a facie mea, et non commoveris.* Que si con las obras irritamos a la ira de Dios, no la podrá impedir la oración ni la lengua.

4. El mejor remedio sería quitar los juramentos, pues según he dicho, *cessat quod sit finis omnis controversiae.* Y si les parece hace en algunos que se enfrenen más por no pecar, son poquísimos, y lo serán aunque el arancel se alce más Aun para esto hay remedio con que se les dijese, que lo que llevasen más que no lo hacían suyo, y que sin otra sentencia fuesen obligados a lo restituir. Y con esto el confesor se podría aprovechar como con el juramento; y si no, a lo menos evitaríase el perjurio, pues no han de hacer más por jurar que por estotro. De manera que si el juramento se pone para el castigo exterior, esto no se hace; y cuando se hace no es como a perjurio.

Y para el fuero de la conciencia, tanto obrará en quien teme a Dios la restitución, que es cosa que duele mucho a muchos, como el juramento. Y así parece que no se saca del juramento sino quebrantamiento de él; y esto debe quebrantar el corazón del Príncipe cristiano, pues ha de dolerle mucho la deshonra de Dios, y procurar de quitarla, pues fió Dios de él su honra. Y si esto no parece, búsquese modo como no haya perjurios, y trabájese en ello con gran cuidado, como si fuese al rey la vida; y por una vía o por otra no sea Dios ofendido, en tan grave daño del reino; que si hay celo de la honra de Dios, Él dará medio para ejecución de cosa tan justa.

5. De todos géneros de personas, se me ofrecen que corren este peligro acusados de causas criminales. Vuestra señoría se podía informar de otros, que creo también están *in eadem damnatione* (*Lc.*, 23, 40) por la misma causa. Y si Dios diese a V. S. valor para lo escribir al rey, poniéndole la cosa clara delante, y el mucho peligro de su conciencia si no lo remedia, yo quedaré consolado. Aunque, según otra vez he dicho no hemos de mirar tanto a nuestra esperanza, cuanto a aquella alta providencia de Dios, que muchas veces saca a buen fin lo que menos esperábamos, y lo muy tenido por cierto se deshace, *ut non glorietur coram illo omnis caro* (1 *Cor.*, 1, 29). Plega a Él que no haya ocupado a V. S. con tan larga carta sin que de ello saque algún provecho. Si V. S. acordase de escribir, había de ser antes que el arancel se alzase; porque con no haber hecho aquello quedarán contentos, y no querrán entender en el negocio.

Dios haga a V. S. Rma. todo suyo, y aunque lo haga muy atribulado y señalado con el *tau* (2) [la cruz], como quien gime *super cunctis abominationibus, quae fiunt in Hierusalem* (*Ez.*, 9, 4).

De Montilla a 19 de enero.

Siervo de V. S. Rma. que sus muy ilustres manos besa = *Joannes de Avila.*

---

(2) *Tau:* nombre griego de la t, que tiene forma de cruz.

182.—A D. Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada

Acerca del Sínodo. Exhórtale a entrar con fortaleza y confianza en Dios en la guerra del Sínodo.

Reverendísimo y muy ilustre señor:

De Judas Macabeo se lee (1 *Mac.*, 3, 2) *que praeliabat praelia Domini cum laetitia*. No sé si la tiene vuestra señoría para entrar en la guerra de su Sínodo. Cristo le esfuerce, pues no faltarán dudas y dificultades, para las cuales sea menester su luz y esfuerzo. Y aunque yo no estoy muy esforzado en estos negocios, no se perderá tanto, por estar ahora tan lejos de la guerra, cuanto se puede perder si tuviese miedo quien ha de entrar en ella, mayormente siendo capitán. Todas las veces que Judas Macabeo venció, precedió una gran confianza en Dios, mirando que era suya la causa; y cuando temía los enemigos, entonces fué vencido. Quiere el Señor que no estribemos en nuestra prudencia, mirando los sucesos por la cortedad de ella, pues que nos ha avisado qué *sunt in victoriis providentiae nostrae,* y que muchas veces nos sucede mal de lo que más confiados estábamos, y bien lo que teníamos perdido.

Demos a Dios la gloria de Señor y sabedor de todo, y obrador de todo lo bueno; y hagamos todo lo que de nuestra parte fuere con toda diligencia y muy cumplidamente, porque no seamos castigados por desconfiados, como lo fueron los que salieron a la tierra de promisión. Acordémonos que *non est nostra pugna, sed Dei* (2 *Par.*, 20, 15); y salgamos a la guerra, y *Dominus erit nobiscum.* Y si por nuestros pecados no sucediere como lo ha menester nuestra necesidad, demos a Dios gloria de justo, y a nosotros *sit confusio faciei* (*Bar.*, 1, 15). Mas a lo menos desde lo primero hasta lo postrero no perdamos el ánimo, ni dejemos de hacer todo lo que en los negocios de Dios pudiéremos (*Eccl.*, 11, 6): *Mane semina semen tuum, et vespere non cesset manus tua; nescio enim, quid magis oriatur, hoc aut illud; et si utrumque simul, melius erit*; y si no naciere nada, no perderá su galardón quien lo hubiere trabajado. Y aunque la caridad no se consuela con sólo su bien, pues pretende el de todos, mas a lo menos evita culpas y gana méritos; alábanle todos en sus juicios sujetándose a ellos, lo cual no es pequeño servicio que se hace al Señor, por cuya

misericordia plegue a Él perficionar a V. S. Rma. los deseos de su corazón, pues Él los ha plantado.

De Montilla a 5 de septiembre.

Siervo de V. S. Rma. que sus muy ilustres manos besa, = *Joannes de Avila.*

183.—A D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, Obispo de Córdoba

Cuando iba a presidir un Concilio provincial a Toledo (año 1565). Exhórtale a promover con fortaleza apostólica el bien de la Iglesia e imitar a Jesucristo en el trato de su persona.

1. Con la merced que Dios me hizo de darme a vuestra señoría por Padre y Pastor, y con la licencia, *imo* mandato de la Escritura, que dice (*Deut.*, 32, 7): *Interroga Patrem tuum, et annuntiabit tibi,* me atrevo a suplicar a V. S. me diga, ¿qué es el fin y pretensión de Jesucristo nuestro Señor en hacer a vuestra señoría Presidente de este Concilio por un rodeo no pensado? (*Prov.*, 14, 35): *Acceptus est Regi minister intelligens.* Y por serlo V. S., es razón que no deje pasar esta ordenación de Dios sin entenderla, y corresponder a ella con la reverencia y diligencia y fidelidad que a tan gran Señor y a tan importante obra suya se debe. Y porque entiendo que vuestra señoría me ha de mandar que diga lo que de esto siento, lo diré, aunque con algún temor del mucho amor que a vuestra señoría tengo, el cual suele cegar los ojos aun de los prudentes, de los cuales yo no soy, y por eso tengo más por qué temer mi determinación.

2. Yo, Reverendísimo Señor, me he alegrado de este lugar que Dios a V. S. ha dado, porque como Él haya dicho (*Mt.*, 25): *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam,* parece que podemos tener alguna conjetura de que vuestra señoría ha administrado bien la presidencia o superintendencia sobre su clero y ovejas, pues Dios le da superintendencia sobre pastores de muchas ovejas. Porque estoy persuadido de la misericordia de nuestro Señor, que si V. S. ejecuta este mandato del Señor como debe, que ha de ser causa de gran reformación en los Obispos y obispados del reino; pues éstos a quien Dios envía a V. S. son los principales de él, y lo que en este Concilio se hiciere, será para todo él una gran

luz, y un ejemplo a quien sigan. Mire V. S. en cuán glorioso negocio le ha puesto nuestro Señor, y cómo ha fiado de él su honra y contentamiento, y el aprovechamiento de tantos pastores y ovejas; que sólo el pensarlo da grande alegría, pues la más justa y grande es que las ánimas conozcan, amen y sirvan al Señor que por ellas murió.

2. Si V. S. mirare con ojos cristianos el valor de esta empresa, el galardón de ella, y principalmente a la grandeza del Señor que se la encomienda, no dudo sino que se tendrá por indigno de ella, y dirá como San Pedro (*Lc.*, 5): *Exi a me, Domine, quia homo peccator sum*; porque la humildad de V. S. le hará creer y confesar que la pudiera Dios encomendar a otros que tuvieran más partes para cumplirla. Mas si vuestra señoría con la humildad de San Pedro y de Moisés, dijere que no es para empresa tan grande, porque no tiene lengua y habilidad para ella, decirle al Señor: *Noli timere, ex hoc enim eris homines capiens. Quis fecit hos homines? Perge igitur, et ego ero in ore tuo, docebo te, quid loquaris* (*Ex.*, 4, 12). Y con tal merced y tal arrimo, bien podrá V. S. emprender no sólo ésta, mas mayores empresas.

4. Solamente mire V. S. que *exhibeat se ministrum idoneum tanti Regis*; y que pues Dios ha de ser el que por boca de V. S. ha de hablar, y el que ha de enseñar con su lumbre a su corazón, procure quitar de sí todos los impedimentos a la inspiración del Señor, y a las obras que Él por medio de V. S. quisiere obrar. Haga como Isaías (50, 5), que dijo: *Dominus Deus apperuit mihi aurem, et ego non contradico, retrorsum non abii.* No plega a Cristo que haya en vuestra señoría cosa, por amada que sea, que le impida a hacer, pensar y hablar lo que sintiere ser agradable al Señor y provechoso a su Iglesia. Córtelo vuestra señoría, y con agudo cuchillo, sea lo que fuere; acuérdesele de aquello del Profeta Moisés, que celando la honra de Dios, dijo (*Exod.*, 32): *Si quis est Domini, jungatur mihi*; y se le juntó la tribu de Leví; y siendo mandados por Moisés que matasen a cuantos encontrasen en el real, hasta pasar de parte a parte, le obedecieron tan de verdad, que aunque encontraban con parientes e hijos, también los mataban, teniendo en más la honra de Dios que el amor de la sangre, y tan propincua. Haga V. S. cuenta que el Señor le envía por celador y restituidor de su honra, que tan perdida está en la clerecía y en el estado

laical; y cíñase su espada de la palabra y verdad de Dios, y menéela con grande amor y fervor, y mate todo aquello que a la santa voluntad de Dios contradice. Saque sangre, porque no le toque lo que está escrito (*Jer.*, 48, 10): *Maledictus qui prohibet gladium suum a sanguine.*

Mas ha de comenzarla de sus mismas venas y de su corazón; porque debe V. S., para bien ejecutar este misterio, ir mortificado no sólo a las cosas y afectos que no le sean muy penosos, sino a los tan amadados como su sangre, la cual se dice ser tesoro de la vida. Aquél *saca sangre,* que ofrece a Dios lo que mucho le duele; y ésta es digna recompensa del cristiano para con nuestro Señor, que pues Él derramó la sangre por nosotros, y pues Él murió por nosotros, nosotros muramos por Él, o perdiendo la vida corporal, o perdiendo los afectos, por muy entrañables que nos sean; porque a trueco de haber el Señor dado su vida y su sangre, dar nosotros, no lo que nos duele, sino una cosa de poco valor, es caer en aquella maldición (*Malach.*, 1, 14): *Maledictus dolosus, qui habet in grege suo masculum, et offert Domino debile.*

5. Estudie V. S., pues, con mucho cuidado en qué manera irá a dar esta embajada de parte de Dios, de manera que lleve más eficacia, y sea mejor recibida y con más fruto, aunque le cueste la sangre y la vida. ¿Qué mejor remate de vida puede V. S. tener, que, o ser mártir, o mortificado por la honra de Cristo y bien de su Iglesia? ¿Qué mayor gloria, que no llevar gloria mundana al Concilio, sino gloria conforme a la del Señor, pues está escrito (*Eccli.*, 23): *Magna gloria est sequi Dominum?* Mire vuestra señoría qué tal vino cuando el Padre le envió por embajador al mundo, a anunciar su voluntad, y a sacarlo de sus malos caminos y meterlo en los de Dios. Cierto es que nació en pobreza y aspereza, y de la misma manera vivió, y con crecimiento de esto murió. Y habiendo Él traído la embajada del Padre con este tan humilde aparato, no se agradará que su embajador, pues es de Rey celestial, vaya con aparato de mundo, pues dijo por San Juan (20): *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* El Corazón ardiendo en celo de la honra del Padre y de la salvación de las almas le trajo al mundo; y aquel gran fuego del celo de la casa de Dios quemó todo el aparato mundano, que pesado con justas balanzas, no es sino pajas, y donde hay fuego de amor de Dios luego son quemadas con gran ligereza. No

piense V. S. persuadir a nadie reformación, si él no va reformado; ni piense que por otros medios ha de ser su embajada provechosa, sino por los que Jesucristo, por ordenación de su Padre, tomó para cumplir la suya; porque si otras hubiera más convenientes, ni la Sabiduría divina las ignorara, ni su Providencia las dejara de ordenar. Mas pues con tanto acuerdo, y siendo tan costosas a su propio Hijo, ordenó las que sabemos, gran temeridad es querer el siervo y criado huir de los medios que tomó el Hijo, y tener en más la propia y carnal sabiduría que la de Dios. Alce los ojos V. S. al Hijo de Dios puesto en una cruz, desnudo y crucificado, y procure desnudarse del mundo y de la carne y sangre, codicia de honra, y de sí mismo, para que así sea todo él semejante a Jesucristo, y sea su embajada eficaz y fructuosa. Muera a todo, y vivirá a Dios, y será causa para que otros vivan; porque si esto no lo hace, perderse ha a sí y a los otros, pues la palabra de Cristo Señor nuestro no puede faltar (*Jn.*, 12, 24): *Nisi granum frumenti*, etc.

6. ¡Oh muerte dichosa, pues tantas vidas y tan preciosas y eternas se siguen de ella! ¡Y desdichado de aquel que, por quererse quedar encima de la tierra, pretendiendo algo de ella, se pierde a sí y a los que pudiera ganar! ¡Cuánto mejor consejo es ofrecer V. S. sus *dos cornadillos*, cuerpo y alma, al mismo Señor que se los dió, y que murió por él para provocarle a que de buena gana le tornase lo mismo que Él le dió, y evitar la deuda propia y ajena, y ganar de presente gracia delante del Señor, y después aquella corona que le será dada cuando, como dice San Pedro (1 *Petr.*, 5), *cum apparuerit princeps pastorum, percipietis immarcescibilem coronam gloriae!*; y así cuando oiga el Señor a V. S. (*Mt.*, 25): *Euge, serve bone et fidelis*. Piense V. S. en esta corona, y tendrá en poco todas las de acá; piense en aquel *gaudium Domini tui*, y tendrá en poco los gozos y los trabajos de acá. Y tenga por cierto que si se atreviere a ser fiel embajador de Jesucristo, y ser de su bando todo él entero, que le será muy bien agradecido, y se cumplirá en él lo que el Señor dijo (*Jn.*, 12): *Ubi sum ego, erit minister meus*. ¡Gran galardón es éste, y eterno! El trabajo es poco, y presto se acabará; y cuando no pensemos, vendrá la hora en que seamos presentados en el juicio de este Señor que ahora encomienda a V. S. un negocio tan importante; y entonces se hol-

gará de haberlo hecho fielmente y a contento de Él, aunque sea a disgusto de todo el mundo. Plega a la bondad que esta merced ha hecho a V. S., añada otra, y sea darle su Santo Espíritu, para que vestido de él, tenga luz del cielo para saber la santa voluntad de Dios, y fortaleza para la anunciar (*Jac.*, 1, 17), *in gloriam illius, a quomne bonum, et donum est.*

Él sea con V. S. a la ida, estada y venida, y nunca le deje solo ahora, ni en la eternidad que esperamos. Amén.

184.—A UN AMIGO SACERDOTE, ENFERMO.

Exhórtale a sufrir los achaques de la vejez, que son el buen vino, que Cristo reserva para el fin a sus amigos.

CHARISSIME:

Cuando considero la poca salud de V. R., con otras circunstancias, que todo junto le es penosa cruz, no me maravillo que se queje de mí, por no ayudarle a la llevar con escribirle algunas veces. Y por otra parte, como veo tanta imposibilidad en mí para hacer esto, por mis indisposiciones que cada día crecen más, dame gran pena oír quejas, pues de ninguna cosa sirven sino de penarme. Suplico a V. R. tenga entendido ser esto así, y procuremos entrambos de ir con nuestras cruces al Señor que llevó la suya, pidiéndole que nos dé su gracia para llevar con contentamiento lo que Él de su mano nos envía.

Y cierto, Padre mío, yo tengo temor que el amor de nuestra sensualidad, del cual tenemos mucho, y lo poco que tenemos del verdadero amor de Jesucristo, y crucificado, nos hace estimar en mucho nuestros trabajos, y quejarnos de la falta de consuelo. Porque si de verdad nos hubiésemos aborrecido, como el Señor manda, por amor de Él, holgaríamonos de que tomase satisfecho (1) en nosotros, castigándonos las ofensas que contra Él hemos cometido. Y también tendríamos por merced señalada comer a una mesa con Él, aunque sea hiel y vinagre; porque su compañía es tan gran bien y tan para desear, que aunque sea en tormentos, se debe preciar en mucho; que por este camino se gana su compañía en el reino de los cielos,

(1) *Satisfecho:* satisfacción.

donde dará el Señor *parte del panal de miel que Él come,* a los que aquí la dió y a los que con Él bebieron hiel y vinagre.

Esfuércese V. R. en la gracia del Señor, y haga buen rostro a la cruz, y no espere en lo que ya queda de la vida sino un trabajo sobre otro; los cuales, cuanto más crecidos fueren, tanto más los tome por prenda de su salvación, y por señales de que el descanso está cerca. Que ya sabe que al fin de los caminos está una cuesta para subir a la ciudad; la cual, aunque por una parte cansa mucho, por venir sobre cansancio, mas por otra da grande consuelo, por ser trabajo que da fin a los trabajos, entrando el hombre en la ciudad deseada. Y este postrer trabajo, que a la vejez suele venir, es *el buen vino* de la cruz, el cual el Señor *guarda para dar* a sus amigos *a la postre,* como cuando convirtió el agua en vino; bébalo vuestra reverencia con alegría, porque de él se entiende (*Cant.*, 5, 1): *Inebriamini, charissimi*; y por medio de él, espere ser uno de aquellos de los cuales está escrito (*Ps.*, 35, 9): *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos.* Y no piense que tardará mucho este día, pues nuestro barro es tan flaco, y tantos golpes le dan, que cuando no pensemos será quebrado, y diremos (*Ps.*, 123, 7): *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus.*

185 (1).—A SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Contesta a una del Santo sobre las persecuciones que la Compañía padecía en España y sobre el modo de portarse en ellas (2).

MUY REVERENDO SEÑOR Y DIGNÍSIMO PADRE:

1. La caridad de Vuestra Paternidad causa en su corazón que le parezca tener obligación de me escribir, y agradecer mi deseo y afición cerca de la santa

(1) Las Cartas 185-188, encontradas por el P. Cecilio Gómez Rodeles, de la Compañía de Jesús, fueron publicadas por el Sr. Montaña, páginas 670-676.

(2) Terrible tempestad levantó Melchor Cano contra la naciente Compañía de Jesús en Salamanca. El Santo fundador escribió, a 24 de enero de 1549, al Maestro Avila, persona de tanta autoridad en España, informándole de lo que sucedía.

Compañía de Jesús, de la cual V. P. es administrador; y con hacerlo echa sobre mí una tan verdadera obligación, cual a nuestro Señor plega darme fuerzas con que, siquiera en algo, de ella pueda salir.

Yo, señor, he hecho poco en servicio de esta Compañía, porque puedo poco; mas a la fuente de la luz sean gracias, que me ha dado, desde el primer día que la oí, sentimiento de ella ser obra del mismo Señor, y obra de misericordia, así para los que en ella entraren, como para los que por medio de ella han de ser aprovechados. Mas, señor, que yo hubiera hecho algo, ¿qué hay que me agradecer, pues hago lo que debo, y no llego a esto ni con muchos quilates?

2. Dejado esto, me parece bien que en todas las partes que hubiere contradicción a esta obra de Dios, se provea de remedio por parte del Vicario suyo en la tierra, para que las lenguas de los que, con buena o mala intención, la quieren hacer sospechosa, sean refrenadas, pues los corazones de los que en esta Compañía están, no serán movidos en esto con amargura de ira, más con fortaleza de celestial celo de la casa y negocio del Señor; el cual, cuando esto permite, no hace fuera de su antigua costumbre, pues es cosa usada, viéndolo Él y callando, que desde el principio del mundo nunca faltó bondad que padeciese y malicia que persiguiese. Ni tampoco le es nuevo sacar a luz su juicio y declarar sus obras cuando Él ve que cumple, y entonces está muy bien; porque no agradece Él tanto a sus siervos que se ejerciten en buenas obras, cuanto que sufran y lleven con alegría y fe las malas que les fueren hechas. Que de otra manera, ¿cómo se distinguiría el siervo leal del fingido, si faltase el toque que lo demuestra, que es la persecución? Las águilas tienen señal para conocer los que son sus legítimos hijos, y los plateros de la tierra tienen toque para no recibir metal falso y aparente por verdadero. A Cristo pareció tener prueba en que los suyos sean probados, que es, como la Escritura dice (*Eccli.*, 2, 5): *In camino humiliationis*. Y pues en nuestra Cabeza primero hubo pasión que resurrección, no deben los miembros huir de pasar por la ley que la cabeza pasó, ni dejen de esperar lo que en ella acaeció. Dicho he esto, no por necesidad que haya de decirlo yo, sino por consolarme en decir verdad, que creo ser obrada de esta santa Compañía.

3. Aunque yo no sé la disposición de las tierras de allá, sospecho que la más dura para recibir esto

es esta España, por causas que no es menester cansar ni ocupar a V. P. con ellas; y sería bien que se enviasen por acá de las personas más eminentes que Dios tuviese en esta Compañía, para que a mayor resistencia viniese mayor fuerza, y venciese; y así suplico a V. P. lo haga. No hay falta en los que acá hay, sino que para tanta mies son pocos. Vuestra Paternidad tenga cuenta con esto por amor de nuestro Señor, el cual le dé aquellos alientos y espíritu que la empresa en que lo ha puesto ha menester, para que él, y todos los que a su cargo están, y muchos por ellos, sean ganados al Señor, cuyos somos, en perpetua gloria de Él, y salud de muchos. Y de mi poquedad suplico a V. P. tenga cuidado, como de un muy pobre, que en su caridad se encomienda, y deseoso de ver glorificado el nombre del Señor por medio de esta santa Compañía.

De Córdoba, 13 de abril de 549.

Servus vestrae Paternitatis.

JOANNES DE AVILA.

Sobrescrito.—Muy reverendo señor y dignísimo Padre, el P. Ignatio. Prepósito de la Compañía de Jesús, en Roma, mi señor.

186.—AL P. DIEGO LÁINEZ (1).

Le felicita por su elevación al gobierno general de la Compañía; aconseja que sean difíciles en admitir sujetos.

REVERENDÍSIMO SEÑOR Y PADRE:

1. Aunque por mi negligencia me he tardado en escribir a V. Rma. Paternidad, no ha dejado la divina Bondad de darme algún conocimiento de la merced que a muchos ha hecho en constituir a V. P. por General ministro de la santa Compañía, pues que de ello podemos esperar que será de ello Dios glorificado, y las ánimas, por quien dió su vida, aprovechadas. Y como los que, por su don, tenemos algún deseo de aquesto, y gemimos la falta de ello, tenemos puestos los ojos en esta santa Compañía, como señal y pren-

(1) Inmediato sucesor de San Ignacio en el gobierno general de la Compañía de Jesús.

da de la benevolencia que Dios nos tiene, pues nos la envio en tiempos de tanta necesidad, no podemos dejar de alegrarnos, viendo este cuerpo bien proveído, con darle el Señor por cabeza a V. P. Él sea por sus misericordias bendito, y por ellas mismas le plega dar a V. Rma. Paternidad aumento de su gracia y dones, para que de él, como de cabeza, venga espiritual aprovechamiento a la Compañía, como a cosa más cercana, y de allí a nosotros, que fuera estamos; todo para gloria del Señor, de cuya mano todo bien viene.

2. El amor del bien de la Compañía me hace decir lo que, mirando a mi poquedad, no dijera; y es, que deseo que la gente de esta santa Congregación no fuese mucha; no porque esté el bien en ser pocos, sino porque está en ser buenos, y de lo bueno suele haber poco; y los desórdenes que en otras Ordenes acaecen por ser muchos, ya se ve lo que obran, pues se salen tantos de ellas, o son intolerables y perniciosos quedándose dentro. Bien sé que hay en la Compañía largo término para examinar al que ha de ser recibido; y cierto es muy buen medio. Y con esto (2) entiendo que, cuando está uno dentro, es difícil cosa echarlo, aunque no sea para estar; y fuera fácil cosa no lo admitir primero, gastando parte del tiempo que se toma para probar al entrado, en mirar y remirar al que se ha de admitir a entrar.

3. A este fin conduce que también deseo que hubiese en la Compañía letrados eminentes, y que no se contentasen con, en oyendo un curso de Teología, cortar el hilo de las letras (3); porque la necesidad de los tiempos y lo que de esta santa Compañía se espera, no es cosa vulgar; y si no me engaño, el intento del fundador de ella, que está en gloria, fué tener gente imitadora de Apóstoles; y que no excediese en mucho al número de ellos, pues en ellos se vió cuánta obra del Señor hacen pocos, y llenos de su santo espíritu.

4. Todavía pido a V. Rma. Paternidad perdón de mi atrevimiento, y también que retribuya por mí, al P. Maestro Salmerón, la caridad que me hizo, en impetrarme de Su Santidad facultad para celebrar *ante*

---

(2) *Y con esto:* y con todo esto, a pesar de esto.

(3) Consejo prudentísimo y muy oportuno en aquellos primeros años. (Véase Astraín, HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, en la Asistencia de España, t. II, lib. III, capítulo 9, pág. 568.)

lucem (4). Y yo, desde acá, suplicaré a nuestro Señor le dé mucha parte del santo Sacrificio del Altar cada vez que yo lo celebrare; que no sé en qué otra cosa le sirva.

Sea el Espíritu Santo favor cumplido de Vuestra Reverendísima Paternidad para que todo lo pueda en Él, y con ganancia del copioso fruto en su Iglesia, sea V. P. recibido en el cielo con muchos merecimientos.

De Montilla, 27 de marzo de 559.

Servus vestrae Rmae. Paternitatis.

JOANNES DE AVILA.

187.—A SAN FRANCISCO DE BORJA (1).

Que acepte con paciencia el gobierno de toda la Compañía. Sobre los PP. Guzmán y Dr. Loarte. Pide que el P. Vergara confiese a una religiosa.

REVERENDÍSIMO SEÑOR Y PADRE MÍO:

1. No se queje V. P. de la cruz del regimiento (2) que nuestro Señor ha puesto en sus hombros, que harto le ha dejado holgar debajo del obedecer. Y ya que Vuestra Paternidad es viejo o va a serlo, ha de tomar para sí lo dicho a San Pedro, que *extendes manus tuas, et alius cinget te, et ducet quo tu non vis.* Admirable es la sabiduría del Señor, que sabe mortificar a los malos con humillaciones, y a los humildes con darles honra y lugares altos. Tenga V. P. paciencia, y confíe en el que es Todopoderoso que le dará lo necesario para el cargo que le dió; y los pobres ayudaremos con nuestros suspiros; pues el bien de V. P. es nuestro.

2. Porque los años pasados escribí al Padre General pasado, que es en gloria, cómo me parecía que los

---

(4) El año 1558 el P. Salmerón, S. J., obtuvo del Papa Paulo IV un Breve en que se concedía al M. Avila, en atención a sus enfermedades y méritos, licencia para que, pasada la medianoche, pudiera celebrar o comulgar. (Granada, VIDA DEL M. AVILA, p. II, § VIII.)

(1) Sucesor inmediato del P. Láinez en el gobierno general de la Compañía de Jesús.

(2) *Regimiento:* régimen, gobierno.

dos compañeros, D. Diego de Guzmán y Dr. Loarte (3), se estuviesen por allá, y ahora he sabido que el primero va a las Indias de Portugal, escribo ésta para que V. P. sepa que para el doctor no hay impedimento que estorbe su venida, si al servicio de Cristo conviene que venga. Y cierto impedimento que al P. Bustamante pareció, estando aca, que podía haber de parte del Colegio de Baeza, ha salido en vano, y está el negocio llano, segun yo estoy informado de personas más cercanas al negocio, que la que informó a S. R.; y así se lo puede V. P. decir al P. Bustamante, al que beso las manos.

3. Y porque de las cosas de acá V. P. tendrá informaciones por otras partes, yo no canso con ellas. Una cosa le pido por Jesucristo crucificado, que una licencia que a V. P. se pedirá para que el P. Vergara confiese a Doña Teresa, monja de este monasterio, sobrina de la señora Marquesa, la conceda, porque corre grave peligro esta ánima, si esto no se le concede. Y Cristo conceda a V. P. abundancia de su santo espíritu para que con su gracia sea regido y la grey a él sometida; y no se olvide de me encomendar a su misericordia.

De Montilla, 19 de febrero [1566].

Besa las manos de V. Rma. P.,

JOANNES DE AVILA.

Sobrescrito.—Al reverendísimo señor y Padre mío, el P. Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús, en Roma.

183.—A SAN FRANCISCO DE BORJA.

Sobre los PP. Guzmán y Dr. Loarte. Conversación con el P. Guzmán.

MUY REVERENDÍSIMO PADRE MÍO EN JESUCRISTO:

1. Heme consolado en el Señor con la presencia del P. D. Diego (1), y hele dicho lo que sé de aquel im-

---

(3) Son dos antiguos discípulos del M. Avila, que él envió a Roma para que San Ignacio los recibiese en la Compañía, donde, en efecto, vivieron y murieron santamente. Para ellos escribió el Maestro la Carta 162.

(1) Don Diego de Guzmán, de quien se habla en la Carta anterior.

pedimento que escribí al P. Maestro Láinez, que es en gloria, y también el medio que para ello se me ofrece llano, y con el favor de Cristo, seguro y cierto, por medio del P. Bustamante; el cual tiene el negocio por muy fácil. Yo quedo encargado de tratarlo con el P. Provincial en viniendo aquí, y daré aviso a V. P. de lo que pasa, para que este impedimento quitado, pueda V. P. disponer de este sujeto en la parte que Dios más de él se sirva. De su compañero ya he escrito a V. P. cómo no hay cosa que le impida la venida, si al servicio dicho esto conviene.

2. Algunas cosas me ha sacado el P. D. Diego, como por fuerza, que pueden ser provechosas para la república cristiana; las cuales yo pensaba enviar a V. P. con sus fundamentos, para que V. P. las enmendase, e hiciese de ellas lo que fuese servicio de nuestro Señor. No hubo lugar para hacerlo. Si el Señor me diere disposición, hacerlo he, y de otras también; que aunque, por pasar por mis manos, merezcan no ser efectuadas, puestas en las de V. P. (que sabrá ponerlas en las de Cristo), podrán ser de provecho. También lleva un recado de la señora Abadesa y Condesa, de este monasterio, tocante a la veneración del Santísimo Sacramento. El amor de Él hará a vuestra paternidad solicitador del negocio.

Yo tengo alguna mejoría en mi salud, y predico alguna vez aunque como viejo.

Dé V. P. gracias al Señor por mí, y pídame su salud y amparo; y éste sea con V. P. siempre.

De Montilla, 9 de septiembre de 1566.

Siervo de V. P.,

JOANNES DE AVILA.

Sobrescrito.—Al reverendísimo señor y Padre mío en Cristo, el P. Francisco Borja, General de la Compañía de Jesús, en Roma.

189.—AL P. ANTONIO DE CÓRDOBA (1).

Noticias de su familia.

MUY REVERENDO PADRE Y SEÑOR MÍO:

1. Muchas de vuestra merced he recibido. Una he respondido, bien larga, aunque no respondía a las pre-

(1) En la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, en un Códice titulado «Cartas de Jesuítas» (2-c. VIII) se

guntas de vuestra merced, porque no hay caudal para tanto, y mis pecados hicieron que la carta no fuese a manos de vuestra merced; y a algunas podía ir. que dañase; mas Dios provea aquestas cosas cómo no dañen. Cuenta daba de lo de casa y ya lo tengo olvidado, y lo de presente es que la señora Duquesa es ya ida a su tierra; porque aunque la salud está muy quebrada, el mucho tiempo que ha estado fuera de casa parece que la obligaba a tornar a ella, y así pareció justo a estos señores.

2. La señora Marquesa, madre de vuestra merced (2), está todavía enferma; confiésase con el Padre Vergara (3), y preguntándole el Padre Fr. Lorenzo por qué echó mano de él y no del Padre Maestro Cañas, dijo que porque el primero no era teólogo ni escrupuleaba tanto las cosas, con que se compuso su señoría con el P. Fr. Pedro de Sotomayor, y el Padre General también hizo su parte. Espero en nuestro Señor, que ha de mirar a la mucha bondad de ella y a su sana y santa intención.

3. El señor Marqués (4) anda con poca salud, y en lo de su ánima querría verle más sujeto a parecer ajeno y más de aquello (...) y *sanctum verbum*. Y acerca de esto no le escriba vuestra merced, porque sospechará que fué de acá el aviso, que si quiere entenderlo, harto le ha vuestra merced dicho en sus cartas, que yo he visto.

4. Al Duque querría ver arrimado a la Compañía, y el otro día traté con él que sería bien que pidiese al Doctor Saavedra para confesor, que le estaría muy bien. Respondióme que holgaría de ello, con que no viniese él sólo con título de confesor, sino que se comenzase a poblar el Colegio de Marchena, siquiera con tres o cuatro Padres y con otros tantos hermanos, y que él deseaba esto mucho, y así gozaría del Padre Doctor Saavedra. Debe ser porque no parezca que viene por el Duque sólo, y sea género, como ellos lo llaman, de hipocresía (?). Dije que lo escribieran a vuestra merced para que nos diese aviso y favor para

---

hallan las Cartas 189-192, que publicó el Sr. Montaña, páginas 676-684.

(2) Doña Catalina de Córdoba, Marquesa de Priego.

(3) El P. Vergara, de la Compañía de Jesús, de quien se habla en la Carta 188.

(4) Don Lorenzo Suárez de Figueroa, padre del destinatario.

ello, y así lo suplico a vuestra merced, pues ve el provecho que de ello se seguiría y el consuelo de la señora Duquesa, cuyo confesor, que es el P. Venegas, no se ha de quejar, aunque venga el del Duque, porque ya está pasado por cosa juzgada, que no han de confesar entrambos con un confesor.

5. De mí no hay que decir sino que *deficit in dolore vita mea*, aunque, por la misericordia grande de Jesucristo, me va con ellos razonablemente, estimándolos en algo, aunque ellos merecen ser estimados en mucho, pues por ellos fuimos redimidos y entre muchas cosa a ellos escogió Cristo y quiso ser poseído de ellos, y *fuit dictus vir dolorum*.

De vuestra merced me dicen que está gordo y predica y confiesa. Cristo le favorezca cada día más en más le servir. Amén.

De Montilla, 25 de marzo.

Servus Vestrae Paternitatis.

JOANNES DE AVILA.

190.—AL MARQUÉS (O LA MARQUESA) DE PRIEGO.

Gratitud del Maestro por los beneficios que recibe en su vejez. Responde a algunas consultas. Su salud.

ILUSTRÍSIMA SEÑORÍA:

Dicen que hay aves que cuando son viejas son man tenidas por sus hijos, en recompensa de lo que los padres hicieron por ellos. No lo he visto en aves, mas véolo en mí; y cierto, con haber trabajado poco en la cría de quien ahora me consuela y mantiene, recíbolo como quien no lo merece, y con hacimiento de gracias a aquel Señor, cuyo oficio es mantener así a los ingratos y malos, a cuya misericordia plega darnos entero conocimiento de ella, para que bondad tan sin término no pase sin ser alabada y amada. Mas ¿qué parte es todo lo criado para esto, pues merece Dios ser infinitamente engrandecido, y lo criado es todo finito? Gocémonos que hace Él lo que nosotros deseamos y no podemos, y pidámosle no permita que demos a otro lo poco que somos; porque si se reparte lo poco, ¿en qué quedará?

No respondo sino a lo de la moza, usando de la misericordia que vuestra señoría me concede, de no querer que me canse. Parece bien ese medio que vuestra señoría dice, o todo otro que pueda tomar para que esa

mujer no se pierda, pues el Señor de todos por ella se dió.

Aquel hombre que sacó la niña de cautiva en nombre de vuestra señoría, me escribió el otro día diciendo que le diesen los dineros. No se me acuerda qué está hecho en ello, que yo pensé que ya estaba cumplido.

Ya estoy un poco mejor, mas creo que está la enfermedad tan posesionada de mí, que la vida ha de ser a echa-levanta. Penado me he, de verme enfermo en tiempo del uso de mi oficio, y sospechado que es algún enojo que el Señor me ha guardado, de los muchos que yo le he hecho y hago. Si vuestra señoría no tuviera cuidado entrañable de me encomendar a su misericordia, suplicáraselo. Esta sea guarda de vuestra señoría y de todas sus cosas. Amén.

Al Sr. D. Antonio mis encomiendas.

Siervo de vuestra ilustrísima señoría,

JOANNES DE AVILA.

191.—AL P. MAESTRO CAÑAS, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Responde a una consulta sobre si un Prelado enfermo podía estar perpetuamente ausente de su diócesis.

MUY REVERENDO PADRE MÍO:

1. Lo que (confiado de la misericordia de nuestro Señor, que suele asistir a sus negocios, y de la humildad con que vuestra reverencia pide consejo) me parece en el caso preguntado es:

Que según he sabido por relación del Doctor Oliva y del licenciado Carmona, a los cuales, sin entender ellos a qué fin lo inquiría, pregunté, es que la enfermedad de esa persona y en su edad, no suele sanar, aunque algo se pueda mejorar. Y porque en materias morales, certidumbre o evidencia se llama aquello que *ut in plurimum accidit,* y para lo que hay mayores y más gruesas conjeturas; hablaremos sobre este presupuesto como sobre cosa cierta, sin atender a ser posible *simpliciter,* otra cosa; pues, aquella manera de posibilidad no hace a propósito de cosas morales.

2. Pues si no se espera salud entera de este mal, sino alguna liviana mejoría, claro es que, pues viniendo de Valladolid con más mejoría que ahora tiene, le ofende tanto la tierra, que lo hace ir de ella,

lo mismo se puede razonablemente esperar que hará aunque fuese a su tierra y tuviese alguna mejoría y quisiese tornar acá, porque como la tierra es la misma, haría entonces lo que ahora; pues no se espera que, aunque vaya a su tierra, tendrá más mejoría que la que trujo ahora; antes dicen que ordinariamente se espera crecimiento de la enfermedad. Pues luego, si la estada ahora la tiene por mortal, también tendrá la tornada, y así nunca vendrá, porque con poca mejoría no osará; pues con venir ahora con ésta no puede estar acá. Mayor mejoría no se espera; síguese que se quedará allá.

3. Dejar este obispado sin su presencia toda su vida no es lícito, pues su necesidad es extrema, y el peligro de vida que él alega tener aquí, no le excusa en caso de tal necesidad, pues es obligado a poner la vida por las ovejas; y aunque *ad tempus* las pudiese dejar, por toda su vida no.

Y lo que hace más clara esta verdad es que el peligro de vida que aquí dice haber, dicen los médicos que también lo tiene en otra parte; sino que habiendo en otra parte mejoría, podrá durar la vida algo más, y en la edad que tiene, este algo más será harto poco. Pues por la dilación que puede causar la mejoría en no perder tan presto la vida, no es razón ni se debe sufrir ausencia del obispado perpetua; porque más es aquello mejoría de salud, que no prolongación de vida *simpliciter*. Que claro es, ser una cosa, decir: «Si aquí estoy, cortarme han la cabeza o cosa semejante, y si salgo, no», y otra es: «Aquí me apretará mucho el mal y me acabará en tres años, y fuera de aquí me acabará en dos o dos y medio.» Esta es la suma verdad de este negocio y bastaría para determinarlo.

4. Y hay más, que según estos médicos dicen, se puede buscar aire templado para el tiempo del calor por acá, y aunque no tan bueno como el de su tierra, aquello poco de mejoría no basta para ausencia, y tan larga. Y no querer aceptar él esto, procede de la mala gana de estar acá, y de su imaginación; lo cual aquí, que se trata de negocio tan importante, no se ha de admitir.

Hay más; que dicen que si se quitase las cenas y el vino, y tomase los remedios que se suelen tomar, que se mejoraría notablemente, y no lo quiere hacer.

Esto es lo que hace por esta parte, que no se puede ausentar.

5. Hace por la contraria—o por mejor decir, parécele a él que hace—que los médicos han firmado que si no se buscan aires más templados que los [que] hay en el Obispado de Córdoba, corre peligro de vida, y por evitar éste se puede ausentar; y éste es todo su báculo.

Dice el Doctor Oliva muchas cosas que hacen inválida esta firma que dieron, y venido a parar con que lo que siente es lo que he dicho, que en ninguna parte espera mejoría notable; antes con la edad y con el vino y lo demás, empeoraría dondequiera que esté.

Item: dice que se podría tener acá modo cómo darle alguna sala templada, con que razonablemente lo pasase; sino que la imaginación de él hace que ninguna cosa le aproveche acá; y esta imaginación no la ha de admitir el confesor en cosa tan grave y tan perjudicial a tantos. Y lo que a este médico parece debe parecer a los otros, sino que les tomaron los dichos de manera que ellos no advirtieron lo que decían; y de esto dará relación el Sr. Zárate y dirálo Oliva así, delante el Obispo, si es menester.

6. Vengamos a lo que él dice, que se quiere ir a buscar salud; y si la alcanza vendrá a servir su Obispado, y si no que pedirá al rey una pensión, y dejará el Obispado.

Esta esperanza de alcanzar salud no se ha de admitir, a lo menos, tanto para que pueda tenerla acá; pues como esta vez le dañó la tierra, le daña cuando torne.

Item: ¿hasta cuándo ha de esperar a ver si tiene salud? Claro es que la peoría que, yéndose ahora, sintiese, le han de echar al camino; y si el invierno está mejor, no se atreverá a venir el verano, porque es el tiempo de los calores, y así se esperará otro verano, y de ahí otro término. De arte que mientras comienza a negociarse la dejada del Obispado se pasará un par de años, y en el negociarla del rey y del Papa otro año; y tan larga ausencia no se debe sufrir en tiempo de tal necesidad.

Esperar de él que luego entenderá en dejar el Obispado no es creíble, porque hasta que vea que la falta de salud dura mucho tiempo, no querrá dejar la presa, y así no parece cosa que le puede valer el decir: «Quiero ir a buscar salud», etc.

Y así no veo cómo se pueda absolver, si no dijese que, pasando cinco o seis meses, se tornaría como quiera que estuviese, o que pasando este término pro-

curaría la dejación del Obispado *ex corde et ex totis viribus*: porque estarse esperando tal mejoría con que en esta tierra pueda estar de otra manera que ahora, no es cosa que se le debe sufrir. Y si en esto viniere, de tornar, o procurar el dejamiento en este tiempo, tomándole la palabra de ello como de cosa necesaria para la absolución, entonces pase Vuestra Reverencia a las otras cosas.

7. En lo de la provisión de los beneficios, porque es cosa por venir bastaría que diga: «Tengo propósito de hacer en ello lo que soy obligado», aunque en particular no se declare que sí, que no, pues él es letrado. Salvo si no tuviese propósito de darlos sin mirar obligación, sino a parentesco o cosa de éstas.

En lo de los oficiales bastaría que dejase mandado al provisor que hiciese en ello lo que fuese obligación conforme al dicho de algunos teólogos.

En lo de poner quién lea, se le debe decir que lo deje ordenado antes que vaya, dando mandato por las Fábricas; y que si alguna es pobre, que mande que se le preste por otras ricas, pues se hace para menores cosas.

En la restitución de la falta que hizo su presencia a los Obispados que ha tenido, no me parece que se le debe decir nada; porque hay Doctores a quien se arrime, y porque no tiene bienes de que restituir sino los que hubiere de este Obispado, y no se ha de tomar de unos para dar a otros; y lo que le puede sobrar de lo que es necesario para su comida y para esto, será poco. De esto yo no curaría.

8. Puede vuestra merced aumentar la plática diciendo que él tiene escrúpulo en lo de la partida, y que suplica a su Señoría que le mande dar licencia para que se hable en ello. Para quitarse él, ha de asir luego de los médicos. Puédele vuestra merced decir que ellos dicen que dieron el parecer muy aprisa, y solamente por ver a su Señoría, entre que el dolor y calentura le apretaban mucho; y que, en fin, el peligro de la vida que dicen haber aquí, también dicen haberlo allá, aunque se esperase alguna mejoría; y que aquello no basta para dejar las ovejas en tal necesidad tanto tiempo; y que les parece que con tener otro regimiento y cura, y con buscar aire templado acá, se podrá esperar la mejoría que allá, y todo voceado y tratado. Si él no viene en lo que he dicho, que a cabo de medio año se torne cual estuviese, o *efficienter* procure dejar el Obispado, vuestra merced

le diga con humildad que bien cree que su señoría acierta en lo que dice, mas que vuestra merced, más no lo alcanza, y que aun le pesa de no le poder servir; si su Señoría manda buscar letrados que le informen, bien; y si no, que le besa las manos, y que no es para más por su poco entendimiento.

Dejar persona que rija el Obispado no lo tengo por necesario, si va para tornarse presto o para dejarlo; y si va por tiempo largo, no cumple con poner a nadie.

Esto se me ha ofrecido. Nuestro Señor premie a vuestra merced como no peligre por ayudar a otros, y sea siempre con Él.

A nuestro Padre y señor D. Antonio beso las manos, y no le escribo porque es noche y porque vaya presto el mensajero.

Domingo en la noche.

Servus V. R.,

JOANNES DE AVILA.

Diga vuestra merced al P. D. Antonio que la entrada del licenciado Francisco Gómez tengo negociada. si viene la licencia que se envió a pedir.

Al muy reverendo Padre mío el P. Maestro Cañas en la Compañía de Jesús, en Córdoba.

192.—AL P. D. ANTONIO DE CÓRDOBA (1).

Asuntos de la familia del P. D. Antonio.

1. Muy reverendo Padre y señor mío: Recibido [he] cartas de vuestra merced; yo no le [he] escrito porque he estado malo. Y mire qué disfavor me enseñó el Señor, que ni de Espíritu Santo, ni de *Corpus Christi* pude predicar. Yo bien sé que no soy digno de ello y de esto me pesa, y no tengo más que decir de que *ego sum qui pecavi; isti, qui oves sunt, quid meruerunt?*, etc. Y cierto, señor, era menester que vuestra merced me prestase un poco de la mucha esperanza que tiene cerca de las cosas que en su carta dice, porque la mía es flaca como de viejo, y más me inclino a que he menester aparejarme para bien morir, que a esperar otras hazañas; de mí digo.

---

(1) No se acierta con el sentido de esta carta, que ha llegado a nosotros rota y alude a sucesos desconocidos.

2. El señor (¿Duque?) me hizo merced—aunque yo la recibo por carga, y él así lo supo—de poner en mis manos el fin de estos negocios: no en las mías solas, sino juntamente confiando (?) duran. Lo que yo le pedí fué que. pues lo que dijeron los letrados es lo que él quiere, que no nos pusiese en tornar de nuevo a trabajar y parecerle esto ser así, y como digo remitiólo al otro (...), a mí lo que hay que averiguar [*roto*] es deudas de cuentas, no hay aquí en que yo pueda [*roto*] vara para esto, y en lo que tengo dudas envío a consultarlo con él mismo.

3. Verdad es que me entremetí entre madre e hijo, porque vi ir al hijo tan camino de morir de penas; y acordéme que pues me pareció bien la ida de vuestra merced, yo me obligue a hacer lo que él, aunque no tan bien; y así traté cosas, y plugo a nuestro Señor, y fué bien, porque el hijo vino a declarar todo su pecho con la madre, y ella lo recibió muy bien, y la claridad es camino para paz. Verdad es que como no ve dar mucha pieza a las cosas, está todavía él incrédulo del pecho de ella. Haremos en ello lo que pudiéremos, aunque entiendo que todo lo que ella hiciere ha de parecer poco a él, y en parte tendrá razón; a lo que dice el Padre Provincial, vuestra merced ayudará con oraciones y sacrificios. Que no sé si podrá acertar desde allá hablar en esto como no dañe.

4. Los pareceres de los letrados han parecido. Yo los vi ayer y estudié sobre ellos, según mi modo, y resulta estar el negocio tan claro en favor de la hija de la buena mujer, que me parece que bastarían mis cuatro años que estudié de leyes para abogar y obtener victoria en esta [*roto*] más claro; y paréceme que si el Padre Provincial o yo pudiésemos hablar a la otra parte, que se acabaría de sosegar, y no le pasaría por pensamiento otra cosa; y yo deseo en gran manera esto, por ser lo contrario causa de muchos males y discordias, que yo siempre he temido. El de acá no ha respondido nada al de allá sobre ello, porque la poca salud excusa hablar en cosas pesadas, y si esto de sosegar a la otra parte se pudiera hacer, gran negocio fuera. El Padre Provincial y yo decíamos, si fuera vuestra merced para ello, mas no es. Cierto, fuéralo el Sr. D. Francisco, mas habíamosle de informar primero acá. Si el Padre Provincial fuera a ello, gran jornada sería y no ajena de la Compañía, pues es de pacificar gente que tanto puede dañarse y dañar con la discordia. Mire vuestra merced si

se podría negociar esto, pues importa más que otra cosa alguna.

Creo se contentará vuestra merced con lo escrito, pues para muñecas enflaquecidas de dolores basta. Mejor estoy: el día de la Visitación de nuestra Señora hablé a las monjas por la red en la tarde.

Dios sea con vuestra merced en todo y con el señor D. Francisco, al cual Cristo haga santo Sacerdote. Amén.

Al P. Juan Alcaide beso las manos, y lo mismo a todos mis Padres, y en oraciones de todos encomiendo mi pobreza.

De Montilla, 3 de julio.

De aquel Padre que escribe vuestra merced, que no podrá negar la verdad, etc., etc., no tengo qué decir, porque estoy descontento de él.

Servus V. R., JOANNES DE AVILA.

Reverendo Padre y señor mío [Anton]io de Córdoba [en la Compañía de] Jesús en [Alcalá d]e Henares.

193 (1).—AL P. MARTÍN GUTIÉRREZ.

De la Compañía de Jesús. Exhórtale al amor de Dios. Que no le envíe amanuense.

CHARISSIME:

Si el Señor Jesús da a vuestra merced más mies que segar, Él le dará más fuerza para ello. Amelo mucho, que cierto es digno de ello; y ruegue a todos que no le quiten el amor tan debido, y confíe vuestra merced mucho en Él, porque hacer esto, es darle honra de bondad y mucho contentamiento.

Y en lo que vuestra reverencia me quiere hacer merced de buscarme escribiente, le suplico que, aunque lo halle, no lo envíe, ni le quite asiento alguno que tenga, hasta que [por] propio o por correo me lo haga saber, porque puede ser que tenga ya tomado otro, o que haya tan poca salud, que no sea menester ni uno ni otro. Ahora estoy en pie.

Jesucristo tenga siempre a vuestra merced debajo de su amparo.

De Montilla, 21 de enero [1568].

Servus vestrae reverentiae. JOAN DE AVILA.

---

(1) Los nn. 193-207 se hallan en la edic. del APOSTOLADO DE LA PRENSA (1927).

194.—AL P. ANDRÉS SÁNCHEZ.

En Sevilla. Que la paz completa no es de esta vida. Le alienta a no desfallecer.

CHARISSIME:

1. Algunas cartas vuestras he recibido, y en ellas dais a entender que no está vuestro ánimo muy quieto. No os maravilléis, que yo no me maravillo; en mar estamos, aunque parece que en tierra firme; y como en la mudanza de la mar sería sin razón quien se fatigase por hallar sosiego, así lo es en lo que a nuestra vida toca. *Ceniza es* el hombre; *viento es nuestra vida*, ¿cómo estaremos en un ser, siendo siempre soplados?

Acuérdome de haber leído que fué un ermitaño mozo a pedir consejo a un viejo sobre ciertas congojas y fatigas que tenía; y él diole los remedios que supo una y más veces, y como no le quitasen al afligido su pena, tornó a pedir remedio de nuevo. Al cual preguntó el viejo y dijo: «Hijo, ¿cuánto ha que servís a Dios?» Respondióle: «Ocho años.» Replica el viejo y dice: «Yo ha que le sirvo veinte y tantos años, y nunca he hallado reposo, salvo en el sufrir y esperar; haz tú así y no temas, hermano.» Así [es] este camino que habéis comenzado: lleno es de lazos que los demonios soberbios han escondido, lleno es de peligros, resbaladeros, y nunca conviene dejar las armas de la paciencia, si queremos pasar sin herida.

2. Por caridad no os desmayéis, sino pasad adelante y aprended a tener paz entre la guerra y sosegaos en las turbaciones; [pues] que Jesucristo os mira y defiende. miradle vos a Él, y pues delante tales ojos peleáis, la vergüenza os haga solícito y esforzado [en] vuestra pelea en negaros. En tanto, aprovecharéis cuanto de esto tuviereis. Ofreced a Cristo muchas veces a vos y a vuestros ejercicios, y hacedlos de buena voluntad y con fe que Él se agrada de ellos. Y si no tuviereis la devoción que deseáis, no desmayéis; que no es cosa que se compadece mucho con obras exteriores, aunque sean buenas. Huid de conversaciones todo lo que pudiereis, salvo de las que sintiereis provechosas para vuestra ánima, y tened algún rato de lección y oración y entended en vuestro estudio para el servicio de Cristo.

Y en lo de traer manteo o manto de sarga, me

parece que, hasta que se rompa lo que llevasteis, os estéis como os fuisteis; y daos prisa a ese negocio, porque podáis aprovechar a vuestros hermanos y ayudar al bando de Cristo cogiendo lo que Él ganó con su sangre; que Él os favorecerá y acabará lo que comenzó, y vos le guardaréis fe de siervo leal.

Él sea vuestro amor. Amén.

195.—Al Prior de San Juan.

Le agradece su caridad con los pobres. Que no ve necesidad de que venga cierto sujeto.

Muy ilustre señor:

Merced he recibido con la carta de vuestra señoría, y, por otra parte, no quisiera que le hubiera dado este trabajo y ocupación, pues tiene otras más justas; aunque en ser para el trabajo de los pobres, creo lo dará vuestra señoría por muy bien empleado.

Yo he dado gracias a nuestro Señor por la misericordia que a vuestra señoría ha hecho en dar el corazón compasivo de pobres, y manos largas para su remedio, porque aquí en esto nuestro Señor prenda le da de su amor, pues cada uno ama a sus semejantes, y el Señor ama a los misericordiosos, porque Él lo es. Esfuércese vuestra señoría en la justicia de la causa que trata, pues es tan privilegiada y es a Dios tan agradable, que ella le hizo hombre, y pudo tanto delante sus ojos, que se dejó vencer de ella hasta ser puesto en cruz ¿Parécele a vuestra señoría que debe ser el esclavo perezoso en negocios que tan diligente fué su Señor? ¿Será corto en el dar dineros, y poner cuidado y trabajo en aquello que el Señor de todos puso su misma sangre, y en que empleó los cuidados de su vida? ¡Oh quién viera aquel divinal Corazón, y cuán amigo quedara de la misericordia!, pues viera que otra cosa no era, sino un perfecto cuidado del remedio de los miserables, con unas abrasadas entrañas de perder la vida por ellos. Y pues Él, por su bondad, ha repartido con vuestra señoría algo de su condición, no sea ingrato ni perezoso, pues el hacer a otros misericordia, es recibirla, y las de Dios hanse de multiplicar con diligencia, porque no seamos reprendidos de siervos malos y perezosos.

Y en lo que toca de la venida de ese siervo de Jesucristo, digo verdad, que, a cuanto alcanzo, yo no

sé en qué me haya él menester, que por parte de otras personas no pueda por allá ser ayudado, y por esto creo será mejor estar en su llamamiento, y encomendar a nuestro Señor su deseo, el cual sabe cumplir nuestros deseos, cuando de Él son, por las vías a nosotros ignotas; y tanto más anda a nuestro querer, cuanto más por su amor las renunciamos, mayormente habiendo en esto obediencia de vuestra señoría, que es virtud que tanto al Señor agrada.

Y tomé alguna pena de que en una ciudad tan poblada tenga tan pocos servidores en negocios de pobres, que la ausencia de uno haga tanta falta. Ábranos Él los ojos para entender cuán gran verdad es: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.* Día vendrá, y cierto vendrá, en que aquel sólo recibirá misericordia de Dios, que aquí a sus projimos la hubiere hecho. Él sea favor y lumbre de vuestra muy ilustre señoría, y la enriquezca con sus misericordias, para que *in aeternum* las pueda cantar. Amén.

196.—A un Sacerdote

Hijo suyo espiritual. Preocupación que siente por su alma. Que conserve limpia la conciencia, y se dé con fervor a aprovechar.

Charissime:

Recibí vuestra carta, y plegue a nuestro Señor que siempre os vaya bien, como yo deseo; porque os digo de verdad que este deseo me pone tanto cuidado de vos, que creo que algunas veces sobra (1). Tengo mucho temor no os engañe el mundo, o carne o diablo, y no perdáis por descuido lo que nuestro Señor por su misericordia os ha comenzado a dar y querría acabar.

Mirad cuán gran bofetada se da a Dios, después de haberle conocido, trocarlo por cosa tan baja como es el pecado; mirad que sois templo de Dios; guardaos limpio de todo contagio, por honra de Aquel que en vos mora; mirad cúyo ministro sois; y no deis tal placer al demonio que tenga sujeto al que dió Dios más poder que a los ángeles: mirad cuánta limpieza es razón que tengan manos que contratan al Hacedor del cielo y de la tierra, y al que tiemblan

(1) *Sobra:* es excesivo.

los ángeles de servir; y los ojos que lo miran cuán limpios y sencillos deben de ser, la lengua cuán santa, la boca cuán consagrada a la limpieza, el pecho cuán lleno de Dios, y todo el cuerpo y ánima cuán lleno de santidad, pues es templo de los Santos.

Trabajad por ganar cada día más, porque tenéis poco, y os habéis quedado con los solos principios; y aun ellos temo que habréis perdido, porque quien no gana más en el camino de Dios, pierde lo que tiene; y creedme que aun para conservar lo ganado, es menester trabajar. Pensad que cada día comenzáis, y vivid con cuidado de la cuenta que habéis de dar, que será más estrecha que pensamos. Y pensad que si los que tienen mucho cuidado, aun sienten mucha dificultad en este negocio, ¿qué será si lo tenemos como por burla? Desechad la pereza y tomad a cuestas la cruz del Señor, porque no se ensañe con vuestra tibieza y perdáis la corona que os estaba aparejada y os la lleve otro. No es Dios nada amigo de tibios ni duran mucho en su acatamiento; presto los vomita, y después se ven en tantas miserias caídos, que aprenden a su costa que nuestro Señor es grande, y quiere ser con diligencia servido.

Ruego a Su Majestad os despierte y dé nuevos alientos para que con fervor le sirváis y sigáis hasta morir en su cruz, porque desde ella vayáis a gozar de su reino. Amén.

197.—A UNA DONCELLA.

Que se meta monja, y no espere descanso en esta vida. Varios consejos espirituales.

AMADA HERMANA EN JESUCRISTO:

Recibí la carta de vuestra merced y sus quejas; plega a Cristo de daros a entender el cuidado y memoria que de vuestra ánima tengo, para que no os penéis.

Desde casa no fuí a Salamanca, pues quien más lo ha deseado soy yo; no fué nuestro Señor servido de darme este consuelo. Sea Él bendito para siempre. Mis pecados lo merecieron.

Acerca de vuestra vida no tengo otro parecer más que del escrito, que os vayáis a vuestra tierra y os metáis monja, porque estar donde estáis no es cosa que os cumple.

En tanto, señora, esforzaos en Dios, que da su virtud a los que con humildad se la piden, y acrecienta sus dones a los que dan buena cuenta de los recibidos. No me espanto que os acaezcan trabajos, ni querría que los tuvieseis por cosa nueva, porque ninguno puede ser coronado si no es probado, ni probado si no hay en qué se pruebe, y esto es los trabajos. Muchas veces estaréis desconsolada de dentro y de fuera, y ninguna cosa hallaréis que os pueda quitar el desconsuelo, porque es nuestro Señor servido que aprendáis por su amor a sufrir soledad y angustia de corazón como Él sufrió por vos. Esperad en la otra vida descanso; y en ésta no, sino trabajos. Mas ¡bienaventurados trabajos, que en tal descanso se han de trocar! Pelead varonilmente, que la joya que buscáis, de toda diligencia y trabajos es digna. Vuestro galardón será Dios; decid como San Francisco decía: «Tanto es el bien que espero que no siento el mal que tengo y sufro.»

No perdáis vuestra oración, aunque vaya tibia, y tenedla cuan larga pudiereis, porque de otra manera no haréis cosa de buen fundamento.

No perdáis tiempo, pues tan contado lo tenéis; y pues Dios en todas partes está, no es razón que en parte alguna estéis derramada, mas siempre gozando de Aquel, que más dentro de vuestras entrañas está que vos misma. El que ama a Dios y no busca sino a Él, en todas partes y negocios lo hallará; y el negocio y el ocio todo le sirve para gozar de Dios.

Desnudad vuestro corazón de toda cosa criada; no se os dé nada que sea esto o aquello; no tengáis cui dado de vidas ajenas, ni tampoco de lo que dicen de la vuestra, mas ofreceos a Dios, y creyendo que Él tiene cuidado de vos, tomad con gran sosiego todo lo que os viniere de dentro y de fuera.

Si os vagare usar la comunión, hacedlo, y si no, pedid a nuestro Señor que os dé—pues puede—sin comulgar, lo que os había de dar comulgando; y hacerlo ha, pues no mira sino al deseo. Sea el vuestro pensamiento y cuidado que viene a vuestro corazón, en que en el Señor esté puesto. *Buscad y hallaréis; llamad, y abriros han; pedid, y recibiréis,* y fiaos de Aquel que a ninguno engañó. Él os pondrá adonde está, si vos os atrevieseis a ir por donde Él caminó.

Él sea vuestra fortaleza. Amén.

198.—A UNA SEÑORA

Devota suya, consolándola en la muerte del marido.

1. De nuestro hermano, señora, supe el trabajo que nuestro Señor ha querido enviaros en llevar para sí el Señor a vuestro marido. No se puede esto pasar sin grande angustia, pues después del favor de Dios, otro no tiene la mujer, sino el del marido. Mas aquel Señor que hiere, sabe lo que hace, y hace lo que nos cumple; y por eso, pecho por tierra habemos de adorar sus juicios y conformarnos con su voluntad santa.

2. Saquemos de la pérdida ganancia, y del mal bien, y enderecemos nuestros pasos al camino de Dios; pues para eso dan azote a la bestia, para que entre por el camino o aguije por él. Grande es nuestro descuido en el servicio de nuestro Señor, y no aprovechan palabras de amonestación ni halagos que nos hagan, para despertarnos del pesado sueño de nuestra torpedad y flaqueza; mas nuestro piadoso Padre danos un azote que nos duela para que digamos como David: *Buena cosa me es a mí que me has humillado, para que aprenda tus justificaciones* Porque si un animal mudo, con azote entra en camino, razón será que una persona razonable, azotada de nuestro Señor, entre en él, meta la mano en su pecho y considere sus pensamientos y examine su corazón y quite lo malo que hallare y enmiende su vida. Y ésta es la diferencia de los [malos y de los] escogidos; en las tribulaciones enmiendan su vida y los otros se pasan peores. ¡Bienaventurado trabajo que hace a un hombre mirar por sí! Saca ganancia su ánima con la temporal pérdida, y viendo el azote de fuera, agradece a Dios que se lo envió para bien de su corazón, y hace, de la hiel amarga que le vino, medicina para sus ojos y purgatorio para sus pecados y ayuda grande para adelantarse en el camino del Señor.

3. Así, señora, conviene hacer en este trabajo que el Señor le ha enviado y templar el dolor que la herida le dará; porque ¿qué aprovecha gastar el tiempo y ocupar el corazón en solamente llorar su pérdida, y vivir en amargura y desconfianza y estrechez de corazón? Basta ya haber sentido según la carne el trabajo; esfuércese de aquí adelante a llevar su cruz con paciencia y fuerza; que si su vida fuese atribulada, en el cielo será galardonada; y con esperanza de

aquel bien, trague este acíbar amargo; que fiel es nuestro Señor, y no le dará trabajo acá y allá; y pues aquí la juzga, no la juzgará otra vez. Agradézcale mucho que la ha castigado como a hija, y le quitó delante lo que más amaba, no por ira que por ella tenga, sino por amor; porque cuanto más ella vaya a nuestro Señor en todos sus trabajos, tanto menos tiene ya a quien mirar.

Y tome a nuestro Señor por marido, pues Él se precia de ser llamado *Juez de viudas* y *Padre de huérfanos*. Y sepa que no quita nuestro Señor, sino para dar; y si con fe lo llamase, hallarlo ha muy fiel para todo lo que le cumpliere. Trabajos tendrá; porque viudez es un río de trabajos; mas el Señor le dará fuerzas para llevarlos; y mejor es trabajos con paciencia, que prosperidades con devoción. Y cuando más fatigada se sintiere, lea algún libro devoto, y confiese, y reciba a nuestro Señor, y alce sus ojos a mirar a Él, y verá cuántos más trabajos pasó que nosotros; y agradézcale que la hizo compañera suya en los dolores; lo cual no es pequeña merced para quien lo sabe sentir. Gran bien es ir en compañía de Jesucristo, y ninguna cosa nos debe tanto derribar, por áspera que sea y amarga, cuanto nos debe consolar la compañía de tal Señor; y aunque ahora no parezca de cuánto provecho es esto, parecerse ha, cuando salgamos de esta vida, y no se haga caso de los placeres, sino de las penas, y reciba Jesucristo a los atribulados en su reino, pues aquí le fueron compañeros en sus trabajos. Y pues pronto nos vendrá este día, no estemos muy derribados con el peso de las penas, mas, dando gracias al Señor por ellas, entender en cómo seamos agradables a Él, para que allá gocemos de nuestros amados que nos lleva, y del mismo Señor que los lleva, y cojamos en gozo, lo que acá sembramos en lágrimas.

Plegue a nuestro Señor que así sea, y consuele a vuestra merced con su piadosa gracia y consuelo, Amén; y lo mismo a la señora madre, a la cual suplico haya ésta por suya.

199.—A doña María Eges.

Que se entregue totalmente a recibir las misericordias de Dios.

Devota sierva de Jesucristo:

Maravillaros tenéis de las mercedes que nuestro Señor os hace, mirando cuán poco vos las merecéis; mas si ponéis los ojos de vuestra fe en aquel infinito abismo de bondad divina, que según dice David, *no tiene fin,* veréis que cuanto os da, es poco en comparación de lo que puede y os quiere dar, según, hermana, la vena de la misericordia que Él os ha enseñado y comenzado a dar gusto de ella: que si con los principios estáis tan gozosa, ¿qué sería si de hecho y con vuestras entrañas os diéredes a este Señor? Sed vos como los codiciosos que quieren comprar alguna heredad, que para allegar dineros para ella se excusan de gastar en otras cosas, aunque parezcan necesarias, porque no se les vaya allí el dinero con que han de comprar la rica heredad, teniendo por mejor pasar necesidad en otras cosas, que dejar de comprar aquella cosa, que sola ella los enriquece. Haced vos así, doncella de Cristo; sed escasa de gastar el tiempo por guardarlo para gozar de Cristo; hablad poco para poder más hablar en la secreta oración; haced fuerza a vuestros deseos, y quebrantad vuestras condiciones, por estar mansa y humilde, y toda tal cual Jesucristo quiere que estéis; que sin duda, si por Él perdéis vuestra voluntad y acoceáis vuestras pasiones. Él será bien vuestro y descanso, y veréis, hermana, cuán bien empleado es perder todo lo restante por sólo ganar a Jesucristo bendito. Él es *tesoro escondido en el campo, que quien lo halla vende cuanto tiene por comprarlo;* Él es *la perla preciosa que busca el mercader; la cual hallada, vende cuanto tiene,* queriendo más quedarse con ella, que poseer todo lo otro sin ella.

Déos Él su piadosa mano, como espero que hará: que no ha comenzado en vos sus maravillas para dejar de acabarlas, mas para que vayáis cada día de virtud en virtud, donde Él está glorioso; al cual sea gloria. Amen.

200.—A LA MISMA.

Cinco causas por que envía Dios enfermedades y trabajos.

SEÑORA:

Las enfermedades o trabajos corporales vienen por una de cinco causas:

Una, porque el hombre que con la prosperidad está olvidado de Dios, torne sobre sí con la pena de la tribulación, y con él trabajo abra los ojos que la culpa había cerrado; y de esta manera convirtió nuestro Señor a Nabucodonosor que, siendo muy soberbio, le hizo Dios andar siete años en los campos, pensando que era bestia y comiendo y tratándose como bestia; y después de ellos humillado fué bueno, mediante la vara del castigo de Dios, llegado a Dios, y perdonados sus pecados en lo que toca a la pena del infierno.

La segunda, que el hombre queda obligado a ser castigado por ellos en la pena de purgatorio, y, porque aquellas penas son muy graves, azota aquí nuestro Señor a los que mucho quiere, porque pagando aquí cumplidamente sus culpas, no tengan después que pagar, mas todo el gozo sin mezcla de pena les sea allá dado, pues acá fueron muy atormentados.

La tercera causa es porque ve nuestro Señor que hay algunos tan flacos, que, si estuviesen ricos con los bienes que de mano de su misericordia reciben, y no tuviesen alguna cosa que les abajase, ensalzarse habían con la soberbia y perderse hían de muy livianos; y por eso dales algún contrapeso, que les diga quién son, y así son guardados del viento de la vanidad, y son salvos. De este arte salvó Dios a San Pablo, el cual dice: *Porque la grandeza de las revelaciones no me ensoberbezca esme dado un aguijón para mi carne que me abofetee.*

La cuarta es porque señal... *(Aquí se interrumpe la carta en el códice de El Escorial.)*

201.—A LA DUQUESA DE ARCOS.

Que dé gracias a Dios por haberla librado de un peligro. Le agradece una limosna que dió a un colegio de niños pobres. Que no haga caso de quien desapruebe aquella limosna. Bien que se hace en aquel colegio.

ILUSTRÍSIMA SEÑORA:

1. De la señora doña Mencía de Narváez supe, como de testigo de vista, los trabajos y peligros que vuestra señoría pasó, y la merced que nuestro Señor le hizo en favorecerla. Y paréceme que a mercedes tan colmadas, se deben entrañables gracias y devotos servicios, y perpetua memoria del peligro pasado, para que sea un despertador de nuestro descuido, haciéndonos poner en la obra los buenos deseos que ya entonces tuvimos; porque proponer servicios a nuestro Señor en el tiempo del trabajo para que nos saque de él, y sacados, olvidarlo, ¿que mayor maldad puede haber? Plegue a su Majestad dar a vuestra señoría ilustrísima gracia para que sea muy agradecida a las mercedes pasadas, de tal manera que por lo pasado agrade a nuestro Señor, y sea digna de otras mayores mercedes. Amén.

2. Supe la limosna que vuestra señoría había mandado para el colegio de los niños recogidos de esta ciudad, y parecióme ser parte del agradecimiento de la merced que nuestro Señor a vuestra señoría hizo; y querría que vuestra señoría entendiese que es la limosna bien empleada; no obstante que, según hay en los hombres diversos pareceres, no me maravillaría que a algunos no les pareciese bien; mayormente según hay algunos atrevidos en dar parecer en las cosas de Dios, sin haber para ello estudiado, ni haber tenido para ello lumbre del Espíritu Santo. Quéjase San Jerónimo que en los oficios comunes no osa nadie entrometerse en juzgar del oficio que no aprendió, ni sabe; y que en tratar la Santa Escritura, no hay quien no presuma de saberla, o por mejor decir, despedazarla. Así pasa. Cierto que uno no osaría decir en un oficio muy bajo su parecer, y sin empacho confiesa su ignorancia diciendo: No sé, porque no es mi oficio. ¡Y verle han tan sabio y responder: Esto es bueno y esto es mejor; esto agrada más a Dios que esto; como si toda su vida hubiese aprendido la

sabiduría de Dios, por la cual y no por antojos de cada uno se ha de determinar cuál o cuál agrada más a Dios! ¿Qué será de los tales consejos y consejeros y aconsejados, sino lo que el Señor dice: *Que si el ciego guía al ciego, caen entrambos en la hoya?*

3. Posible es que haya parecido a algunos que, por ser esta limosna fuera de la tierra de vuestra señoría, no sea bien dada, pues debe más a sus vasallos que a los extraños. Y causan en el corazón de vuestra señoría arrepentimiento del bien, o a lo menos algún resfriamiento para que no se haga, o se haga de arte que gane poco delante de su acatamiento. Porque no quiere dones ofrecidos *con tristeza, mas quiere alegre dador*. No hay de esto duda, sino que siendo todas las circunstancias iguales, entre el vasallo y no vasallo, mejor es remediar al vasallo, por ser cosa más conjunta, y que debe y a quien se debe mayor fidelidad. Mas concurriendo en el no vasallo otras circunstancias, que pesan más que ser vasallo, ¿por qué nos hemos de atar entre cristianos a esta o a esta tierra, pues la caridad no se puede estrechar por tierras ni reinos, haciendo como nos hace miembros de un mismo cuerpo?

Claro es que debo más a mi pariente que al vasallo; y es cosa cierta que puede haber tanta bondad en uno que no es mi pariente, que sea mejor socorrer al bueno extraño que al pariente malo. *Item,* más me debo a mí que al vasallo; y es cierto que si no tengo sino un pedazo de pan, y si no como de él, pongo caso, que moriré, y veo en estrecho a un hombre de cuya vida muchos reciben beneficio y el bien público es muy aprovechado, puedo yo en tal caso y con mucho merecimiento delante de nuestro Señor, quitar el pan de mi boca, aunque sepa que he de morir de hambre, por dar de comer para que viva al que vive para muchos, para provecho de muchos, posponiendo mi vida por la de aquel que vive para muchos. Así lo hizo la viuda de Sarepta.

Pues concurriendo éstas, y otras causas muchas que puede haber en los no vasallos, que eso es cerrar con todo y decir: «Mejor es remediar los vasallos», sin primero pesar por peso fiel todas las circunstancias de lo uno y otro. Ciertamente, si yo viese un mal de ánima fuera de mi tierra y otro de cuerpo en mi vasallo, antes había de remediar el ánima extranjera que el cuerpo cercano. Y si el cuerpo del extraño padece muy mayor necesidad que el del vasallo, tam-

bién. Y si la cualidad de la persona extranjera fuese tal, que de justa razón se le debe a aquélla antes que a otra, también se debe pensar cuál pesa más, la circunstancia de ella o ser vasallo el otro; y no cerrar la puerta con «No es vasallo aquél».

4. Pluguiese a Dios, señora, que hubiese quien pusiese estos escrúpulos en lo que los señores dan a truhanes, que no son vasallos; y en lo que juegan y pierden con los que no son sus vasallos; y en las superfluidades que hacen en gastos y atavíos y comidas, de los cuales se siguen muchos males a los vasallos. Porque si ven un traje costoso, ellos trabajan por hacer otro tal, o a lo menos que se llegue a él en cuanto pudiere; y gastan lo que no tienen, movidos por el ejemplo de los señores; y aunque ellos sean locos por tomar este ejemplo, también lo pagará el señor en darlo, pues que fué demasiado para el mismo señor; y había de saber que ha de ayudar a ser buenos a los suyos, y póneles tropiezos para perderse; y también tendiendo tanto la mano en estas cosas, no hay para proveer necesidades de vasallos. Y para juegos, truhanes y gastos superfluos no hay quien desayude, aunque se lleve el truhán de cien leguas la seda y brocado de doscientas leguas y gane los mil ducados; y si se da a una buena obra diez o quince leguas de su tierra una poca cosa que los perros gastan, allí hay tantos estorbadores, que dan bien a entender que la obra fué de Dios, pues tantas contradicciones le hacen.

5. Vemos que los prelados, que tienen mayor obligación de mirar por los pobres de su obispado que los señores por sus pobres vasallos, suelen dar limosna para buenas obras fuera de su obispado, así como si se comienza alguna buena obra de nuevo en alguna parte. *Item,* si se hace mucho servicio a nuestro Señor, así como enviar limosna a algún monasterio o casa semejante de éstas. Cierto, gentil cristiandad sería si en una tierra no pueden o no quieren mantener un monasterio, que no sea lícito a un señor de vasallos enviar a aquel monasterio limosna, para que no se desuele, y se pierda el fruto que allí se hace. Estas son causas tan claras, que no era menester gastar tanto el tiempo, si no hubiese en el mundo tanta ignorancia.

6. La obra, ilustrísima señora, que aquí se hace es muy buena, no sólo de cuerpo mas de ánimas, enseñando doctrina cristiana a quinientos niños, que

muchos de ellos se habían de quedar como animales, y a duras penas se supieran santiguar; y sin estos, hay otros veinte niños que no tienen padre ni madre, y muchos de éstos andaban con ladrones, siendo espías para hurtar, como aquí se ha probado bien claro. Toman estos niños y descubren los ladrones o, lo menos, hácenlos huir; porque como ven tomado el niño y saben que los ha de descubrir, no para ladrón donde hay colegio. Y estos niños doctrinados y castigados sirven para enseñar ellos la doctrina cristiana a otros; y los que el diablo tenía por instrumento para el mal, toma Dios para bien; y gánanse ellos y otros, y después, o siguen la Iglesia y algunos saldrán predicadores, y otros enseñan a oficios, o los ponen con amos. Vea vuestra señoría si es algo estorbar tantos hurtos y muertes y pecados y ganar tantas almas de ellos y de otros. Porque las limosnas de acá no bastan, por ser mucha la costa, inspiró nuestro Señor a vuestra señoría para que ayudase, porque la obra no cayese, para que tuviese parte en tanto servicio de nuestro Señor. Y aunque en la tierra de vuestra señoría se pueda poner quien enseñe doctrina cristiana, y sería muy bien hecho, mas no es provechoso tanto como en la de acá, porque no hay tanta copia de muchachos perdidos y ladrones como en estas ciudades. Y pues es bien tan universal, y bien de ánimas, y la cantidad no mucha, y la obra está a los principios y pobre, ¿qué causa puede haber para dejar de ayudar, hasta que ella tenga con qué tenerse en pie, si no es alguna tentación del demonio para estorbar?

¡Bueno estuviera San Pablo y San Bernabé, que pidieron limosna para enviarla a los pobres de Jerusalén, si tuvieran escrúpulo: «No es bien demandar limosna, sino ¡para naturales»! No curaron de estas particiones, considerando que todos somos un corazón y cuerpo, llamados a una fe y una herencia, mantenidos con un pan y rescatados con un precio; y donde tanta unidad hay, poca parte es la división de las tierras.

Basta y creo que sobra lo dicho para que vuestra señoría se huelgue de lo que prometió, y se esfuerce a lo cumplir; y sea Jesucristo, Señor de todos, luz y bien de vuestra señoría, y la haga muy grande en su reino.

Al ilustrísimo señor Duque no escribo, porque no he sabido si pasó en obra la carta que para el Naci-

miento de nuestro Señor le escribí, y no querría perder tiempo sin provecho de ánimas.

202.—A UNA SEÑORA.

Exhórtala a llevar santamente los trabajos.

La consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Amén.

Vuestra merced no se aflija, mas haga ese corazón robusto; que digno es el reino de Dios de estos y mayores trabajos. No viene cosa sin permisión de nuestro Señor, y todo es por nuestro bien; aunque nosotros no lo sepamos tomar al intento que Dios lo envía. Afligir quiere Dios aquí a los que después ha de dar gozo; y pues vuestra merced ve que nuestro Señor la lleva por el camino del cielo, no vaya de mala gana. Pues Él la quiere salvar, no quede por ella. Apareje tanto más su ánima, cuanto más se viere atribulada. No pierda por falta de vaso lo mucho que nuestro Señor le quiere dar. Con golpes de penas se fabrica la corona que le han de poner; y quien no quiere ser atribulado, huye de ser coronado. Mucho duele lo que ahora sentimos; mas mucho más nos alegrará lo que entonces tendremos.

Apareje vuestra merced su corazón a lo que está por venir, que eso es lo que Dios quiere decirle, en darle penas en lo que ve. Acuérdese de la madre de Dios que *al pie de la cruz estaba en pie*, y con corazón esforzado, entre tantos trabajos. Y si parte quiere del gozo de ella, téngala en las penas con ella. No se canse de su provecho, aunque le amargue; mas diga a nuestro Señor que haya piedad de ella, y que la salve en su reino. Y si Él viere que para ir allá conviene pasar tales tragos, que los envíe. No le pida que sea aquí piadoso con ella en esto temporal, porque lo sea en lo que nunca se acaba. Fíese de Él, pues no castiga dos veces, y mientras más airado le viere, más piadoso le espere; que escrito está: *Cuando, Señor, estuvieres airado, te acordarás de tu misericordia*. Sea Cristo consuelo de vuestra merced. Amén.

203.—A UN HIJO ESPIRITUAL

Que trabaja en un colegio. Exhórtale a pregonar la gloria de Cristo.

CHARISSIME:

No es esa ánima la más olvidada de mí; no soy yo el más olvidado de ella, para que no le haga saber cómo me va y no desee saber cómo le va. Llegué bueno y estoilo gracias a nuestro Señor, en el cual espero que la obra de este Colegio, que Él ha inspirado, ha de ser para ensalzamiento y alabanza de su santo nombre, que es lo que todos deseamos, y con mucha razón. Porque así como Él, siendo verdadero Hijo, empleó su vida y su muerte en predicar y dar a conocer el nombre de su Eterno Padre, buscando en sus palabras y sus obras no su propia honra, mas la del Padre, así nosotros, si somos lo que debemos, hemos de buscar cuantos modos pudiéremos para que la gloria y conocimiento de Jesucristo sea ensalzada hasta los cielos y más, y extendida hasta los fines de la tierra y más adelante.

Hermano mío y mi hijo, por el Evangelio; y ¡quién pudiese tener mil millones de lenguas para pregonar por todas las partes quién es Jesucristo! ¡cuán paciente es en nuestras ofensas, cuán piadoso en llamar a los que van perdidos, cuán fuerte en mudarles los corazones, cuán blando en recibirlos cuando van a Él, cuán madre en curar las llagas que por apartarse de Él se hicieron, y cuán padre en proveerlos, guiarlos y favorecerlos! ¿Qué diré de la corona que tiene aparejada, ataviada de gloria, a los que merecían, por las malas obras, cadenas de infierno? Angeles da por compañeros a quien merecía demonios, y dice que le verán los ojos que no son dignos de mirar la más chica de sus criaturas. ¿Qué diremos de estas cosas y de aqueste Señor? Amemos, hermano, a tan buen padre, *pues Él primero* y tan de verdad *nos amó;* y sirvamos con todos nosotros a quien con todo Él nos amó y sirvió; tornémonos polvo y ceniza, que así lo hizo Él por nosotros. Contentóse Él con nuestro provecho; seamos contentos nos con su honra; su voluntad busquemos; y hallada, amémosla; y pues no se ha despreciado de recibirnos en el número de sus pequeños, preciémonos de servirle y

de ser despreciados por Él; *no demos mácula en nuestra honra,* que es la limpieza de nuestra ánima.

Él, por las riquezas de su bondad, guarde esa ánima que redimió por su sangre, y tenga siempre los ojos de su misericordia puestos sobre ella. Amén.

204.—A UN SACERDOTE.

Que se abrase en celo por la salud de las almas.

MUY REVERENDO SEÑOR Y PADRE:

Días ha que no he sabido de vuestra merced, ni de su hermano y mío; y aunque soy flojo en el escribir, querría a menudo saber cómo les va allá, pues su buen suceso o lo contrario es mío, y lo tengo por tal.

A Cristo plega prosperar a vuestra merced en el espiritual ejercicio de las ánimas, pues le ha dado el deseo de ellas, para que Él goce de los trabajos de la redención, y vuestra merced del premio de ser fiel siervo que con mucha ganancia acude a su Señor, y oiga de su boca aquella bienaventurada palabra: *Intra in gaudium domini tui.* ¡Oh padre!, si de verdad nos quemase las entrañas el celo de la casa de Dios. ¡Oh si trajésemos atravesadas en el corazón estas joyas, que trajeron atravesado el del Señor hasta ponerlo y alancearlo en la cruz, para que se viese cuán herido estaba de amor interior el que así apareció herido del hierro! ¡Cómo puede uno, que al Señor ama, no amar cosa tan conjunta a Él! ¡Cómo tendrá paciencia en ver las esposas de Cristo enajenadas de Él y atadas con nudo de amor tan falso como el que el Señor aborrece! ¡y deshonran a Él y piérdense a sí! Creo yo que, si fuésemos los que debemos, no daríamos *sueño a nuestros ojos,* ni descanso a nuestras sienes, hasta que hallásemos *morada para el Señor,* pues tan desechado y alanzado está de las que por tantos títulos son suyas. *Mittat Dominus ignem sui spiritus de excelso ut erudiat nos, inflammet ex alto induatque virtute ut eo confortante omnia possimus.* Amén.

205.—A JUAN DE LEQUEITIO

Sacerdote en Córdoba. Que Dios quita la salud para que sintamos cuán colgados estamos de su mano. Otros asuntos.

CHARISSIME:

1. A Cristo gracias, que pone a vuestra merced en estrechos de muerte, y le saca a vida, para que tanto más conozca que la vida es dádiva del Señor, cuanto más por experiencia ve que la quita y la da en un punto. Así lo hemos menester los ingratos, y gran merced nos hace Dios en ello, pues mediante esto venimos en conocimiento de quién Él es, y le somos agradecidos.

Si lumbre celestial tuviésemos, veríamos muy claro la inefable bondad de Cristo que nos sustenta, regala y defiende, y llena de innumerables misericordias; y nuestro corazón, aunque hierro fuese, se ablandaría y se rendiría al amor de tal Señor, que con tanta requesta de amor y mercedes, anda procurando que le digamos un «sí» de todo nuestro corazón, con que nuestros ojos no miren sino a Él como a varón legítimo de nuestra ánima, como a verdadero padre nuestro, como a todo nuestro bien. Y así como hay pocos que sin caídas se humillen, y sin tentaciones aprendan, así son pocos que sin faltarles algo y dárselo Dios, son agradecidos. Y por esto algunas veces me parece ser la buena cura de nuestro desconocimiento que fuésemos a la tinaja por agua o por vino, y que dijesen: «No hay»; y fuésemos a las fuentes y dijesen: «Tampoco»; vayan al río: «Secádose ha». Entonces diríamos de corazón: «Dios [no] nos da el agua que bebemos, porque no se lo agradecemos.»

2. Cierto, estamos en el número de aquellos de quien dice el mismo Señor: *Yo fuí como ayo de Efraín y los traía en mis brazos y ellos no conocieron que tenía cuidado de ellos* (*Ps.* 11, 3). ¿Quién conoce ahora que Dios tiene cuidado de él, pues a cada paso oímos las palabras que dijeron los medrosos en el mar: *Señor, ¿no se te da nada que perecemos?* (*Mc.*, 4, 38). ¿Quién cree que Dios le cuida, pues están los corazones de los hombres tan llenos de cuidarse ellos, que a sí mismo tienen su ánimo, su consejo y su guía, y en faltándoles el suyo, luego dan consigo en el hoyo de la tristeza y desconfianza?

¡Oh hijos de Adán, neciamente sabios! ¿Y quién

os cuidará mejor, el Señor que nunca duerme, nunca yerra, ni el amar y hacer bien le da en rostro, o vuestro cerebro loco, estrecho, angustiado, cuyo saber es necedad, y mientras más acertado se parece, más engañado está? ¿Por qué no entendéis, siquiera de lo que habéis experimentado, que lo que habéis vosotros más cuidado, menos bien os ha salido, y otras veces nunca se ha hecho, y lo que menos, os ha sucedido mejor? *Echad vuestro cuidado en el Señor* (*Ps.* 54, 23), que sabe bien hacer ese oficio; descansad en la anchura de su corazón pues en el vuestro padecéis angustia.

¿De dónde estos males? Cierto de no conocer cuán colgados y necesitados estamos de Dios y cuán verdadero cuidado tiene de nosotros. Bien es que nos ponga el Señor en punto de perder la vida muchas veces, y en otros trabajos, que veamos claro que no somos parte nosotros con toda nuestra fantasía para remediarnos; y así entendemos nuestra miseria y nada, y agradecémosle lo que nos da, y ofrecémosle a nosotros mismos en servicio y respuesta de lo que por nos hace; vemos que somos todos suyos por derecho, ofrecémo[no]s a ser suyos todos por amor y en esto consiste nuestra salud y cumplimiento de la ley de Cristo.

3. Gracias he dado a nuestro Señor por las buenas obras, que Él da gracias al señor obispo que haga en ese su obispado, y para que las ejecute, a vuestra merced; y pues tan bien sucede, esté vuestra merced consolado en la ida, que yo así lo estoy: y si es con mayor trabajo de la salud de vuestra merced, así será el sacrificio a Dios más agradable.

Del P. Pero Rodríguez, he sabido que está en Burgos; no querría que tal pieza se ausentase de ese obispado, y hágale vuestra merced que predique aunque no quiera, pues tiene talento para ello.

Y sea Cristo esfuerzo de vuestra merced para que pelee sus guerras y salga con victoria y después corona.

Enfermo estoy, más ha de medio año; no me deje vuestra merced de encomendar a nuestro Señor (1). Yo enviaré el recaudo al P. Manuel Fernández de Córdoba.

A tres de agosto, año de 1551.

---

(1) De esta frase parece deducirse que las enfermedades del Maestro empezaron con el año 1551.

206.—A Juan de Lequeitio.

Del gozo en la cruz. Recomiéndale al portador

Dios dé a vuestra merced buenas salidas de Pascuas, porque esperar acá otro gozo que no sea padeciendo trabajos, no cumple, ni lo debemos desear; que aquello ¿qué sería sino ser de aquellos de quien el Señor dice: *El mundo se gozará?* (*Jo.*, 16, 20.) El Señor llevó su cruz, *poniendo delante el gozo* (*Hebr.*, 12, 2) que de nuestro bien Él había de sacar mediante su pasión; y nosotros debemos llevar la nuestra, poniendo delante el contentamiento de su voluntad y la hermosura de la librea de estar vestido al traje de Él. Y porque creo que el mismo Dios ha enseñado a vuestra merced esta doctrina del *gozo en la cruz,* sin lo cual ninguno se debe gloriar de ser cristiano, no alargo en ello más, sino que vaya a la bendición del Señor, etc.

El portador va a Valladolid; y pues vuestra merced va también allá, váyanse juntos; y haga vuestra merced cuenta que soy yo, y ayúdele en el camino y allá, a todo lo que convenga a su quietud; que lo que a Él se hiciere, Jesucristo lo recibirá, el cual sea con todos. Amén.

De Fregenal, a nueve de abril.

207.—Al muy magnífico señor

el señor don Francisco de Guzmán, mi señor, en Avila. Que antes de ordenarse, estudie latín y haga ejercicios.

La gracia y paz del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

Ahora me dieron una de vuestra merced, y como la respuesta es breve, doila luego; porque la tempestad de las enfermedades está tan alta, que no deja entender, sino en procurar paciencia para llevarlas; y por la misma causa fuí breve en otra que a vuestra merced escribí, y creo habrá llegado a sus manos.

Lo que en ésta tengo que decir, es que tengo por más acertado y de mayor reverencia para las sacras órdenes, por el ejemplo que se debe dar, que vuestra merced no se ordene de Misa esta Cuaresma, sino cuando tenga el latín que conviene; y éste alcanzado,

me parece muy bien que vaya a hacer los ejercicios, antes que diga Misa. Y procure vuestra merced de llevar el negocio del estudio de manera que no se pierda el de la oración, ni otros buenos ejercicios; porque algunas veces, especialmente si se toma con mucho ahinco y aprisa, suele dañar. Y por ahora esto basta, hasta que nuestro Señor me dé más fuerzas y lugar para escribir más.

Al señor Martín Daza escribí el otro día, y no a todo lo que su merced me dice. Suplico a vuestra merced alcance de él me espere por lo que falta: que cierto, no estoy para más. Amén.

De Montilla, a 15 de marzo de 1566.

JOAN DE AVILA.

208.—A SANTA TERESA DE JESÚS.

Le alaba que salga de su celda en busca de almas. Que viva tranquila sobre el examen del libro de su Vida. *Fundación de un hospital* (1).

La gracia del Espíritu Santo sea con vuesa merced siempre.

Sea en buen hora la venida a esas tierras, pues confío de nuestro Señor que ha de ser para que Él reciba mayor servicio de esa peregrinación, que del encerramiento en la celda; que, cierto, señora, la necesidad que en las ánimas hay es tanta, que hace a los que un poco de conocimiento tienen del valor de ellas, apartarse de los abrazos continuos del Señor por ganarle ánimas donde repose, pues tanto trabajó por ellas. Plega a su misericordia haga a vuestra merced ministro para recoger su preciosísima sangre, que por las ánimas derramó, por que no se pierda en ellas, sino las riegue y haga dar fruto que el Señor coma con gusto y sabor.

Deseo que vuesa merced se sosiegue en lo que toca

---

(1) Incorporamos por primera vez al Epistolario esta Carta, dirigida a la Santa en 1568, cuando se hallaba en Toledo concertando la fundacion del Convento de Descalzas de Malagón. Publicóse esta Carta en el AÑO TERESIANO, t. IV, 2 de abril. Nosotros la tomamos de las OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS, editadas por el Padre Silverio de Santa Teresa, Burgos, 1915, t. II, pág. 207.

al examen de aquel negocio (2); porque habiéndolo visto tales personas, vuesa merced ha hecho lo que parece ser obligada. Y cierto, creo que yo no puedo advertir de cosa que aquellos padres no hayan advertido.

En el negocio del hospital de esa señora, hago lo que más puedo hacer, que es rogar a una persona muy calificada vaya allá, y se informe del negocio y me avise de lo que cumple, porque nuestro Senor sea servido se haga esa obra. Comuníquele vuesa merced y creo se consolará de ello.

El Espíritu Santo sea amor único de vuesa merced; que para cumplir con estado de esposa fiel, esto le debe. No le suplico ruegue por mí, pues el mismo Señor le pone cuidado de ello.

De Montilla, 2 de abril [1568].

Siervo de vuesa merced,

JUAN DE AVILA.

---

(2) Refiérese al libro de su VIDA, que la Santa con gran empeño deseaba fuese examinado por el Maestro. Poco después lo examinó y aprobó en Carta fechada a 12 de septiembre de 1568. (Es el número 158 de esta edición.)

Págs.

EPISTOLARIO ESPIRITUAL

PARTE PRIMERA

Págs.

Págs.

Págs.

PARTE SEGUNDA

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

Págs.

PARTE TERCERA

Págs.

Págs.

PARTE CUARTA

Págs.

Págs.